

Heleno Saña

**LA INTERNACIONAL**

1919 - 1945

**COMUNISTA**

"La TERCERA INTERNACIONAL recogió los frutos de la labor de la II Internacional, eliminó su basura oportunista, social-chovinista, burguesa y pequeño-burguesa y empezó a realizar la dictadura del proletariado".

Otras personas no comparten este juicio triunfalista de Lenin. Heleno Saña, ha hecho un gran esfuerzo para recoger documentos en que si bien se propone ser fiel a los hechos no va a ser neutral en su enjuiciamiento ya que no renuncia a su propia interpretación orgánico-cualitativa del Comunismo mundial entre 1919 y 1945.

“La meta final que la Internacional Comunista persigue es la sustitución de la economía capitalista mundial por el sistema mundial del comunismo” (VI Congreso de la III Internacional).

Frente a este programa, el lector asiste de la mano de Heleno Saña, a los juegos de Stalin –quien fructifica lo sembrado por Lenin– para salvar el prestigio y la situación rusa. Para ello no retrocederá ante la traición al Partido Comunista de cada país –caso de España y otros– ni al Comunismo Universal.

Heleno Saña

**LA INTERNACIONAL COMUNISTA**

(1919–1945)

Edita ZERO, S. A.

Distribuidor exclusivo, ZYX, S. A

Colección «Biblioteca Promoción del Pueblo»

Madrid, agosto de 1972

Portadas originales de José Lorenzo Sánchez

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# ÍNDICE DE CONTENIDO

## **TOMO I**

Prólogo del autor

I. El Congreso fundacional de la Comintern

II. Fundación de los partidos comunistas

III. La Profintern

IV. Muerte y testamento de Lenin

V. El socialismo en un solo país

VI. Stalin contra Sinoviev, Kamenev y Trotski

VII. Financiación de los P Cs. Comintern y GPU

## **TOMO II**

VIII. Comunistas, socialdemócratas y nacionalsocialistas

IX. El golpe de Estado de Dollfuss

X. Los Frentes Populares

XI. El asesinato de Kirov y el proceso de los 16

XII. Procesos de los 17, de los 21 y otras purgas

XIII. La guerra de España

XIV. Al servicio de Moscú: el PCE y el PSUC

XV. Comunistas, socialistas, anarquistas y trotskistas

XVI. Infiltración y manipulación comunistas

XVII. El Pacto entre Hitler y Stalin

XVIII. Exilio y asesinato de Trotski. La IV Internacional

XIX. Disolución de la Comintern

**Heleno Saña**

**LA INTERNACIONAL COMUNISTA**

**(1919–1945)**

**Tomo I**

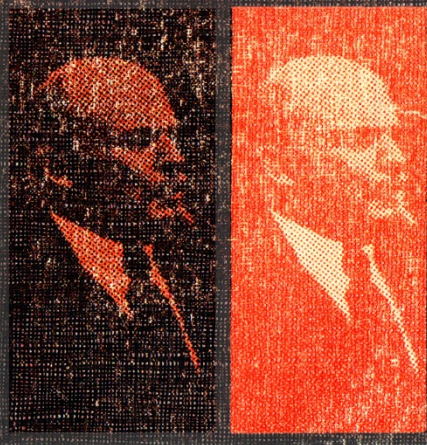


**Heleno Saña**

**LA  
INTERNACIONAL  
COMUNISTA**

**1919-1945**

**tomo 1**



“La meta final que la Internacional Comunista persigue es la sustitución de la economía capitalista mundial por el sistema mundial del comunismo.”

*Programa de la III Internacional, VI Congreso*

“La III Internacional recogió los frutos de la labor de la II Internacional, eliminó su basura oportunista, socialchovinista, burguesa y pequeño–burguesa y empezó a realizar la dictadura del proletariado.”

Lenin, abril 1919

“La exportación de revoluciones es un camelo. Si lo desea, cada país puede realizar su revolución, pero si no lo desea, no habrá revolución.”

Stalin, 1935



“Algunos creen que la Internacional Comunista salvará al mundo; otros, que es la obra del diablo en nuestro tiempo; algunos, entre ellos este autor, que no es ni lo uno ni lo otro, sino un fracaso.”

Franz Borkenau  
*World Communism*

“La historia de la Comintern, desde el momento de su fundación hasta su triste final en 1943..., es una cadena sin fin de derrotas, fiascos y errores... En realidad, la sola existencia de la Comintern, sus intrigas y su oposición a los partidos socialistas, debilitaron al proletariado mundial y actuaron como un obstáculo para su progreso a lo largo de todo el período situado entre 1920 y la Segunda Guerra Mundial.”

Raphael R. Abramovitch

## PRÓLOGO DEL AUTOR

El trabajo que presentamos a continuación no intenta ser una exposición inventariada de la Comintern; su objeto es más modesto, y se limita a ofrecer una interpretación orgánico–cualitativa del comunismo mundial entre 1919 y 1945, partiendo de la base aglutinante de la Comintern. De ahí que muchos aspectos parciales o locales relacionados con la historia de la III Internacional y los diversos partidos comunistas no hayan podido ser recogidos en estas páginas –por razones materiales de espacio– y se haya en cambio prestado particular atención a hechos y acontecimientos especialmente aptos para facilitar al lector una comprensión sustanciada del comunismo mundial de 1919 a 1945.

Con excepción de un capítulo relacionado con la estructura organizativa de la Comintern, de la parte referente a España y, en menor grado, del fragmento sobre el exilio y el

asesinato de Trotsky, hemos preferido elegir la forma cronológica–lineal de interpretación, que sin duda resulta más cómoda y sinóptica para el lector. En algunos casos, los imperativos descriptivos nos han obligado, de todos modos, a alterar los factores de tiempo y espacio. Ello era inevitable teniendo en cuenta el carácter multihistórico de los aspectos tratados en este libro.

Todo historiador o politólogo, aun el más escrupuloso y objetivo, no puede permanecer indiferente o neutral con respecto a los hechos que narra y analiza; desde Kant y, sobre todo, desde Fichte sabemos que el material empírico de la existencia –el material histórico, en este caso– sólo adquiere sentido y cohesión a partir de una conciencia o sujeto personal determinado que lo ordene y sintetice. El autor de este trabajo renuncia, pues, a la pretensión de haber querido ser neutral, y admite de antemano que su interpelación va unida estrechamente a una toma de posición subjetiva. Esta toma de posición se apoya en la “Weltanschauung” ideológica del autor, en su visión del mundo y de las cosas, de la que hemos dado testimonio en nuestra anterior labor de publicista, especialmente en los libros *El capitalismo y el hombre*, *El anarquismo, de Proudhon a Cohn–Bendit*, y *El marxismo, su teoría y su praxis*. A lo único que aspiramos es a no haber falsificado los datos históricos manejados y a habernos ceñido rigurosamente a su contenido. Posibles deducciones falsas o errores de apreciación acerca del material fáctico –que no

descartamos— han de ser adjudicados, pues, a nuestra impericia interpretativa, no a la mala fe o a la expresa voluntad de tergiversar la realidad.

No nos queda más que dar las más sinceras gracias a las siguientes instituciones por el material bibliográfico puesto a nuestra disposición: Biblioteca Estatal y Universitaria, de Darmstadt; Biblioteca Municipal y Universitaria, de Francfort; Biblioteca Universitaria, del Sarre; Biblioteca Universitaria, de Maguncia; Biblioteca Estatal y Universitaria, de Hamburgo; Biblioteca Estatal de Baviera, de Munich; Biblioteca del Instituto para la Economía Mundial, de Kiel; Instituto Germano—Americano, de Darmstadt; Biblioteca Universitaria, de Dortmund; Biblioteca Universitaria, de Marburgo, y Biblioteca Estatal, de Kassel.

Es obvio que la responsabilidad por el contenido de este trabajo recae plena y exclusivamente en el autor. Consignamos asimismo que el autor no ha recibido ni solicitado, para la composición de este libro, ayuda económica de ninguna institución científica, persona, grupo o partido político.

Heleno Saña

## CAPÍTULO I

### I. EL CONGRESO FUNDACIONAL DE LA COMINTERN

El 24 de enero de 1919 –en el mismo momento en que se celebraba en París la Conferencia de la Paz– la *Pravda* de Moscú publicó una circular firmada por siete partidos revolucionarios convocando un congreso comunista internacional. El escrito estaba dirigido a 39 partidos, organizaciones y grupos de izquierda. La invitación había sido ya cursada por radio en la primera mitad de enero por Chicherin, el comisario de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética. “Los partidos y organizaciones firmantes –se decía en el documento de 24 de enero– consideran urgentemente necesario convocar el primer congreso de la nueva Internacional revolucionaria. Durante la guerra y la revolución ha quedado puesto definitivamente de manifiesto no sólo la bancarrota completa de los antiguos

partidos socialistas y social–demócratas, no sólo la ineptitud de los elementos intermedios de la vieja socialdemocracia (el llamado “centro”) para la acción revolucionaria activa, sino que actualmente se vislumbra con toda claridad el perfil de la verdadera Internacional revolucionaria”<sup>1</sup>.

Con ello fue dado el primer paso oficial con vistas a la creación de una nueva organización revolucionaria mundial dominada por fuerzas comunistas. Esta decisión no surgía ex–nihilo, sino que venía a formalizar y coronar las corrientes ultraizquierdistas surgidas en el seno de la socialdemocracia europea a lo largo de la Primera Guerra Mundial. Lo que ahora iba a nacer bajo el nombre de III Internacional estaba ya incubado en los movimientos de Zimmerwald y Kienthal. “Las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, si no sentaron los cimientos para la nueva Internacional proletaria, despejaron el camino para su fundación”, diría más tarde el búlgaro Christo Kabaktschieff<sup>2</sup>. La victoria de la Revolución de Octubre y la pérdida de prestigio sufrido por la II Internacional durante el conflicto bélico europeo parecían, en efecto, favorecer la fundación de un nuevo centro de agitación internacional. “La crítica socialista –rezaba uno de los primeros documentos de la nueva Internacional– ha

---

1 Der I. und II. Kongress der Kommunistischen Internationale, página 45, Berlín, 1959.

2 Christo Kabaktschieff, Die Entstehung und Entwicklung der Komintern, pág. 64, Hamburgo, 1929.

denunciado lo suficiente el orden mundial burgués. La misión del partido comunista internacional consiste en derribar ese orden y colocar en su puesto el edificio del orden socialista”<sup>3</sup>.

El congreso fundacional, que estaba previsto en un principio para el 15 de febrero, tuvo que ser aplazado dos semanas a causa de las dificultades halladas por varios delegados para personarse a tiempo en Moscú. Las sesiones del primer congreso de la III Internacional tuvieron lugar entre el 2 y el 5 de marzo de 1919 en la Sala del Trono del Kremlin. Hacía precisamente seis semanas que Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, los dos líderes máximos de la Liga Espartaco, habían sido asesinados en Berlín por elementos militaristas de extrema derecha. Desde el estrado de la presidencia Lenin dijo con voz conmovida: “Ruego ante todo a los delegados presentes que se levanten de sus asientos en memoria de los mejores representantes de la III Internacional: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg”<sup>4</sup>.

En el acontecimiento tomaron parte 52 delegados, que representaban a 35 partidos y organizaciones pertenecientes a 30 países distintos. A pesar de esta afluencia relativamente elevada, el carácter representativo

---

3 Manifest, Richtlinien, Beschlüsse des Ersten Kongresses. Aufrufe und offene Schreiben des Exekutivkomitees bis zum Zweiten Kongress, pág. 17, Hamburgo, 1920.

4 Der I. und II. Kongress der Kom. Int., obra cit., pág. 51.



del congreso era mínimo. “En el congreso fundacional de la III Internacional –escribe un historiador alemán– los comunistas rusos concedieron a menudo el título de “delegación” a simpatizantes totalmente desconocidos que eran aventureros o que se hallaban casualmente en Moscú”<sup>5</sup>. Del total de los delegados, sólo cinco habían acudido del extranjero. Se trataba de los representantes de Alemania, Austria, Suecia, Noruega y Holanda. Los demás países estaban representados por delegados que por diversos motivos se hallaban en ese momento en la Unión Soviética. El hemisferio anglosajón estaba representado, por ejemplo, sólo por el americano John Reed; los franceses, por el capitán Jacques Sadoul y el teniente Pierre Pascal, dos antiguos prisioneros de guerra que simpatizaban con el comunismo. Hacia el final del congreso apareció también Henri Guilbeaux, un literato en el que Lenin tenía depositadas grandes esperanzas. “En Moscú –recordará más tarde Angélica Balabanova– Guilbeaux se portó como un vulgar *parvenu*. Exigía privilegios, se quejaba de la penuria material, etc. De regreso a Europa, se volvió fascista anti-semita, y en calidad de tal terminó su vida”<sup>6</sup>.

De los delegados presentes en el congreso sólo 19 poseían derecho a voto. Los bolcheviques estaban representados

---

5 Theo Pirker, *Komintern und Faschismus 1920–1940*, pág. 34, Deutsche Verlags-Anstalt, 1965.

6 Angélica Balabanova, *Lénine et la creation du Comintern*, en «Contributions a l’histoire du Comintern», pág. 34, Génova, 1965.

por Lenin, Trotsky, Sinoviev, Bujarin y Chicherin; los alemanes, por Hugo Eberlein, que se ocultó bajo el seudónimo de “Albert”. Su compañero Leviné, que había de tomar también parte en el congreso, se vio imposibilitado de acudir por no haber recibido un visado de salida por parte de las autoridades alemanas. Como presidente de la nueva Internacional fue elegido Sinoviev; el Comité Ejecutivo quedó formado por Lenin, Trotsky, Rakovsky, el suizo Fritz Platten y el propio Sinoviev. En calidad de secretarios fueron nombrados Angélica Balabanova y V. Vorovsky<sup>7</sup>. Poco tiempo después, Angélica Balabanova fue sustituida por Karl Radek, un personaje destinado a jugar un papel muy importante en la historia de la Comintern. Como sede central, la nueva Internacional eligió la antigua residencia del que había sido el embajador de Alemania en Rusia, conde von Mirbach. El, diplomático alemán había sido asesinado en junio de 1918 por dos social-revolucionarios de izquierda. Pero las actividades de la nueva Internacional se hallaban concentradas en el antiguo Instituto Smolney, de Petrogrado, donde Sinoviev tenía su cuartel general en su calidad de presidente del Soviet de esa ciudad. Fue también en Petrogrado donde empezó a publicarse la revista *La Internacional Comunista*, dirigida en su fase inicial por Kibaltchichtch y por el anarcocomunista Víctor Serge.

---

7 Angélica Balabanova cayó pronto en desgracia y fue expulsada en 1924 del PC ruso.

## II. LENIN Y LA III INTERNACIONAL

La fundación de la Comintern correspondía, en lo esencial, a los planes de Lenin, cuyo objetivo básico era el de desencadenar desde Moscú, mediante esa nueva organización internacional, un movimiento revolucionario a escala mundial. Ello debía suceder a través de la misma táctica bolchevique empleada con tanto éxito en Rusia. En el primer número de la revista *La Internacional Comunista*, Lenin escribía: “Por una vez, la hegemonía del movimiento proletario internacional pasa a los rusos, de la misma manera que en diversos períodos del siglo XIX perteneció a los ingleses, a los franceses y luego a los alemanes”<sup>8</sup>. En su famoso folleto sobre el “izquierdismo”, aparecido en abril de 1920, Lenin observaba: “La experiencia ha demostrado que en algunas cuestiones esenciales concernientes a la revolución proletaria todos los países pasarán inevitablemente por donde ha pasado Rusia”<sup>9</sup>. Lenin, Trotsky y otros líderes bolcheviques estaban persuadidos de que la revolución rusa sólo podría sostenerse en el caso de que dentro de un plazo relativamente breve el proletariado asumiera también el poder en algunos países europeos

---

8 Lenin, *La IIIe Internationale et sa place dans l’histoire*, «L. I. C.», núm. 1, mayo 1919.

9 Lenin, *Werke*, tomo 31, pág. 14, Berlín, 1959.

importantes. Así, Sinoviev escribía en enero de 1920: “Pero la revolución rusa no puede sostenerse si los trabajadores de los otros países no se rebelan contra sus capitalistas”<sup>10</sup>.

Las esperanzas de los líderes rusos estaban sobre todo puestas en Alemania. Pocas semanas después de fundada la III Internacional, Sinoviev escribía: “El triunfo del comunismo es inevitable en toda Alemania... Y esto puede ocurrir en los meses venideros, quizá ya en las próximas semanas”<sup>11</sup>. Y en su mencionada monografía sobre la “enfermedad infantil del comunismo”, Lenin afirmaba: “Ahora, en 1920, después de todas las derrotas vergonzosas y las crisis del período de la guerra y de los primeros años que siguieron a ésta, aparece claro que de todos los partidos de Occidente la socialdemocracia alemana es la que ha dado los mejores jefes, la que se ha recobrado, restablecido y recuperado sus fuerzas antes que las otras”<sup>12</sup>. Pero esta fe de Lenin y Sinoviev en la capacidad revolucionaria del socialismo alemán estaba fundada en un espejismo análogo al que sufrieron Marx y Engels en la última fase de su vida. E. H. Carr escribe a este respecto, atinadamente: “Lenin no comprendió realmente nunca por qué el ‘reformismo’, que en Rusia no significaba nada, constituía dentro del Partido Socialdemócrata Alemán un terco y peligroso rival del marxismo revolucionario, y por

---

10 Manifest, Richtlinien, Beschlüsse, etc, obra cit. pág. 178.

11 Contributions a l’histoire du Comintern, obra cit., pág. 11.

12 Lenin, Werke, tomo 31, pág. 18.

qué la acción ilegal, que era admitida como algo natural por los trabajadores rusos, tropezaba con grandes prejuicios entre muchos obreros alemanes”<sup>13</sup>.

El hecho de que las masas populares europeas no fuesen, en su mayor parte, comunistas, no parecía constituir un obstáculo serio para Lenin. Si en Rusia –pensaba– un partido relativamente pequeño había logrado, a pesar de la superioridad cuantitativa de otros partidos socialistas, alcanzar el poder, no había motivo para dudar de que el mismo éxito podía ser obtenido por otros partidos comunistas europeos. El objetivo consistía en acelerar el proceso revolucionario mundial a través de la creación de una organización disciplinada dirigida por una vanguardia comunista consciente de su misión. El penoso fracaso de la II Internacional, su incapacidad en no haber sabido impedir el estallido de la Primera Guerra Mundial, había confirmado en Lenin la convicción de que la revolución mundial sólo era realizable a través de partidos comunistas de estructura análoga a la del partido bolchevique ruso. La lucha sorda que Lenin había sostenido largo tiempo fuera y dentro de Rusia contra los mencheviques y los social–revolucionarios quería proyectarla ahora a escala mundial. Que las condiciones objetivas y subjetivas de los diversos movimientos revolucionarios europeos no coincidían con la situación rusa era algo que parecía impresionarle poco. A pesar de su

---

13 E. H. Carr, *German–Soviet Relations between the Two World Wars 1919–1939*, trad. alemana «Berlin–Moskau», págs. 45–46, Stuttgart, 1954.

prolongada estancia en el extranjero, durante los años de exilio, Lenin no acabó de comprender nunca del todo las tradiciones y particularidades de los movimientos obreros del continente. Franz Borkenau observa, con su habitual agudeza: “Occidente permaneció para él un mundo extraño e incomprensible. Primero idealizó algunos aspectos de la existencia occidental en un sentido completamente erróneo; pero cuando Occidente se le reveló como lo que en realidad era, Lenin sólo fue capaz de responder con accesos de furor”<sup>14</sup>.

Lenin había olvidado pronto que él y Trotsky lograron llevar a cabo la Revolución de Octubre precisamente porque supieron adaptar las premisas y postulados generales sentados por Marx–Engels a la realidad concreta y específica de Rusia. A la inversa de Kautsky, Plechanov y otros marxistas ortodoxos de la II Internacional, que se habían limitado a repetir mecánicamente, como loros amaestrados, las categorías expuestas por los fundadores del “socialismo científico”, Lenin, rehuyendo desde el principio todo doctrinarismo miope, supo concebir –junto a Trotsky– una estrategia revolucionaria propia, adecuada a las condiciones reales de su país<sup>15</sup>. Pero, de pronto, Lenin estaba decidido a

---

14 Franz Borkenau, *Der Europäische Kommunismus*, pág. 19, Berna, 1952.

15 Sobre la actitud ideológica y estratégica de Lenin véase, del autor, *El marxismo, su teoría y su praxis*, especialmente págs. 73–98, Editorial Zero, Madrid, 1971.

aplicar como receta universal una serie de principios organizativos y tácticos que habían triunfado en un país semifeudal, agrario y sin tradición sindicalista y democrática alguna. Con ello quedaba abierta la puerta para un internacionalismo abstracto, dogmático y antidialéctico, que vemos aparecer tan visiblemente en las declaraciones de todos los líderes rusos en la primera fase de la Comintern, y cuyas consecuencias no podrían ser evitadas tampoco por el genio organizador de Lenin y Trotsky. Franz Borkenau observa con razón: “La concepción de Lenin sobre un partido compacto a la cabeza de un amplio movimiento de masas había dado buenos resultados en Rusia, donde las masas estaban casi totalmente desorganizadas; ahora él intentaba aplicar este método a Occidente, como si Lenin hubiera olvidado la existencia de grandes organizaciones de masas en los países industriales de Occidente”<sup>16</sup>.

### **III. ROSA LUXEMBURG CONTRA LENIN**

La única fuerza ideológica que en el seno del movimiento marxista de izquierda hubiera podido presentar en Europa una alternativa seria a la rígida concepción de Lenin era el Partido Comunista alemán, surgido a finales de diciembre de

---

16 Borkenau, obra cit., pág. 28.



1918 del seno del “Spartakusbund”. Pero con el asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht pocos días después de haber tenido lugar la fundación del partido, el movimiento comunista alemán perdió a sus dos líderes más destacados. Esta pérdida quedó engrosada en marzo de 1919 por el asesinato de Leo Jogisches, otra de las figuras centrales del partido. Está fuera de toda duda que, humanamente, Lenin deploró la ejecución de los tres líderes comunistas alemanes; no obstante, en tanto que “Realpolitiker” acostumbraba a no dejarse vencer por sentimientos personales, Lenin tenía que considerar la muerte de los líderes alemanes como un acontecimiento destinado a facilitar la realización de sus planes.

Las relaciones entre Lenin y Rosa Luxemburg habían sido siempre de naturaleza dual. A pesar del respeto y la mutua admiración que se tributaban, sus concepciones estratégicas y organizativas eran diametralmente opuestas<sup>17</sup>. Desde 1903, Rosa Luxemburg había combatido sistemáticamente las tesis leninistas sobre la necesidad de someter a la clase trabajadora a la dirección de un aparato centralizado compuesto de una élite de revolucionarios profesionales. Rosa Luxemburg estaba convencida –y la historia le daría razón– de que tales métodos tenían que conducir a una deformación de la praxis revolucionaria del proletariado. Bajo el concepto de “dictadura del proletariado”, la

---

17 Para una profundización del pensamiento de Rosa Luxemburg, remito también a mi libro *El marxismo, su teoría y su praxis*, págs. 49–63.

comunista polaco–alemana entendía no el dominio de un dique de funcionarios del partido, sino un gobierno democrático y descentralizado de toda la clase obrera. Si bien Rosa Luxemburg y Kautsky eran enemigos políticos, sus concepciones democráticas tenían muchos puntos en común. Eso explica que la crítica ejercida por Rosa Luxemburg a las prácticas bolcheviques, tras la Revolución de Octubre, fuese, en lo esencial, análoga a la que ejerció Kautsky.

Rosa Luxemburg, que estaba al corriente de los planes de Lenin, no apoyaba la fundación de una nueva Internacional. Ya en las sesiones que precedieron a la creación del Partido Comunista alemán, Rosa Luxemburg había votado contra el adjetivo de “comunista”, declarándose partidaria de llamar a la nueva organización, “Partido Socialista”. Rosa Luxemburg intuía proféticamente que la puesta en pie de una Internacional exclusivamente comunista conduciría inevitablemente a la absoluta hegemonía de la Unión Soviética sobre las demás secciones europeas. A la inversa de Lenin, Rosa Luxemburg opinaba que antes de procederse a la fundación de una nueva Internacional revolucionaria, los respectivos partidos comunistas (o socialistas) europeos debían haber adquirido un desarrollo orgánico capaz de asegurar su autonomía y su personalidad propia. Lenin se inclinaba a organizar la revolución “desde arriba”; Rosa Luxemburg estimaba que la revolución sólo podía basarse en la espontaneidad de las masas. El hecho de que rechazase la

fundación de la III Internacional en un momento en que los movimientos comunistas de Europa eran cuantitativamente muy reducidos, correspondía a su teoría de la revolución “desde abajo”.

Consecuente con sus ideas, poco antes de su muerte, Rosa Luxemburg propuso delegar a Eugenio Lewiné y a Hugo Eberlein al primer Congreso de la Internacional Comunista con el encargo de votar en contra de su fundación. Rosa Luxemburg no estaba dispuesta bajo ningún concepto a secundar los planes de Lenin, aun a riesgo de tener que romper abiertamente con él.

A principios de 1924, Hugo Eberlein, refiriéndose a la actitud adoptada por Rosa Luxemburg y Leo Jogisches con respecto a la fundación del Partido Comunista alemán y sus repercusiones sobre el movimiento revolucionario europeo, escribiría retrospectivamente: “Mientras nosotros queríamos dar el nombre de Partido Comunista al nuevo partido, Rosa Luxemburg y Leo Jegisches querían, por el contrario, que se llamase Partido Socialista. Acerca de esta cuestión discutimos hasta altas horas de la madrugada. Rosa Luxemburg argumentaba de la siguiente manera: el Partido Comunista ruso se encuentra hoy solo en la Internacional y es combatido del modo más violento por los partidos socialistas de la II Internacional. La misión de los comunistas es la de arrancar de la II Internacional a los partidos socialistas, especialmente a los partidos socialistas de los países de la Europa occidental, con el objeto de integrarlos

en un nueva Internacional revolucionaria y destruir así la II Internacional reformista. Esto no podrá ser logrado fácilmente por el Partido Comunista ruso. El contraste entre el Partido Comunista ruso y los partidos socialistas occidentales, en particular los de Francia, Inglaterra y América, es demasiado grande, de modo que a nosotros, revolucionarios alemanes, nos corresponde la tarea de establecer la conexión entre los revolucionarios del Este y los socialistas occidentales que siguen hoy todavía las corrientes reformistas, y acelerar el proceso de distanciamiento de los socialistas de la Europa occidental con respecto al reformismo. Esta tarea será más fácil de cumplir si aparecemos bajo el nombre de Partido Socialista; si, por el contrario, surgiésemos con el nombre de Partido Comunista, este estrecho vínculo con el comunismo ruso dificultaría naturalmente nuestra misión en la Europa occidental”<sup>18</sup>.

Lenin no ignoraba que Rosa Luxemburg y otros líderes del movimiento comunista alemán tenían la intención de oponerse a su proyecto de crear una nueva Internacional comunista. Lejos de ser indiferente a este hecho, Lenin, por el contrario, lo consideraba un serio obstáculo para el éxito de su empresa. Si, a pesar de ello, Lenin se decidió a convocar el congreso fundacional de la III Internacional, ello fue con el objeto de que ocurriese antes de que se celebrase la

---

18 Hugo Eberlein, Spartakus und die Dritte Internationale, Imprekorr, 29 febrero 1924.

Conferencia de Berna, anunciada por los partidos socialdemócratas de la Europa occidental. En una de sus primeras resoluciones, los delegados comunistas reunidos en Moscú en marzo de 1919 subrayaron que “en Berna se realiza en este momento... el intento de restaurar la vieja Internacional oportunista y de integrar en ella a todos los elementos confusos e indecisos del proletariado”<sup>19</sup>.

La Conferencia de Berna, que fue apostrofada de “Internacional amarilla” por Lenin, se reunió en febrero de 1919, con asistencia de 102 delegados representando a 26 países. “La Conferencia Socialista de Berna –afirmó la Ejecutiva de la III Internacional– fue un intento de galvanizar el cadáver de la II Internacional”<sup>20</sup>. Pero lo que la propaganda oficial de la Comintern calificaba de cadáver era temido y considerado como algo muy vivo por Lenin.

Según Angélica Balabanova, Lenin veía en la convocatoria de la Conferencia de Berna “la señal para una resurrección de la odiada II Internacional... Su resurrección, o por lo menos la integración del ala izquierda a la II Internacional, tenía que ser impedida a toda costa...”<sup>21</sup>. Karl Radek confirmó en 1920, en una entrevista con una delegación del Independent Labour Party (ILP) que el objeto principal de la

---

19 Manifest, Richtlinien, Beschlüsse, etc., obra cit., pág. 70.

20 Ibid., pág. 49.

21 Angélica Balabanova, *My Life as a Rebel*, Londres, 1938, citado en «Geschichte der Internationale», Julius Braunthal, tomo II. pág. 183.

fundación de la III Internacional fue “la destrucción de la II Internacional”<sup>22</sup>.

Cuando Hugo Eberlein arribó a Moscú a fines de febrero de 1919 con el objeto de participar como delegado alemán al congreso fundacional de III Internacional estaba decidido a votar en contra de su fundación. Estas eran las instrucciones que el Partido Comunista alemán le había dado. El mandato de Eberlein era imperativo, estaba ligado a los acuerdos tomados en Berlín. Eberlein había sido precisamente propuesto como delegado por Leo Jogisches debido a su carácter firme y terco. Lenin y otros delegados (Trotsky, Bujarin, Rakovsky) intentaron convencer por todos los medios a Eberlein de que la fundación de la nueva Internacional debía ser apoyada por el Partido Comunista alemán. Eberlein expuso con insistencia el punto de vista de los espartaquistas y Lenin, que quería evitar una ruptura con los comunistas alemanes, parecía ya dispuesto a aplazar la fundación de la nueva Internacional. Pero, informa Eberlein, en el curso de las negociaciones... llegaron las noticias sobre la proclamación de la República de los soviets en Hungría y Baviera. Estas noticias produjeron un indescriptible entusiasmo en la conferencia, de manera que volvió a plantearse la cuestión de la fundación inmediata de la Internacional Comunista”<sup>23</sup>. Lo que movió, finalmente, a Eberlein a

---

22 Independent Labour Party, Report of the 29th Annual Conference, pág. 58, Londres, 1921.

23 Hugo Eberlein, Imprekorr, 24 febrero 1924.

obrar en contra de las instrucciones expresas de su partido fue el discurso que el delegado austríaco Karl Steinhardt pronunció el tercer día del congreso. Steinhardt dejó entrever que la proclamación de una república de los soviets en Austria era inminente y encareció a Eberlein a no oponerse a la fundación de la Comintern. La súbita aparición de Steinhardt en el congreso fue probablemente escenificada por Sinoviev y Karl Radek para impresionar a Eberlein. El delegado austríaco apareció en medio de la reunión con uniforme militar y barba de varios días. Apenas entrado en la sala sacó un cuchillo, rajó el forro de su capote y arrojó con un gesto dramático e imponente su mandato de delegado. Casi llorando, describió la lucha del proletariado austríaco. Poco después, en medio de la confusión general. El representante alemán, Eberlein, no tuvo oportunidad de hacer valer su opinión. Los delegados asistentes prorrumpieron en “hurra” y empezaron a cantar el himno de la Internacional. El golpe de teatro de Sinoviev y Radek había surtido su efecto y Lenin conseguido su propósito: La Comintern vivía.

Entre los acuerdos tomados por el primer congreso, figuró la disolución formal de la “Izquierda de Zimmerwald”. En el aspecto organizativo y estatutario, el congreso fundacional se abstuvo de tomar resoluciones definitivas, posponiéndolas para el II Congreso.



#### **IV. ENTRE EL I Y EL II CONGRESOS. BELA KUN Y LA REVOLUCION HUNGARA. LA REPUBLICA DE BAVIERA. LA GUERRA RUSO-POLACA**

En el período comprendido entre el I y II Congresos de la III Internacional se produjeron varios acontecimientos político-históricos de gran importancia. En Alemania, los trabajadores alemanes lograron, por medio de la huelga general, contrarrestar con éxito el golpe de Estado del general Kapp. En Hungría y Baviera surgieron casi simultáneamente repúblicas soviéticas. En Rusia, el movimiento de liberación frente al acoso de las potencias europeas se había afianzado en lo esencial.

En noviembre de 1919 tuvo lugar en Berlín la fundación de la Juventud Comunista Internacional, que se adhirió formalmente a la recién creada Internacional de Moscú. La euforia de los líderes de la Comintern no conocía límites.

A finales de marzo de 1919, Sinoviev, en nombre del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, escribía a los comunistas húngaros: “La causa del comunismo avanza con las botas de siete leguas. Las batallas decisivas se acercan más pronto de lo que habíamos pensado<sup>24</sup>. Y a los comunistas bávaros: “Estamos profundamente convencidos

---

24 Manifest, Richtlinien, Beschlüsse, etc., obra cit., pág. 77.

de que se acerca la hora en que toda Alemania se convertirá en una república soviética”<sup>25</sup>.

Entre los acontecimientos habidos en el plano ideológico entre el I y II Congresos, destacó ante todo la aparición del folleto de Lenin, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, publicado en ruso entre el 8 y el 10 de junio de 1920 y traducido en julio al francés, al alemán y al inglés. El opúsculo fue distribuido a todos los delegados asistentes al II Congreso. En esta obra, Lenin se proponía combatir las tendencias anarquizantes y ultraizquierdistas que estaban apareciendo en el seno del socialismo europeo, y convencer a los comunistas y socialistas revolucionarios de todo el mundo de que la revolución sólo podía triunfar si los partidos comunistas adoptaban una estructura organizativa de tipo bolchevique, basada en la disciplina de hierro y el centralismo.

El paréntesis entre el I y el II Congresos de la Comintern estuvo dominado ante todo por los acontecimientos revolucionarios de Hungría. Después de liberarse del dominio de los Habsburgo, el pueblo húngaro pasó a ser gobernado por una república presidida por Miguel Károlyi, que, bajo la monarquía, había sido jefe de la minoría parlamentaria radical. Károlyi era un pacifista que acusaba a las oligarquías dominantes bajo la monarquía de haber arrastrado a Hungría a la guerra. Su programa político aspiraba a un armisticio

---

25 Ibid., pág. 78.

con las potencias de la Entente, a la instauración de una república, a un movimiento de reformas sociales y a una separación de Hungría del tutelaje austríaco. La desmoralización de las tropas húngaras en el frente, la falta de energía del gobierno y la creciente agitación de los obreros condujeron finalmente a la disolución de la monarquía. El 25 de octubre de 1918 se constituyó un Consejo Nacional bajo la presidencia de Károlyi; el 30 del mismo mes, las masas populares, los obreros y los soldados, actuando independientemente del Consejo Nacional, se echaron a la calle y proclamaron espontáneamente la revolución, ocupando los edificios públicos y los cuarteles. Al día siguiente, Budapest y el resto del país se hallaban en manos del pueblo. En el momento de producirse esta conmoción popular, el rey se hallaba en Viena negociando con Austria. El conde Tisza, el hombre fuerte de la Corte, fue asesinado por los soldados. En todo el país surgieron soviets de obreros, campesinos y soldados. La proclamación de la república y la disolución de la monarquía tuvieron lugar el 16 de noviembre de 1918.

Mientras Károlyi, apoyado en la socialdemocracia, la burguesía liberal y el campesinado, propugnaba una política favorable a la Entente, Moscú era partidario de una alianza entre Hungría y la Unión Soviética. Este deseo del Kremlin era de momento irrealizable porque en Hungría no existía ningún partido comunista que pudiera apoyarlo. Pero Lenin no se dejó descorazonar y decidió poner fin a este obstáculo. Entre los ex prisioneros de guerra húngaros residentes en

Rusia se hallaba Bela Kun, un periodista ambicioso y enérgico que había saludado desde el primer momento con entusiasmo la revolución bolchevique. Bela Kun, que gozaba de la confianza de Lenin, fue enviado a Budapest a mediados de noviembre de 1918 con la misión de organizar el partido comunista húngaro. Bela Kun entró en su patria con pasaporte falso, acompañado de Tibor Szamuely, a los que se unió más tarde Josef Rabinovicz. El 7 de diciembre de 1918 aparecía el primer número del periódico comunista *Vörös Ujság*, financiado con los fondos que Bela Kun había traído de Moscú. El tono del órgano comunista fue desde el primer momento muy radical, y sus ataques estaban dirigidos ante todo contra la socialdemocracia. Entre *Vörös Ujság* y *Népszava* (portavoz del Partido Socialdemócrata) surgió una polémica muy violenta y acerba. El 1 de enero de 1919, el órgano comunista, que había postulado desde el principio la dictadura del proletariado, proclamó la necesidad de que los obreros se armasen. Al principio, la propaganda un poco desahogada de Bela Kun se abrió paso con dificultad. A pesar de ello, el 18 de febrero de 1919, Bela Kun decidió arriesgar un asalto armado a la redacción del periódico socialdemócrata *Népszava*. A consecuencia del choque entre las fuerzas del orden y los comunistas, resultaron muertos ocho policías. El presidente de la República, Károlyi, ordenó la detención de Bela Kun y otros dirigentes comunistas. Pero al mismo tiempo, Károlyi dio instrucciones para que se concediese a los detenidos todas las libertades y prerrogativas posibles. Bela Kun, desde su celda, no sólo

podía leer los periódicos, contestar a la correspondencia y recibir toda clase de visitas, sino que incluso siguió dirigiendo la redacción de *Vorós Ujsáj*, el órgano del partido.

Los acontecimientos tomaron un sesgo de opereta cuando Moscú detuvo a los miembros de una comisión socialdemócrata húngara que se hallaba casualmente en Rusia y propuso canjearlos por los dirigentes comunistas detenidos en Budapest. El gobierno húngaro se vio obligado a aceptar el ultimátum y puso en libertad a la mayoría de los detenidos. Bela Kun, que no se hallaba entre los presos puestos en libertad, pudo, no obstante, proseguir desde su celda su actividad propagandística con el tácito consentimiento de las autoridades.

El desarrollo de los acontecimientos políticos favoreció en el curso de las semanas siguientes la posición de los comunistas. A las once horas del 20 de marzo de 1919, el jefe de la misión militar de la Entente en Budapest, teniente coronel Ferdinand Vix, se presentó en la residencia del gobierno húngaro y entregó a Károlyi, en nombre del general De Lobit (comandante supremo de las potencias aliadas en Hungría), una nota conteniendo los acuerdos tomados el día anterior en Belgrado. El ultimátum prescribía que, además de las zonas ocupadas ya por las tropas de la Entente, Hungría debía ceder a Rumania nuevos territorios. A las cinco de la tarde del mismo día, el gobierno húngaro se reunió para deliberar; incapaz de aceptar las condiciones impuestas por los aliados, el gabinete en pleno presentó su

dimisión, que fue aceptada por el presidente de la república. Con ello finiquitaba la era liberal–socialdemócrata de Károlyi, cuya experiencia había sido similar en muchos aspectos a la de Kerensky en Rusia.

Bela Kun, que fue liberado en seguida de la cárcel, aprovechó el favorable momento psicológico para exigir a la desmoralizada socialdemocracia que fuese proclamada una república de los soviets y se estableciese una alianza con la Unión Soviética. El 21 de marzo fue, en efecto, proclamada la república de los soviets. Entre el Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata se firmó un pacto de unificación. En la noche del día 21 quedaba constituido el Consejo Revolucionario. Como presidente del mismo fue elegido Alejandro Garbai, un antiguo albañil sin personalidad alguna. Bela Kun se reservó el Comisariado de Asuntos Exteriores y el Comisariado del Interior. Entre los nuevos comisarios del pueblo se hallaban Josef Pogány (versión eslavizada del apellido judío–alemán Schwarz) y Eugenio Varga, ambos ex redactores del portavoz socialdemócrata Nepszava, así como Georg Lukacs, hijo de un rico banquero judío. Dos de los comisarios elegidos –Varga y Lukacs– estaban destinados a desempeñar un papel muy importante en la historia del comunismo mundial, el primero como economista oficial de la Comintern y el segundo como teórico marxista.

En su primer mensaje al pueblo húngaro, publicado en la mañana del 22 de marzo, el nuevo gobierno decía: “¡Proletarios! Basta de palabras; ahora ha llegado la hora de

actuar. El proletariado húngaro ha tomado en sus manos las riendas de su destino... En posesión del poder político, el proletariado de Hungría entra en las filas de los precursores de la Revolución Mundial. ¡La revolución internacional triunfa!... Hoy damos comienzo a la liquidación del sistema explotador del capitalismo; a partir de hoy, el proletariado húngaro rechaza en su totalidad toda colaboración con la burguesía”<sup>26</sup>.

Una de las primeras decisiones del nuevo gobierno fue la de proclamar que Hungría se opondría con las armas en la mano al ultimátum presentado por los aliados el 20 de marzo de 1919.

En la proclamación “A todos” (23 de marzo) se decía: “Comunicamos a los trabajadores de todo el mundo que el Partido Socialdemócrata y el PC de Hungría se han fusionado como Partido Socialista y establecido la dictadura del proletariado en nombre de todos los trabajadores, soldados y campesinos... La respuesta del pueblo húngaro al ultimátum de la Entente, que exigía la entrega inmediata y definitiva del pueblo húngaro a la oligarquía rumana, es la creación de la dictadura del proletariado... Colocamos la revolución proletaria húngara bajo la protección del socialismo internacional y estamos dispuestos a defender sus logros

---

26 Barón Albert von Kaas y Fedor von Lazarovics, *Der Bolchewismus in Ungary*, pág. 57, Munich, 1930.



hasta la última gota de nuestra sangre y a proteger a la república soviética húngara contra todo el mundo”<sup>27</sup>.

La intervención armada de las potencias de la Entente y la torpe política agraria del gobierno condujeron en los próximos meses a su debilitación y, finalmente, en agosto de 1919, a su derrocamiento. Rusia envuelta ella misma en problemas bélicos, no estaba en condiciones de ofrecer al gobierno revolucionario ayuda material alguna. La aventura comunista financiada con fondos de Moscú tuvo un trágico desenlace. El primero de agosto, Bela Kun se vio obligado a admitir la derrota de los soviets de su país. Sinoviev, en un mensaje dirigido el 5 de agosto de 1919 a los obreros de todo el mundo, escribía: “La gran traición ha sido consumada”. El poder soviético de Hungría ha caído derribado bajo el peso de los bandidos imperialistas y la inconmensurable traición de los socialpatriotas. Los líderes de la II Internacional, que apoyaban la matanza imperialista, han saboteado la huelga general internacional... De este modo se ha puesto de manifiesto toda la ruindad del antiguo Partido Socialdemócrata, que había jurado fidelidad a la dictadura proletaria y firmado un acuerdo con el PC de Hungría. A través de su fusión con los comunistas, se había adherido a la III Internacional Comunista. Ese partido lleva ahora marcado en la frente el signo de Cain”<sup>28</sup>.

---

27 Ibid., pág. 262.

28 Manifest, Richtlinien, Beschlüsse, etc., obra cit., pág. 136.

Al adjudicar a la socialdemocracia húngara la responsabilidad por el desmoronamiento de la república de los soviets, Sinoviev inauguraba una tradición interpretativa que estaba destinada a convertirse en una de las actitudes fundamentales de la Comintern. Mucho más diferenciado es el diagnóstico formulado por el estalinista Christo Kabakschieff: “El PC, ya débil y joven de por sí, se fundió con el Partido Socialdemócrata, que era mucho más potente y fuerte, debilitándose todavía más. Este fue el error fundamental y mayor cometido por los comunistas húngaros... La mayor parte de la burocracia pudo conservar, bajo la protección de los socialdemócratas, sus viejos cargos en el nuevo Estado soviético; incluso algunos antiguos oficiales del Estado Mayor lograron infiltrarse en el mando del ejército proletario. La mayor parte de la burocracia sindical, que en Hungría constituía una organización del Partido Socialdemócrata, conservó la dirección de los sindicatos. Los comunistas húngaros cometieron también errores en el plano económico, al proceder desde el principio a la expropiación no sólo de la gran industria, sino también de la industria media, e incluso, en parte, de la pequeña... Pero el mayor error en el terreno económico fue el de no repartir, tras la nacionalización del suelo, las tierras entre los campesinos y retenerlas para crear con ellas grandes granjas colectivas”<sup>29</sup>.

---

29 Christo Kabaktschieff, obra cit., pág. 7.

A la inversa de la revolución húngara, la revolución soviética de Baviera se realizó sin la participación de Moscú o de la III Internacional. El movimiento insurreccional de Baviera fue un acontecimiento espontáneo dirigido al principio por el dramaturgo y poeta Ernst Toller y por los anarquistas Erich Mühsam y Gustavo Landauer. Las características de la “Räterepublik” (República de los Consejos) recordaban en su fase inicial más la Comuna de París que la Revolución de Octubre. Los comunistas, dirigidos por Leviné y el doctor Levin, adoptaron una actitud entre oportunista y desleal; después de haberse negado a participar en la proclamación de la República de los Consejos (en cuyo éxito no creían), realizaron más tarde una revolución de palacio y se apoderaron por un momento de las riendas del movimiento popular, como los bolcheviques en Rusia. Eugenio Leviné, no obstante, que al principio se condujo innoblemente, tuvo al final la grandeza de no huir –en contra de las órdenes del PC alemán– y de permanecer en Munich, La ocupación de la ciudad por las tropas reaccionarias costó la vida a 600 revolucionarios y la libertad a miles de ellos. El desenlace de la frustrada revolución no pudo ser más trágico: el pobre Gustav Landauer fue asesinado por la soldadesca, Leviné, ejecutado. Ernst Toller, que después de pasar unos años en la cárcel emigró a los Estados Unidos, se suicidó.

En la primavera de 1920, varios meses después de ser aplastadas las revoluciones de Hungría y Baviera, las tropas

del mariscal Pilsudski penetraron en territorio ruso y ocuparon Ucrania, envolviendo a la Unión Soviética en un nuevo conflicto bélico. “Polonia –se decía en un llamamiento publicado por la Ejecutiva de la Comintern el 18 de mayo de 1920– ha emprendido esta guerra para saquear la tierra de los campesinos ucranianos y entregarla a los terratenientes polacos... Pero los causantes de esta guerra no son solamente los terratenientes y capitalistas polacos, sino también los gobiernos de la Entente. Son ellos los que han armado a las tropas polacas blancas”<sup>30</sup>.

Lenin, que veía al principio con preocupación el avance de las tropas polacas, confiaba en poder transformar el nuevo conflicto armado en una guerra revolucionaria y utilizar a Polonia como corredor para extender la revolución a Alemania y la Europa central. Tras sus éxitos iniciales, las tropas polacas tuvieron que abandonar Kiev el 13 de junio. Los rusos no sólo arrojaron a los polacos del territorio soviético, sino que iniciaron una ofensiva en dirección a Varsovia.

A pesar de la derrota de la revolución húngara y de la revolución bávara, Lenin, Sinoviev, Trotsky y la mayoría de líderes bolcheviques seguían creyendo que el movimiento proletario europeo se hallaba en una fase ascendente. En vísperas del II Congreso de la Comintern, la atmósfera política de Rusia no podía ser más eufórica y mesiánica

---

30 Manifest, Richtlinien, Beschlüsse, etc., obra cit., pág. 275.

## V. EL II CONGRESO DE LA COMINTERN. LOS ESTATUTOS Y LAS 21 CONDICIONES DE INGRESO

Al II Congreso mundial de la III Internacional, celebrado en Moscú entre el 17 de julio y el 7 de agosto de 1920, asistieron un total de 217 delegados, que representaban a 67 organizaciones (de ellas, 27 partidos comunistas) procedentes de 34 países. De los delegados, 64 eran rusos. “El I Congreso mundial –escribe el historiador marxista Arthur Rosenberg– había significado sólo un comienzo. Fue el II Congreso mundial de julio y agosto de 1920 que constituyó una verdadera representación de la mayoría de trabajadores europeos... Fue sólo en este congreso que la Internacional Comunista adquirió un programa claro y un estilo político determinado”<sup>31</sup>.

En la sala del congreso colgaba un mapa europeo de dimensiones colosales, en el que era consignado día a día con banderitas de colores el avance de las tropas rojas en dirección a Varsovia. Pero cuando el congreso hubo concluido ya sus sesiones, el Ejército Rojo sufrió de pronto (el 15 de agosto) una derrota en las puertas de la capital polaca, viéndose obligado a replegarse en territorio ruso ante la contraofensiva del mariscal Pilsudski. La esperanza de Lenin de

---

31 Arthur Rosenberg, *Geschichte des Bolchewismus*, pág. 133, Berlín, 1932.

convertir a Polonia en el punto de partida de un gran incendio revolucionario quedaba definitivamente frustrada. En octubre de 1920, Moscú se veía obligado a aceptar el armisticio impuesto por Varsovia. La derrota rusa frente a Pilsudski no era sólo de importancia militar; en realidad, significaba un fracaso del internacionalismo romántico y abstracto de Lenin y los dirigentes bolcheviques. El Partido Socialista Polaco (PPS), que se había opuesto a la ocupación de Ucrania, se unió al mariscal Pilsudski para defender la independencia nacional amenazada por el Ejército Rojo. En el seno del PC polaco, la aparición de las tropas rusas fue acogida con sentimientos diversos, mientras una parte de sus dirigentes –como Lapinski y Kon– se identificaban con el plan de Lenin y Trotsky, otros líderes –como Donski o Marchlewski– expresaron su disentimiento o sus reservas.

El II Congreso tiene una importancia excepcional en la historia de la Comintern: en él fueron aprobados los estatutos y las condiciones de ingreso. Si bien, en el orden formal, el tipo de organización adoptado en el II Congreso fue el resultado de las deliberaciones de todos los partidos participantes, de facto era el reflejo mecánico de la propia concepción bolchevique. El preámbulo de los Estatutos de la IC –aprobados el 4 de agosto– contenía ya el siguiente pasaje: “La Internacional Comunista apoya incondicionalmente los logros de la gran revolución proletaria rusa, la primera revolución triunfante en la historia mundial, y apela a los

proletarios de todo el mundo a seguir el mismo camino”<sup>32</sup>. La composición del Comité Ejecutivo (CE) aseguraba ya a los rusos una posición privilegiada. En el párrafo octavo de los Estatutos se establecía que “la labor principal del CE recae en el partido del país en el que, de acuerdo con la decisión del congreso mundial, tenga su sede el CE. El partido del país en cuestión delega a cinco de sus representantes con derecho a voto en el CE. Además, cada uno de los diez partidos comunistas más importantes, cuya lista será confirmada por el congreso mundial ordinario, delega un representante con derecho a voto en el CE. Cada una de las otras organizaciones y partidos admitidos en la Internacional Comunista tienen el derecho a delegar a un representante con voz consultiva”<sup>33</sup>.

Desde el principio, pues, se establecía una estructura organizativa discriminatoria y antidemocrática, claramente favorable a Rusia y, en menor grado, a algunos partidos comunistas privilegiados. El principio representativo de la igualdad era sustituido por el principio de la jerarquía. Teniendo en cuenta de que Rusia estaba destinada de antemano a convertirse en la sede de la IC, pasaba con ello a ocupar desde el principio una posición de clara hegemonía dentro de la nueva Internacional. La misma discriminación se preveía para los coeficientes de representación en los

---

32 Der I. und II. Kongress der Kom. Int., obra cit., pág. 212.

33 Ibid., pág. 213.

congresos. Mientras, por ejemplo, en el II Congreso, el PC alemán (Liga de Espartaco) y la “Juventud Comunista de Alemania” disponían, juntos, de seis votos, los rusos tenían a su disposición nada menos que 65. Teniendo en cuenta que el número total de delegados provistos de mandato con derecho a voto ascendía a 167, ello significa que los rusos acaparaban el 40 por 100 de todos los votos. En esta cifra no se hallaban comprendidos los mandatos correspondientes a Armenia, Georgia, Lituania, Estonia, Letonia y otras repúblicas formalmente autónomas, pero fácticamente ligadas a la Unión Soviética.

La estructura interna de la nueva Internacional constituía una copia de los principios organizativos y tácticos postulados por Lenin. El texto de las 21 condiciones de ingreso aprobadas el 6 de agosto había sido redactado por Sinoviev y Lenin personalmente. En el punto 12 se exigía: “Los partidos pertenecientes a la Internacional Comunista tienen que estar organizados sobre la base del centralismo democrático. En el actual período de las guerras civiles encarnizadas, un PC está sólo en condiciones de cumplir su deber si se organiza de la manera más centralizada posible y reina en él una disciplina férrea, casi militar; si el núcleo central del partido constituye un órgano fuerte y autoritario dotado de amplios poderes y gozando de la confianza general de la militancia del partido”<sup>34</sup>. A través del punto 9 de

---

34 Ibid., pág. 240.



los Estatutos se suprimía prácticamente la autonomía de las distintas secciones nacionales: “El CE de la IC tiene el derecho a exigir de los partidos miembros la expulsión de grupos y personas que atenten contra la disciplina internacional, así como la expulsión de la Internacional Comunista de aquellos partidos que atenten contra las conclusiones del Congreso mundial”<sup>35</sup>. La aplicación de la técnica específicamente bolchevique de las “depuraciones” fue también acordada como una *conditio sine qua non* para el ingreso en la IC: “Los partidos comunistas de todos los países en los cuales los comunistas operen legalmente deben proceder a la depuración periódica del plantel de militantes de las organizaciones del partido, con el fin de depurar al partido de los elementos pequeño–burgueses que inevitablemente se infiltrarán en sus organizaciones”<sup>36</sup>.

El texto de los Estatutos, las 21 condiciones de ingreso y la acentuada discriminación en la adjudicación de mandatos con derecho a voto permitieron desde el primer momento a la Unión Soviética utilizar la nueva Internacional como un instrumento de poder con fines propios. De acuerdo con Theo Pirer, “los Estatutos y las 21 condiciones muestran que la meta no consistía primariamente en el fomento de movimientos y corrientes revolucionarios o radicales en el mundo, sino en la creación de partidos idénticos que fueran el

---

35 Ibid., pág. 213.

36 Ibid., pág. 240.

vivo retrato del PC de la Unión Soviética”<sup>37</sup>. Y el inglés Víctor Gollanz: “La afirmación de que la Comintern no tiene nada que ver con el Estado soviético, de que en la Comintern los miembros soviéticos están en minoría y las decisiones son adoptadas democráticamente en los congresos de la Comintern, sólo puede convencer a un niño de teta político”<sup>38</sup>. La hegemonía rusa no se limitaba naturalmente a la estructura jurídica y organizativa. El papel de primus ínter pares que Moscú se reservó desde el primer momento fue más o menos aceptado implícitamente como una especie de *gentlemen's agreement* por la mayoría de secciones y dirigentes comunistas extranjeros. Como diría el estalinista Togliatti (Ercoli), con ejemplar cinismo, en 1926: “Pero hay algo que no está expresado en los Estatutos. Se trata de la posición del partido ruso dentro de la Internacional, de su función dirigente. Ello rebasa el contenido de los Estatutos y pienso que por lo tanto los discursos de los miembros más destacados de la oposición deben ser condenados porque constituían un intento de minar el papel dirigente del partido ruso dentro de la Internacional”<sup>39</sup>.

El hecho de que Lenin no tuviera la intención –como haría más tarde Stalin– de utilizar la III Internacional como un

---

37 Theo Pirker, *Komintern und Faschismus*, obra cit., pág. 37.

38 Víctor Gollanz, *Stimmen aus den Chaos*, pág. 137.

39 Protokoll, VII Pleno, pág. 837, citado por Jane Degross, *The Communist International 1919–1943*, Oxford University Press, 1960, tomo II.

simple instrumento de la política interior y exterior rusa, no invalida en modo alguno la realidad objetiva de que él y sus compañeros de partido crearon ya entonces los supuestos jurídicos y organizativos para la ulterior bolchevización de la Internacional Comunista. Ángel Pestaña, delegado de la CNT en el II Congreso, resumía, con humor español: “Mis observaciones terminaron por llevarme a la conclusión de que el PC, la III Internacional y la aún en pañales Internacional Sindical Revolucionaria eran una misma cosa. Algo así como la Trinidad cristiana: Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas distintas y un solo Dios verdadero. PC ruso, III Internacional e Internacional Sindical Revolucionaria, tres personas distintas y un solo criterio político: política bolchevique”<sup>40</sup>. Otro sindicalista –el francés Jules Lepetit–, que asistió a las sesiones del II Congreso en calidad de observador, y que perecería más tarde en un naufragio, observaba, en una carta dirigida a un compañero suyo: “Hasta ahora no he encontrado nada interesante en esta reunión, a pesar del ruido que se ha hecho en torno a ella... Esto no se parece tampoco a un congreso, sino más bien a un concilio al que se acude simplemente a aprobar las órdenes, las decisiones de la Iglesia”<sup>41</sup>.

---

40 Ángel Pestaña, *Consideraciones y juicios acerca de la III Internacional*, págs. 19–20, Editorial ZYX, Madrid, 1968.

41 *Le Midi Rouge*, enero de 1921, citado en «Aux origines du Communisme français», Annie Riegel, II, pág. 776, París–La Haya, 1964.

Lenin, Trotsky, Sinoviev y los demás dirigentes bolcheviques, que no se paraban en barras a la hora de imponer sus opiniones, no satisfechos con presentar unos Estatutos hechos a la medida de sus deseos, echaron mano de los recursos más burdos para asfixiar las intervenciones de los delegados poco inclinados a someterse a su dictado. Así, mientras los líderes rusos y los delegados extranjeros simpatizantes con sus métodos podían hablar ante el congreso el tiempo que estimaban oportuno, el presidium de la asamblea negaba o retiraba la palabra a los delegados incómodos. Este estilo deliberativo, extraño a las tradiciones democráticas del movimiento obrero de la Europa Occidental, que bajo Stalin alcanzaría sus proporciones más escandalosas, fue de hecho ya introducido por Lenin y Trotsky, que, en la cima de su prestigio e impacientes por acelerar el ritmo de la revolución mundial, rechazaban con un gesto imperativo los escrúpulos formulados por delegados inoportunos, como el español Ángel Pestaña.

En el plano programático, el II Congreso dedicó una gran atención no sólo a los problemas europeos, sino también a la cuestión colonial. En el congreso se hallaban representantes de la India, Turquía, Persia, China, Corea, Java y otros países coloniales o excoloniales. John Reed, el delegado norteamericano, habló del problema de los negros de su país. En septiembre de 1920, pocas semanas después de terminar el II Congreso de la Comintern, se celebró en Bakú el Congreso de los Pueblos de Este, al que asistieron

1.891 delegados, y en el que se aprobaron una serie de resoluciones inspiradas en las declaraciones hechas por Lenin y otros líderes bolcheviques en el II Congreso de la Comintern.

En el manifiesto central publicado por el II Congreso de la Comintern la situación política europea fue comparada a una “casa de locos”. Uno de los errores de apreciación cometidos por los autores del manifiesto fue el de no establecer diferencias cualitativas entre los diversos gobiernos capitalistas y el de pasar por alto las ventajas que la democracia burguesa podía ofrecer para el movimiento revolucionario. Asimismo el II Congreso sobrevaloró el potencial revolucionario de las masas europeas y afirmó, con indudable optimismo, que el capitalismo mundial se hallaba al borde de la bancarrota: “La guerra civil está en todo el mundo a la orden del día”, rezaba una de las afirmaciones del Manifiesto<sup>42</sup>. Pero como el hecho histórico más importante del momento, el II Congreso no consideró el fermento revolucionario en Europa y los países coloniales, sino “que el desarrollo y afianzamiento del poder soviético en Rusia aparece como la realidad histórica más importante desde la fundación de la Internacional Comunista”<sup>43</sup>.

---

42 Die kapitalistische Welt und die Kommunistische Internationale, Manifest des II Weltkongresses, pág. 22, Hamburgo, 1920.

43 Ibid., pág. 20.

## **CAPÍTULO II**

### **I. FUNDACION DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS. LA ESCISION DEL MOVIMIENTO SOCIALISTA MUNDIAL**

En el momento en que la III Internacional asumía los radicales planes de Lenin, Trotsky y Sinoviev y proclamaba en sus estatutos y resoluciones la necesidad de desencadenar una revolución proletaria a escala mundial, los movimientos comunistas se hallaban en todos los países –con la excepción de Rusia– en una fase embrionaria. En la mayor parte de países no existía siquiera un PC, y donde los había eran débiles sectas sin vínculos profundos con las masas obreras. La ola de partidos comunistas surgidos en la fase inicial de la postguerra no fue el producto de un proceso orgánico de crecimiento, sino que obedeció al magnetismo ejercido por el triunfo de la Revolución de Octubre sobre las masas trabajadoras y los intelectuales. Sin este incentivo externo, la creación de partidos comunistas hubiera seguido

sin duda un ritmo más lento, pero, a la vez, probablemente más acorde con las tradiciones revolucionarias de Occidente.

En términos cuantitativos, el movimiento proletario europeo estaba dominado, a pesar del fracaso de la II Internacional, por los partidos socialistas y las organizaciones sindicales tradicionales<sup>44</sup>. Lenin creía, de todos modos, que las masas obreras europeas podían ser movilizadas a favor de la III Internacional si se lograba, a través de una propaganda tenaz, desprestigiar y desenmascarar a sus líderes. “Necesitamos líderes que no tengan con la burguesía otra relación que la del odio mortal”, proclamaba el II Congreso de la Comintern en un manifiesto<sup>45</sup>.

En el plano organizativo, esta tarea debía ser realizada a través de la creación de partidos comunistas independientes o de fracciones comunistas en las organizaciones sindicales reformistas.

Se trataba, pues, de exportar a Europa la misma táctica

---

44 Los partidos o grupos centristas que no habían querido aceptar las 21 condiciones de ingreso de la Comintern fundaron en 1921 en Viena la «Asociación Obrera Internacional de Partidos Socialistas», que Radek denominaría sarcásticamente «Internacional dos y media». En 1923, la «Internacional dos y media» se fusionó con la II Internacional (reorganizada en Berna en 1919), adoptando el nombre de «Internacional Socialista Obrera» (Sozintern).

45 Die kap. Wélt und die Kom. Int., obra cit., pág. 30.

que los bolcheviques habían aplicado en el seno de la socialdemocracia rusa. La III Internacional debía ser el instrumento coordinativo y la plataforma de lance para este plan escisionista.

Apenas había acabado de fundarse la III Internacional, Lenin proclamó claramente que estaba decidido, con ayuda de esta organización, a dominar y dirigir a los movimientos europeos de izquierda. Con este objeto inició una campaña verbal contra todos aquellos partidos, organizaciones, grupos y líderes que a su juicio podían estorbar o paralizar la revolución mundial a que tan ardientemente aspiraba. Cuando se repasan las declaraciones hechas por Lenin en este período, se constata en seguida que casi todos sus discursos y escritos perseguían el objetivo inmediato de desprestigiar a todas aquellas fuerzas histórico-ideológicas que no estaban dispuestas a secundar sus planes. Los enemigos de Lenin eran, en primer lugar, los líderes socialistas que habían tomado abiertamente partido a favor de la burguesía y traicionado con ello a la clase obrera. Estos socialistas eran denominados por él “lacayos declarados de la burguesía”. En segundo lugar, venían los viejos líderes centristas de la II Internacional y los dirigentes de la Federación Sindical de Ámsterdam, a quienes Lenin calificaba de “lacayos indirectos del capitalismo”. Lenin no olvidaba tampoco de polemizar con los socialistas de izquierda y los comunistas anarquizantes que rechazaban la lucha parlamentaria y la entrada en los sindicatos



reformistas. Mientras para discutir con estos últimos Lenin combinaba los elogios dosificados con cierta severidad paternal, aplicaba los más feroces e inusitados insultos a Kautsky, Hilferling, Otto Bauer, Bernstein, Noske, Ledebour, Crispian, Renaudel, Longuet, Henderson, Clynes, MacDonald, Turati y otros líderes reformistas y centristas.

Frente a los líderes centristas y reformistas que insistían continuamente en la necesidad de preservar a toda costa la unidad del movimiento obrero-socialista, Lenin consideraba, al contrario, que los comunistas debían, a todo trance, desenmascarar abiertamente a los viejos dirigentes y trazar una clara línea divisoria entre las corrientes revolucionarias y las corrientes evolucionistas. Lenin estaba persuadido de la necesidad estratégica de iniciar la revolución mundial con una fase de depuración dentro de los antiguos movimientos socialistas. El riesgo de escindir y debilitar con ello el movimiento proletario no parecía importarle demasiado. Radek resumía, no sin orgullo, en 1922: “La Internacional Comunista tenía que intentar, en todos los partidos proletarios, atraer y agrupar a los elementos afectos a ella, tenía que separar de los partidos socialistas a esos elementos y constituir con ellos partidos comunistas homogéneos. La Internacional Comunista logró llevar a cabo esta tarea. En tres años de labor incansable ha atraído hacia sí a los elementos revolucionarios de los partidos socialdemócratas y formado con ellos partidos

comunistas separados”<sup>46</sup>. Pero lo que los comunistas adictos a Moscú consideraban como un gran triunfo –la escisión del socialismo– iba a convertirse, en muchos aspectos, en una victoria pírrica. Para decirlo con las palabras de Humbert–Droz, uno de los factótums de la fase inicial de la Comintern: “La escisión se manifestó como un auxilio inesperado para la burguesía reaccionaria... Mientras los sindicalistas reformistas y los sindicalistas revolucionarios, los socialistas no bolcheviques y los comunistas consagraban sus mejores energías y la mayor parte de su tiempo en combatirse..., las masas populares, desmoralizadas o hastiadas de las luchas intestinas, las polémicas y las injurias se replegaron sobre sí mismas en espera de un problemático restablecimiento de la unidad”<sup>47</sup>.

## II. FRANCIA

La situación de la izquierda francesa era, en el período inicial de la III Internacional, como en los demás países europeos, muy compleja y confusa. En la periferia del bloque centrista–derechista del Partido Socialista y de la

---

46 Karl Radek, Genua. Die Einheitsfront des Proletariats und die Kommunistische Internationale, pág. 64, Hamburgo, 1922.

47 Jules Humbert–Droz, L’oeil de Moscou a París, págs. 10–11, París, 1964.

“Confédération Général du Travail” (CGT) se habían formado, durante la Primera Guerra Mundial, una serie de corrientes y grupos que, dentro de su orientación revolucionaria fundamental, representaban las más diversas tendencias ideológicas, desde el anarquismo al sindicalismo revolucionario, pasando por el pacifismo, el marxismo y el socialismo de izquierda. Trotsky, a través de su actuación personal en París, y Lenin, a través de Inés Armand y del Movimiento de Zimmerwald, habían ejercido durante la guerra cierta influencia en el movimiento revolucionario francés, sin que, de todos modos, llegase a ser decisiva.

Al producirse la convocatoria para la fundación de la III Internacional surgió entre la ultraizquierda francesa el deseo de reorganizar sobre una nueva base los focos militantes que durante la Guerra Mundial habían adoptado una actitud revolucionaria. Péricat, la figura más representativa del antiguo grupo “Comité de Defensa Sindical” (CDS), fundó, a principios de 1919, el periódico *L'Internationale*, proclamando desde el primer momento la necesidad de fundar un PC que actuase como sección francesa de la III Internacional. Entre finales de mayo y primeros de junio de 1919, el núcleo dirigido por Péricat (de filiación anarquista) redactó y publicó los Estatutos, el programa y el manifiesto del PC. Durante el verano y el otoño fueron creándose las primeras ramas organizativas. El primero de noviembre fue publicado el número inicial del periódico *Le Communiste*, como órgano oficial del partido. Aunque de mayoría anarquista, el PC

fundado por Péricat albergaba en su seno una fuerte corriente socialista. Las divergencias entre ambas tendencias salieron a relucir con toda claridad en el primer congreso del partido, celebrado entre el 25 y el 28 de diciembre de 1919.

El grupo libertario logró que el nombre de Partido Comunista fuese sustituido por el de “Federación Comunista de los Soviets”, que pasó a publicar, como órgano oficial, el periódico *Le Soviet*. Después de una breve fase de alejamiento, la minoría socialista, encabezada por Sigrand, decidió reorganizar el Partido Comunista y publicar de nuevo *Le Communiste*.

Sigrand y sus amigos eran partidarios del “comunismo integral” y, a pesar de que se habían adherido a la III Internacional como Sección francesa de la misma (antes del II Congreso de la Comintern), polemizaban contra otras corrientes comunistas francesas (contra Souvarine y su *Bulletin Communiste* o contra la *Revue communiste*, de Rappoport) y rechazaban el comunismo autoritario de los bolcheviques. Al conocerse los acuerdos tomados por el II Congreso de la Comintern en materia de táctica y organización, el Partido Comunista francés adoptó una actitud abiertamente crítica: “Pero nosotros, comunistas integrales, cuya mayor parte somos libertarios, antiestatales, federalistas y enemigos del colectivismo centralizante, no podemos aceptar tales

compromisos”, escribía uno de sus miembros <sup>48</sup>. Poco después –el 19 de septiembre de 1920– el Partido Comunista francés anunció por boca de Sigrand su ruptura con la Internacional Comunista. Tres fueron fundamentalmente las razones que movieron al Partido Comunista a separarse de Moscú: la dictadura, el parlamentarismo y la inminente adhesión del Partido Socialista francés, todavía no realizada de jure, pero previsible después del viaje de Cachin y Frossard a Moscú. Situándose en una posición idéntica a la de Rosa Luxemburg, Sigrand decía que él “había concebido siempre la dictadura como provisional y emanando de los proletarios sin distinción de partido; pero la dictadura bolchevique le parecía, a partir de ahora, no como una dictadura de masa, tampoco siquiera como la de un partido, sino cada día más como la de un “puñado de individuos”<sup>49</sup>.

Existía además, dentro de la ultraizquierda, el grupo “Comité de la III Internacional”, al que pertenecían, entre otros, Monatte, Rosmer, Souvarine, Loriot, Monmousseau, y cuyo órgano era *La Vie Ouvrière*, mantenido en parte con fondos de Moscú. Este grupo estaba sobre todo vinculado a Trotsky y reunía en su seno dos tendencias fundamentales: la de la izquierda del Partido Socialista (representada por Loriot) y la izquierda de la CGT, de tendencia libertaria o sindicalista

---

48 Pierre Mualdés, *Le Communiste*, 28 agosto 1920.

49 Véase Annie Riegel, obra cit., tomo II, pág. 760.

revolucionaria (Monatte y Rosmer, por ejemplo, procedían del anarquismo, que ellos querían armonizar con el bolchevismo).

Pero a pesar de la importancia de estas minorías revolucionarias iba a ser en el seno del Partido Socialista donde se libraría la batalla decisiva entre los partidos de la II Internacional y los partidos de la Comintern. Los socialistas franceses habían tomado parte en la Conferencia de Berna de febrero de 1919, convocada con el objeto de resucitar la II Internacional, a la que seguían perteneciendo.

En su Congreso de Strasburgo, celebrado entre el 25 y el 29 de febrero de 1920, el Partido Socialista decidió, por 3.031 votos contra 629, no ingresar en la recién creada Internacional de Moscú. Pero bajo la impresión de la creciente radicalización del clima político-social de Francia, los socialistas franceses acordaron en el mismo congreso, con abrumadora mayoría (4.330 contra 37 votos), darse de baja de la II Internacional. Con ello se cumplía el deseo de Sinoviev, que, en un mensaje dirigido a los delegados del congreso, había dicho: “El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista expresa la esperanza que la presión de las masas obreras francesas obligará al Congreso de Strasburgo a romper con la II Internacional<sup>50</sup>. Los delegados aprobaron una resolución declarándose solidarios con los principios de la III Internacional; al mismo tiempo,

---

50 Manijest, Richtlinien, Beschlüsse, etc., obra cit., pág. 194.

acordaron enviar a dos representantes a Moscú con el fin de discutir un posible ingreso del Partido Socialista en la Internacional Comunista. Esta misión fue encomendada al secretario general del Partido, Louis–Oscar Frossard, y al director de *L'Humanité*, Marcel Cachin<sup>51</sup>.

Frossard y Cachin llegaron a Moscú el 13 de junio de 1920. Después de viajar algunos días por la Unión Soviética asistieron al II Congreso de la Comintern a título consultivo. El 19 de junio celebraron una entrevista con los miembros del CE de la IC, en la que participaron Lenin, Sinoviev, Radek, Bujaron y Lozovsky. Por el testimonio de Frossard<sup>52</sup> sabemos que la acogida dispensada al principio a los dos socialistas franceses fue fría en comparación a la que se tributó a la delegación italiana y a su compatriota Rosmer, que asistía como delegado oficial del grupo comunista francés. Cachin y Frossard, ambos diputados parlamentarios, simbolizaban el espíritu de la II Internacional, con su tendencia al centrismo y a los compromisos. En cambio, Alfred Rosmer, aunque representaba numéricamente a un grupo menos importante, respondía a la concepción revolucionaria de la Internacional Comunista. En esta fase todavía indeterminada, balbuciente, Rosmer era un hombre valioso por sus relaciones cordiales con los anarquistas y los sindicalistas

---

51 El periódico *L'Humanité* fue fundado en 1904 por Jaurés, como órgano del Partido Socialista. Poco después del Congreso de Tours (diciembre 1920) se convirtió en el portavoz oficial del PC francés.

52 Véase *Mon Journal de Voyage en Russie*, París, 1921.

revolucionarios. De paso hacia Moscú, Rosmer se había entrevistado en Italia con Malatesta; en Viena, con Nettlau, y en Berlín, con los anarquistas alemanes. Lenin no había perdido la esperanza de vincular a los anarquistas a la III Internacional y veía con buenos ojos estos contactos de Rosmer. Pero, por otra parte, Lenin se daba cuenta de que Cachin y Frossard representaban una fuerza numérica que no podían ofrecer Rosmer y sus amigos, de manera que la frialdad inicial hacia los dos líderes socialistas se transformó poco después de su llegada en un marcado interés en llegar a un *modus vivendi* con ellos. Si bien Rosmer fue elegido miembro del CE de la IC, no participó en la sesión de clausura del II Congreso, lo que indica que Lenin quería minimizar la importancia representativa de Rosmer y dejar la puerta abierta para un ulterior entendimiento con Cachin y Frossard.

Frossard, Cachin y Rosmer no eran los únicos franceses llegados de París. Presentes en Rusia se hallaban también los tres delegados elegidos por el Comité francés de la III Internacional para representar al ala izquierda de la CGT y del Partido Socialista en el II Congreso: Raymond Lefévre, Marcel Vergeat y Louis-Alexandre Bertho, alias “Jules Lepetit”. El primero de ellos era un escritor afiliado al Partido Socialista; Vergeat y Lepetit, dos obreros anarcosindicalistas. Aunque los tres delegados no dejaron de acoger con entusiasmo algunos aspectos de la realidad rusa, no por ello



cerraron los ojos a las tendencias deformantes que ya entonces aparecían claramente en el seno del comunismo soviético. “Lepetit”, y Vergeat, sobre todo, como libertarios, eran especialmente indicados para captar las prácticas autoritarias utilizadas por los dirigentes soviéticos. En septiembre de 1920, los tres delegados anunciaron su deseo de regresar a Francia para asistir a tiempo a los próximos congresos de la CGT y del Partido Socialista. El primero de diciembre, *L’Humanité* (todavía socialista) dio cuenta, a grandes titulares, de la trágica muerte de los tres revolucionarios. “Lepetit”, Vergeat y Lefébvre habían perecido a consecuencia del naufragio de un pequeño barco de vela en el océano Artico. El accidente dio en seguida paso a las más diversas versiones y rumores. Una corriente de opinión –encarnada en los anarquistas y los sindicalistas revolucionarios– manifestó que los tres delegados habían sido víctimas de la Cheka, que quería impedir a toda costa que “Lepetit”, Vergeat y Lefébvre comunicasen a los trabajadores y socialistas franceses su experiencia negativa sobre el comunismo soviético. En *Le Libertaire*, *La Vie Ouvrière* y *Le Midi Rouge* fueron publicadas algunas cartas privadas de “Lepetit” y Vergeat, en las que se formulaban juicios claramente adversos sobre el régimen soviético y sobre el II Congreso de la Comintern, al que los tres delegados habían asistido como observadores.

Otra corriente de opinión lanzó la tesis de que los tres revolucionarios habían sido ametrallados por alguna unidad

naval de la Entente; finalmente, la versión oficial rusa fue la de que los internacionalistas franceses habían perecido a consecuencia de un temporal de agua.

Volvamos a Frossard y Cachin. Si bien los dos socialistas franceses abrigaban serios reparos con respecto a las 21 condiciones de ingreso, el impacto directo de la atmósfera revolucionaria de Rusia y las conversaciones con los líderes bolcheviques –que se mostraron tolerantes y comprensivos– eliminaron en gran medida sus escrúpulos iniciales. Frossard anota: “Vivimos aquí desde hace un mes; día a día, hora a hora, minuto a minuto, la revolución rusa nos impregna de una atmósfera nueva, nos habitúa y nos compele a... nuevas formas de ver, de sentir, de comprender, de pensar...”<sup>53</sup>. Bajo la favorable impresión de su estancia en Rusia, ya antes de regresar a París los dos socialistas franceses recomendaron telegráficamente el ingreso de su partido en la III Internacional. Personalmente –decía Cachin en un telegrama– nosotros creemos que la adhesión es necesaria”<sup>54</sup>. Lenin, por su parte, en una carta dirigida a los miembros del Partido Socialista francés en nombre de la Ejecutiva de Moscú, escribía: “No es posible que la clase trabajadora de Francia, con sus espléndidas tradiciones revolucionarias, su elevada cultura, su espíritu de sacrificio, su magnífico temperamento combativo, deje

---

53 Frossard, *De Jaurés a Lenine*, pág. 105, París, 1930.

54 *Histoire du Parti Communiste français (Manual)*, escrito bajo la dirección de Jacques Duclos y François Billoux, pág. 94, París, 1964.

de crear un poderoso Partido Comunista en el momento de agonía de la sociedad burguesa”<sup>55</sup>.

Frossard y Cachin llegaron a París el 12 de agosto de 1920. Al descender del tren, Cachin declaró: “Hemos recibido una acogida calurosa y fraternal. No podía ser de otra manera, pues nuestros camaradas rusos son socialistas como nosotros. Pero el hecho capital es que han realizado la implantación del socialismo. Nosotros regresamos maravillados de lo que hemos visto”<sup>56</sup>. Y Frossard: “Después de lo que hemos visto, no importa cuál socialista hubiera hecho lo mismo que nosotros”<sup>57</sup>. Al día siguiente, en un mitin celebrado en el Circo de París, Frossard declaró: “Marcel Cachin y yo estamos perfectamente de acuerdo. Es pues en su nombre y en el mío que yo renuevo aquí nuestra adhesión total, sin reservas, a la Revolución rusa”<sup>58</sup>.

La decisión definitiva sobre las relaciones entre la Internacional Comunista y el Partido Socialista francés fue tomada en el Congreso de Tours, celebrado entre el 25 y el 29 de diciembre de 1920. Las primeras sesiones pusieron de manifiesto que nadie pensaba seriamente aceptar un ingreso en la Internacional Comunista a costa de una escisión

---

55 Cahiers du communisme, abril 1950, núm. 51, pág. 59.

56 Gérard Walter, Histoire du Parti Communiste français, página 30, París, 1948.

57 Ibid., pág. 30.

58 Ibid., pág. 30.

formal del movimiento socialista. Frossard había asegurado ya antes de la apertura del Congreso que el ingreso del Partido Socialista en la Internacional Comunista no iría unida a la expulsión del ala centrista–derechista, tendencia encargada sobre todo por Jean Longuet (un nieto de Marx), Léon Blum, Marcel Sembat y Paul Faure. En Tours, Frossard renovó su promesa: “Nuestra propuesta no exige expulsiones de ninguna clase... Lo he declarado no solamente aquí, sino también en Moscú y durante la campaña a favor del ingreso en la Tercera Internacional que hombres como yo se deshonrarían si negasen y expulsasen a compañeros con los que lucharon largo tiempo por una renovación del socialismo... Y yo repito hoy, que si ahora se me pidiera la expulsión de Longuet o si este Congreso acordase su expulsión, yo abandonaría el Congreso con él”<sup>59</sup>. Frossard no olvidó tampoco de asegurar que el Partido Socialista de su país no estaba dispuesto a aceptar como modelo al Partido Bolchevique. Las declaraciones de Frossard movieron a Faure y a Longuet a hacer por su parte concesiones, de manera que ambos se manifestaron dispuestos a no oponerse al ingreso en la III Internacional.

Lenin seguía desde Moscú con atención el desarrollo del Congreso del Partido Socialista francés. Al darse cuenta de que Frossard quería evitar por todos los medios una escisión, decidió recurrir a uno de sus habituales golpes de efecto.

---

59 Partí Socialiste, 18e Congrès National tenu a Tours, pág. 38, París, 1921.

Antes de que el Congreso procediese a la votación, envió un telegrama firmado por él, Sinoviev y otros miembros del CE de la IC, exigiendo en términos rudos y ultimativos la expulsión de Longuet como condición indispensable para la admisión del Partido Socialista en la III Internacional. “En el último momento –observa Gérard Walter– parecía esbozarse una tendencia de conciliación, pero al día siguiente Le Troquer dio lectura al telegrama imperativo del Comité Ejecutivo de la III Internacional, que exigía en un tono absolutamente categórico la ruptura total con los reformistas y formulaba el deseo de que en Tours fuese creado el Partido Comunista francés “uno y poderoso”<sup>60</sup>. Poco después de leído el telegrama hizo su aparición en el Congreso Clara Zetkin, la vieja comunista alemana, que, a pesar de sus tendencias derechistas, repitió ante los delegados franceses la consigna de Lenin: “Debéis separaros para llegar a la unidad”, les dijo.

La doble maniobra de Lenin surtió el efecto apetecido, el ala pro–Comintern, encabezada por Cachin, Georges Lévy, Daniel Renoult y Vaillant–Couturier, se manifestó dispuesta a aceptar las condiciones de Lenin y arrastró a la mayoría de los 250 delegados. Alrededor de los dos tercios (3.028 votos contra 1.082) de los delegados decidieron la expulsión de Longuet y el ingreso en la Comintern. El Partido Comunista francés acababa de nacer. En ese momento contaba

---

60 Gérard Walter, obra cit., pág. 42.

con 140.000 miembros y estaba en posesión del periódico *L'Humanité*, que tenía una tirada de 200.000 ejemplares. Lenin podía sentirse satisfecho. La minoría centrista que siguió a Longuet se constituyó, con sus 30.000 afiliados, en "Partí Socialiste", sección francesa de la Internacional Obrera (SFIO).

Aunque la mayor parte de los socialistas franceses se habían subordinado al ultimátum de Lenin, el recién creado Partido Comunista estaba muy lejos de ser predominantemente comunista y mucho menos bolchevique, como iban a demostrar pronto los acontecimientos.

Como ha dicho Annie Riedel en su magnífica monografía sobre los comienzos del comunismo francés: "La bolchevización del socialismo francés fracasó, por lo menos a corto plazo, y ello porque del Partido Comunista que nació en Tours ninguna de las fracciones aceptaba plenamente las soluciones bolcheviques sobre los problemas revolucionarios: su ala derecha, perteneciente a la vieja ala izquierda de la Reconstrucción, no era menos" centrista" que los centristas que permanecieron con Longuet en la futura SFIO; su ala izquierda, perteneciente al antiguo Comité de la III Internacional, era, por una parte, ultraizquierdista al estilo de cierto número de otros grupos comunistas –lo que le llevaba a rechazar la concepción bolchevique de las relaciones entre Partido y sindicatos–, ligada de momento a los bolcheviques rusos por la

mediación de Trotsky, lo que iba a complicar las cosas cuando Trotsky se hizo sospechoso”<sup>61</sup>.

La escisión del Partido Socialista francés se había producido sin grandes dificultades. Su utilización como un instrumento de la III Internacional y con ello del Partido bolchevique iba a mostrarse como bastante más difícil. Por lo que respecta a los líderes conversos, Frossard, el nuevo “protegé” de Moscú, era un individuo sin médula moral. Franz Borkenau le califica de “oportunista sin principios”<sup>62</sup>. Su ulterior carrera política justifica, sin duda, este juicio: Frossard terminó como ministro en el gabinete colaboracionista de Petain, durante la ocupación alemana. Marcel Cachin, el otro factótum de Moscú, no era más recomendable que su correligionario Frossard. Nacido en 1869, había sido profesor de filosofía durante quince años en la Universidad de Burdeos. Después de una larga carrera burocrática dentro del Partido Socialista, pasó a sustituir en 1912 a Pablo Lafargue como redactor de *L’Humanité*. En 1915, Cachin entregó a Mussolini 100.000 francos de parte del gobierno francés, dinero con que el futuro dictador fascista fundó el *Popolo d’Italia* y apoyó la intervención italiana en la guerra. Con la misma misión, Cachin fue enviado en 1917 por el gobierno francés a Moscú. En octubre de 1918 se hizo cargo de *L’Humanité*. De ambos diría Rosmer: “Yo no tenía

---

61 Annie Riegel, obra cit., II, pág. 869.

62 Borkenau, obra cit., pág. 84.

simpatía ni por el uno ni por el otro. Cachin era un hombre sin carácter; al comienzo de la guerra había sido ultrachovinista, después siguió la corriente y se las daba ahora de bolchevique, a pesar de que en sus artículos había condenado la insurrección de Octubre. De Frossard baste decir que era una mediocre imitación de Briand”<sup>63</sup>.

El I Congreso del Partido Comunista tuvo lugar en Marsella del 26 al 31 de diciembre de 1921. La fracción centrista-derechista agrupó sus fuerzas para impedir la elección de Boris Souvarine (que encarnaba la tendencia autoritaria-izquierdista de la Comintern) en el Comité Central del Partido, que se llamaba entonces “Comité Directeur”. El ala izquierdista (Loriot, Treint, Dunois, Vaillant-Couturier) se solidarizó con Souvarine y declaró no participar en el Comité Central y el Buró Político. El Congreso de Marsella significó un triunfo de la tendencia moderada encarnada por Frossard y Cachin.

### III. ITALIA

La fundación del Partido Comunista italiano siguió un curso análogo al del francés. Una de las diferencias fue la de que

---

63 Alfred Rosmer, *Moscou sous Lénine*, pág. 51, París, 1953.



el Partido Comunista surgió de la escisión del Partido Socialista; representaba, a la inversa de Francia, una minoría frente a las demás fuerzas socialistas. Exactamente como en el caso de Francia, Lenin se sirvió también de su autoridad personal para realizar sus planes; pero en vez de conformarse con un telegrama, Lenin envió a Italia a dos delegados de la Comintern.

El Partido Socialista italiano era numéricamente más potente que el francés. En las elecciones parlamentarias de 1919 había obtenido 1.756.000 votos y 156 escaños. Su número de afiliados se elevaba, en 1920, a 216.000. Los sindicatos italianos, que se hallaban profundamente vinculados al movimiento socialista, habían experimentado también un gran auge; en 1920 contaban con 2.320.000 cotizantes.

Como otros partidos socialistas europeos, el italiano albergaba en sus filas a diversas tendencias y corrientes. En el Congreso de Bolonia (5–8 de octubre de 1919) se debatió el problema de las relaciones entre el Partido Socialista y la recién creada Internacional Comunista.

La mayoría de los delegados decidió, en contra del ala reformista dirigida por Filippo Turati y Claudio Treves, solicitar el ingreso del Partido en la Internacional Comunista. La figura más rerepresentativa del bloque izquierdista (maximalistas) era Serati, director de *Avanti*. Tanto Serrati como Turati y otros no deseaban que sus divergencias de

opinión condujesen a una escisión del partido. Serrati no era partidario de la expulsión de Turati, a su vez, se sometió lealmente a la decisión de la mayoría de los delegados sin abandonar el partido. Un tercer grupo, encabezado por Bordiga, que pedía la expulsión del ala reformista, estaba en clara minoría.

Pero Lenin tenía, como siempre, sus planes propios. Ya antes de haberse iniciado el II Congreso de la III Internacional anunció que Turati y sus seguidores tenían que ser alejados del Partido Socialista. En el anexo de su folleto, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, Lenin, solidarizándose con Bordiga y el periódico italiano *Il Soviet*, decía que “si el Partido Socialista italiano desea ingresar en la III Internacional, debe estigmatizar y expulsar de sus filas a los señores Turati y compañía”<sup>64</sup>. En las 21 condiciones de ingreso aprobadas en el II Congreso de la Comintern, Turati era calificado, junto con otros líderes social–demócratas, de “social–traidor”. “La política del ala derecha dirigida por Turati –se afirmaba en el Manifiesto del II Congreso– consiste en desviar hacia la senda de las reformas parlamentarias al poderoso movimiento revolucionario iniciado por el proletariado. Este sabotaje interno constituye actualmente el mayor de los peligros”<sup>65</sup>. Lenin no había contado, sin embargo, con la firmeza de Serrati y los socialistas

---

64 Lenin, *La maladie infantile du communisme*, pág. 107, Moscú.

65 Die kap. Welt und die Kom. Int., obra cit., pág. 28.

italianos en general, que eran indudablemente menos manipulables y arribistas que Frossard y Cachin. En el curso del II Congreso de la Internacional Comunista, Serrati declaró, en su calidad de delegado, que la rígida actitud adoptada por la Comintern con respecto a Turati constituía una amenaza para el movimiento obrero italiano. Durante la estancia en Rusia de la comisión italiana, Sinoviev intentó –primero en San Petersburgo y luego en Moscú– entablar conversaciones separadas con Serrati y otros miembros de la delegación con el objeto de convencerles de la necesidad de proceder a una escisión del Partido Socialista. Como intermediario, Sinoviev utilizó a Angélica Balabanova, que mantenía estrechas relaciones con el movimiento socialista italiano. En sus Memorias, ésta testimoniará: “Serrati tuvo una actitud heroica. Defendió su punto de vista, cuando fue necesario, también contra Lenin, y advirtió a los cabecillas de la campaña de escisión y a sus secuaces del juego peligroso que estaban realizando”<sup>66</sup>.

Inmediatamente después de su regreso a Italia, Serrati exigió en la revista *Comunismo* una revisión de los acuerdos del II Congreso de la Comintern. En su artículo, Serrati atacó el cadáver dogmático y abstracto de las 21 condiciones de ingreso, tachándolas de a-marxistas<sup>67</sup>. En artículos poste-

---

66 Angélica Balabanov, *Erinnerungen und Erlébnisse*, pág. 259, Berlín, 1927.

67 *Communismo*, 15 septiembre 1920.

riores, Serrati defendió la autonomía de las respectivas secciones nacionales con respecto a las tendencias centralistas de Moscú<sup>68</sup>. A su juicio, la revolución dependía de las particularidades de las condiciones locales y no podía ser prescrita de antemano desde fuera.

Pero Lenin creía desde Rusia estar lo suficiente informado y rechazó en la *Pravda* (4 de noviembre de 1920) categóricamente los reparos de Serrati: “Serrati no ha comprendido el período de transición que atraviesa ahora Italia, país en el que, según opinión general, se avecinan luchas decisivas entre el proletariado y la burguesía por la conquista del poder estatal. En un momento semejante, la expulsión de los mencheviques, de los reformistas y de los seguidores de Turati no es sólo absolutamente necesaria, sino que puede aparecer como aconsejable incluso la expulsión de excelentes camaradas comunistas inclinados a vacilar...”<sup>69</sup>. En el mismo artículo, Lenin afirmaba que los campesinos pobres y el proletariado italiano estaban maduros para la lucha revolucionaria, y añadía: “Urgentemente necesario para el triunfo de la revolución en Italia es que surja ahora un verdadero Partido Comunista que se convierta en la vanguardia del proletariado revolucionario, un partido que no sepa vacilar en el momento decisivo ni mostrar debilidad, un partido que reúna en sí el mayor fanatismo posible,

---

68 Avanti, 21 octubre 1920.

69 Lenin, Werke, tomo 31, pág. 379.

entrega a la revolución, energía, ilimitada osadía y decisión”<sup>70</sup>. Serrati respondió a Lenin en una carta abierta publicada en *Avanti*, en la que intentaba convencer al líder bolchevique de que no estaba bien informado sobre la situación imperante en Italia<sup>71</sup>.

Italia había sido en 1920, igual que Francia, escenario de violentos disturbios y luchas sociales, pero la mayoría de los campesinos y obreros no estaban dispuestos a transformar sus reivindicaciones en una revolución total. La ocupación de las fábricas por los obreros (verano de 1920), que Lenin interpretó como la señal para una inminente revolución, terminó con una retirada de los trabajadores, por la sencilla razón de que los sindicatos no querían arriesgar una confrontación abierta contra el gobierno y la burguesía.

De ahí que Serrati tuviera razón al afirmar en su carta abierta a Lenin que “la ocupación de las fábricas no puede considerarse como una prueba de que se había iniciado un movimiento revolucionario... Se trataba, al contrario, de un profundo y amplio movimiento sindical, que, exceptuando algunos incidentes esporádicos, transcurrió del todo pacíficamente”.

Todavía más: inmediatamente después de la ocupación de las fábricas, el creciente movimiento fascista, apoyado con

---

70 Ibid., pág. 380.

71 *Avanti*, 11 diciembre 1920.

armas y dinero por los militares, los capitalistas y el Vaticano, emprendió una amplia campaña de terror contra las fuerzas sindicales y socialistas. En el momento en que Lenin hablaba en la *Pravda* de la atmósfera pre-revolucionaria en Italia, ésta se hallaba ya en declive. Años más tarde, Palmiro Togliatti confirmaría el parecer de Serrati: “Es indudable que el movimiento revolucionario de las masas obreras y trabajadoras había alcanzado ya su punto más alto y se hallaba en una fase descendente”<sup>72</sup>. Pero Lenin no estaba dispuesto a tomar en serio los argumentos de Serrati; para él no cabía ninguna duda que el único obstáculo para un levantamiento del proletariado italiano era la vacilación de los líderes reformistas, centristas y “social-traidores”.

En enero de 1921 tuvo lugar en Livorno el XVI Congreso del Partido Socialista. Mientras la mayoría de delegados se hallaba bajo la impresión del creciente terror fascista, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista acariciaba, como Lenin, la ilusión de que Italia estaba madura para la revolución: “La revolución llama a vuestras puertas” se decía en un semanario dirigido por el CE de la IC a los socialistas italianos poco antes de iniciarse el Congreso. Lenin, por su parte, que no estaba dispuesto a contentarse con llamamientos platónicos, envió a Italia a Matías Rakosi y Christo Kabakschieff como delegados de la III Internacional. Su misión era clara: lograr que Turati y su grupo fuese

---

72 Palmiro Togliatti, *Le parti communiste italien*, pág. 52, París, 1961.

expulsado del Partido Socialista. Rakosi había sido comisario de Comercio en el gobierno presidido por Bela Kun en Hungría, y era un fiel servidor de Moscú. No menos fiel era el búlgaro Kabakschieff, a quien veremos jugar pronto un aciago papel en su país.

Cuando los dos plenipotenciarios de la Comintern pidieron la palabra para exigir la expulsión de Turati y sus amigos, su ultimátum fue rechazado enérgicamente por la mayoría de delegados.

Personalmente, Turati se manifestó en contra de una política de escisión. Dándose cuenta de que el Congreso no era terreno conquistado, los “comunistas puros” – acompañados de Rakosi y Kabakschieff– abandonaron la sala del Congreso y se trasladaron al Teatro de San Marcos, donde se constituyeron como “Partido Comunista Italiano”. Ello ocurría el 21 de enero de 1921. En un mensaje dirigido más tarde por la Ejecutiva de la Comintern a los obreros italianos, se decía: “Los comunistas se separaron en Livorno del Partido Socialista para preparar por cuenta propia la difícil labor de la capacitación del proletariado para las luchas venideras”<sup>73</sup>.

Lenin no había alcanzado del todo su objetivo, pero tampoco tenía motivos para no sentirse relativamente satisfecho: Italia era ahora, después de Francia, el segundo país en

---

73 Imprekorr, 25 julio 1922.

que se había producido una escisión del Partido Socialista y que contaba con un Partido Comunista. Que esta maniobra de escisión iba muy pronto a posibilitar el avance del fascismo era naturalmente algo que Lenin no podía prever. La primera decepción llegó cuando en las elecciones del 15 de mayo de 1921, el Partido Comunista Italiano obtuvo sólo 15 mandatos, por 120 el Partido Socialista.

#### **IV. LA SITUACION EN ALEMANIA. LA “ACCION DE MARZO”. PAUL LEVI ATACA A MOSCU**

Los acontecimientos de Tours y de Livorno indicaban que el desarrollo de la III Internacional amenazaba seriamente la unidad del frente socialista europeo. Las tendencias secesionistas surgidas en Francia e Italia iban a repetirse en Alemania.

La izquierda alemana estaba dividida en tres bloques fundamentales: el Partido Socialdemócrata (SPD), el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD) y el Partido Comunista (KPD). El primero, que representaba la línea tradicional de la socialdemocracia, era hostil a la Comintern; el segundo albergaba en su seno un ala derecha y un ala izquierda. En todo caso, era un partido de masas con 800.000 militantes y más de 60 periódicos. En las elecciones del 6 de junio de



1920, el USPD había obtenido casi cinco millones de votos, por 442.000 el Partido Comunista y sólo dos escaños. Mientras el ala derecha del USPD (Kautsky, Hilferling) era partidaria de mantener la independencia del partido, el ala izquierda (Dáuming, Stócker) postulaba un ingreso en la Comintern y una fusión con el Partido Comunista.

La confrontación decisiva entre ambas alas se produjo en el Congreso de Halle, celebrado en octubre de 1920. Sinoviev, que conocía la trascendencia del Congreso, asistió personalmente a sus debates y pronunció un discurso en alemán que duró casi cuatro horas. El discurso del presidente de la Comintern, vehemente y agresivo, fue acogido con vítores y vivas a la Internacional por la mayoría de delegados. Martov, el líder menchevique, que se hallaba también entre los invitados, tomó más tarde la palabra para anatémizar la represión bolchevique en Rusia: “De lo que se trata no es de si las represalias son una respuesta adecuada a las acciones contrarrevolucionarias, sino de si un partido socialista tiene derecho a realizar una política de intimidación por medio de la liquidación general de culpables e inocentes. El asesinato de Uritzki y el atentado contra Lenin han sido respondidos, en Peterburgo sólo, donde Sinoviev gobierna, con 800 fusilamientos. El hecho de que las mujeres de los enemigos políticos o sus hijos, sean tomados como rehenes y que muchos de estos rehenes hayan sido fusilados a causa de los actos realizados por sus maridos o padres muestra cuán lejos se ha llegado ya. Se me

ha preguntado qué repercusiones tendrá en Rusia el que yo hable aquí. Me avergüenza tener que responder: no cabe duda de que este discurso mío provocará la venganza contra los cientos de mis camaradas que se pudren en las cárceles”<sup>74</sup>. Era la primera gran acusación que un auditorio revolucionario europeo oía sobre el terrorismo de Estado bolchevique. Martov, que se hallaba enfermo de la garganta, no pudo pronunciar personalmente su discurso, que fue leído por Alejandro Stein. A pesar de la honda impresión producida por las declaraciones de Martov –sobre todo entre los delegados ideológicamente más formados– la asamblea se pronunció, por 236 votos contra 156, a favor de un ingreso del USPD en la III Internacional. El ala izquierda del USPD se unió en diciembre de 1920 con el Partido Comunista (KPD), fundado ya en diciembre de 1918. El ala moderada se fusionó en septiembre de 1922 con los socialistas “mayoritarios” del SPD.

La fusión con el bloque izquierdista de los socialistas independientes significó un enorme refuerzo para el Partido Comunista. A través de esta fusión, los comunistas habían dejado de ser un partido de Cuadros. Tras su acto de unificación, el Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata Independiente nombraron una dirección paritaria, pero el nuevo partido se hallaba bajo la influencia decisiva de Paul Levi, un discípulo y amigo de Rosa

---

74 Friedrich Stampfer, *Die ersten 14 Jahre Deutschen Republik*, pág. 215, Offenbach, 1947.

Luxemburg. Levi, siguiendo la concepción de Rosa Luxemburg, había rechazado siempre el empleo de métodos putschistas y blanquistas como medio de acelerar la revolución. Asimismo, no veía con buenos ojos la táctica secesionista que venía utilizando Lenin en el seno de los movimientos socialistas de la Europa occidental. Consecuente con sus principios, Levi había intentado por todos los medios, en el Congreso de Livorno, desbaratar los planes de Lenin y apoyado la tentativa de Serrati de mantener la unidad del Partido Socialista italiano. De regreso a Alemania, Levi atacó en las columnas de la *Rote Fahne* la actitud de Rakosi y Kabakschieff, que, siguiendo las instrucciones de Moscú, habían rechazado todo compromiso. En su artículo, Levi acusó a Lenin de querer emplear en Italia la misma táctica que había utilizado ya en 1903, 1904 y 1905 contra Martov y los mencheviques.

Entre Lenin y Levi habían surgido también divergencias de opinión a causa del Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD). Esta organización era el producto de la expulsión en el Congreso de Heidelberg (octubre de 1919) del ala anarcoizquierdista existente en el Partido Comunista alemán (espartaquistas). Mientras Levi se oponía a la admisión del KAPD en la III Internacional, Lenin era partidario de su ingreso en calidad de “miembro simpatizante”. Lenin quería utilizar al KAPD como espada de Damocles contra Levi con el objeto de impedir que éste diera rienda suelta a sus

tendencias centristas. Lenin estaba perfectamente informado, a través de sus agentes “Thomas” y Radek, de la crítica que en privado Levi ejercía sobre los métodos bolcheviques.

Al hacerse pública la crítica de Levi contra Rakosi y Kabakschieff, los dos emisarios de la Comintern se desplazaron a Alemania y exigieron un voto de confianza a su favor por parte del Partido Comunista alemán por su actuación en Livorno. Se trataba de la primera confrontación abierta entre la Internacional Comunista y el KPD.

El Comité Central del KPD se retractó de la crítica ejercida por Levi en la *Rote Fahne*, sometiéndose con ello al dictado de Moscú. A juicio de Julius Braunthal, “este conflicto entre Paul Levi y la Ejecutiva de la Internacional Comunista se convirtió en el punto de partida de un proceso de gran trascendencia: la transformación de los partidos comunistas en agencias de la Internacional dominada por los comunistas rusos”<sup>75</sup>.

Paul Levi y otros cinco miembros de la presidencia del partido (entre ellos Clara Zetkin) presentaron su dimisión. La dirección del KPD fue asumida ahora por Heinrich Brandler y Walter Stoecker. Sinoviev criticó la dimisión de Levi y Clara Zetkin. En una resolución adoptada por la Ejecutiva de la Comintern se decía: “En un partido comunista, los dirigentes

---

75 Julius Braunthal, obra cit., II, pág. 244.

no tienen el derecho de abandonar su puesto sin la autorización de su partido, de la misma manera que los soldados del Ejército Rojo tampoco tienen derecho a abandonar sus puestos de vigilancia”<sup>76</sup>.

Pero la intervención de Moscú en los asuntos internos del Partido Comunista alemán no terminó con el incidente mencionado. La presencia de Rakosi y Kabakschieff fue sólo el prelude de una sistemática manipulación del KPD por los dirigentes bolcheviques. De más envergadura iba a manifestarse la próxima injerencia de la Internacional Comunista en la política alemana.

En el mismo momento en que Paul Levi rechazaba la estrategia de la “ofensiva revolucionaria” y recomendaba una sobria toma de posición sobre la situación política de su país, el Partido Comunista ruso se hallaba en graves dificultades. La férrea dictadura bolchevique, encarnada en el “comunismo de guerra”, había provocado una ola de descontento entre el pueblo ruso.

Los trabajadores de Petrogrado habían desencadenado una huelga general y los soviets de Kronstadt se hallaban en abierta rebelión contra los líderes bolcheviques. En Rusia imperaba la indignación, la inseguridad y una atroz penuria material. Dentro de la misma fracción bolchevique y en el seno de los sindicatos habían surgido importantes grupos de

---

76 Jane Degross, obra cit., tomo I, págs. 211–212.

oposición que rechazaban los métodos autoritarios de Lenin y Trotsky y pedían más libertad y democracia.

En medio de esta situación, Lenin, recurriendo una vez más a las enseñanzas de Clausewitz, decidió realizar una acción de “alivio” en el extranjero.

Lenin estaba dispuesto a utilizar por primera vez, de una manera consciente, la palanca de la Comintern para sacar de apuros al Partido Bolchevique.

Puesto que la marea revolucionaria europea que él y Trotsky habían esperado no llegaba, había que provocarla a la fuerza. Como blanco para una operación de descargo fue elegida Alemania, país por el que Lenin había sentido siempre una debilidad casi irracional, explicable quizá por el hecho de que por sus venas corría sangre alemana. (Su madre era hija de un médico alemán llamado Blank).

Lenin dio instrucciones a Rakosi para que persuadiera al Partido Comunista alemán de la necesidad de llevar un levantamiento armado con el objeto de salvar la revolución rusa. En una carta dirigida a Lenin el 27 de marzo de 1921, Paul Levi testimoniaría: “El contenido de las conversaciones mantenidas por el camarada Rakosi conmigo y con Clara Zetkin, de las que ella me informó inmediatamente, fue el siguiente: Rusia se halla en una situación extremadamente difícil. Es absolutamente necesario que Rusia sea aliviada por medio de movimientos (revolucionarios) en el hemisferio

occidental, y por este motivo, el Partido Comunista alemán debe entrar en acción inmediatamente. El KPD cuenta actualmente con 500.000 afiliados, y con esta cifra pueden movilizarse 1.500.000 proletarios, cantidad que bastaría para derribar al gobierno”<sup>77</sup>.

El golpe insurreccional, que pasaría a la historia como la “acción de marzo”, pasó a ser dirigido por Sinoviev, el presidente de la Comintern. A principios de marzo de 1921 aparecieron en Berlín Bela Kun, Josef Pogany y Augusto Guralski. Las instrucciones recibidas de Sinoviev eran terminantes: desencadenar a toda costa en Alemania una acción revolucionaria de gran envergadura. Bela Kun y Josef Pogany tenían tras sí la frustrada experiencia de la revolución húngara; Guralski, un comunista lituano que gozaba de la plena confianza de Moscú, acudió a Alemania en calidad de delegado oficial de la Comintern.

La misión que tenía encomendada correspondía al esquema clásico del golpismo insurreccional de tipo blanquista: desencadenar una revolución por medio de un núcleo de revolucionarios profesionales.

Alemania se hallaba en una situación política confusa e inestable. Las tropas francesas de ocupación se habían apo-

---

77 Paul Levi, *Zioischen Spartakus und Sozialdemokratie*, páginas 37–38, Francfort–Viena, 1969.

derado de Dusseldorf con el pretexto de que el gobierno alemán se había negado a satisfacer determinadas reparaciones de guerra. El gobierno nacional (Reichregierung) se encontraba también en conflicto con el gobierno de Baviera a causa del desarme de los “Cuerpos de voluntarios” (Freiwilligkorps). En la Alta Silesia se habían producido además choques callejeros entre los alemanes y polacos con motivo del inminente plebiscito popular. Analizada desde el exterior, esta situación conflictual podía despertar la impresión de que los supuestos para una revolución en Alemania eran favorables. Todo observador bien informado sabía, no obstante, que la mayor parte de los trabajadores no estaba dispuesta a lanzarse a una revolución. Numéricamente ya, las fuerzas comunistas no bastaban para desencadenar con éxito un levantamiento. La proporción de comunistas en los sindicatos eran de 1/15.

El 17 de marzo se reunió la Comisión Central de Partido Comunista alemán. Los delegados de la Comintern lograron convencer a la mayoría de sus miembros de que había llegado el momento de realizar un levantamiento.

Como fecha para la insurrección fue señalada el 17 de marzo. Debido a que el gobernador de Sajonia, Otto Hörsing (socialdemócrata), dio orden a la Policía de Seguridad de ocupar Mansfeld (un baluarte comunista), el Comité Central del Partido Comunista alemán decidió adelantar la insurrección.



El 18 de marzo, la *Rote Fahne*<sup>78</sup> empezó a incitar a los trabajadores a que se armasen: “Todo trabajador debe burlarse de la ley y procurarse un arma allí donde la encuentre”, proclamó el órgano oficial del partido.

Como era de esperar, la acción fracasó rotundamente. Los miembros de la Mansfeld y de otras ciudades de la Alemania central, capitaneados por Max Holz<sup>79</sup>, fueron los únicos que se sumaron a la huelga general proclamada por la *Rote Fahne*. El resto de los trabajadores no sólo adoptó una actitud completamente pasiva, sino que en muchas fábricas golpearon y agredieron a las columnas de obreros en paro y de comunistas que habían intentado ocupar los centros de producción. Luchas callejeras sólo tuvieron lugar en algunas

---

78 La Rote Fahne (Bandera roja) fue fundada por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht el 9 de noviembre de 1918, como órgano central de la Liga Espartaquista y, poco después, del PC alemán. En 1933 fue prohibida por los nazis y siguió apareciendo en la ilegalidad hasta 1939.

79 Max Holz, el héroe de la Acción de Marzo, acabó convirtiéndose en una de las tantas víctimas de la GPU. Después de haber cumplido ocho años de condena en la cárcel de Brandenburgo. Stalin le invitó a acudir a la Unión Soviética, donde recibió una calurosa acogida. El contacto directo con el régimen ruso convirtió al comunista alemán en un enemigo de Stalin y sus métodos políticos. Sus críticas al régimen llegaron a oídos de la GPU, que le ordenó telefónicamente personarse en la Lubiánka para ser interrogado. Max Holz se encerró durante tres días en la habitación número 269 del hotel Metropol de Moscú —donde residía— y amenazó, en una carta a Stalin, vaciar contra los agentes de la GPU un cargador de 60 balas. Instado por sus amigos, Max Holz se avino por fin a abrir la puerta. Pocos días después se comunicó oficialmente que el revolucionario alemán se había ahogado en el Volga mientras tomaba un baño.

ciudades de la Alemania central. El absurdo levantamiento costó la vida a varios cientos de revolucionarios. Miles de ellos fueron detenidos y encarcelados. Bela Kun (alias "Spanior"), que había tenido en sus manos los hilos del "putsch", fue llamado a Moscú y censurado violentamente por Lenin. El agitador húngaro sufrió un ataque de corazón en plena calle y tuvo que guardar cama durante algunos días. El folleto que Kun había escrito en colaboración con Thalheimer y Paul Fröhlich, con el significativo título de La teoría de la ofensiva, fue retirado de la circulación por orden de Lenin.

La "acción de marzo" es en la historia del comunismo mundial importante no sólo por su carácter aventurero e irresponsable, sino también porque pone de manifiesto los métodos que los agentes de la Comintern estaban dispuestos a utilizar para llevar a cabo sus planes. Estos métodos fueron descritos minuciosamente por Paul Levi tras el fracasado intento. Entre los golpes proyectados para provocar artificialmente una situación revolucionaria que no existía se había previsto, entre otras cosas, la voladura de varios edificios oficiales y de algunos locales del propio Partido Comunista, actos de terrorismo que, de haberse llevado a la práctica, hubieran causado la muerte de muchísimas personas, incluso de comunistas alemanes.

La revelación de estos planes por parte de Levi provocó una crisis gravísima en el seno del Partido Comunista alemán. Tres días después de haber aparecido el informe, Levi

fue expulsado del KPD y, poco después, del Comité Ejecutivo del Comintern, que le calificó de “renegado” y “detractor”. Clara Zetkin, que calificó de “correctas” las declaraciones hechas por Levi en la *Rote Fahne*, dimitió de su cargo en la presidencia del partido. A juicio de la veterana comunista, la “acción de marzo” fue “erróneamente concebida, mal preparada, mal organizada, mal dirigida y mal ejecutada”<sup>80</sup>. Kurt Geyes y Bernhard Düwell, dos de los más destacados miembros del presidium abandonaron asqueados el partido. Ernst Reuter–Friessland, secretario general del partido, Ernst Däuming, Paul Malzahn y una serie de funcionarios fueron expulsados debido a su actitud oposicional durante el levantamiento.

En su pormenorizado informe, Levi hizo responsable de la acción a los delegados de la Comintern y al núcleo dirigente del Partido Comunista alemán, sin nombrar a Lenin. ¿Cómo llegó a producirse la acción?, se preguntaba Levi en su informe. “El primer impulso para esta acción no surgió del partido alemán... No sabemos quién es responsable de ello. No era la primera vez que los delegados del Comité Ejecutivo (de la Internacional Comunista) rebasaban sus atribuciones y que posteriormente quedaba puesto de manifiesto que carecían de plenos poderes para esto o para aquello. No estamos, pues, en condiciones de hacer responsable al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, aun cuando no

---

80 Clara Zetkin, *Erinnerungen an Lenin*, pág. 29, Berlín, 1961.

debe ser ocultado que en los círculos de la Ejecutiva existía cierto descontento sobre la “inactividad” del partido. Se produjo, pues, una fuerte presión sobre la Central para entrar en acción ahora, en seguida y a toda costa”<sup>81</sup>. Su juicio sobre los emisarios de la Comintern era negativo: “Las cosas adquieren un cariz funesto cuando son enviados representantes que no ofrecen garantías ni siquiera en el plano humano”<sup>82</sup>. Y aludiendo directamente al mando de la Comintern: “El método de delegar a individuos irresponsables que más tarde, según se considere necesario, son desmentidos o desautorizados, es ciertamente muy cómodo; pero, aunque esté santificado por una larga tradición, es funesto para la III Internacional”<sup>83</sup>.

Qué exacto papel jugó Lenin en la “acción de marzo” no ha sido hasta ahora aclarado del todo. A juicio de Braunthal, “parece improbable que Lenin y Trotsky, que en aquellos momentos estaban absorbidos por la lucha contra la crisis en Rusia, hubieran intervenido en el asunto”<sup>84</sup>. Edward Hallett Carr se limita a observar: “Lo que puede afirmarse con cierto derecho es que Sinoniev, como presidente de la Comintern, había apoyado durante algunos meses, contra la resistencia de Radek, a los grupos del Partido Comunista

---

81 Paul Levi, obra cit., pág. 63.

82 Ibid., pág. 90.

83 Ibid., págs. 91–92.

84 Julius Braunthal, obra cit., II, pág. 247.

alemán que presionaban impacientemente para entrar en acción”<sup>85</sup>.

En una conversación mantenida con Clara Zetkin en julio de 1921, Lenin hizo algunas observaciones irónicas sobre el fracasado levantamiento de marzo y la “teoría de la ofensiva”; aludiendo a la inminente apertura del III Congreso de la Comintern, dijo: “Esté usted tranquila; en el Congreso, los árboles de la ‘teoría ofensiva’ no llegarán al cielo... ¿Creéis que hemos ‘hecho’ la revolución sin haber sacado enseñanzas de ella? Y nosotros queremos que vosotros también aprendáis. ¿Es esto en realidad una teoría? Ni pensarlo, es una ilusión, es romanticismo; sí, nada más que romanticismo. De ahí que fuese practicada en el ‘país de los pensadores y poetas’, con ayuda de mi querido Bela Kun, que pertenece también a una nación poéticamente dotada y se cree obligado siempre a estar a la izquierda de la izquierda... En todo caso, de la revolución rusa se puede aprender más que de la ‘acción de marzo’ alemana”<sup>86</sup>.

Si bien, es innegable que Lenin no podía sentirse satisfecho de la manera que fue ejecutada la “acción de marzo” ni es probable que él participase directamente en su preparación, es incuestionable que una acción revolucionaria de tal envergadura no podía ser lanzada por Sinoviev y Bela Kun sin el previo consentimiento de Lenin. Es evidente también que

---

85 E. H. Carr, obra cit., pág. 61.

86 Clara Zetkin, obra cit., pág. 32.

Lenin, tras el estrepitoso fracaso de la insurrección, no estaba en condiciones de asumir la responsabilidad.

## V. INGLATERRA

En el momento de fundarse en Moscú la III Internacional, el movimiento socialista inglés presentaba un panorama bastante desolador. Dividido en varias sectas numéricamente insignificantes, no había sabido echar raíces en el Partido Laborista, la organización obrera más importante no sólo de Inglaterra, sino del mundo entero. L. J. Macfarlane, en su excelente monografía sobre el comunismo inglés, escribe: “En Inglaterra, los grupos marxistas revolucionarios eran muchos y variados, a menudo reñidos entre sí, pero pequeños en su totalidad de afiliados. La principal organización política de la clase trabajadora, el Partido Laborista, era, a diferencia de sus homólogos continentales de la II Internacional, abiertamente antimarxista”<sup>87</sup>.

Inglaterra, la cuna del industrialismo y de la economía clásica, de la Asociación Internacional de Trabajadores y del sindicalismo, del parlamentarismo y del liberalismo, se había mostrado reacia a integrarse a las corrientes socialistas

---

87 L. J. Macfarlane, *The British Communist Party. Its Origin and development until 1929*, pág. 12, Londres, 1966.

surgidas en Europa en el curso de la segunda mitad del siglo XIX. A pesar de que Marx y Engels habían vivido largos años en Inglaterra y mantenido estrecho contacto con algunos líderes del movimiento obrero británico, el marxismo no había sido aceptado nunca por la clase trabajadora inglesa. No era el socialismo lo que la clase trabajadora inglesa quería –como pensaron erróneamente Marx y Engels–, sino un movimiento sindical lo suficiente poderoso para oponerse, por la vía clásica de la huelga y la lucha reivindicativa, a las patronales. Si Marx y Engels eran el producto de la filosofía clásica alemana, del idealismo de Hegel, el movimiento obrero inglés no era menos el producto de la filosofía empírica y pragmática de Hume y Locke.

Como ocurrió en otros países del continente, la Revolución de Octubre fue acogida con simpatía por la clase trabajadora inglesa, que apoyó con diversas acciones de solidaridad a la Rusia acosada por las potencias de la Entente. Los diversos partidos y grupos socialistas sintieron, a la vez, la urgente necesidad de unirse en un movimiento cohesivo que pusiera fin a la dispersión e inoperancia del pasado. Mucho antes de que Lenin y los líderes bolcheviques movilizaran todo el peso de su autoridad y prestigio para uncir a los socialistas ingleses al carro de la III Internacional, el ala izquierda del movimiento socialista británico se había alejado ya de las tradiciones de la II Internacional y abrigaba el deseo de crear un movimiento revolucionario de base comunista. Pero si en el plano ideológico no faltaban los supuestos para un gran

viraje, en el plano cuantitativo la situación era sumamente problemática.

El movimiento obrero inglés de postguerra, como ha dicho James Klugmann, el historiador oficial del PCGB, disponía de “grandes organizaciones de masas sin socialismo y de pequeños socialistas sin masas”<sup>88</sup>.

Las ideas socialistas estaban representadas por varias asociaciones y partidos, de los cuales los más importantes eran: el British Socialist Party (BSP), el Socialist Labour Party (SLP), la Workers Socialist Federation (WSF) y la South Wales Socialist Society (SWSS). Junto a estos movimientos específicamente socialistas, existían reductos sindicales de orientación más revolucionaria que el grueso del Partido Laborista. Entre esos grupos cabe citar ante todo el movimiento de los Shop Stewards' and Workers' Committees y el Independent Labour Party (ILP).

La base numérica de esos partidos y grupos era débil. El BSP, que en 1920 alegaba contar con 6.000 afiliados, era un partido disperso y carente de una organización militante y eficaz. A pesar de ello, el BSP, fundado en 1883, constituía el foco marxista más importante de Inglaterra. El SLP, fundado a principios del siglo XX, contaba en 1920 con 1.250 afiliados, de los cuales sólo la mitad pagaba sus cuotas. Sus seguidores

---

88 James Klugmann, *History of the Communist Party of Great Britain*, tomo I, pág. 14, Londres, 1968.



se hallaban concentrados especialmente en Escocia y el norte de Inglaterra. La WSF (Federación de Obreros Socialistas) era un grupo numéricamente muy reducido, cuyo enclave básico era el East End de Londres. Surgida del movimiento de emancipación femenina de preguerra, la WSF estaba dominada por la figura de Sylvia Pankhurst. La SWSS (Sociedad Socialista del sur de Gales) contaba con un número muy limitado de militantes, y su influencia se restringía a los mineros del País de Gales.

Dentro del movimiento sindical, los Shop Steward' and Workers' Commitees (Comité de Obreros y representantes de empresa) representaban, en enero de 1920, a 72.000 trabajadores. En cuanto al Independent Labour Party contaba, en febrero de 1920, con 787 organizaciones locales, representando un total de 37.150 obreros.

Junto a su fragilidad física, el movimiento socialista inglés se caracterizaba por su sectarismo doctrinal. La tarea de unificar bajo una plataforma común las diversas concepciones y crear un PC único no fue fácil. Los socialistas ingleses no sólo diferían entre sí, sino también con Lenin y el CE de la III Internacional. Los principales problemas que dividían al movimiento socialista inglés eran el parlamentarismo y el Partido Laborista. Entre los socialistas y obreros revolucionarios predominaba la tendencia a no participar en las luchas parlamentarias y a mantenerse fuera del Partido Laborista. En la terminología de Lenin, el socialismo inglés padecía de la enfermedad del "izquierdismo". El SLP, por ejemplo, tenía

prohibido a sus miembros ocupar cargos en el Partido Laborista. Las tendencias ultraizquierdistas estaban encarnadas en grado superlativo por la WSF, y especialmente por su líder Sylvia Pankhurst, que era una devota absoluta del antiparlamentarismo y una enemiga declarada del Partido Laborista. En una posición parecida se hallaban los Shop Stewards, que rechazaban todo lo que se relacionaba con la política. Por lo que respecta al ILP, este movimiento obrero–socialista era, en su mayoría, no marxista, y profesaba un socialismo entre sentimental y humanitario.

El 13 de mayo de 1919, el BSP, el SLP, la WSF y la SWSS se reunieron en Londres con el objeto de deliberar sobre la necesidad de fundar un PC único. Mientras los dos primeros partidos preconizaban la participación en la lucha político–parlamentaria, los dos últimos se oponían a ella. Estas divergencias tácticas dificultaron la labor unificadora. En enero de 1920, el Comité de Unificación creado en mayo de 1919 se reunió por dos veces, sin que tampoco se llegase a un acuerdo. En una nueva reunión celebrada el 24 de abril, si no se alcanzó tampoco un acuerdo formal, la atmósfera fue más positiva que en las reuniones precedentes. El Congreso de Unificación (The Communist Unity Convention) se celebró el 31 de julio y el 1 de agosto de 1920 en Londres, con asistencia de 160 delegados provistos de 211 mandatos pertenecientes a varios grupos y organizaciones socialistas y obreras. Los delegados se pronunciaron a favor de la

participación en la lucha parlamentaria por 4.650 votos contra 475. En cambio, el debate sobre el ingreso en el Partido Laborista fue muy movido. William Paul, partidario de permanecer fuera del Labour Party, exclamó: “Lenin no es ningún Pope o Dios”<sup>89</sup>. La moción favorable a un ingreso se impuso finalmente por 100 votos contra 85. El congreso envió telegramas de congratulación a la III Internacional y nombró un Comité Ejecutivo Provisional encargado de preparar los Estatutos del PC de Gran Bretaña (CPGB). Como presidente fue nombrado MacManus y como secretario Albert Inkpin.

Mientras en Londres se constituía el PC, diez delegados pertenecientes a las organizaciones socialistas y obreras fusionadas en el PCGB llegaban a Moscú para asistir a las sesiones del II Congreso de la Comintern. Entre los delegados ingleses, W. Gallacher y Sylvia Pankhurst se pronunciaron en contra de una participación en el Parlamento y del ingreso en el Labour Party. Lenin se había ocupado ya del problema inglés en varios opúsculos y cartas dirigidas a Sylvia Pankhurst, especialmente en el folleto *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. “En mi opinión –decía Lenin–, los comunistas ingleses deben unir sus cuatro partidos y grupos (todos muy débiles, algunos incluso completamente débiles) en un solo PC sobre la base de la III Internacional y de la participación obligatoria en el

---

89 Macfarlane, obra cit., pag. 57.

parlamento”<sup>90</sup>. En el curso del II Congreso de la Comintern, Lenin dedicó mucha atención al problema del parlamentarismo (discurso de 2 de agosto) y al problema de las relaciones entre los comunistas ingleses y el Labour Party. Contestando a William Gallacher y Sylvia Pankhurst, Lenin subrayó la necesidad de que los comunistas ingleses entrasen en las filas del Partido Laborista para desenmascarar a sus líderes y entrar en contacto directo con las masas trabajadoras: “Cuando el PC de Inglaterra – concluía Lenin en su discurso del 6 de agosto– comience a realizar una labor revolucionaria dentro del Partido Laborista..., ello será un gran triunfo del movimiento obrero comunista y revolucionario de Inglaterra”<sup>91</sup>.

Después de la intervención de Lenin, el II Congreso de la Comintern acordó, por 58 votos contra 24, la participación de los comunistas ingleses en las Trade Unions. El 1 de agosto, la delegación inglesa envió un mensaje a la Unity Convention de Londres recomendando la creación inmediata del PC. En varias conversaciones particulares, Lenin logró convencer a Gallacher de la necesidad de ingresar en los sindicatos y en aceptar la lucha electoral.

Tras la fundación del PC de Gran Bretaña (CPGB) y la celebración del II Congreso de la Comintern habían surgido

---

90 Lenin, *La maladie infantüe du communisque*, obra cit., página 78.

91 Der I. und II. Kongress der Kom. Int., obra cit., pág. 235.

en Inglaterra nuevas unidades políticas todavía no integradas en el PCGB, entre ellas dos nuevos partidos comunistas: el Communist Labour Party (CLP) y el Communist Party (CP), que se intitulan a sí mismos como sección inglesa de la III Internacional. Lenin y el CE de la III Internacional apoyaban al CPGE y favorecían la integración en el mismo de todos los demás partidos revolucionarios situados fuera.

Con el objeto de amalgamar definitivamente a los diversos partidos comunistas y grupos revolucionarios, fue necesario celebrar un nuevo congreso de unificación, que tuvo lugar en Leeds el 29 y 30 de enero de 1921, con asistencia de 120 delegados representando al CPB, al CLP, al CP y a varios grupos independientes. El congreso acordó por unanimidad fundir los tres partidos comunistas en uno solo y se declaró conforme con los Estatutos, programa y condiciones de ingreso de la III Internacional.

Aunque Lenin tenía motivos para sentirse satisfecho, el PC de Gran Bretaña, recién constituido, era una especie de cuerpo extraño flotando fuera de la órbita del movimiento obrero inglés. Como diría James Klugmann: “Aunque el nuevo partido había aceptado la consigna de la actividad de masas, de la actividad parlamentaria y la afiliación al Partido Laborista, estaba todavía aislado de la masa de trabajadores. Era pequeño en tamaño, tenía su fuerza principal en pocas zonas industriales..., tenía sólo débiles vínculos con varias

grandes zonas y pocas raíces en los sindicatos y fábricas”<sup>92</sup>.

En efecto: el PC británico no sólo estaba aislado de la masa trabajadora, sino que el Partido Laborista se sentía poco inclinado a aceptar su ingreso en las Trade Unions. Lenin había recomendado la entrada de los comunistas en los sindicatos reformistas por dos motivos fundamentales: primero, para posibilitar la agitación comunista en el marco concreto de la fábrica, y segundo, para demostrar a los obreros ingleses que los líderes de las Trade Unions eran reaccionarios y enemigos de la revolución en el caso de que el Labour Party rechazase el ingreso de los comunistas. Pero las cosas se desarrollaron de manera muy distinta a la prevista por Lenin: el Labour Party rechazó en sus congresos y asambleas el ingreso de los comunistas en su organización, y ello sin que la masa de obreros ingleses considerasen esta actitud como un acto de traición a sus intereses o a la revolución. Siguiendo los consejos de Lenin, el PCGB presentó, pocos días después de su fundación, la primera propuesta de admisión en el Labour Party. El documento anejo a la solicitud era un modelo de ingenuidad y de franqueza; en él se hacía un canto abierto al socialismo revolucionario y a la dictadura del proletariado, consignándose, además, que los diputados elegidos al Parlamento tenían la obligación de representar la línea del partido. El contenido del documento

---

92 James Klungmann, obra cit., pág. 71.

era la negación radical de las tradiciones del Partido Laborista y del liberalismo inglés.

La Ejecutiva del Partido Laborista respondió al mes siguiente declinando la admisión del PCGB, alegando que los objetivos de los comunistas ingleses eran incompatibles con el programa, los principios y los Estatutos del Labour Party. Entre la Ejecutiva del LP y del PCGB se entabló una polémica epistolar. La dirección del Partido Laborista decidió someter la cuestión a la Conferencia Anual de junio de 1921, celebrada en Brighton. El resultado fue claro: la solicitud de admisión fue rechazada por 4.115.000 votos contra 224.000. En junio del año siguiente, en la Conferencia Anual de Edimburgo, la propuesta volvió a ser rechazada, esta vez por 3.086.000 contra 261.000 votos. En la Conferencia Anual de 1923, el Partido Laborista corroboró por 2.880.000 contra 366.000 votos su decisión de no admitir en sus filas a los comunistas.

La debilidad del comunismo inglés se hizo también patente al celebrarse las elecciones parlamentarias de 1922. Mientras el Partido Laborista obtuvo 142 escaños, el PC inglés sólo logró dos. En cuanto al número de sus afiliados, las cifras no podían ser más descorazonadoras; en 1922, el PCGB no contaba con más de 2.000 ó 3.000 afiliados. Aludiendo a esta debilidad, el II Congreso de la Comintern se había visto obligado a admitir que “el poder monárquico, la Casa de los Lores, la Casa de los Comunes, la Iglesia, las Trade Unions, el Partido Laborista, Jorge V, el arzobispo de Canterbury y

Henderson, todo eso sigue siendo de manera permanente un poderoso obstáculo para todo serio desarrollo”<sup>93</sup>.

Apenas constituido, el PCGB fue escenario de su primera crisis interna. En septiembre de 1921 Sylvia Pankhurst publicó en su órgano *Workers' Dreadnought* un artículo de Alejandra Kollontai sobre la oposición obrera existente en Rusia contra el Partido Bolchevique. Tanto la Kollontai como Sylvia Pankhurst –como antes Rosa Luxemburg y más tarde Ruth Fischer– representaban un comunismo de izquierda poco grato a Lenin, que dio órdenes a la Ejecutiva del PC inglés para que pusieran fin a la campaña polémica que Sylvia Pankhurst realizaba contra la línea del partido desde las páginas del *Workers Dreadnought*. La Ejecutiva del PCGB exigió a Sylvia Pankhurst la entrega de su periódico al partido, a lo que ella se negó, siendo expulsada inmediatamente. Era la primera purga realizada en el seno del comunismo inglés. Tras su expulsión, Sylvia Pankhurst acusó al Partido Bolchevique y al gobierno ruso de querer utilizar a la Comintern con fines propios. En octubre de 1921 propuso que los comunistas rompieran con la III Internacional y se fusionaran en una nueva Internacional compuesta de los partidos comunistas y revolucionarios opuestos a la línea de Lenin. Como nombre para este nuevo centro revolucionario, la comunista inglesa propuso el de IV Internacional de los Partidos Comunistas de Oposición. No deja de ser irónico

---

93 Die kap. Welt und die Kom. Int. obra cit., pág. 28.



que la IV Internacional, propuesta ya en 1921 por Sylvia Pankhurst, habría de ser fundada años más tarde por el hombre que, junto a Lenin, representaba entonces la línea “dura” contra el comunismo de izquierdas: León Trotsky.

## **VI. ESPAÑA**

Como ocurrió en otros países europeos, la revolución bolchevique y la fundación de la III Internacional produjeron un gran impacto en el movimiento socialista y revolucionario español. Los primeros en reaccionar fueron los anarquistas. A pesar de que la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) tenía motivos sobrados para mirar con desconfianza la dictadura bolchevique establecida en Rusia, sus líderes decidieron dejar de momento al margen sus viejas disputas con los comunistas y saludaron con entusiasmo la revolución rusa. “A pesar de que los sindicalistas –escribe Arthur Rosenberg– tenían que hallar antipático el sistema autoritario de partido de la Rusia soviética, atraídos por el formidable espectáculo de la revolución rusa, buscaron contacto con Moscú y confiaban en llegar a un entendimiento con los bolcheviques sobre los puntos en

litigio”<sup>94</sup>. Igual efecto produjo la revolución rusa entre los anarquistas españoles<sup>95</sup>.

En el curso del segundo congreso nacional celebrado por la CNT en el Teatro de la Comedia, de Madrid, se aprobó, a propuesta del Comité Nacional, la siguiente resolución: “Primero, que la CNT se declare firme defensora de los principios de la Internacional sostenidos por Bakunin, y segundo, declarar que se adhiere provisionalmente a la Internacional Comunista por el carácter revolucionario que la informa, mientras y tanto la CNT organiza y convoca el Congreso Obrero Universal que acuerde y determine las bases por las que deberá regirse la verdadera Internacional de los Trabajadores”<sup>96</sup>. Diego Abad de Santillán resume así la atmósfera reinante en el congreso confederal: “En un clima general de simpatía y de adhesión a la revolución rusa de 1917, y dentro de esa actitud general, hubo una pequeña minoría dispuesta a seguir las directivas de Moscú, sobre todo Hilario Arlandis, representante de la federación local de Cullera. Pero los militantes más caracterizados se mostraron prudentes, aludiendo a la falta de informaciones”<sup>97</sup>.

---

94 Arthur Rosenberg, obra cit., pág. 131.

95 Manuel Buenacasa, *El movimiento obrero español 1886–1926*, página 64, París, 1966.

96 Maximiliano García Venero, *Historia de las Internacionales en España*, tomo II, pág. 293, Ediciones del Movimiento, 1957.

97 Diego Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español. De 1905 a la proclamación de la segunda República*, pág.

Para trasladarse a Rusia, el congreso designó como delegados al doctor Pedro Vallina y a Eleuterio Quitanilla, que se habían pronunciado contra el ingreso de la CNT en la III Internacional y subrayado sin tapujos las diferencias abismales que separaban al sindicalismo revolucionario de la CNT del partido bolchevique. Habiendo declinado ambos su nombramiento como delegados, el Comité Nacional designó a Eusebio Carbó y Salvador Quemades para sustituirles. Asimismo, a Pestaña le fue confiada la misión de trasladarse a Francia con el objeto de pedir la solidaridad de los obreros franceses a favor de la lucha que la CNT sostenía en Cataluña contra el lock-out de las patronales. A Pestaña se le comunicó, además, que si estaba en condiciones de proseguir viaje hacia Alemania se le extenderían credenciales para que se trasladase también a Rusia.

Por una serie de percances, ni Quemades ni Carbó pudieron reunirse con Ángel Pestaña en París, de manera que éste tuvo que emprender solo el viaje hacia Moscú para asistir al II Congreso de la Internacional. El dirigente cenetista llegó a Moscú el 28 de junio de 1920. Durante su estancia en la Unión Soviética y en el curso de su participación en los debates de la Comintern y la Profintern, Pestaña sacó una impresión muy negativa; pero habiendo sido detenido a su regreso de Rusia, no pudo de momento informar a los organismos confederales de su misión.

Estando Pestaña en la cárcel junto con otros destacados dirigentes cenetistas (la CNT se encontraba en la clandestinidad), el Comité Nacional de la CNT en funciones, en el que predominaban elementos simpatizantes con el bolchevismo, decidió aceptar la invitación cursada por el CE de la IC para participar en el III Congreso. En un pleno clandestino celebrado el 28 de abril de 1921 (que tenía rasgos de conspiración) se acordó enviar a Rusia como delegados a Andrés Nin (secretario general entonces), a Joaquín Maurín Julián a Jesús Ibáñez y a Hilario Arlandis por la CNT, y a Gastón Leval por la Federación de Grupos Anarquistas. Hilario Arlandis se había dado a conocer en el congreso del Teatro de la Comedia por sus declaraciones apoloéticas a favor de la revolución rusa, e ingresaría más tarde en el PC de Cataluña; el leridano Joaquín Maurín, secretario del Comité Regional de Cataluña, era redactor del periódico *Solidaridad Obrera*; en cuanto al maestro de escuela Andrés Nin, se trataba de un tráfuga procedente del campo socialista. Tanto él como Maurín estaban destinados a desempeñar un papel considerable en la historia del marxismo español.

En abril de 1922, el gobierno español restableció las garantías constitucionales, de manera que algunos militantes de la CNT fueron puestos en libertad. Aunque la organización cenetista seguía actuando formalmente en la clandestinidad, logró convocar una conferencia nacional en Zaragoza con el objeto de discutir el problema de las

relaciones entre la CNT y la III Internacional. El acto tuvo lugar en junio de 1922. Entre los participantes se hallaban Pestaña, Salvador Seguí, Juan Peiró –que presidía– y otros conocidos dirigentes confederales. Hilario Arlandis y Ángel Pestaña informaron sobre sus respectivos viajes a la Unión Soviética; Gastón Leval, que no pudo acudir personalmente a la conferencia, envió un informe acusando a los demás delegados de haber adoptado en Rusia una actitud probolchevique. Aunque Pestaña se pronunció en contra de la III Internacional, objetó que la Conferencia no estaba facultada para tomar un acuerdo definitivo, proponiendo que éste se aplazase hasta poder celebrarse un congreso nacional. A propuesta de Peiró se acordó someter la cuestión de la III Internacional a referéndum entre los sindicatos. Nin y Maurín se quedaron en la III Internacional a título personal.

Pasado el primer momento de confusión, la CNT se dio de baja de la III Internacional y adoptó frente a ésta la clásica actitud anticomunista que había mantenido en el pasado contra el marxismo. Andrés Nin, Joaquín Maurín y Arlandis eran militantes de segunda fila y su deserción ideológica no arrastró a ningún grupo importante.

Algo más de suerte tuvieron los comunistas en el seno del movimiento socialista español, aunque aquí también la cosecha fue parca. Desde sus orígenes, el Partido socialista Obrero (PSOE) había tenido un cariz marcadamente evolutivo. Como miembro de la II Internacional, el PSOE tomó

parte en la conferencia celebrada en Berna en febrero de 1919 y apoyó la moción de convocar un congreso en Ginebra con el objeto de reorganizar el movimiento socialdemócrata internacional.

Por su parte, el PSOE convocó en diciembre de 1919 un congreso extraordinario para decidir si el partido debía asistir a la proyectada conferencia de Ginebra o si, por el contrario, debía solicitar el ingreso en la nueva Internacional de Moscú. El congreso se decidió, tras apasionados debates, por 14.010 contra 12.497 votos a favor de la participación del congreso de Ginebra. En junio de 1920 tuvo que convocarse un nuevo congreso extraordinario destinado a ratificar los acuerdos de diciembre o, en su defecto, acordar el ingreso del partido en la III Internacional. La votación fue esta vez favorable al ala izquierda: el congreso decidió por 8.269 votos contra 5.016 y 1.615 abstenciones, solicitar el ingreso en la Comintern. Con el fin de aclarar las condiciones de ingreso, se acordó enviar a Moscú como delegados a Fernando de los Ríos (que no era partidario del ingreso) y a Daniel Anguiano, favorable a una incorporación.

Cuando de los Ríos y Anguiano llegaron a Rusia a finales de octubre de 1920, se había clausurado ya el II Congreso de la Comintern. Los delegados españoles se entrevistaron con Lenin, Trotsky, Sinoviev, Radek y otros destacados dirigentes bolcheviques, a quienes dieron cuenta de los acuerdos tomados por el PSOE en su congreso de junio. El CE de la IC entregó a la comisión española el texto de las famosas 21

condiciones de ingreso. De los Ríos y Anguiano regresaron a España el 20 de diciembre. El 15 de enero se reunió el CC del PSOE –presidido por Pablo Iglesias– para oír el informe de los delegados. Fernando de los Ríos favoreció la retirada del ingreso provisional a la Comintern y la adhesión a la “Internacional dos y media”. Anguiano, por el contrario, se declaró partidario de aceptar, con ciertas reservas, las 21 condiciones de ingreso. Sometida la cuestión a votación, el CC se pronunció a favor de un Ingreso definitivo del PSOE a la Internacional de Moscú. En contra votaron, entre otros, Pablo Iglesias y De los Ríos.

El 9 de abril de 1921 dio comienzo el congreso extraordinario convocado por el PSOE para ventilar definitivamente las relaciones del partido con las respectivas Internacionales. En la orden del día figuraban las 21 condiciones de ingreso. Pablo Iglesias, que a pesar de su avanzada edad había desplegado ya anteriormente una intensa actividad, no pudo asistir personalmente al congreso. El mismo día de la apertura, el periódico *El Socialista* publicó un artículo de fondo del fundador del partido atacando las 21 condiciones de ingreso y pronunciándose en contra de una incorporación a la Internacional de Moscú. La toma de posición de Pablo Iglesias no dejó de surtir efecto sobre los delegados, como demostraron las votaciones: la propuesta de ingreso en la IC fue rechazada por los congresistas por 8.808 contra 6.025 sufragios.

Treinta de los delegados asistentes –dirigidos por Antonio

García Quejido –se separaron del PSOE para fundar el PC obrero. La mayor parte de este grupo procedía de las Vascongadas y de Asturias. El CC quedó constituido por Daniel Anguiano, García Quejido, Núñez de Arenas, Virginia González y Facundo Perezagua.

El PC surgido en abril de 1921 era el segundo en su especie. Un año antes (15 abril 1920) había sido ya creado el PC español por un grupo perteneciente a la Federación de Juventudes Socialistas, cuyo periódico *Renovación* pasó a convertirse en *El Comunista*, primer órgano de prensa comunista en España. El PC español nacido en 1920 envió como delegado al II Congreso de la Comintern a Merino Gracia, que fue recibido por Lenin y a quien se concedió un puesto en el CE de la IC. En el primer congreso del PCE, celebrado en marzo de 1921, fueron elegidos como miembros del CC, entre otros, A. Buendía, Vicente Arroyo, Rafael Milla y Merino García.

El PC surgido en 1921 era más importante que el primero. Tras unos meses de confusión y de negociaciones, una comisión mixta se trasladó a Moscú –a instancias de la Comintern– para concretar su fusión. El 14 de noviembre de 1921 se firmó el acta de unificación que dio nacimiento al PC de España. Como secretario general fue designado Pérez Solís; Daniel Auguiano asumió la Secretaría de “Agit–prop”. Entre los vocales se halla Julián Gorkin. Del CC formaba también parte Joaquín Maurín, que a su regreso de Rusia se había



dado de alta en el PC. Andrés Nin, que iba a permanecer algunos años en Rusia –donde contrajo matrimonio con una rusa– ingresó también en el partido. Como órgano central se acordó editar *La Antorcha*. Por entonces aparecían ya, entre otras publicaciones, *Aurora Roja* (Asturias), *Bandera Roja* (Vascongadas), *El Comunista Balear* y *Nueva Aurora* (Pontevedra).

El 14 de noviembre quedaron también constituidas las Juventudes Comunistas de España, con *El joven comunista* como portavoz. El primer congreso del PCE se celebró en Madrid el día 15 de marzo de 1922.

La escisión dentro de las filas del PSOE no tuvo las consecuencias graves que tendría en Francia y Alemania. Los dirigentes más notables del partido permanecieron fieles a la línea tradicional: Pablo Iglesias, Besteiro, Saborit, Largo Caballero, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos y otros.

Todavía menos suerte tuvieron los comunistas con respecto a la Unión General de Trabajadores. En el curso del XV Congreso de la UGT, celebrado en la Casa del Pueblo, de Madrid, en noviembre de 1922, fueron hechos unos disparos desde la parte alta del edificio, a consecuencia de los cuales murió el militante obrero Manuel González Portillo; otros tres asistentes resultaron heridos de gravedad. Los agresores no pudieron ser identificados, pero el atentado se adjudicó a los comunistas. Este percance dio un sesgo inesperado al Congreso; en una resolución aprobada sobre

la marcha, los congresistas acordaron expulsar inmediatamente a todos los delegados de filiación comunista; asimismo, se aprobó otra resolución exigiendo a las sociedades representadas en el congreso que condenasen oficialmente al PC como inductor y responsable material del crimen. Dicha resolución fue suscrita por todos los congresistas, con excepción de 15 de ellos, que fueron expulsados de la UGT.

El PC surgido entre 1920 y 1921 iba a permanecer hasta 1936, un movimiento sin raigambre popular, totalmente desbordado por el Partido Socialista y las sindicales de la UGT y la CNT.

## **VII. LOS OTROS PAÍSES EUROPEOS**

No menos precaria que en Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y España era la situación del movimiento comunista en los restantes países europeos. A pesar de que la táctica secesionista de Lenin había obtenido ciertos éxitos formales, la aniquilación de los viejos partidos adictos a la II Internacional y de las centrales sindicales reformistas se estaban manifestando como una tarea mucho más compleja de lo que el líder bolchevique se había imaginado.

Entre los partidos comunistas europeos, el checoslovaco

fue, desde su fundación (1921), uno de los más importantes. Al producirse la escisión del movimiento socialista, 27 diputados al Parlamento pasaron a formar parte del PC. En las elecciones celebradas en 1925, los comunistas, que se presentaban por primera vez como fuerza independiente, obtuvieron 41 escaños en el Parlamento y 20 en el Senado. Casi un millón de electores había dado su voto al PC. Pero si los comunistas representaban una fuerza numérica considerable, su actitud era todo lo contrario que revolucionaria. El fundador y jefe del partido, Bohumil Smeral, había pertenecido, durante la I Guerra Mundial, al ala derecha del Partido Socialdemócrata. Los comunistas checoslovacos evitaban cuidadosamente toda confrontación violenta con los poderes públicos, realizaban una propaganda moderada y eran opuestos a los experimentos insurreccionales. Hasta bien entrada la II Guerra Mundial iba a ponerse de manifiesto que el PC checoslovaco, a pesar de ser uno de los más potentes y mejor organizados de Europa, era un instrumento inadecuado para llevar a cabo los planes de la Comintern.

En la fase inicial de la Comintern, Lenin y los líderes bolcheviques veían en Polonia una especie de pasillo por el que la revolución rusa había de entrar en Alemania y, de ahí, extenderse por todo el continente europeo. Pero la derrota de las tropas del Ejército Rojo ante las puertas de Varsovia, en 1920, puso de manifiesto que los objetivos rusos no eran realizables “manu militari”. No menos problemática era la

posibilidad de derrocar el poder burgués desde dentro, por medio de la agitación revolucionaria. El PC polaco fue fundado en diciembre de 1918, y aunque Sinoviev lo nombró más de una vez como un modelo de organización, fue siempre un movimiento minoritario. En las elecciones al “Sejm” de noviembre de 1922, los comunistas obtuvieron 128.000 votos. En el seno de los sindicatos, su posición era también débil. Entre los 225 delegados asistentes al Congreso Sindical de 1922, sólo 34 eran comunistas. Si el PC polaco no llegó nunca a ser un movimiento de masas (por lo menos hasta 1945), dio en cambio un excelente plantel de líderes como Rosa Luxemburg, Karl Radek, León Jogisches, Unschlicht, Kaminski y otros. Pero la mayoría de ellos o bien murieron muy pronto o bien actuaron predominantemente en Alemania y Rusia.

A consecuencia de la inflación y del paro existentes en Polonia, el 5 de noviembre de 1923 el Partido Socialista (PPS) proclamó la huelga general, que en Cracovia se transformó en una confrontación armada entre los obreros y las tropas del gobierno. A pesar de que objetivamente existía una situación revolucionaria, el PC polaco no logró utilizar a su favor los disturbios populares. “¿Dónde estaba nuestro partido al producirse el levantamiento de Cracovia?” se preguntó Sinoviev en el V Congreso de la Comintern.

Los países escandinavos, en los que existían movimientos obreros y socialistas muy bien organizados, iban a mostrarse

como uno de los talones de Aquiles de la Comintern. El Partido Obrero de Noruega, que era el más importante y representativo del país, se adhirió desde el primer momento a la III Internacional. Sin embargo, era todo lo contrario de un movimiento marxista o comunista. Ideológicamente estaba situado más bien entre el sindicalismo y la socialdemocracia. Su líder máximo, Martin Tranmael, un obrero de la construcción respetado y querido por los trabajadores noruegos era concretamente antibolchevique. Las diferencias estratégico–doctrinales latentes entre la III Internacional y el Partido Obrero de Noruega salieron a relucir claramente al producirse la sangrienta represión contra los soviets de Kronstadt. A finales de octubre de 1922, el presidente de la IC, Sinoviev, criticó en una carta a Bujarin el espíritu “indisciplinado” del Partido Obrero Noruego, el cual, además de no haber cambiado su nombre por el de PC – como exigían los estatutos de la Comintern– criticaba la política de la IC en Europa y estaba, para colmo, negociando su fusión con el Partido Socialista. El Comité Ejecutivo intentó sin éxito en varias resoluciones y directrices, someter al PC noruego a la línea de la IC. El 25 de noviembre de 1923, el Partido Obrero convocó un congreso extraordinario para solventar definitivamente sus diferencias con la Comintern. 169 de los delegados se solidarizaron con el grupo anti–Comintern dirigido por Martin Tranmael, Galk y Bull; los restantes 110 delegados, que representaban a unos 15.000 afiliados se constituyeron como PC. Su influencia en el país iba a ser mínima.

Una situación análoga a la de Noruega surgió en Suecia. El PC sueco no era en su mayoría partidario del bolchevismo y rechazaba algunos de los puntos programáticos de la III Internacional, entre ellos el centralismo burocrático, la lucha contra la Iglesia y la dictadura del proletariado. Los comunistas suecos dejaron bien sentado desde el primer momento que la religión era un asunto privado que no incumbía al partido. Frente a esta posición tolerante y democrática, Sinoviev, como buen doctrinario, concedía una importancia esencial a la lucha contra la religión: “En nuestro partido –exclamaba– nosotros expulsamos a los miembros que se casan por la Iglesia, incluso a aquellos que lucharon cinco años contra los blancos”<sup>98</sup> El CE de la IC aprobó en su pleno de 23 de julio de 1923 una resolución en la que se subrayaba la incompatibilidad del marxismo con la religión. El jefe del PC sueco, Heth Hóglund, se negó a aceptar las exigencias de Sinoviev y fue expulsado de la III Internacional. El movimiento comunista sueco se escindió en dos grupo rivales. En las elecciones de 1924 alcanzaron juntos sólo unos 90.000 votos. El PC afín a la Comintern estaba dirigido por Karl Kilbom, que a su vez rompió con Moscú en 1929. Heth Hóglund se pasó en 1926 a la social-democracia.

De los tres países escandinavos, el PC de Finlandia era el que poseía más arraigo entre la clase trabajadora. Al

---

98 Jane Degross. obra cit., tomo II, pág. 37.

producirse la Revolución de Octubre en Rusia, el ala izquierda del Partido Socialdemócrata, que era partidaria de una estrecha colaboración con Moscú, creó la Guardia Roja e intentó convertir a Finlandia en un remedo de la Unión Soviética. La guerra civil entre los marxistas y los nacionales terminó con una victoria de éstos últimos. Un grupo de marxistas, encabezado por Otto Kuusinen, se refugió en Rusia y fundó en agosto de 1918 el PC, que fue prohibido en Finlandia. Restablecido a la legalidad en 1921, el PC pudo tomar parte en las elecciones de 1922, en las que obtuvo 21 escaños por 53 los socialdemócratas. En 1923 volvió a ser declarado fuera de la ley, a la vez que eran detenidos todos los diputados y 200 dirigentes del partido. Poco después, los comunistas se reorganizaron bajo el nombre de “Partido de obreros y pequeños campesinos”, actuando en la legalidad hasta 1930. La influencia comunista era especialmente considerable dentro de los sindicatos.

El PC austríaco fue fundado el 3 de noviembre de 1918. En marzo de 1919 contaba alrededor de 10.000 afiliados. Tras la proclamación de la República de los soviets, en Hungría, el número de militantes ascendió a 50.000. Consumado el fracaso de Bela Kun y sus correligionarios húngaros, el plantel de miembros descendió de nuevo a su cifra inicial. El movimiento comunista austríaco fue desde el primer momento víctima de las luchas intestinas y fraccionales. Sus líderes más destacados eran Elfriede Friedländer–Eisler (que veremos reaparecer más tarde en Alemania bajo el nombre

de Ruth Fischer), Franz Koritschoner, Karl Toman y Joseph Frey<sup>99</sup>. En las elecciones de 1923, los comunistas obtuvieron sólo 22.000 votos, frente a los 1.311.000 alcanzados por la socialdemocracia. El partido se transformó pronto en un juguete de la Comintern y de Stalin, perdiendo todo relieve.

En Dinamarca surgieron, entre 1919–1921, algunos grupos comunistas, pero se trataba de organizaciones de cuadros sin base popular, divididas además por luchas intestinas y rivalidades personales. En 1923, tras el reconocimiento diplomático de la Unión Soviética por parte de Copenhage, los rusos reorganizaron el PC, poniendo al frente del mismo a Ernst Christiansen, un periodista que había militado en el Partido Socialdemócrata de Dinamarca. Pero la influencia del PC siguió siendo insignificante. En las elecciones de 1924 obtuvo sólo 6.219 votos. En 1927, Christiansen y la mayoría de líderes nombrados por Moscú abandonaron el partido y regresaron a la socialdemocracia.

En Bélgica, Suiza y Holanda, el PC, con ser más importante que en Dinamarca, constituía una minoría sin raigambre

---

99 Frey se unió en 1928 al trotskismo y emigró a China en 1934, donde se pierden sus huellas. Toman se separó en 1931 del partido y regresó a la socialdemocracia. Tras la liberación de Viena por el Ejército Rojo, fue liquidado por supuesta colaboración con la Gestapo. Koritschoner se trasladó en 1930 a la Unión Soviética, donde asumió un puesto subalterno en la Internacional Sindical Roja. En 1934 fue internado en un campo de concentración siberiano. En 1940 la GPU le entregó a la Gestapo. Murió en Viena a consecuencia de las torturas físicas.



popular. La izquierda, en estos países de hondas tradiciones democráticas y económicamente estables, estaba dominada por la socialdemocracia.

Dentro de los países balcánicos y eslavos, el PC más importante era el búlgaro, a pesar de que fueron los comunistas húngaros los únicos que lograron asaltar el poder. En Bulgaria existía un partido comunista desde 1908, surgido a consecuencia de la escisión del movimiento socialista en un ala moderada y un ala extremista. A diferencia de los demás países europeos, el PC búlgaro fue casi siempre más fuerte que la socialdemocracia. En 1919, había en el Parlamento 41 diputados comunistas y 38 socialdemócratas. El PC contaba por esas fechas con 119.395 afiliados. Como veremos más adelante, el comunismo búlgaro degeneró pronto en el terrorismo y fue declarado ilegal.

El PC yugoeslavo fue fundado en 1920 y poco después, prohibido. La clandestinidad favoreció las tendencias terroristas y dificultó el desarrollo normal del partido, que estaba formado esencialmente por intelectuales desclasados y núcleos del Lumpenproletariat. Las actividades del partido se limitaban a los atentados políticos y a los actos de sabotaje, a pesar de que los Estatutos prohibían el terrorismo.

Una situación análoga era la de Rumania, cuyo PC fue prohibido en 1920. Los movimientos de izquierda, perseguidos draconianamente por los respectivos gobiernos

y el Ejército, permanecieron aislados de la clase obrera hasta las postrimerías de la II Guerra Mundial.

## **VIII. LOS PUEBLOS NO EUROPEOS**

China fue el país no europeo al que la Comintern dedicó desde el primer momento más atención. Ya antes de que hubiese tenido lugar la fundación de un PC chino, la IC envió en junio de 1920 a Voitinski como delegado a Shangai. El PC chino fue creado el mes de julio de 1921 y estaba constituido por un insignificante grupo de estudiantes e intelectuales bajo la dirección de Chen Tu–Hsie. El ingreso del PC chino en la III Internacional se produjo en 1922, tras la decisión tomada en el II Congreso del Partido.

La Comintern estaba de momento más interesada en infiltrarse en el Kuomintang que en el fomento del PC chino, y envió a uno de sus agentes (Maring) a China con el objeto de convencer a los comunistas a que ingresasen en aquel movimiento, lo que los comunistas, tras vencer algunos reparos, hicieron. El Kuomintang (Partido Popular Nacional) era un movimiento liberal–burgués fundado en 1912 por Sun Yat–sen con el fin de lograr la independencia nacional y la democratización de China. Otro representante de la Comintern –Dalin– convenció por su parte a Sun Yat–sen de

aceptar un frente único con el PC. Si bien Sun Yat-sen no era partidario del bolchevismo, aceptó por razones pragmáticas la propuesta de la III Internacional, organización de la que el líder nacionalista chino se prometía ayuda para su movimiento.

En una resolución tomada en enero de 1923 por el Comité Ejecutivo de la IC referente a las relaciones entre el Kuomintang y el PC chino, se decía: “El único grupo nacional-revolucionario serio es el Kuomintang, que en parte se apoya en la burguesía liberaldemocrática y la pequeña-burguesía y en parte en la intelligentsia y los trabajadores... El CE de la IC considera necesario que se coordine la acción entre el Kuomintang y el PC chino... Pero ello no debiera ir en detrimento de las características políticas específicas del PC chino. El partido debe mantener su organización independiente regida por un aparato centralizado”<sup>100</sup>.

Stalin había enviado en 1922 al trotskista Adolfo Joffe a China con la misión de ofrecer al Kuomintang la ayuda de la Unión Soviética. En enero de 1923 fue establecida una alianza formal entre Rusia y el Kuomintang, que fue firmada por Joffe y Sun Yat-sen. En julio del mismo año, un grupo de colaboradores del líder chino visitó la Unión Soviética para aprender sobre el terreno la técnica de guerra y la experiencia acumulada por el partido bolchevique durante la revolución y la guerra civil. Entre los visitantes se hallaba

---

100 Jane Degras, obra cit., II, pág. 6.

el joven Chiang–Kai–shek, cuñado de Sun Yat–sen. A su regreso, Chiang–Kai–shek fue nombrado director de la Academia Militar de Whampoa, construida en 1924 con dinero ruso.

Cuando en junio de 1923 se celebró el tercer congreso del PC chino, había desaparecido casi completamente la resistencia contra la formación de un frente único con el Kuomintang. Maring fue sustituido por Voitinski como delegado de la Comintern. En otoño de 1923 apareció Michael Borodin en Cantón acompañado de un numeroso grupo de consejeros políticos y militares. Borodin se llamaba en realidad Michael Gruzenberg y era judío de origen alemán<sup>101</sup>. En su juventud había pertenecido a la Liga menchevique–judía. Tras la revolución de 1905 residió largo tiempo en Norteamérica. Borodin, que disponía de grandes recursos financieros, pasó a ejercer una enorme influencia en el Kuomintang, movimiento al que reorganizó inspirándose en el modelo bolchevique. Los estatutos del Kuomintang fueron escritos personalmente por él en lengua inglesa. Borodin reformó además el ejército chino y lo puso bajo el mando del general V. K. Blucher, alias Galen, otro alemán<sup>102</sup>. Más tarde tendremos ocasión de comprobar las

---

101 Finalizada la Segunda Guerra Mundial, Borodin cayó en desgracia. Ultimamente había sido director del boletín Moscow Daüy News. En marzo de 1949 fue detenido e internado en un campo de concentración siberiano, donde falleció probablemente en 1953.

102 Blucher–Galen fue liquidado en 1938 durante las purgas.

funestas consecuencias que para el Partido Comunista chino iba a tener la estrecha alianza con el Kuomintang.

Excepto China, las tentativas de infiltración de la Comintern en el continente asiático no se vieron coronadas por el éxito. En la India, el movimiento de liberación nacional contra el dominio inglés se desarrolló bajo la influencia de Gandhi, partidario de la resistencia pasiva y de la no-violencia. En el II Congreso de la Internacional Comunista apareció una representación del Partido Comunista indio, pero se trataba de un grupo de emigrantes residentes en Europa sin vinculación alguna con su país natal. Su figura más destacada era Namder, conocido en la Comintern por el nombre de “M. N. Roy”, que fue elegido miembro del CE de la IC. “Roy” regresó a su patria con el objeto de organizar un partido comunista, pero fue pronto detenido. A través de otros agentes de la Comintern pudieron crearse más tarde algunos grupos y células comunistas, pero sin que de ellos surgiera un partido cohesivo. El proceso llamado “Cawnpur Conspiracy Case” puso fin a las actividades subversivas de estos grupos. Durante algunos años, el movimiento comunista indio quedó prácticamente paralizado. El intento de poner en pie un partido comunista dirigido por agentes ingleses tampoco dio resultado.

En América, los comienzos de la Comintern tampoco fueron muy esperanzadores. El Partido Comunista norteamericano fue fundado en septiembre de 1919; sus miembros procedían del ala izquierda del “American Socialist Party” y

del “Industrial Workers of the World”, de tendencias anarco-sindicalistas. Como en Inglaterra, el socialismo y el comunismo no echaron nunca verdaderas raíces dentro del movimiento obrero norteamericano, que, organizado en torno a la “American Federation of Labor” (AFL), era de tendencias reformistas y apolíticas. Las corrientes revolucionarias estaban representadas por los negros y las minorías étnicas de emigrantes todavía no integrados. En enero de 1920, cinco meses después de su fundación, el Partido Comunista fue declarado ilegal. El 26 de diciembre de 1921 volvió a surgir bajo el nombre de “Partido Obrero”. Más tarde adoptó el nombre de Partido Obrero Comunista y, en abril de 1928, el de Partido Comunista de América. Hasta la crisis económica de Wall Street, en 1929, el Partido Comunista norteamericano jugó un papel insignificante en la política de USA. Con ello quedaron frustradas las esperanzas de la Comintern, que, en una carta dirigida en mayo de 1920 a los comunistas norteamericanos, había escrito: “La victoria del proletariado internacional depende de los éxitos del comunismo en América”<sup>103</sup>.

La Revolución bolchevique de 1917 y la fundación de la III Internacional condujeron a una vigorización del movimiento revolucionario latinoamericano y al surgimiento de partidos comunistas en la mayoría de países de este hemisferio, pero, a lo largo de toda la década del veinte y aún de una parte del

---

103 Manifest, Richtlinien, Beschlüsse, etc., obra cit., pág. 273.

treinta, el desarrollo del comunismo en el subcontinente fue en conjunto débil. Por diversos motivos, la América latina no era entonces un terreno fértil para el comunismo. Lo mismo que en España, los grupos de extrema izquierda sudamericanos eran en su mayor parte de tendencia anarcosindicalista, lo que frenó la penetración de las ideas comunistas. La distancia geográfica entre Latinoamérica y Rusia y las dificultades de comunicación fueron factores que contribuyeron también a mermar la influencia de la Comintern sobre el movimiento obrero de la América latina. Aunque Moscú no dejó en ningún momento de enviar delegados y agentes a Sudamérica, el interés prestado por la III Internacional al movimiento comunista latinoamericano fue durante varios años marginal.

Al crearse en Moscú la Comintern, el Partido Socialista mexicano era un pequeño movimiento dominado por el norteamericano Linn A. E. Gale, opuesto al principio a la fundación de un partido comunista y al ingreso en la Internacional Comunista. Provisto de dinero facilitado por Moscú y con ayuda de Borodin, el indio “M. N. Roy” logró en 1919 formar una fracción mayoritaria dentro del Partido Socialista. Gale fue expulsado del Partido Socialista por la fracción de Roy, pero, lejos de ceder la iniciativa a su rival, el socialista norteamericano fundó la misma noche de su expulsión el primer Partido Comunista de México. “Roy” fue expulsado poco después del Partido Socialista por sus antiguos compañeros de fracción, que fundaron un segundo

Partido Comunista. Tras un breve período de dualidad, la Comintern intervino y logró unificar a ambos partidos comunistas. “Roy” había abandonado entretanto el país para asistir al II Congreso de la Comintern; por su parte, Gale fue expulsado de México al producirse el derrocamiento del presidente Venustiano Carranza, con quien había mantenido cordiales relaciones. En 1922, un grupo de pintores –entre ellos, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros–, simpatizantes con el comunismo, fundaron el Sindicato Revolucionario de Obreros Técnicos y Plásticos y empezaron a publicar el periódico *El Machete*, que se convirtió pronto en el órgano oficial del Partido Comunista mexicano. El grupo de Rivera y Siqueiros –a quien veremos más adelante jugar un papel importante en torno a Trotsky– lograron dominar en seguida al débil Partido Comunista mexicano. Moscú tenía de todos modos poca confianza en ellos y envió en 1923 a México, para asesorarles y vigilar sus pasos, al norteamericano Bertram Wolfe, un maestro de escuela que ocupaba una posición destacada en el movimiento comunista de los Estados Unidos. La influencia del Partido Comunista norteamericano permaneció una constante en el movimiento comunista mexicano.

El Partido Comunista del Brasil fue fundado en 1921 en Río de Janeiro por un grupo minúsculo procedente de la Confederação Operaria Brasileira, dominada por los anarquistas, que siguieron ejerciendo la hegemonía en el movimiento revolucionario y obrero del Brasil durante varios



años. Al celebrarse el IV Congreso de la Comintern, en 1922, el Partido Comunista de Brasil contaba sólo 500 afiliados; en 1924, esta cifra había descendido incluso a 350.

En la Argentina, el Partido Comunista surgió de un grupo de socialistas de izquierda que, después de separarse del Partido Socialista en enero de 1918, fundaron el Partido Socialista Internacionalista y, en diciembre de 1920, el Partido Comunista. El movimiento sindical argentino, organizado en torno a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), estaba dominado por los anarquistas, los sindicalistas y los socialistas, de manera que la influencia comunista entre los obreros fue al principio mínima. En 1922, el PCA contaba con 3.500 miembros. En los primeros años de su existencia, el PCA fue presa de las luchas intestinas y fraccionalistas entre la tendencia derechista y la izquierdista; luchas que, después de dos escisiones serias, terminaron con la victoria de Victorio Codovila y Rodolfo Ghioldi.

El Partido Comunista de Uruguay surgió de una escisión dentro del Partido Socialista. Mientras el doctor Emilio Frugoni –fundador del Partido Socialista y miembro del Parlamento– era contrario al ingreso en la III Internacional, el líder obrero Eugenio Gómez representaba la línea comunista. En el Congreso celebrado en abril de 1921 por el Partido Socialista, la mayoría de delegados se pronunciaron a favor de un ingreso en la Comintern y adoptaron el nombre de Partido Comunista. Como en el resto de países latinoamericanos, el movimiento sindical uruguayo, centrado en

la Federación Obrera Sindical Uruguaya (FORU), estaba dominado por los anarquistas. Más tarde, una parte de la FORU, contraria al doctrinarismo anarquista, se separó de esta organización y creó el Comité Pro Unidad Obrera, en el que los comunistas, sin llegar a alcanzar la mayoría, lograron ejercer bastante influencia. En las elecciones de 1922, el Partido Comunista uruguayo obtuvo sólo 2.900 votos. En 1926, a raíz de las elecciones a la presidencia de la República, el candidato comunista Sosa sólo obtuvo 4.000 votos.

En Chile, el Partido Comunista surgió del Partido Socialista, que en 1921 decidió, en su mayoría, ingresar en la Comintern y constituirse como Partido Comunista. Hasta su muerte, en 1924, la figura más descollante del Partido Comunista chileno fue Luis Emilio Recabarren, un periodista que, ya bajo el Partido Socialista, había ejercido una notable influencia entre los trabajadores<sup>104</sup>. Los comunistas chilenos lograron desde el principio conquistar posiciones importantes en el movimiento sindical de su país, especialmente entre los mineros. A principios de la década del veinte

---

104 Recabarren se suicidó a raíz del pronunciamiento de la Junta Militar que derribó al presidente Arturo Alessandrini. Sobre los motivos de su muerte circularon entonces diversos rumores, entre ellos el de que Recabarren había sido eliminado por la Junta Militar. Otros opinaron que el líder comunista se había quitado la vida a consecuencia de la profunda decepción sufrida durante su estancia en la Unión Soviética. Manuel Hidalgo, su sucesor al frente del PC, adjudicó el suicidio de su camarada a su temperamento inestable. Véase Robert J. Alexander, *Communism in Latin America*, pág. 179, New Jersey, 1957.

controlaban la Federación Chilena Obrera, con 200.000 afiliados.

El Partido Comunista cubano fue fundado en 1925, poco después de iniciarse la dictadura de Gerardo Machado. Obligado a luchar en la clandestinidad, las condiciones para su desarrollo fueron difíciles. El primer secretario del PCC, Julio A. Mella, fue asesinado el 10 de enero de 1929 en la ciudad de México<sup>105</sup>. Los comunistas jugaron un papel importante en el movimiento de resistencia contra Machado y lograron ocupar posiciones importantes en el movimiento obrero cubano.

El movimiento marxista peruano surgió de los grupos de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), organización fundada en México por el estudiante Víctor Raúl Haya de la Torre, que, a consecuencia de sus actividades revolucionarias había sido deportado a Panamá. Durante una visita a Rusia, Haya de la Torre, sin romper con sus ideas marxistas, se dio cuenta de que el modelo de comunismo propagado por la Comintern no era aplicable a Latinoamérica. Pero otro grupo de estudiantes y obreros dirigido por José Carlos Mariátegui fundó en 1928 el Partido Socialista. Aunque los fundadores de este partido eran marxistas—

---

105 En su Historia de los partidos comunistas de la América Latina, Víctor Alba sugiere que Mella pudo haber sido liquidado por un agente doble al servicio tanto de Machado como de los comunistas. Alexander afirma que el comunista italiano Vittorio Vidali, alias «Carlos Contreras», estuvo complicado en el asesinato de Mella.

leninistas, se negaron hasta 1929 a llamarse Partido Comunista, cuyo primer secretario pasó a ser Eudocio Ravines, un antiguo miembro de la APRA. Al regreso de Haya de la Torre al Perú, el movimiento comunista se vio rebasado totalmente por el Partido Aprista, cuyos miembros eran llamados “social-fascistas” por los comunistas.

Los grupos comunistas del Ecuador se organizaron al principio en torno al Partido Socialista ecuatoriano, fundado en 1926 por un cenáculo de intelectuales que editaba desde 1925 el semanario *La Antorcha*.

Dentro del Partido Socialista se formó una fracción conocida por “Los amigos de Lenin”, dirigida por el médico Ricardo Paredes, que entre 1927 y 1928 pasó un año en la Unión Soviética. En 1931, Paredes logró transformar el Partido Socialista en Partido Comunista.

En Colombia, el PC salió de los “grupos” comunistas existentes en algunas ciudades desde mediados de la década del 20, así como de la Confederación Obrera Nacional (CON). En 1926, los delegados asistentes al III Congreso de la CON decidieron fundar un partido político, que recibió el nombre de Partido Socialista Revolucionario (PSR). Un grupo de líderes se dirigió en 1927 a Rusia para participar en el Décimo Aniversario de la Revolución bolchevique. Ignacio Torres Giraldo fue nombrado miembro del presidium de la Profintern y Tomás Uribe miembro del CE de la IC. Al producirse en 1930 la victoria electoral del Partido Liberal,

una parte de los dirigentes del PSR abandonaron este partido y pasaron a colaborar con el presidente electo, Enrique Olaya. En el mismo año de 1930, el PSR fue transformado en PC de Colombia.

El PC de Guatemala fue fundado en 1923 por un grupo de obreros que dos años antes habían creado ya la Unificación Obrera Socialista. Desde el principio, los comunistas guatemaltecos fueron perseguidos y encarcelados por el gobierno, lo que dificultó su desarrollo. Entre 1925 y 1930 el PCG no estuvo en condiciones de publicar un solo órgano de prensa. A pesar de ello, los comunistas lograron convertirse pronto en la fuerza dominante dentro del movimiento obrero de Guatemala.

De muy poca importancia fueron al principio los movimientos comunistas de Venezuela, Paraguay, Bolivia, Panamá, Honduras, El Salvador y Puerto Rico. El PC venezolano no fue fundado hasta 1931, aunque, a título individual, algunos comunistas –como Ricardo Martínez– cooperasen estrechamente con la Comintern. En el Paraguay existieron algunos grupos comunistas muy pequeños desde mediados de la década del 20. La fecha exacta de la fundación del PCP no es conocida. Los comunistas paraguayos estuvieron representados en el VI Congreso de la Comintern por Ibarola. En Bolivia, el PC no fue fundado hasta 1949, lo que da idea de la escasa influencia comunista en ese país. Los escasos grupos comunistas surgidos en la década del 20 prefirieron actuar dentro de las organizaciones anarquistas y socialistas.

En Panamá, el PC fue creado en 1930, aunque desde 1925 los comunistas habían actuado en el Partido Laborista. En Honduras, el comunismo no empezó a dar señales de vida hasta fines de la década del 20; sus esfuerzos para apoderarse del movimiento sindical fracasaron. El PC del Salvador fue fundado en 1925 y el de Costa Rica en 1929.

## **CAPÍTULO III**

### **I. EL LEVANTAMIENTO DE CRONSTADT. LA NEP. FIN DEL COMUNISMO DE GUERRA. EL III CONGRESO DE LA COMINTERN. GIRO A LA DERECHA. EL FRENTE ÚNICO**

A principios de 1921 la Unión Soviética se hallaba en una crisis profunda, cuyas consecuencias amenazaban resquebrajar el régimen bolchevique establecido en octubre de 1917. La guerra civil y el bloqueo de las potencias europeas contra Rusia habían terminado, pero la situación del país era más desesperada que nunca. La producción estaba casi paralizada, el hambre y el frío convertían la vida del pueblo ruso en un infierno, y la oposición, dentro y fuera del partido, crecía a ojos vistas, cada vez más amenazante. El comunismo de guerra implantado por Lenin y Trotsky para salvar al régimen bolchevique de sus enemigos interiores y exteriores había agotado la capacidad de abnegación del

pueblo ruso, que empezaba a ver en la dictadura de hierro del partido una degeneración de la revolución.

En el curso de 1920, los campesinos habían ofrecido resistencia contra el gobierno central, organizando destacamentos de guerrillas, ocupando ciudades y luchando contra los regimientos del Ejército Rojo. Entre las rebeliones más importantes cabe citar la de A. S. Antonov, un antiguo social-revolucionario y oficial del Ejército que al frente de sus bandas de campesinos armados se hizo dueño de algunas zonas de la región de Tambov. A resultas de esta insurrección, Lenin se vio obligado a recibir a una delegación de campesinos de Tambov y a ordenar el cese de las requisas forzosas. En las ciudades, la situación era catastrófica. El prestigio del partido estaba por los suelos. Las cárceles se hallaban abarrotadas de mencheviques, social-revolucionarios y anarquistas. En Petrogrado los obreros criticaban en voz alta al gobierno y acogían con silbidos y abucheos a los líderes bolcheviques. Este descontento condujo, el 20 de febrero de 1921, a una huelga general en Petrogrado, centro de la oposición antibolchevique. El Soviet de Petrogrado, presidido por Sinoviev, había perdido toda su autoridad moral. Percibiendo su aislamiento, Sinoviev convocó una reunión de obreros no pertenecientes al PC. Al mismo tiempo hacía detener a los líderes mencheviques Teodoro Dan, Kamensky y Kazukov. En el curso de la reunión organizada por Sinoviev ocurrió un incidente que refleja de una manera clara el estado de ánimo reinante entonces



entre los obreros. Sinoviev, desde la tribuna, empezó a hacer los habituales comentarios irónicos sobre el marxismo de los mencheviques. Un obrero pidió la palabra y le respondió: “¿Por qué discute usted con nosotros, obreros semianalfabetos que no han estudiado nunca el marxismo? ¿Por qué no toma usted el coche, camarada Sinoviev, y se dirige a la cárcel, en donde encontrará al líder menchevique Dan. Tráigalo aquí y entonces los obreros estarán en mejores condiciones de comprender la diferencia entre la interpretación bolchevique y menchevique del marxismo”<sup>106</sup>.

El 26 de febrero de 1921, el Soviet de Petrogrado, presionado por los obreros, se vio obligado a ordenar la evacuación de los regimientos concentrados alrededor de la ciudad. Pero esta medida, lejos de aplacar los ánimos de la población, no hizo más que extender la rebelión a la flota del Báltico, y en especial a los marinos de Cronstadt, que Trotsky había llamado en 1917 “el orgullo y la gloria de la revolución”. La política draconiana y dictatorial de Trotsky y su decisión de convertir los sindicatos en lacayos del CC del Partido había despertado la indignación de los bolcheviques de Cronstadt. La marinería había acogido también con hostilidad la supresión de las células políticas en las unidades navales y el establecimiento de una Cheka especial en la flota del Báltico. A consecuencia de estos conflictos, 5.000

---

106 Raphael R. Abramovitch, *The Soviet Revolution. 1917–1939*, página 195, Londres, 1962.

bolcheviques se dieron de baja del partido ya antes de estallar la rebelión contra el gobierno central. El 1 de marzo de 1921, los marinos de Cronstadt, los obreros de la ciudad y los soldados de la guarnición local celebraron un mitin monstruo en la Plaza de Yakornaya. La asamblea aprobó una resolución conteniendo quince puntos, en los que se exigía, entre otras cosas, libertad de prensa y de palabra para los obreros, campesinos, anarquistas y socialistas de izquierda; libertad de reunión para los sindicatos y asociaciones campesinas; amnistía para todos los presos políticos; supresión de los privilegios bolcheviques y restablecimiento de las prácticas democráticas. Al día siguiente fue convocada una nueva reunión con el fin de preparar elecciones libres de los soviets. La asamblea eligió un Comité Revolucionario Provisional compuesto de quince miembros, en su mayoría procedentes de la tripulación de la flota estacionada en Cronstadt. Como presidente fue designado el marino Petrichenko.

El Partido bolchevique nombró una comisión compuesta por Trotsky, S. Kamenev y Tukhachevsky con el objeto de reprimir militarmente la rebelión. La primera medida de la troika fue la de declarar el estado de sitio en Petrogrado y de detener a toda persona sospechosa de simpatizar con el Comité Revolucionario de Cronstadt. Trotsky ordenó entonces el asedio de Cronstadt. Los primeros ataques fueron rechazados por los marinos y obreros sublevados, pero carentes de mando militar y de víveres, su situación era

desesperada. Trotsky movilizó a todas las tropas disponibles para lanzarlas sobre Cronstadt. La resistencia de los sitiados duró hasta el 18 de marzo. La represión desencadenada por Trotsky fue brutal. Rafael Abramovitch resume: “Si los marinos de Cronstadt se portaron como los comuneros de París en 1871, sus vencedores se condujeron peor que el gobierno de Versalles que suprimió la Comuna de París. Se produjeron ejecuciones y detenciones en masa. El destino de todos aquellos que la Cheka consideró como sospechosos de haber ayudado a los rebeldes de Cronstadt fue el exilio y el más brutal castigo. Los profesores de Petrogrado que por estas fechas se hallaban en la cárcel informaron sobre las despiadadas palizas sufridas por los detenidos de Cronstadt. De acuerdo con su testimonio, los marinos, al regresar a sus celdas después de ser interrogados, eran masas de carne sangrienta. El número exacto de los que fueron ejecutados, detenidos o enviados a campos de concentración es desconocido, pero según los rumores, la cifra de marinos ejecutados fue de 2.000”<sup>107</sup>.

Para justificar el baño de sangre, Trotsky inventó la leyenda de que el levantamiento había sido organizado por el general blanco Kozlovsky, un viejo oficial zarista que el mismo Trotsky había enviado a Cronstadt como experto de artillería. Totalmente falsa fue también la afirmación de que la sublevación había sido preparada con la colaboración de

agentes extranjeros, rusos blancos, mencheviques y social – revolucionarios de derecha. La verdad es más simple: la rebelión de Cronstadt fue espontánea y estuvo dirigida por anarquistas y comunistas de izquierda desengañados del régimen bolchevique. Las razones de la rebelión fueron claramente expresadas en uno de los documentos publicados por los sublevados: “Al realizar la Revolución de Octubre, la clase trabajadora confiaba en obtener su liberación, pero su resultado fue una esclavización todavía mayor de la personalidad humana. El poder de la monarquía pasó a manos de los usurpadores, los comunistas, que en vez de dar al pueblo la libertad trajeron el miedo de las cárceles de la Cheka, cuyas atrocidades superan en mucho los métodos de la gendarmería zarista... El poder comunista ha sustituido las gloriosas insignias de los obreros, la hoz y el martillo, por la bayoneta y la reja de cárcel, mientras la nueva burocracia, formada por los comisarios y funcionarios comunistas, lleva una vida tranquila y regalada... A las protestas de los campesinos... y a las reivindicaciones de los obreros han respondido con ejecuciones en masa y con una brutalidad que los generales zaristas hubieran envidiado... Los comunistas han ahogado en ese mar de sangre todas las grandes y hermosas promesas y posibilidades de la revolución proletaria”<sup>108</sup>.

---

108 Der Scandjet kommunismus. Dokumente, tomo I, pág. 161, Colonia–Berlín, 1964.

No fueron, pues, los “provocadores” blancos ni los “agentes extranjeros” los causantes del levantamiento de Cronstadt, sino la profunda decepción de la élite del proletariado ruso ante la política cuartelaria, draconiana y burocrática del Partido Bolchevique. Abramovitch tiene, pues, razón al afirmar: “La versión oficial del levantamiento de Cronstadt como una rebelión blanca es moralmente similar a los procesos que más tarde Stalin iba a escenificar contra sus enemigos. Los mismos supuestos contactos blancos, los mismos espías, con la excepción de que en el caso de Cronstadt los acusados eran humildes marinos con inclinaciones anarquistas o socialistas y el infame fiscal no fue Vyshinsky, sino Trotsky mismo”<sup>109</sup>.

Los acontecimientos de Cronstadt produjeron una profunda impresión en Lenín: “Esta contrarrevolución pequeño-burguesa es sin duda más peligrosa que Denikin, Judenich y Kolchak juntos”, dijo<sup>110</sup>. El balance que Lenin hizo de la situación rusa venía a ser como un canto de cisne al comunismo de guerra: “La situación en que nos encontramos actualmente es vidriosa; nuestra revolución está rodeada de países capitalistas. En tanto nos hallamos en semejante situación vidriosa, nos veremos obligados a buscar formas de recíproca convivencia extraordinariamente

---

109 Abramovitch, obra cit., págs. 201–202.

110 Sowjetkommunismus. Dokumente, obra cit., pág. 179.

complicadas”<sup>111</sup>. Lenin, concretamente, pensaba que “a través de concesiones, el Estado proletario puede asegurarse un convenio con los Estados capitalistas de los países más progresistas, y de este acuerdo depende el fortalecimiento de nuestra industria, sin la cual no podemos seguir avanzando en dirección a un orden social comunista”.

Lo que esto significaba era claro: el regreso a formas económicas de tipo mixto, el aplazamiento de la revolución en Europa y del comunismo en Rusia y una especie de antesala de lo que más tarde Stalin llamarla “socialismo en un solo país”. El nuevo plan de Lenin, que pasaría a la Historia con el nombre de “Nueva Política Económica” (NEP), fue dado a conocer en el X Congreso del Partido Bolchevique, celebrado en plena rebelión de los marinos, soldados y obreros de Cronstadt. El anuncio de la NEP había sido precedido días antes por la firma de un tratado comercial entre la Unión Soviética y Gran Bretaña (16 de marzo). Se trataba del primer convenio internacional establecido entre el régimen soviético y una gran potencia capitalista, y significaba el reconocimiento de facto del gobierno ruso. No cabe duda que el acuerdo comercial con Gran Bretaña contribuyó poderosamente al gran viraje dado por Lenin en marzo de 1921.

La NEP preveía el cese de las requisas forzosas entre los campesinos. De acuerdo con la nueva ley, los campesinos ya

---

111 Ibid., pág. 183.

no estaban obligados a suministrar los cupos agrícolas señalados ad libitum por el gobierno para el abastecimiento del Ejército y de la población urbana. De ahora en adelante sólo debían entregar un porcentaje fijo; el excedente de este impuesto en especie podía ser vendido por los agricultores en las ciudades en libre intercambio y sobre una base capitalista. Esta concesión a los productores del campo perseguía el objeto de incitarles a fomentar la producción.

Estos problemas internos de la Unión Soviética iban a tener, como siempre, consecuencias importantes dentro de la III Internacional. Puesto que Lenin estaba convencido ahora de que una cooperación entre su país y las naciones capitalistas avanzadas en el terreno industrial, financiero y comercial constituía una *conditio sine qua non* para la salvación del régimen bolchevique, se vio obligado de pronto a renunciar a su táctica anterior sobre la “aceleración” de la revolución en Europa. El estrepitoso fracaso de la “acción de marzo” en Alemania no vino sino a completar la lección sacada por Lenin de la rebelión de Cronstadt. Los acontecimientos de marzo en Alemania y el papel poco edificante jugado por el KPD tuvieron, en efecto, que producir necesariamente un impacto muy fuerte en Lenin, que hasta entonces había visto en el movimiento comunista germánico un modelo a imitar por las demás secciones de la Comintern. Como ha observado atinadamente E. H. Carr: “El intento del PC de tomar la ofensiva para alcanzar la victoria por medio de un ataque frontal contra el gobierno burgués había

concluido de forma catastrófica y poco honrosa. Si un partido relativamente grande y poderoso como el alemán había fracasado, ningún otro PC podía confiar en tener éxito en otro país”<sup>112</sup>. Con la misma energía indomable que Lenin había intentado en 1919 y 1920 desencadenar la revolución en diversos países europeos, proclamó de pronto que el proletariado europeo no estaba maduro para la revolución.

Las tesis que Lenin expuso en el X Congreso del Partido Bolchevique fueron repetidas tres meses después por Trotsky y otros oradores durante el III Congreso de la Comintern, celebrado entre el 22 de junio y el 12 de agosto de 1921, con la asistencia de 600 delegados procedentes de 52 países. Resumiendo la tónica del III Congreso, Lenin escribiría pocos días después de su clausura en una carta dirigida a los comunistas alemanes: “El análisis y corrección de los numerosos errores cometidos por el PC alemán unificado durante la Acción de Marzo de 1921 era y es de tremenda importancia. Para aclarar y subsanar estos errores (que fueron elogiados por mucha gente como una maravilla del marxismo), durante el III Congreso de la Internacional Comunista era necesario estar a la derecha”<sup>113</sup>. La antigua consigna sobre la “aceleración de la revolución” fue sustituida en este congreso por la de “¡A las masas!”. En diciembre del mismo año, así como en los dos plenos

---

112 E. H. Carr, obra cit., pág. 63.

113 Lenin, Werke, tomo 32, pág. 542, Berlín, 1961.



ampliados de febrero y junio de 1922, el CE de la IC concretizó esta fórmula todavía vaga por la consigna más precisa del “frente único”. En su reunión de diciembre de 1921, el CE de la IC aprobó 25 tesis sobre la nueva táctica a seguir. La tesis octava especificaba: “El CE de la IC considera que la consigna del III Congreso de la Internacional Comunista ‘¡A las masas!’, así como los intereses generales del movimiento comunista exigen que la Internacional Comunista y sus secciones apoyen la consigna de la unidad del frente proletario y tomen en su mano la iniciativa para su resolución.”

La táctica del frente único había de posibilitar una colaboración entre el comunismo y la socialdemocracia en la lucha contra el capitalismo, que según la nueva versión de la Comintern había entrado ahora en una fase de relativa estabilidad. En realidad, el móvil de fondo era el de proseguir con formas más sutiles la labor de segregación y escisión contra el ala moderada de la socialdemocracia europea. Los dirigentes de la Comintern se habían dado cuenta que la influencia de la antigua II Internacional sobre la clase trabajadora era todavía muy considerable. “A pesar de la inmensa traición de la socialdemocracia durante la guerra – escribirá Kabakschieff–, los partidos de la II Internacional conservaban tras la guerra todavía una enorme influencia sobre las masas trabajadoras, utilizando esta influencia para

separar a las masas de la vanguardia revolucionaria del proletariado”<sup>114</sup>. Para romper este influjo socialdemócrata era necesario poner fin al sectarismo doctrinal anterior, acercarse a las masas y alejarlas poco a poco de sus jefes reformistas. La consigna del frente único era en realidad una farsa, una maniobra, pues al proponerla, los comunistas se reservaban el derecho a difamar a los jefes de las mismas organizaciones con las que anunciaban querer colaborar. Esta política de doble filo era definida por Sinoviev, a finales de 1922, en los siguientes términos: “Apelamos a todos los trabajadores, hombres y mujeres honrados, a defender la unidad de los sindicatos sin tener en cuenta el partido a que pertenezcan. No permitáis que los agentes del capital destruyan la unidad de la clase obrera. ¡Defended vuestra unidad con vuestros puños proletarios...! Los partidos socialistas, reformistas y los dirigentes de los sindicatos actúan bajo las órdenes directas de la burguesía, que pretende destruir una a una todas las secciones de la clase obrera. Al mismo tiempo intenta, con los más refinados trucos, engañar y confundir a la clase trabajadora... En realidad, los reformistas están dispuestos a ayudar a toda costa a la burguesía a restaurar el mundo capitalista a expensas de la clase trabajadora, y con este objeto necesitan dividir a los sindicatos y al movimiento obrero”<sup>115</sup>.

---

114 Crhisto Kabaktschieff, obra cit., pág. 93.

115 Jane Degras, obra cit., II, pág. 2.

La nueva táctica secesionista consistía en presentar condiciones de colaboración entre comunistas y socialdemócratas difícilmente aceptables para los jefes socialistas y hacerlos aparecer de esta manera como traidores y renegados ante las masas proletarias. Para decirlo con las palabras de Karl Radek: “En este tira y afloja de los partidos socialdemócratas y sus líderes, los trabajadores que les siguen aprenderán a comprender cada vez más claramente su política y se verán compelidos a reconocer cada vez más decididamente que sólo el comunismo puede ser la estrella polar de su lucha”<sup>116</sup>. Al mismo tiempo, la radicalización del lenguaje empleado contra los líderes socialdemócratas perseguía el objetivo de encubrir la capitulación revolucionaria que se produjo a partir del III Congreso de la Comintern. En rigor, los líderes de la IC –con Lenin a la cabeza– no hacían más que asumir las tesis antirrevolucionarias defendidas anteriormente por los jefes socialdemócratas. Que los comunistas no estaban dispuestos a reconocer este hecho era algo natural.

La consigna del frente único no fue acogida con demasiada unanimidad por las diversas secciones de la Comintern, especialmente en Francia, donde la primera reacción ante el radical cambio de táctica fue de hostilidad y desasosiego. Sobre el estado de ánimo existente en el seno del PC francés, Gérard Walter reporta: “Frossard, reelegido secretario

---

116 Karl Radek, Genua. Die Eintheitsfront, obra cit., pág. 76.

general, se hallaba perplejo. El asunto le parecía difícil. Apenas un año después de Tours era preciso pactar con quienes habían sido condenados al anatema, habían sido tratados de vendidos, de traidores, de agentes de la burguesía”<sup>117</sup>. En su reunión de 17 de enero de 1922, el CC del PC francés aprobó por unanimidad (con la abstención de un solo miembro) una resolución rechazando la aplicación del frente único en Francia, decisión que fue corroborada más tarde en una reunión de federaciones locales. Pero en el pleno celebrado por el CE de la IC en Moscú a finales de febrero de 1922, la delegación francesa acordó someterse “por disciplina” a la decisión de la mayoría y aceptó las tesis del frente único, limitándose a leer una declaración (suscrita por la delegación española y la italiana) en la que se formulaban algunas reservas a la nueva táctica.

La penosa impresión producida por la consigna del frente único sobre el ala izquierda de la IC sería resumida más tarde en los siguientes términos por Maslow, uno de los izquierdistas máximos del PC alemán: “A mi modo de ver, en el III Congreso se han cometido errores tan mayúsculos que el congreso ha resultado más perjudicial que beneficioso para los partidos europeos. Esto reza desde luego para el PC alemán... En el III Congreso Mundial fue lanzado un ataque general contra las izquierdas rayano en lo ridículo; el camarada Trotsky descubrió incluso en el partido de

Frossard..., en el PC francés..., un grave “peligro izquierdista”. Por desgracia, el camarada Lenin cometió el mismo error... El congreso empujó hacia la derecha al partido alemán (lo mismo que al francés), desencadenando una grave y duradera crisis liquidacionista”<sup>118</sup>.

## **II. LA PROFINTERN Y EL PROBLEMA SINDICAL**

Coincidiendo con el III Congreso de la Comintern tuvo lugar en Moscú la fundación de la Internacional Sindical Roja (Profintern), acontecimiento en el que tomaron parte 200 delegados procedentes de los países más importantes del mundo.

Los cimientos de la Profintern habían sido establecidos ya en el verano de 1920, a raíz de celebrarse en Moscú el II Congreso de la Comintern. El proyecto de crear una Internacional Sindical paralela a la Internacional Comunista no fue comunicada a los delegados extranjeros asistentes al II Congreso de la IC hasta su llegada a Moscú. “Cuando a mí se me delegó para representar en el II Congreso de la III

---

118 Arcadio Maslow, *Die zwei Revolutionen des Jahres 1917*, en «Der deutsche Kommunismus. Dokumente», II, pág. 226, editado bajo la dirección de Hermann Weber, Colonia, Berlín, 1963.

Internacional a la Confederación Española –testimonia Pestaña–, ignorábamos todos, incluso las organizaciones políticas y sindicales ya adheridas a la III Internacional, que su comité dirigente tuviese la idea de crear un organismo aparte donde se agruparan las organizaciones sindicales. Podemos afirmar, en cambio, que al convocarse el congreso, en Moscú, ya tenían el propósito, que sólo comunicaron en el último momento. ¿Por qué esta ocultación?... Porque, vamos a ver, ¿no hubiera sido más práctico que simultáneamente a la convocatoria del congreso se hubiera anunciado la idea de constituir la IS? El anuncio hubiera dado lugar a que cada delegado llevase a Moscú el criterio y el pensamiento de su organización respectiva. Acaso fuese esto lo que no se quería”<sup>119</sup>.

Cuando los delegados extranjeros llegaron a Moscú fueron confrontados con un documento de carácter provisional elaborado y suscrito por las organizaciones sindicales de Rusia, Italia, Bulgaria, Yugoslavia y Georgia, en el que se defendían las tesis básicas del bolchevismo en materia sindical, esto es, subordinación total de los sindicatos a la lucha política. El documento se debía a la iniciativa de Lozovski, que dirigió la primera fase de las negociaciones entre bastidores. Los delegados sindicales fueron invitados a expresar su opinión y a presentar las enmiendas que estimasen oportunas. Desde el principio se formaron dos grupos: los partidarios de

---

119 Pestaña, Consideraciones y juicios, obra cit., pág. 14.

un sindicalismo revolucionario libre de toda tutela política y los que defendían la posición bolchevique. El grupo apolítico, que estaba en minoría, se hallaba representado sobre todo por Pestaña, Armando Borghi (secretario de la Unione Sindícale Italiana), el alemán Souchy (del Partido Obrero Independiente), la delegación de la IWW norteamericana y el inglés Taner, de los Comités de Fábrica de su país. Especialmente Pestaña hizo todo lo posible para que en el documento presentado por Lozovski se introdujeran algunas enmiendas destinadas a limar el espíritu exclusivamente bolchevique que lo inspiraba.

Pero todos los esfuerzos realizados por Ángel Pestaña y otros sindicalistas para hacer prevalecer su criterio iban a manifestarse como totalmente inútiles. Los planes que Lenin, Sinoviev, Trotsky y los demás líderes bolcheviques tenían sobre la Internacional Sindical Roja diferían en todos los puntos esenciales del “sindicalismo puro” defendido por la CNT y otros grupos sindicalistas menos importantes, y eran ellos los que detentaban la mayoría. El hombre “fuerte” designado por la Comintern para imponer el criterio bolchevique en el plano sindical fue Radek, que era un enemigo rabioso del sindicalismo autónomo. Lozovski y Tomski, los dos representantes máximos de los sindicatos rusos, se limitaban a cumplir una función de public relations entre los delegados reacios a aceptar la línea comunista ortodoxa. En realidad, las decisiones sobre la Profintern estaban ya tomadas antes de que se procediese a su preparación, en el

verano de 1920, y a su fundación formal al año siguiente. Los grupos divergentes no tenían otra alternativa que la de aceptar incondicionalmente las tesis bolcheviques o abandonar la Internacional Sindical Roja, en la que no había lugar para los debates académicos y las luchas de fracciones.

Mientras los grupos anarcosindicalistas y sindicalistas puros postulaban una independencia absoluta de la Profintern con respecto a la Comintern, los núcleos adictos a la línea de Moscú eran partidarios de establecer una estrecha conexión organizativa, ideológica y táctica entre ambas centrales. Ya en la primavera de 1920, Sinoviev afirmaba que “los sindicalistas rojos deben unirse a escala internacional y convertirse en una componente (sección) de la Internacional Comunista”<sup>16</sup>. Formalmente, la Profintern era un organismo autónomo, pero de facto ocupaba, con respecto a la Comintern, la misma posición que los sindicatos rusos frente al PC: la de un cuerpo auxiliar destinado a servir de “correa de transmisión” entre el CC del PC y la masa de trabajadores.

Otra de las cuestiones espinosas era la de las relaciones entre los sindicatos reformistas (dominadas fundamentalmente por la socialdemocracia) y los comunistas y obreros revolucionarios. Mientras los sectores anarcosindicalistas y ultraizquierdistas abogaban por la creación de organizaciones sindicales revolucionarias propias –del tipo de la CNT española o la ADA alemana–, los grupos comunistas ortodoxos eran partidarios de que los obreros revolucionarios permaneciesen en las viejas organizaciones



sindicales reformistas y formasen dentro de ellas células y fracciones con el objeto de minar su unidad y conquistarlas. En su folleto sobre el “izquierdismo”, Lenin había dedicado mucha atención a analizar este problema: “No actuar en los sindicatos reaccionarios equivale a abandonar a las masas obreras insuficientemente desarrolladas o atrasadas a la influencia de los líderes reaccionarios, de los agentes de la burguesía, de los aristócratas obreros o de los “obreros aburguesados”<sup>120</sup>. Por ello, aconsejaba Lenin más adelante, “es preciso... aceptar todos los sacrificios, valerse incluso – en caso necesario– de todas las estratagemas, de todas las astucias, recurrir a los expedientes, callar, ocultar la verdad con el solo fin de penetrar en los sindicatos, de permanecer en ellos y de llevar a cabo, cueste lo que cueste, la acción comunista”<sup>121</sup>. Lenin no hacía más que aplicar la técnica infiltrativa y conspirativa de las células al plano sindical, lo que era extraño a las tradiciones abiertas del sindicalismo occidental. En rigor, estos métodos no eran sólo maquiavélicos, sino que constituían una sublimación de las prácticas “diversionistas” empleadas por la policía zarista con el objeto de infiltrarse en las organizaciones obreras y desmoralizarlas.

A primera vista puede sorprender que los comunistas, in-

---

120 Lenin, *La maladie infantile du communisme*, obra cit., página 40.

121 *Ibid.*, pág. 42.

teresados en proceder, a nivel político, a una rigurosa y tajante línea divisoria entre ellos y los socialdemócratas, se opusieran, en el plano sindical, a que los obreros comunistas y revolucionarios formasen sus propias organizaciones y no ingresasen en las centrales socialdemócratas y reformistas. En realidad, con ello seguían una lógica evidente. Si Lenin defendía con todos los argumentos posibles la permanencia de los comunistas en los sindicatos tradicionales era porque sabía que los comunistas carecían de fuerza suficiente para poner en pie sindicatos poderosos y, por tanto, para evitar que se pusiera de manifiesto la poca influencia que el comunismo poseía entre la masa trabajadora europea.

La Profintern, nacida en el verano de 1921, fue un niño muerto desde el principio. Las organizaciones que permanecieron en ella carecían de fuerza representativa. Aunque los delegados anarcosindicalistas presentes en el congreso fundacional respetaron de momento las decisiones del mismo –todas favorables a la línea bolchevique–, en el curso de los meses siguientes rompieron oficialmente con la Profintern y fundaron en Berlín, en diciembre de 1922, su propia organización bajo el nombre de Asociación Internacional de Trabajadores, de vida todavía más precaria que la Profintern.

### **III. MUSSOLINI Y LOS COMUNISTAS ITALIANOS**

Al mismo tiempo que Lenin y los dirigentes de la III Internacional anunciaban su fe inquebrantable en la inevitabilidad de una revolución en Italia, había empezado a cristalizar en este país un movimiento destinado a jugar un nefasto y decisivo papel en los destinos de Europa: el fascismo.

El surgimiento del fascismo italiano se inició con un golpe de teatro: a fines de 1919, Gabriele d'Annunzio, un literato influenciado por el hegeliano Giovanni Gentile, ocupó militarmente, con ayuda de un puñado de oficiales y soldados, la ciudad de Fiume, que había sido adjudicada a Yugoslavia por el Tratado de Versalles. Este preludio fascista duró desde el 12 de diciembre de 1919 hasta las navidades de 1920. Pero lo que en Fiume había comenzado como una aventura adornada de retórica y ampulosidad, había de adquirir pronto un giro más dramático y sangriento.

El hombre destinado a dar una dirección específicamente fascista al descontento y al caos existentes en la Italia de postguerra era Benito Mussolini, un “declasé” que gracias a su talento oratorio y su innata capacidad maniobrera había logrado alcanzar una importante posición en el movimiento socialista italiano. Antes de ingresar en el Partido Socialista, Mussolini había sido influenciado por las ideas anarquistas, especialmente por Georges Sorel, el teórico de la violencia, a quien Mussolini había estudiado con gran celo en la cárcel de Forlì.

En 1912 Mussolini fue nombrado director de *Avanti*, el órgano central del Partido Socialista. Poco después de estallada la I Guerra Mundial, Mussolini exigió una revisión de la política neutralista–pacifista defendida por su partido.

El directorio del PS, reunido el 19 de octubre de 1914 en Bologna, rechazó unánimemente la posición de Mussolini, que fue destituido de su cargo como director de *Avanti*. Ese mismo día había aparecido en el órgano del PS un artículo titulado “La neutralidad armada”, en el que Mussolini se colocaba en una línea abiertamente anti–internacionalista opuesta a las tradiciones del Partido Socialista. Angélica Balabanova, que se dirigía hacia Bologna en el mismo tren que Mussolini, le dijo: “Cuando se escribe algo así, o bien se encierra uno en el manicomio o saca las consecuencias y se va al frente; en el partido no hay sitio para semejante estupidez”<sup>122</sup>

En la reunión del comité directivo, todos sus miembros tomaron posición contra Mussolini. Finalmente, Serrati tomó la palabra para decir: “Después de lo que hemos leído hoy en *Avanti*, no necesitamos perder más tiempo... Mussolini no puede seguir siendo ni un momento más director de nuestro órgano central”<sup>123</sup>. Una semana después Mussolini era expulsado del partido, y un mes más tarde

---

122 Angélica Balabanoff, *Erinnerungen und Erlébnisse*, obra cit., página 91.

123 *Ibid.*, pág. 92.

fundaba, con dinero francés, el periódico *Popolo d'Italia*, que se convirtió en un portavoz del intervencionismo italiano en la guerra europea.

Tras su expulsión del Partido Socialista, la actitud de Mussolini fue decantándose cada vez más hacia la derecha. Mussolini compartía, con d'Annunzio, el gusto por la retórica grandilocuente, pero sus ambiciones eran menos estéticas: el 23 de marzo de 1919 fundaba en Milán el Movimiento Fascista y ordenaba a sus “camisas negras”: “golpear sin piedad”. En el curso de 1920, el fascismo adquirió un peligroso desarrollo. Las “squadri d'azione”, pequeñas en número pero motorizadas y armadas hasta los dientes, empezaron a aterrorizar a los líderes y dirigentes de la izquierda. Su método básico consistía en las “expediciones de castigo”. Esta técnica de terror difería de la violencia proletaria predicada por Sorel, era, en realidad, una aplicación de los procedimientos de la Mafia a escala política. Pero lo que al principio tenía carácter de banda, de “gang”, pasó a convertirse muy pronto en un movimiento de masas. En las elecciones de mayo de 1921, los fascistas obtuvieron 35 mandatos parlamentarios, más del doble que los comunistas, que sólo lograron 15. En el congreso fascista celebrado en Roma en noviembre de 1921 los delegados, asistentes representaban a 2.200 “fasci” con un total de 320.000 miembros.

El fenómeno del fascismo constituía un cuerpo extraño en

la estrategia de Lenin y demás líderes comunistas, demasiado pendientes de la polaridad burguesía–proletariado o capitalismo–comunismo. Ello explica que la aparición de los comandos de terror mussolinianos no fuera al principio comprendida del todo por la mayoría de comunistas, que seguían creyendo que el enemigo principal de la clase obrera era la socialdemocracia. Presos de su doctrinarismo, los dirigentes comunistas italianos se negaron al principio a formar un frente común con los socialdemócratas, los sindicatos y otras fuerzas democráticas con el objeto de combatir el creciente terror fascista. Su error era doble: de un lado sobreestimaban sus propias fuerzas y del otro, subestimaban las del enemigo. Bordiga, el líder del PC italiano, defendió la misma tesis funesta que más tarde adoptarían Stalin y los comunistas alemanes: que el fascismo era una simple variante del capitalismo y no se diferenciaba esencialmente de la democracia burguesa. Cuando a principios de 1921 los socialistas, anarquistas y otros grupos democráticos fundaron la organización antifascista “Arditi del Popolo”, Bordiga se negó a aceptar el ingreso del PC en ella; todavía más: Bordiga amenazó con expulsar del PCI a todo afiliado que no siguiera sus instrucciones. La misma actitud adoptó Bordiga con respecto a la “Alleanza del Lavoro”, una organización puesta en pie por los sindicatos con el fin de combatir el fascismo por medio de la violencia. Para los comunistas –decía Bordiga– era más importante la labor de escisión dentro del movimiento socialista que la autoprotección frente a las bandas fascistas. En un discurso

pronunciado por Bordiga en el IV Congreso de la Comintern (noviembre de 1922) sobre el fascismo y la marcha de Mussolini sobre Roma, el jefe del comunismo italiano llegó a la sorprendente conclusión de que “a pesar de todo hay que decir que los últimos acontecimientos no son tan trágicos como piensan muchos. El significado del golpe de Estado no debe ser sobreestimado”<sup>124</sup>.

Hubo, naturalmente, otros líderes comunistas italianos – como, por ejemplo, Gramsci– que no compartían el punto de vista sectario de Bordiga y postulaban la formación de un bloque antifascista compuesto de todas las fuerzas democráticas. Gramsci y sus amigos pudieron más tarde hacer prevalecer su opinión, pero ello ocurrió demasiado tarde y cuando la Comintern se había visto obligada ella misma –por otras razones– a abandonar su teoría sobre la guerra sin cuartel contra la socialdemocracia. El IV Congreso de la IC, impresionado al fin por la pujanza del movimiento mussoliniano, recomendó de pronto una fusión del PC y el PS, así como la formación de un frente único del movimiento obrero con el objeto de combatir más eficazmente el fascismo. Pero ya en su pleno de 23 de junio de 1923, el CE de la IC se vio obligado a admitir el fracaso de este plan. Sin dejar de lanzar los estereotipados reproches al ala derecha de la socialdemocracia, el CE reconoció que el frente único había fracasado en parte por culpa de los errores del CC del

PC italiano. Esta crítica iba dirigida sobre todo al sectarismo de Bordiga. Ya en el IV Congreso de la IC, Sinoviev, aludiendo a la conducta de Bordiga, había dicho con sarcasmo: “Si nuestros compañeros italianos, los comunistas, quieren ser un partido pequeño y puro, les puedo decir que un partido de estas características encuentra muy fácilmente sitio en la cárcel”<sup>125</sup>. Incluso el acomodaticio Palmiro Togliatti, se vería obligado a confesar, retrospectivamente: “Por lo que atañe a este período, no se puede afirmar que la orientación y la acción del PC fundado poco antes, fuesen correctos”<sup>126</sup>.

No se puede, naturalmente, hacer responsable a Lenin del ascenso del fascismo italiano, pero indirectamente, su fanática labor escisionista anterior dentro del movimiento socialista italiano favoreció su avance.

#### **IV. CONFERENCIA DE LAS TRES INTERNACIONALES: UN ESPECTACULO BOCHORNOSO**

Uno de los más celosos partidarios del frente único con los socialdemócratas era Karl Radek, que en este período se contaba entre los grandes admiradores de Trotsky. El líder

---

125 Imprekorr, 30 noviembre 1922.

126 Palmiro Togliatti, *Le parti communiste italien*, obra cit., página 58.



bolchevique, que viajaba continuamente de Berlín a Moscú, tenía particular interés en dar forma práctica a la consigna del frente único lanzada por el III Congreso de la Comintern. Con este objeto, apoyaba el ala derecha del PC alemán, dirigida por Brandler y Thalheimer. Siguiendo los consejos de Radek, Brandler convenció al socialista austríaco Fritz Adler para que convocase una conferencia tripartita de las Internacionales: la Segunda, la Tercera y la Dos y Media de Viena.

Tras una serie de sondeos y tomas de contacto previas, Adler y sus compañeros de la Internacional “dos y media lograron, en efecto, convencer a los dirigentes de la II Internacional para que se aviniesen a tomar asiento en una misma mesa con las representantes de la Comintern. Las delegaciones de las tres Internacionales se reunieron en el Reichstag de Berlín a principios de abril de 1922. El objetivo básico del encuentro tripartito era el de elaborar una plataforma táctica que posibilitase una lucha conjunta contra el capitalismo. Era la primera vez, desde julio de 1914, que representantes de todo el movimiento socialista europeo se reunían para dialogar entre sí. La Comintern estaba representada por Radek, Clara Zetkin, Bujarin, Frossard, Rosmer y otros exponentes de la derecha; en nombre de la II Internacional acudieron Emile Vandervelde y Camilo Huysmans (ambos belgas), Ramsay MacDonald, el menchevique Tsere-telli y otros conocidos reformistas. La Internacional de Viena estaba representada, entre otros, por Fritz Adler, Otto Bauer, Paul Faure, Jean Linguet, Martov, etc.

La conferencia, que fue seguida con gran expectación por la opinión pública mundial, se convirtió en uno de los más bochornosos espectáculos en la historia del movimiento obrero internacional. El abismo infranqueable que separaba a la II Internacional y a la Dos y Media de la Comintern, quedó puesto de manifiesto apenas Vandervelde hubo tomado la palabra. El socialista belga acusó a la Comintern de predicar, de una parte la unificación de la clase obrera y, al mismo tiempo, de proclamar también abiertamente que el objetivo del frente único era el de minar y envenenar a las otras Internacionales. Con una lógica implacable y mordaz, Vandervelde exclamó: “Nosotros somos socialtraidores, social-patriotas; somos amarillos, apoyamos a la burguesía. Sinoviev acaba de decir incluso que yo he cometido crímenes; y a despecho de ello ustedes consideran que sería útil reunirse con nosotros en una conferencia”<sup>127</sup>. Como condición previa para una ulterior colaboración entre las tres Internacionales, Vanderverle exigió, en nombre de la Ejecutiva de la II Internacional, que la Comintern o el gobierno ruso se comprometieran a: 1) conceder la autonomía a los pueblos de Georgia, Armenia y Ucrania, ocupados militarmente por las tropas bolcheviques; 2) garantizar que los social-revolucionarios detenidos por el gobierno bolchevique fuesen juzgados de acuerdo con prácticas judiciales democráticas y socialistas; 3) que la

---

127 Second and Third Intenartionals and the Vienna Union, Official Report of the Conference, pág. 24, Londres, 1922.

Comintern renunciase a utilizar la cooperación entre las tres Internacionales para realizar una labor destructiva dentro de ellas.

Acudiendo en apoyo de la II Internacional, Paul Faure, de la Internacional de Viena, declaró: “La Ejecutiva de la IUSP subraya que en la Unión Soviética y bajo la dictadura del PC, las masas obreras son privadas de todos los derechos políticos y de la libertad sindical; de que los partidos socialistas son perseguidos con medios de terror y privados de toda posibilidad de existencia; y que la república socialista de Georgia ha sido desposeída de su derecho de autodeterminación por medio de la ocupación militar”<sup>128</sup>.

Radek, en nombre de la Comintern, intentó defenderse de las acusaciones lanzadas por Vandervelde y Faure recurriendo a la técnica del contraataque. Para ello pasó lista a los delitos políticos cometidos en el pasado por sus propios acusadores. Aunque algunos de los reproches formulados contra la II Internacional y la Internacional de Viena estaban plenamente justificados, su argumentación se apoyó, en gran parte, en infundios y tergiversaciones. Así, por ejemplo, Radek no vaciló en hacer responsable a la socialdemocracia alemana del asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, lo que históricamente era falso.

Ramsay MacDonald, el futuro jefe del gobierno británico,

se solidarizó en lo esencial con la argumentación de sus compañeros de la II Internacional y de la Internacional dos y media, aunque valiéndose de un tono más moderado que Vandervelde. En nombre de la Internacional de Viena exigió también como condición previa para una cooperación entre las Internacionales, que Rusia renunciase a la táctica de formar células secretas, que pusiese en libertad a los social-revolucionarios acusados de delitos políticos y que concediese a la República de Georgia la oportunidad de elegir por sí misma un gobierno soberano.

Serati, el delegado italiano, que asistía a la conferencia como invitado especial, pronunció un discurso que perseguía el fin de limar asperezas y posibilitar una marcha en común de las tres Internacionales. Su argumentación, de todos modos, fue claramente pro-Comintern y prosoviética. La intervención de Otto Bauer, delegado de la Internacional de Viena, constituyó un intento de mediación entre las posiciones de Vandervelde y de Radek.

En su segunda intervención, Radek volvió a contrarrestar las acusaciones de los delegados socialdemócratas con la misma técnica del ataque, preguntando que derecho tenía MacDonald de exigir de la Unión Soviética la protección de Georgia cuando el imperialismo inglés oprimía a pueblos como Egipto y la India.

A pesar de que el tempestuoso desarrollo de la conferencia no dejaba suponer que se pudiese llegar a un

acuerdo final, los delegados de las tres Internacionales acabaron por establecer un compromiso. En un comunicado final se anunció la creación de un comité de organización compuesto de nueve personas y encargado de estudiar la posibilidad de celebrar conferencias conjuntas de las tres Internacionales y de preparar una acción conjunta. El compromiso de última hora pudo obtenerse porque Radek y los delegados de la Comintern aceptaron las condiciones previas exigidas como garantía por la II Internacional y la Internacional de Viena. La IC se comprometía a no dictar ninguna pena de muerte contra los 47 social-revolucionarios pendientes de juicio y a dar a los representantes de la II Internacional y de la Internacional de Viena toda clase de facilidades para que asistiesen al proceso e informasen a sus secciones sobre el desarrollo del mismo. Asimismo, la Comintern accedía a que se nombrasen comisiones con el objeto de examinar el problema de Georgia. Además, se acordó organizar, para el 20 de abril o, en su defecto, para el 1 de mayo, manifestaciones de protesta en todos los países contra la Conferencia de Génova, con la “máxima unidad posible”.

Apenas terminada la conferencia de Berlín, Lenin reaccionó ásperamente en un artículo aparecido en la *Pravda* el 11 de abril de 1922, tachando de agentes de la burguesía a los representantes de la Internacional de Londres y de Viena y protestando contra las condiciones impuestas por ambas a la III Internacional y a la Unión Soviética. Con ello Lenin

desautorizaba a Radek y dejaba entrever que no pensaba ceñirse a los acuerdos de la conferencia internacionalista tripartita. En contra de lo establecido en Berlín, durante la manifestación del 1 de mayo los comunistas exhibieron pancartas con la inscripción de “Muerte a la burguesía y a la socialdemocracia”. Al mismo tiempo, la prensa soviética desencadenó una campaña a favor de la pena de muerte contra los 47 social-revolucionarios detenidos, que efectivamente fueron condenados a la pena capital. Trotsky, que temía repercusiones serias, logró convencer a Lenin de la necesidad de renunciar a la ejecución de los acusados. “De parte del tribunal –escribe Trotsky– una condena a muerte era inevitable, pero la ejecución hubiera desencadenado fatalmente una ola de represalias. Limitarse a penas de cárcel, incluso de muchos años, hubiese consistido simplemente en envalentonar a los terroristas, que no creían en absoluto en la duración del poder soviético. No quedaba otra salida que la de hacer depender la ejecución de la sentencia de la conducta del Partido Socialista Revolucionario, según prosiguiese o abandonase la lucha con tales métodos. En una palabra, los líderes del partido se convertirían en rehenes. Mi primera entrevista con Lenin, después de su curación, tuvo lugar precisamente durante el proceso de los social-revolucionarios. Lenin adoptó inmediatamente y con alivio la solución que yo proponía”<sup>129</sup>. Clara Zetkin y otros comunistas eran también partidarios de que el gobierno

---

129 Trotsky, *Ma vie*, pág. 547, Gallimard, 1953.

soviético mostrase magnanimidad con respecto a los acusados. El gobierno soviético no negó el visado de entrada a los abogados designados por las dos Internacionales socialistas para defender a los social-revolucionarios, pero el CE de la IC desencadenó una campaña de difamación contra ellos. Su tono era tan virulento que temiendo por su seguridad personal, los abogados tuvieron que abandonar Rusia antes de que terminase la causa.

El 23 de mayo de 1922 se reunió en Berlín la comisión de los nueve nombrada tres semanas antes durante la conferencia tripartita. En dicha reunión, los representantes de la Internacional de Londres y de Viena acusaron a la Internacional de Moscú de haber violado los acuerdos de la conferencia de Berlín. Radek acusó, por su parte a las dos Internacionales socialistas de haber boicoteado la celebración de un congreso común durante la Conferencia de Génova. Radek exigió en forma ultimativa la convocatoria inmediata de un congreso mundial, exigencia que fue rechazada por las Internacionales socialistas con el argumento de que para ello no se daban las condiciones adecuadas. Radek, entonces, depuso su mandato como miembro de la Comisión de los Nueve. Al día siguiente, la Comintern publicó en Moscú una declaración acusando a las dos Internacionales socialistas de haber destruido la Comisión tripartita.

La realidad era, sin embargo, muy distinta. Si la Unión Soviética había tenido interés en sentarse en una mesa con

los delegados de la Internacional de Londres y de Viena era porque con ello quería ejercer presión sobre las delegaciones de las potencias capitalistas que habían de reunirse en Génova para discutir el problema de las reparaciones de guerra. Una vez firmado el Tratado de Rapallo entre Moscú y Berlín, el frente único con las dos Internacionales socialistas carecía de interés para la Comintern.

## **V. EL TRATADO DE RAPALLO. LOS CONTACTOS DE LENIN CON EL ESTADO MAYOR ALEMAN. KARL RADEK**

El giro a la derecha consumado en el curso del III Congreso de la Comintern a instancias de Lenin y Trotsky, desembocó pronto a un primer éxito para la política exterior soviética: la firma del Tratado de Rapallo entre Rusia y Alemania, el 16 de abril de 1922. Con la misma naturalidad que Lenin había pugnado quince meses antes por derrocar a la república burguesa alemana, estableció ahora con ésta un pacto destinado a consolidar profundamente los intereses del militarismo y el capitalismo alemanes.

La intención de Lenin no era naturalmente la de servir los intereses de la burguesía y del militarismo prusiano. El tratado de Rapallo significaba un acto de sobriedad tras el



trauma revolucionario de la etapa anterior, un regreso a las técnicas clásicas de la diplomacia secreta y de la Realpolitik. Lo que Lenin buscaba era obtener una tregua para el régimen bolchevique. Su pragmatismo le había empujado más de una vez en el pasado a echar por la borda posiciones teóricas defendidas con toda energía y a adoptar de pronto actitudes tácticas totalmente nuevas. Ello había ocurrido en abril de 1917, en la Paz de Brest–Litovsk, en la Nueva Política Económica y en el Décimo Congreso del Partido bolchevique. Si en abril de 1917, Lenin, en medio del estupor de sus seguidores, había asumido de pronto las tesis trotskistas sobre la revolución permanente después de haberlas combatido con toda virulencia durante años, ¿por qué no podía ahora buscar repentinamente un *modus vivendi* con estados burgueses que poco antes había intentado derrocar a través de la revolución? Que esta decisión se hallaba en clara contradicción con el espíritu de la III Internacional y del comunismo revolucionario, era por supuesto algo que importaba poco a Lenin. Ciertamente él era un apóstol de la revolución mundial, pero su fe mesiánica había pasado por la escuela de Maquiavelo. Su pensamiento no fue nunca definitivamente doctrinario; las decisiones tomadas por él obedecían siempre a motivos tácticos, nunca a consideraciones morales o pragmáticas.

La trascendencia del tratado de Rapallo rebasaba la mera normalización de relaciones diplomáticas, políticas y económicas entre dos Estados. A través de un convenio secreto

firmado posteriormente, Rusia se comprometía a fabricar y probar en territorio propio una serie de armas que Alemania, ligada por el Tratado de Versailles, no podía poseer. Entre las armas que Alemania no podía producir se hallaban la artillería pesada, tanques de gran calibre, aviones militares y gases. Gracias al convenio secreto que siguió al Tratado de Rapallo, el gobierno del Reich obtenía la posibilidad de boicotear el Tratado de Versailles y de proseguir su producción de armamentos en territorio soviético. Moscú concedió también a Berlín el derecho a realizar maniobras militares en Rusia y cursos de capacitación para sus mandos y oficiales. El Tratado de Rapallo era, en realidad, un pacto militar de gran alcance.

El pacto de Rapallo no hubiera podido ser firmado si Lenin no hubiese mantenido anteriormente contactos más o menos secretos con el Reich a través de sus agentes y emisarios. Las relaciones entre Lenin y el gobierno alemán databan desde la I Guerra Mundial. En 1915 ya, Lenin había mantenido contactos con el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania a través de Alejandro Helphand (Parvus), una de las figuras más dudosas del marxismo de principios de siglo. Durante la Guerra de los Balcanes, Parvus acumuló una gran fortuna con el contrabando de armas y el espionaje. En 1914 volvió a ganar dinero con negocios turbios de toda clase. Fue en este período que Lenin le utilizó para mantener sus contactos con el gobierno alemán. Alemania

estaba interesada, por diversos motivos, en un desmoronamiento del imperio zarista y veía en el Partido Bolchevique un instrumento de agitación que podía eventualmente facilitar sus planes de dominio. Los estrategas alemanes partían del supuesto de que una revolución rusa conduciría a un derrocamiento o debilitación de la dinastía de los Romanof y a una desintegración de la capacidad defensiva de los ejércitos rusos, lo que a su vez traería un alivio para el frente alemán del Este. Eso explica que el gobierno de Berlín, al estallar la revolución de febrero de 1917 en Rusia, pusiera en seguida un tren blindado a disposición de Lenin para que éste pudiese regresar a su patria junto con 33 correligionarios suyos. En los meses situados entre febrero y octubre de 1917, el general Ludendorf apoyó con grandes sumas de dinero a los bolcheviques. El apoyo financiero al Partido Bolchevique ruso fue confirmado, entre otros, por Richard von Kühlmann, entonces secretario de Estado en la Wilhelmstrasse de Berlín. En un informe privado dirigido el 3 de diciembre de 1917 a Guillermo II, con Kühlmann escribía: “Sólo los medios recibidos por los bolcheviques de nosotros a través de canales diplomáticos y bajo etiquetas distintas les ha permitido transformar su órgano central *Pravda*, realizar una activa agitación y ampliar la base de su partido, que inicialmente era muy débil”<sup>130</sup>. La tendencia rusa a la

---

130 Véase, del autor, Alemania, madrina de Rusia, en «Índice», números 272–273, julio 1970.

conspiración y a la política de doble juego, encarnada entonces en Lenin, fue proseguida a gran escala tras la toma de poder bolchevique en octubre de 1917. Parvus anota: “Los representantes bolcheviques estuvieron más de un año en Berlín y conspiraban con el gobierno de los Hohenzollern, al mismo tiempo que conspiraban contra ese gobierno; izaban la bandera para celebrar la Fiesta del Primero de Mayo y la izaban con motivo de celebrarse el cumpleaños del Kaiser; celebraban banquetes con consejeros privados prusianos, fraternizaban con banqueros alemanes que aportaban a la vez dinero para desencadenar una revolución... Como en Alemania, el bolchevismo conspiraba e intrigaba en todas partes”<sup>131</sup>.

Más tarde, Alemania impuso de todos modos a Rusia la paz ignominiosa de Brest–Litovsk, que Lenin, en contra de Bujarin y el ala izquierda bolchevique, favorecía a toda costa. A pesar de las diferencias entre el gobierno alemán y la Unión Soviética, Lenin no dejó de mantener contacto con representantes del gobierno alemán y, especialmente, de la Reichwehr. La firma del tratado de Rapallo no significó sino la culminación de una serie de sondeos realizados entre los agentes de Lenin y los núcleos de la Reichwehr que postulaban una alianza entre Alemania y Rusia. El general von Seeckt, creador de la Reichwehr (el Ejército republicano), era una de las personalidades militares inclinadas a una

---

131 Parvus, *Der Arbeitersozialismus und die Weltrevolution*, tomo, II, pág. 23, Berlín, 1919.

marcha en común entre Alemania y los bolcheviques. En noviembre de 1919, von Seeckt fue nombrado jefe de la Truppenamt del Ministerio de la Guerra, una oficina que ejercía, en forma camuflada, las funciones del antiguo Estado Mayor, prohibido por el Tratado de Versailles. El doble juego llevado a cabo por Lenin encajaba no solamente en su carácter pragmático y eficaz, sino también en su inclinación por los procedimientos conspirativos, rasgo que sus biógrafos han tendido a subestimar. Este interés de Lenin en llegar a toda costa a un acuerdo con Alemania – fuese la del Kaiser o la Alemania republicana– no perseguía el objeto de pactar definitivamente con los gobiernos de ese país, sino el de dar tiempo a Rusia para afianzarse y al proletariado alemán para desencadenar una revolución. Sólo ya por este motivo no es lícito sentar un paralelo entre la actitud de Lenin y los esfuerzos realizados por Stalin entre 1933 y 1941 para llegar a un acuerdo con Hitler.

El hombre que preparó la firma del tratado de Rapallo y la estrecha cooperación militar entre la Unión Soviética y Alemania fue Karl Radeck, el factótum de Lenin y de la Comintern en Alemania. Karl Radek se llamaba en realidad Karl Bernardovich Sobelsohn y era un polaco de origen judío–alemán nacido en Galizia en 1885. Antes de convertirse al comunismo, actuó en el Partido Socialista de Polonia. En 1908 abandonó su patria y se trasladó a Alemania, en donde, durante un largo período de tiempo, escribió para diversos periódicos socialdemócratas bajo el seudónimo de

“Parabellum”. Radek y Lenin entraron en contacto en Suiza, durante la Primera Guerra Mundial. Entre los 33 pasajeros que acompañaron a Lenin en el tren blindado se hallaba también Radek. A pesar de que el brillante periodista se convirtió en uno de los hombres de confianza de Lenin, se hallaba entre los partidarios de no aceptar la paz de Brest-Litovsk. Radek, que había apoyado a Bujarin, acabó de todos modos por aceptar finalmente el punto de vista de Lenin, de la misma manera que, años más tarde, tras haber figurado entre los más celosos defensores de Trotsky, acabaría pasándose al lado de Stalin.

En el momento de fundarse el Partido Comunista alemán, Radek se hallaba en Berlín. A principios de 1919 fue detenido y encarcelado por el gobierno socialdemócrata. Durante su estancia en la cárcel de Moabit, de Berlín, Radek prosiguió los contactos que había iniciado ya anteriormente con grupos del Ejército alemán interesados en establecer una alianza con la Unión Soviética. Ruth Fischer, testigo excepcional de estos acontecimientos, reportaría más tarde: “El año que Radek pasó en la cárcel no fue muy penoso. Inmediatamente después de su detención, el Estado Mayor (del Ejército) se interesó por su persona; Radek era un enlace demasiado valioso con el joven gobierno bolchevique como para que el Estado Mayor hubiese permitido que algún rabioso cabecilla del Freikorps lo eliminase, y fue dada la orden secreta de que no se le tocara. Radek obtuvo privilegios especiales en su celda, que estaban en crasa oposición con

el trato recibido por otros comunistas... Se le dio una celda particularmente espaciosa, en la que podía recibir visitas; tenía un secretario a su disposición y se le permitía incluso mantener contacto con el gobierno de Moscú. Su enlace exterior era Karl Moor<sup>132</sup>.

Gracias a Karl Moor<sup>133</sup>, en efecto, Radek mantenía desde su celda de Moabit contacto directo con la Bendlerstrasse (sede del Estado Mayor de la Reichwehr) y con altas personalidades de la industria, la política y las finanzas alemanas. Entre sus más asiduos visitantes se contaban el coronel Bauer (ayudante del general Ludendorff) y Félix Deutsch, amigo íntimo de Walter Rathenau y director general del consorcio AEG. Ruth Fischer, que acababa de llegar de Austria y estaba destinada a jugar un papel crucial en el comunismo alemán, podía visitar a Karl Radek tres veces por semana con un pasaporte falso extendido por la propia Reichwehr.

Después de ser puesto en libertad, Radek regresó a Moscú

---

132 Ruth Fischer, *Stalin und der deutsche Kommunismus*, página 251, Francfort, 1949.

133 Bajo el seudónimo de Karl Moor (tomado de *Los bandidos*, de Schiller) se escondía el hijo de un alto oficial austríaco que después de haber roto con su familia militó en la socialdemocracia europea. En el curso de sus actividades políticas, Karl Moor conoció a Lenin en Ginebra y le apoyó a menudo con su fortuna personal. Tras la Revolución de Octubre, Lenin confió a Karl Moor varias misiones confidenciales en el continente, convirtiéndose en uno de sus emisarios principales.

para informar a Lenin de sus contactos con el militarismo y la burguesía alemanes. Su plan de establecer una alianza entre el nacionalismo alemán y el comunismo ruso halló de momento poco apoyo por parte de Lenin y demás líderes bolcheviques, cuya preocupación básica era en esa fase la de desencadenar una revolución europea para salvar al régimen bolchevique. Pero tras el fracaso de la “Acción de marzo” en Alemania, el proyecto de Radek cobró súbita actualidad. En el invierno de 1921–1922 (es decir, entre la “acción de marzo” y la firma del tratado de Rapallo), Alemania y la Unión Soviética fundaron varias sociedades paraestatales conjuntas destinadas a fomentar y regular el intercambio comercial, técnico e industrial entre ambos países. Entre los organismos creados cabe citar a la Derutva, la Deruluft y la Derumetall. En el Archivo de Trotsky se conserva una nota de Lenin (escrita en enero de 1922), en la que se señalaba la importancia de establecer un acuerdo con la Krupp. El 12 de febrero de 1922, Radek se entrevistó personalmente con el general Seeckt con el objeto de solicitar la ayuda alemana para la industria rusa de armamentos y la capacitación de oficiales del Ejército Rojo. Antes ya, en enero del mismo año, Radek había tenido una entrevista con Walter Rathenau, que acababa de ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores de su país.

El tratado de Rapallo, firmado por el Comisario ruso de Asuntos Exteriores, Chicherin, y Walter Rathenau, en el mismo momento en que se estaba celebrando la Conferencia de



Génova sobre el problema de las reparaciones de guerra, produjo el efecto de un detonante. Rathenau mismo, que estaba muy lejos de ser prosoviético, había intentado antes en vano llegar a un acuerdo con las potencias de la Entente. Pero el Canciller Wirth y el barón Ago von Maltzan, ambos partidarios de un entendimiento con Moscú, lograron romper la resistencia de Rathenau. Las circunstancias que precedieron a la firma del Tratado de Rapallo son casi saines. En plena Conferencia de Génova, y pasada la medianoche del 16 de abril de 1922, Joffe llamó por teléfono a la delegación alemana para proponer la firma de un tratado bipartito al día siguiente en la vecina localidad de Rapallo. Poco después, los miembros de la delegación alemana se reunieron en pijama en el dormitorio de Rathenau para deliberar sobre la oferta rusa. Entre los delegados rusos se hallaban, entre otros, Radek, Litvinov, Joffe y Rakovsky. En las semanas que siguieron a la firma del tratado de Rapallo, el Estado Mayor Soviético y el mando de la Reichwehr concertaron y formalizaron un tratado secreto adicional de cooperación militar. Las negociaciones fueron dirigidas por el general Seeckt. La firma de este convenio secreto tuvo lugar a principios de agosto de 1922 en Moscú.

Dentro de Alemania mismo, el tratado secreto era desconocido del Parlamento y de la opinión pública. Informados estaban solamente el Canciller de la República, el ministro de Finanzas y algún miembro del Comité de Finanzas del Reichstag. Al principio, la Reichwehr ocultó incluso al

presidente de la República, Ebert (socialdemócrata), el tratado. Sólo cuando los generales se vieron obligados a requerir sumas de dinero para llevar a cabo sus planes de rearme decidieron informar a las altas esferas de la Ejecutiva. En el seno del movimiento comunista y de la izquierda alemana, la firma del tratado de Rapallo cayó como una ducha de agua fría. El KAPD (comunistas de izquierda) interpretó el pacto como una capitulación rusa ante la contrarrevolución alemana. Los ataques del KAPD reflejaban más o menos el estado de ánimo del militante comunista medio. Lo que Lenin y Trotsky realizaban para salvar al régimen ruso del aislamiento y de su estado de postración material –sacrificar los objetivos inmediatos de la revolución a los intereses específicos de Rusia– anticipaba en cierto modo, el “socialismo en un solo país” proclamado más tarde por Stalin. Dentro de Rusia, el tratado de Rapallo no fue acogido con entusiasmo por todos los líderes bolcheviques. Sinoniev, presidente de la Comintern, veía en él, con razón, un obstáculo para la acción revolucionaria en Alemania y una subordinación de la Comintern a los intereses de la Narkomindel, el Comisariado de Asuntos Exteriores, a cuyo frente se hallaba Chicherin<sup>134</sup>, un hombre absolutamente partidario de un entendimiento con Alemania.

---

134 El Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, conocido a veces por su acrónimo ruso Narkomindel o NKID, fue el nombre del Ministerio de Exteriores de la Unión Soviética.

## CAPÍTULO IV

### **I. EL IV CONGRESO DE LA COMINTERN. REFORMA DE LOS ESTATUTOS. HACIA LA RUSIFICACIÓN DEL COMUNISMO INTERNACIONAL**

El IV Congreso de la Comintern tuvo lugar en Moscú del 7 de noviembre al 3 de diciembre de 1922, con la asistencia de 340 delegados representando a 60 países y un coeficiente total de 1.920.549 afiliados. A pesar de este considerable volumen representativo, sobre el ánimo de los delegados se cernía la sombra de los serios reveses sufridos por la Internacional Comunista en los primeros cuatro años escasos de su existencia: el hundimiento de las revoluciones de Hungría y Baviera, la victoria de Pilsudski sobre el Ejército Rojo, el alzamiento de Cronstadt y la “acción de marzo”. Por añadidura, la socialdemocracia, lejos de haber quedado sepultada por la Internacional de Moscú, había superado la crisis de 1919–1921 y recobraba gran parte de su influencia.

Cuando Lenin tomó la palabra para dirigirse a los delegados, ignoraba que ésta era la última vez que aparecía ante el foro de la Comintern. El ataque de parálisis sufrido por el jefe bolchevique en mayo de 1922 le ataría pronto definitivamente al lecho de enfermo y le conduciría a la muerte.

El tratado de Rapallo, firmado medio año antes entre Moscú y Berlín, no formó parte de las discusiones del Congreso. Ello no fue ninguna casualidad: el acuerdo de Rapallo, que había sido acogido con hostilidad por la mayoría de los comunistas europeos, no encajaba en los objetivos revolucionarios que, por lo menos sobre el papel, seguía proclamando la III Internacional. Constituía en efecto una gran paradoja predicar, de una parte, la revolución mundial y, de otra, establecer estrechas alianzas con los Estados capitalistas teóricamente destinados a ser derrocados. A pesar de que en los discursos pronunciados en el IV Congreso no faltó el optimismo, los delegados no ignoraban que las perspectivas de la revolución se habían difuminado notablemente. De lo que se trataba era ahora de salvar y fortalecer a toda costa el único triunfo obtenido hasta entonces por el comunismo: la Revolución de Octubre. Frente a ese imperativo, los demás problemas aparecían ahora secundarios.

La misión de exponer las coordenadas esenciales de la nueva línea –primacía de Rusia sobre la revolución mundial– corrió a cargo de Bujarin. La firma de convenios militares

entre países capitalistas y un Estado proletario, considerada en el contexto de la estrategia mundial de la revolución, estaba plenamente justificada y no difería, cualitativamente, del establecimiento de convenios comerciales, dijo Bujarin. El patriotismo soviético y la defensa de Rusia no eran deberes limitados a los ciudadanos rusos, sino algo que incumbía al proletariado de todos los países. De la misma manera, los proletarios de los países capitalistas tenían la obligación de apoyar un bloque formado por Rusia y otros Estados burgueses y de contribuir a su victoria en el caso de que este bloque fuera agredido por un grupo de naciones enemigas. Con ello era arrinconada la teoría pacifista clásica del internacionalismo obrero y justificado el rearme de países burgueses situados en la esfera de intereses de la Unión Soviética. Las tesis de Bujarin, históricamente todavía vírgenes (con la excepción del tratado de Rapallo), serían llevadas a la práctica más tarde por Stalin, durante la fase del Frente Popular contra Hitler.

La intervención de Bujarin, aunque contenía elementos subjetivos, quizá no compartidos por otros delegados rusos, venía a sistematizar y corroborar los propios sentimientos de Sinoviev, Radek, Lenin y demás jefes bolcheviques. Los dos primeros no dejaron de deslizar frases de vacilación y escepticismo en sus respectivos discursos; en cuanto a Lenin, medio enfermo, se había dado cuenta de que los regímenes capitalistas que él había confiado en poder destruir tras la Primera Guerra Mundial, se habían recuperado de

nuevo. Lenin no podía tampoco pasar por alto que su estrategia de la escisión no había aportado los resultados apetecidos. Lo que la mayoría de la clase trabajadora europea quería no era una dictadura del proletariado inspirada en el modelo soviético, sino simplemente una mejora inmediata y concreta de su situación económica y social. Estas masas, más reformistas que revolucionarias, no podían ser el protagonista de una revolución a gran escala. Al final de su discurso, Lenin, resumiendo, la oculta resignación que le dominaba, exclamó, significativamente: “Lo más importante para el período que comienza ahora es aprender, aprender con objeto de comprender debidamente el contenido de la labor revolucionaria”<sup>135</sup>.

Como otras veces ya, la Comintern decidió ahora intentar corregir fracasos derivados de una situación objetiva, por medio de medidas organizativas y administrativas. La única deducción práctica que los dirigentes de la Internacional Comunista sacaron del período anterior fue la de que la organización de los partidos comunistas debía tener una estructura todavía más centralizada y rígida que hasta entonces.

No deja de ser irónico que en el Congreso en que Lenin tomó parte por última vez se sentasen las bases para una rusificación total de la Comintern. El aparato que más tarde

---

135 Protokoll des Vierten Kongresses der Kommunistischen Internationale, pág. 231, Hamburgo, 1922.

utilizaría Stalin para establecer su dictadura personal sobre la Comintern nació con la expresa bendición de Lenin.

La medida más importante tomada por los delegados del IV Congreso de la Internacional Comunista fue, en efecto, la reforma de los Estatutos. Los partidos miembros de la III Internacional fueron desposeídos de la potestad de enviar al Congreso Mundial delegados provistos de mandato imperativo. Ello significaba que los delegados de las diversas secciones quedaban sometidos a la influencia directa del Congreso y de las manipulaciones de entre bastidores. Asimismo, se prohibía a los partidos celebrar sus congresos nacionales antes de tener lugar el Congreso Mundial de la Comintern. El IV Congreso acordó además investir al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista del derecho de enviar emisarios provistos de plenos poderes a las diferentes secciones con el objeto de contrarrestar y anular eventuales focos de resistencia contra las directrices de Moscú. Todavía más: de acuerdo con los nuevos Estatutos, los miembros del Politburó de los respectivos partidos no tenían el derecho a presentar su dimisión sin la autorización previa del Comité Ejecutivo de la Comintern. Y, finalmente: los miembros del CE de la IC, que hasta entonces habían sido designados por los partidos, debían ser ahora elegidos por los delegados asistentes al Congreso Mundial.

En la práctica, esas medidas significaban la dictadura del Presidium del CE sobre la totalidad del movimiento comu-

nista mundial. Teniendo en cuenta que la composición concreta del Presidium podía ser condicionada en gran manera por los rusos, existen razones para afirmar que la Comintern venía a convertirse, de facto, en una simple prolongación del Comité Central del Partido Comunista bolchevique.

De los ocho miembros elegidos en el Presidium, cuatro eran rusos o marionetas rusas: Sinoviev, Bujarin, Radek y Bela Kun. Los demás (Souvarine, Humbert–Droz, Fritz Heckert y Egidio Gennari), aparte de que en este momento eran fieles exponentes de la línea de Moscú, tenían designado el papel de figuras decorativas. ¡Y ello ocurría en una organización de la que formaban parte 60 partidos comunistas!

Para no dejar ningún cabo suelto, el IV Congreso acordó el establecimiento de un Buró de Organización (Org–Buró) compuesto de siete miembros, cuya finalidad era la de posibilitar el control directo de las secciones nacionales por parte de la Ejecutiva de la Internacional Comunista, como tendremos ocasión de comprobar en otra parte de este libro.

Esta reorganización de los Estatutos, que sería aprobada oficialmente en el V Congreso, significaba la bolchevización total de la Internacional Comunista y el cese de la autonomía de las diferentes secciones, ya de por sí muy limitada a causa de las 21 condiciones de ingreso aprobadas en el II Congreso. Orgullosa, Sinoviev resumió en su discurso de clausura:



“Todos los elementos federalistas que todavía subsistían en nuestra organización, han sido eliminados”<sup>136</sup>.

Siguiendo la línea táctica iniciada en el III Congreso, Lenin volvió a insistir sobre la necesidad de mantener la unidad de la clase obrera y de establecer un frente único entre los trabajadores comunistas y socialistas. Pero esta consigna, por su misma ambigüedad, se prestaba a toda clase de confusiones y desviacionismos. Su objetivo central seguía siendo el de sembrar la discordia entre las masas socialistas y sus jefes.

Impresionado por la Marcha de Roma de Musolini, el IV Congreso dedicó también atención a analizar el fenómeno del fascismo, que fue definido como la forma más extrema del dominio capitalista. Sinoviev, anticipando la actitud que adoptarían más tarde en Alemania Neumann y Remmele, interpretó el fascismo como una etapa hasta cierto punto inevitable en el proceso de la lucha de clases, que no hacía más que acelerar indirectamente el derrumbamiento del capitalismo y el triunfo de la revolución. Cuán peligroso era este enfoque iba a manifestarse diez años más tarde.

## **II. LA CRISIS DEL RUHR Y LA MASCARADA DE OCTUBRE EN ALEMANIA. FRATERNIZACIÓN ENTRE COMUNISTAS Y NAZIS. DUALIDAD TACTICA DE LA COMINTERN**

Pocas semanas después de que los estrategas de la Internacional Comunista habían decretado que Europa no estaba madura para la revolución, surgió en Alemania una situación político-social que hasta cierto punto desmentía las profecías del CE de la IC: la crisis del Ruhr.

El 11 de enero de 1923, la cuenca del Ruhr era ocupada militarmente por tropas francesas y belgas. Por medio de este acto de fuerza, Poincaré quería obligar a Alemania a cumplir los compromisos decretados por el tratado de Versailles con respecto a las reparaciones de guerra. La decisión del jefe de Estado francés despertó una ola de indignación entre la población alemana. Los trabajadores de la zona afectada ofrecieron resistencia activa y pasiva a través de huelgas, manifestaciones callejeras y trabajo lento. Entre las tropas de ocupación y las masas populares se produjeron sangrientos choques. Francia proclamó el estado de excepción sobre el territorio del Ruhr, estableció un cordón sanitario en torno al mismo y lo separó del resto del Reich.

Este conflicto no había podido ser, naturalmente, previsto ni por la Internacional Comunista ni por el Partido Comunista

alemán. La indignación y la amargura provocadas por la ocupación violenta del Ruhr –la región demográfica e industrialmente clave de Alemania– entre la población alemana, creó un clima político de alta tensión. El gobierno de Berlín se hallaba en un callejón sin salida. En el país reinaba el hambre, el paro y un profundo odio hacia Francia.

La actitud de la Comintern fue desde el primer momento ambigua. El 13 de enero –dos días después de la ocupación–, el gobierno ruso protestó oficialmente contra la decisión de Poincaré. El mismo día, las Ejecutivas de la Comintern y de la Profintern dirigían un llamamiento a los que ofreciesen resistencia a la burguesía francesa y a la burguesía alemana. El 16 de enero, la Comintern y la Profintern enviaron una carta abierta a la II Internacional, a la Internacional de Viena y a la Internacional Sindical de Ámsterdam proponiendo una huelga general común para el 31 de enero. La duración de la huelga tenía que ser determinada el día 21 en una reunión conjunta de las cinco organizaciones.

Al mismo tiempo, el Partido Comunista francés recibió instrucciones para desencadenar una campaña antiocupacionista entre la población francesa y las tropas estacionadas en el Ruhr.

El periódico *L'Humanité* empezó a publicar titulares agresivos contra la política del Quai d'Orsay, a la vez que el Partido Comunista ponía en movimiento su aparato Agitprop. El gobierno francés reaccionó deteniendo a los

líderes y agitadores comunistas más incómodos. Pero la campaña de protesta contra la ocupación del Ruhr transcurrió en medio de la indiferencia general de la población francesa, que, cinco años antes, había sido víctima ella misma de la ocupación alemana.

A pesar de este intento aparente de movilizar a los trabajadores europeos contra la burguesía franco-alemana, Moscú no tenía ningún interés en crear problemas al gabinete ministerial alemán presidido por Kuno, que representaba los intereses de la gran industria. El objetivo de la Comintern no era el de aprovechar la situación existente para provocar un levantamiento revolucionario contra las tropas franco-belgas y contra la burguesía alemana, sino, al contrario, apoyar al gobierno y la burguesía alemana contra la intervención y salvar de esta manera la alianza entre Berlín y Moscú surgida con motivo del Tratado de Rapallo. Pero como que la Comintern, por motivos obvios, no estaba en condiciones de declararse abiertamente contra la psicosis insurreccional existente entre los trabajadores alemanes y la izquierda del Partido Comunista alemán, se vio obligada a hacer ciertas concesiones verbales y declamatorias, entre las que figuraban las notas de protesta del gobierno soviético y los llamamientos del CE de la IC.

El 4 de febrero, el KPD convocó en Essen una conferencia de los jurados de empresa de la industria del carbón y del acero. Los delegados se pronunciaron por una retirada de las

tropas de ocupación, por la formación de un gobierno de trabajadores en Alemania, por el armamento de los obreros y por una alianza entre Alemania y Rusia. El programa no podía ser más radical. Con motivo de la conferencia celebrada en Francfort el 17 y el 18 de marzo por representantes del Partido Comunista francés y el KPD, el CE de la IC envió a los delegados un mensaje en el que se tenía en cuenta la atmósfera explosiva reinante entre el proletariado alemán: “La clase trabajadora alemana sólo puede combatir con éxito el imperialismo si destruye a la burguesía alemana, si forma un gobierno de trabajadores y si establece una estrecha alianza con el proletariado internacional, en primer lugar con la Unión Soviética y el proletariado francés”<sup>137</sup>.

Mientras la Ejecutiva de Moscú adoptaba de cara a la galería este lenguaje radical, en el plano concreto y específico de la acción apoyaba entre bastidores al ala derecha del Partido Comunista alemán –dirigida por Brandler, Clara Zetkin y Thalheimer– y combatía al ala izquierda (Maslow, Ruth Fischer), que, a la inversa del ala derecha, postulaba una ocupación inmediata de las fábricas y centros de producción. En marzo, Clara Zetkin se pronunció, en nombre de la Comintern, contra “toda acción aventurera” en el Ruhr. Con el objeto de neutralizar el conflicto surgido dentro del Partido Comunista alemán entre la derecha y la izquierda, la Ejecutiva de la Internacional Comunista convocó para abril

una conferencia en Moscú. La derecha estuvo representada por Brandler y Böttcher; la izquierda, por Ruth Fischer, Maslow y Ernst Thälmann. El CE de la IC, por Sinoviev, Trotsky, Bujarin y Radek. En la conferencia fue tomada la decisión de no emprender –por lo menos por el momento– ninguna acción revolucionaria en el Ruhr. En una resolución aprobada el mismo mes de abril por el CE de la IC, se deslizaba, aunque cuidadosamente, un juicio positivo sobre la burguesía alemana, al reconocerse que en relación al capitalismo de la Entente, la burguesía alemana desempeñaba “un papel revolucionario desintegrador”<sup>138</sup>. Con ello, Moscú dejaba entrever con bastante claridad su interés de que el proletariado alemán no debía de momento rebelarse contra la burguesía de su país.

Lo que Moscú deseaba no era una revolución, sino una victoria de la nación alemana sobre Francia. Una rebelión abierta de las masas trabajadoras contra las tropas francesas de ocupación y, simultáneamente, contra la burguesía alemana (como quería el ala izquierda del KPD) hubiera dividido a la nación alemana y conducido probablemente a una guerra civil. Esta situación hubiera sido entonces aprovechada por Francia para someter a Alemania bajo su yugo. Una Alemania ocupada por Francia significaba el fin del Tratado de Rapallo y un peligro para la seguridad rusa.

Eso explica el interés de Moscú en apoyar toda acción o

actitud antifrancesa, viniese del campo que fuera, incluso del campo de la reacción. En efecto: la Comintern se solidarizó de pronto con toda manifestación de patriotismo. Radek propuso un pacto de unidad entre los comunistas y las fuerzas nacionalistas–fascistas contra “el capitalismo de la Europa occidental”. En un discurso pronunciado en junio de 1923 durante una reunión del CE de la IC, Radek calificó de “mártir” a Leo Schlageter, un terrorista nacionalsocialista ejecutado el 26 de mayo por los franceses por el delito de sabotaje. El discurso fue reproducido en las páginas de la *Rote Fahne* y elogiado por diversas personalidades nacionalistas y de extrema derecha. La actitud de Radek era apoyada por Ernst Thälmann, Ruth Fischer, Maslow y Sinoviev. Esta psicosis nacionalista condujo a una confraternización provisional entre los comunistas y nacionalsocialistas. La *Rote Fahne* llegó incluso a publicar artículos escritos por nacionalsocialistas. Los comunistas invitaban a los nacionalsocialistas a tomar parte en sus mítines y, viceversa, los nacionalsocialistas invitaban a los comunistas a los suyos. Fueron los nacionalsocialistas quienes pusieron fin a esta comedia vidriosa y oportunista. El 15 de agosto de 1923, la jefatura del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) prohibió a sus militantes todo contacto con los comunistas. El acercamiento entre la ultraderecha y la ultraizquierda alemanas había despertado cierta inquietud entre los comunistas franceses. Humbert–Droz, el delegado de la Internacional Comunista en Francia, escribía a Sinoviev el 6 de septiembre: “No cabe duda que la

táctica del partido alemán con respecto a los nacionalistas hace infinitamente más difícil la tarea del Partido Comunista francés y disminuye las simpatías de las masas obreras por la revolución alemana”<sup>139</sup>.

El acercamiento táctico entre comunistas y nacionalsozialistas, debido sobre todo a la iniciativa de Radek, no era naturalmente compartido por todos los líderes del Partido Comunista alemán. Clara Zetkin, por ejemplo, se daba perfectamente cuenta del carácter y del peligro fascistas, que era interpretado por ella como la consecuencia del proceso de disolución del capitalismo y de la sociedad burguesa, como un movimiento cuyos miembros procedían de la clase media empobrecida, de oficiales sin empleo y del Lumpenproletariat. Brandler, que era partidario de un frente común con la socialdemocracia y no con los nacionalistas de extrema derecha, convocó para el 29 de julio una “jornada antifascista”. Aprovechando que Sinoviev se hallaba de vacaciones, Radek logró convencer a los demás miembros del CE de la IC de que la “jornada antifascista” fuese prohibida, lo que tuvo lugar el 29 de julio. Al margen de su táctica oportunista en Alemania, los dirigentes de la Comintern habían comprendido en este momento perfectamente el significado del fascismo. En su pleno de 23 de junio de 1923, el CE aprobó una resolución recomendando a las distintas sec-

---

139 Humbert-Droz, *L’oeil de Moscou a Paris*, obra cit., pág. 193.



ciones de la Internacional Comunista que formasen unidades militares especiales con el objeto de combatir al fascismo con métodos frontales. El análisis sobre el fascismo que acompañaba a la resolución era en lo esencial correcto.

Poco antes de producirse la ruptura entre comunistas y nacionalsocialistas la crisis del Ruhr había tomado un giro inesperado. Cediendo a la exigencia de los trabajadores, el gobierno presidido por Kuno había presentado su dimisión el 12 de agosto. Berlín y otras ciudades del Reich se hallaban paralizadas por una serie de huelgas espontáneas. Como sucesor de Kuno fue designado Gustavo Stresseman, el líder del Partido Popular. Stresseman formó un gobierno de coalición con el propósito de buscar un compromiso con la Entente y poner fin a la grave crisis socioeconómica y política que atravesaba el país.

Durante el movimiento huelguístico surgido en agosto, los dirigentes del KPD y de la Comintern se habían pronunciado en contra de un asalto al poder por parte de la clase trabajadora. Stalin ante todo, que desde abril de 1922 ocupaba la Secretaría General del Partido Comunista ruso, se opuso enérgicamente a un levantamiento revolucionario. Sinoviev, que bajo la impresión de la ola de huelgas veía de pronto la posibilidad de una acción revolucionaria, fue frenado por su futuro asesino. Bujarin y Trotsky vacilaban.

Pero la constelación política alemana y europea había entrado, desde la toma de posesión de Stresseman, en una

fase cualitativamente distinta. Stressemann era prooccidental y estaba dispuesto a todo trance a buscar un *modus vivendi* con Francia e Inglaterra. Moscú interpretó la orientación política de Stressemann como un agudo peligro para la continuidad de la alianza ruso-alemana sellada en el tratado de Rapallo. Rusia temía –no sin razón– quedar aislada de nuevo y caer bajo la presión amenazante de un bloque capitalista occidental reforzado con la incorporación de Alemania. En Rusia volvió a surgir de pronto el espectro de una nueva intervención armada por parte de las grandes potencias europeas.

Como única solución a esta nueva coyuntura, los dirigentes rusos no vieron otra salida que la de una revolución en Alemania. El 23 de agosto, el Buró político del Partido Comunista ruso convocó una reunión y nombró una comisión constituida por Radek, Piatakov, Unschlicht y Schmidt, encargada de estudiar las posibilidades de un movimiento revolucionario en Alemania. Asimismo, fue convocada para septiembre una reunión en la que debían tomar parte dirigentes del Partido Comunista alemán y otros partidos europeos.

Pero mucho antes de que los líderes comunistas hubiesen llegado a Moscú, los rusos habían tomado ya la decisión de desencadenar a toda costa un levantamiento contra el gobierno de Stressemann. Cuando Brandler llegó a Moscú vio las calles llenas de letreros y pancartas saludando la inminente revolución alemana. Los preparativos del putsch

fueron asumidos personalmente por Trotsky y Sinoviev. Para comunicar con los comunistas alemanes, este último adoptó el seudónimo de “Grisha”. A mediados de septiembre salió para Alemania un grupo de expertos militares y políticos al mando del general Alexis Skoblevski, que penetró en territorio alemán con un pasaporte noruego falsificado. Una vez en Alemania, utilizó varios nombres supuestos; en Berlín se hacía llamar general “Wolf” o simplemente “Helmuth”; en Hamburgo, “Hermann”, y en Dresden, “Goresovsky”. Su nombre, dentro del Ejército Rojo, era de “Gorev”. La elección de Skoblevski no era causal; en 1921 había jugado un papel decisivo en los preparativos militares de la “Acción de marzo”. Como auxiliares de Gorev fueron despachados a Alemania Bujarin, Piatakov, Max Levine y otros destacados líderes bolcheviques.

La misión encomendada a Gorev–Skoblevski no era de naturaleza simplemente militar o insurreccional, sino más bien terrorista. Con el objeto de desmoralizar al Ejército y a la burguesía alemana y de crear un clima de desconcierto, Gorev proyectaba el asesinato del general von Seeckt, del industrial Hugo Stinnes y del consejero privado Félix Neumann. Pero los servicios de contraespionaje alemanes lograron detener al agente de la Comintern antes de que éste pudiera llevar a la práctica sus planes. Gorev fue condenado a muerte por los tribunales alemanes. Más tarde la GPU logró liberarlo de la cárcel.

Mientras en Alemania la policía secreta conseguía desbaratar los planes terroristas de Gorev–Skobleviski, los mandos de la Comintern y los delegados del Partido Comunista alemán decidieron, tras varias semanas de debates, poner en marcha el mecanismo de la insurrección. Como punto de partida para el levantamiento revolucionario fueron elegidas las regiones de Sajonia y Turingia, en las que se habían formado gobiernos socialdemócratas con la participación de los comunistas. A propuesta de Trotsky fue designado el 7 de noviembre como fecha de la insurrección.

Pero los comunistas no eran los únicos que proyectaban un derrocamiento del gobierno de Berlín. Mientras en Moscú Trotsky y Sinoviev forjaban sus planes insurreccionales, las fuerzas contrarrevolucionarias habían iniciado en Baviera una campaña contra el gobierno central del Reich. Baviera se encontraba, desde el 26 de septiembre, en estado de emergencia. El general von Lossov, comandante en jefe de la Reichwehr en la región bávara, se había solidarizado con la dictadura implantada en Baviera por Gustav von Kahr. En el norte de Baviera habían sido concentrados destacamentos del FreiKorps con el objeto de derribar a los gobiernos socialdemócratas–comunistas de Sajonia y Turingia. El objetivo final del movimiento nacional–fascista de Baviera era el de marchar sobre Berlín, destituir al gobierno del Reich y establecer en Alemania una dictadura de extrema derecha. Paralelo a este conflicto existía, además, la pugna entre el gobierno central de Berlín y los gobiernos

de Sajonia y Turingia, que se habían negado a disolver las “Centurias Rojas”<sup>140</sup>. El general von Seeckt, jefe de la Reichwehr, dio entonces orden a las tropas de marchar hacia las dos regiones y de destituir a sus gobiernos.

En una resolución tomada el 20 de octubre por unanimidad, el CC del PC alemán acordó proclamar la huelga general e iniciar el levantamiento armado. Los dirigentes comunistas decidieron no obstante esperar al Congreso de Jurados de Empresa, que había de tener lugar al día siguiente en Chemnitz. Cuando Brandler, siguiendo la consigna de Moscú y de su propio partido, propuso declarar la huelga general y el levantamiento armado de los trabajadores, tropezó con la hostilidad, la reserva y tibieza de la mayoría de los 400 delegados reunidos en Chemnitz. El clima revolucionario que había imperado en Alemania durante el mes de agosto, se hallaba ya en declive. Ernst Thälmann, que seguía preocupado desde su sitio los debates, decidió recurrir a una estratagema para desencadenar la revolución. Después de salir sigilosamente de la sala, comunicó a los emisarios de las distintas regiones que la conferencia había acordado proclamar el levantamiento armado. Brandler (que pertenecía al ala derecha del partido) se enteró más tarde de la maniobra de Thälmann y logró localizar todavía en la estación a los diversos emisarios. Sólo el correo de Hamburgo había partido ya. El intento de alcanzarle con una

---

140 Las «Centurias Rojas» (Rote Hundertschaften) eran una organización paramilitar de carácter antifascista, dominada por los comunistas.

motocicleta y de avisar a los dirigentes hamburgueses, fracasó.

Este incidente entre bastidores, que tiene todos los ingredientes de una ópera bufa, fue el causante del levantamiento comunista de Hamburgo contra el gobierno. La mascarada insurreccional se produjo en medio de la indiferencia total de los trabajadores y la población. En el putsch tomaron parte activa sólo unos 200 comunistas que, aislados y sin apoyo popular alguno, fueron fácilmente reducidos por las fuerzas de orden a los tres días.

Mientras en Hamburgo un puñado de comunistas luchaban contra las autoridades locales, el general Müller marchaba con sus tropas de la Reichwehr hacia Sajonia y destituía al gobierno presidido por el socialdemócrata Zeigner.

En Turingia ocurría lo mismo. El gobierno de Berlín nombró a dos comisarios para asumir los negocios ministeriales en tanto se aclarase la situación. Los miembros del Partido Socialdemócrata presentaron la dimisión; en noviembre, el Partido Comunista era declarado ilegal.

Tanto la Comintern como el KPD declararon oficialmente que los socialdemócratas eran los responsables del fracaso de la insurrección, pero en una carta dirigida al Partido Comunista alemán por el CE de la IC, los comunistas alemanes fueron criticados severamente. En la carta –escrita

con la aprobación expresa de Trotsky– el CE de la IC reprochó al KPD no haber llevado a cabo una sola acción revolucionaria y haber omitido la formación de soviets en Sajonia. “No, camaradas –se decía en el documento–, ésta no es la manera de preparar una revolución”<sup>141</sup>.

Esta crítica fue repetida el 19 de enero de 1924 en una Memoria publicada por el CE de la Comintern sobre los acontecimientos de octubre. Siguiendo su costumbre habitual, el CE de la IC eludió su propia responsabilidad declarando como culpable principal a la socialdemocracia. “Los grupos dirigentes de la socialdemocracia alemana –se afirmaba en el documento– no son actualmente otra cosa que una fracción del fascismo alemán bajo la máscara socialista”<sup>142</sup>.

En el documento se decretaba que el PC alemán debía rechazar ahora todo frente único con el Partido Socialdemócrata. El frente único desde arriba debía ser en adelante sustituido por el frente único por abajo.

---

141 Degras, obra cit., II, pág. 65.

142 Ibid., pág. 77.

### **III. EL PARTIDO COMUNISTA BULGARO Y SU SECTARISMO. LA CAÍDA DEL GOBIERNO CAMPESINO DE STAMBULIJSKI. EL “PUTSCH” COMUNISTA. VOLADURA DE LA CATEDRAL DE SOFÍA**

Mientras en Alemania tenía lugar la crisis del Ruhr, en Bulgaria se desarrollaban acontecimientos políticos destinados a tener graves consecuencias para el movimiento comunista de ese país.

Desde octubre de 1919, Bulgaria se hallaba gobernada por el líder de la Liga Campesina, Alejandro Stambulijski, que durante la Primera Guerra Mundial se había pronunciado vehementemente en el Parlamento contra la entrada de su país en el conflicto bélico. Después de ser detenido por orden del rey Fernando, el líder campesino fue condenado a cadena perpetua por un Consejo de Guerra. Cuando en 1918, al producirse el derrumbamiento militar de Bulgaria, Stambulijski recobró su libertad, propuso una alianza al Partido Comunista con el fin de derribar a la monarquía e instaurar un régimen republicano en el país. Los comunistas declinaron el ofrecimiento de Stambulijski con el argumento de que la meta del partido era la de implantar la dictadura del proletariado bajo la dirección de la clase trabajadora y no de la clase campesina. A pesar de esta negativa, Stambulijski llevó a cabo su insurrección contra la monarquía. Si bien no logró derrocar al régimen monárquico



en sí, consiguió por lo menos obligar al rey Fernando a abdicar a favor de su hijo Boris, a la vez que se aseguraba en el nuevo gobierno una posición clave para él y la Liga Campesina.

La política de Stambulijski estaba dirigida abiertamente contra la burguesía y también contra el proletariado de las ciudades. Debido al hecho de que Bulgaria era predominantemente un país agrario con el ochenta por ciento de la población activa ocupada en la agricultura; la política de Stambulijski gozaba del apoyo popular. Así, en las elecciones al Parlamento celebradas en abril de 1923, la Liga Campesina obtuvo, sobre un total de 245 mandatos, 212 escaños.

El gobierno de Stambulijski despertó desde el primer momento el odio de la burguesía urbana y del cuerpo de oficiales. A pesar de que crecía día a día el peligro de un golpe de Estado fascista, el Partido Comunista se negaba a establecer una alianza con la Liga Campesina. En una resolución aprobada el 23 de enero de 1923, el Partido Comunista búlgaro declaró que la Liga Campesina representaba, los intereses de la burguesía rural y que Stambulijski era un instrumento del imperialismo de la Entente. De la misma manera que los comunistas se habían negado en 1918 por puro doctrinarismo a apoyar a Stambulijski en su lucha contra la monarquía, decidieron ahora por los mismos motivos mantenerse al margen del conflicto que se estaba fraguando entre el líder campesino y el bloque nacionalista–burgués. Ello es todavía más grave

cuando se tiene en cuenta que en Bulgaria, la izquierda urbana –como hemos visto en un capítulo anterior– no estaba dominada por la socialdemocracia, sino por el Partido Comunista. A principios de 1923, el Partido Comunista búlgaro estaba representado con 16 diputados en el Parlamento y gozaba de una extraordinaria influencia dentro de los sindicatos. Al frente del Partido se hallaba Christo Kabakschieff, a quien hemos visto desempeñar un papel importante a raíz de la escisión del Partido Comunista italiano.

Los terroristas macedónicos y los oficiales nacionalistas, apoyados por la burguesía urbana, decidieron aprovechar el distanciamiento político existente entre la Liga Campesina y el PC para llevar a cabo su putsch. El 8 de junio de 1923 asesinaron a Stambulijski, detuvieron a los ministros de su gabinete y formaron un nuevo gobierno bajo la dirección del profesor Alejandro Zankoff. El jefe del PCB, Kabakschieff, y los miembros del CC no sólo acogieron con torpe indiferencia el golpe de Estado reaccionario, sino que incluso se alegraron íntimamente de ello. En una reunión celebrada tres días después del putsch, el CC del Partido repitió su tesis de que la confrontación entre la Liga Campesina y los seguidores del profesor Zankoff era la expresión de una lucha entre dos fracciones de la burguesía, la cual no afectaba a la clase trabajadora de Bulgaria. Los comunistas que se habían alzado espontáneamente contra el pronunciamiento, como ocurrió en la ciudad de Plevna, fueron desautorizados por el

CC del Partido. El propio Kabakschieff reconocería, seis años más tarde: “Al producirse la sublevación de junio, el PC cometió un grave y funesto error. Importantes masas campesinas se levantaron para luchar contra el putsch con las armas en la mano. En vez de unir sus propias fuerzas a las de la Liga Campesina y apelar a las masas para que se enfrentasen con las armas a la rebelión y la burguesía, el PC adoptó una “actitud expectante” y se declaró neutral con respecto a las dos alas de la burguesía combatiente: la urbana y la campesina”<sup>143</sup>.

La actitud del PCB fue severamente criticada días después por el CE de la Comintern. Mientras Kabakschieff intentaba demostrar que una intervención comunista no hubiera tampoco podido impedir el golpe de Estado de los grupos de extrema derecha, Sinoviev y Radek culparon al PC búlgaro de haber contribuido notablemente con su pasividad, a la derrota del gobierno presidido por Stambulijski. En un llamamiento dirigido el 23 de junio de 1923 por el CE de la IC a los trabajadores y campesinos búlgaros, se instaba a éstos a unir sus fuerzas para combatir en común al gobierno del profesor Zankoff. La Ejecutiva de Moscú aprovechó esta ocasión para hacer al Partido Socialista búlgaro –a pesar de su insignificancia– co-responsable del triunfo del putsch fascista: “El golpe de Estado blanco de los burócratas, generales y especuladores búlgaros se produjo con la aprobación

---

143 Christo Kabaktschieff, obra cit., pág. 111.

y la ayuda del Partido Socialdemócrata, que es miembro de la II Internacional”<sup>144</sup>.

La polémica surgida en el seno del CE de la III Internacional entre Kabakschieff de una parte y Sinoviev–Trotsky de la otra, saltó en las semanas siguientes a la prensa comunista y a las organizaciones del PC búlgaro. Una semana después de la sesión del CE de la IC, el PCB aprobó por 42 votos contra 2 la actitud adoptada durante el putsch por el PC búlgaro. El 9 de julio, Sinoviev volvió a criticar en las páginas de la *Correspondencia Internacional* los errores cometidos por el PCB. Al día siguiente, los comunistas búlgaros publicaron una resolución en la que se aprobaba de nuevo la política seguida por el Partido. En dicho documento, el PC búlgaro sostenía que la Internacional de Moscú no se hallaba bien informada sobre la situación política de Bulgaria. Matías Rakosi criticó entonces públicamente la resolución del PCB en nombre del CE de la Comintern.

Sin tener en cuenta en absoluto el estado de ánimo de los comunistas búlgaros, la Ejecutiva de la III Internacional decidió organizar un levantamiento armado contra el gobierno del profesor Zankoff. Basil Kolarov, miembro del CC del PCB, que se hallaba en la capital rusa, fue enviado a Bulgaria con la misión de informar a su partido sobre los nuevos planes de la Ejecutiva de la IC. Si bien una parte de los miembros del CC del PCB se manifestaron contra una

---

144 Degras, obra cit., II, pág. 49.

insurrección –entre ellos el secretario general Todor Luka–noff–, la mayoría se inclinaron ante la decisión de Moscú. El levantamiento tenía que ser acometido conjuntamente con la Liga Campesina y el Partido Socialista.

A pesar de que el gobierno del profesor Zankoff –que entretanto se había enterado de los planes insurreccionales– detuvo el 12 de septiembre a casi dos mil comunistas (entre ellos a Kabakschieff y otros dirigentes), el CC del PCB no vaciló en llevar su proyecto a la práctica. La acción fue colocada bajo la dirección de Basil Kolarov y George Dimitroff. En la noche del 22 al 23 de septiembre, los comunistas intentaron, en efecto, llevar a cabo el levantamiento armado, al que sólo se sumaron pequeños grupos de combatientes. Las fuerzas gubernamentales lograron, sin apenas esfuerzo, asfixiar la intentona insurreccional. Los responsables de la rebelión huyeron a Yugoslavia, mientras que el secretariado del Partido se trasladaba a Viena.

La reacción oficial del PCB fue la de negar enérgicamente que hubiese proyectado un alzamiento contra el gobierno, declarando que los acontecimientos de la noche del 22 al 23 de septiembre habían sido la consecuencia de una provocación contra el PC. Ya antes, tras la detención de los 2.000 militantes comunistas, el CE de la IC había publicado una declaración en la *Correspondencia Internacional* desmintiendo que el PC búlgaro preparaba una insurrección contra el gobierno.

El fracaso de la aventura insurreccional desencadenó lógicamente un violento altercado dentro de las filas del movimiento comunista búlgaro. Sakarov, uno de los ocho diputados comunistas elegidos en las elecciones de noviembre de 1923, hizo a la Comintern responsable de la rebelión armada, anunciando al mismo tiempo que él y el resto de diputados comunistas sólo actuarían en el futuro dentro de la legalidad. El secretariado de Viena expulsó entonces del Partido a los ocho diputados parlamentarios. Kolarov y Dimitroff, que habían dirigido el levantamiento por orden de la Ejecutiva de Moscú, pasaron a convertirse en los dirigentes máximos del PCB.

Las luchas fraccionales y el proceso de desmoralización surgidos en el seno del movimiento comunista búlgaro a raíz de estos acontecimientos, condujeron tiempo después a un trágico epílogo. Un grupo terrorista del Partido dirigido por el teniente coronel Kosta Jankoff y el capitán Ivan Minkoff, hizo volar con una bomba de relojería la catedral de Sofía. El atentado, que tuvo lugar el 16 de abril de 1925, perseguía el objeto de matar al rey y a los altos dignatarios del gobierno y del Ejército que se habían congregado en la catedral para asistir a una misa solemne. Entre las 128 víctimas no se hallaban, sin embargo, ni el monarca ni ninguno de los miembros del gobierno. Este acto criminal fue utilizado como pretexto por las autoridades para perseguir implacablemente al PC, a quien se hizo responsable del atentado. En una declaración publicada el 23 de abril, el CE

de la Comintern rechazó enérgicamente la acusación del primer ministro Tschankow, que había publicado entretanto una serie de documentos demostrando la responsabilidad de los comunistas. Las explicaciones de Tschankow fueron calificadas por el CE de la IC de “cuento de hadas”. Kolarov y Dimitroff publicaron también una declaración negando ser responsables del atentado, con la que se solidarizó el Secretariado de Viena en un comunicado dado a conocer el 8 de mayo. Los comunistas búlgaros sostuvieron esta versión hasta 1948. Pero en su informe ante el V Congreso del PC búlgaro, Dimitroff admitió que el atentado había sido el resultado de “una desviación ultraizquierdista... un acto de desesperación realizado por los líderes de la organización militar del Partido”<sup>145</sup>.

El fracaso del levantamiento de octubre en Alemania y la descomposición del PC búlgaro venían a cerrar el primer quinquenio de la Comintern, en el curso del cual la organización comunista no había cosechado más que decepciones y fracasos. El balance no podía ser más triste: todos los intentos de realizar o afianzar la revolución fuera de Rusia habían invariablemente abortado. La idea de tomar por asalto la vieja fortaleza del capitalismo europeo por medio de una organización multinacional fuertemente centralizada, se había manifestado como utópica, al menos por el momento. Y

---

145 Ibid., II, pág. 312.

en Rusia, el único baluarte socialista que había podido sostenerse contra viento y marea, tenían lugar acontecimientos destinados a influenciar de una manera decisiva la suerte de la revolución y del comunismo internacional.

#### **IV. LA MUERTE Y EL TESTAMENTO DE LENIN. LUCHAS INTERNAS EN EL PC RUSO. EL TRIUNVIRATO STALIN, SINOVIEV, KAMENEV**

El 21 de enero de 1924 Lenin moría víctima de su arterioesclerosis. Desde su primer ataque, sobrevenido el 26 de mayo de 1922, su capacidad de trabajo había ido menguando progresivamente. El 16 de diciembre de ese mismo año había sufrido un segundo ataque. El tercero, ocurrido el 9 de marzo de 1923, le había postrado para siempre a su lecho de enfermo.

Durante la enfermedad de Lenin, sus colaboradores más destacados habían iniciado la lucha por el poder. Paralizado en su habitación, el jefe bolchevique detectaba las consecuencias que esta lucha podía tener para el futuro del PC ruso. Lenin sabía que sus días estaban contados y queriendo evitar a toda costa que su muerte condujese a una escisión del Partido, decidió dar a sus camaradas una serie de consejos que pasarían a la historia como “el testamento de



Lenin”. El 25 de diciembre de 1922, Lenin escribió una carta al Partido, en la que tomaba posición sobre los atributos personales de sus colaboradores más cualificados y dejaba entrever cuales de ellos eran los más aptos para dirigir el Partido; a la vez, señalaba el peligro de una escisión: “Las relaciones entre Stalin y Trotsky contienen, en mi opinión – decía Lenin–, una buena mitad del peligro de escisión”<sup>146</sup>. Las notas de Lenin estaban redactadas en un tono prudente y ambiguo. Como los hombres más capaces del Politburó eran nombrados Trotsky y Stalin. Pero Lenin añadía: “Desde que el camarada Stalin ha sido nombrado secretario general, acumula un poder extraordinario en sus manos y no estoy seguro de que sabrá siempre utilizar este poder con la necesaria prudencia”<sup>147</sup>. Y sobre Trotsky: “Por otra parte, Trotsky no se distingue sólo por sus facultades extraordinarias... sino que es ciertamente el hombre más capaz en el actual CC. Pero Trotsky tiende a tener una excesiva confianza en sí mismo y a interesarse demasiado por el aspecto puramente administrativo de las cosas”<sup>148</sup>. Proféticamente, Lenin escribía: “Estos atributos de los dos dirigentes más aptos del actual CC pueden conducir, sin quererlo, a una escisión. Si nuestro Partido no toma las medidas para impedirlo, esta

---

146 León Trotsky, *Die wirkliche Lage in Russland*, pág. 256, Dresden, sin fecha de edición.

147 *Ibid.*, pág. 256.

148 *Ibid.*, págs. 256–257.

escisión podría surgir de improviso”<sup>149</sup>. Su juicio sobre Sinoviev y Kamenev era bastante reservado: “Sólo quiero recordaros que el episodio de Octubre no fue en Sinoviev y Kamenev una casualidad”<sup>150</sup>. (Lenin alude a la actitud vacilante de Sinoviev y Kamenev entre febrero y octubre de 1917.) Lenin ensalzaba a Bujarin y Piatakov, pero dejaba sentado claramente que ninguno de los dos podía convertirse en su sucesor: “Por lo que respecta a los miembros más jóvenes del CC, quisiera decir algunas palabras sobre Piatakov y Bujarin. A mi juicio, son las cabezas más capaces entre los jóvenes. En lo que concierne a ambos, hay que tener en cuenta lo siguiente: Bujarin no es sólo el teórico más valioso del Partido –lo mismo que el más importante– sino que se puede ver en él también el favorito de todo el Partido. Sus opiniones teóricas sólo pueden ser consideradas con gran reserva como plenamente marxistas, pues Bujarin es demasiado escolástico. (Nunca ha dominado la dialéctica y creo que nunca logró entenderla del todo)”<sup>151</sup>. Y sobre Piatakov: “Es sin duda un hombre dotado de la mejor voluntad y de las mejores aptitudes, pero demasiado envuelto en problemas administrativos para poder confiar en él en asuntos políticamente importantes”<sup>152</sup>.

---

149 Ibid., pág. 257.

150 Ibid., pág. 257.

151 Ibid., pág. 257.

152 Ibid., pág. 257.

La intención de Lenin era, al redactar este documento, la de posibilitar un entendimiento entre Trotsky y Stalin. Pero poco después de haber escrito su testamento político, Lenin tuvo ocasión de percibir en su propia piel la falta de escrúpulos de Stalin, su antiguo “protegé” y colaborador íntimo, el hombre que durante años le había procurado, con sus asaltos y atracos a mano armada, los fondos necesarios para financiar el aparato del Partido. El 4 de enero de 1923 Lenin incluyó una nota adicional en su testamento, en la que reprochaba a Stalin su falta de lealtad y su grosería: “Stalin es demasiado rudo, y este defecto, que en el trato entre comunistas puede ser del todo tolerable, se convierte en algo insoportable en el Buró del secretario general. Por lo tanto, propongo a los camaradas buscar un medio para alejar a Stalin de este puesto y nombrar a otro hombre que se diferencie de Stalin por su superioridad en todos los aspectos, es decir, que sea más paciente, más leal, más amable y atento con los camaradas y menos lunático, etc. Esta circunstancia puede aparecer de poca importancia, pero yo creo que con el objeto de evitar una escisión y teniendo en cuenta las relaciones entre Trotsky y Stalin, sobre las que he hablado más arriba, no se trata de una bagatela, o en todo caso de una bagatela que podría ser de importancia decisiva”<sup>153</sup>.

Lenin decidió al mismo tiempo pasar al ataque político, y

---

153 Ibid., págs. 257–258.

dictó, con este objeto, desde su lecho de enfermo, dos artículos sobre el Comisariado de la Inspección de Obreros y Campesinos (Rabkrin), a cuyo frente se hallaba Stalin. El primero de ellos (Como reorganizar el Rabkrin) fue publicado como de costumbre, en la *Pravda*. Sin mencionar a Stalin, Lenin criticaba en su artículo la labor del Rabkrin, pero en un tono todavía mesurado. El segundo artículo, titulado “Más vale poco pero mejor”, contenía violentos ataques contra Stalin, aunque el jefe del Rabkrin tampoco era citado personalmente. Pero las alusiones eran tan claras que Bujarin, entonces director de la *Pravda*, retuvo el artículo de Lenin e informó al Politburó, cuya mayoría era estalinista. Para salir del dilema, Kuibyshev propuso imprimir un solo ejemplar para satisfacer a Lenin, pero sin difundirlo en la edición ordinaria. Esta propuesta fue rechazada por el Politburó, que acordó publicar el artículo, cosa que se hizo más tarde, pero con retraso. En las *Obras Completas* de Lenin el artículo aparece como publicado el 4 de marzo de 1923; en realidad apareció más tarde. A raíz de estos incidentes se produjo un altercado entre Lenin y Stalin, que se había quejado de los ataques de su maestro. Lenin estaba dispuesto por estas fechas a movilizar todo su prestigio y su influencia personal para poner un dique a la carrera de Stalin dentro del Partido. Pero fue precisamente en este momento –9 de marzo de 1923– cuando sufrió su tercer ataque de arterioesclerosis, del que ya no se repondría.

Las diferencias entre Lenin y Stalin eran anteriores a la

controversia surgida en torno al Rabkrin. Tras la ocupación de la República de Georgia por las tropas bolcheviques (febrero–marzo de 1921), el CC delegó a Stalin, Ordzhonikidze y Dzherzhinsky con el objeto de poner orden político en esa región. Lenin recibió numerosas quejas sobre la brutalidad y la falta de tacto empleados por los delegados bolcheviques, especialmente por Stalin. Teniendo en cuenta que Georgia era de mayoría menchevique, Lenin propugnaba una política prudente y flexible, y condenó el gran–chovinismo ruso de Stalin y los otros dos delegados.

Lenin estaba también profundamente dolido con Stalin por el trato grosero y desconsiderado que éste venía dispensando a Krupskaya, la esposa de Lenin. No queriendo alarmar ni inquietar a su marido, Krupskaya le ocultó lo que ocurría, limitándose a informar a Kamenev y Sinoviev, Lenin acabó de todos modos por enterarse de lo que pasaba. Su primera reacción fue la de redactar la nota adicional a su testamento político; dos meses más tarde (el 5 de marzo), envió un billete a Stalin comunicándole que, si éste no se excusaba ante su esposa, consideraba como rotas sus relaciones personales. Stalin se apresuró a pedir disculpas por escrito.

En la fase situada entre el tercer ataque de Lenin y su muerte, Stalin, Sinoviev y Kamenev se pusieron de acuerdo para formar una troika con el fin de contrarrestar el peso de Trotsky dentro del Partido. Los tres consideraban a su rival como un menchevique intruso que por razones oportunistas

y sed de mando se había unido en el último momento a la fracción bolchevique. Ellos, en cambio, pertenecían a la vieja guardia de Lenin, representaban la tradición bolchevique. Stalin, Sinoviev y Kamenev sabían que Trotsky era superior a ellos, y ésta era una razón suficiente para temerle y odiarle. La posición de Trotsky dentro del Ejército Rojo y el extraordinario prestigio de que gozaba tanto en Rusia como en el extranjero le hacían aparecer como un posible Bonaparte de la revolución rusa.

El testamento de Lenin con el postscriptum contra Stalin, que constituía un obstáculo insuperable para la realización de los planes de la troika, no fue publicado. Cuando en mayo de 1924, cuatro meses después de la muerte de Lenin, se planteó la cuestión en el CC, Sinoviev tomó la palabra para declarar que los temores de Lenin con respecto a Stalin no se habían confirmado y que por ello no existía ningún motivo para alejarle de su cargo de secretario general.

Kamenev apoyó estas declaraciones y propuso la no publicación del documento. Trotsky, asqueado y demasiado orgulloso para mezclarse en la penosa comedia, no dijo una sola palabra. Las protestas de Krupskaya, la compañera de Lenin, fueron inútiles.

El testamento político de su marido no fue dado a conocer ante el Congreso del Partido, manteniéndose secreto hasta 1956, fecha en la que fue publicado por primera vez

oficialmente en Rusia. De todos modos, fragmentos o resúmenes del testamento circularon entre los estratos superiores del Partido.

El *Correo Socialista* editado en lengua rusa por los mencheviques publicó un extracto en su número de 24 de junio de 1924. Trotsky lo reprodujo más tarde en muchos de los opúsculos publicados en la clandestinidad o en el exilio.

## CAPÍTULO V

### **I. EL V CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA. COMIENZO DEL ANTITROTSKISMO. STALIN ENTRE BASTIDORES. GIRO A LA IZQUIERDA**

Un mes después de que Stalin, Sinoviev y Kamenev habían logrado impedir la publicación de la última voluntad de Lenin tuvo lugar en Moscú el V Congreso Mundial de la III Internacional, que estuvo reunido desde el 17 de junio hasta el 8 de julio de 1924. Al Congreso asistieron 406 delegados, 324 de ellos con derecho a voto. Más de un tercio de estos últimos –117– eran rusos. El número de partidos representados en el V Congreso fue de 49. Excepto algunos partidos como el ruso o el alemán, la mayoría de organizaciones asistentes contaban con un potencial numérico bastante reducido. Dentro de los partidos más importantes, el



Partido Comunista ruso sumaba 310.000 afiliados, el alemán, 250.000; el checoslovaco, 130.000; el francés, 50.000; el noruego, 16.000, y el italiano, 12.000.

El estado de ánimo de los delegados –no sólo a causa de la muerte de Lenin– era poco optimista. Todos ellos representaban a partidos minados por las luchas internas. La campaña de hostilización contra Trotsky, aunque no se hallaba todavía en su fase virulenta, estaba ya en marcha. El balance de la Comintern, después de sus primeros cinco años de actividad, era francamente negativo. Creada para coordinar y acelerar la revolución mundial, se había mostrado en realidad como un pesado y burocrático artefacto. Sinoviev, haciéndose eco del estado de ánimo de los delegados, tuvo que admitir: “Tras cinco años de existencia de la Internacional, hemos de declarar que el movimiento no se ha desarrollado tan rápidamente como esperábamos. Todos nosotros podemos recordar la época en que Lenin creía... que la victoria de la revolución proletaria en todos los países era sólo cuestión de meses”<sup>154</sup>. Y en otra intervención: “La socialdemocracia se ha consolidado en parte, también en el terreno sindical. Ahora tenemos que luchar dando rodeos, lo que es más molesto y difícil”<sup>155</sup>. En el plano económico, el V Congreso llegó a la conclusión de que el capitalismo había logrado una “estabilización parcial, relativa y temporal”. El

---

154 Degras, obra cit., II, pág. 98.

155 Sinowjew, Für die Einheit der internationalen Gewerkschaftsbewegung, pág. 24, Hamburgo, 1924.

informe sobre la situación económica mundial fue presentado por Eugenio Varga, destinado a convertirse en la eminencia gris de la Comintern en materia económica.

Si en el período anterior la Comintern había funcionado esencialmente como un instrumento de Lenin, a partir del V Congreso se convirtió en el escenario de las intrigas y rencillas personales de los dirigentes soviéticos. Si Trotsky mantuvo, durante el V Congreso, una actitud de orgulloso distanciamiento, Sinoviev, Kamenev y Stalin no vacilaron en utilizar ese foro internacional para afianzar sus posiciones respectivas dentro del Partido Comunista ruso. A la inversa de Sinoviev, que creía en la posibilidad de una revolución mundial planificada desde Moscú, Stalin era lo suficiente realista para darse cuenta de que la III Internacional no era un organismo idóneo para organizar y conducir la revolución al triunfo. Si Stalin no se hacía ilusiones sobre la eficacia de la Comintern como instrumento revolucionario mundial, su sentido táctico y su instinto de poder le indicaban que la Internacional Comunista podía servir de plataforma adecuada para extender al plano internacional la lucha contra el trotskismo iniciada ya en Rusia. Si su maestro Lenin se había servido ya de la Internacional Comunista para desencadenar una ofensiva general contra las tendencias centristas y reformistas de la II Internacional, ¿por qué no había él de utilizar el mismo aparato para poner fuera de juego a Trotsky y sus innumerables simpatizantes rusos y extranjeros?

Pero Stalin no poseía, dentro de la Internacional, prestigio alguno. En los congresos anteriores, dominados por las figuras de Lenin, Trotsky, Sinoviev, Bujarin o Radek, el secretario general del Partido Comunista ruso había pasado inadvertido. “Durante las deliberaciones del V Congreso –escribe Günther Nollau– Stalin fue notado por primera vez por la mayoría de delegados. Stalin no intentó causar impresión a través de intervenciones retóricas. Sólo en la “comisión polaca”, donde se hablaba ruso, tomó ocasionalmente la palabra. Por lo demás, se esforzó en establecer contacto personal con numerosos delegados”<sup>156</sup>. Análogo es el testimonio de Ruth Fischer, que participó en el V Congreso como miembro de la delegación alemana: “En este V Congreso Mundial, los delegados de la Comintern conocieron a Stalin por primera vez. En los salones y pasillos de la Sala de San Andrés se mostró callado, casi sigiloso. Con la pipa en la boca, la blusa rusa y las altas botas, conversaba suave y amablemente con pequeños grupos, acompañado discretamente por un intérprete, presentándose como el nuevo tipo de líder ruso. Los delegados jóvenes quedaron impresionados por esta pose de revolucionario que aborrece la retórica, por el sobrio organizador cuyas rápidas decisiones y métodos modernos iban a solucionar los problemas de un mundo

---

156 Günther Nollau, *Die Internationale*, pág. 104, Colonia–Berlín, 1959.

nuevo. Los hombres en torno a Sinoviev eran viejos, inquietos, anticuados”<sup>157</sup>.

La lucha contra el trotskismo no podía ser emprendida por el momento directamente por Stalin. El hombre indicado para asumir esta función era Sinoviev, que, además de haber desempeñado sin interrupción el cargo de presidente de la Internacional Comunista, poseía excelentes relaciones con la mayoría de dirigentes comunistas extranjeros. Su nombre era conocido; su autoridad, aceptada. Stalin tenía en Rusia el poder en las manos, pero temía –no sin razón– que Trotsky lograra con el tiempo movilizar contra él al comunismo mundial a través de la Comintern. Stalin acababa ya de utilizar de marioneta a Sinoviev para aislar a Trotsky dentro del Partido Comunista ruso. Se trataba ahora de utilizarle para minar el terreno a Trotsky en el seno de la Internacional. Sinoviev, que en el fondo había sido siempre un individuo débil e inseguro, se prestó enseguida a secundar los planes de su aliado provisional. Una ofensiva contra Trotsky encajaba, además, en sus propios objetivos. Sinoviev confiaba con ello eliminar a su más serio rival dentro del movimiento comunista internacional.

Desde su destierro de Alma Ata, Trotsky confirmará, retrospectivamente: “Fue el grupo de Sinoviev, el que estuvo a la cabeza del V Congreso no sólo desde el punto de vista formal, sino también realmente, y fue precisamente este

---

157 Ruth Fischer, obra cit., pág. 492.

grupo el que dio el tono fundamental a la labor del V Congreso: la lucha contra el pretendido ‘trotskismo’”<sup>158</sup>. En el curso de la pugna que se había desarrollado entre los epígonos en el otoño de 1923 con motivo de la publicación de “Las lecciones de Octubre”, de Trotsky, éste había dirigido sus principales ataques no contra Stalin, sino contra Sinoviev y Kamenev. La Monografía de Trotsky constituía un claro intento de desprestigiar a ambos; para lo cual, el autor recordó la actividad vacilante de Sinoviev y Kamenev en 1917, su desacuerdo con Lenin y su “derechismo”. En el prólogo a su libro, Trotsky trazó un paralelo entre los acontecimientos de octubre en Rusia y la crisis del Ruhr en Alemania, señalando que si el alzamiento alemán había fracasado fue porque los líderes del KPD cometieron los mismos errores que Sinoviev y Kamenev en 1917. Sinoviev, sobre todo, en su calidad de presidente de la Comintern, era el verdadero blanco de estos ataques aparentemente dirigidos contra los dirigentes comunistas alemanes. Stalin pudo permitirse el lujo de aparecer como árbitro entre Sinoviev y Trotsky; de una parte, por necesidades tácticas, defendió a Sinoviev y Kamenev de las acusaciones de Trotsky; de la otra, inició –todavía en términos mesurados– la campaña de desmitificación en torno a la figura de Trotsky, campaña cuya tesis básica era la de que Trotsky no había des-

---

158 Trotsky, *L’Internationale Communiste après Lénine*, I, página 20, París, 1969.

empeñado ningún papel especial en la Revolución de Octubre.

El problema de la responsabilidad sobre el fracasado levantamiento de octubre en Alemania ocupó un lugar destacado en el V Congreso de la Internacional Comunista. Los errores cometidos por el Partido Comunista alemán durante la crisis del Ruhr ofrecieron a Stalin y Sinoviev una oportunidad para desacreditar y debilitar la posición de Trotsky y sus seguidores. Ya en una reunión celebrada en enero de 1924 por el presidium del CE, Sinoviev hizo responsables a Radek y Brandler del fracaso de la insurrección de octubre. Debido a que ambos eran partidarios de Trotsky, éste quedó automáticamente afectado por los reproches de Sinoviev. En la XIII Conferencia del Partido Comunista ruso fue Bujarin el encargado de acusar a Brandler como el responsable principal del fracaso de octubre. Radek defendió y dirigió duros ataques contra el mando de la Comintern: “¿O quieren ustedes asumir sólo la responsabilidad de las victorias y no de las derrotas?”, exclamó desafiante<sup>159</sup>. En un discurso pronunciado el 13 de diciembre de 1923 en Moscú, Radek había ya declarado que, si la mayoría del CC del Partido Comunista ruso tomaba posición contra Trotsky, él y los dirigentes del Partido Comunista alemán y del polaco le defenderían. Las acusaciones formuladas contra Brandler y Radek tras el fracaso de la insurrección de octubre en Alemania fueron

---

159 Degras, obra cit., II, pág. 71.

repetidas por Sinoviev en el curso del V Congreso de la Internacional Comunista. Brandler mismo, que asistió al congreso como simple observador (el KPD no le había concedido un mandato), tomó la palabra para justificarse. Su argumento principal fue el de que el Partido Comunista alemán y el CE de la IC no habían sabido reconocer el momento propicio para la revolución y que, cuando más tarde intentaron el levantamiento, no existía ya posibilidad alguna de que triunfase. Clara Zetkin se levantó para defender a Radek y Brandler, subrayando que el CE de la IC era también responsable del fracaso de la insurrección. Las declaraciones de la veterana comunista fueron criticadas por Sinoviev, que recordó a Clara Zetkin sus desviaciones de derecha. Brandler, Thalheimer, Walcher y otros dirigentes comunistas del ala derecha del KPD fueron destituidos de sus cargos y obligados a permanecer casi dos años en Rusia como “huéspedes” del gobierno soviético, táctica que perseguía el objeto de impedir que los dirigentes caídos en desgracia tuviesen ocasión de justificar su actitud ante las masas obreras de su país.

Ya antes de iniciarse las deliberaciones oficiales del V Congreso, Sinoviev había desplegado una febril actividad para impedir que los delegados se solidarizaran con Trotsky y sus partidarios, que en este momento eran acusados de “derechismo”. Las maniobras e intrigas de Sinoviev entre bastidores fueron coronadas por el éxito: la mayoría de los delegados del V Congreso se pronunciaron de acuerdo con

las resoluciones adoptadas contra la plataforma trotskista tanto en la XIII Conferencia como en el XIII Congreso del Partido Comunista ruso, celebrados, respectivamente, en enero y marzo de 1924, y en los que Trotsky y sus aliados fueron calificados de “pequeño–burgueses” y de constituir una “amenaza para la unidad del Partido” de la Unión Soviética. Un testigo presencial escribía más tarde: “El Congreso, preparado hasta en sus menores detalles, se desarrolló como una representación teatral bien estudiada”<sup>160</sup>. Y el historiador Gunther Nollau: “En el V Congreso, los delegados condenaron unánimemente el trotskismo, a pesar de que Trotsky tenía muchos amigos dentro de la Comintern. La “disciplina férrea del Partido” mostró sus efectos. Trotsky mismo no dijo nada sobre estos ataques”<sup>161</sup>. Y Julius Braunthal: “Ninguna voz se levantó para defender al hombre que la Internacional, en los cuatro congresos anteriores, había aclamado como líder del proletariado mundial al lado de Lenin”<sup>162</sup>.

Pero si la demonización de Trotsky tuvo éxito, la troika no logró oprimir del todo las opiniones divergentes surgidas en el V Congreso. La crítica más severa fue formulada por Bordiga. El delegado italiano declaró que el informe del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista contenía un

---

160 Karl I. Albrecht, *Der verratene Sozialismus*, pág. 43, Berlín– Leipzig, 1939.

161 Günther Nollau, obra cit., pág. 104.

162 Julius Braunthal, obra cit., II, pág. 319.



análisis concreto de la situación existente en las diversas secciones; asimismo, que dentro de la Internacional faltaba un verdadero espíritu internacionalista. Bordiga criticó, además, la posición preponderante que el Partido Comunista ruso ocupaba dentro de la Comintern, añadiendo que los métodos que habían tenido éxito en la Unión Soviética podían muy bien revelarse como inadecuados en otros países. Radek se identificó con el punto de vista de Bordiga y profetizó: “Si en la Comintern sólo nos apoyamos en la disciplina oficial, nos transformaremos en un esqueleto oficial, pero no en una Internacional viva” <sup>163</sup> . Sinoviev, apoyado por Togliatti, afirmó que, en lo esencial, las condiciones para una revolución eran las mismas en todos los países. Por su actitud favorable a la troika, Palmiro Togliatti fue recompensado con un puesto en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, cargo que no había de abandonar hasta la disolución de la Comintern. Togliatti, que contaba entonces treinta y un años, asistía por primera vez como delegado italiano a un congreso de la Internacional Comunista. La izquierda del Partido Comunista italiano estaba representada por Bordiga, la derecha, por Angelo Tasca; Togliatti, que procedía del grupo Ordine Nuovo y era un íntimo colaborador de Gramsci, representaba ya entonces la nueva corriente estalinista, en la que estaba destinado a desempeñar un destacado papel.

---

163 Degras, obra cit., II, pág. 98.

El V Congreso de la Internacional Comunista tomó, con respecto al IV Congreso, un curso izquierdista. Esta actitud no se inspiraba en un análisis sobrio y objetivo de la situación política europea, sino que estaba en gran parte condicionada por la necesidad de presentar una alternativa ante el ala trotskista, que, tras los estrepitosos fracasos en Alemania y Bulgaria, parecía inclinada a adoptar una posición de repliegue. Sinoviev, en efecto, no parecía estar dispuesto a sacar las consecuencias de la derrota de octubre, que el 26 de marzo de 1924 había sido reducida por el CE de la IC a un “simple episodio”<sup>164</sup>. El descalabro del Partido Comunista búlgaro era comentado con la misma ligereza: “Ni en junio ni en septiembre –declaró Kolarov en el V Congreso– la derrota del partido fue decisiva. El Partido Comunista de Bulgaria es sólido y se prepara para nuevas batallas”<sup>165</sup>. Frente a este optimismo sistemático e infundado, Trotsky se había dado cuenta de la necesidad de replegarse: “El V Congreso se reunió ocho meses después de la derrota del proletariado alemán, cuando todas las consecuencias de la catástrofe eran ya manifiestas... Las tareas esenciales del V Congreso hubieran debido consistir, primero, en llamar clara e implacablemente la derrota por su nombre, en meter al desnudo su causa “subjetiva”, sin permitir que nadie se escudara detrás de las condiciones objetivas; segundo, en

---

164 Pravda, 20 abril 1924.

165 Citado por Trotsky, *L’Internationale Communiste après Lénine*, obra cit., I, pág. 205.

dejar sentado que comenzaba una nueva etapa, en la que las masas iban a retirarse, la socialdemocracia a crecer y el Partido Comunista a perder su influencia; tercero, en preparar a la Internacional Comunista a este retroceso para que no fuera cogida de improviso, en armarla con los métodos necesarios para las batallas defensivas y a consolidar su organización hasta el próximo cambio de situación”<sup>166</sup>. Pero estos párrafos, plenamente justificados, fueron escritos por Trotsky a posteriori; durante el V Congreso, Trotsky prefirió no aparecer ni tomar la defensa ante sus detractores. Las calurosas ovaciones recibidas por él el 14 de junio ante el mausoleo de Lenin le movieron a creer, sin duda, que su posición era inquebrantable.

Pero, al mismo tiempo que el V Congreso adoptaba una actitud izquierdista, fueron condenadas las tendencias de ultraizquierda, representadas por los comunistas que querían abandonar los sindicatos socialdemócratas y reformistas y concentrar su actividad en organizaciones sindicales exclusivamente revolucionarias. Sinoviev, respondiendo a Schumacher (el principal exponente de un sindicalismo comunista), declaró: “No podemos hacernos ilusiones: nosotros no podemos fundar en Alemania ninguna gran sindical propia; y si la fundamos, no podremos llevar a cabo una lucha económica victoriosa; y si entablamos esa lucha, la perderemos; y los trabajadores que quieren salir ahora de

---

166 Trotsky, *L’Internationale Communiste après Lénine*, I, página 203.

los sindicatos, acudirán precisamente a la socialdemocracia”<sup>167</sup>. Los comunistas –acordó el V Congreso– estaban obligados a permanecer en los sindicatos reformistas con el objeto de desenmascarar a los líderes y ganar para sí a los sencillos militantes. Al mismo tiempo fue declarado que “la lucha contra la Internacional de Ámsterdam sigue siendo la tarea más importante de la Comintern y sus secciones”<sup>168</sup>. El Congreso propuso la fundación de una nueva Internacional Sindical y la disolución tanto de la Federación Sindical Internacional de Ámsterdam como de la Internacional Sindical Roja (Profintern).

Esta línea ambigua y contradictoria en el plano sindical fue aplicada también al problema de las relaciones entre los partidos comunistas y la socialdemocracia. Mientras, de una parte, los partidos socialdemócratas fueron acusados de constituir un ala de la burguesía, de la otra, el V Congreso afirmó que esta táctica debía ser aplicada mediante negociaciones con los dirigentes socialdemócratas combinada con el frente único por abajo. Rigurosamente prohibido fue sólo el frente único por arriba, sin participación de las masas socialdemócratas. Esta táctica del abrazo no impidió que, una vez más, los líderes socialdemócratas fuesen abiertamente calificados de fascistas. Esta identificación absurda y miope entre fascismo

---

167 Sinowjew, obra cit., pág. 20.

168 Degras, obra cit., II, pág. 131.

y socialdemocracia, que en Italia había tenido ya consecuencias funestas, constituyó uno de los graves errores del V Congreso.

El problema del fascismo dio pie a otras contradicciones e incidentes. Mientras el V Congreso dio instrucciones a las diversas secciones para que formasen unidades armadas para combatir al fascismo –lo que era correcto–, Moscú hacía descaradamente la corte a Mussolini.

Cuando Bordiga abordó la cuestión del reconocimiento diplomático del dictador fascista por parte de Moscú, declaró que el comunicado publicado con este motivo por el gobierno de la Unión Soviética había ido demasiado lejos. Las manifestaciones de Moscú sobre el régimen mussoliniano habían sido en efecto tan elogiosas que los socialistas italianos acusaron a los comunistas de filofascistas. La política de Moscú con respecto a Mussolini reforzó, sin duda, la posición del “Duce” y convertía en grotescas las recomendaciones del V Congreso de combatir al fascismo con las armas. Esta contradicción ponía una vez más de relieve el abismo existente entre los intereses de la Comintern y los intereses del Narkomindel.

El V Congreso aprobó, entre otras cosas, la creación de una Federación Balcánica y la publicación de las obras completas de Marx y Engels. A propuesta de Kolarov fue acordado fundar una Internacional Comunista, a la que se adjudicó el nombre de “Krestintern”, un engendro burocrático

destinado a vegetar sin pena ni gloria, como la ProfIntern, y a morir de la manera más oscura sin haber llevado a cabo una sola acción importante.

Entre las medidas más importantes tomadas por el V Congreso figuró la reforma casi total de los Estatutos, propuesta ya en el IV Congreso. Del antiguo texto sólo quedaron los artículos 2, 3 y 10. La nueva versión significaba una radicalización de la estructura centralista existente ya anteriormente. El punto 7 determinaba que el número de votos que cada sección debía recibir en los congresos de la Internacional Comunista sería calculado de acuerdo con el porcentaje de afiliados y la importancia de los respectivos partidos, lo que automáticamente equivalía a favorecer a la Unión Soviética. Asimismo, fue acordado declarar como nulos los mandatos imperativos. Con ello, los delegados eran arrancados de la presión de su partido y sometidos a la influencia directa del congreso mundial y de las intrigas de pasillo. A los miembros del Comité Central de las diversas secciones les fue prohibido, a través del artículo 29, presentar su dimisión sin la previa autorización de la Internacional Comunista: “Todo puesto dirigente pertenece, en un partido comunista, a la Internacional Comunista y no al titular de tal cargo. Los miembros del Comité Central de cada sección sólo pueden dimitir con la autorización del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Dimisiones

aprobadas por el Comité Central del Partido sin la autorización del CE de la IC son nulas”<sup>169</sup>. Además fue acordado que ninguna sección podía convocar un congreso ordinario o extraordinario sin el visto bueno del CE de la IC.

La introducción de este régimen trapense perseguía el fin de sistematizar el proceso de bolchevización iniciado ya anteriormente y de imponer a las respectivas secciones una unidad basada en la obediencia de cadáver. En la terminología cominterniana, esta “Gleichschaltung” de los partidos comunistas era expresada del modo siguiente: “Las actuales luchas internas en algunos partidos comunistas... son una consecuencia de la pervivencia de ideas socialdemócratas tradicionales en los partidos comunistas. El camino para su superación se halla en la bolchevización de los partidos comunistas... La bolchevización de los partidos comunistas... no significa la aceptación mecánica de las medidas aprobadas por el Partido Comunista ruso, sino la aplicación concreta de los métodos bolcheviques a las condiciones concretas de cada país en el período histórico dado”<sup>170</sup>. O, para decirlo con las palabras de Leo Stern, propagandista oficial de la República Democrática Alemana (DDR): “El V Congreso de la Internacional Comunista ha pasado a la historia como un congreso de la lucha a favor de la bolchevización de los partidos comunistas, cuyos

---

169 Ibid., pág. 121.

170 Ibid., pág. 122.

fundamentos habían sido sentados teórica y prácticamente por Lenin. La destrucción del trotskismo era un supuesto previo para consolidar a los partidarios comunistas y convertirlos en auténticos partidos marxistas-leninistas”<sup>171</sup>.

## **II. EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS**

Esta rusificación de la Comintern fue completada en otoño de 1924 por Stalin, fecha en la que el secretario general del Partido Comunista ruso anunció por primera vez su teoría sobre la posibilidad de implantar el socialismo en un solo país.

Stalin había abrigado desde muy temprano una oscura hostilidad hacia el mundo occidental, que no comprendía ni le atraía. Lenin y Trotsky habían estado vinculados, desde el comienzo de su trayectoria revolucionaria, al movimiento proletario internacional; ambos hablaban lenguas extranjeras, conocían personalmente a los líderes socialistas europeos y habían vivido muchos años fuera de Rusia. Su visión de la revolución era por ello universal, cosmopolita.

---

171 Leo Stern, *Die geschichtliche Leistung der Komintern und ihre aktuelle Bedeutung*, pág. 10, Halle–Wittenberg.



Stalin, en cambio, representaba el tipo de líder político provinciano encerrado en los estrechos límites de su propio país. “Para Stalin –observa Trotsky– la emigración significa el abandono de la lucha y de la vida política. Le resulta orgánicamente inconcebible que un marxista ruso, habiendo vivido en Francia o en los Estados Unidos, se haya mezclado en la lucha de clases francesa o americana”<sup>172</sup>. La xenofobia de Stalin, producto de un complejo de inferioridad y de la ignorancia, iba acompañada de un profundo desprecio hacia el movimiento revolucionario de Occidente, en el que no creía. Ya en enero de 1918 había dicho: “En Occidente no existe movimiento revolucionario alguno”<sup>173</sup>. Estas tendencias xenófobas, que se mantuvieron en estado latente mientras vivió Lenin, empezaron a aflorar a la superficie con gran virulencia una vez muerto el maestro. Por otra parte, este paneslavismo favorecía tácticamente la lucha de Stalin contra el internacionalismo revolucionario de Trotsky, que seguía soñando con su “revolución permanente”.

La teoría sobre el socialismo en un solo país no era sino la encarnación de la xenofobia irracional de Stalin en el plano político. Esta teoría, escribiría Trotsky. “estaba en oposición total no sólo con las tradiciones del marxismo y con la escuela de Lenin, sino con lo que el mismo Stalin había

---

172 Trotsky, *L’Internationale Communiste après Lénine*, II, página 489.

173 William H. Chamberlin, *Die russische Revolution*, I, pág. 368, Francfort, 1958.

escrito en la primavera del mismo año de 1924”<sup>174</sup>. En efecto: en su opúsculo *Los Problemas del leninismo*, aparecido en abril de 1924, Stalin escribía. “Para derrocar a la burguesía son suficientes los esfuerzos de un país; esto lo demuestra la historia de nuestra revolución. Para la victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista no bastan los esfuerzos de un solo país, especialmente de un país agrario como el nuestro, necesi-tándose para ello los esfuerzos de los proletarios de varios países progresistas”<sup>175</sup>. Pero en su libro *Problemas del leninismo*, escrito algunos meses más tarde, Stalin, corrigién-dose a sí mismo, afirmó lo contrario de lo que había dicho anteriormente. Para justificar su vuelta de campana, Stalin denunció como apócrifa la primera edición de *Problemas del leninismo* e hizo retirar el libro de la circulación.

Con su tesis sobre el socialismo en un solo país, Stalin mataba dos pájaros de un tiro: dar rienda suelta a su chovinismo panruso y presentar una alternativa frente a la tesis trotskista de la “revolución permanente”. En la XIV Conferencia del Partido Comunista ruso, Stalin “impuso” la canonización del nuevo evangelio: “Los trotskistas –escriben los amanuenses oficiales– se alzaron contra el punto de vista del Partido, al que opusieron su teoría menchevique de la “revolución permanente”, que negaba la posibilidad del

---

174 Trotsky, *La revolution permanente*, pág. 10, Gallimard, 1963.

175 *Der Sowjetkommunismus, Dokumente*, obra cit., I, pág. 233.

triunfo de la construcción socialista en la Unión Soviética y que sólo puede ser llamada una “teoría” marxista cuando uno quiere burlarse del marxismo... La XIV Conferencia del Partido (abril 1925) condenó todas esas “teorías” capitulantes de los opositores declarados o encubiertos, confirmó el punto de vista del partido sobre la victoria del socialismo en la Unión Soviética y adoptó una resolución al respecto”<sup>176</sup>. Con la adopción de la tesis estalinista sobre la posibilidad de instaurar el socialismo en un solo país quedaban establecidos no sólo los supuestos teóricos y prácticos para sistematizar la lucha contra el trotskismo, sino también para la ulterior ruptura entre Stalin y sus momentáneos aliados: Sinoviev, Kamenev, Bujarin, etc. El socialismo en un solo país significaba, en política exterior, un giro a la derecha, lo que contradecía el izquierdismo internacionalista de Sinoviev; en política interior, al contrario, un giro a la izquierda, es decir, la aceleración del proceso de industrialización con métodos violentos, lo que iba a manifestarse incompatible con las concepciones derechistas de Bujarin. En rigor, el socialismo en un solo país (nacional-socialismo) constituía una síntesis entre el menchevismo de Martinov y el propio “comunismo de guerra” introducido por Lenin y Trotsky durante la fase de afianzamiento de la revolución bolchevique. Stalin se apropiaba, pues, de dos posiciones defendidas por rivales suyos en fases anteriores,

---

176 Geschichte der Kommunistischen Partei der Sowjetunion (Bolschewiki), pág. 333, Berlín, 1945.

pero sacándolas de su contexto y dándoles una nueva orientación doctrinal y táctica.

Lo que las tesis de Stalin significaban para la III Internacional fue expresado por Trotsky en los siguientes términos: “Y por ello, toda la concepción estalinista conduce realmente a la liquidación de la Internacional Comunista. ¿Qué significado histórico podría verdaderamente tener todavía ésta si el destino del socialismo ha de depender en última instancia del “Plan Estatal” de la URSS? La tarea de la Comintern sería, en este caso, junto con la tristemente célebre “Sociedad de los amigos de la Unión Soviética”, la de proteger la edificación del socialismo contra una intervención; es decir, debería en lo esencial jugar el papel de una policía de fronteras”<sup>177</sup>.

En rigor, Stalin no hacía más que simplificar y llevar a las últimas consecuencias, en forma grosera y mecánica, una tendencia abogada ya por Lenin a partir de 1921.

Como ha dicho el marxista Arthur Rosenberg: “Cuando se repasan atentamente los últimos discursos y artículos de Lenin, se contacta cómo éste concentra sus pensamientos enteramente en Rusia, cómo quiere crear, por medio de las propias fuerzas de Rusia, lo que él llama socialismo”<sup>178</sup>. Mejor dicho: Stalin convirtió en definitiva una posición que

---

177 Trotsky, *La révolution permanente*, obra cit., pág. 17.

178 Arthur Rosenberg, *Geschichte des Bolschewismus*, obra cit., página

Lenin se había visto obligado a adoptar interinamente por razones tácticas.

Por otra parte, la teoría de la “revolución permanente” de Trotsky había sido combatida durante muchos años por Lenin, aunque éste se identificase provisionalmente con ella en el período situado entre 1917 y 1920. La maniobra de Stalin –secundado de momento por Sinoviev y Kamenev– consistió en resucitar el abismo que había separado a Lenin y a Trotsky durante el período de la emigración y en pasar por alto el acercamiento producido entre ambos a partir de 1917.

### **III. LA CRISIS DEL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS. DIMISIÓN DE FROSSARD. CAÍDA EN DESGRACIA DE SOUVARINE Y EL GRUPO TROTSKISTA.**

Desde su fundación, el Partido Comunista francés había constituido un incordio permanente para la Comintern. Las luchas fraccionales, las rivalidades personales entre sus dirigentes, la aspereza de Souvarine y Treint y la falta general de disciplina absorbían constantemente las fuerzas del partido, lo que se manifestaba en un retroceso constante de su

número de afiliados. En 1921, el PCF contaba con 118.077 miembros, en 1922 eran 78.808 y en 1923 sólo 55.598. La influencia del partido se limitaba casi exclusivamente a algunos distritos y arrabales obreros de París, siendo muy débil en provincias.

Las divergencias en el seno del PCF databan ya del Congreso de Marsella (diciembre de 1921), en el curso del cual, el ala derechista-centrista y el ala izquierdista se habían disputado a dentelladas el poder. “Derrotada, por lo que respecta a las resoluciones políticas –se dice en la crónica oficial del partido–, la derecha toma la revancha al tener lugar las elecciones para los organismos dirigentes, apoderándose del nombramiento de un delegado francés cerca del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista para asociarse a las calumnias de la S. F. I. O. sobre la supuesta “dictadura de Moscú” y logrando que dimitan los cuatro miembros de la izquierda que el Congreso acaba de elegir para el Comité directivo”<sup>179</sup>. A estas luchas interpartidistas se sumaban los continuos conflictos con la Ejecutiva de Moscú. Aunque el Partido Comunista francés había aceptado formalmente la táctica del frente único decretada por la Internacional Comunista, en la práctica la aplicaba con gran tibieza, a regañadientes. Asimismo, la prensa del partido –con *L’Humanité* al frente– publicaba sin cesar artículos polémicos contra Moscú, lo que producía la

---

179 Duclos–Billoux, *Histoire du parti communiste français*, obra citada, pág. 124.

indignación de Trotsky, el especialista en cuestiones francesas dentro del CE de la IC. Sinoviev se lamentaba: “En Francia se nos boicotea actualmente paso a paso. Si lo toleramos, la Internacional Comunista se perderá. Yo creo que sería preferible sacrificar si es necesario a una parte de la sección antes que permitir que la Internacional quede completamente degradada”<sup>180</sup>. En junio de 1922, Frossard tuvo que oír personalmente en Moscú una avalancha de reproches dirigidos contra su partido por Trotsky, Sinoviev y otros jefes del CE de la IC. El 11 de junio de 1922, el CE de la IC aprobó una serie de resoluciones destinadas a servir de base para el próximo congreso del Partido Comunista francés y a poner fin a las luchas fraccionales dentro del mismo. “La extrema derecha –se decía en una de las resoluciones– ha adquirido en el Partido y en la prensa una importancia absolutamente desproporcionada con respecto a su valor doctrinal y político. La ausencia de medidas coercitivas contra esa derecha ha conducido fatalmente a tentativas de resurgimiento de la fracción de izquierda. La lucha entre esas dos fracciones puede convertirse en un peligro para la unidad del partido”<sup>181</sup>.

En mayo de 1922, Sinoviev envió al suizo Jules Humbert-Droz a París con la misión de informar regularmente a la Ejecutiva de Moscú sobre lo que ocurría en el PCF y de

---

180 Gérard Walter, *Histoire du parti communiste français*, obra citada, pág. 95.

181 *Ibid.*, pág. 99.

conciliar al centro (Frossard, Cachin) con la izquierda (Souvarine, Treint). A pesar de los esfuerzos realizados entre bastidores por el delegado de la Comintern, las divergencias entre el centro y la izquierda, lejos de aplanarse, no hacían más que aumentar.

En el II Congreso celebrado en París del 15 al 19 de octubre de 1922 en medio de grandes tumultos y polémicas, el centro, dirigido por Frossard, rechazó el compromiso presentado por el enviado extraordinario de la Internacional, Manuilsky, consistente en nombrar un comité central paritario entre centristas e izquierdistas. La intervención, en el congreso, del alemán Franz Dahlem y del inglés Tom Bell, favoreciendo la posición de Manuilsky, no hizo más que agudizar el espíritu de resistencia contra Moscú. Puesta a votación la moción de Manuilsky, los delegados eligieron, por 1.698 votos contra 1516 y 814 abstenciones, un comité central compuesto exclusivamente de miembros centristas. “En el Congreso de París –dirán los cronistas oficiales– numerosos militantes no están todavía convencidos. Sus vacilaciones permiten a L.O. Frossard maniobrar con el fin de apartar a los representantes de la izquierda de los organismos dirigentes”<sup>182</sup>. Al día siguiente, los representantes de la izquierda que ocupaban cargos en *L’Humanité* y el *Bulletin Communiste* (Dunois, Reynaud, Souvarine, Treint, Monatte y otros) presentaron su dimisión.

---

182 Duclos–Billoux, obra cit., pág. 128.



Con ello se repetía la crisis surgida ya en el Congreso de Marsella.

En noviembre de 1922 los dirigentes franceses fueron convocados a Moscú para asistir al IV Congreso de la Comintern. Frossard prefirió quedarse en París, dejando a su amigo Cachin la tarea de defender la posición centrista. La delegación francesa estaba compuesta de 24 miembros. El bloque de izquierda estaba dirigido por Souvarine y Rosmer, la derecha, por Daniel Renoult. El PC francés fue sometido a un ataque masivo tanto en los debates generales del IV Congreso como en el seno de la Comisión Especial creada bajo la dirección personal de Trotsky con el objeto de resolver la crisis del partido. Bujarin puso el dedo en la llaga al afirmar: “La tendencia centrista en Francia es una escuela de la antigua mentalidad socialdemócrata, pero se pone cierta máscara aceptando todo lo que se le exige. Se le presentan veintiuna condiciones y las acepta. Se le proponen resoluciones buenas sobre la acción del partido y estas resoluciones son en seguida adoptadas por unanimidad, incluso sin discusión, por aclamación... Aparentemente se es perfectamente leal, pero el peligro es de que todo permanece sobre el papel”<sup>183</sup>. La Comisión Especial aprobó una resolución declarando que la pertenencia al PC francés era incompatible con la pertenencia a la masonería y a la “liga por la defensa de los

---

183 Gérard Walter, obra cit., pág. 117.

derechos del hombre y del ciudadano”. Frossard, que era masón, quedaba automáticamente afectado por esta medida depurativa. La distribución de cargos directivos propuesta por la Comisión fue aceptada por los delegados franceses, que se comprometieron a defenderla ante el PCF como el compromiso más idóneo para resolver la crisis del partido. Aunque la distribución de cargos directivos propuesta por la comisión concedía una ligera superioridad numérica al bloque centrista (que obtenía 10 puestos en el CC por 9 el bloque izquierdista), en París fue incriminada por los centristas, con excepción de Cachin y Ker.

A su regreso a París, Cachin, que había sido confirmado en su cargo de director de *L'Humanité*, no se dio prisa alguna en informar a sus compañeros de fracción sobre los acuerdos de Moscú. El grupo centrista acusó a Cachin de haber aceptado las decisiones de la Ejecutiva de Moscú con el único propósito de no perder su puesto en *L'Humanité*. La actitud de Cachin condujo a un violento altercado entre él y su amigo Frossard, en el transcurso del cual, aquél dijo a éste: “Las resoluciones han sido votadas, son la ley de la Internacional; yo soy el hombre de la Internacional y estoy dispuesto a vencer todos los obstáculos” <sup>184</sup>. A partir de ese momento, ambos dejaron de dirigirse la palabra. El 31 de diciembre de 1922, Frossard comunicó a Humbert–Droz su intención de aceptar la invitación de la Ejecutiva de la IC y de

---

184 Humbert–Droz, *L'oil de Moscou a Paris*, obra cit., páginas 170–171.

trasladarse por un tiempo a Moscú como delegado permanente del PC francés; pero inesperadamente y sin consultar a nadie, al día siguiente (1 de enero de 1923) Frossard dirigió una breve nota al CC de su partido presentando la dimisión de todos sus cargos. En una segunda carta dirigida al mismo organismo el 2 de enero, Frossard especificaba: “Desde que me enteré de las resoluciones de la III Internacional sobre la cuestión francesa... se apoderó de mí el deseo de tomar la decisión que hoy llevo a cabo... Yo veía en ellas (las resoluciones) la afirmación de una política de centralismo a ultranza que dentro del PC internacional reduce cada vez más... el poder de decisión de las secciones nacionales y su facultad de adaptarse a las condiciones particulares de su lucha... Yo temo... que Moscú no se da cuenta exacta de la situación. Por lo que a mí respecta, me niego a seguir aceptando la responsabilidad a través de mi silencio”<sup>185</sup>.

La grave crisis provocada por la dimisión del líder indiscutible del PC francés hubiera podido conducir a un desastre si los acontecimientos políticos no hubiesen tomado un giro favorable al partido. Pocos días después de la dimisión de Frossard, el gobierno francés se incautaba de la prensa del partido y detenía a una serie de sus dirigentes, entre ellos a Treint, Ker, Sémard, Monmousseau y otros. Esta ola de detenciones era completa el día 19 de enero con la de Cachin, cuya inmunidad parlamentaria había sido levantada.

---

185 Ibid., págs. 174–175.

La ofensiva de la policía francesa contra el partido perseguía el objeto de impedir que los comunistas desencadenasen una campaña de protesta contra la ocupación del Ruhr, ocurrida el 11 de enero de 1923. El súbito conflicto entre el PC francés y el gobierno de París contribuyó de una manera decisiva a cerrar las filas comunistas y a detener el cisma que había provocado la dimisión de Frossard.

Pero si de puertas a fuera el partido ofrecía una imagen de unidad, por dentro se reanudaron las querellas entre el centro y la izquierda. Treint, que era apoyado por Manuilsky y la Ejecutiva de Moscú, no tardó en convertirse en el amo del partido, imponiendo sobre sus órganos directivos y comités locales, a través de los delegados regionales, una verdadera dictadura personal. Su brazo derecho era Suzanne Girault, de la Federación del Sena. La actitud de Treint no disgustaba solamente a los centristas, sino que condujo a una creciente animosidad entre él y sus compañeros de izquierda, Couvarine y Dunois. “Treint –anota Humbert–Droz– era el tipo de burócrata corto de alcances e imbuido de sí mismo que quería hacer sentir su poder dando órdenes... Treint no se sometía a ninguna decisión del Buró Político concerniente a su trabajo. Quería apoderarse del partido, dictarle su línea política y dar órdenes a sus organizadores. Se oponía a Sellier, pero también a Souvarine y Dunois, sus antiguos camaradas de la izquierda”<sup>186</sup>. Suzanne

Girault, la aliada de Treint, era, a juicio de Humbert–Droz, “una Catalina II de baja estofa, brutal, grosera y ferozmente ambiciosa”<sup>187</sup>.

La nueva crisis en el interior del PC francés coincidía con las luchas en el seno del PC ruso entre la troika Sinoviev–Kamenev–Stalin y Trotsky. En noviembre de 1923 Souvarine regresó de Moscú y tomó públicamente partido contra el binomio Treint–Girault, que representaba los intereses del triunvirato. Trotsky era apoyado por Souvarine, Rosmer, Monatte y Loriot. A raíz del fracaso del levantamiento de octubre de 1923 en Alemania, la constelación política era confusa. La antigua división entre derecha e izquierda había adquirido una nueva perspectiva. Souvarine, que procedía de la izquierda –como Trotsky–, representaba en este momento la derecha, también como Trotsky; ambos apoyaban en Alemania al grupo Brandler (derecha) y combatían al ala izquierda dirigida por Arcadio Maslow y Ruth Fischer. Al mismo tiempo, Souvarine se oponía rotundamente a que el PC inglés, siguiendo las órdenes de Sinoviev, combatiese al Partido Laborista.

En medio de este laberinto ideológico–táctico, en la prensa comunista francesa estalló una polémica entre Treint y Souvarine. A pesar de que éste último era director del *Bulletin Communiste*, el partido le denegó el permiso para responder en las páginas de esta publicación a los ataques

---

187 Ibid., pág. 227.

que le había dirigido Treint. En una nota introducida en el *Bulletin Communiste* a espaldas del Buró Político, Souvarine escribió, refiriéndose al artículo polémico de Treint inserto en el mismo número: “El Secretariado del partido nos prohíbe la menor rectificación de las afirmaciones inexactas del autor del presente artículo... Por disciplina nos inclinamos, naturalmente. Pero estimamos que esta concepción de la discusión impuesta por el Buró Político es absolutamente contraria a los intereses del partido y de la Internacional, y nosotros apelaremos a la próxima asamblea del partido... Quienes tienen miedo de la crítica comunista se descalifican a sí mismos”<sup>188</sup>. A propuesta del Politburó y del CC, Souvarine fue destituido de su cargo de director del boletín. Souvarine renunció entonces a su puesto en el Politburó y publicó, sin permiso del partido, el folleto de Trotsky *El nuevo curso*, una colección de artículos en los que el líder bolchevique denunciaba la degeneración burocrática del PC ruso. En un prólogo escrito por Souvarine, éste dirigió duros ataques contra el PC francés y contra la Comintern. El grupo Sinoviev pidió al PC francés que expulsase de sus filas a Souvarine<sup>189</sup>. La comisión investigadora nombrada por la IC con el objeto de estudiar el caso Souvarine recomendó

---

188 *Bulletin Communiste*, 14 marzo 1924.

189 Souvarine y Trotsky rompieron personal y políticamente en el curso de 1929, a raíz de un intercambio epistolar de carácter polémico. Las cartas cruzadas entre ambos, de gran valor ideológico, fueron dadas a conocer por Souvarine por primera vez en 1965, en *Contributions a l’histoire du Comintern*, Génova, 1965.

también la expulsión del rebelde. Junto a Souvarine cayeron poco tiempo después también Loriot, Monatte, Rosmer y otros partidarios de Trotsky.

La lucha ideológica entre el grupo fiel a Moscú y el grupo trotskista quedó cristalizada también en la cuestión de las células de empresa, que el V Congreso de la Comintern había recomendado como la forma más idónea de organización para los partidos comunistas. Souvarine, Rosmer, Monnate y otros miembros de la oposición, que rechazaban esta nueva medida centralista, fueron acusados de desviacionismo anarcosindicalista y de reformismo socialdemócrata.

A pesar de estas luchas intestinas, en las elecciones celebradas en mayo de 1924, el PC obtuvo 25 escaños parlamentarios, lo que significaba un éxito en comparación a los nueve mandatos obtenidos en las elecciones anteriores.

Pero el predominio del ala izquierda dirigida por Treint fue también de corta duración. Se sostuvo sólo en tanto Sinoviev logró mantener su posición dentro del PC ruso y de la Comintern. El grupo Treint fue alejado de la dirección del partido en 1925, más tarde expulsado de la IC. La caída de Treint y su sustitución por Pierre Semard y Maurice Thorez (los nuevos hombres de Moscú) era el preludio de una nueva crisis dentro del movimiento comunista internacional, cuyo ejemplo clásico fue Alemania.

#### **IV. LA ELECCIÓN DE HINDENBURG. LA IZQUIERDA COMUNISTA ALEMANA CONTRA LA COMINTERN. LA CAIDA DE MASLOW Y RUTH FISCHER**

Federico Ebert, el primer presidente de la República alemana, había muerto el 28 de febrero de 1925. Con este motivo fueron convocadas nuevas elecciones. Ninguno de los candidatos presentados por los distintos partidos logró alcanzar en el primer escrutinio la mayoría necesaria de votos. Los socialdemócratas, los demócratas y el centro decidieron, en la segunda votación, adherirse a la candidatura común del diputado centrista Wilhelm Marx; los partidos de derecha designaron al mariscal de campo Pablo von Hindenburg para representarles. Marx, el candidato del bloque progresista, obtuvo 13.751.000 votos, el viejo mariscal, 14.655.000. Hindenburg pudo obtener su victoria sólo porque los comunistas, en vez de unirse a la candidatura del bloque democrático, mantuvieron también en el segundo escrutinio a su propio candidato, Ernst Thälmann, que obtuvo 1.931.000 votos. El odio comunista contra la socialdemocracia les cegó para darse cuenta de los peligros que encerraba para la joven e inestable República el nombramiento de un hombre conservador como Hindenburg.



El mantenimiento de la candidatura solitaria de Thälmann no dejó de provocar discusiones en las filas del PC alemán y de la Comintern. Arcadio Maslow había propugnado que Thälmann renunciase a su candidatura a favor del candidato democrático. La misma actitud adoptó Sinoviev dentro del presidium de la IC. Stalin no tomó parte activa en esa discusión. “En Berlín –anota Ruth Fischer– la propuesta de Sinoviev y Maslow de retirar en el segundo escrutinio la candidatura del partido, fue rechazada por el CC bajo la influencia de Thälmann, que se gustaba en el papel de candidato a la presidencia de la República” <sup>190</sup> . Ernst Thälmann, el candidato a la presidencia de la República y jefe formal del PC alemán, era un obrero portuario de Hamburgo que encarnaba el nuevo tipo de líder proletario, tan del gusto de Stalin. I. Albrecht, un comunista alemán que rompería más tarde con el partido, interpretaba el ascenso de Thälmann como una maniobra de Moscú: “Thälmann fue colocado a la cabeza del PC alemán, ante todo, debido a que su proverbial obtusidad era la mejor garantía de que no lograría nunca obrar independientemente y convertirse con ello en un hombre peligroso para Moscú” <sup>191</sup> . Como secretario y ghost–writer, Thälmann tenía asignado a Heinz Neumann, uno de los más fieles acólitos de Stalin en ese momento. En su toma de posición sobre la elección del mariscal Hindenburg, el CE de la IC no dudó naturalmente en

---

190 Ruth Fischer, obra cit., pág. 514.

191 Karl I. Albrecht, obra cit., pág. 301.

imputar a los socialdemócratas la culpa por el triunfo del candidato de derechas: “La Internacional Comunista propuso que el KPD apoyase en el segundo escrutinio al candidato socialdemócrata bajo la condición de que el SPD siguiese presentando a su candidato. Pero en su calidad de fieles perros de presa de la burguesía, los socialdemócratas retiraron a su candidato a favor del candidato burgués Marx”<sup>192</sup>.

A pesar del grave error cometido por el PC alemán a raíz de la elección del nuevo presidente de la República, el partido había entrado en una fecunda fase de autocrítica y de revisión de su línea Ideológico–estratégica. La derrota de otoño de 1923 y la prohibición del partido, que había durado hasta el 1 de marzo de 1924, habían constituido una provechosa lección para el KPD. Entre septiembre de 1923 y abril de 1924 el número de afiliados había descendido de 267.000 a 121.000. El ala derecha en torno a Brandler y Thalheimer, que encarnaba la derrota de octubre, se hallaba muy desprestigiada. En cambio, el ala izquierda, dirigida por Arcadio Maslow, Ruth Fischer y Ernst Thälmann, se encontraba en una fase de ascenso. A la vez que la izquierda del partido se disponía a desbordar al núcleo derechista, dentro del KPD crecían las voces que demandaban una línea más independiente con respecto a Moscú. Aunque la troika Sinoviev–Kamenev–Stalin había adoptado en ese momento

---

192 Degras, obra cit., II, pág. 214.

una actitud “izquierdista” con respecto a Trotsky, no estaba en modo alguno interesada en que el PC más importante fuera de Rusia se convirtiese en un centro autónomo.

El conflicto –ya latente– entre el KPD y la troika adquirió sus primeros contornos precisos en el IX Congreso del PC alemán, celebrado en Francfort a primeros de abril de 1924. Boris y Samosch, dos jóvenes teóricos de origen ruso, atacaron duramente, junto con Rolf Katz, la política exterior y la NEP de la Unión Soviética, así como sus consecuencias negativas para el movimiento revolucionario de la Europa Occidental. Boris, Samosch y Katz exigían una separación de la Comintern con respecto al Estado ruso, el traslado de su sede a una ciudad no rusa y el cese de la ayuda financiera de Moscú a las distintas secciones de la IC.

La crítica de estos “jóvenes turcos”, penetrada del espíritu de Rosa Luxemburg, constituía el más radical desafío lanzado hasta entonces a la hegemonía de Moscú dentro de la III Internacional. Aunque ninguno de ellos ocupaba posiciones relevantes en la jerarquía del PC alemán, sus tesis produjeron una ola de indignación en Moscú, que se apresuró a difamar a los rebeldes. Si bien, oficialmente, el IX Congreso del KPD no hizo suyas las tesis de Boris, Samosch y Katz, en sus deliberaciones secretas, la fracción de izquierda acordó adoptar en el futuro una línea independiente frente a Moscú.

Al mismo tiempo, la fracción envió mensajes

confidenciales a Stalin y Sinoviev defendiendo a Boris y Samosch de las inculpaciones lanzadas contra ellos por el Politburó ruso.

Dándose cuenta del giro que tomaban los acontecimientos, el delegado de la Comintern en el IX Congreso del KPD, Manuisky hizo todo lo posible para que el partido nombrase un CC a gusto de Moscú. El objetivo básico de Manuisky era el de conseguir la elección de los dirigentes derechistas Brandler, Thalheimer o Walcher para impedir de este modo una hegemonía de la fracción izquierdista e introducir, a la vez, la manzana de la discordia en el seno del futuro CC del KPD. Era evidente que un PC alemán demasiado unido y reacio a aceptar órdenes de Moscú no podía convenir a los intereses de la troika. Pero los esfuerzos de Manuisky resultaron vanos y la dirección del PC alemán pasó íntegra a manos del ala izquierda, dirigida por Arcadio Maslow y Ruth Fischer.

¿Quiénes eran los nuevos líderes? Arcadio Maslow, aunque ruso de nacimiento y de nacionalidad, no fue nunca un instrumento cómodo y dúctil para Moscú. Maslow era un hombre de gran cultura, pero a la vez muy vinculado a las masas. Su ascenso dentro del KPD se lo debía en parte a Stalin, que a raíz de un proceso disciplinario contra él le había apoyado. (Maslow había caído, por diversas circunstancias, bajo la sospecha de ser un espía del gobierno alemán. Gracias a la intervención de Stalin, la comisión inves-

tigadora declaró a Maslow libre de toda sospecha.) La austríaca Ruth Fischer, cuyo verdadero nombre era Elfriede Friedländer, había acumulado sus primeras experiencias en el seno del PC austríaco, en el que, a pesar de su juventud, desempeñó al principio un papel decisivo. Pero debido a su carácter nervioso y su falta de coraje personal perdió pronto el prestigio obtenido anteriormente. Cuando más tarde alcanzó fama en Alemania bajo el seudónimo de Ruth Fischer, aprovechó a menudo su posición dentro del comunismo europeo para dar libre expansión a su resentimiento contra algunos de sus antiguos camaradas. Entre otras cosas, se valió de su influencia en la Comintern para lograr la expulsión de Toman del PC austríaco. Al margen de estas debilidades, su actitud dentro del PC alemán fue predominantemente positiva, en especial por su defensa de la independencia del KPD frente a las tentativas de absorción de Stalin.

La elección de Maslow y Ruth Fischer fue registrada con preocupación por la central de la Comintern. En uno de los plenos del CE de la IC Sinoviev confesó más tarde: “Debo declarar primero abiertamente que la izquierda alemana conquistó el PC alemán contra la voluntad del CE de la IC. Es el único caso conocido por mí en la historia de nuestra Internacional. Esta circunstancia demuestra que la izquierda alemana era entonces considerablemente fuerte... El propio CE de la IC tuvo que aceptar este hecho y maniobrar con la esperanza de que dentro de la izquierda cristalizase un

núcleo afecto a nosotros... Todos los elementos proletarios más o menos sanos se unieron a los izquierdistas, pues los mandos de la derecha se hallaban en un estado de bancarrota total”<sup>193</sup>. un poco más tarde, V. Lominadse, el líder de la Juventud Comunista rusa, se expresaba en términos parecidos a los de Sinoviev: “La dirección del PC alemán pasó a manos de los ultraizquierdistas Maslow, Ruth Fischer, Scholem, Katz, en contra de la voluntad de la Comintern”<sup>194</sup>.

El nuevo equipo dirigente rechazó el regreso a Alemania de Guralski, un agente de la Comintern que bajo el seudónimo de Kleine había jugado un papel preponderante en los frustrados levantamientos de 1921 y 1923. Tras la derrota de octubre de 1923, Guralski intentó, por encargo de Sinoviev, formar un grupo adicto a Moscú, compuesto, entre otros, por Hermann Remmele y Walter Ulbricht, el futuro lacayo número uno de Stalin en el KPD. Estas maniobras fueron cortadas en seco por el nuevo Politburó del PC alemán, que en una carta dirigida el primero de mayo de 1924 al CE de la IC decía: “El CC del PC alemán declara que el camarada Kleine no tiene nada que hacer en el partido alemán y que su regreso a Alemania no es deseado”<sup>195</sup>. Se

---

193 Protokoll: Erweiterte Exekutive der Kommunistischen Internationale, Moskau, von 17 Februar bis 15 März 1926, pág. 501, Hamburgo, 1926.

194 Rote Fahne, 4 julio 1926.

195 Una fotocopia de esta carta se halla en poder del politólogo yugoslavo Branko Lazitch. Véase al respecto Two Instruments of Control by the Comintern: The Emissaries of the ECCI and the Party Representatives in Moscow), en «The Comintern: Historical Highlights», Edited by Milorad M.

comprende la alarma que semejante lenguaje tenía que producir en los dirigentes rusos, acostumbrados a tratar como domésticos a los líderes comunistas extranjeros. Para colmo, en las elecciones al Reichstag de mayo de 1924, el PC alemán logró 62 escaños y casi cuatro millones de votos, pasando a convertirse en el cuarto partido más potente del país.

Maslow, apoyado por Ruth Fischer y el ala izquierda, estaba decidido a convertir al PC alemán en un movimiento con personalidad propia, que no fuese un simple remolque de Moscú. Tanto él como Ruth Fischer conocían por experiencia propia las condiciones reinantes en la Unión Soviética. En el curso de varios viajes a Rusia habían tenido ocasión de comprobar las intrigas y luchas personales que se desarrollaban entre los dirigentes bolcheviques detrás de los bastidores. Su plan era el de liberar al comunismo occidental de esta atmósfera viciada y de darle una orientación soberana e independiente de Moscú. Con ello se disponían a llevar a cabo lo que Rosa Luxemburg no pudo realizar a causa de su inesperada muerte.

Stalin intentó primero, a través del halago y de un tono conciliante, ganar a Maslov, a quien pretendía utilizar en su lucha contra Sinoviev. A principios de 1925 tuvo lugar un intercambio epistolar entre ambos, en el que sus divergencias de opinión estaban expresadas todavía en un

tono de camaradería. La maniobra de captación de Stalin no tardó en ser rechazada por Maslow y Ruth Fischer, que se decidieron a apoyar a Sinoviev contra Stalin, a pesar de que no estaban del todo identificados con la línea del presidente de la Comintern. Stalin decidió entonces atacar frontalmente.

El hombre elegido por Stalin para destruir la hegemonía de la izquierda en Alemania fue Manuisky, que había representado ya a la ComIntern en el IX Congreso del KPD, y a quien hemos visto antes en el II Congreso del PC francés. Manuisky era hijo de un sacerdote ucraniano. En 1904, siendo estudiante en la Universidad de Petersburgo, se había unido a la fracción bolchevique del Partido Socialdemócrata ruso. Detenido en 1906, logró escapar a Europa, donde vivió varios años, especialmente en Francia. Durante los años de exilio mantuvo una actitud vacilante. En 1917 fue primero trotskista, hasta que se pasó finalmente a la fracción bolchevique. De 1919 a 1923 actuó predominantemente en Ucrania, donde representó los intereses de la nueva burocracia montada por Stalin. Trotsky decía de él, en 1928: “Estos últimos seis años han pervertido definitivamente a este hombre cuyo atributo básico es la versatilidad moral. Hubo un tiempo en que tuvo algún valor, no teórico o político, sino literario. Una tenue llama ardía en él. Sin embargo, una especie de gusano interior le carcomía sin cesar. Huyendo de sí mismo, Manuisky se hallaba siempre a



la búsqueda de alguien en quien apoyarse”<sup>196</sup>. Todavía más negativo es el juicio de Ruth Fischer: “Cuando yo vi a Manuisky primero en Moscú y más tarde en Berlín, tropecé con un tipo de comunista ruso que era desconocido para mí. Lo que más me llamó la atención en él era su consumado cinismo... Manuisky vivía en Berlín rodeado de un círculo de bohemios, que tomaban muy a la ligera los asuntos personales, tenían exclusivamente interés sólo por sus intrigas y un frío desprecio hacia todo aquel que valoraba la Internacional Comunista a causa de los principios y objetivos proclamados por ésta... Manuisky disponía de un equipo de colaboradores superior al que había tenido Radek antes que él. Manuisky fijó su residencia en Berlín, alquiló varios pisos y enviaba, a observadores privados a todas las organizaciones de distrito, cuyos informes eran después remitidos por él a Moscú; el Partido alemán no sabía siquiera nada de su existencia”<sup>197</sup>.

La tensión existente entre el movimiento comunista alemán y Moscú adquirió un sesgo dramático durante el X Congreso del KPD, celebrado en julio de 1925, en Berlín. El programa presentado por Maslow fue aprobado por la mayoría de los 170 delegados. Aunque entre la fracción izquierdista y la derechista seguían existiendo divergencias de opinión, los debates y discusiones tenían lugar en un tono de

---

196 Trotsky, *L'Internationale communiste*, obra cit., II, páginas 454–455.

197 Ruth Fischer, obra cit., pág. 479.

camaradería. El ala derecha simpatizaba con la voluntad de independencia que la izquierda mostraba con respecto al CE de la IC; por su parte, el bloque izquierdista admitió en el Politburó a Ernst Meyer como representante de la derecha, a pesar de que éste, en el IV Congreso de la Comintern, se había pronunciado a favor de una expulsión de la fracción de Izquierda. Nervioso e inquieto, Manuisky, que asistía al Congreso bajo el nombre de “Samuely”, presenciaba el clima de cordialidad que reinaba entre los distintos grupos y fracciones. Por añadidura, el Congreso se disponía a elegir a los ultraizquierdistas Arthur Rosenberg y Werner Scholem como miembros del Politburó y del Buró de Organización. Teniendo en cuenta que ambos eran anti-estalinistas declarados, su designación constituía una afrenta para Moscú. En el momento en que los delegados se disponían a elegir al nuevo CC, Manuisky pidió la palabra cuando ésta había sido concedida ya a otro delegado. El presidente en funciones, Ottomar Geschke, dijo al emisario de la Comintern que debía esperar a que le llegase el turno. Manuisky, fuera de quicio, acusó al Congreso de infringir las leyes de la Internacional y de haber ofendido al PC ruso y a la Comintern. Entre los delegados surgieron voces gritando: “¡Vete a Moscú!”. Este incidente condujo a una interrupción momentánea de los debates. Reunido el CC, Manuisky, después de acusar al PC alemán de antibolchevismo y rebelión contra la Comintern, exigió la retirada de las candidaturas de Scholem y Rosenberg como miembros de la dirección. En una sesión a puerta cerrada, los delegados

rechazaron el ultimátum de Manuisky y eligieron la lista de dirigentes propuesta por el Partido. De regreso a Moscú, Manuisky informó a Stalin del peligro de que la sección alemana abandonase la Comintern y fundase una IV Internacional.

Stalin echó ahora mano de otra táctica. Entre sus jóvenes e incondicionales adeptos alemanes se hallaba Heinz Neumann, a quien veremos más tarde desempeñar un papel importante en China y durante el ascenso de Hitler al poder. Stalin convenció a Neumann de escribir un folleto contra Maslow y contra Ruth Fischer, ofreciéndole a cambio una brillante carrera dentro del KPD. El panfleto de Neumann terminaba con las siguientes palabras: “La Comintern debe llevar y llevará a cabo implacablemente hasta el fin su lucha contra el menchevismo de izquierdas... La Comintern no debe tolerar en su vanguardia a los precursores del bloque antisoviético. Tiene que pasar de la defensa al ataque. ¡Muera el menchevismo ultraizquierdista!”<sup>198</sup>. Apoyado en los ataques de Neumann y en los insistentes rumores de que Maslow y Ruth Fischer proyectaban abandonar el PC alemán y la Comintern, Stalin logró persuadir a Sinoviev de que escribiese una carta abierta contra los dos líderes del KPD. En esta fase, la posición de Sinoviev había empezado ya a resquebrajarse. Desde el XIV Congreso del PC ruso (abril de 1925), el conflicto entre ambos había tomado formas cada

---

198 Citado por Günther Nollau, obra cit., pág. 106.

vez más agudas. Sinoviev fue lo suficiente ingenuo para confiar en que a través de este gesto personal podía contrarrestar la enemistad de Stalin, que sentía cada vez más amenazante sobre su cuello, y escribió la carta. El documento, firmado por el CE de la IC, estaba dirigido a todas las organizaciones y miembros del PC alemán. Su lenguaje no dejaba lugar a dudas: “Todo el Partido alemán, especialmente los mejores camaradas de la izquierda en todas las organizaciones del Partido y en los distritos, tienen el deber de acabar definitivamente con el tipo de relaciones no bolcheviques entre el Partido y la Comintern exigidas por el grupo Maslow–Fischer”<sup>199</sup>.

El nuevo ataque de Stalin vía Sinoviev no produjo de momento el efecto apetecido. La reacción de los comunistas alemanes fue predominantemente negativa. La prensa del Partido defendió a Maslow y Ruth Fischer de los ataques del CE de la IC. La sección berlinesa se solidarizó con Ruth Fischer. Pero la mayoría del aparato del Partido, medio bolchevizado ya, se sometió finalmente a las exigencias del CE de la Comintern. En un congreso convocado el 30 de octubre de 1925, el KPD acordó, por 217 votos contra 30, condenar las tendencias “sectarias” de Arcadio Maslow y Ruth Fischer. El momento para segar el terreno a los dos líderes de la izquierda no podía ser más favorable para Stalin. Al publicarse la carta de Sinoviev, Maslow comparecía

---

199 Rote Fahne, 1 septiembre 1925.

ante el Tribunal Supremo de la nación para responsabilizarse de su actuación durante el levantamiento de octubre de 1923. Condenado a cuatro años de cárcel, Maslow no estaba en condiciones de defenderse de los ataques lanzados contra él y Ruth Fischer por Stalin. El último día del proceso contra Maslow, Ruth Fischer recibió la orden de trasladarse a Moscú. Una vez en la capital rusa, el presidium de la Comintern decidió que la dirigente alemana no regresase de momento a su país. “Llegué a Moscú –informa Ruth Fischer– a fines de septiembre, únicamente para enterarme de que a través de una resolución del presidium de la Comintern se me prohibía el regreso a Alemania... Piatnitski me quitó el pasaporte y fui alojada en el Hotel Luz, donde permanecí durante diez meses prácticamente como prisionera del Estado. Toda mi correspondencia pasaba por la Comintern y por tanto era censurada por la GPU. Con ello se había cortado todo contacto mío con el Partido alemán. La discusión en el seno del Partido alemán fue desencadenada durante nuestra ausencia, mientras Maslow se hallaba en la cárcel y yo bajo vigilancia”<sup>200</sup>.

En medio de esta situación, a Stalin no le resultó naturalmente difícil imponer su punto de vista: el 29 de agosto de 1926, Arcadio Maslow y Ruth Fischer fueron expulsados del PC alemán, y poco después los dirigentes más significados del ala izquierda, entre ellos Werner Scholem y

---

200 Ruth Fischer, obra cit., pág. 554.

el gran teórico marxista Karl Korsch<sup>201</sup>. Con ello quedaba abierto el camino para una plena bolchevización del PC alemán. La caída de Ruth Fischer y de Maslow fue combinada con una campaña de difamación ideológica y personal que anticipaba, en lo esencial, los métodos que Stalin emplearía entre 1936 y 1938 contra sus rivales políticos. La Comisión investigadora nombrada por el VII Pleno ampliado del CE de la IC con el objeto de “clarificar” el caso Maslow–Ruth Fischer, llegó a la conclusión de que “el desarrollo anticomunista por el que ha pasado el grupo Maslow–Ruth Fischer no es casual, sino que va unido al giro de la política exterior del creciente imperialismo alemán... Influidos por esta orientación de la burguesía, en determinados estratos vacilantes del proletariado fue creada una base para la actuación de grupos antisoviéticos y anti–Comintern, los cuales, con el objeto específico de sembrar la confusión en las filas de los trabajadores revolucionarios, se ven obligados, con frases “izquierdistas” pseudo–comunistas, a apoyar la lucha contrarrevolucionaria contra el movimiento comunista”<sup>202</sup>.

---

201 Arcadio Maslow murió en circunstancias misteriosas en La Habana, durante la Segunda Guerra Mundial, aplastado por un camión. Todos los indicios dejan entrever que detrás de este incidente aparentemente casual se hallaba la mano de la GPU. Ruth Fischer falleció en 1961 de muerte natural. Terminada la Segunda Guerra Mundial, trabajó probablemente a cuenta de los Servicios de Inteligencia de los Estados Unidos, país en el que buscó refugio tras la invasión nazi a París, donde había residido varios años.

202 Degras, obra cit., II, págs. 350–351.

## **V. EL DERROCAMIENTO DEL GOBIERNO LABORISTA DE MACDONALD. ALIANZA ENTRE LOS SINDICATOS INGLESES Y RUSOS. LA FRUSTRADA HUELGA GENERAL**

En el curso del V Congreso de la Comintern (junio–julio de 1924), Sinoviev había anunciado que la tarea más importante de la III Internacional era la de acelerar la revolución en Inglaterra. En el momento en que el presidente de la IC pronunciaba estas palabras, Gran Bretaña estaba gobernada por primera vez en su historia por el Partido Laborista.

En las elecciones a la Cámara de los Comunes, celebradas en diciembre de 1923, los laboristas habían conquistado 191 mandatos. Como este porcentaje de escaños no bastaba para detentar la mayoría absoluta, el Labour Party se vio obligado a formar un gobierno minoritario apoyado por el Partido Liberal, que había obtenido 158 mandatos. El Partido Conservador, con 259 diputados, seguía siendo el más fuerte. Esta relación de dependencia fáctica con respecto a los liberales impedía de antemano al Partido Laborista realizar la política social contenida en su programa. El intento de introducir legislativamente medidas radicales a favor de los trabajadores hubiera tropezado en seguida con la negativa del Partido Liberal, verdadero árbitro de la situación.

Si bien el gabinete ministerial presidido por James Ramsay MacDonald reconoció diplomáticamente el 1 de febrero de 1924 a la Unión Soviética (siete días después de haber asumido el poder), su política social obligadamente moderada fue atacada por la Comintern. En una resolución aprobada por el CE de la IC el 6 de febrero de 1924, se decía: “El gobierno laborista no es un gobierno de la lucha de clases proletaria; por el contrario, aspira a reforzar, por medio de reformas y paz social, el sistema del Estado burgués”<sup>203</sup>. Los líderes del Partido Laborista fueron apostrofados de “ineptos, pequeño–burgueses y traidores”. No menos drásticos fueron los insultos pronunciados contra los jefes laboristas en el V Congreso de la IC. En una resolución aprobada por los delegados se afirmaba que el Labour Party era “un gobierno burgués–imperialista y no un gobierno de la clase trabajadora”<sup>204</sup>. El V Congreso acusó al gobierno minoritario de MacDonald de promover el rearme de la Marina y la Aviación inglesa. “Por ello –se decía– la lucha de la clase trabajadora contra el Partido Laborista se ha convertido en una lucha para salvar a la humanidad de la destrucción masiva”<sup>205</sup>. En otra resolución aprobada por el V Congreso, el PC inglés fue instruido de “combatir de manera

---

203 Ibid., pág. 83.

204 Ibid., pág. 135.

205 Ibid., pág. 136.



inequívoca... el llamado gobierno obrero de MacDonald”<sup>206</sup>.

Tras las elecciones, el PC inglés adoptó de momento una actitud benévola ante el Partido Laborista. El 20 de diciembre de 1923, el secretario general, Albert Inkpin, escribió una carta al Labour Party expresando su satisfacción por el éxito electoral obtenido por éste. Pero una vez formado el gabinete gubernamental, el PCGB empezó a atacar al Partido Laborista. El Politburó, en un llamamiento hecho a los obreros ingleses el 8 de febrero de 1924, declaraba: “La inclusión de ministros liberales y conservadores ha despertado un sentimiento de inquietud entre los simpatizantes más activos del Partido Laborista”<sup>207</sup>. Pero ya el 24 de abril de 1924, la Ejecutiva del PCGB publicó un manifiesto copiando el lenguaje ruso: “El gobierno laborista se ha mostrado en todos los sentidos como un lacayo de la burguesía... Los ministros del gabinete laborista se han convertido en los misioneros de un nuevo imperialismo”<sup>208</sup>.

El 25 de julio de 1924, el *Worker's Weekly* –órgano del PC inglés–, publicó una “Carta abierta a las Fuerzas Armadas”, cuyo autor era, en realidad, Harry Pollit. En este documento, que estaba destinado a iniciar una campaña antibélica, se

---

206 Ibid., pág. 154.

207 James Klugmann, *History of the Communist Party of Great Britain*, obra cit., I, pág. 252.

208 Ibid., pág. 311.

aconsejaba a los soldados y marinos que no utilizaran las armas contra la clase trabajadora y que formasen comités en los cuarteles, los aeródromos y los barcos. El 5 de agosto, J. R. Campbell, que en ausencia de Palme Dutt actuaba de director del *Worker's Weekly*, fue detenido provisionalmente. La detención del funcionario comunista fue acogida con protestas por el propio Partido Laborista, hasta tal punto que MacDonald se vio obligado poco después a ponerle en libertad. Pero esta decisión, a su vez, desató la indignación tanto de los liberales como de los conservadores, de manera que MacDonald tuvo que presentar su dimisión y disolver el Parlamento. Ello ocurría el 8 de octubre de 1924.

En el curso de la campaña electoral que siguió a la crisis ministerial, el Partido Conservador, con el objeto de minar el prestigio del Partido Laborista, llamó la atención sobre el peligro comunista que a su juicio amenazaba el país. Tres días antes de los comicios, el periódico *Daily Mail* (conservador) publicó el texto de una carta de Sinoviev, MacManus y Kuusinen dirigida al CC del PC de Gran Bretaña. En esta carta, cuya autenticidad<sup>209</sup> no pudo probarse del todo, los dirigentes de la Comintern recomendaban a los comunistas

---

209 De acuerdo con el testimonio de Ruth Fischer, Sinoviev tenía la sospecha de que la carta había sido falsificada por los servicios de la GPU con el propósito de hacerle aparecer como un obstáculo en la aproximación anglo-rusa. En este momento, Stalin preparaba la caída de Sinoviev. Véase Ruth Fischer, obra citada, pág. 565.

ingleses realizar una campaña de agitación dentro del Ejército y la Marina con el objeto de ganar a los soldados y marinos a la causa de la revolución. La publicación del documento no dejó de producir el efecto apetecido, de manera que el Partido Conservador, en las elecciones de octubre, obtuvo un gran número de votos y la mayoría parlamentaria.

El relevo del Labour Party por un gobierno conservador no hizo sino agudizar la psicosis radical en que se hallaban los trabajadores ingleses desde hacía tiempo. A la inversa de otros sindicatos europeos dominados por la socialdemocracia, las Trade Unions británicas, a pesar de su profundo anticomunismo, adoptaban, en el terreno práctico de la lucha sindical, una actitud más izquierdista que el resto de las organizaciones sindicales adscritas a la Federación de Ámsterdam. Así, en el congreso celebrado en Viena por la Internacional Sindical de Ámsterdam en mayo de 1924, los líderes sindicalistas ingleses se pronunciaron a favor de una unidad sindical internacional, con inclusión de la Profintern, idea combatida sobre todo por los sindicatos alemanes. En su Congreso, la Internacional de Ámsterdam se identificó con la tesis de la delegación alemana y se pronunció contra un frente único entre sus secciones y las de la Profintern. Pero las Trade Unions inglesas, desoyendo esta resolución, entablaron contacto con los Sindicatos rusos, producto del cual fue la formación, en abril de 1925, de un “Comité sindical anglo-ruso”. En una resolución aprobada por el CE

de la IC se decía: “La sesión ampliada del CE de la IC concede enorme importancia a la aproximación entre los sindicatos ingleses y soviéticos, en la que ve un signo de que la unidad internacional del movimiento sindical empieza a adquirir formas prácticas”<sup>210</sup>.

Esta aproximación entre los sindicatos británicos y rusos constituía, tras la serie ininterrumpida de reveses sufridos por la Comintern, un primer éxito para Moscú. Pero más que ser el fruto de la especial pericia de la III Internacional o del PCGB, la formación del Comité sindical se debía a la iniciativa de los sindicatos ingleses, que en este momento abrigaban todavía ilusiones acerca de la posibilidad de crear una plataforma común de acción entre las centrales afiliadas a la Federación de Ámsterdam y las secciones de la Profintern. Los intereses sociaeconómicos inmediatos jugaron aquí también un papel importante; los trabajadores ingleses confiaban en que la constitución del Comité anglo-ruso contribuiría a intensificar las relaciones comerciales entre Londres y Moscú y a reducir el paro existente en Gran Bretaña. Pero mientras las Trade Unions creían en una cooperación leal, esta alianza era para Moscú sólo un instrumento para producir una escisión dentro del movimiento sindical inglés. El carácter aleatorio y frágil, casi híbrido de la aproximación habría de ponerse pronto de manifiesto. A juicio de Biros Souvarine, el Comité anglo-ruso era “un engaño recíproco,

---

210 Degras, obra cit., II, pág. 184.

en el que los bolcheviques creían poder presentarse como sindicalistas a la inglesa y los trade–unionistas como pseudo–comunistas a la rusa”<sup>211</sup>. En cuanto a Trotsky, veía en el Comité anglo–ruso “una aspiración impaciente a pasar por encima del joven PC, que se desarrollaba con demasiada lentitud”<sup>212</sup>.

A principios de mayo de 1926, la Federación inglesa de Sindicatos lanzó un llamamiento a la huelga general con el fin de apoyar las reivindicaciones salariales de los mineros. La huelga no fue seguida sólo en Inglaterra; los obreros portuarios de todo el continente se negaron a cargar carbón en los barcos ingleses. A pesar del éxito inicial de la acción, la huelga general duró sólo nueve días. Los líderes sindicales y los obreros ingleses habían defendido con gran energía sus reivindicaciones, pero su intención no era, ni mucho menos, la de utilizar el conflicto laboral como puente para un derrocamiento del gobierno y la implantación de una dictadura del proletariado. La huelga general no perseguía, a pesar de su carácter violento, ningún objetivo específicamente revolucionario. El PC, con sus 3.000 o 4.000 afiliados, era demasiado insignificante para poder ejercer una influencia seria en los acontecimientos. Las tradiciones democrático–

---

211 Carta de Souvarine a Trotsky, 8 junio 1929, en *Une controverse avec Trotski*, documento incluido en «Contributions a l’histoire du Comintern», obra cit., pág. 172.

212 Trotsky, *L’Internationale Communiste après Lénine*, obra citada, I, pág. 239.

reformistas de los sindicatos y la lealtad de los trabajadores a las instituciones políticas del país eran lo suficiente fuertes como para convencer a los líderes sindicales de que una continuación de la huelga general carecía de sentido. Sólo los mineros afectados directamente por el conflicto prosiguieron tenazmente la lucha.

Moscú reaccionó en seguida, llenando de insultos a los líderes de la Trade Unions. Entre otras cosas, los dirigentes bolcheviques reprocharon a los sindicatos ingleses de haberse negado a aceptar ayuda financiera de la Unión Soviética. Las Trade Unions tuvieron en efecto la “impertinencia” de rechazar 250.000 rublos transferidos el 2 de mayo por los sindicatos rusos y 2.000.000 el 7 de mayo. Stalin calificó a los dirigentes ingleses de “consumados traidores”. Los improperios fueron tan desorbitados que el CC del propio PC inglés se vio obligado a protestar ante el CC del PC de la Unión Soviética por los ataques lanzados por los sindicatos rusos contra los ingleses. Los líderes de las Trade Unions llegaron a la conclusión de que una cooperación fecunda con Moscú era prácticamente irrealizable y acordaron, en el Congreso Sindical de 1927, disolver el Comité anglo-ruso. Con ello terminaba la breve luna de miel entre el sindicalismo inglés y la Profintern.

## VI. POLONIA: EL GOLPE DE ESTADO DE PILSUDSKI

En abril de 1926, Wincerty Witos recibió el encargo de formar un nuevo gobierno polaco. Witos, un hombre de ideas reaccionarias, estaba dispuesto a mantener a toda costa el régimen centro–derechista que venía gobernando el país desde 1922, incluso a través de una violación de la Constitución. Los rumores sobre un putsch inminente eran cada vez más insistentes. El Partido Socialista, los sindicatos, el PC y otros grupos democráticos y de izquierda, temiendo un golpe de Estado fascista y no viéndose ellos mismos capaces de contrarrestar este peligro, se dirigieron al mariscal Pilsudski ofreciéndole el poder.

Josef Pilsudski era en estos momentos la única figura con el suficiente prestigio y popularidad para oponerse por la fuerza a su rival Witos. Su carrera política y militar había estado desde el principio al servicio de la independencia de Polonia. Además de haber luchado contra el Zar de Rusia y contra las tropas bolcheviques, Pilsudski fue uno de los fundadores del Partido Socialista (PPS) y director de su órgano clandestino *Robotnik*. Aunque en 1916 rompió sus lazos con los socialistas, los trabajadores polacos veían todavía en él un hombre de ideas democráticas y progresistas. Su oposición a Witos y los partidos de centro–derecha no hacían sino confirmar esta impresión.

En el momento de estallar la confrontación entre Witos y Pilsudski, el PC polaco se hallaba bajo la dirección de Warski,

un trotskista arrepentido procedente del ala derecha del Partido. Al producirse las divergencias entre Trotski y la troika Stalin–Sinoviev–Kamenev, el jefe comunista polaco había tomado partido por el primero, lo que condujo a su destitución provisional. Tras la obligada autocrítica, Warski recuperó su puesto de secretario general en julio de 1925. A la inversa de los comunistas italianos, que habían subestimado el peligro del fascismo, Warski se decidió a apoyar la toma del poder de Pilsudski para impedir a toda costa un golpe de Estado fascista.

El 12 de mayo de 1926, Pilsudski exigió del jefe del Estado polaco, Estanislao Wojciechowski, la disolución del gabinete Witos. Al mismo tiempo, el mariscal se acercó, con varios regimientos fieles, a las puertas de Varsovia. Wojciechowski se negó a aceptar el ultimátum de Pilsudski, lo que condujo a una lucha armada entre las tropas gubernamentales y las unidades del mariscal. La confrontación militar tomó enseguida un giro favorable a Pilsudski porque el Partido Socialdemócrata y el PC declararon la huelga general e impidieron la llegada a Varsovia de refuerzos gubernamentales. El 15 de mayo, el gobierno de Witos presentaba su dimisión.

Pero apenas asentado en el poder, Pilsudski se apresuró a instaurar un régimen muy distinto del que habían concebido los trabajadores y los partidos políticos de izquierda. En sus memorias, Pilsudski escribiría: “Hice una especie de revolución que no tuvo ninguna consecuencia



revolucionaria”<sup>213</sup>. Pilsudski, en efecto, se distanció de toda política de derechas o de izquierdas y se limitó a instaurar un régimen basado en el orden público y la autoridad del Estado.

Más que realizar una revolución social, lo que Pilsudski quería ante todo era poner fin a la inoperancia del Parlamento. Como él mismo diría: “Yo no quiero hacer presión alguna, pero advierto al Parlamento y al Senado que son las instituciones más odiadas por el pueblo... El candidato para el puesto de Presidente ha de estar por encima de los partidos, ha de saber representar a todo el pueblo. Sabed que de lo contrario yo no defenderé al Parlamento y al Senado si la calle asalta el poder”<sup>214</sup>.

Aunque Pilsudski limitó los derechos democráticos y parlamentarios, el régimen instaurado por él no puede ser calificado de fascista; se trataba más bien de un paternalismo autoritario similar a la dictadura introducida en España por Primo de Rivera.

Como militar, Pilsudski odiaba los excesos a que la democracia clásica había conducido en su país, pero era a la vez demasiado equilibrado para profesar una ideología fascista tipo Mussolini o tipo Hitler. En su conocida

---

213 Josef Pilsudski, *Erinnerungen und Dokumente*, tomo IV, página 192, Essen, 1936.

214 Ibid., pág. 210.

monografía sobre los movimientos fascistas, el historiador alemán Ernst Nolte llega también a la conclusión de que “aun cuando Pilsudski decepcionó pronto al partido obrero y al partido campesino por medio de una política conservadora, estuvo muy lejos de instaurar un régimen fascista de partido único... En conjunto, en la Polonia de Pilsudski no estaba seriamente amenazada ni la existencia de los partidos ni tampoco una libertad de prensa moderada”<sup>215</sup>.

Unas semanas después del golpe de Estado de Pilsudski, Stalin se apresuró a criticar al PC polaco: “¿Cómo podía ocurrir que el descontento revolucionario de los trabajadores y campesinos polacos actuase a favor de Pilsudski y no del PC polaco? Ello sucedió porque el Partido era débil y porque a través de su errónea actitud con respecto a las tropas de Pilsudski (con las que luchó en común contra las tropas del gobierno) lo debilitó todavía más... Nuestros camaradas polacos han cometido un error muy grave”<sup>216</sup>.

Un mes más tarde, el CE de la IC confirmaba en una carta la crítica formulada ya por Stalin. El CC del PCP respondió con razón que en el momento de producirse el golpe de Estado de Pilsudski, el mariscal era apoyado sin reservas por las

---

215 Ernst Nolte, *Die faschistischen Bewegungen*, págs. 231–232, Munich, 1966.

216 Discurso en Tiflis, 8 junio 1926, citado por Julius Rosenthal. obra cit., II, pág. 338.

masas populares y la “intelligentsia” liberal. El bloque opositor ruso dirigido por Trotsky hizo a Stalin responsable de los errores cometidos por el PC polaco. Y en medio de esta atmósfera de “yo acuso” y de “mea culpa”, la IC se encaminaba hacia su futura descomposición.

## CAPÍTULO VI

### **I. LA LUCHA DE STALIN CONTRA SINOVIEV Y KAMENEV. LA TROIKA SE DESMORONA. EL XIV CONGRESO DEL PC RUSO. STALIN Y LOS “PROBLEMAS DEL LENINISMO”. TROTSKY, SINOVIEV Y KAMENEV ESTABLECEN UNA ALIANZA. LA INDECISION DE TROTSKY. CESE DE SINOVIEV COMO PRESIDENTE DE LA COMINTERN**

Después de haber utilizado a Sinoviev y Kamenev para aislar a Trotsky dentro de la Comintern y del PC ruso, Stalin se dispuso ahora a tender un cerco en torno a sus dos ex aliados. La lucha sostenida hasta entonces por el Secretario General contra Trotsky fue extendida ahora al triunvirato Sinoviev–Kamenev–Trotsky.

La primera confrontación seria, casi decisiva entre Stalin y Sinoviev–Kamenev se produjo en el XIV Congreso del PC

ruso, celebrado en diciembre de 1925. Concedamos la palabra a los historiadores oficiales: “Ante el Partido, dijo el camarada Stalin, se alza en toda su extensión el problema de la transformación de nuestro país en un país industrial económicamente independiente de los países capitalistas... La tarea central del Partido es la lucha por la industrialización socialista del país, la lucha por la victoria del socialismo... Los partidarios de Sinoviev tomaron posición contra la línea general del Partido. Al plan estaliniano de la industrialización socialista, el sinovievista Sokolnikov opuso un plan burgués... De acuerdo con este plan, la Unión Soviética debía permanecer un país agrícola que produjera principalmente materias primas y comestibles, que exportase estos productos al extranjero y comprase las máquinas que la Unión Soviética no produce ni debe producir... El Congreso calificó el “plan” económico de los sinovievistas de plan destinado a esclavizar a la Unión Soviética... Era claro que los partidarios de Sinoviev eran solamente trotskistas mal enmascarados”<sup>217</sup>.

Esta versión de los acontecimientos no sólo constituye una burda simplificación, sino que es esencialmente falsa. Sinoviev y Kamenev no eran partidarios de “esclavizar” a Rusia y de convertirla en un país agrícola, sino que, al contrario, ambos eran en este momento los exponentes de la superindustrialización propugnada por Trotsky, su rival de la

---

217 Geschichte der Kommunistischen Partei der Sowjetunion, obra cit., págs. 334–335.

víspera. Stalin, por el contrario, admitiendo en principio la necesidad de proceder a la “industrialización socialista” del país, se inclinaba de facto a favor de la actitud proagraria de Bujarin, Tomsky y Rykov, los representantes máximos de la derecha. Una parte de la polémica giraba en torno a la posición que el Partido debía adoptar frente a los campesinos. Sinoviev y Kamenev eran partidarios de fomentar la producción agrícola y de aliviar la situación de los campesinos pobres, pero se negaban a que el Partido siguiera concediendo más privilegios a la aristocracia rural, es decir, a los “kulaks”. Su línea, concretamente más dosificada y equilibrada era, en lo esencial, la misma que el mismo Stalin adoptaría más tarde para deshacerse de Bujarin, Tomsky y Rykov, a quienes el secretario general necesitaba ahora para poner fuera de juego a Sinoviev, Kamenev y Trotsky. Bujarin, Tomsky y Rykov eran los exponentes de una política declaradamente pro-agraria, con el agravante de que veían en los “kulaks” la base para el fomento de la producción agrícola. En una conversación sostenida por estas fechas con Ruth Fischer –que se hallaba semiprisionera en Moscú–, Bujarin justificó su “kulakismo” en los siguientes términos: “Nuestro país es terriblemente pobre... Nuestros campesinos se torturan con aperos primitivos. En Rusia no hay campesinos ricos en el sentido occidental; nuestros kulakas no pueden ser comparados con los ricos campesinos de Alemania y Francia o con los granjeros americanos. Todo el que posee dos caballos y algunas máquinas agrícolas ha sido tachado de kulak... El monopolio del partido no quedará

amenazado por el hecho de que algunos de esos kulaks se enriquezcan; nosotros disponemos de los puestos de mando y podemos mantener el control. Una colectivización forzosa cambiaría todo el carácter de nuestro régimen y tendría consecuencias nefastas”<sup>218</sup>. Stalin, muy lejos de adoptar una posición clara, se refugió en una fórmula ecléctico–centrista, cuya sustancia era la de que no se debía exagerar el peligro del kulakismo, como hacía la oposición, sin subestimarlo tampoco. La solución consistía en apoyar a los campesinos “medios”, en crear cooperativas agrícolas y en construir la industria “socialista”.

El dilema agrario era en realidad sólo uno de los aspectos de la lucha que dividía a Sinoviev–Kamenev del grupo Bujarin–Stalin. Las raíces de la polémica entre ambos bandos eran más profundas y, sus ramificaciones, mucho más amplias. Al mismo tiempo que Bujarin propugnaba en Rusia la restauración parcial del capitalismo bajo la dirección de los kulaks, de la pequeña industria, de la burocracia del partido y de los especialistas “Spezi”, como llamaba despectivamente Sinoviev a la nueva clase de técnicos), afirmaba –y con él, Stalin– que el capitalismo mundial había entrado en una fase provisional de estabilización, lapso que Rusia debía aprovechar para fomentar su producción, especialmente la agrícola. “Por estas fechas –resumen los historiadores del partido–, la situación internacional había

cambiado. El capitalismo había resistido el primer asalto revolucionario de las masas tras la guerra imperialista. El movimiento revolucionario de Alemania, Italia, Bulgaria, Polonia y otros países había sido aplastado. Se había iniciado una marea baja provisional de la revolución, una estabilización temporal, parcial del capitalismo en la Europa occidental, un fortalecimiento provisional de sus posiciones”<sup>219</sup>. En el plano internacional, esta concepción significaba el estrangulamiento de la Comintern, el sacrificio de la revolución mundial a las necesidades concretas del Estado ruso. Es decir, significaba la marginación del instrumento más importante de que disponía Sinoviev para hacer frente a sus enemigos: la Internacional Comunista.

El predominio de los “kulaks” y del campesinado medio como base de la concepción económica de Bujarin y Stalin, estaba al mismo tiempo destinado a contrarrestar la alianza entre los trabajadores industriales y el campesinado pobre, propugnada por Sinoviev y Kamenev. Saliendo al paso de la tesis de Sinoviev y Kamenev, en el XIV Congreso del Partido Comunista ruso, Stalin acusó a sus nuevos enemigos de aspirar a un retorno al “comunismo de guerra” y a boicotear la NEP de Lenin, lo que, en parte, era cierto. Pero Sinoviev, lejos de limitarse en este momento a rechazar un capitalismo de Estado dirigido por la burocracia del partido en alianza con los kulaks, planteó el problema crucial de las

---

219 Gesch. Kom. Partei Sowjetunion, obra cit., pág. 327.



relaciones concretas entre la clase trabajadora y el nuevo régimen “socialista”. Era la primera vez que en un Congreso del Partido bolchevique, un líder de la talla de Sinoviev se atrevía a afirmar sin rodeos que la nacionalización de los medios de producción no significaba por sí sola la instauración del socialismo, y que si la nacionalización de la Industria no iba acompañada de una transformación cualitativa de las condiciones de vida del proletariado, el supuesto socialismo no pasaba de ser un capitalismo de Estado. Consecuente con su posición, Sinoviev declaró que los trabajadores tenían derecho a organizarse contra el Estado y a mantener su independencia frente a éste. Con ello, Sinoviev resumía la actitud defendida en el X Congreso del Partido Comunista ruso por la “oposición obrera” frente a Lenin, Trotsky y él mismo, que entonces encarnaba la posición defendida ahora por Stalin: la burocracia del partido y del Estado.

La consecuencia inmediata de las tesis expuestas por Sinoviev –y Kamenev– en el XIV Congreso no podía ser más clara: era el proletariado urbano el que, aliado con el campesinado pobre, debía asumir la dirección de la economía, de los sindicatos y del partido. De ahí que, junto a esta demanda, Sinoviev, al hablar en nombre de la oposición de Leningrado, pidiera, entre otras cosas, la introducción de la democracia dentro del partido, el ingreso en el mismo de toda la clase trabajadora, el cese del burocratismo y la revisión de las funciones del secretariado general, que

rebasando sus atributos inicialmente técnicos, se había convertido en un organismo normativo, tanto en el plano legislativo como ejecutivo. Al mismo tiempo, Sinoviev exigió que la Comintern tendiera la mano a los grupos opositores que habían sido expulsados y volviese a colaborar con ellos. Esta reivindicación de Sinoviev, que por su nobleza y coraje le honraba como revolucionario, produjo un violento tumulto entre los delegados, que, en su mayoría, eran ya adictos de Stalin.

De la misma manera, cuando Kamenev, en nombre de la fracción opositora de Moscú, dijo que Stalin no era el hombre indicado para unificar al Politburó, fue interrumpido y acogido con gritos de protesta mezclados con “vivas” a Stalin.

Frente a la exposición de Sinoviev y Kamenev, que venía a constituir como una síntesis del comunismo de izquierda, Stalin, en su informe central, declaró, por el contrario, que las empresas del Estado eran de “tipo consecuentemente socialista” y que el incremento de las mismas significaba y era paralelo a la victoria del socialismo en Rusia. Para evitar que los campesinos pobres cayesen presos de lo que él llamó “psicología del comunismo de guerra”, el secretario general recomendó que el partido ayudase a los campesinos medios, lo que en la práctica significaba la aceptación de la línea kulakista de Bujarin. Stalin se negó a que el partido abriera sus puertas a la totalidad de asalariados del campo y la ciudad, como había pedido la oposición con el objeto de

destruir la hegemonía oligárquica del PC ruso, que en esta fase sólo agrupaba el siete u ocho por ciento del censo laboral. Para justificar su posición, Stalin dijo que el ingreso masivo de las clases trabajadoras en el partido conduciría a un debilitamiento del mismo. Con ello, Stalin defendía la posición “vanguardista” de Lenin, mientras Sinoviev postulaba la tesis que en su tiempo habían esgrimido los mencheviques, Rosa Luxemburg y el propio Trotsky. Con su cinismo habitual, Stalin afirmó al mismo tiempo que el PC ruso no “había degenerado ni degeneraría” nunca porque estaba hecho de un material “que no degenera”.

El XIV Congreso aprobó la plataforma formada por Stalin y Bujarin por 459 votos contra 65 y 41 abstenciones, lo que da una idea clara de lo avanzado que en esa fecha se hallaba el proceso de estalinización.

Finalizado el Congreso, Stalin, que contaba ya con el apoyo de Bujarin, Tomsy y Rykov (todos ellos miembros del Politburó), recibió el refuerzo de Molotov, Vorochilov y Kalinin, elegidos miembros de ese organismo a principios de enero de 1926. En cambio, Sokolnikov –un partidario de Sinoviev y Kamenev– perdió su puesto en el Politburó, a la vez que Kamenev retrocedía a candidato del mismo. A mediados de enero de 1926, Sokolnikov fue, además, despojado de su cargo de comisario de Finanzas y Kamenev, de su vicepresidencia en el Consejo de los Comisarios del Pueblo. Al mismo tiempo, Sinoviev fue reemplazado por Komarov al frente del Soviet de Leningrado y Kamenev, por

Uchanov, como presidente del Soviet de Moscú. Tanto Komarov como Uchanov eran dos obreros metalúrgicos que encarnaban el nuevo tipo de líder “bolchevique” promovido por Stalin para contrarrestar al tipo intelectual que había prevalecido hasta entonces en las filas dirigentes. Mientras en las alturas se producían estos cambios, ya antes de haber finalizado el XIV Congreso, Stalin despachó hacia Leningrado una delegación compuesta de su guardia pretoriana, a la cabeza de la cual se hallaban Molotov, Vorochilov, Kalinin y Kirov (su futura víctima), así como un contingente de la GPU. La misión de la delegación era la de poner fin a la oposición existente en las organizaciones de Leningrado, baluarte de Sinoviev (la fuerza de Kamenev en Moscú era más débil). Valiéndose de las amenazas, de promesas, del soborno y del terror, los emisarios de Stalin lograron movilizar a la burocracia de las organizaciones locales de Leningrado contra Sinoviev. Después de permanecer en Leningrado varias semanas, la delegación regresó a Moscú, dejando al cuidado de Kirov la tarea de aplastar a los reductos más incondicionales de Sinoviev. Kirov, que en el XIV Congreso del PC ruso había mantenido una actitud vacilante, fue captado entre bastidores por Stalin, que ofreció a su nuevo aliado como recompensa el secretariado del partido en Leningrado, puesto que hasta ahora había ocupado Sinoviev.

Al mismo tiempo que Stalin, con ayuda de la burocracia del partido y de la GPU neutralizaba a la oposición de Leningrado, se decidió a demonizar ideológicamente a

Sinoviev. Con este objeto publicó a finales de enero de 1926 su folleto *Problemas del leninismo*, documento que, por su gran importancia histórica en la lucha entre Stalin y la oposición requiere ser analizado con cierto detenimiento. Lo primero que llama la atención en este opúsculo es el hecho de que Stalin, a pesar de criticar una posición ideológico-táctica que era compartida tanto por Sinoviev-Kamenev como por Trotsky, se abstuvo de citar a este último para concentrar sus ataques casi exclusivamente contra el líder de Leningrado. El silencio sobre Trotsky y las parcas alusiones a Kamenev no perseguían otro fin que el de provocar una escisión dentro del bloque oposicional y aislar a Sinoviev de Kamenev y, sobre todo, de Trotsky. Téngase en cuenta que en ese momento Trotsky, Sinoviev y Kamenev no habían establecido aún su alianza formal.

Al margen de esta maniobra táctica, tantas veces utilizada por Stalin para debilitar a sus oponentes, el objetivo perseguido por *Problemas del leninismo* era el de fundamentar ideológicamente la tesis del “socialismo en un solo país” y el de presentar a los enemigos de esta teoría –especialmente a Sinoviev– como antileninistas y liquidacionistas: “No se puede construir el socialismo cuando no se está convencido de que es posible edificarlo, cuando no se está convencido de que el atraso técnico de nuestro país no constituye ningún obstáculo insuperable para la edificación de la sociedad socialista completa. La negación de esta posibilidad significa falta de fe en la

construcción del socialismo, abandono del leninismo”<sup>220</sup>. Y en otro pasaje: “Yo sostengo que con relación al importante problema de la construcción del socialismo, Sinoviev se aleja del leninismo y desciende al punto de vista del menchevique Suchanov”<sup>221</sup>. Y más adelante: “¿De dónde procede el error de Sinoviev? ¿Dónde se halla la raíz de este error? La raíz de este error radica, en mi opinión, en el convencimiento de Sinoviev de que el atraso técnico de nuestro país es un obstáculo insuperable para la edificación de la sociedad socialista completa, de que, a consecuencia del atraso técnico de nuestro país, el proletariado no puede edificar el socialismo”<sup>222</sup>.

La implicación central de la tesis formulada por Stalin era clara: Rusia estaba en condiciones de edificar por si sola el socialismo, y ello en medio no sólo del atraso técnico, sino incluso de un cerco capitalista. La edificación del socialismo en Rusia no dependía intrínsecamente de que en Europa se produjesen revoluciones proletarias. El deber del partido era pues el de creer a pies juntillas en esta posibilidad y el de concentrar sus esfuerzos en la creación de la sociedad socialista en Rusia, sin esperar a que algunos de los países capitalistas más importantes hiciesen la revolución. Frente a esta alternativa, Sinoviev, situándose en una perspectiva

---

220 Stalin, *Zu den Fragen des Leninismus*, Berlín, 1949, páginas 46–47.

221 Ibid., pág. 49.

222 Ibid., pág. 52.

más auténticamente marxista, afirmaba que la realización del socialismo en Rusia era imposible sin una revolución simultánea en algunos de los países capitalistas de vanguardia. Por ello, el deber de Rusia era el de apoyar la revolución en el extranjero a través de la Comintern, tesis que Stalin resumía así: “Si la revolución occidental no llega a tiempo, nuestra causa está perdida: este es el tono general de la nueva oposición, tono que, a mi juicio, es liquidacionista, pero que es presentado por la oposición como “internacionalismo”<sup>223</sup>.

A esta tesis internacionalista, que no era sino la repetición casi literal de la “revolución permanente” de Trotsky, y que entendía la revolución como un proceso supranacional, universal, Stalin oponía su teoría de que el deber fundamental de Rusia y de la Comintern era el de defender a toda costa la edificación del socialismo en Rusia. El argumento básico empleado por Stalin para justificar su “nacional-socialismo” de vía estrecha, era el de que, si el experimento socialista en Rusia fracasaba, ello conduciría automáticamente a la desmoralización del movimiento revolucionario internacional y a un afianzamiento de las fuerzas contrarrevolucionarias. “¿No sería más correcto decir que es Sinoviev y no el partido el que peca contra el internacionalismo y la revolución mundial? ¿Pues qué es nuestro país, el país de la edificación del socialismo, sino la base de

la revolución? ¿Pero puede ser la base real de la revolución mundial si no es capaz de construir la sociedad socialista? ¿Puede seguir siendo el poderoso polo de atracción para los trabajadores de todos los países, lo que indudablemente es, si se muestra incapaz de lograr en su propio país la victoria sobre los elementos capitalistas de nuestra economía, la victoria de la edificación socialista? Yo creo que no. ¿No se deduce de ello que la falta de fe en la victoria del socialismo y la propagación de esa falta de fe conduce a desacreditar a nuestro país como base de la revolución mundial y que este descrédito conduce al debilitamiento del movimiento revolucionario mundial?”<sup>224</sup>. Consecuente con su casuística, Stalin coronaba su nacionalismo con la afirmación de que el único internacionalismo lícito y verdaderamente leninista era el de apoyar con todas las fuerzas la construcción del socialismo ruso; lo demás era liquidacionismo.

Con el objeto de no tener que luchar en dos frentes a la vez, Stalin, al mismo tiempo que ponía en marcha su ofensiva contra Sinoviev y Kamenev, detuvo de momento sus ataques contra Trotsky. Isaac Deutscher escribe sobre esta maniobra: “Agentes del Secretariado General recordaban asiduamente a los seguidores de Trotsky que había sido Sinoviev y no Stalin el que había mostrado la mayor virulencia en la lucha contra ellos. Por lo que respecta a Stalin, en su libro *Problemas del leninismo*, que fue publicado en



enero de 1926, dirigió todo su celo polémico contra Sinoviev y Kamenev, cuidando de no hacer una sola observación hostil sobre Trotsky”<sup>225</sup>. Ruth Fischer es todavía más expresiva: “Stalin dio a entender claramente a Trotsky que la lucha de los dos años anteriores no excluía la posibilidad de una nueva combinación. Trotsky conservó su posición en el nuevo Politburó y fue nombrado más tarde presidente del Colegio Científico–Técnico. Esto no fue un gesto vacío, sino que servía al objeto de impedir la unión de Trotsky y Sinoviev”<sup>226</sup>. Tal es así, que algunos de los más fieles colaboradores de Trotsky sugirieron a éste la posibilidad de establecer una alianza con Stalin y combatir juntos a Sinoviev y Kamenev. Personalmente, Trotsky dudaba, como demuestra la ambigua actitud adoptada por él en esta fase crucial de la lucha en el seno del PC ruso. Recapitulemos: en enero de 1925, Trotsky había sido desposeído de su cargo de Comisario de Guerra. “Yo cedí mi puesto militar sin combatir—confiesa Trotsky— e incluso con un sentimiento de alivio, pensando en quitar con ello a mis adversarios el medio de insinuar que yo tenía el plan de utilizar el Ejército con fines propios”<sup>227</sup>. Trotsky no sólo cedió la iniciativa a sus enemigos en una cuestión tan capital como el mando de las Fuerzas Armadas, sino que, a partir de mayo de 1925, asumió la

---

225 Isaac Deutscher, *Stalin. A Political Biography*, pág., 305, Nueva York, 1961.

226 Ruth Fischer, obra cit., pág. 659.

227 Trotsky, *Ma vie*, obra cit., pág. 596.

jefatura del Comité de Concesiones, de la Industria Electrotécnica y de la Oficina Científico-Técnica de la Industria, tres cargos administrativos que le integraban al aparato del Estado y le maniataban políticamente: “Se trataba de aislarme del Partido, de abrumarme de trabajos corrientes, de colocarme bajo un control especial”, admite con conmovedora franqueza Trotsky<sup>228</sup>. A los pocos meses, Trotsky, hastiado de las trabas que el aparato de Stalin le ponía para impedir que cumpliera con eficacia sus nuevas funciones, presentó su dimisión y se marchó a Alemania a curarse de los accesos de fiebre que le asediaban desde hacía tiempo. Ello ocurría en la primavera de 1926, es decir, en el momento en que la lucha entre Stalin y Sinoviev-Kamenev se hallaba en su fase más encarnizada. Pero ya unos meses antes, en el XIV Congreso del PC ruso, Trotsky, en vez de acudir en auxilio de Sinoviev y Kamenev y volcar todo el peso de su personalidad para impedir una victoria de Stalin, el gran artífice de la Revolución de Octubre optó incomprensiblemente por callarse, y ello en el momento en que la posición de Stalin, con ser ya muy fuerte, no era todavía inexpugnable.

Bogrebinsky, un funcionario de la GPU que visitaba diariamente a Ruth Fischer en el Hotel Lux para darle cuenta del desarrollo del XIV Congreso, reporta: “Trotsky no ha dicho nada sobre las cuestiones fundamentales. No se ha

colocado detrás de la oposición, ni siquiera con alusiones”<sup>229</sup>.

Terminado el XIV Congreso, Sinoviev y Kamenev ofrecieron a Trotsky una alianza con el objeto de entablar juntos la batalla contra el enemigo común. Trotsky testimonia que Kamenev, en su primera entrevista privada, le dijo: “Basta sólo con que aparezcáis con Sinoviev en una misma tribuna: el partido encontrará en seguida su verdadero Comité Central”<sup>230</sup>. Pero Trotsky, que desconfiaba de la firmeza de carácter de sus antiguos rivales y especulaba sin duda con la posibilidad de llegar a un *modus vivendi* con Stalin, prefirió de momento tomar el tren y marcharse a Berlín. “El adiós de Sinoviev y Kamenev fue casi conmovedor –escribe Trotsky–. ambos no tenían el deseo de quedarse frente a frente con Stalin”<sup>231</sup>. Trotsky no sólo acogió con reservas a Sinoviev y Kamenev, sino que, para no ser acusado de “indisciplina” por la camarilla de Stalin, no vaciló en distanciarse más tarde de los grupos trotskistas que en el extranjero publicaron el testamento de Lenin y de declarar que este documento era apócrifo.

Pero el golpe de Estado de Pilsudski en Polonia y el fracaso de la huelga general en Inglaterra (marzo y mayo de 1926), contribuyeron decisivamente a que Trotsky, Sinoviev,

---

229 Ruth Fischer, obra cit., pág. 603.

230 Trotsky, *Ma vie*, pág. 600.

231 *Ibid.*, pág. 601.

Kamenev y otros líderes y grupos antiestalinistas acordasen formalizar la constitución de una plataforma oposicional común. “Las jornadas de mi estancia en Berlin –escribe Trotsky– coincidieron con grandes acontecimientos europeos: la huelga general en Inglaterra y el golpe de Estado de Pilsudski en Polonia. Estos dos acontecimientos agravaron al máximo mis divergencias con los epígonos y determinaron un desarrollo más violento de la lucha que íbamos a entablar a continuación” <sup>232</sup> . Mientras los grupos opositionales aprovechaban, de una parte, todas las posibilidades legales a su alcance para desenmascarar la política de Stalin, del otro lado empezaron a conspirar y a organizar clandestinamente sus actividades. Esta labor subversiva era particularmente difícil a causa de que la GPU contaba con una red de espías y agentes provocadores en todo el país, lo que permitía a Stalin estar enterado en todo momento de lo que se tramaba contra él. En el verano de 1926, los líderes de la oposición se reunieron en un bosque cercano a Moscú para estudiar la posibilidad de organizar focos opositionales en las filas del Ejército. Laschevich, que era todavía vicecomisario de Guerra, fue encargado por Trotsky de elaborar un plan concreto para que el Ejército Rojo se uniera a la oposición en el momento en que ésta estuviera en condiciones de presentar a Stalin la batalla abierta. En la sesión plenaria celebrada por el CC del PC ruso en julio de 1926, el bloque oposicional, que en el pleno de

---

232 Ibid., pág. 605.

abril había actuado todavía separadamente, se presentó por primera vez unido. Sinoviev leyó una declaración afirmando que Trotsky había tenido razón en 1923 al atacar a la burocracia del Partido; Trotsky, por su parte, afirmó que los ataques dirigidos por él contra Sinoviev y Kamenev en el pasado, habían constituido un grave error suyo. “En el verano de 1926 escriben los historiadores oficiales–, los trotskistas y seguidores de Sinoviev se agruparon en un bloque hostil al partido, reunieron en torno al bloque los restos de todos los grupos opositores derrotados y establecieron las bases de su partido antileninista ilegal, contrariando gravemente los Estatutos del partido y las resoluciones de los Congresos, que prohíben la formación de fracciones”<sup>233</sup>.

Pero en este mismo pleno de julio, Sinoviev perdió su puesto en el Politburó y Laschevich fue destituido como vice-comisario de Guerra y como miembro del Comité Central. Tras el pleno de julio, la lucha entre Stalin y el bloque opositor prosiguió sin tregua alguna. El CC, bajo la influencia de Stalin, acordó formar “comandos especiales” para luchar contra los núcleos opositores. Al mismo tiempo, la GPU redobló su labor de espionaje e intimidación. Muchos de los miembros de la oposición fueron detenidos o alejados de Moscú y Leningrado con el pretexto de que debían asumir alguna función en otras zonas del país. Stalin combinó, como siempre, esta nueva ola de maquinaciones

con un gesto de aparente generosidad, proponiendo a la oposición que si ésta se comprometía a no atentar contra la unidad del partido, él, por su parte, se avendría a que los dirigentes opositores fuesen readmitidos en las esferas de mando del partido y del Estado. El 16 de octubre de 1926, una semana antes del nuevo pleno del CC del PC ruso, la plataforma opositora, con el deseo de obtener una tregua, publicó una declaración comprometiéndose, en efecto, a no emprender nada que pudiese conducir a una escisión del Partido. Pero Stalin, en vez de recompensar esta concesión de sus enemigos, dio un nuevo paso contra ellos. En la reunión conjunta celebrada a finales de octubre de 1926 por el CC y la CCC (Comisión Central de Control), Trotsky perdió su puesto en el Politburó y Kamenev el de candidato. El CC y la CCC se declararon por gran mayoría de votos a favor de Stalin.

En el mismo pleno conjunto de octubre fue aprobada, además, una resolución en la que se acordaba que “teniendo en cuenta el hecho de que Sinoviev no representa en la Internacional Comunista la línea del PC de la Unión Soviética... el CC y la CCC consideran imposible que Sinoviev prosiga su labor en la Internacional Comunista”<sup>234</sup>. Sinoviev fue acusado, entre otras cosas, de haber extendido a la Comintern y sus diversas secciones la controversia existente en el seno del PC ruso. En una carta dirigida por Sinoviev, el 21 de

---

234 Degras, obra cit., II, pág. 310.

noviembre de 1926, al CE de la IC, el líder bolchevique “solicitó” ser liberado de su cargo de presidente de la Comintern y de toda actividad dentro de esa organización. Al día siguiente, el CE de la IC confirmó, en su VII Pleno, ampliado, el cese de Sinoviev como jefe de la III Internacional.

A la vez, el VII Pleno de la IC acordó elevar al presidium a 18 miembros titulares, más 7 candidatos. Para cubrir los nuevos puestos fueron designados funcionarios adictos a Stalin. El VII Pleno decidió, además, que los miembros del presidium tenían que residir en el futuro en Moscú y reunirse cada dos semanas. Por otra parte, se acordó que el CE, que hasta entonces había estado obligado a reunirse por lo menos una vez al mes, se reuniría en adelante sólo tres veces al año. La nueva transferencia de poderes al presidium a costa del CE significaba un paso más hacia la centralización burocrática y la estalinización de la Comintern, que, habiendo surgido en sus orígenes como un organismo multinacional, se convertía de esta manera en una dependencia del Politburó ruso. En el mismo Pleno se acordó suprimir el cargo de presidente de la Comintern, que *de facto* ejercería Bujarin hasta su propia calda en desgracia.

Mientras Stalin cerraba filas en torno suyo y despojaba a la oposición de casi todas sus posiciones legales, a miles de kilómetros de Moscú se gestaba una crisis política cuyas repercusiones iban a ser decisivas en la lucha librada por el secretario general contra sus enemigos.

## **II. CHINA. EL KUOMINTANG Y EL PARTIDO COMUNISTA CHINO. EL GOLPE DE CHIANG-KAI-CHEK CONTRA LOS COMUNISTAS. EL LEVANTAMIENTO DE CANTÓN. FIASCO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA.**

En el momento de celebrarse el V Congreso Mundial de la Comintern (junio–julio de 1924), el Partido Comunista chino contaba con sólo unos 800 miembros. En enero de 1923, la Ejecutiva de la Internacional Comunista había reconocido al Kuomintang como al “único partido revolucionario serio” y dado instrucciones al PC de formar un frente único con esa organización democrático–burguesa. En esa fase inicial de cooperación con el KMT, el PC no poseía ni un perfil propio ni resonancia alguna. Pero las huelgas y manifestaciones antijaponesas y antibritánicas producidas en mayo de 1925 en Shanghai, Pekín y otras ciudades importantes, condujeron a un extraordinario auge del Partido Comunista, que había tenido la habilidad de apoyar con toda energía la rebelión de las masas contra los capitanes de industria japoneses y las tropas inglesas de ocupación. En el transcurso de unos meses, el número de afiliados del PC ascendió a 20.000. Los sucesos de Shanghai, que iniciaron el ascenso del Partido Comunista chino, fueron calificados por Sinoviev como “el



acontecimiento más importante de la historia mundial en el presente año”<sup>235</sup>.

El inesperado crecimiento de los comunistas no tardó en despertar el recelo y la desconfianza del ala derecha del KMT, dirigida por Chiang–Kai–chek, que por estas fechas gozaba todavía de la plena confianza de Moscú. Sin vacilar un momento, Chiang–Kai–chek, el 20 de marzo de 1926, alejó a los comunistas de todos los puestos directivos dentro del Kuomintang, ordenó la detención de numerosos consejeros militares del PC y dio instrucciones para que el KMT no obedeciese las consignas de la Comintern. A pesar de esta acción anticomunista, Chiang–Kai–chek no estaba interesado de momento en una ruptura total con los comunistas. Su objetivo había sido el de poner un freno al ala radical del PC, y, al mismo tiempo, afirmar su jefatura frente a sus propios rivales y frente a Moscú. Stalin y Bujarin, que sostenían en este momento en Rusia su lucha contra el “izquierdismo” de Sinoviev, no estaban por su parte tampoco interesados en romper su alianza con el caudillo nacionalista chino. Así, la prensa soviética guardó silencio sobre el acto de fuerza de Chiang–Kai–chek contra los comunistas chinos. Stalin y Bujarin, asesorados por sus emisarios Borodin y Bubnov, exigieron a los comunistas chinos que prosiguiesen el frente único con el Kuomintang. Asimismo,

se pronunciaron contra toda acción revolucionaria que pudiera lastimar los intereses de los terratenientes y la burguesía y poner en peligro la alianza entre el KMT y el PC. Idéntica actitud adoptó el VII Pleno ampliado de la Comintern, en noviembre de 1926. La tesis básica de Stalin y Bujarin era la de que la burguesía china, al luchar contra el imperialismo japonés–británico, cumplía una misión revolucionaria. Frente a esta tesis simplista y unilateral, que constituía una caricatura de las enseñanzas de Lenin sobre el papel a jugar por la burguesía de los pueblos coloniales, Trotsky, trazando un paralelo con la revolución rusa, afirmaba que la burguesía china, por su carácter intrínsecamente reaccionario perseguía el objetivo no sólo de vencer al imperialismo japonés, sino también de aplastar al Partido Comunista y al movimiento obrero. Por ello, afirmaba Trotsky, el PC chino debía separarse del Kuomintang y proceder a la formación de soviets.

La política de integración con el Kuomintang no era sólo combatida por Trotsky; una parte del PC chino se había opuesto siempre a ella. En octubre de 1925, el secretario del partido, Chen–Tu–siu, propuso ya realizar preparativos para una independización de los comunistas frente a la tutoría del KMT. Tras el golpe de fuerza de Chiang–Kai–chec, en marzo de 1926, los comunistas de Cantón rompieron espontáneamente con el KMT y propusieron una contraofensiva contra esa organización. El CC del PC chino, con sede en Shanghai y dominado por Borodin y los agentes de Stalin,

desautorizó la actitud de los comunistas cantoneses. Chen Tu-siu propuso más tarde otra vez sin éxito que el partido colaborase de puertas afuera con el KMT, pero separándose organizativamente de él. Manabendra Nath Roy, testigo excepcional de los acontecimientos de China, escribirá: “Por desgracia, los comunistas adoptaron, bajo la dirección de Borodin, una línea oportunista que se asemejaba sorprendentemente a las tradiciones del Kuomintang. Parecía que la estrecha alianza con el Kuomintang había turbado la clara visión del Partido Comunista. En medio de una lucha revolucionaria aceptó una funesta alianza con elementos cuyo carácter contrarrevolucionario o bien se había manifestado ya o se barruntaba claramente”<sup>236</sup>.

En sus tesis para la XV Conferencia del PC ruso, fechadas el 19 de septiembre de 1926, Trotsky declaró que la política con respecto al Kuomintang estaba dictada por consideraciones totalmente oportunistas y que había llegado la hora de que el PC chino se separase del KMT y realizase una política autónoma. Saliendo al paso de Trotsky, Stalin declaró, el 30 de noviembre: “La retirada de los comunistas chinos del Kuomintang sería en este momento un error”<sup>237</sup>. La misma opinión manifestó el CE de la IC el 16 de diciembre: “La idea de que el Partido Comunista debería abandonar el Kuomintang es equivocada. Todo el proceso de desarrollo de

---

236 Manabendra Nath Roy, *Revolution und Konterrevólution in China*, pág. 331, Berlín, 1930.

237 Degras, obra cit., II, pág. 337.

la revolución china, su carácter y sus perspectivas exigen que los comunistas permanezcan en el Kuomintang y refuercen su trabajo en él”<sup>238</sup>. La tesis básica del CE era la de que el PC chino debía continuar en el Kuomintang para apoyar al ala izquierda de esa organización contra el ala derecha.

La política de capitulación y confraternización de la Comintern con respecto al KMT condujo, el 12 de abril de 1927, a la carnicería de Shangai, baluarte del movimiento obrero chino. Chiang–Kai–chek, concentrado con sus tropas en los alrededores de la ciudad, había esperado tranquilamente el desenlace de la lucha entablada en febrero y marzo entre el comandante de Shangai, Chang Eso–hin, y los obreros, que estaban armados. El 26 de marzo Chiang–Kai–chek entró en la ciudad como liberador. “Los comunistas –reporta Roy– organizaron una gran manifestación de masas para dar la bienvenida al caudillo del victorioso Ejército Nacional”<sup>239</sup>. Chiang–Kai–chek, que temía el poderoso movimiento sindicalista–revolucionario de Shangai –dominado por los comunistas–, exigió a los trabajadores que devolviesen sus armas a las autoridades. Stalin, desde Moscú, se mezcló en la controversia para aconsejar salomónicamente a los obreros que enterrasen sus fusiles<sup>240</sup>. Stalin no se había percatado en estos

---

238 Ibid.

239 Ibid., pág. 345.

240 Roy, obra cit., pág. 416.

momentos todavía de los verdaderos designios de Chiang-Kai-chek, que había tomado ya la decisión de aplastar a los comunistas. El 12 de abril de 1927, el caudillo del Kuomintang hizo detener a todos los comunistas de Shanghai y Nanking y ejecutar a cientos de ellos. Poco después –el 18 de abril– Chiang-Kai-chek constituyó un gobierno independiente en Nanking y rompió sus relaciones diplomáticas con Moscú. El 15 de abril, el CE de la IC declaraba: “Con la más profunda indignación y el mayor de los desprecios declaramos que Chiang-Kai-chek es un traidor a la revolución, un aliado de los ladrones imperialistas, un enemigo del Kuomintang revolucionario, un enemigo del movimiento obrero y un enemigo de la Internacional Comunista”<sup>241</sup>.

En Wuhan se había concentrado, bajo la dirección de Wang Thingwei, el ala izquierda del Kuomintang, y formado un gobierno propio en oposición al de Nanking. Su poder se extendía a las provincias de Hupe y Hunan, la tierra natal de Mao Tse Tung. Pero los verdaderos amos del gobierno de Wang Thing-wei eran los generales, que simpatizaban secretamente con Chiang-Kai-chek. Las sublevaciones campesinas contra los terratenientes producidas en algunas zonas fueron aplastadas brutalmente por los jefes militares. Finalmente, los comunistas fueron arrojados del gobierno, que pasó a manos de los militares. Borodin, el principal

---

241 Degras, obra cit., II, pág. 363.

consejero de Stalin, tuvo que regresar a Moscú para dar cuenta a su jefe del revés sufrido por la política de la Comintern. En el transcurso de las semanas siguientes, el gobierno de Wuhan se reconcilió con Chiang–Kai–chek. La victoria de la contrarrevolución fue total.

Acosado por los reproches masivos de la oposición, Stalin no tuvo más remedio que tomar posición sobre la táctica suicida y miope seguida por él y Bujarin con respecto al Kuomintang y al PC chino. Pero lejos de admitir sus errores, el 28 de julio de 1927 el dictador publicó un extenso artículo en la *Pravda* justificando enteramente la táctica adoptada por el CE de la IC. Saliendo al paso de la oposición, que había recomendado a tiempo la separación del PC del Kuomintang, Stalin, al contrario, afirmaba que los comunistas no debían dar este paso “porque ello hubiera significado una anticipación peligrosa, porque hubiera impedido el acceso de los comunistas a las grandes masas de trabajadores que creían todavía en la dirección del Kuomintang, porque ello hubiera aislado al partido de las grandes masas campesinas..., porque la dirección del Kuomintang de U–Han, el CC de U–Han no había tenido todavía tiempo de agotar todas sus posibilidades en tanto que gobierno revolucionario burgués, no había tenido todavía tiempo de comprometerse y desacreditarse a los ojos de las grandes masas de trabajadores”<sup>242</sup>. Es decir, Stalin, por virtud de una especie de acto de

---

242 Stalin, *Le marxisme et la question nationale et coloniale*, página 276, París, 1953.

prestidigitación dialéctico, convertía su ceguera política en un triunfo; en cambio, la oposición, que había comprendido a tiempo el carácter contrarrevolucionario del Kuomintang, pasaba a convertirse, bajo la perspectiva de Stalin, en una pandilla de aventureros y ultraizquierdistas sin contacto con las masas. Y de la misma manera, la creación de soviets en China, propugnada por la oposición en abril de 1926 y rechazada por el binomio Stalin–Bujarin en esa fecha y en los meses siguientes, fue de pronto considerada por Stalin como la solución correcta: “Ayer, hace algunos meses, los comunistas de China no debían lanzar la consigna de los soviets porque ello hubiera significado dar pruebas de un espíritu de aventura propio de nuestra oposición, pues la dirección del Kuomintang no había tenido todavía tiempo de desacreditarse como adversario de la revolución. Hoy, por el contrario, la consigna de formar soviets puede convertirse en una consigna verdaderamente revolucionaria si en el próximo futuro surge un nuevo y poderoso movimiento revolucionario”<sup>243</sup>.

Pero Stalin no se limitó a responder a los reproches de la oposición con simples argumentos. Para demostrar a sus enemigos que su política china no había fracasado, el amo del Kremlin decidió organizar a toda prisa una revolución “desde arriba”, y que a ser posible debía coincidir con el XV Congreso del PC ruso, previsto para diciembre de 1927. Para

---

243 Ibid., págs. 283–284.

llevar a la práctica su plan, Stalin eligió a dos conocidos “izquierdistas”: Besso Lominadse y Heinz Neumann, que además eran íntimos amigos. Lominadse, a quien Trotsky llamaba “el niño prodigio de la revolución”, procedía de la Juventud Comunista Internacional, en la que había jugado un papel destacado. Por temperamento y convicción era un izquierdista, un partidario de la revolución a toda costa, un romántico exaltado. Pero estos rasgos, que más tarde iban a resultar trágicos para Lominadse, lejos de molestar a Stalin, constituían precisamente el motivo de que el dictador le hubiera elegido para desencadenar una revolución en China. Pues mientras Trotsky recomendaba ahora el repliegue de las fuerzas revolucionarias chinas, Stalin había “descubierto” una nueva situación revolucionaria; pero como esta situación no existía objetivamente, Stalin necesitaba a un exaltado como Lominadse para inventarla. “Lominadse –escribía Trotsky– ha convertido la posibilidad de un desarrollo permanente de la revolución en una fórmula escolástica garantizando de golpe y definitivamente una situación revolucionaria ‘para muchos años’. La permanencia de la revolución se transforma así en una ley situada más allá de la historia, independiente de la política de la dirección y del desarrollo de los acontecimientos revolucionarios”<sup>244</sup>. En cuanto a Heinz Neumann, elegido para secundar a Lominadse, le hemos visto ya jugar un importante papel a

---

244 Trotsky, *L’ Internationale Communiste après Lénine*, obra citada, tomo II, pág. 373.



raíz de las divergencias entre Stalin y el grupo Maslow–Ruth Fischer, y le veremos más adelante de nuevo, cuando pasemos a describir el encumbramiento del nacionalsocialismo. Como nos ha testimoniado Margarete Buber–Neumann –esposa y compañera suya–, Heinz Neumann era un simple reflejo o versión alemana de Lominadse, a quien idolatraba y a quien debía en parte su amistad con Stalin<sup>245</sup>.

Lominadse y Neuman recibieron en otoño de 1927 la orden de trasladarse a Cantón y organizar allí un levantamiento armado. Como bagaje llevaban, además de su juventud y su inexperiencia, una maleta llena de dólares. A pesar de que el entusiasmo revolucionario de las masas chinas se hallaba claramente ya en declive, Lominadse y Neumann decidieron llevar a cabo el putsch apetecido por Stalin. Los grupos conspirativos no sólo estaban aislados del resto de la población cantonesa, sino también pésimamente armados, quizá con la excepción de los antiguos oficiales de la Academia de Whampoa y de los suboficiales complicados en la sublevación. Numéricamente, los conspiradores se hallaban en clara inferioridad con respecto a las tropas del Kuomintang. Pero aprovechándose del factor sorpresa y del

---

245 «Besso Lominadse era el mejor amigo de Heinz Neumann –testimoniará su esposa–. Lomi, como le llamaba, se convirtió en el gran modelo de Heinz; representaba para él todas las cualidades humanas y masculinas dignas de poseerse. Reconocía la opinión de Lomi y su crítica le dolía profundamente.» Véase Margarete Buber–Neumann, *Von Potsdam nach Moskau*, pág. 162, Stuttgart, 1958.

extraordinario arrojo de los sublevados, los comunistas chinos, dirigidos por Lominadse y Neumann, lograron apoderarse, el 11 de diciembre de 1927, del centro de la ciudad y de algunos edificios estratégicos. Instalados en la Jefatura de Policía, Lominadse y Neumann hicieron imprimir a toda prisa miles de octavillas proclamando el Soviet de Cantón; pero dos días más tarde, debido a la falta de apoyo popular, la intentona insurreccional se desmoronaba totalmente en medio de la indiferencia de la población. Los trabajadores, en efecto, mantuvieron una actitud pasiva e incluso hostil frente a la rebelión comunista; lejos de adherirse a la huelga general, acudieron como siempre al trabajo y transportaron incluso a las tropas del Kuomintang. Margarete Buber–Neumann, que conocía los pormenores del putsch por su marido, escribe: “El espíritu de lucha de los trabajadores se hallaba resquebrajado a consecuencia tanto de los rabiosos métodos represivos de los elementos antisocialistas del Kuomintang como a consecuencia de la errónea política del PC”<sup>246</sup>. Para dar una idea del aislamiento en que se hallaban los insurrectos, baste consignar que una manifestación de masas convocada por los comunistas para el mediodía del día 11 de diciembre no fue visitada más que por unas 300 personas. “Las masas de la población no tomaron parte ni en el levantamiento ni en el gobierno soviético que se había establecido de pronto en la Jefatura de Policía. No se logró convencerlas de que el Soviet de

---

246 Buber–Neumann, obra cit., págs. 183–184.

Cantón había sido constituido para satisfacer los derechos y las reivindicaciones del pueblo”<sup>247</sup>. A juicio de Trotsky, “en Cantón... el Soviet creado a toda prisa... no sirvió más que para camuflar un putsch aventurero. Es por ello que después nos hemos enterado que el Soviet de Cantón se parecía a un viejo dragón chino: estaba simplemente dibujado sobre el papel”<sup>248</sup>. “El levantamiento de Cantón –resume Roy– fue el acontecimiento más trágico de toda la historia de la revolución china. Fue el mayor error cometido en el transcurso de ella, pues su sangrienta represión era inevitable. Fue una empresa ofensiva temeraria, mal concebida, preparada diletantemente, una verdadera aventura”<sup>249</sup>.

La derrota de la Comintern en China no podía ser más completa. Esta catástrofe estuvo originada por el empleo de métodos revolucionarios abstractos y burocráticos, sin conexión intrínseca con las particularidades de la situación china. Borodin, el hombre más influyente de la Comintern en China, carecía de la suficiente talla política y era un oportunista. Trotsky, con su causticidad habitual, le retrataría en los

---

247 Ibid., pág. 189.

248 Trotsky, *L’Internationale Communiste après Lénine*, obra citada, II, pág. 336.

249 Roy, obra cit., pág. 426. Tras el fiasco de Cantón, Roy rompió con la Comintern y militó en la oposición contra Stalin. En 1932 regresó a la India, su país natal, donde estuvo detenido seis años. En 1940 rompió definitivamente con el marxismo.

siguientes términos: “Habiendo abandonado Rusia antes de la primera revolución y habiendo regresado después de la tercera, Borodin aparece como un representante consumado de esta burocracia del Estado y del partido que no reconoce la revolución más que después de su victoria.

Cuando se trata de personas jóvenes, ello no es, en cierto modo, más que una cuestión de cronología. Pero tratándose de hombres de cuarenta a cincuenta años, es ya una característica política”<sup>250</sup>.

Besso Lominadse<sup>251</sup> y Heinz Neumann, enviados a última hora para corregir con una *tour de force* el oportunismo de derechas de Borodin, eran dos jóvenes demagogos sin verdadera experiencia revolucionaria y sin un conocimiento profundo de la situación china.

Manabendra Nath Roy, que era, entre todos los emisarios de la Comintern, el más inteligente y el que mejor conocía la mentalidad china, carecía de la influencia suficiente para

---

250 Trotsky, *La révolution permanente*, obra cit., pág. 252.

251 Tras el fracaso de Cantón, Lominadse no tardó en caer en desgracia, pasando a convertirse en un hombre políticamente postergado. En diciembre de 1934, a raíz de la muerte de Kirov –de la que hablaremos en otro capítulo–, Lominadse se disparó un tiro en el pecho cuando se dirigía a los locales del partido, adonde debía presentarse para ser interrogado. Poco después de su muerte, la prensa rusa desencadenó una campaña difamatoria contra él, en la que se le acusaba de haber sido «un traidor fascista–trotskista». Sobre los pormenores del suicidio de Lominadse véase Margarete Buber–Neumann, obra cit., págs. 411–415.

contrarrestar por sí solo a la camarilla estalinista dirigida por Borodin.

Trotsky podía escribir en 1931 con razón: “Si la revolución china de 1924–1927 hubiera estado abandonada a sus propias fuerzas, no habría alcanzado quizá inmediatamente la victoria, pero no hubiera recurrido a los métodos de harakiri, no hubiera experimentado la vergonzosa capitulación y hubiese educado a los cuadros revolucionarios”<sup>252</sup>.

### **III. LA VICTORIA DEFINITIVA DE STALIN SOBRE LA OPOSICIÓN. EL XV CONGRESO DEL PC RUSO. TROTSKY, SINOVIEV Y KAMENEV EXPULSADOS DEL PARTIDO**

Los errores de la política estalinista–bujarinista en China habían agudizado la tensión entre la burocracia del PC ruso y el bloque oposicional. A pesar de la persecución a que estaba sometida, la oposición, lejos de desmoronarse, ganaba terreno. “Se puso muy pronto de manifiesto –testimonia Trotsky– que como fracción éramos ahora más fuertes, es decir, ideológicamente mejor agrupados y más

---

252 Trotsky, *La révolution permanente*, obra cit., pág. 261.

numerosos”<sup>253</sup>. La coyuntura para iniciar una ofensiva general contra el secretario general y su aparato parecía más oportuna que nunca. Stalin no era sólo el responsable del fiasco chino. 1927 se presentaba como un año especialmente funesto para el gobierno soviético y la Comintern. En mayo de 1927, el gobierno inglés había roto sus relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. El 7 de junio fue asesinado el embajador ruso en Varsovia, Peter Woikov. En Leningrado fueron arrojadas varias bombas contra un local del partido, causando treinta heridos. En Berlín, Pekín, Shangai y Tientsin se produjeron en el verano de 1927 atentados contra las embajadas y legaciones comerciales de la URSS. El 7 de septiembre, los sindicatos ingleses decidieron cancelar su alianza con los sindicatos rusos y disolvieron el Comité anglo-ruso. En el interior de Rusia se multiplicaban las detenciones y las ejecuciones de supuestos “espías” y contrarrevolucionarios. Estos actos de terror desencadenaron una psicosis de anticomunismo en todo el mundo, especialmente en Europa. Rusia, más aislada que nunca, era considerada como el enemigo número uno por todas las cancillerías.

A mediados de 1927, Trotsky publicó su llamada *Declaración de Clemenceau*, que constituía un desafío abierto a Stalin y su camarilla. En este documento Trotsky afirmaba que en el caso de que Rusia se viese envuelta en una guerra

---

253 Trotsky, *Ma vie*, obra cit., pág. 610.

o en una situación de emergencia, él adoptaría con respecto al gobierno soviético la misma actitud que Clemenceau adoptó con respecto al gobierno francés durante la Primera Guerra Mundial, cuando los alemanes se acercaban a París. (Clemenceau había acusado al gobierno de su país de llevar a cabo una política derrotista e inepta y asumido más tarde personalmente el poder.) Stalin utilizó esta declaración de su rival para hablar de un “frente común antisoviético desde Chamberlain a Trotsky”. El 28 de septiembre de 1927, el presidium del CE de la IC y la CCI acordaron expulsar a Trotsky de la Comintern. Pero Trotsky, que se había decidido por fin a presentar batalla abierta contra Stalin, lejos de dejarse desmoralizar, multiplicaba sus esfuerzos para mantener en movimiento a la oposición, secundado por Sinoviev, Kamenev, Rakovski y demás líderes antiestalinistas. Sus actividades conspirativas eran, en otoño de 1927, muy intensas: “En varios puntos de Moscú y Leningrado –escribirá más tarde Trotsky– hubo reuniones secretas de obreros, obreras y estudiantes que se reunían en número de veinte, de cien e incluso de doscientos para oír a uno de los representantes de la oposición. En el curso de una jornada, yo visitaba dos o tres reuniones, a veces cuatro. Las reuniones tenían lugar, generalmente, en pisos de obreros. Dos pequeñas habitaciones abarrotadas; el orador se colocaba en el marco de la puerta.

A veces, todos estaban sentados en el suelo; la mayoría de veces, debido a la falta de sitio, era preciso que todos

hablásemos de pie”<sup>254</sup>. La oposición, particularmente activa entre los estudiantes, logró apoderarse de un aula de la Escuela Superior Técnica de Moscú; durante dos horas, Trotsky y Kamenev pudieron hablar ante un auditorio compuesto de dos mil personas.

Las actividades subversivas de la oposición no se limitaban a Rusia. A pesar de que formalmente Trotsky y Sinoviev se habían distanciado en 1926 de sus seguidores en el extranjero, los vínculos entre ambos grupos no habían dejado de existir. La crisis política de 1927 contribuyó no sólo a galvanizar a la oposición rusa, sino también a los focos de la Comintern que se hallaban en lucha contra el estalinismo. Con el fin de coordinar los esfuerzos entre el bloque oposicional ruso y sus partidarios en el extranjero, Trotsky y Sinoviev decidieron convocar una conferencia internacional de la izquierda antiestalinista, que debía celebrarse a finales de 1927 en Berlín. Ruth Fischer, que entretanto había regresado a Alemania y participaba activamente en la lucha contra Stalin, reporta: “Con ello, la oposición rusa quería organizar el apoyo internacional para sus planes; querían asumir el poder no como comunistas nacionales, sino como comunistas internacionales. Especialmente Sinoviev se interesaba en los preparativos de esta conferencia; utilizando la clave y el correo de la Embajada de Estambul, nos transmitía sus propuestas para la conferencia a través de Safarov...



Turov, que trabajaba en la Legación comercial de Berlín, nos prestaba buenos servicios al respecto, así como Kaplinski e Isajev. Pereverser, que era delegado de una Comisión de Ginebra en calidad de especialista en ferrocarriles, disponía de un vale para todos los trenes europeos. A Berlín nos llegaba de todas partes material de los partidarios del bloque: de Roma, de París, de las embajadas en los Balcanes, de Inglaterra y América”<sup>255</sup>. Kamenev, que había sido nombrada por Stalin embajador en Roma con el objeto de alejarle de Rusia, aprovechó su viaje de desplazamiento a la capital italiana para hacer escala en Berlín y ultimar los preparativos de la conferencia. Pero esta labor conspirativa en el extranjero, aunque contribuía a dar un apoyo moral a la oposición rusa, no ejerció ninguna influencia en la lucha entre Stalin y sus rivales dentro de la Unión Soviética.

Mientras el bloque oposicional conspiraba febrilmente, Stalin despojaba a sus líderes de sus últimas funciones legales. El 23 de octubre de 1927, Trotsky y Sinoviev perdían sus puestos en el CC del partido. Al mismo tiempo, la prensa acusaba a Trotsky y sus partidarios de querer fundar un nuevo partido. De todos modos, con motivo de haberse celebrado el pleno de octubre del CC del PC ruso, Trotsky y Sinoviev fueron objeto de manifestaciones de simpatía en Leningrado. El 7 de noviembre, a raíz de conmemorarse el décimo aniversario de la Revolución, Trotsky y Sinoviev se

---

255 Ruth Fischer, obra cit., págs. 715–716.

colocaron a la cabeza de sendas manifestaciones en Moscú y Leningrado. Pero escarmentado y puesto sobre aviso por la anterior manifestación en Leningrado, el partido tomó las medidas necesarias para impedir el éxito de las nuevas manifestaciones.

Mientras en Moscú un miliciano disparaba contra el coche de Trotsky, en Leningrado, Sinoviev y Radek fueron en seguida encerrados en un edificio por unidades de la GPU, mientras fuera transcurría la manifestación. El 14 de noviembre, el CC y la CCC decidieron, en una reunión conjunta, expulsar a Trotsky y Sinoviev del partido. Dos días más tarde se suicidaba en Moscú Adolfo Joffe, uno de los hombres de confianza de Trotsky. En una carta escrita poco antes de quitarse la vida, Joffe, después de subrayar su fidelidad a Trotsky, reprochaba a éste su carácter indeciso: “Yo nunca dudé de que el camino indicado por usted era el correcto, y he estado, como usted sabe, desde hace más de veinte años, desde el comienzo de la “revolución eterna”, de su parte. Pero fui siempre de la opinión de que usted carece de la inflexibilidad de Lenin, de su tenacidad, de su firmeza en proseguir en caso necesario sólo su obra comenzada y no apartarse del camino elegido” <sup>256</sup>. Para impedir que el entierro de Joffe fuese utilizado por la oposición, el gobierno ordenó que el sepelio tuviese lugar durante las horas de trabajo de un día laborable. A pesar de ello, la ceremonia

---

256 Trotsky, *Die wirkliche Lage in Russland*, pág. 264.

fúnebre se convirtió en una silenciosa manifestación contra Stalin. La conducción de los restos de Joffe movilizó a más de diez mil miembros de la oposición.

Entre tanto, Stalin preparaba el golpe final contra sus adversarios. En una resolución adoptada el 23 de noviembre de 1927 por el CE de la IC, la oposición fue calificada de incompatible con el bolchevismo, de esencialmente idéntica con la socialdemocracia y el menchevismo y de “pionera de la restauración democrática–burguesa”<sup>257</sup>. Las actividades de la oposición fueron apostrofadas de “abiertamente traidoras” para el movimiento obrero internacional, de “especialmente criminales en un momento en que la labor de edificación socialista exige la cooperación de todas las fuerzas y en que los Estados imperialistas más potentes proyectan un ataque contra la Unión Soviética”<sup>258</sup>.

El XV Congreso del PC ruso, inaugurado a principios de diciembre de 1927, se convirtió en una apoteosis del estalinismo. De los 898 delegados con derecho a voto, más de la mitad (449) asistían por primera vez a un congreso del partido. Durante el congreso, la plataforma oposicional intentó por última vez defender su posición en el marco legal del partido, siendo totalmente derrotada por la burocracia estalinista. Rakovski, interrumpido por los silbidos y los gritos de protesta; apenas pudo hacerse entender. Saliendo

---

257 Degras, obra cit., II, pág. 411.

258 Ibid., pág. 412.

al paso de las afirmaciones de Kamenev –que hizo una defensa moderada pero digna de la oposición–, Stalin, coreado por el júbilo histórico de los delegados, exclamó: “Basta, camaradas; hay que poner fin a este juego... El discurso de Kamenev es el más mentiroso, farisaico, canallesco y bellaco de todos los discursos pronunciados por la oposición desde esta plataforma”<sup>259</sup>. El congreso no sólo rechazó por una abrumadora mayoría de votos el programa de la oposición, sino que acordó, el 14 de diciembre, ratificar la expulsión de Trotsky y Sinoviev adoptada por el CC y la CCC el 14 de noviembre. Asimismo tomó una resolución expulsando del partido a 75 miembros activos de la oposición, entre los que se hallaban Kamenev, Radek, Rakovski, I. Smirnov, Piatakov y otros conocidos bolcheviques. El XV Congreso declaró que “la oposición ha roto ideológicamente con el leninismo, se ha convertido en un grupo menchevique, ha iniciado el camino de la capitulación entre la burguesía internacional e interna y se ha transformado objetivamente en un instrumento de esa tercera fuerza contra el régimen de la dictadura proletaria”<sup>260</sup>. Estas medidas fueron saludadas el 15 de febrero de 1928 por el CE de la IC en su decimonovena sesión plenaria: “La sesión plenaria expresa su plena solidaridad con las decisiones del PC de la Unión Soviética y con las medidas adoptadas por los organismos soviéticos para

---

259 Isaac Deutscher, obra cit., pág. 311.

260 Geschichte Kom. Partei Sowjetunion, obra cit., pág. 350.

poner fin a las actividades antisoviéticas de la oposición”<sup>261</sup>.

Sinoviev, Kamenev y la mayor parte de los 75 comunistas expulsados del partido publicaron poco después “auto-críticas” en las que se retractaban de sus anteriores acusaciones y prometían acatar la disciplina y la línea oficial del partido. Estas “confesiones” no perseguían otro objeto que el de evitar el destierro a Siberia y el de obtener una tregua. La mayor parte de los “arrepentidos” fueron, en efecto, readmitidos de nuevo en las filas del partido. Trotsky que se negó a someterse a esta humillación, fue deportado a principios de enero de 1928 a Alma-Ata, una pequeña localidad perdida en el Asia Central, cerca de la frontera china, a cuatro mil kilómetros de Moscú y a doscientos cincuenta de la próxima estación de ferrocarril.

#### **IV. EL VI CONGRESO DE LA COMINTERN**

El VI Congreso Mundial de la Comintern tuvo lugar en Moscú entre el 17 de julio y el 1 de septiembre de 1928. Desde la celebración del V Congreso habían transcurrido cuatro años, a pesar de que los Estatutos de la IC prescribían

---

261 Degras, obra cit., II, pág. 425.

la necesidad de convocar anualmente una reunión del máximo foro legislativo. El hecho de que el congreso mundial no hubiera deliberado durante cuatro años no obedecía a ninguna casualidad: Stalin había utilizado este interregnum para poner fuera de juego a sus principales enemigos y para afianzar su posición personal dentro del PC ruso, de la Comintern y de las diversas secciones nacionales adheridas a esta última organización. La implacable lucha sostenida por Stalin para acaparar el poder en sus manos se había iniciado con la enfermedad de Lenin y terminado momentáneamente con la deportación de Trotsky a Alma-Ata.

El VI Congreso mundial fue un espectáculo estalinista *par excellence*, si bien el dictador no participó personalmente en los debates. En realidad, el VI Congreso de la IC había sido convocado para corroborar a nivel internacional la línea establecida en el XV Congreso del PC ruso. La mayoría de delegados congregados no habían acudido para expresar sus propias ideas, sino simplemente para corear con su presencia física y sus aplausos una serie de resoluciones tomadas entre bastidores por el presidium del CE y por el Politburó ruso. Se trataba de un congreso de oportunistas y arribistas. Los delegados procedían en su mayor parte de la nueva guardia creada por Stalin, eran funcionarios cínicos del tipo de Thorez, Ernst Thälmann, Togliatti, Foster, Gottwald o Walter Ulbricht. Casi todos ellos debían su ascenso a su

servilismo. No eran verdaderos revolucionarios como los dirigentes de la primera fase de la Comintern, sino cortesanos y lacayos del Moloch burocrático creado por Stalin. El 62 por 100 de los delegados presentes eran funcionarios retribuidos por la Comintern directamente o por las respectivas secciones nacionales. Una gran parte de los delegados (359 en total) tenían una edad que oscilaba entre los 21 y los 40 años, lo que indicaba claramente que la vieja guardia revolucionaria había sido sustituida por un conglomerado de neófitos y recién llegados. Los partidos representados por los delegados se habían convertido en ejecutores mecánicos de la política de Stalin y se hallaban en plena dependencia económica con respecto a Moscú, como se verá en otra parte de este libro. La era de la corrupción, de la obediencia de cadáver y de las delaciones estaba en marcha. La depuración realizada en las filas del PC ruso había sido completada con una serie de expulsiones en el seno de las diversas secciones nacionales. Con excepción de una pequeña minoría de bujarinistas o de antiestalinistas todavía presentes en el VI Congreso, la “Gleichschaltung” de la Comintern era perfecta.

El número de delegados asistentes al VI Congreso fue de 515, de los cuales 143 tenían sólo voto consultivo. Los partidos y organizaciones representados ascendían a 66 y abarcaban un total de 4.024.159 afiliados. De esta cifra, a primera vista impresionante, 2.225.300 miembros pertenecían a la Juventud Comunista Internacional y 1.210.954 al PC de

la Unión Soviética. El índice de afiliados de los demás partidos –incluso de los más importantes– era bastante modesto. Así, por ejemplo, el PC alemán contaba con 124.729 militantes; el checoslovaco, con 150.000; el francés, con 52.376; el sueco, con 15.479; el norteamericano, con 12.000, y el inglés con 9.000.

Aunque Bujarin tuvo a su cargo la ponencia principal y pronunció el discurso de clausura del congreso, su posición era ya en estos momentos sumamente precaria. “Aparentemente –escribirá Trotsky– la dirección pertenecía a Bujarin, que presentó el informe moral, indicó la línea estratégica, propuso e hizo votar el programa –lo que no era poco–, inauguró el congreso y lo clausuró haciendo su balance final. Su preeminencia parecía absoluta. Sin embargo, todo el mundo sabe que la influencia real de Bujarin en el congreso fue casi nula”<sup>262</sup>. Humbert–Droz, uno de los más notables partidarios de Bujarin, anota: “La lucha en el interior del PC de la URSS entre Stalin y la ‘derecha’, Bujarin, Rykov, Tomski, había comenzado. Los delegados del VI Congreso discutían sobre ello en los pasillos y prestaban poca atención a los discursos”<sup>263</sup>. Bujarin, consciente ya del peligro que le amenazaba, dio durante el VI Congreso lectura a una carta de Lenin dirigida a Sinoviev y a él, en la que su maestro y jefe les advertía que si ambos reemplazaban en la Internacional

---

262 Trotsky, *L’ Internationale Communiste après Lénine*, obra citada, II, 483.

263 Humbert–Droz, obra cit., pág. 256.



Comunista a hombres inteligentes e independientes por imbéciles dóciles, acabarían por hundir a esa organización. Era una advertencia dirigida a Stalin, que en su despacho del Kremlin había empezado a afilar sus cuchillos contra Bujarin. Pero el secretario general no era un hombre inclinado a dejarse intimidar por alusiones platónicas como la de Bujarin. Una carta de Lenin no era un motivo para impedir o demorar su marcha hacia el mando absoluto. Bujarin era el único líder comunista mencionado en el testamento de Lenin todavía no caído en desgracia. Los demás –Trotsky, Sinoviev, Kamenev, Piatakov– habían perdido su libertad de acción. Siguiendo su música habitual de *divide et impera*, Stalin había utilizado a Bujarin de marioneta para combatir a Trotsky, Sinoviev y Kamenev. Una destitución de Bujarin pocos meses después de la marginación de estos últimos hubiera aparecido como demasiado precipitada, hubiese documentado con demasiada claridad la impaciencia de Stalin por monopolizar el poder. Era, pues, necesario guardar las apariencias. Esa fue la razón de que Stalin dejase a Bujarin presidir todavía formalmente el VI Congreso de la Comintern. Las decisiones, detrás de los bastidores, eran ya tomadas por Manuisky y sus agentes.

En 1928 la Comintern no tenía objetivamente ya ninguna razón de seguir existiendo. Moralmente era un cadáver putrefacto, una organización momificada. Su reputación, tras el colapso chino, había descendido a su punto más bajo. El fracaso total de sus primeros diez años de actuación tuvo

que ser reconocido incluso por los delegados asistentes al VI Congreso: “Los primeros intentos en realizar un cambio revolucionario, surgidos debido a la grave crisis del capitalismo (1918–1921), terminaron con la victoria y el afianzamiento de la dictadura del proletariado en la Unión Soviética, pero con la derrota del proletariado en una serie de otros países”<sup>264</sup>. Pero Stalin tenía algunas razones de peso para no desear la disolución de la Internacional Comunista. En el momento en que se reunía el VI Congreso, el primer plan quinquenal estaba ya preparado. Stalin necesitaba la Comintern como instrumento de propaganda para esta empresa. Stalin tenía otro motivo para no dar el tiro de gracia a la III Internacional: su intención de utilizarla como espada de Damocles contra las potencias capitalistas. Rusia era en 1928 demasiado débil para poder sostener con éxito un eventual conflicto armado con las principales naciones europeas. Sobre el papel por lo menos, la Comintern constituía un instrumento de poder con el que Stalin podía amedrentar a los países capitalistas. La III Internacional representaba una especie de quinta columna de la Unión Soviética en los cinco continentes, especialmente en el europeo. La supervivencia de la Comintern podía contribuir a impedir una guerra de agresión contra la Unión Soviética, o bien, en el caso de que ésta tuviera lugar, ejercer, a través del sabotaje y la acción subversiva, una acción desmoralizadora sobre las fuerzas de

---

264 Programm der Kommunistischen Internationale, angenommen von VI. Weltkongress, pág. 18, Moscú, 1932.

los países en guerra con la Unión Soviética. Este trasfondo táctico quedó claramente expresado en el programa de acción aprobado por el VI Congreso: “La Unión Soviética es la verdadera patria del proletariado, el más firme apoyo de sus logros y el factor principal de su liberación Internacional; esto obliga al proletariado internacional a contribuir al éxito de la edificación socialista en la Unión Soviética y a defender al país de la dictadura del proletariado con todos los medios contra los ataques de las potencias capitalistas”<sup>265</sup>.

El VI Congreso anunció, en efecto, la tesis de que en un futuro más o menos próximo era inevitable una guerra imperialista de los países capitalistas de vanguardia contra la Unión Soviética. Esta tesis sustentada por el VI Congreso y confirmada en el X Pleno del CE de la IC en el verano de 1929, partía del supuesto de que el capitalismo había entrado en una “tercera fase”, en el curso de la cual se iba a producir una agudización de sus contradicciones internas y un resquebrajamiento de la relativa estabilidad de que había gozado durante la “segunda fase”: “La experiencia de todo el período de postguerra demuestra que la estabilización del capitalismo, que fue lograda por medio de la opresión de la clase trabajadora y la sistemática disminución de su nivel de vida, sólo puede ser una estabilización parcial, provisional y frágil”<sup>266</sup>.

---

265 Ibid., pág. 57.

266 Ibid., pág. 22.

Trotsky captó en seguida el nexo causal existente entre el anuncio de una guerra imperialista contra la URSS y el papel de gendarme que Stalin pensaba asignar a la Comintern en el futuro. La misión de la IC no era, durante la “tercera fase” capitalista, la de aprovechar el estallido de la guerra para realizar la revolución en los países capitalistas, sino la de impedir que éstos se decidiesen a agredir a Rusia. “El error fundamental del VI Congreso de la IC –escribe Trotsky– fue el de pretender elaborar instrucciones técnico-revolucionarias para hacer frente a las amenazas de guerra, después de haber separado la lucha contra la guerra de la lucha contra el poder. Lo hizo para salvar las concepciones pacifistas y nacional-reformistas de Stalin y Bujarin”<sup>267</sup>. Trotsky, en efecto, acusaba a Stalin y Bujarin de haber “hecho de la lucha contra la guerra una tarea autónoma particular”<sup>268</sup>, es decir, de querer convertir a la Comintern en un mero instrumento de la política interior y exterior rusa.

El surgimiento en Europa de un clima revolucionario encajaba en los planos de Stalin, pero el jefe bolchevique no estaba en modo alguno interesado en que el proletariado se adueñara del poder en alguno de los países capitalistas de vanguardia, especialmente Alemania. Stalin comprendía perfectamente que la victoria de una revolución obrera en

---

267 Trotsky, *La révolution permanente*, obra cit., págs. 225–226.

268 *Ibid.*, pág. 226.

cualquiera de los países europeos importantes relegaría a segundo término la revolución soviética y estaría en condiciones de realizar una sociedad socialista más humana, más libre y más potente que la que existía en Rusia. Pero el sueño de Stalin era precisamente el de convertir a Moscú en la Meca del movimiento revolucionario internacional, en una Roma roja, como se deduce claramente de las resoluciones adoptadas en el VI Congreso: “La Unión Soviética se convertirá necesariamente en la base del movimiento internacional de todas las clases oprimidas, en el centro principal de la revolución internacional, en el factor más importante de la historia mundial”<sup>269</sup>. No era solamente el chovinismo panruso y el paneslavismo lo que inducía a Stalin a mirar con hostilidad la posibilidad de una gran revolución socialista fuera de Rusia. Stalin sabía perfectamente que a diferencia de lo que había ocurrido en la Unión Soviética, los partidos comunistas europeos o extraeuropeos no estaban en condiciones de realizar con éxito por sí solos una revolución; si ésta se producía, sería probablemente la socialdemocracia la que asumiría la hegemonía, y no los comunistas. Sólo bajo esta perspectiva táctica se explican los ataques lanzados por el VI Congreso contra la socialdemocracia, cuyos dirigentes fueron calificados, como de costumbre, de lacayos del imperialismo y de traidores a la clase obrera. Mientras en su fase inicial la Comintern había procedido a una diferenciación cualitativa entre los

---

269 Der deutsche Kommunismus. Dokumente, obra cit., pág. 52.

socialdemócratas de derecha y los de izquierda, el VI Congreso los arrojó a todos en un mismo saco: “Para la realización sistemática de esta política contrarrevolucionaria, la socialdemocracia se sirve de sus dos alas: el ala derecha abiertamente contrarrevolucionaria es indispensable para llevar a cabo negociaciones y mantener contacto directo con la burguesía, mientras que la “izquierda” tiene la misión especial de llevar a cabo entre el proletariado maniobras de engaño hábilmente urdidas”<sup>270</sup>. Por ello, acordó el VI Congreso, “el proletariado internacional sólo puede cumplir su misión histórica –la destrucción del yugo imperialista y la implantación de la dictadura del proletariado –en lucha implacable contra la socialdemocracia”<sup>271</sup>. El Congreso dio la orden de constituir el “frente único desde abajo”, es decir, de intentar una marcha en común entre los comunistas y las masas socialdemócratas y de rechazar toda colaboración con los jefes y dirigentes de los partidos socialdemócratas, Teniendo en cuenta que en su gran mayoría, los militantes socialistas se sentían vinculados a sus líderes, la consigna de la Comintern no significaba otra cosa que agravar la escisión existente ya entre comunistas y socialdemócratas.

Este llamamiento abierto a la escisión perseguía el objeto de debilitar a la izquierda europea y hacerla impotente para

---

270 Prog. Kom. Int. angenommen von VI. Weltkong, obra cit., página 20.

271 Der deutsche Kommunismus. Dokumente, obra cit. pág. 47.

una toma del poder. Una marcha en común entre comunistas y socialistas (que dominaban los sindicatos europeos) hubiera potenciado notablemente a la izquierda y creado las condiciones necesarias para una ofensiva revolucionaria de gran envergadura. Los partidos comunistas debían ser lo suficientemente fuertes para ser utilizados como espantapájaros por Stalin, pero no lo suficientemente fuertes como para poder realizar por su cuenta la revolución. Stalin sabía que los partidos comunistas no rusos sólo podían ser manipulados por él en la medida en que no constituyesen una gran fuerza. Debilitar hasta cierto punto a esos partidos y mantenerlos separados de la socialdemocracia y de los sindicatos, era, por tanto, el primer postulado de la táctica estalinista, cuyo carácter maquiavélico y pérfido no era intuido, en ese momento, por casi nadie.

## **VI LA CAIDA DE BUJARIN, RYKOV Y TOMSKI. LANZAMIENTO DEL PRIMER PLAN QUINQUENAL. LA OFENSIVA CONTRA LOS “KULAKS”**

Aparentemente, la derrota de Trotsky, Sinoviev y Kamenev venía a soldar y coronar la alianza establecida entre Stalin y Bujarin durante la lucha contra sus rivales de izquierda. El

nuevo politburó surgido tras el XV Congreso del PC ruso reflejaba, en efecto, por su composición, el equilibrio de poderes entre el grupo centrista de Stalin y el grupo derechista de Bujarin. Bajo la órbita de Bujarin se hallaban Rykov, jefe del gobierno desde la muerte de Lenin, y Tomski, presidente de los Sindicatos rusos y de la Profintern. Stalin contaba con el apoyo de Molotov, Kuibyshev y Rudzutak. En cuanto a los otros dos titulares del Politburó –Voroichilov y Kalinin– su posición inicial era incierta, aunque ambos no tardarían en decantarse a favor del Secretario General. Stalin sólo disponía de una clara hegemonía entre los suplentes: Kirov, Kaganovitch, Andreyev, Mikoyan y otros eran partidarios incondicionales suyos.

Pero apenas neutralizado el peligro trostkista–sinovievista, Stalin se apresuró a poner fuera de juego al bloque derechista que había apoyado su lucha contra la desviación “izquierdista”. La figura más relevante de la nueva fracción oposicional era Bujarin, el teórico más preparado de la Comintern y el hombre a quien Lenin había designado en su testamento como al “favorito del Partido”. Por razones tanto personales como políticas –que en Stalin formaban una unidad indivisible–, el Secretario General no estaba dispuesto a presenciar como en torno a Bujarin surgía un centro ideológico opuesto al de su propia camarilla burocrática. El prestigio teórico de Bujarin significaba una afrenta para su morbosa vanidad; la posibilidad de que la personalidad de Bujarin acabase por convertirse en un



contrapunto de sus propios planes, un riesgo demasiado grande para su carrera política.

Bujarin no estaba solo. Una parte de los líderes juveniles del Partido estaban con él, entre ellos Slepkov, Marezki, Eichenwald y Gondenberg. Gracias a su alianza con Tomski, Bujarin era apoyado también por dirigentes sindicales como Melnichanski y Dogadov.

Rykov contaba con el sostén de destacados funcionarios del Partido como A. Smirnov, Eismont y W. Schmidt. El nuevo triunviro disponía además del apoyo de una parte de los dirigentes de Moscú, como Uglanov, Kotov, Uchanov, Rjutin y Polonski.

Como hemos visto, los delegados asistentes al VI Congreso de la Comintern se habían dado cuenta ya de la tensión existente entre Bujarin y Stalin. En otoño de 1928, las diferencias entre el Secretario General y la nueva oposición eran la “comidilla” de los funcionarios de la Comintern residentes en Moscú. Henri Barbé, a su llegada a la capital rusa en octubre de 1928, pudo comprobar pronto que la ofensiva psicológica contra el triunviro de derechas estaba ya en marcha: “Por estas fechas... se estaba desarrollando la crisis entre Stalin y el grupo de Bujarin. La gente había empezado a hablar sobre ella en los círculos superiores del Hotel Lux. Pero la crisis no estallaba... En la Comintern, una fuerza secreta y lenta actuaba con el objeto de desacreditar a Bujarin, presentándolo como un ideólogo confuso y un

intelectual de origen burgués. Sobre Rykov se decía que, aparte de emborracharse, no hacía nada. Tomski era acusado simultáneamente de demagogia obrera y de desviacionismo pequeño-burgués”<sup>272</sup>. La primera vez que Stalin mencionó públicamente a Bujarin como al líder del nuevo grupo oposicional fue en abril de 1929, más de un año después de haber surgido sus divergencias. En enero de 1929, Stalin propuso al Politburó que Trotsky fuese expulsado de Rusia. Bujarin votó en contra de esta medida. Poco después, Bujarin buscó contacto con Kamenev, a quien propuso la misma alianza que antes habían propuesto Sinoviev y Kamenev a Trotsky. La historia se repetía, sólo que con distintos nombres. “En tanto el Partido estuvo ocupado con la liquidación del bloque trotskista-sinovievista – escriben los historiadores oficiales–, el grupo Bujarin-Rykov se mantuvo más o menos quieto, permaneció en la reserva de las fuerzas hostiles al Partido, no se decidió a apoyar abiertamente a los trotskistas, actuando incluso a ratos junto con el Partido contra los trotskistas. Pero cuando el Partido inició la ofensiva contra el kulakismo y empleó medidas especiales contra el mismo, el grupo Bujarin-Rykov

---

272 Henri Barbé, *Stalin and the Rébellion of Tasca and Humbert-Droz*, en «The Comintern: Historical Highlights», obra cit., págs. 218–219. Henri Barbé jugó un papel muy destacado en el PC francés. En 1926 había sido secretario general de la Juventud Comunista de su país; a finales de los años 20 fue elegido miembro del CE de la IC y del presidium del CE. En 1934 se unió a Doriot, con quien fue expulsado del partido. En 1939 rompió con Doriot y colaboró con los nazis en las filas del partido fundado por el exsocialista Marcel Deat.

se quitó la máscara y se alzó abiertamente contra la Política del Partido”<sup>273</sup>.

Stalin no podía, naturalmente, emprender la lucha contra Bujarin en nombre de su ambición personal y necesitaba justificarla con razones objetivas. Aprovechándose de la crisis agrícola que reinaba en el país, Stalin dio un viraje a la izquierda y asumió de pronto la política antikulakista defendida por la oposición anteriormente, identificando la nueva línea con los intereses del Partido y acusando a Bujarin y sus aliados de desviacionismo de derechas. Mientras Stalin, abandonando su centrismo anterior, era ahora partidario de forzar el ritmo de industrialización y de acelerar a toda costa el proceso de colectivización del campo, Bujarin se inclinaba hacia una política menos drástica. Bujarin y sus partidarios temían con razón que una política demasiado radical del Estado con respecto a los campesinos perjudicaría la producción agrícola y traería consigo una “degradación” (retroceso) de la misma. Los escrúpulos bujarinistas en llevar a cabo la colectivización de la agricultura con métodos coactivos fueron apostrofados por Stalin de “oportunismo de derechas” y de “kulakismo”.

En abril de 1929 se celebró la XVI Conferencia del PC ruso, cuya orden del día más importante era la discusión sobre el primer plan quinquenal. Mientras la “derecha” postuló en vano la aplicación “mínima” del programa, Stalin y su

---

273 Geschichte der Rom. Partei Sowjetunion, obra cit., pág. 355.

aparato consiguieron fácilmente imponer la variante “máxima”. El primer plan quinquenal constituía una burda deformación del proyecto de reforma agrícola elaborado en su día por el Dr. Püschel, un experto alemán contratado por los dirigentes soviéticos para sanear y modernizar la política agraria de la URSS. Mientras la idea central del profesor Püschel había sido la de incrementar la producción del campo por medio del adiestramiento técnico–profesional de los campesinos y de la mecanización de las faenas agrícolas, Stalin convirtió el proyecto del especialista alemán en un instrumento de represión y coacción. En 1928, la superficie de granjas colectivas no pasaba todavía de 1.390.000 hectáreas; en 1930 había pasado a ser ya de unos 15 millones, lo que da idea de la presión ejercida sobre las campesinos ricos y medios, opuestos a la colectivización forzosa.

En su pleno de noviembre de 1929, el CC del PC ruso acordó destituir a Bujarin de su puesto en el Politburó y dirigió una “seria amonestación” a Rykov y Tomski, que fueron destituidos de sus cargos al frente del gobierno y de los Sindicatos. Con el objeto de evitar su expulsión del Partido y su probable deportación a Siberia, Bujarin, Rykov y Tomski publicaron a fines de 1929 una autocrítica reconociendo sus errores y prometiendo acatar la línea del Partido.

Con su victoria sobre el triunviro Bujarin–Rykov–Tomski, Stalin pudo consolidar definitivamente su posición dentro del PC ruso y entregarse ya sin riesgo alguno a su política

dictatorial dentro y fuera de la URSS. En 1929 tuvo lugar la transición entre la fase leninista de la NEP y la era estalinista del capitalismo de Estado y de la planificación total de la economía. A partir de este momento no era la economía la que servía al hombre, sino el hombre a la economía. El socialismo de la estadística había nacido.

## **VI. LA OFENSIVA ANTIDERECHISTA DENTRO DE LA COMINTERN**

La depuración realizada en Rusia contra la derecha fue completada con una campaña análoga en las secciones más importantes de la Comintern.

La purga contra los elementos antiestalinistas tuvo especial importancia en Alemania, la sección clave de la IC fuera de Rusia. El 19 de diciembre de 1928, el presidium del CE de la IC, en una carta abierta dirigida al PC alemán, subrayó el “peligro derechista existente en el KPD”, documento que fue publicado tres días más tarde por la *Rote Fahne*, El 21 de diciembre, el Politburó del KPD tomó una resolución solidarizándose plenamente con el presidium del CE de la IC: “El Politburó aprueba incondicionalmente la clara y enérgica toma de posición del presidium del CE de la IC sobre el grupo

derechista de liquidacionistas existente en el KPD... La carta abierta a los miembros del KPD constituye una de las más importantes decisiones tomadas por la Comintern con vistas a combatir y liquidar implacablemente también en los demás partidos hermanos el peligro de las corrientes y fracciones de derecha”<sup>274</sup>. Esta fue la señal para una depuración contra los representantes de la derecha dentro del KPD. En los días que siguieron a la publicación de la carta abierta del CE de la IC y de la decisión del Politburó alemán, fueron expulsados del Partido dirigentes tan conocidos como Brandler, Thalheimer, Fröhlich, Walcher, Hausen, Galm, Enderle, Schreiner y Tittel.

Pocos días después, los expulsados convocaron en Berlín una conferencia nacional, en el curso de la cual se fundó la “Oposición del KPD” (KPD–O). La nueva organización ejerció al principio bastante influencia en Sajonia y Turingia. En el programa publicado por el KPD–O se acusaba al PC alemán de boicotear la unidad de la clase obrera, de destruir la cohesión de los sindicatos, de oprimir toda práctica democrática dentro del Partido, de haber implantado una dictadura burocrática y de haber caído en el error del “ultraizquierdismo”. Con visión profética, el KPD–O anunciaba que el PC alemán se había convertido en un “aparato vacío y autárquico que no tiene ya nada en común con la lucha de la clase trabajadora y que finalmente, cuando

---

274 Rote Fahne, 23 diciembre 1928.

llegue la hora de la primera confrontación revolucionaria seria, se derrumbará víctima de su vacío interior”<sup>275</sup>.

La situación en que la depuración dejó al PC francés, es descrita en términos muy plásticos por Maurice Ceyrat: “Por lo que respecta a Francia, el PC, desde hace tiempo, no es más que un anexo, una agencia de propaganda del Estado ruso. Los dirigentes fingen todavía creer que sirven a la revolución, aunque saben perfectamente que no sirven, de hecho, más que los intereses del Estado ruso. El Partido ya no tiene vida propia, una actividad independiente. Se le prohíbe toda iniciativa, no espera más que directrices del Kremlin. Esta “bolchevización” del Partido no se produce sin algunos tropiezos. Hay militantes y cuadros que se niegan a someterse. Pero todo el que no se inclina ante Moscú es implacablemente eliminado... Al término de la depuración no queda más que un “aparato” perfectamente dócil a las órdenes de Stalin y dispuesto siempre a servir los designios de la nueva casta de dirigentes de la URSS”<sup>276</sup>.

En el PC italiano, la caída de Bujarin arrastró consigo a varios dirigentes, a la cabeza de los cuales se hallaba Angelo Tasca, conocido en la Comintern por el seudónimo de “Serra”. Tasca fue atacado personalmente por Stalin el 19 de

---

275 Junius Verlag, Was will die Kommunistische Partei Deutschlands– Opposition?, Berlín, 1930.

276 Maurice Ceyrat, La trahison permanente. Parti communiste et politique russe, págs. 22–23, París, 1948.

diciembre de 1928 en una sesión del presidium del CE de la IC. Lejos de dejarse intimidar, el comunista italiano tuvo el coraje de plantar cara al dictador. Henri Barbé, que fue testigo presencial de la confrontación entre ambos, escribiría más tarde: “En un momento determinado, cuando Stalin se estaba dirigiendo a Tasca y afirmaba que éste estaba equivocado y que ciertamente estaba obligado a reconocer su error, Tasca se levantó e interrumpiendo el discurso replicó que él (Tasca), no iba ciertamente a reconocer que estaba equivocado”<sup>277</sup>. En septiembre de 1929 Tasca fue expulsado del PCI, poco más tarde Bordiga e Ignacio Silone<sup>278</sup>. El PCI pasó ahora a manos de Togliatti (alias Ercoli), que desde la detención de Gramsci y Terracini en noviembre de 1926 se había convertido en el hombre de confianza de Stalin.

La persecución de los “desviacionistas de derecha” alcanzó también las filas del PC inglés que, hasta entonces, por su debilidad numérica, había gozado en la Comintern de lo que los alemanes llaman “Narrenfreiheit”, es decir, libertad de locos. En realidad, los comunistas ingleses –o una parte de ellos–, conscientes por lo visto de su misma insignificancia, habían sido los que más abiertamente habían manifestado

---

277 Henri Barbé, obra cit., pág. 223.

278 Tras su expulsión del PCI, Tasca fijó su residencia en París y adoptó el nombre supuesto de A. Rossi, bajo cuyo seudónimo publicó, hasta su muerte, en 1960, una serie de valiosos libros dedicados a describir y analizar el proceso de degeneración del comunismo estalinista.



su opinión en los plenos y asambleas de la Comintern. Pero la caza de brujas desencadenada por la caída de Bujarin afectó también a los comunistas ingleses, tan acostumbrados a su independencia. En el X Pleno celebrado por el CE de la IC en julio de 1929, Manuilsky ejerció una severa crítica sobre el PCGB, acusándole de “excesiva insularidad” y de haberse dejado vencer por la desmoralización a consecuencia del fracaso de la huelga general de 1926. En una resolución adoptada por el Pleno, se requería del PC inglés que “extirpase de sus filas todas las reminiscencias de desviacionismo oportunista de derechas”<sup>279</sup>. Durante varios meses, los líderes del PC inglés se dedicaron, en la prensa y en las asambleas, a acusarse mutuamente de desviacionismo de derechas. Al final de esta campaña de delación recíproca fueron expulsados del Partido Albert Inkpin, Jock Wilson, Andrew Rothstein, Horner, Bell y otros conocidos dirigentes de la primera hora que por su sinceridad crítica se habían hecho incómodos a Moscú. Afianzados de la depuración salieron Gallacher, Harry Pollitt y Palme Dutt.

La ofensiva contra el peligro derechista condujo, en Norteamérica, a la destitución del secretario general del PC de USA, Jay Lovestone, cuyo grupo era mayoritario en el Partido. En España, la depuración trajo consigo la caída de Andrés Nin. Una de las víctimas más destacadas de la purga

---

279 Macfarlane, obra cit., pág. 233.

fue Lambert–Droz, jefe del Secretariado Latino y hombre de confianza de Bujarin. En diciembre de 1928, Lambert–Droz, adelantándose a la burocracia del CE de la IC, presentó su dimisión, que por motivos tanto formales como de disciplina no fue aceptada por el mando de la Comintern. Sin duda con la intención de rehuir posibles represalias, en octubre de 1930 Lambert–Droz hizo una autocrítica pública de sus errores, que fue publicada el 6 de noviembre en la Correspondencia de prensa internacional, el órgano de la Comintern. De regreso a Suiza, fue designado, en 1931, secretario general del PC de su país. En 1932, la Comintern le destituyó de su cargo por seguir defendiendo posiciones heterodoxas.

## CAPÍTULO VII

### **I. ORGANIZACION, ESTRUCTURA Y FUNCIONAMIENTO DE LA COMINTERN: UN MODELO RUSO**

En 1929, tras sus primeros diez años de existencia, la Comintern se había convertido en un cuerpo monolítico totalmente dominado por el Politburó del PC ruso y, en un sentido más estricto, por Stalin. Este proceso de rusificación de la IC ha sido descrito en los capítulos anteriores en su aspecto ideológico e histórico, pero no en su aspecto organizativo. Las escasas referencias a la estructura interna de la Comintern, a sus Estatutos y a su funcionamiento orgánico eran provisionales y cumplían sólo la función de facilitar la comprensión de determinados acontecimientos. Pero antes de reanudar la descripción episódica de la Comintern, es indispensable proceder a un análisis sistemático y exhaustivo de su organización y estructura, de sus “órganos intestinos”. Este análisis ha de posibilitar no sólo una compren-

sión más cabal del proceso de bolchevización descrito anteriormente, sino que ha de servir para que el lector entienda en todo su significado la fase mono–estalinista que se describirá en los próximos capítulos. A pesar de la abundante literatura vulgar–sensacionalista y de los documentos científicos publicados en los últimos tres decenios sobre el comunismo mundial, las palabras escritas en 1939 por Krivitsky no han perdido su vigencia: “La estructura general de la Comintern no constituye ningún secreto. Es ampliamente conocido que existen partidos comunistas legales o ilegales en todos los países del mundo. El mundo sabe que el cuartel general se halla en Moscú, pero no conoce casi nada de su aparato real y su íntima conexión con la OGPU y el servicio secreto soviético”<sup>280</sup>. O para decirlo con las palabras del ex comunista norteamericano Louis F. Budenz: “El hombre medio no tiene la menor idea del mundo extraño que bajo la forma de PC existe en medio de su país”<sup>281</sup>.

La transformación de la Comintern en un aparato centralizado al servicio de Moscú fue, en lo esencial, la obra de Stalin y de la burocracia surgida tras la muerte de Lenin, pero muchos de los supuestos organizativos y estructurales para dicho proceso de bolchevización fueron establecidos ya por Lenin y Trotsky. Pensemos solamente en los Estatutos, en el

---

280 Walter G. Krivitsky, *I was Stalin's Agent*, pág. 68, Bristol, 1939.

281 Louis Francis Budenz, *This is my Story*, trad. alemana *Was wül Moskaus?*, pág. 17, Basilea, 1952.

carácter draconiano de las 21 condiciones de ingreso, en el procedimiento de las purgas y de las expulsiones de grupos o militantes incómodos, en la práctica de enviar agentes a los países extranjeros con el objeto de influir a las secciones nacionales y en la hegemonía que el PC ruso desempeñó desde el primer momento en los órganos ejecutivos y legislativos de la IC. Sería desde luego antidialéctico establecer una rígida línea divisoria entre la fase leninista y la fase estalinista de la Comintern y creer que entre ambas no existe ningún vínculo causal profundo. En rigor, Stalin no hizo sino sistematizar y llevar a sus últimas consecuencias una praxis que, si bien a escala limitada, había sido empleada ya por Lenin y, naturalmente, por Trotsky, Sinoviev y demás líderes bolcheviques de la primera hora. Por ello no podemos sino suscribir plenamente la afirmación de Theo Pirker: “Los historiadores han dividido la historia de la Comintern en un período leninista–trotskista y en un período postleninista–estalinista. Esta clasificación no es justa. La Comintern padecía ya bajo el mando de Lenin y Trotsky de su enfermedad constitucional”<sup>282</sup>.

En el primer capítulo de este libro se hizo ya referencia al carácter bolchevique que Lenin quiso imprimir desde el primer momento a la IC. Baste añadir aquí que al absolutizar y dar al modelo bolchevique de organización una legitimidad universal–abstracta, Lenin sentó ya embrionariamente las

---

282 Theo Pirker, *Utopie und Mythos der Weltrevolution*, pág. 34, Munich, 1964.

bases para la ulterior transformación de la Comintern en un instrumento de la política rusa. La tarea específica de Stalin consistió simplemente en aprovecharse de la supremacía del PC ruso sobre las demás secciones comunistas para convertir la dictadura rusa sobre la Comintern en una dictadura personal.

Es preciso añadir que si ello fue posible no se debió únicamente a la diabólica capacidad de manipulación de Stalin y a los graves errores tácticos de sus rivales, sino también al hecho de que ya en la fase fundacional de la Comintern la función asignada por Lenin y Trotsky a las secciones no rusas fue subalterna.

Por su situación histórica peculiar, era hasta cierto punto inevitable que en la praxis la Unión Soviética ocupase en la III Internacional un puesto preeminente, pero no cabe duda que esta hegemonía no hubiese podido degenerar en una dictadura personal autocrática–cesárea como la de Stalin si los respectivos partidos comunistas hubiesen gozado desde el primer momento de una autonomía y una libertad de acción superiores a las que les concedió Lenin. “Era fácil prever –observa con razón Theo Pirker– que esta legitimación ilimitada de un grupo tenía que conducir al dominio de algunos hombres o de un hombre solo”<sup>283</sup>.

## **II. EL CONGRESO MUNDIAL. EL COMITE EJECUTIVO. EL PRESIDIO DEL CE. EL ORG-BURO. EL OMS**

Formalmente, el órgano superior de la Comintern era el Congreso Mundial, que se componía de los delegados de las diferentes secciones. De acuerdo con el artículo 4 de los Estatutos, “el Congreso Mundial de todos los partidos y organizaciones que forman parte de la IC es el órgano supremo de esta Internacional”<sup>284</sup>. Aunque, como hemos visto, Lenin, Trotsky, Sinoviev y demás líderes bolcheviques utilizaron desde el primer momento todos los recursos a su alcance para influir a su favor los debates del Congreso Mundial, durante la primera fase de la Comintern los delegados tenían la posibilidad de expresar libremente sus opiniones. Durante el IV Congreso, se oyeron todavía voces opuestas a la línea de Moscú. El hecho de que en 1923 no se celebrase ningún Congreso Mundial –como estipulaban los Estatutos– indica ya el escaso respeto que el Politburó ruso sentía por el órgano supremo de la Comintern. El V Congreso, al condenar unánimemente al trotskismo, puso de manifiesto el grado de dependencia en que ya entonces se hallaban los partidos comunistas con respecto a Moscú. Durante cuatro años consecutivos, de 1924 a 1928, Stalin y

---

284 Der I. und II. Kongress der Kom. Int., obra cit., pág. 212.

demás líderes rusos no se dignaron consultar al Congreso Mundial ni una sola vez. Esta tendencia quedó confirmada y se prolongó durante el período situado entre 1928 y 1943, en el que sólo se celebró el Congreso de 1935. La marginación del máximo órgano legislativo de la Comintern corrió paralela con el crecimiento de la influencia del Politburó ruso en torno a la Ejecutiva, que pasó a convertirse en un órgano totalitario manejado formalmente por el presidium del CE pero de facto por Stalin y la GPU.

El Congreso Mundial tenía la misión de elegir al Comité Ejecutivo de la IC: “El Congreso Mundial elige un Comité Ejecutivo de la IC, que actúa de órgano directivo de la IC en los intervalos situados entre los congresos mundiales. El CE es sólo responsable ante el Congreso Mundial”<sup>285</sup>. El CE estaba obligado a reunirse por lo menos una vez al mes y tenía potestad para tomar decisiones con sólo la asistencia de la mitad de sus miembros. Asimismo, el CE tenía la obligación de convocar una reunión plenaria ampliada por lo menos dos veces al año. Estos plenos ampliados servían al objeto de deliberar sobre cuestiones importantes pero no urgentes.

Si el CE desempeñaba en la IC un papel parecido al del Comité Central de los partidos comunistas, el presidium del CE venía a ser como una especie de Politburó de la Comintern: “El CE de la IC elige entre sus miembros un

---

285 Ibid., pág. 213.



presidium, el cual es un órgano permanente que dirige todo el trabajo durante los períodos situados entre las reuniones del CE de la IC. El presidium informa al CE de la IC sobre sus actividades. El presidente de la Internacional Comunista es presidente del CE de la IC y del presidium”<sup>286</sup>. La existencia, dentro del Comité Ejecutivo, de una instancia central cuantitativamente reducida (el presidium), aumentaba automáticamente su estructura centralista y sus posibilidades de manipulación. De la misma manera que el CE acabó por no consultar al Congreso Mundial, el presidium asumió con el tiempo las funciones que en un principio estaban destinadas al CE. En vez de deliberar sobre las cuestiones en litigio, los miembros del CE se limitaban a dar el visto bueno formal a decisiones que habían sido tomadas antes en el círculo reducido del presidium. Si se tiene además en cuenta que el presidium y el CE estaban formados por dirigentes rusos o por extranjeros dóciles a Moscú, aparecerá claro que de facto los órganos superiores de la Comintern ejercían una dictadura ilimitada sobre las diversas secciones comunistas.

Para llevar a la práctica sus funciones, el CE y el presidium disponían de varios departamentos. Uno de los más importantes era el Buró de Organización, comúnmente llamado “Org–Buró”. El Org–Buró fue creado en el V Congreso

---

286 Degras, obra cit., II, pág. 119.

Mundial y tenía a su cargo la dirección de los asuntos organizativos y financieros de la Comintern. Los miembros del Org–Buró eran designados por el CE de la IC. Su poder era prácticamente ilimitado. Las decisiones tomadas por el Org–Buró eran obligatorias para todas las secciones nacionales. La única instancia facultada para controlar las funciones del Org–Buró era el presidium. Hasta la época de las purgas, el Org–Buró fue dirigido por Ossip Piatnisky. De acuerdo con Richard Krebs (alias, “Jan Valtin”), autor del célebre libro *La noche quedó atrás*, Piatnisky “era el hombre más temido por todos los burócratas indolentes de los partidos de todo el mundo. Era el hombre que pagaba o bloqueaba el apoyo que la Comintern prestaba a los partidos extranjeros”.

Estrechamente vinculado al Org–Buró existía el Departamento de Contactos Internacionales (OMS). El OMS tenía a su cargo el envío de los funcionarios y agentes de la Comintern a los diferentes países<sup>287</sup>. Otra de sus funciones básicas era la de transportar y distribuir el dinero que la Comintern asignaba a los partidos comunistas y a sus funcionarios. Por medio de este departamento, el CE de la IC estaba en condiciones de mover desde Moscú los hilos del comunismo internacional. “El OMS y sus representantes –escribe Gunther Nollau– no eran citados nunca por el Comintern, pues el OMS desempeñaba una función que debía permanecer oculta ante la opinión pública: la financiación de

---

287 Jan Valtin, *La noche quedó atrás*, trad. alemana *Tagebuch aus der Hollé*, pág. 114, Colonia–Berlín, 1957.

los partidos comunistas”<sup>288</sup>. La red de agentes que el OMS tenía estacionados como enlaces en los diversos países eran desconocidos por la mayoría de dirigentes de los partidos comunistas. El OMS constituía un Estado dentro del Estado. Generalmente, los representantes del OMS en el extranjero eran miembros de las embajadas, los consulados o las legaciones comerciales. Ello les permitiría utilizar la valija diplomática para distribuir el dinero. El OMS no controlaba sólo las finanzas de los partidos comunistas, sino también las de organizaciones semicomunistas o procomunistas como la “Liga para paz y democracia”, la “Defensa Internacional del Trabajo”, “Los Amigos de la Unión Soviética” y otras por el estilo.

Entre las actividades del OMS estaba la falsificación de pasaportes o, mejor dicho, la transformación de pasaportes auténticos en pasaportes “arreglados”. Los pasaportes expedidos por el OMS no eran, en efecto, propiamente falsos; se trataba de pasaportes originariamente auténticos provistos de nuevos datos y fotografía. Otra de las tareas del OMS era la coordinación de la labor educativa y propagandística de la Comintern.

En su calidad de jefe del Org–Buró, Piatnisky dominaba automáticamente el OMS. El lugarteniente y hombre de confianza de Piatnisky en el OMS fue, hasta la época de las

purgas, Mirov–Abramov <sup>289</sup> . De 1921 a 1930, Mirov–Abramov residió en Alemania, desde donde controlaba y coordinaba las actividades del OMS en la Europa occidental. Para camuflar su labor subversiva, desempeñaba oficialmente la función de agregado de prensa en la Embajada rusa en Berlín. Mirov–Abramov tenía a su cargo un plantel de 25 asistentes y enlaces. Tras el regreso de Mirov–Abramov a Moscú, en 1930, la representación del OMS en Alemania fue asumida por Wilhelm Pieck y, hasta su caída en desgracia, por Leo Flieg, un antiguo empleado de banca íntimo amigo de Willi Münzenberg.

Sobre sus actividades, nos dice Margarete Buber–Neumann: “Pertenece a la clase de dirigentes comunistas a quienes Moscú confiaba tareas que debían ser llevadas a cabo “sin ruido”.

Por sus manos pasaba el dinero ruso–soviético para el KPD; era jefe de la llamada Sección de Pasaportes, donde se fabricaban documentos falsos para los numerosos emisarios de la Comintern, y era el enlace del OMS en Alemania”<sup>290</sup>.

En Francia, el OMS estuvo representado durante largo tiempo por Henry Robinson; en Inglaterra, por el doctor

---

289 Mirov–Abramov fue liquidado en 1937, lo mismo que Piatnitsky y casi todo el personal dirigente del OMS. Cuando Yagoda, el exjefe de la GPU fue juzgado durante los procesos de Moscú, declaró haber utilizado a Mirov–Abramov para enviar grandes sumas de dinero a Trotsky.

290 Margarete Buber–Neumann, obra cit., págs. 201–202.

Petrovsky, alias “Bennet”; en Sudamérica, por Vittorio Codovila; en Dinamarca, por Richard Jensen.

### **III. EL DEPARTAMENTO DE AGITACIÓN Y PROPAGANDA. LA SECCION DE CUADROS. LA COMISIÓN DE CONTROL INTERNACIONAL.**

Entre los organismos más importantes sometidos al presidium se hallaban las secciones de estadística, información, agitación y propaganda, generalmente llamadas “Agit-prop”. Durante los primeros años, la labor propagandística fue bastante descuidada por los diversos partidos comunistas, como el V Congreso Mundial señaló con pesar. En el curso de este Congreso se aprobaron una serie de medidas destinadas a incrementar y regular las actividades propagandísticas de la Comintern y sus distintas secciones. Ideológicamente, la propaganda debía estar basada en el marxismo-leninismo; más tarde, también en los escritos de Stalin. Los Estatutos del departamento de Agit-prop fueron publicados en agosto de 1924 y llevaban la firma de Bela-Kun. El departamento de Agit-prop estaba dividido en cua-

tro sub-departamentos o secciones: a), agitación; b), propaganda; c), prensa y publicaciones; d), coordinación entre las diversas secciones. Los sub-departamentos más importantes eran el de agitación y propaganda. La autonomía del departamento de Agit-prop era limitada, pues todos los documentos publicados por este departamento tenían que ser aprobados antes por el Secretariado del CE de la IC.

Los órganos principales del departamento de Agit-prop eran la revista *La Internacional Comunista*, la *Correspondencia de Prensa Internacional* (Imprecorr) y la *Rundschau* (Panorama sobre política, economía y el movimiento obrero). *La Internacional Comunista* era editada en cuatro idiomas. La edición rusa era, en 1926, de 10.000 ejemplares; seguían la inglesa y la alemana, con 2.000 ejemplares cada una; la edición francesa constaba de 1.000 ejemplares. *La Internacional Comunista* publicó su último número en julio de 1943, al disolverse la Comintern. La *Imprecorr* apareció desde 1921 hasta 1933. Su publicación no estaba sujeta a fecha fija, aunque era asidua. De 1921 a 1925, la *Imprecorr* fue editada en francés, inglés y alemán; a partir de 1925 también en checo (Checoslovaquia tenía uno de los partidos comunistas más importantes de Europa). Además de la redacción central de Moscú existían agencias en Berlín (más tarde, Basilea), París y Londres. En 1926, al cumplirse el primer lustro de su fundación, la *Imprecorr* contaba con un equipo de más de mil colaboradores, distribuidos entre 52 países. Margarete Buber-Neumann, que fue redactora de

la sucursal de Berlín, escribe: “La revista publicaba artículos fieles a la línea del partido sobre las actividades de todos los partidos de la Comintern, reproducía todos los acuerdos y resoluciones del CE de la IC e informaba continuamente sobre los grandiosos éxitos de la ‘edificación socialista’ de la Unión Soviética. Desde nuestro Buró de Berlín estábamos en contacto telefónico directo con Viena, Praga, Londres. París, Estocolmo y Moscú”. La *Rundschau* empezó a publicarse en 1932 en Basilea y se convirtió, a partir de marzo de 1933, en sustituto de la *Imprecorr* y el órgano principal de la Comintern. A diferencia de la *Imprecorr*, la *Rundschau* tenía más el carácter de una revista que de una gaceta. A principios de 1940 dejó de aparecer.

Estos órganos centrales de prensa y propaganda eran independientes de las publicaciones editadas directamente por las respectivas secciones nacionales. A mediados de los años veinte, el PC alemán poseía, por ejemplo, 27 periódicos diarios con una tirada total de unos cinco millones de ejemplares, una docena de semanarios y revistas y cientos de periódicos de empresa. Una gran parte de la propaganda comunista en Alemania era confeccionada por el Consorcio Münzenberg, el jefe del Socorro Rojo Internacional. El *Arbeiter-Illustrierte Zeitung* (Periódico Obrero Ilustrado), tenía en 1925 una tirada quincenal de 200.000 ejemplares; en 1930, una tirada semanal de 400.000 a 500.000. La revista ilustrada *Der Weg der Frau* (El camino de la mujer), fundada en mayo de 1931, editaba 15.000 ejemplares mensuales.

Willy Münzenberg, el jefe de la propaganda comunista en Alemania, fue una de las personalidades más notables dadas por el eco comunista mundial de entreguerra. Zapatero de profesión y autodidacta, emigró a Zurich, donde, después de haber frecuentado un cenáculo anarco-sindicalista, conoció a Lenin, a quien acompañó en 1917 a Rusia con el famoso tren blindado. Tras la subida de los nazis al poder, Münzenberg fundó en París las Editions du Carrefour y dirigió la propaganda antifascista de la Comintern, hasta su caída en desgracia. Su vida, como veremos más adelante, había de acabar trágicamente. En el terreno propagandístico, Münzenberg fue una especie de Goebbels del comunismo.

La primera propaganda impresa por la Comintern fuera de Rusia fue organizada por el agente J. Reich (“Thomas”) en Alemania, entre 1919–1920. Poco después de su llegada a Berlín apareció el primer número de la Internacional Comunista, que se imprimía en Hamburgo. En Leipzig, “Thomas” fundó la Editorial del “Secretariado Occidental de la Internacional Comunista”, la “Kommisions-Verlag” y la “Franke-Verlag”. Una parte de la propaganda destinada a los diversos partidos comunistas era impresa en Rusia. Su calidad, al principio, era pésima. Paul Levi observaba en 1921: “Hemos de decir claramente que una gran parte de la literatura propagandística, llamamientos, etc., que recibimos de Rusia es para nosotros o bien perjudicial o bien, por su forma ruda, no tan útil como lo podría ser por el



contenido”<sup>291</sup>. La mayor parte de la propaganda confeccionada en Rusia para ser distribuida en el extranjero era impresa en la “Editorial Obrera Internacional”, de Moscú. Esta editorial, dirigida por el lituano Lirian y el ruso de origen judío Chalátov, trabajaba en estrecho contacto con los departamentos de Agit-prop y se encargaba sobre todo de proveer con literatura subversiva a los partidos comunistas declarados fuera de la ley. A medida que creció la influencia de Stalin, la propaganda de la Comintern fue adquiriendo un tono cada vez más uniforme. Krivitsky anota: “Estas publicaciones clave ejercían una doble función. No solamente aseguraban la unidad de opinión entre los partidos comunistas de Europa y de América, sino que... constituían un mecanismo a través del cual Stalin tenía garantizado un eco bien organizado de todo lo que decretaba en Moscú. Durante las grandes purgas fue muy importante para el Kremlin estar en condiciones de mostrar al pueblo ruso que todos los escritores pro-comunistas de la Europa occidental y de los Estados Unidos apoyaban completamente la liquidación de los viejos héroes bolcheviques”<sup>292</sup>.

Con el objeto de controlar las actividades propagandísticas de las respectivas secciones nacionales, la Ejecutiva de Moscú exigía a los partidarios comunistas el envío a Rusia de

---

291 Paul Levi, obra cit., pág 89.

292 Krivitsky, obra cit., pág. 79

todo el material publicado por éstos. Los partidos comunistas, en efecto, estaban obligados a enviar el siguiente material: programas, estatutos, carnet de militante, dos ejemplares del órgano oficial de prensa, revista teórica del partido, llamamientos, octavillas, escritos de propaganda, folletos, libros, colecciones de canciones revolucionarias, carteles, fotografías de reuniones, mítines, comités de fábrica, secciones de campesinos, etc. Pero tuvo que transcurrir cierto tiempo hasta que los diversos partidos se acostumbrasen a cumplir estas instrucciones. Durante el V Congreso Mundial, el Departamento de Información y Estadística se quejaba todavía de que la mayoría de las secciones nacionales no respondía a la correspondencia ni llenaba los formularios enviados por la Ejecutiva de Moscú.

El material escrito no era el único medio propagandístico empleado por los departamentos de Agit-prop de la Comintern; junto con la propaganda escrita y oral (mítines, conferencias, cursos), los partidos comunistas se valían de la proyección de documentales, películas y noticiarios, organizaban exposiciones de pintura, recitales y veladas culturales, montaban cuadros escénicos y representaban obras de teatro. El desarrollo del cine durante la década del veinte fue utilizado inteligentemente por el Comintern para dar un carácter masivo a su propaganda. Los “films” realizados en la Unión Soviética con fines propagandísticos eran divulgados en Europa por las Distribuidoras “Prometheus” y “Weltfilm”, fundadas ambas por el

infatigable Willi Müzenberg. Hasta 1931, la Prometheus había rodado 30 películas rusas, 15 alemanas, dos checas, una francesa y una austríaca; entre otras, “Potemkin”, “Diez días que conmovieron el mundo” (ambas de Eisenstein). La Weltfilm, fundada en 1928, logró organizar, en 1930, nada menos que 6.200 actos con proyección de películas y documentales. Para la confección de sus películas, la Comintern recurría a directores de cine y actores y actrices filocomunistas o antifascistas que, por su popularidad, atraían a grandes masas de público. Otto Katz, uno de los íntimos colaboradores de Willi Müzenberg, mantenía relaciones cordialísimas con Marlene Dietrich, Tila Durieux, Josephine Baker, Dolores del Río y otras celebridades del cine, el teatro y el “show-business”.

Otra de las secciones dependientes del presidium era también el “Departamento de cuadros”, cuya función consistía en la selección, control, adiestramiento y organización de los funcionarios de la Comintern. De acuerdo con Enrique Castro Delgado, “la parte más conocida del aparato de la Comintern es ésta: un servicio de control de la sección de cuadros, dirigida por funcionarios de la NKVD, una pequeña sección en el interior de la sección de información y propaganda encargada de lanzar, con la ayuda de toda una serie de agencias fantasmas, de noticias sensacionales con el objeto de provocar ciertas situaciones que de otra manera sería imposible crear, y un aparato secreto, compuesto únicamente de ciudadanos soviéticos miembros de la NKVD,

encargado de mantener, mediante los procedimientos más modernos, el contacto con todos los países o con los delegados de la Comintern en dichos países. Otra de sus funciones es la recepción o envío de materiales secretos, el envío al extranjero o el traslado a la Unión Soviética de agentes secretos de la Comintern, el envío de dinero a los diferentes partidos, el contacto con las personas que, sin figurar oficialmente en las listas de los partidos comunistas, les sirven. Este aparato secreto es dirigido por Shorkin, que depende directamente de la NKVD y, sólo aparentemente, de Dimitroff”<sup>293</sup>. Castro Delgado no transcribe correctamente la función del departamento de cuadros, al que adjudica tareas que recaían sobre otros departamentos. La misión básica del departamento de cuadros era la de confeccionar fichas e informes sobre la plantilla de funcionarios de la Comintern. Con el tiempo, el departamento de cuadros se convirtió en un adminículo de la NKVD. Al principio, el departamento de cuadros estuvo dirigido por el polaco Krajewski. Más tarde fue sustituido por Alichanov, que, junto a su lugarteniente Chernomordik, pereció víctima de las purgas. Hasta la disolución de la Comintern, la jefatura del departamento de cuadros pasó a manos de Wilkow. El departamento de cuadros de la sección latina estaba dirigido por la búlgara Stella Blagojewa.

Ligada estrechamente al departamento de cuadros, pero

---

293 Enrique Castro Delgado, *J'ai perdu la foi á Moscou*, página 206, Gallimard, doceava edición, 1950.

independiente del mismo existía la “Comisión de Control Internacional”, cuya misión era la de vigilar la disciplina ideológica y la fidelidad de los funcionarios comunistas más destacados. La CCI era una simple copia de la Comisión Central de Control existente en el PC ruso. Las tareas de la CCI fueron definidas en los siguientes términos por el VI Congreso Mundial de la IC: “La Comisión de Control Internacional se ocupa de la investigación de asuntos que afectan a la unidad y solidez de las secciones de la internacional Comunista y también de asuntos relacionados con la actitud de los diversos miembros y las diversas secciones”<sup>294</sup>. Este lenguaje oficial sólo sugiere vagamente la verdadera función de la CCI, que era la de llevar a cabo medidas disciplinarias contra los funcionarios de la Comintern incómodos al CE. Como las demás secciones e instancias de la IC, la CCI se convirtió bajo Stalin en un instrumento de la NKVD. Adicionalmente, la CCI procedía a la verificación y control de la contabilidad y presupuestos financieros de los partidos comunistas, cuando existía sospecha de desfalco o malversación de fondos.

Los “cuadros” eran capacitados en los centros de enseñanza radicados en Rusia o en las escuelas de los partidos comunistas. En el V Congreso mundial de la IC se estipuló que cada sección nacional debía crear una escuela central del partido para los funcionarios y escuelas elementales para

---

294 Degras, obra cit., II, pág. 469.

las masas. Dentro de los establecimientos docentes de la Comintern, el de más prestigio era la Escuela de Lenin, fundada en 1926 y disuelta en 1938. Entre los diversos profesores que enseñaron en la Escuela de Lenin cabe citar a Schu-en-lei, Maurice Thorez, Walter Ulbricht, Browder y otros conocidos funcionarios de la Comintern. En 1935, el número de alumnos de la Escuela de Lenin era de unos 500. Los estudiantes estaban obligados a emplear un nombre supuesto. Los cursos duraban de uno a tres años.

En Leningrado existía un importante centro para la formación de cuadros, integrado en el departamento internacional de la Universidad Comunista. En el semestre de 1925–1926, el número de alumnos de este centro era de unos 600. En Moscú funcionaba, asimismo, la “Universidad Comunista de las Minorías Nacionales del Oeste”, comúnmente denominada KUNMZ. La KUNMZ, fundada en 1921 por el polaco Marchlewski (“Warski”), fue al principio de poca importancia, y reclutaba sus alumnos predominantemente entre los ucranianos y los rusos blancos. Tras la subida al poder de Hitler y el golpe de Estado de Dolfus, fue creado un departamento alemán–austríaco, cuyo número de alumnos era, en 1934–1935, de unos 250. En esta fecha, la KUNMZ estaba dirigida por María Frunkina, liquidada más tarde durante las purgas.

En Moscú existía también la “Universidad de los Pueblos de Oriente”, en la que eran formados los cuadros proceden-

tes de los países asiáticos y árabes. En una conferencia pronunciada por Stalin ante los alumnos de este centro docente en 1925, el secretario general del PC ruso dijo: “Esta Universidad reúne a representantes de por lo menos 50 nacionalidades y grupos étnicos del Oriente... Todo el mundo sabe que estos camaradas tienen sed de luz y de saber. La misión de la Universidad de los pueblos de Oriente es la de hacer de ellos verdaderos revolucionarios, armados de la teoría del leninismo, provistos de la experiencia práctica del leninismo y capaces de ejecutar escrupulosamente y a conciencia las tareas inmediatas del movimiento de liberación de las colonias y países sometidos”<sup>295</sup>.

Además de la enseñanza teórica, los estudiantes asistentes a las escuelas de la Comintern eran capacitados en todas las técnicas del levantamiento armado, de la guerra revolucionaria y de la lucha de clases. En los departamentos especiales de la GPU, una élite de estudiantes era adiestrada en la técnica fotográfica, las huellas digitales y otras especialidades relacionadas con la labor de espionaje. La mañana era dedicada generalmente a la enseñanza teórica y a los ejercicios de tiro con armas de fuego de tipo diferente. Por la tarde, los estudiantes aprendían a redactar octavillas, llamamientos, artículos y reportajes. La capacitación de técnicos de radio para la transmisión de noticias y mensajes formaba también parte de la labor docente de la

---

295 Stalin, *Le marxisme et la question nationale*, etc., obra cit., páginas 232 y 246.

Comintern: “La transmisión de onda corta –escribe David J. Dallin– fue introducida en 1927. Además de otros centros de capacitación radiofónica, en Rusia existía una escuela especial que estaba integrada en la Comintern y formaba parte de la gran Escuela Política instalada en una antigua finca situada en las cercanías de Moscú. Aquí eran adiestrados radio–operadores para la transmisión de noticias”<sup>296</sup>.

Los profesores de la Comintern procedían, como los estudiantes, de diversos países. Todos ellos eran en general revolucionarios profesionales, oficiales del Ejército Rojo y especialistas con probada experiencia en el campo de la agitación, el terrorismo y el espionaje. La vida de los estudiantes era controlada por una red de espías y agentes de la GPU.

Los extranjeros se hallaban agrupados por nacionalidades o grupos étnicos y no podían mantener contacto con la población rusa. Sus alojamientos eran regularmente registrados y controlados por la GPU.

Los estudiantes extranjeros recibían manutención e indumentaria gratis y una asignación en metálico para gastos especiales. Enrique Líster, aludiendo brevemente a su paso por la Escuela de Lenin, escribe: “Durante el año de estancia en la Escuela leninista tuve contacto con los

---

296 David J. Dallin, *Die Sowjetspionage*, pág. 26, Colonia, 1956.



ciudadanos soviéticos, pero, por el carácter mismo de la escuela, esos contactos eran muy restringidos y fundamentalmente organizados por la escuela misma”<sup>297</sup>.

Los alumnos asistentes a las escuelas rusas de la Comintern eran militantes recomendados generalmente por los representantes del CE de la IC o de la GPU en los diversos países. Una vez en Rusia, los más aptos eran seleccionados por los departamentos especiales de la GPU o por la Sección de Cuadros.

#### **IV. LAS UNIDADES DE TERROR. LA SECCIÓN MILITAR. ESPIONAJE TÉCNICO, INDUSTRIAL Y MILITAR. LOS INFORMADORES DE EMPRESA. LOS BURÓS TÉCNICOS.**

En estrecha conexión con la GPU y los servicios de Inteligencia soviéticos, los partidos comunistas adheridos a la Comintern disponían de un aparato secreto cuya existencia era ignorada de la militancia de base y de la mayor parte de los dirigentes: las “unidades de terror” o “unidades-T”, conocidas también por el nombre de “chekas”. Al principio, las “unidades-T” tenían la misión de llevar a cabo actos de sabotaje y atentados contra personalidades

---

297 Enrique Lister, *Nuestra guerra*, pág. 23, París, 1966.

contrarrevolucionarias, es decir, servían al objeto de apoyar una situación revolucionaria o un plan insurreccional a través de una acción terrorista específica. Pero más tarde, en la época estalinista de la Comintern, las “unidades–T” fueron empleadas sobre todo para liquidar físicamente a funcionarios o líderes comunistas que por algún motivo estorbaban a Moscú. Richard Krebs (“Jan Valtin”), que tuvo ocasión de observar de muy cerca el funcionamiento de las unidades de terror organizadas por la GPU, testimonia: “Junto con el comienzo del Plan Quinquenal y la transformación simultánea de la Comintern en un arma del servicio secreto soviético, el secuestro en el extranjero de posibles confidentes de la policía y comunistas renegados peligrosos se convirtió en algo rutinario. La serie de víctimas abarcaba desde funcionarios del cuerpo diplomático y de las legaciones comerciales soviéticas hasta los confidentes de policía, los agentes provocadores, los agentes de gobiernos extranjeros, los malversadores de fondos soviéticos y de la Comintern, los líderes de organizaciones anti–estalinistas, rehenes, rebeldes y saboteadores, así como renegados cuyo conocimiento del aparato secreto del Kremlin ponía en peligro la vida de agentes secretos importantes y la existencia de organizaciones que habían sido montadas por Moscú con gran esfuerzo y elevados costos”<sup>298</sup>.

La NKVD se sirvió de las “unidades–T” especialmente a

---

298 Jan Valtin, obra cit., pág. 257.

partir de mediados de la década del treinta, durante la época de las purgas y los procesos de Moscú. Además de eliminar a ex agentes de la NKVD, como Ignacio Reiss, o a comunistas insubordinados, como Willi Müzenberg, las unidades de terror se encargaron de destruir físicamente a un gran número de dirigentes trotskistas, entre ellos al hijo de Trotski, León Sedov, y al propio Trotski. Las actividades criminales de estos comandos de terror alcanzaron su punto culminante durante la guerra civil española, como tendremos ocasión de comprobar en otra parte de este libro. Baste decir que las “unidades–T” cumplían fuera de Rusia por medio del gangsterismo y el pistolero la misión que la NKVD podía realizar en la Unión Soviética por medios legales: la liquidación de toda persona ingrata al Kremlin.

Para facilitar su tarea, retener a las víctimas, interrogarlas o liquidarlas, las unidades de terror disponían de “chekas” o cárceles secretas. Los detenidos eran escondidos en estas “chekas” hasta que un barco soviético estaba en condiciones de hacerse cargo de ellos para llevarlos a Rusia; en muchos casos, las víctimas eran asesinadas en las “chekas” mismas. En Hamburgo, por ejemplo, la “cheka” de la GPU se hallaba en los sótanos de la Editorial “Viva”, sita en la calle Kohlhofen, 19, en el centro de la ciudad. La “cheka” de Berlín estaba situada en las afueras de la ciudad, era una casa de campo en el Schönholzer Weg. La “cheka” danesa era también un chalet perteneciente a Richard Jensen, ubicado en la carretera entre Copenhagen y Kjóge. En París, la cárcel

de la GPU se hallaba en una casa de la Rue d'Alambert, cuyo dueño era Beaugrand, miembro del Parlamento francés. Sobre las innumerables "chekas" comunistas existentes en España durante la guerra civil, hablaremos más adelante.

Otra de las secciones ilegales de los partidos comunistas era el Departamento Militar (conocido también por Departamento Antimilitar), cuya misión consistía en organizar, capacitar y armar a las unidades militares o paramilitares existentes en todas las secciones nacionales de la Comintern. El "Departamento-M" tenía, además, asignada la función de infiltrarse en las Fuerzas Armadas, reclutar adeptos entre la tropa, los suboficiales y oficiales y crear células comunistas en las compañías y regimientos. Enrique Lister, que en los meses que precedieron al estallido de la guerra civil española dirigía el departamento militar del PCE, ha descrito minuciosamente en su libro *Nuestra guerra*, la labor de infiltración realizada bajo su dirección en las filas del Ejército español. La puesta en pie del famoso Quinto Regimiento –del que nos ocuparemos en un capítulo posterior– fue posibilitada en parte por el núcleo organizativo creado antes por el departamento militar del PCE.

El departamento militar más importante de la Comintern, fuera de Rusia y de China, fue el del Partido Comunista alemán. Entre 1921 y 1923, cuando Lenin y Trotsky contaban con una revolución alemana, el KPD contaba con centenares de grupos armados, divididos en pelotones y centurias. En la mayoría de los casos, las centurias rojas estaban dirigidas

clandestinamente por oficiales rusos. El “general Stern”, que más tarde sería conocido en la guerra de España como general Kleber, participó, en la década del veinte, en la organización y adiestramiento del aparato militar del PC alemán. Otro de los instructores clave de las secciones militares del KPD fue Alexis Skoblevski, a quien hemos visto ya jugar un papel decisivo en el levantamiento de octubre de 1923 en Alemania. A partir de mediados de la década del veinte, la dirección del aparato militar del KPD pasó a manos de Hans Kippenberger, que gracias a su mandato de diputado gozaba de Inmunidad parlamentaria. Walter Krivitsky, que tomó asimismo parte activa en la organización y adiestramiento del “departamento–M” del KPD, escribía, tras su ruptura con Stalin: “Preparamos listas de comunistas que habían participado en la guerra, catalogándolos de acuerdo con su rango militar. De estas listas esperábamos crear el cuerpo de oficiales del Ejército Rojo alemán. Organizamos también un departamento técnico compuesto de especialistas con experiencia: expertos de ametralladoras, oficiales de artillería, el núcleo de un cuerpo de aviación y personal de enlace elegido entre operadores con conocimientos telegráficos y telefónicos”<sup>299</sup>.

La misión de las unidades militares o paramilitares era, en el caso de producirse un levantamiento armado, la de atacar puntos estratégicos de manera concentrada y masiva. Los

---

299 Krivitsky, obra cit., pág. 58.

fusiles y armas de fuego procedían en parte de la Unión Soviética, en parte eran robados en los cuarteles o adquiridos en el mercado internacional de armas. Pero a pesar de todos los esfuerzos de la Comintern, los departamentos militares de los partidos comunistas fueron en general débiles y no jugaron ningún papel decisivo en las luchas sociales de la época de entreguerras, con la excepción de China.

Los partidos comunistas tenían organizada una sección ilegal encargada de realizar espionaje técnico, industrial y militar a favor de la Unión Soviética. Las células comunistas existentes en casi todas las grandes empresas industriales desempeñaban en este sentido una labor muy eficaz. Lo que David J. Dallin dice sobre el espionaje industrial en Alemania es aplicable, con ligeras variantes, a los demás países: “El espionaje industrial soviético... estaba basado siempre en el mismo esquema de organización: de puertas afuera se apoyaba en las células comunistas locales, pero detrás de los bastidores era controlado desde Berlín por algunos agentes soviéticos anónimos”<sup>300</sup>.

El espionaje técnico, militar e industrial estuvo concentrado, como es natural, en los países económicamente desarrollados, especialmente en Francia, Alemania y los Estados Unidos. Lo que diferenciaba esencialmente al espionaje soviético del espionaje tradicional era el hecho de que

---

300 Dallin, obra cit., pág. 127.

la NKVD y la GPU podían contar para sus operaciones con el aparato de la Comintern y la colaboración de los diversos partidos comunistas. La recogida de material informativo sobre la industria civil y militar de las potencias capitalistas se efectuaba por los más diversos procedimientos, pero estaba casi siempre estrechamente vinculada al aparato subversivo de los partidos comunistas. La función de los agentes soviéticos era únicamente la de dirigir y coordinar la labor práctica realizada por los funcionarios y militantes comunistas locales. Debido al carácter masivo del espionaje técnico, industrial y militar, la GPU y la GRU se valían de la protección de las embajadas, consulados y legaciones comerciales de la Unión Soviética, en cuyos edificios y a cubierto de la intervención de la policía, trabajaba una gran parte del aparato de espionaje soviético. El centro del espionaje en Alemania era, por ejemplo, la Handelsvertretung rusa en Berlín; en Inglaterra, la “Arcos” de Londres, y en los Estados Unidos, la Amtorg Trading Corporation. “Casi la mitad de los secretarios locales de la organización berlinesa del KPD –escribe Dallin–, entre ellos un número determinado de agentes de los grupos subversivos... eran empleados de la Handelsvertretung”<sup>301</sup>. Parecido era el caso de la Amtorg: “La Amtorg ocupaba a principios de los años treinta, 700–800 empleados, de los cuales, 200–300 eran miembros del Partido Comunista de los Estados Unidos. Algunos de esos miembros del PC, que

---

301 Ibid., pág. 100.

más tarde rompieron con el partido, han trazado un cuadro muy interesante sobre esta organización, incluida su utilización por parte de los servicios secretos rusos”<sup>302</sup>. Al margen de los derechos extraterritoriales de que gozaban los edificios oficiales de la URSS en el extranjero, algunos de ellos estaban dotados de salidas y pasajes secretos, como por ejemplo, la Handelsvertretung de Berlín, alojada en la Lindenstrasse, 23–24: “Cuando los rusos firmaron el contrato de alquiler de la casa de la Lindenstrasse, alquilaron al mismo tiempo secretamente otro edificio situado en la Ritterstrasse, una calle perpendicular a la Lindenstrasse. Este edificio de la Ritterstrasse albergaba un pequeño y modesto negocio de joyería. Ambos inmuebles lindaban uno al otro a través de sus patios. A través de un pasaje secreto, todo iniciado podía pasar, sin ser visto, desde la joyería a la Handelsvertretung y desaparecer por el mismo camino”<sup>303</sup>. A pesar de éstas y otras medidas de precaución, la labor de espionaje era tan enorme que los servicios de inteligencia capitalistas lograron, en más de una ocasión, localizar y desenmascarar en parte las actividades de las legaciones comerciales de la Unión Soviética. En 1927, por ejemplo, la ruptura de relaciones diplomáticas entre Gran Bretaña y la URSS se debió a los documentos comprometedores hallados por Scotland Yard en el edificio de la Arcos londinense.

---

302 Ibid., pág. 466.

303 Werner Keller, *Ost Minus West gleich Nuil*, págs. 297–298, Stuttgart, Zurich, Salzburgo.



En Francia, el espionaje estuvo dirigido, de 1924 a 1927, por Jean Crement, miembro del Comité Central del PCF y hombre de confianza de Stalin. A. Rossi (“Angelo Tasca”), un gran conocedor del comunismo francés, escribe: “Por lo menos desde 1924, los agentes soviéticos habían organizado en Francia, con la colaboración del Partido Comunista, un servicio de información relacionado sobre todo con las fábricas y arsenales donde se fabricaba material de guerra”<sup>304</sup>. En 1927, la “Sûreté” francesa logró desmoronar la red de espionaje montada por Crement, que pudo rehuir la detención y huyó a Moscú<sup>305</sup>. Para sustituirle fue designado un agente ruso conocido sobre todo por su seudónimo de “General Bataille”. El colaborador inmediato de *Muraille* en Francia era Henri Barbé, el conocido líder de la Juventud Comunista de su país. Aunque Barbé no participaba directamente en la labor de espionaje, era el encargado de seleccionar a los agentes utilizados por Bataille. A causa de la traición de uno de los colaboradores de *Muraille* –un tal Vicent Vedovini– los servicios de Inteligencia franceses lograron penetrar en el aparato de *Muraille*, que fue detenido en 1931 y expulsado de Francia en 1934. A

---

304 A. Rossi, *Les communistes français pendant la drôle de guerre*, pág. 95, París, 1951.

305 En la capital rusa Crement asumió un cargo burocrático en el aparato de la Comintern. En realidad, seguía actuando en el Departamento Militar del PCF. Crement desapareció en 1936 sin dejar rastro, mientras se hallaba cumpliendo una misión en el Lejano Oriente. De acuerdo con Dallin «fue liquidado por la NKVD en la isla de Macao, cerca de Cantón, cuando se dirigía a China». Véase Dallin, obra cit., págs. 53–54.

consecuencia del escándalo político producido por la detención y procesamiento de innumerables agentes soviéticos, el PCF se resistió durante un tiempo a seguir movilizando a miembros para las tareas de espionaje. Henri Barbé, sobre todo, se negó en redondo a colaborar con la NKVD y la GRU. Su ulterior caída política y su expulsión del PCF –de la que hablaremos más adelante– estuvo íntimamente relacionada con su negativa a seguir cooperando con la red de espionaje soviético. Para reemplazar a Barbé, Moscú eligió a Jacques Duclos. Mientras Thorez dirigía el Partido de puertas afuera –es decir, política y organizativamente–, el expanadero Duclos, ayudado por André Marty, dirigía las “tareas especiales”, requeridas por Moscú.

En Alemania, el espionaje industrial estuvo dirigido, entre 1928–1934, por los hermanos Maschkevitch, dos rusos oriundos de Bakú. A pesar de que en esta época Alemania era el centro principal del espionaje soviético en el mundo, la policía alemana no logró detener nunca a los hermanos Maschkevitch. El espionaje ruso en Alemania durante la República de Weimar estuvo favorecido por varios factores: a), por la sangre fría y la aptitud técnica de los alemanes; b), por la potente organización con que contaba el Partido Comunista, y c), por la benignidad con que las leyes alemanas castigaban el delito de espionaje industrial. Cuando el presidente del Reich, von Hindenburg, presionado por

la industria alemana, se decidió en marzo de 1932 a promulgar las “Leyes para la protección de la Economía” –que preveían severas penas de cárcel para los infractores–, Rusia tenía ya en su poder una Ingente documentación sobre los secretos de las empresas industriales más importantes de Alemania, con ayuda de los cuales pudo llevar adelante los planes quinquenales y la industrialización de la Unión Soviética. Sobre las proporciones del espionaje soviético en Alemania entre 1928 y 1932, Dallin escribe: “En el curso de pocos años, el espionaje industrial soviético en Alemania creció rápidamente y se convirtió en un alud. Nunca se había dado antes una red de espionaje masivo tan densa como la que la Unión Soviética tendió sobre la industria alemana durante el período entre 1928 y 1932”<sup>306</sup>.

Paralelo al espionaje de tipo clásico –es decir, basado en la apropiación indebida de documentos y material informativo–, la NKVD y la GRU montaron en los países capitalistas más importantes un servicio de información basado en las “correspondencias obreras”, que eran una copia de las “Rabochije Korrespondenti” rusas. Las “correspondencias obreras” (llamadas comúnmente “rabcors”), surgieron en Rusia tras la Revolución de Octubre por iniciativa de Lenin, que hizo un llamamiento a todos los obreros para que actuaran de correspondientes de prensa e informasen sobre sus experiencias personales con el objeto de llenar el hueco

informativo con motivo de la desertión o el cese de la *Intelligentsia*: intelectuales, periodistas, redactores, corresponsales de prensa, etc. Lo que al principio surgió como un instrumento informativo, se convirtió pronto en una fuente de delación y, bajo Stalin, en un auxiliar de la GPU, que utilizaba a menudo el material suministrado por los *rabcors* a los periódicos para llevar a cabo sus depuraciones y purgas. En 1925 existían en Rusia 140.000 *rabcors*, en 1928 eran ya 500.000, en 1930 dos millones y a principios de 1934 más de tres millones y medio.

En Alemania, la labor de los *rabcors* o “corresponsales obreros” tenía lugar bajo la denominación de BB, iniciales del término *Betriebsberichterstatter* (Informadores de empresa). Lo que en la URSS era utilizado para la delación y las venganzas personales, en el extranjero servía al espionaje soviético. Al producirse la subida de Hitler al poder, el PC alemán contaba con varios miles de BB, que informaban a la luz del día de todo lo que veían en sus lugares de trabajo. En París, *L'Humanité* disponía en 1928 de un equipo de 1.000 “corresponsales obreros”; en 1934, de 4.000. En 1934, el *Daily Worker* norteamericano tenía una plantilla de 800 *rabcors*, y el *Daily Worker* inglés, de 600. El cuantioso material recibido por las redacciones comunistas era seleccionado por una pequeña comisión especial, y el más valioso enviado a Moscú, vía GPU. En la mayoría de los casos, los *rabcors* mismos no eran conscientes de que su tarea informativa era utilizada con fines ilícitos por la Comintern.

Una parte de los corresponsales obreros no era siquiera comunista. En Francia, la comisión central encargada de seleccionar el material de los rabcors estaba dirigida por Duclos e Isaia Bir, un agente de la GPU. Los otros miembros eran Philippe Logier, Gastón Venet y Riquier. En *L'Humanité*, la correspondencia de los rabcors era “filtrada” por un trío compuesto de Andrés Raymond, Paul Marín y Michel Marthy, un hermano de André Marty. En 1932 la Sureté logró penetrar en el grupo dirigente de los rabcors y detener a algunos agentes entre ellos a Isaia Bir y Riquier. Duclos pudo sumergirse a tiempo en la clandestinidad y desapareció de Francia durante un año. En Alemania, el movimiento de los rabcors o informadores de empresa se inició aproximadamente en 1925 y estuvo dirigido al principio por el húngaro Bela Vago, un agente de la GPU. El movimiento de los rabcors alemanes se convirtió muy pronto en el más importante del mundo.

Para trasladarse de un país a otro o encubrir su verdadera identidad, los funcionarios de la Comintern y de la NKVD necesitaban a menudo documentación falsa. Estos papeles eran suministrados por las secciones de falsificación de documentos existentes en todos o casi todos los partidos comunistas. Estas secciones eran conocidas bajo la denominación de “burós técnicos”.

Los burós técnicos estaban dispersos por todo el mundo. Los mejores eran los alemanes. Sobre la central de falsificación radicada en Berlín durante la República de Wei-

mar, Dallin observa: “Los talleres berlineses para la falsificación de pasaportes y documentos de identidad no tienen parangón en la historia. Ni las centrales de espionaje de las diversas potencias beligerantes ni la organización clandestina pre-revolucionaria de Rusia, que a lo largo de su larga historia había acumulado notables conocimientos en este campo, podían compararse con la central berlinesa de pasaportes, que en la confección de pasaportes, certificados y otros documentos se manifestó como un milagro de habilidad, precisión y fantasía”<sup>307</sup>. Además de la central de Berlín, existían burós técnicos importantes en Moscú y los Estados Unidos. Al subir Hitler al poder, la sección alemana de falsificación de documentos tenía en su poder alrededor de 5.000 pasaportes. Como hemos indicado ya en un fragmento anterior, el aparato de falsificación se hallaba integrado en el Departamento de Contactos Internacionales de la Comintern (OMS). Para evitar las “razzias” masivas de la policía, los burós técnicos se hallaban muy descentralizados.

## **V. LAS CELULAS**

La base organizativa de los partidos comunistas adheridos

---

307 Ibid., pág. 115.

a la IC eran las células. En las tesis aprobadas por el II Congreso de la Comintern sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria –tesis redactadas por Lenin– se decía: “Todo el trabajo de organización del Partido Comunista tiene que orientarse fundamentalmente a crear células comunistas allí donde existan proletarios y semiproletarios, aunque su número sea reducido. En cada soviet, en cada sindicato, en cada cooperativa, en cada taller, en cada comisión de vecinos, en cada institución estatal, en todas partes donde se encuentren tres hombres que simpaticen con el comunismo, tiene que fundarse en seguida una célula comunista... Todas las células comunistas que operan como organizaciones independientes tienen que someterse necesariamente a la totalidad del partido, al margen de que el partido actúe en ese momento en la legalidad o en la ilegalidad. Las diversas células comunistas tienen que estar coordinadas jerárquicamente y sobre la base de un sistema lo más riguroso posible”<sup>308</sup>.

Hasta mediados de los años veinte, las células estaban clasificadas fundamentalmente en barrios y distritos. El III Congreso Mundial de la IC procedió a una reforma estatutaria, acordando la creación de células de empresa como el núcleo organizativo primario de los partidos comunistas. Pero las diversas secciones nacionales no se dieron ninguna prisa en llevar a la práctica las instrucciones del Congreso

---

308 Der I, imd II. Kongress der Kom. Int, obra cit., pág. 162.

Mundial, de manera que durante un tiempo siguió prevaleciendo el viejo tipo de organización celular. Tras el fracaso del levantamiento de octubre de 1923 en Alemania, el CE de la IC subrayó la necesidad de concentrar el peso de las células en los talleres, fábricas y centros de producción. Las viejas células de barrio y de distrito fueron calificadas por los rusos como una reminiscencia de las formas socialdemócratas de organización”. La base de la organización del partido –se decía en las instrucciones del CE de la IC– es la célula del partido en la empresa. Todos los comunistas que trabajan en una determinada fábrica tienen que pertenecer a esta célula de empresa”<sup>309</sup>. En una carta dirigida al PC alemán, el CE de la IC se quejaba: “Nos vemos obligados a observar que el PC alemán no se ha organizado hasta ahora sobre la base de las células de empresa... El CE cree que ha llegado la hora de pasar en este asunto de las palabras a los hechos”<sup>310</sup>. El V Congreso Mundial de la IC insistió sobre la necesidad de acelerar la creación de células de empresa. Los comunistas que no trabajaban en fábricas o talleres recibieron la orden de organizarse en células de calle. Los obreros en paro debían encuadrarse, a efectos de organización, en la célula existente en la empresa donde habían prestado últimamente sus servicios.

---

309 Degras, obra cit., II, pág. 80.

310 Ibid., pág. 88.



La fundación de células de empresa como base organizativa del partido perseguía el fin de bolchevizar a los partidos comunistas. Las relaciones de los miembros de las células de empresa entre si eran lógicamente más abstractas e impersonales que el estrecho contacto personal existente entre los comunistas organizados en células de barrio y de distrito. Las células de empresa destruían estos vínculos humanos y tradicionales comunes, atomizaban el radio de acción de las células y favorecían la centralización del partido. En el Partido Comunista alemán, por ejemplo, las reuniones de distrito habían sido en el período pre–estalinista, verdaderos focos de diálogo democrático dentro del partido. “Esta estructura organizativa sobre la base de los barrios – observa Ruth Fischer– había creado una fuerte solidaridad personal, que estaba basada en el pasado común, en el hecho de vivir en el mismo barrio y en el contacto diario fuera de la labor del partido. Los cientos de comunistas que constituían esta organización se conocían unos a otros desde hacía años, habían compartido los peligros de la guerra civil y hecho sus primeras experiencias políticas en las viejas organizaciones socialdemócratas y sindicales. Los funcionarios no retribuidos de estas organizaciones habían sido elegidos sobre la base del principio de selección natural, lo que había traído consigo una selección de los que se habían mostrado como los más aptos”<sup>311</sup>.

---

311 Ruth Fischer, obra cit., pág. 610.

En marzo de 1925 y febrero de 1926, la Comintern organizó en Moscú conferencias para aclarar definitivamente y llevar a la práctica el problema de la organización de las células de empresa. Los participantes en esos cursillos, que eran en su mayoría fieles estalinistas como Thorez o Walter Ulbricht, recibieron la orden de implantar con todos los medios a su alcance células de empresa en las diversas secciones nacionales.

El establecimiento de células de empresa, inspirado en un esquema abstracto–burocrático que no tenía en cuenta las condiciones especiales de cada país y cada partido comunista, creó una serie de graves problemas y tropezó a menudo con dificultades prácticas insuperables. En Austria –para citar un caso extremo–, la misión de organizar las células de empresa fue encomendada al húngaro Eugenio Landler. “Su misión –anota un testimonio– fracasó totalmente por la sencilla razón de que más de la mitad de los miembros del partido eran obreros en paro. En la práctica, las secciones retuvieron sus funciones y las células no llegaron a jugar nunca el menor papel”<sup>312</sup>. En Francia, la imposición de las células de empresa tropezó también con serios obstáculos. “Durante más de un año –anota Gérard Walter–, la cuestión de las células fue objeto de animadas discusiones dentro del partido. Se quería ir de prisa y no se actuó siempre bien. La nueva organización trastornaba ciertos

---

312 Lucien Laurat, *Le Parti Communiste Autrichien*, en «Contributions à l’histoire du Comintern», obra cit., pág. 88.

hábitos adquiridos, y encontró, entre los militantes, numerosos adversarios, provocando vivas críticas, en parte justificadas”<sup>313</sup>. Souvarine, Rosmer y Loriot (el ala trotskista) eran contrarios a la creación forzosa de células de empresa, lo que provocó la ira de Sinoviev. Enemigos de las células de empresa eran también Monatte y otros comunistas de origen anarcosindicalista. Aludiendo a la actitud de Souvarine, Rosmer y Monatte, los historiadores oficiales del partido, Duclos y Billoux, escriben: “Especulando sobre la in-experiencia de los miembros del partido y los errores cometidos durante los esfuerzos de reorganización; apoyándose en las dificultades inevitables que encuentran algunas células nuevas, ellos centran la lucha contra el partido en torno a las células de empresa y exigen el retorno a antiguas formas de organización. Persistiendo en sus errores se entregan a una labor fraccional y disgregadora, acabando por reasumir las calumnias socialdemócratas contra el partido, el movimiento comunista internacional y la Unión Soviética”<sup>314</sup>. La torpe política celular de la Comintern en Francia condujo entre 1925 y 1926 a un retroceso de la plantilla de militantes de 76.000 a 55.000. La dirección del PCF anunció naturalmente la fundación de células de empresa en términos triunfalistas: “He aquí que el Partido se reorganiza —se decía en el primer número de *Cahiers du Bolchévisme*—, y esta vez sobre una base de granito, sobre las células de

---

313 Gérard Walter, obra cit., pág. 171.

314 Duclos–Billoux, obra cit., págs. 175–176.

empresa; es decir, en el seno mismo de las masas trabajadoras”<sup>315</sup>.

En Alemania, las cosas no marcharon mejor. Los hombres encargados de implantar la nueva estructura celular dentro del KPD fueron Walter Ulbricht y Pieck. Los efectos y estragos causados por las medidas burocráticas de los dos funcionarios serían resumidos más tarde por Ruth Fischer en los siguientes términos: “Bajo la consigna de ‘concentración de la labor del partido en las empresas’, fue liquidada la antigua clasificación en reuniones de distrito... Se introdujo el sistema Pieck; las reuniones de unidades superiores a las células de empresa más grandes fueron subdivididas en unidades más pequeñas, no abarcando más de diez o quince miembros. El partido fue atomizado, quedando disuelto todo grupo homogéneo de activistas”<sup>316</sup>.

En marzo de 1925 existían, según datos del Org–Buró de la IC, 1.000 células en Alemania, 600 en Francia y 30 en Inglaterra. El número total de células en los 22 partidos comunistas más importantes se eleva por estas fechas a 8.800. La mayoría de ellas eran de todos modos rusas. Tras la labor coactiva de Ulbricht y Pieck, el número de células en Alemania pasó a ser de 4.000. En marzo de 1926 existían en Inglaterra 159 células de empresa. En una resolución aprobada por el Comité Ejecutivo de la IC en 1926, se hacía

---

315 Cahiers du Bolchévisme, 21 noviembre 1924.

316 Ruth Fischer, obra cit., págs. 611–612.

constar con satisfacción que “desde la primera conferencia internacional de organización (marzo de 1925), la reorganización de los partidos comunistas sobre la base de las células de empresa ha hecho notables progresos. La resistencia ideológica con que entonces tropezaba todavía entre algunos partidos ha sido casi completamente superada”<sup>317</sup>. Pero los progresos, además de lentos, eran dudosos. A principios de 1932, en Francia existían solamente 474 células de empresa, por 1.419 células locales. En su informe ante el Congreso de París (11–19 marzo 1932), Jacques Duclos tuvo que admitir que en algunas regiones industriales, como la del Este y el Bajo–Sena, no existía ni una sola célula de empresa. En la Garonne existían solamente 7 y en el Noreste sólo 3<sup>318</sup>.

La estructura de las células no era naturalmente fija, estando supeditada a las condiciones políticas del momento. La actuación en régimen de legalidad requería una base celular distinta a la que debía predominar en condiciones de clandestinidad. En Alemania, por ejemplo, las células de calle se componían, en lo esencial, a finales de la década del veinte, de unos 20 miembros. Su actividad era en parte legal y en parte ilegal. Margarete Buber–Neuman ha descrito pormenorizadamente la composición de una célula berlinesa en 1929: “Cada jueves, los camaradas de un

---

317 Degras, obra cit., II, pág. 292.

318 Duclos–Billoux, obra cit., pág. 239.

determinado sector abarcando varias calles, se reunían en la trastienda de alguna cervecería... Allí se hallaba la "dirección de la célula", que se componía del Jefe "político" y del jefe de "organización", del representante de Agit prop, del cajero, de la jefa de mujeres y, a veces, del representante sindical y del jefe de la Juventud"<sup>319</sup>. Pero ya mucho antes de que los nazis se apoderasen del gobierno, el PC alemán disponía de un modelo organizativo ilegal basado en las células de cinco miembros o pentagrupo. La reducción de las células a cinco personas perseguía el objetivo de dificultar la labor fiscalizadora de la policía y limitar a un mínimo las detenciones en el aparato del partido. "La distribución de los cuadros en pentagrupos –observa Arthur Koesler– significaba una descentralización organizativa y la correspondiente disminución del riesgo. Sólo el jefe del grupo podía conocer el nombre y las señas de los cuatro miembros restantes, y sólo él tenía contacto con el puesto inmediatamente superior de la jerarquía del partido. Si él era detenido, sólo podían ser traicionados los cuatro miembros del grupo y su enlace"<sup>320</sup>. La célula de cinco individuos era también el modelo que funcionaba en los grandes centros penitenciarios de Alemania, tras la subida de Hitler al poder. Los 1.100 comunistas que, por ejemplo, se hallaban detenidos hacia 1935 en la cárcel de Hamburgo, estaban organizados en pentagrupos. Jan Valtin ("Richard Krebs"), reporta al

---

319 Margarete Buber–Neumann, obra cit., pág. 206.

320 Arthur Koesler, *Ein Gott der keiner war*, pág. 47, Munich, 1962.

respecto: “El partido se hallaba presente y actuaba activamente dentro de los muros de la cárcel... La estructura y la disciplina de esta organización de reclusos correspondía al modelo comunista general. Los camaradas de cada galería estaban organizados en células de cinco hombres. Con excepción del jefe de célula, ninguno podía tener contacto político alguno fuera de su propia célula. Cada jefe de célula obedecía las instrucciones de un comité de galería, compuesto de tres individuos... Todos los comités de galería operaban bajo la dirección de un grupo dirigente: el Comité Central, cuyo cuartel general se hallaba en la galería 11”<sup>321</sup>. El Partido Comunista norteamericano, tras el pacto entre Molotov y von Ribbentrop (1939), pasó también a actuar sobre la base clandestina de los pentagrupos, como confirmaría Budenz tras su ruptura con el partido: “Cada grupo fue limitado a cinco miembros, y las reuniones ya no tenían lugar en salas y otros lugares semipúblicos, sino en pisos. Cada grupo tenía un secretario, que informaba a la sección por medio de un sistema de números. Los nombres de los miembros estaban anotados en fichas secretas, que en número de tres eran guardadas en sitios seguros, en modo alguno en la central”<sup>322</sup>.

La estructuración organizativa del partido en células co-

---

321 Jan Valtin, obra cit., pág. 490.

322 Budenz, obra cit., pág. 173.

rrespondía a la concepción leninista de la técnica revolucionaria y era sólo uno de los aspectos del aparato ilegal de los partidos comunistas adheridos a la Comintern. El punto 12 de los Estatutos de la IC estipulaba ya claramente: “La situación general en toda Europa y América obliga a los comunistas de todo el mundo a crear organizaciones comunistas ilegales paralelas a las organizaciones legales. El Comité Ejecutivo tiene el deber de velar para que esto sea llevado a la práctica en todas partes”<sup>323</sup>. En realidad, esta técnica clandestina adoptada por la IC era una simple variante bolchevizada de los métodos conspirativo-carbonarios practicados ya por Babeuf, Buonarroti, Blanqui, Bakunin o Netstaiev en el siglo XIX. La formación de células estaba en abierta contradicción con las tradiciones abiertas y democráticas del movimiento sindical y socialista europeo. Lo mismo reza para la formación de fracciones comunistas secretas fuera de las organizaciones del partido, que constituían un complemento a la actividad de las células y servían al objeto de posibilitar la infiltración y el trabajo de zapa en organizaciones no comunistas. En una lista de instrucciones publicada en febrero en 1924 por *Imprecorr* sobre la formación de fracciones comunistas, se decía. “En todas las organizaciones y corporaciones (sindicatos, cooperativas, sociedades culturales y recreativas, asociaciones deportivas, consejos de empresa, comisiones de parados, congresos y conferencias, consejos municipales,

---

323 Der I. und II. Kongress der Kom. Int., obra cit., pág. 214.



parlamentos, etc.), en los que existan por lo menos tres comunistas para reforzar la influencia del partido y llevar su política a las esferas situadas fuera del mismo”<sup>324</sup>. Estas fracciones comunistas que operaban en la periferia del partido estaban sometidas, excepto por lo que se refiere a asuntos de rutina, a las instrucciones del Comité Central del respectivo Partido Comunista.

## **VI. LA FINANCIACIÓN DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS**

Los partidos adheridos a la III Internacional eran, con escasas excepciones, demasiado débiles para poder costear por sí mismos su presupuesto de gastos. Según el testimonio de Krivitsky, “ni uno solo de los partidos comunistas del mundo logró en ningún momento sufragar más que un porcentaje muy reducido de sus gastos”<sup>325</sup>. Y Castro Delgado: “Nosotros lo recibíamos todo del Comité Central del partido bolchevique: el dinero y las órdenes. Los partidos comunistas extranjeros no tienen ni independencia económica ni independencia política. Esta es una verdad que sólo los imbéciles o los canallas pueden negar. Las pruebas son, por lo demás, evidentes. ¿Existe un solo partido

---

324 Degras, obra cit., II, pág. 67.

325 Krivitsky, obra cit., pág. 70.

comunista que pueda demostrar, apoyándose en cifras, que vive gracias a las cotizaciones de sus afiliados?”<sup>326</sup>.

La tarea de financiar parcial o totalmente a los partidos comunistas fue asumida desde el primer momento por la Comintern. La ayuda económica a las diversas secciones nacionales fue, en efecto, una práctica realizada por la IC desde su fundación. El primero en emplearla fue Lenin, que disponía de un fondo personal no sometido al control del CC del PC ruso ni al de la sección de tesorería del mismo. Este fondo se componía de divisas extranjeras y sobre todo de joyas, oro y piedras preciosas, y había sido requisado por la Checa a las familias rusas adineradas. Este tesoro secreto se hallaba bajo resguardo en uno de los sótanos del Kremlin. Responsable del mismo ante Lenin era Ganetski.

Lenin envió a diversos emisarios con maletas llenas de joyas a varios países. En sus Memorias, M. N. Roy cuenta cómo Michail Borodin apareció en 1919 en México para comunicarle que el Gobierno ruso le había enviado a los Estados Unidos con dos maletas llenas de joyas de la Corona con el valor de un millón de rublos con el objeto de acelerar la revolución en el Nuevo Mundo. El revolucionario indio, que era entonces delegado de la Comintern en México, ayudó a Borodin a rescatar las maletas, que, a causa de una serie de peripecias, estuvieron a punto de perderse. En otoño de 1919 Lenin despachó hacia Berlín a su hombre de confianza

---

326 Castro Delgado, *J'ai perdu la foi in Moscou*, obra cit., página 207.

Reich (alias “Thomas”) con una maleta llena de divisas y joyas. “Thomas” estaba en posesión de un pasaporte falsificado que le acreditaba como agregado comercial de la Embajada mexicana de Berlín. El PC alemán cayó pronto bajo la influencia material de Moscú, de manera que “en realidad el CC alemán no podía rebelarse, pues dependía en lo material totalmente de Moscú. Todo el problema radicaba en esa dependencia”<sup>327</sup>. Lenin dio más tarde instrucciones para constituir un fondo secreto de 50 millones de marcos oro, el cual era administrado por una comisión especial compuesta por él, Slnoviev y Trotsky. Una parte de estos recursos estaba prevista para financiar las actividades de los partidos comunistas extranjeros pertenecientes a la Comintern. La distribución del dinero en Europa fue confiada al camarada “Tilomas”: “El procedimiento –cuenta Thomas– era el siguiente: cada PC presentaba un presupuesto conteniendo una lista detallada del dinero solicitado y la suma total. Yo hacía examinar por expertos estos presupuestos y los enviaba, junto con mis deducciones propias, a la IC de Moscú. La Comintern, sobre la base de estos datos, elaboraba su presupuesto general, y, después de haber estipulado las diversas asignaciones, lo enviaba al CC ruso”<sup>328</sup>.

Entre las primeras personas a las que Lenin confió dinero

---

327 Le recit du camarade Thomas, en «Contributions a l’histoire du Comintern», obra cit., pág. 21.

328 Ibid., pág. 22.

con fines subversivos se hallaba también Angélica Balabanova, pero ésta se negó a financiar la propaganda de la Comintern en Suecia con fondos rusos. “Los bolcheviques –escribiría más tarde–, empezando por Lenin y Trotsky..., no podían comprender que yo no apoyase sus métodos, es decir, el empleo de medios financieros para corromper a militantes y para crear con ello una opinión pública favorable a los bolcheviques”<sup>329</sup>. Una parte del dinero o de las joyas que Moscú enviaba al principio a las secciones extranjeras y a grupos simpatizantes europeos pasaba por el Buró Auxiliar de Ámsterdam, que actuaba de vehículo de comunicación entre los partidos comunistas de la Europa Occidental y el CE de la IC. El informe policíaco elaborado en Holanda en el verano de 1920 (el Rapport Darru) y remitido al juez de instrucción el 11 de septiembre de ese año contenía pruebas testificales y documentos diversos demostrando de una manera incuestionable –pues se trataba de cartas de dirigentes comunistas interceptadas por la policía– que ya en esa época Moscú ayudaba financieramente a los comunistas extranjeros. Añádase que, de todos modos, esa ayuda era al principio esporádica y discontinua. El Buró Auxiliar de Ámsterdam fue disuelto, entre otras cosas, por irregularidades financieras.

Los procedimientos técnicos para ayudar materialmente a los partidos comunistas no fueron siempre los mismos.

---

329 Angélica Balabanova, *Lénine et la creation du Comintern*, en «Contributions a l’histoire du Comintern», obra cit., pág. 35.

Krivitsky anota: “Yo recuerdo un período en que el procedimiento consistía en que el Buró Político daba orden a la Checa (GPU) de entregar sacos de diamantes confiscados y oro a la Comintern para su envío al extranjero”<sup>330</sup>. Más tarde el método habitual para hacer llegar fondos a los diversos países era la valija diplomática: “Uno de los métodos favoritos de transmitir dinero e instrucciones de Moscú a un país extranjero para el uso del PC local era el de utilizar las valijas diplomáticas, que están exentas de control. Por esta razón, el representante del OMS es, por lo general, empleado nominal en la Embajada soviética. Desde Moscú recibe, en paquetes que llevan el sello del Gobierno soviético, fajos de billetes de banco junto con instrucciones precintadas sobre su distribución. El fajo de billetes es entregado personalmente por él al dirigente comunista con quien mantiene contacto directo”<sup>331</sup>.

La Comintern se sirvió muy pronto de sus subsidios económicos para ejercer presión sobre las diversas secciones nacionales. Así, en la Circular núm. 830 de la Comintern, se decía: “La transferencia de las asignaciones trimestrales a las secciones tendrá lugar sólo después de la llegada del informe del partido correspondiente al trimestre en cuestión. Los informes deben estar listos, respectivamente, el 1 de enero, el 1 de abril, el 1 de julio y el 1 de octubre y enviados

---

330 Krivitsky, obra cit., pág. 71.

331 Ibid., pág. 71.

al secretariado de la IC”<sup>332</sup>. Las consecuencias de esta dependencia económica eran altamente negativas. Kautsky escribía en 1925 sobre este problema: “La dirección de la III Internacional, radicada en Moscú, que sólo es un instrumento del Gobierno soviético y que sólo vive de su apoyo financiero, se siente, a causa de las sumas de dinero repartidas, como amo absoluto de los partidos comunistas mantenidos por ella, no tolerando oposición alguna por parte de los mismos. Muchos socialistas de buena fe, que creen en la eficacia de los métodos bolcheviques, fueron expulsados de la III Internacional debido a la obediencia de cadáver que se les exigía. En ella sólo pueden mantenerse bribones sin carácter o románticos ignorantes e ingenuos”<sup>333</sup>.

El PC alemán nos suministra, como otras veces, el ejemplo más idóneo de la dependencia económica en que se hallaban los diversos partidos comunistas con respecto a Moscú, y ello a pesar de que el KPD era uno de los partidos más potentes del mundo. En los comienzos de la era estalinista, entre 1925 y 1927, el PC alemán contaba entre 125.000 y 135.000 afiliados. De ellos, 4.000 eran funcionarios retribuidos. El dinero para su mantenimiento procedía en gran parte de los fondos aportados por la Comintern. Estos funcionarios pagados constituían la élite del partido, eran los cuadros profesionales que tomaban las

---

332 Der deutsche Kommunismus. Dokumente, obra cit., pág. 212.

333 Karl Kautsky, Die Internationale und Sowjetrussland, páginas 10–11, Berlín, 1925.

decisiones más importantes. Además de estos 4.000 funcionarios existía, según testimonio de Ruth Fischer, un número parecido de agentes de la Comintern o de Moscú también económicamente dependientes de los fondos rusos<sup>334</sup>. El hecho de que los funcionarios comunistas más destacados dependiesen económicamente de Moscú aumentaba su predisposición a servir ciegamente al aparato del partido, les incapacitaba de antemano para actuar de acuerdo con su conciencia y, en caso necesario, para rebelarse contra la Ejecutiva rusa. En qué medida el dinero soviético era perjudicial a los partidos comunistas lo reconocería más tarde Tito: “El dinero de Moscú que nos afluyó de 1919 a 1937 para nuestro trabajo en el partido produjo más daño que provecho. A partir del momento en que me puse a la cabeza del partido, dejamos de aceptar toda ayuda extranjera”<sup>335</sup>.

“Durante muchos años –anota Krivitsky–, cuando las perspectivas revolucionarias parecían prometedoras, la Comintern volcó la mayor parte de su dinero a Alemania y la Europa central. Pero cuando la Comintern se convirtió más acusadamente en un instrumento del Gobierno soviético y los objetivos revolucionarios fueron sacrificados a la estalinización de la opinión pública y a la conquista de posiciones clave en los gobiernos democráticos, el

---

334 Ruth Fischer. obra cit., pág. 614.

335 Vladmir Dejider, Tito, pág. 111, Berlín, 1953.

presupuesto de Moscú para Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos creció enormemente”<sup>336</sup>.

De acuerdo con las declaraciones hechas por el dirigente comunista norteamericano Benjamín Gitlow ante la “Comisión Dies”, en la década del 20, el PC de los Estados Unidos recibía una asignación anual de 150.000 dólares, más subsidios especiales para financiar el *Daily Worker* o alguna campaña política especial, por ejemplo, para impedir que John Lewis fuese elegido presidente del Sindicato de Mineros. Por lo que respecta a Latinoamérica, aunque la Comintern no prestó al principio mucha atención al movimiento comunista del subcontinente, es evidente que sostuvo desde el primer momento con fondos a determinados grupos y partidos. Robert J. Alexander, en su valiosa monografía sobre el comunismo latinoamericano, se limita a decir: “En determinados momentos, la Comintern ha dado grandes sumas de dinero a los partidos comunistas latinoamericanos. Esto fue sin duda cierto en los primeros días del PC mexicano. Lo fue también en los años 30 por lo que respecta al PC de Chile”<sup>337</sup>.

Uno de los partidos comunistas que más dinero costó a la Comintern fue el inglés. Richard Krebs (Jan Valtin), que fue enviado a Inglaterra por Dimitroff a principios de los años 30 para poner un poco de orden en el PCGB, resume así sus

---

336 Krivitsky, obra cit., pág. 70.

337 Robert J. Alexander, *Communism in Latin America*, pág. 42, obra cit.



experiencias: “El partido británico no tenía apenas ingresos. Quizá el cinco por ciento de sus afiliados pagaban su cuota. Cada fase de la actividad del partido dependía del apoyo de Moscú... El partido británico ocupaba una posición especial dentro de la Comintern. En él no se había producido ninguna renovación ni había sido destruido por ninguna escisión interna. Pero desde la huelga general de 1926 se había convertido en el juguete más inútil y más caro de la IC. Anualmente había dilapidado dinero por valor de 250.000 dólares”<sup>338</sup>. Con una parte del dinero recibido, los miembros del CC financiaban anuncios comerciales ficticios con el objeto de dar la impresión a Moscú de que la influencia del *Daily Worker* iba en aumento; el resto del dinero, observa Jan Valtin, “pasaba a manos de un dique de miembros del CC en forma de salarios y “gastos”. Estos “gastos” incluían pisos de lujo, el mantenimiento de queridas, viajes de vacaciones a la costa del Sur, así como abrigo de pieles y coches para las mujeres de los estalinistas ingleses de renombre”<sup>339</sup>.

Existían algunos partidos –como los escandinavos– que estaban bien organizados y no eran económicamente esclavos de Moscú. El PC sueco, por ejemplo, había logrado montar una lucrativa cadena de clubs obreros, con cuyas ganancias financiaba una parte de su presupuesto. Pero la independencia económica era algo que la Comintern no veía

---

338 Jan Valtin, obra cit., págs. 260–262.

339 Ibid., pág. 263.

con buenos ojos, y hacía todo lo posible para frenarla allí donde surgía.

A pesar de la ayuda financiera prestada por Moscú a los partidos y organizaciones comunistas de todo el mundo, algunas secciones nacionales se esforzaban en incrementar sus ingresos con todos los medios a su alcance. Así, el PC alemán poseía una unidad especial destinada a recaudar fondos para las arcas del partido por medio de asaltos y atracos a mano armada. En enero de 1923, por ejemplo, un comando de quince comunistas robó la nómina de salarios de la fábrica de gas Berlin–Charlottenburg y, poco después, la de una fábrica de Spandau. Estos asaltos eran dirigidos por Hugo Marx, el representante local de la GPU en Hamburgo. El KPD y el PC finlandés se dedicaban en 1923 al contrabando de alcohol. Los pingües beneficios obtenidos gracias a la venta de aguardiente en Finlandia estaban destinados a la compra de armas para la revolución alemana. En estas acciones de contrabando participaba incluso el CC del PC finlandés, bajo la dirección de Millo Virtanen.

Coincidiendo con la realización del Primer Plan Quinquenal, Moscú intentó aumentar su fondo de divisas –que en este momento se hallaba en una situación muy crítica– procediendo a la falsificación de billetes de banco norteamericanos. Este procedimiento, que había sido empleado ya por Napoleón y que más tarde sería utilizado también por los nazis, constituyó un gran fracaso y estuvo a punto de cons-

tituir un escándalo mayúsculo para la Comintern y el Gobierno soviético. Los billetes falsos, a pesar de estar imitados con gran maestría, no tardaron en ser descubiertos por el Federal Reserve Bank de Nueva York. La introducción de dólares falsos por la GPU –en colaboración con elementos del hampa y los bajos fondos– condujo finalmente a la detención del comunista Valentine Gregory Burtan, un médico de origen ruso nacionalizado norteamericano. En el proceso incoado contra él en los Estados Unidos, Burtan guardó silencio sobre sus conexiones con el agente de la Comintern Nick Dozenberg. En la operación de los dólares falsos estuvieron complicados dirigentes comunistas como “Alfred”, Franz Fischer, Paul Roth, Nick Dozenberg y otros. Este penoso affaire fue enterrado finalmente por Walter G. Krivitsky, entonces jefe de los Servicios de Espionaje Militar rusos en la Europa occidental. Sobre la operación de los dólares falsos escribe Dallin: “Entre las muchas historias que circulan sobre operaciones soviéticas con dinero falso y que en gran parte deben considerarse como exageradas y hasta falsas, el affaire Dozenberg es documentalmente demostrable. Durante el proceso de falsificación de moneda con que terminó finalmente el affaire, una serie de testigos hicieron declaraciones detalladas que diez años más tarde fueron confirmadas por el propio Dozenberg”<sup>340</sup>. El antiguo funcionario comunista Karl I. Albrecht, después de su ruptura con la Comintern, declarararía: “Entre los círculos

---

340 Dallin, obra cit., págs. 456–457.

iniciados y directivos del Politburó y del Estado (ruso), era generalmente conocido que la dirección de la GPU se dedicaba a imprimir billetes de banco extranjeros –especialmente dólares– en un taller de falsificación propio, dotado de los medios más modernos, con ayuda de falsificadores de moneda profesionales especialmente hábiles”<sup>341</sup>. Y Richard Krebs (Jan Valtin): “En los círculos de la Comintern se sabía –aunque ello no era nunca mencionado o discutido– que el dinero que no era transferido telegráficamente, sino enviado por emisarios, procedía del dinero falso fabricado por los especialistas alemanes de la Comintern en Berlín”<sup>342</sup>.

Si durante muchos años Moscú tuvo que desembolsar enormes fondos y reservas de divisas para financiar la revolución mundial –mientras el pueblo ruso carecía de lo más necesario y vivía en condiciones sumamente primitivas–, al estallar la guerra de España pudo recuperar con creces el importe de las sumas desembolsadas anteriormente, aunque a cambio tuviera que suministrar importantes partidas de armas. A principios de noviembre de 1936 llegó al puerto de Odessa un buque cargado con la mayor parte de las reservas de oro acumuladas en los sótanos del Banco de España. El traslado de las barras de oro fue llevado a cabo con todo sigilo y organizado por Arturo Stashevsky, uno de los hombres clave de Stalin en España. El envío del oro

---

341 Karl I. Albrecht, obra cit., pág. 35fl.

342 Jan Valtin, obra cit., pág. 192.

español fue realizado con la aprobación de Largo Caballero y por iniciativa de Juan Negrín, entonces ministro de Finanzas. De acuerdo con el “Campesino”, el transporte de las cajas de oro de Madrid a Cartagena fue efectuado bajo su dirección por orden personal de José Díaz, el secretario general del PCE. El total de camiones utilizados para cargar y transportar las 7.800 cajas fue de 35<sup>343</sup>. La tarea de descargar el oro en Odessa y de hacer llegar las cajas al Gosbank fue realizada bajo la dirección personal de Nikolai Yezhov, el sucesor de Yagoda al frente de la GPU. “Me consta que llegó íntegro y sin dificultad –escribirá más tarde Largo Caballero–. Nos pareció algo milagroso que pasara el Mediterráneo, el estrecho de Sicilia, el Bósforo y llegara a Odesa, en el mar Negro, y a Moscú sin novedad. De ese oro se pagaba todo el material que enviaba Rusia, a cuyo efecto se abrió una cuenta corriente”<sup>344</sup>.

Los tres empleados del Banco de España que acompañaron a la expedición fueron retenidos por la fuerza en Rusia durante toda la guerra. Terminada la guerra civil española y fiel a su costumbre de quitar de en medio a testigos incómodos, Stalin hizo fusilar al comisario de Hacienda ruso

---

343 Véase El Campesino, Die grosse Illusion, pág. 161, Colonia, 1951. La versión de El Campesino –por ejemplo, que las cajas fuesen cargadas en una sola hora– ha sido puesta en duda por algunos historiadores.

344 Largo Caballero, Correspondencia secreta, pág. 258, Editorial Nos, Madrid, 1961, con notas y prólogo de Mauricio Carravilla. Se trata de una reedición incompleta de la colección de cartas publicada en México en 1954 bajo el título de Mis recuerdos, con prólogo y notas de Enrique de Francisco.

Grinko y desterró a Siberia al director del Gosbank, Marguliz; al subdirector, Cagan; al representante del Comisariado de Hacienda en el Gosbank, Ivanovski, y al sucesor de Marguliz al frente del Gosbank, Martinson<sup>345</sup>.

## **VII. LOS SECRETARIADOS TERRITORIALES. LOS BURÓS PERMANENTES**

Con el objeto de coordinar y centralizar la labor de los diversos partidos comunistas, la Comintern creó una serie de secretariados, agrupando generalmente a varios países en una sola unidad. La composición de estos secretariados territoriales se efectuaba de acuerdo con los factores geográficos, étnicos e históricos de los respectivos países. Cada secretariado territorial estaba dirigido por un miembro del CE de la IC. Los países incluidos en un determinado secretariado estaban representados por lo menos por un delegado propio. A partir de 1926, los diversos partidos comunistas

---

345 Al producirse la muerte de Negrín, el 13 de noviembre de 1956, sus familiares entregaron al gobierno de Madrid la documentación relativa al envío del oro español a Moscú, que fue publicada el 30 de diciembre del mismo año. El 5 de abril de 1957 la Pravda de Moscú publicó un artículo reconociendo la documentación publicada por Madrid, pero añadiendo que el importe de la partida de oro recibida por el gobierno soviético había sido de sobra rebasado por los suministros de armas a la República. De acuerdo con la Pravda, España debía incluso a Rusia 50 millones de dólares.

adheridos a la Comintern quedaron encuadrados en once secretariados territoriales, cuya estructura y disposición era la siguiente: 1, Francia y sus posesiones coloniales, Italia, Bélgica, Suiza; 2, Alemania; 3, Checoslovaquia, Austria, Hungría; 4, Inglaterra, Irlanda, Holanda, Australia, Sudáfrica, India, Indias holandesas; 5, Estados Unidos, Canadá, Japón; 6, España, Portugal, Latinoamérica; 7, Noruega, Suecia, Dinamarca, Islandia; 8, Polonia, Finlandia y los tres países bálticos; 9, los países balcánicos; 10, Unión Soviética, y 11, China, Corea, Mongolia, Turquía, Persia, Egipto, Siria, Palestina.

En estrecha conexión con los secretariados territoriales, la Comintern mantenía dependencias especiales en los países más importantes del mundo, denominadas “burós permanentes”. El artículo 9 de los Estatutos de la IC preveía ya que, “en caso necesario, el CE organiza en los diversos países sus burós técnicos y auxiliares, que están enteramente subordinados al CE”<sup>346</sup>. Los burós permanentes eran unidades secretas o camufladas y servían como centros de coordinación entre el CE de la IC y las diversas secciones nacionales y grupos territoriales. Con el tiempo los burós permanentes se convirtieron en feudos de la GPU. La instalación de burós auxiliares en los puntos neurálgicos del extranjero fue una práctica iniciada por Lenin. Poco después de la fundación de la Comintern surgieron burós en Viena

---

346 Der I. und II. Kongress der Kom. Int., obra cit., págs. 213– 214.

(Buró Sudeste), en Ámsterdam y en Berlín. El Buró de Viena fue transformado más tarde en Buró Balcánico, y el Buró de Ámsterdam, disuelto en 1920 por irregularidades financieras. El Buró de Berlín (Buró de la Europa Occidental) estuvo al principio dirigido por J. Reich (alias “Thomas”, “Rubinstein”), N. Krebs (alias “N. Rakov”, “Félix Wolff”, “Inkov”), A. E. Abramovich (alias “Albrecht”, “Zalewski”) y M. Warszawski (alias “Bronski”). Otro de los burós iniciales fue el de Taschkent o Buró del Asia Central, en el que actuó, entre otros, el comunista indio M. R. Roy. Este Buró fue cerrado ya en 1921. El “Buró del Extremo Oriente”, instalado en Wladiwostok –con una subdependencia en Shanghai–, jugó un papel importante debido a las intensas actividades de la Comintern en China.

La base de operaciones más importante de la IC en Europa fue, hasta la subida de Hitler al poder, Alemania. El Buró de la Europa Occidental se hallaba instalado en la Casa de Karl Liebknecht, de Berlín, que era al mismo tiempo el cuartel general del PC alemán. El jefe del Buró de Berlín fue, a partir de 1929, Dimitroff. Sobre las actividades de la Karl Liebknecht–Haus, de Berlín, reporta Richard Krebs (Jan Valtin): “Al amparo del impresionante edificio comunista trabajaba silenciosa y eficazmente la red clandestina de la GPU en Alemania. Sus departamentos abarcaban el aparato de espionaje, el aparato de infiltración en el Ejército y la Marina, el aparato de desmoralización de la policía, el aparato destinado a realizar espionaje industrial a favor de



la Unión Soviética, los grupos de protección del partido (los guardaespaldas armados de los dirigentes del partido), el aparato de pasaportes, censura del partido, servicios de correos y tráfico y además los diversos aparatos de contraespionaje y labor desmoralizadora dentro del partido socialdemócrata, del Centro Católico, de los monárquicos y de las unidades militares del movimiento hitleriano. Cada departamento y cada organización auxiliar del partido eran dirigidos por un emisario especial de Moscú, que estaba dotado de poderes dictatoriales”<sup>347</sup>. Pero la Casa de Karl Liebknecht no era en modo alguno la única dependencia del Buró de la Europa Occidental, que abarcaba a una serie de locales y pisos particulares de difícil localización para la policía, y en los que se guardaban precisamente los documentos más comprometedores. Tras la subida de Hitler al poder, la central del Buró de la Europa Occidental fue trasladada a Copenhague y alojada en el tercer piso del “Vesterport”, un moderno edificio comercial situado en el corazón de la capital danesa. El Buró de la Comintern estaba camuflado como despacho de Ingeniería. Además de las oficinas situadas en el tercer piso del “Vesterport”, el Buró de la Europa Occidental poseía en Copenhague ocho dependencias secretas adicionales. El Org–Buró era dirigido por el alemán Wollweber; el departamento político, por el finlandés Kuusinen, y las Unidades–T, por el lituano Michail

---

347 Jan Valtin, obra cit., págs. 164–165.

Avatin.

En los países escandinavos las operaciones de la Comintern eran dirigidas por el danés Richard Jensen. Las instrucciones que Jensen recibía de Moscú vía Berlín y después vía Copenhague las transmitía al secretario general del PC danés, Axel Larsen, al secretario general del PC noruego, Christiansen, y al secretario general del PC sueco, Sillen. La sede de Jensen se hallaba en la Verterbrogade, número 70, a cinco minutos del Tivoli-Park. En Noruega, el enlace encargado de mantener el contacto entre el aparato subversivo de la Comintern y las organizaciones comunistas locales era el doctor Arne Halvorsen, uno de los médicos más conocidos de Oslo. Su cuartel general se encontraba en la Carl-Johannsgade, junto a la estación central de ferrocarril.

El Buró Sudamericano estuvo emplazado primero en Buenos Aires, más tarde en Montevideo y finalmente en Río de Janeiro, hasta su disolución en 1935. El Buró Sudamericano estuvo dirigido muchos años por el lituano Guralski, que hasta 1923 jugó un papel muy importante en Alemania bajo el seudónimo de “Kleine” y en 1925 en Francia bajo el de “Lepetit”.

En París existía una sucursal del Buró de la Europa Occidental, cuya dependencia central se hallaba en la rue du Seine, número 63, camuflada como un despacho de arquitectura. Su jefe fue durante muchos años Roger Walter Ginsburg, un funcionario estalinista que más tarde jugó un

papel importante en el Consejo Nacional de la Resistencia y, terminada la guerra, como funcionario del PCF y diputado bajo el nombre supuesto de Pierre Villon. “El despacho del arquitecto –recuerda Richard Krebs– era quizá el punto de reunión más cosmopolita de los servicios secretos de la Unión Soviética en la Europa occidental. Los instructores de la Comintern y los agentes de la GPU que iban y venían de Moscú a Berlín y París, no dejaban nunca de llamar a la puerta de Roger Ginsburg, fuese a causa de su correspondencia, para cambiar el pasaporte, por motivos de dinero, para obtener un refugio seguro en casa de los miembros del partido, para entrar en contacto con colaboradores, para recoger material, para intrigar y para entregar sus informes para la expedición que había de salir en el próximo correo hacia Berlín y Moscú. En el taller no se hallaba nunca más material escrito comprometedor que el que pudieran tener los visitantes en el bolsillo. Para cada sección de su departamento, Ginsburg tenía instalado un piso separado en los inmuebles cercanos, cuyos inquilinos eran miembros del partido integrados en el aparato”<sup>348</sup>. Además del Buró de Ginsburg, existía una base en El Havre, dirigida por René Canee. Después de la subida de Hitler al poder, el Buró de Ginsburg se convirtió en un punto de reunión muy importante para los comunistas alemanes e italianos, cuyos partidos estaban prohibidos, así como para los comunistas sudamericanos. El hecho de que a partir de

---

348 Ibid., pág. 155.

1934–1935 Francia fuese el principal exponente del Frente Popular, aumentó su importancia.

## **VIII. LAS ORGANIZACIONES SUBSIDIARIAS DE LA COMINTERN. LA JUVENTUD COMUNISTA INTERNACIONAL. LA INTERNACIONAL COMUNISTA FEMENINA. EL SOCORRO OBRERO. EL SOCORRO ROJO. LA INTERNACIONAL DE OBREROS PORTUARIOS Y DEL MAR**

La Comintern controlaba directa o indirectamente, no sólo a los diversos partidos comunistas, sino a una serie de organizaciones internacionales estatutaria y formalmente autónomas. Entre dichas organizaciones cabe citar a la Juventud Comunista Internacional, a la Internacional Comunista Femenina, al Socorro Obrero Internacional, al Socorro Rojo Internacional, a la Internacional de Obreros Portuarios y del Mar y otras muchas cuya enumeración completa rebasaría el marco de nuestro libro. Junto a estas entidades de carácter supranacional, los partidos comunistas controlaban por su parte a un gran número de organizaciones aparentemente independientes.

La Juventud Comunista Internacional, adscrita a la Co-

Comintern desde 1919, era una de las organizaciones más dinámicas y activas de la III Internacional. Uno de los grandes impulsores de la JCI fue Willi Münzenberg, que gozó siempre de la confianza de Lenin. De la JCI surgieron figuras como Heinz Neumann, A. Schatzkin, Besso Lominadse, Leo Flieg. Todos ellos serían liquidados o bien cometieron suicidio. En 1920 la JCI contaba ya con 49 asociaciones, representando a más de 800.000 comunistas. Sus órganos de prensa centrales eran la *Juventud Internacional*, de aparición mensual, y la *Correspondencia Juvenil Internacional*, cuyas ediciones en francés y alemán aparecían cada tres días. Además de estos órganos supranacionales, las respectivas secciones nacionales editaban sus propias publicaciones.

La Internacional Comunista Femenina fue dirigida, hasta su muerte, por la comunista alemana Clara Zetkin, que había fijado desde 1924 su residencia en Moscú. Aunque Clara Zetkin pudo escapar a la liquidación física o a la persecución oficial, tras la muerte de Lenin vivía prácticamente confinada en una dacha de Moscú, rodeada de espías de la GPU. La importancia de la Internacional Comunista Femenina no fue nunca excesiva, a pesar del papel destacado jugado en la Comintern por figuras femeninas como Clara Zetkin, Ruth Fisher, Sylvia Pankhurst, Alejandra Kollontai, Susanne Girault, Angélica Balabanova, Dolores Ibárruri y otras.

El Socorro Obrero Internacional, surgido en 1921 por iniciativa de Lenin para remediar la penuria material y el hambre del pueblo ruso, estuvo dirigido desde el principio

por Willi Münzenberg. El delegado permanente en Moscú era el italiano Francesco Misiano. A pesar de sus orígenes mutualistas, el SOI no tardó en convertirse en un instrumento de agitación y propaganda de la Comintern. Entre sus actividades se contaba la organización de “marchas del hambre” y de manifestaciones de obreros en paro. Como decía Willi Münzenberg: “Las medidas de socorro del SOI tienen ante todo un carácter revolucionario y no pueden ser comparadas a la labor de beneficencia de las organizaciones burguesas”<sup>349</sup>. Así, para respaldar sus campañas contra el hambre o el paro, el SOI movilizaba a intelectuales y a personalidades públicas de prestigio internacional. La labor caritativa era combinada de esta manera con el proselitismo y la propaganda. Durante los primeros diez años de su existencia, el SOI logró obtener la colaboración de más de 3.000 intelectuales, entre ellos Einstein, Romain Rolland, Gorki, Henri Barbusse, Sinclair, Erwin Piscator, Brecht y otros muchos. Los cuadros y apuntes donados por pintores de renombre eran vendidos en exposiciones y pasaban a incrementar los fondos del SOI. Durante el primer decenio de su existencia, el SOI llegó a reunir en sus manes la suma de 120 millones de marcos oro. Aunque una parte de esta suma fue destinada a ayudar a obreros menesterosos, la mayor parte de ella fue utilizada con fines propagandísticos. Los intelectuales de más prestigio actuaban a menudo como oradores en los mítines del SOI; los actores de teatro, como

---

349 Willi Münzenberg, *Solidarität*, pág. 60, Berlín, 1931.

recitadores en veladas culturales. Más tarde el SOI pasó a convertirse en un instrumento del departamento de Agit-prop; su función esencial era la de propagar por medio de revistas gráficas, películas documentales y de largo metraje, mítines y otros actos, la edificación del socialismo en la Unión Soviética: “El SOI –escribía su presidente– considera la propaganda y popularización de la edificación roja en la Unión Soviética como una de sus tareas básicas”<sup>350</sup>.

Una organización parecida al SOI era el Socorro Rojo Internacional (SRI), fundado en 1923 en Moscú. En su fase inicial el SRI estuvo dirigido por Clara Zetkin; tras su muerte, por la rusa Jelena Stassova, y tras el VII Congreso Mundial de la IC, por Bodganov. La misión básica del SRI era la de ayudar a “todas las víctimas de la lucha revolucionaria”, también a revolucionarios no comunistas. El SRI jugó un papel importante tras la subida de Hitler al poder y durante la guerra civil española. Pero, además de cumplir esta función asistencial, el SRI operaba en la clandestinidad y posibilitaba la desaparición de comunistas perseguidos por la Justicia. Para poder llevar a cabo su misión, el SRI cooperaba estrechamente con la sección de pasaportes del OMS.

La Internacional de Obreros Portuarios y del Mar (ISH) era en apariencia una organización internacional autónoma, con la sede central en la Rothesoodstrasse, de Hamburgo; en realidad, se trataba de una filial camuflada de la sección

marítima de la Profintern. La ISH fue fundada en 1931. Su secretario general era el funcionario comunista Albert Walter. El presidente, George Hardy, era una simple figura decorativa. Tras la detención de Albert Walter por la Gestapo, en 1933, la dirección de la ISH pasó a manos de Ernst Wolweber y su domicilio central trasladado a Copenhague, más tarde a París.

La ISH poseía agencias en 22 países y 19 colonias, así como 47 clubs en los puertos más importantes del mundo. Su órgano principal –el boletín de la ISH– aparecía en trece idiomas diversos, y era editado en Hamburgo hasta el advenimiento del nacionalsocialismo.

El presupuesto anual de la ISH era, a principios de la década del 30, de 50.000 dólares. Ocho mil eran absorbidos por el aparato administrativo de Hamburgo; el resto era destinado a las organizaciones subsidiarias en el extranjero.

Por la naturaleza de sus actividades –agitación portuaria, transporte y contrabando de propaganda y agentes, etc.– la ISH cooperaba estrechamente con el OMS. “A los ojos de Moscú –escribe Dallin–, ninguna organización sindical tenía tanta importancia como la ISH, puesto que en caso de guerra la Internacional de los marinos podía boicotear el transporte de tropas y armas contra Rusia, y en tiempos de paz ejercer presión política por medio de una huelga de los trabajadores



del mar”<sup>351</sup>. La ISH fue disuelta formalmente tras el VII Congreso Mundial de la Comintern, aunque sus cuadros no dejaron de actuar.

## **IX. COMINTERN Y GPU**

Aunque la GPU fuese una organización no implicada formalmente con la Comintern, era en realidad el instrumento técnico utilizado por el Politburó ruso para controlar y manipular a los diversos partidos comunistas extranjeros. Cedamos la palabra a Trotsky: “Ante todo, ha de quedar claro que la actividad de la GPU está estrechamente unida a la de la Comintern, de manera que los dirigentes de la GPU ocupan posiciones clave dentro de la Comintern. El esquema general de la organización extranjera de la GPU es como sigue: en cada país en que el PC local está adherido a la Comintern, la GPU tiene un hombre de confianza importante en la dirección del partido (CC). En general, el hecho de que pertenezca a la GPU es sólo conocido del secretario general y de uno o dos miembros del CC acreedores de especial confianza. En su calidad de miembro del CC, cada respectivo representante de la GPU tiene la posibilidad de acercarse a los miembros del partido sin despertar sospechas. De esta

---

351 Dallin, obra cit., pág. 153.

manera puede estudiar su carácter, probar si son utilizables para determinadas tareas y ganarlos lentamente para la labor de espionaje y las tareas terroristas. O bien apela a su sentido del deber frente al partido o lo consigue simplemente a través del soborno... Los agentes extranjeros que son enviados con una misión especial a un país determinado, trabajan codo a codo con el correspondiente representante local de la GPU, que es un miembro del CC del PC. Sólo él puede familiarizar a los agentes extranjeros con las condiciones locales y obtener los colaboradores necesarios. El agente extranjero traza ahora, junto con el representante local y sus hombres de confianza, el plan general de la empresa, examina con ellos la lista de los posibles ayudantes y les confía poco a poco los detalles. Por lo que respecta a los pormenores técnicos, los representantes nacionales y su cuadro de colaboradores secretos juegan el papel principal”<sup>352</sup>. Richard Krebs (Jan Valtin) tenía, pues, razón cuando afirmaba que al principio de la década del 30 “la red subversiva de la GPU era tan extensa y eficaz que funcionaba en los cinco continentes como un Estado dentro de otro Estado”<sup>353</sup>.

Pero la fiscalización de la Comintern no se limitaba sólo al extranjero, sino que se iniciaba ya en el mismo interior de

---

352 Leandro. A. Sánchez Salazar y Julián Gorkin, *Mord in México*, págs. 59–61, Francfort, 1952.

353 Jan Valtin, obra cit., pág. 246.

Rusia. Téngase en cuenta que una parte del aparato directivo de la Comintern radicaba en Moscú y que por esa razón un gran número de altos funcionarios comunistas tenía su residencia fija en la capital rusa. Los dirigentes de los diversos partidos comunistas eran convocados a menudo a Moscú para asistir a los plenos ampliados de la Ejecutiva o para recibir órdenes, de manera que una gran parte del Estado Mayor de la revolución mundial se hallaba casi permanentemente en suelo ruso. Al margen de la red de confidentes y agentes provocadores que pululaban por Moscú con la misión específica de espiar los pasos de los comunistas extranjeros, los hoteles y locales frecuentados generalmente por éstos eran auténticas ratoneras de la GPU: “Una red de micrófonos instalados en todos los hoteles, despachos, clubs, etc., frecuentados por extranjeros –reporta el ex comunista alemán Albrecht– permitía que toda palabra pronunciada en estas estancias fuese conocida de la GPU. Se trataba de las mismas instalaciones existentes en el departamento de información extranjera de las embajadas y consulados generales soviéticos”<sup>354</sup>. Entre los establecimientos especialmente vigilados por la GPU se hallaban el hotel Metropol y el hotel Lux, ambos radicados en Moscú y destinados a alojar a huéspedes extranjeros. Mientras el Lux estaba reservado para los funcionarios comunistas de la Comintern, el Metropol albergaba a un público más abigarrado, compuesto de diplomáticos,

---

354 Karl I. Albrecht, obra cit., págs. 346–347.

políticos o científicos forasteros. De acuerdo con Albrecht – que desempeñó durante varios años un alto cargo administrativo en Rusia–, “todas las habitaciones de este hotel están provistas de ranuras secretas en las que pueden ser instalados aparatos fotográficos especiales, por medio de los cuales pueden ser localizados fotográficamente sucesos ocurridos en el interior de las habitaciones y utilizados en el momento oportuno con fines de chantaje político por el Departamento de Espionaje de la GPU. En cada habitación se hallan además micrófonos hábilmente instalados, conectados todos con una central. En esta central, empleados de la GPU con dominio de idiomas se dedican día y noche a escuchar y registrar todas las habitaciones de los huéspedes y a mecanografiar las conversaciones importantes”<sup>355</sup>.

Y sobre el hotel Lux: “Debido a que todos los delegados extranjeros del partido eran alojados en el hotel Lux de la Comintern y aislados rigurosamente del mundo exterior, las deliberaciones que los delegados de los diversos países – también las internas y confidenciales– sostenían entre sí tenían que celebrarse en las estancias del hotel. Por medio de los micrófonos ya mencionados, los servicios secretos de la Unión Soviética estaban en condiciones de oír exactamente todas las conversaciones. Así, los camaradas extranjeros que acudían a la Unión Soviética llenos de

fraternal confianza, eran espiados sistemáticamente”<sup>356</sup>. Ruth Fischer, que entre 1925 y 1926 fue durante varios meses huésped forzoso del Lux, escribe: “El hotel estaba bajo el severo control de la GPU. Todo empleado, empezando desde el portero, así como algunos de los huéspedes extranjeros, pertenecían a la plantilla de la GPU. Algunos de los agentes de la GPU eran conocidos –como Heimo, el secretario de Kuusinen–, pero en la mayoría de los casos se tenía sólo una sospecha, que saltaba de una habitación a otra y envenenaba la atmósfera”<sup>357</sup>. A un control parecido estaban sometidos los altos funcionarios soviéticos. De acuerdo con Orlov, Yagoda, durante su labor al frente de la GPU, “instaló micrófonos en los pisos y casas de campo de los miembros del Politburó y de los comisarios del Pueblo, entregando a Stalin toda la información acumulada de este modo”<sup>358</sup>.

El grado de espionaje realizado por la GPU estuvo en relación directa a la influencia ejercida por Stalin dentro del PC ruso y dentro de la Comintern. Lenin y Trotsky disponían también de sus informadores y confidentes más o menos secretos, pero su área de espionaje y fiscalización tenía sus límites y difería totalmente de las prácticas introducidas posteriormente por Stalin. “La participación de la OGPU en

---

356 Ibid., págs. 352–353.

357 Ruth Fischer, obra cit., pág. 661.

358 Alexander Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes*. páginas 257–258, New York, 1954.

el trabajo de la Comintern –opina Günther Nollau– creció en la medida en que Stalin dominó la Comintern. Cuando se hubo consumado el “triumfo” de Stalin, los representantes de la Comintern en el extranjero se hallaban en estrecho contacto con los representantes de la OGPU”<sup>359</sup>. La GPU fue fundada, bajo el nombre de Checa, en diciembre de 1917 por iniciativa de Lenin. Su primer jefe fue Félix Dzerzhinsky, un viejo bolchevique de origen polaco. La Checa fue creada con la misión específica de combatir las actividades contrarrevolucionarias y de sabotaje, como indica su nombre: “Comisión extraordinaria pan–rusa para la represión de la contrarrevolución, el sabotaje y la especulación”.

Al principio la Checa era todo lo contrario de una organización inhumana. Compuesta de una Comisión de 18 miembros (entre los que se hallaban mencheviques y social–revolucionarios), las sentencias de muerte tenían que ser aprobadas por unanimidad. En 1921 la Checa creó un departamento extranjero, denominado comúnmente INO, de “Inostranny”, extranjero. Su primer jefe fue Michael Trilésser. Las primeras actividades del INO fuera de Rusia estaban concentradas en combatir los numerosos grupos de emigrantes rusos surgidos en toda Europa, especialmente en Berlín y en París. Paralelo al INO, Trotsky fundó la “Administración General de Noticias (GRU), que en el transcurso de los años cambió varias veces de nombre, como

---

359 Günther Nollau, obra cit., pág. 198.

la Checa. El primer jefe de la GRU fue Jan Berzln, que después de quince años al frente de esta organización fue liquidado por Stalin. La GRU, denominada a menudo también “Cuarto Departamento”, era una organización de espionaje específicamente militar.

A partir del 6 de febrero de 1922, la Checa pasó a llamarse “Administración Política del Estado” (GPU, de acuerdo con las iniciales rusas). En 1924 la GPU se convirtió en OGPU (Administración Política del Estado unida). La OGPU fue disuelta formalmente en 1934 y sus funciones asumidas por la “Administración para la Seguridad del Estado” (GUGBEZ), que era un departamento de la NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Interiores). El 3 de febrero de 1941 la GUGBEZ fue separada de la NKVD y elevada al rango de un Comisariado del Pueblo bajo el nombre de “Comisariado del Pueblo para la Seguridad del Estado” (NKGB). En los años siguientes asumió diferentes nombres. El cuartel general de la GPU era la Lubianka, en el centro de Moscú. Antes de la revolución, el edificio de la Lubianka había sido la sede de una gran empresa de seguros. Debido al crecimiento de las actividades de la GPU, el edificio original fue ampliado con nuevos pisos y dependencias. La mayoría de inmuebles adyacentes a la Plaza de la Lubianka pertenecían a la GPU. Después del cese de Félix Dzersinski, la GPU pasó a ser dirigido por Yagoda; en otoño de 1936, por Nicolás Yezhov y tras la caída en desgracia de éste, por Beria.

Al término de algunos años, escribe el líder menchevique

Abramovitch, la GPU “se transformó en una vasta máquina policiaca con cientos de miles de funcionarios, sujetando al país con puño de hierro, estableciendo a sus agentes en cada localidad, en cada barrio urbano, en cada vivienda y apoyándose además en los “servicios voluntarios” de millones de informantes. La GPU no tenía sólo su propio edificio en cada ciudad sino también sus propias cárceles y en muchos casos, sus propios cementerios y cámaras de tortura (por ejemplo, la temida cárcel de Lefortove en Moscú, durante los años treinta). Tenía sus propias divisiones militares, su propia aviación, sus propias unidades de tanques, su propio sistema de telégrafos y estaciones de radio equipadas con los últimos inventos”<sup>360</sup>. La GPU, escribía en 1931 Coudenbove–Kalergi, “es el ojo, el oído y la espada del gobierno. Lo ve todo, lo oye todo, lo observa todo. Quien aparece sospechoso ante ella, es detenido; la GPU condena sin interrogatorio y sin defensa. No es un instrumento de la Justicia, sino del poder del Estado y lleva a cabo una pequeña guerra incesante contra los enemigos del sistema”<sup>361</sup>.

---

360 Abramovitch, obra cit., pág. 312.

361 R. N. Coudonhove–Kalergi, Stalin and Co., pág. 15, Viena, 1931.



**Heleno Saña**

**LA INTERNACIONAL COMUNISTA**

**(1919–1945)**

**Tomo II**

**Heleno Saña**

**LA  
INTERNACIONAL  
COMUNISTA**

**1919-1945**



**tomo 2**



## CAPÍTULO VIII

### I. LA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO

Mientras en la Unión Soviética se sentaban los fundamentos teóricos y organizativos para una regimentación de la economía, en el mundo capitalista se iniciaba una crisis productiva, financiera, laboral y comercial que, en mayor o menor grado, había de prolongarse en algunos países hasta el estallido de la II Guerra Mundial. El “Crack” bursátil producido el 24 de octubre de 1929 en Wall Street puso fin a la relativa estabilización y hasta expansión capitalista de la década del veinte e inauguró una nueva fase económica basada en el paro, la contracción productiva, el repliegue comercial, la inestabilidad, los conflictos sociales, el auge del fascismo y, finalmente, la guerra. “El sistema capitalista internacional –escribiría más tarde el estalinista norteamericano Foster –ofrecía una nueva prueba terrible de su incapacidad histórica para dar trabajo, alimentar y vestir a

las grandes masas de los pueblos del Mundo”<sup>362</sup>. Y Manuilski, el sucesor de Bujarin al frente de la Comintern: “La teoría de la “prosperidad” norteamericana, en las que estaban basadas todas las teorías burguesas del período de postguerra, la teoría sobre el carácter eterno e inmutable del capitalismo... se ha derrumbado”<sup>363</sup>.

En cierto modo, la crisis del sistema capitalista había sido prevista a menudo y de una manera pormenorizada por los expertos económicos y los ideólogos de la III Internacional. El “Crack” bursátil de Nueva York confirmaba la llegada del “tercer período” del capitalismo de postguerra anunciado por el VI Congreso de la Comintern. Stalin podía, pues, con razón, afirmar ante el XVI Congreso del PC ruso que “ha ocurrido todo exactamente como lo habíamos previsto nosotros los bolcheviques hace dos o tres años”<sup>364</sup>. Pero si la Comintern tuvo el acierto de prever la crisis económica surgida entre 1929 y 1930, fue incapaz de analizar correctamente las implicaciones y consecuencias políticas de esta crisis. Su error fundamental fue el de creer que la crisis económica era el punto de arranque para el advenimiento de una fase histórica revolucionaria y el de no darse cuenta

---

362 William Z. Foster, *History of the Three Internationals*, página 364, New York, 1955.

363 Manuilsky, *Die Weltwirtschaftskrise und die revolutionäre Aufstieg*, pág. 5, Hamburgo, 1930.

364 Stalin, *Politischer Bericht des ZK der KP(b)SU*, «Der XVI Parteitag der KP (b)SU», pág. 6, Moscú, 1931.

que las fuerzas políticas puestas en movimiento por la crisis del capitalismo eran de carácter primariamente contrarrevolucionario. Si los comunistas se dieron cuenta de que la crisis económica tenía que conducir necesariamente a una radicalización política, no supieron comprender que esta radicalización podía ser tanto de carácter revolucionario como contrarrevolucionario. La crisis capitalista iniciada en 1929 trajo consigo, en efecto, una radicalización del clima político, pero esta radicalización era primariamente contrarrevolucionaria y sólo secundariamente revolucionaria. Los comunistas, confundiendo ambos factores, convirtieron el factor primario en secundario y viceversa. Este fallo interpretativo fundamental condujo a una reacción en cadena e impidió a la Comintern analizar lúcidamente el fenómeno del nacionalsocialismo en Alemania. La creencia dogmática en la llegada de una fase histórico necesariamente revolucionaria impulsó a los comunistas a subestimar el significado del fascismo (especialmente en Alemania) y a sobrevalorar el del movimiento comunista. La actitud torpe, suicida e injusta adoptada por los comunistas con respecto a la socialdemocracia en el mismo momento en que el fascismo se disponía a asaltar el poder, fue también una consecuencia de la subestimación de las fuerzas contrarrevolucionarias y una sobreestimación de las fuerzas revolucionarias.

La primera toma de posición a fondo de la Comintern tras el “Crack” bursátil de Nueva York tuvo lugar en el pleno

ampliado del presidium del CE de la IC, celebrado en febrero de 1930. El informe principal corrió a cargo de Manuisky. Aunque el extenso análisis del jefe de la Comintern fue extraordinariamente agudo y matizado en muchos aspectos, sus tesis y deducciones básicas fueron erróneas. Así, Manuisky afirmó que la crisis capitalista “acelera en grado sumo la maduración de la guerra imperialista entre Gran Bretaña y los Estados Unidos”<sup>365</sup>.

La creencia casi ciega, apodíctica, de que la crisis capitalista mundial tenía que conducir inevitablemente a un conflicto armado entre dos potencias económicas de vanguardia como los Estados Unidos e Inglaterra, era el resultado de una concepción “economicista” de la historia, que no tenía en cuenta factores tan importantes como los lazos históricos, la lengua, la cultura y las tradiciones políticas de ambos pueblos. El mismo error de apreciación fue cometido por Stalin unos meses más tarde, cuando en su informe ante el XVI Congreso del PC ruso afirmó que el antagonismo más importante entre los países capitalistas era “el antagonismo entre los Estados Unidos de América e Inglaterra”<sup>366</sup>. Es decir, tanto Manuisky como Stalin consideraban en 1930, en pleno ascenso del fascismo alemán, que el rasgo más importante de la crisis económico mundial era el creciente antagonismo entre Londres y Washington. Ni el uno ni el

---

365 Manuisky, obra cit., pág. 26.

366 Stalin, Politischer Bericht, obra cit., pág. 15.

otro prestaron la menor atención a la Alemania fascista que se estaba gestando en el seno de la crisis económica.

La crisis económica surgida en 1929 no tuvo las mismas consecuencias para todos los países, tanto en el plano social como político. Aquellas naciones que, como Inglaterra o los Estados Unidos, contaban con una sólida tradición democrática, intentaron hacer frente a los problemas del paro con medidas más o menos dirigistas, pero sin recurrir a procedimientos totalitarios o fascistas. La crisis radicalizó a la clase obrera de los países democráticos, pero sin que sus dirigentes buscasen en general la solución en una dictadura de derechas o de izquierdas.

En Inglaterra, la primera reacción de la clase trabajadora ante la amenazante crisis económica fue la de apoyar al Partido Laborista que, en las elecciones de mayo de 1929 obtuvo 8.364.000 votos y 289 escaños en el Parlamento, lo que significaba un incremento de tres millones de votos y de cien diputadorías en relación a las últimas elecciones. En el momento en que el Labour Party se hacía cargo del poder, existían en Inglaterra más de un millón de obreros en paro. El "Crack" bursátil de Wall Street ocurrido unos meses más tarde aceleró el proceso de la crisis, de manera que en julio de 1931 el número de parados había ascendido a casi tres millones. El gobierno laborista presidido por Ramsay MacDonald se vio obligado a dimitir en agosto del mismo año. El experto financiero del Partido Laborista, Philipp Snowden, había querido mantener a toda costa la política del patrón

oro y del presupuesto estatal equilibrado, negándose a remediar la situación de desempleo y de recesión con las medidas intervencionistas o impulsoras recomendadas por Keynes y otros economistas. MacDonald volvió a recibir el encargo de formar gobierno, que esta vez tenía que ser de “coalición nacional” y que duró pocos días. La crisis económica–gubernamental terminó con la victoria abrumadora del Partido Conservador, que en las nuevas elecciones obtuvo 471 mandatos. El PC inglés, que sólo presentó candidatos en 26 de los 606 distritos electorales, logró únicamente reunir 75.000 votos, sin poder ver elegido ni a uno solo de sus candidatos. El desarrollo de la política inglesa durante los años cruciales de la crisis demostró no solamente que el comunismo constituía en Inglaterra una fuerza insignificante, sino también que la tesis de la Comintern de que la agravación de la situación económico–social conduciría al surgimiento de una nueva fase revolucionaria, era errónea. “La verdad es –anotaba lacónicamente Trotsky a finales de 1931– que Inglaterra, a pesar de la terrible decadencia nacional, sigue sin disponer tanto de un movimiento revolucionario como de su antípoda, el Partido fascista”<sup>367</sup>.

En Francia, la crisis económica mundial estuvo muy lejos de conducir a un auge del comunismo. En las elecciones de

---

367 Trotsky, *Soli der Faschismus wirklich siegen?*, pág. 2, Berlín, 1931.



abril de 1928, el PC perdió 11 de sus 25 puestos en el Parlamento. En los comicios de 1932, el PC francés volvió a dar un bajón, perdiendo a 300.000 electores y a dos de sus diputados. Los efectivos del Partido disminuían sin cesar. Thorez escribiría más tarde sobre la situación descorazonadora del Partido: “El Partido se había debilitado... Los efectivos declinaban. Decisiones autoritarias en lo alto, una disciplina pasiva exigida a todos los estratos, el asfixiamiento de toda discusión libre, la sospecha, el silencio a falta de aquiescencia, las bocas cosidas, ninguna crítica fecunda, una atmósfera de cuartel... Era la caricatura del Partido, reducido a la impotencia, condenado a vegetar miserablemente”<sup>368</sup>.

Para acabar de apañar las cosas, la Juventud Comunista, harta de asistir al entierro paulatino del Partido, se rebeló contra éste. La conspiración, dirigida por Henri Barbé, Celoy, Lozeray, Billoux y otros, acabó con una capitulación y promesas de enmienda ante el CE de la IC. Pero esta rebelión de los “jóvenes” contra las vestales clásicas (Thorez, Duclos, Frachon, Marty) era un síntoma de la situación del PC francés, que se desintegraba a ojos vistas, y ello en el momento en que los augures de la Comintern proclamaban a los cuatro vientos la llegada de un período histórico de “auge revolucionario”. Sea dicho en descargo del PCF que la crisis económica que afectó dramáticamente a las primeras potencias mundiales del mundo, tuvo consecuencias más

---

368 Thorez, *Fils du peuple*, págs. 73–74.

leves en Francia, que vivía todavía del robo perpetrado en el Tratado de Versailles.

En los Estados Unidos, la ola de paro condujo finalmente a la elección de un gobierno presidido por el demócrata Franklin Delano Roosevelt y a la adopción del “New Deal”, que en lo esencial era una aplicación de la política intervencionista–reguladora recomendada por Keynes en Inglaterra y rechazada por Phillip Snowden. En 1930, el número de obreros en paro se elevaba en Norteamérica a cuatro millones, en 1931, a ocho y en el invierno de 1932–1933 a doce o trece millones, lo que significaba que el 25 por 100 de la población trabajadora se hallaba en situación de paro forzoso. Entre 1929 y 1932 el producto social descendió en un 28 por 100, los ingresos reales “per capita” en un 24 por 100. Hoover, el presidente de la República, no fue capaz de darse cuenta de la magnitud de la crisis, sin dejar de creer en ningún momento que ésta sería de corta duración. La crisis había sido provocada esencialmente por el desnivel existente entre la capacidad de producción y el poder adquisitivo de las masas. El 2 de julio de 1932, Roosevelt atacaba en Chicago al fatalismo económico de los republicanos y anunciaba la necesidad de un “new deal”, de una nueva política. En posteriores discursos y declaraciones, el futuro presidente puso de manifiesto que la crisis financiero–económica no había surgido en el extranjero – como afirmaba Hoover– sino que había sido producida por la excesiva acumulación de beneficios por parte de las

empresas, por las especulaciones no rentables en el mundo de las finanzas y por el estancamiento de los salarios: “Basta echar una ojeada a la presente situación –decía Roosevelt– para comprobar claramente que la igualdad de oportunidades que antes conocíamos ha dejado de existir desde hace tiempo... Dicho llanamente: nos dirigimos con paso firme hacia la oligarquía económica, si no hemos llegado ya a ella”<sup>369</sup>.

Roosevelt no exageraba: de acuerdo con una investigación realizada por la Labor Research Association, la capacidad salarial y adquisitiva de los obreros norteamericanos había descendido de 85 puntos en 1923 a 69 en 1929. Roosevelt, que durante la campaña electoral había fascinado al pueblo norteamericano, obtuvo un triunfo aplastante y venció por 22.815.539 votos contra los 15.759.930 obtenidos por su rival Hoover.

En el Senado el nuevo gobierno disponía de una mayoría de 22 escaños, en la Casa de Representantes de 189. En su mensaje inaugural a la nación, pronunciado el 4 de marzo de 1933, Roosevelt dijo: “Nuestra tarea primaria es la de dar trabajo a la gente. Ello no es un problema insoluble si lo afrontamos con cordura y coraje”<sup>370</sup>. El desenlace de la crisis

---

369 Franklin D. Roosevelt and the Age of Action, edited by Alfred B. Rollins, pág. 41, New York, 1960.

370 Great Presidential Decisions, selected by Richard B. Morris, página 411, New York, 1961.

económica en los Estados Unidos vino a demostrar, como ya en Inglaterra, que una conmoción social profunda no tenía que abocar necesariamente –como afirmaba dogmáticamente la Comintern– a una situación revolucionaria.

## **II. ALEMANIA: EL ASCENSO DE HITLER**

Una evolución muy distinta tomaron los acontecimientos en Alemania. La crisis económica mundial cogió a los alemanes en una situación política particularmente tensa y confusa; los cimientos de la República de Weimar, sacudidos por las deudas de guerra y por el radicalismo de extrema derecha y extrema izquierda, amenazaban con derrumbarse. El 3 de octubre de 1929 había muerto Gustav Stresemann, el líder de los moderados, uno de los hombres que más idóneamente encarnaban el espíritu de reconciliación y la voluntad de buscar un equilibrio entre las exigencias de los extremistas y la situación de dependencia en que se hallaba la joven República con respecto a las potencias signatarias del Tratado de Versalles.

Poco antes de morir, Stresemann había aceptado el Plan

Young elaborado por una comisión de expertos internacionales presidida por el banquero norteamericano Owen D. Young. El nuevo plan, que estaba destinado a regular definitivamente la liquidación de las deudas de guerra contraídas por Alemania, fue ratificado por el Reichstag y firmado por el presidente de la República, Hindenburg, el 13 de marzo de 1930. El Plan Young concedía a Alemania un plazo de 59 años para cancelar sus compromisos de guerra. A pesar de que en comparación al plan elaborado anteriormente por Dawes el Plan Young no era desfavorable para Alemania (su adopción permitía ahorrar al país 700 millones de marcos anuales), Hitler desencadenó una gigantesca e histórica campaña contra él. Para financiar su campaña el jefe nazi estableció una alianza formal con el magnate Alfred Hugenberg, líder del Partido Nacionalista y propietario de una gran cadena de prensa. Esta alianza abrió a Hitler las puertas de un importante sector de la burguesía, que antes le habían estado cerradas, y aseguró a su labor de propaganda una resonancia publicitaria de que había carecido anteriormente.

Fue la campaña contra el Plan Young lo que popularizó por primera vez la figura de Hitler a nivel nacional. “En mayo de 1928 –anota Stampfer– el partido de Hitler era todavía, con su docena de diputados en el Reichstag, un miserable grupito. A través de Hugenberg, se convirtió en el grupo más destacado de un poderoso movimiento provisto de enormes

medios financieros”<sup>371</sup>. Hugenberg, Hitler y otras personalidades de la extrema derecha formaron un “frente único nacional” y exigieron la convocatoria de un referéndum popular sobre el Plan Young. En septiembre de 1929, el tándem Hitler–Hugenberg publicó un “proyecto de ley contra la esclavización del pueblo alemán”, documento en el que se declaraba como nulo el Tratado de Versailles, se exigía la evacuación de las tropas extranjeras de ocupación y se conminaba al gobierno a no aceptar los compromisos financieros del Plan Young.

El pacto entre Hitler y el capitalismo alemán condujo a una escisión momentánea dentro del NSDAP. Otto Strasser, la figura más representativa del ala socializante del nacionalsocialismo, rompió públicamente con Hitler y fundó la “Unión de Nacionalsocialistas Revolucionarios”, conocida también por el “Frente Negro”. Pero el surgimiento de un ala opositora contra la política procapitalista de Hitler, no afectó seriamente la posición hegemónica del Führer dentro del NSDAP. El partido nazi, que en las elecciones de 1928 había obtenido sólo 800.000 votos y 12 de los 470 escaños del Parlamento, logró reunir, en los comicios de 14 de septiembre de 1930, nada menos que 6.409.000 votos y 107 puestos a diputado. En un comentario de *Imprekorr* se decía plásticamente: “Se trata de un partido sin historia, que ha surgido de pronto en la vida pública alemana, de la misma

---

371 Friedrich Stampfer, *Die ersten 14 Jahren der Deutschen Republik*, pág. 546, Offenbach, 1947.

manera que súbitamente se levanta una isla en el océano debido al efecto de fuerzas volcánicas”<sup>372</sup>.

Este éxito impresionante de Hitler no puede ser explicado sólo gracias a la ayuda financiera recibida por el jefe del NSDAP de los plutócratas de la banca y la industria alemana. Decisivo fue también el hecho de la ola de paro surgida en este período. En septiembre de 1929, un mes antes de producirse el “Crack” de Wall Street, la cifra de parados era en Alemania de 1.320.000. En 1930 esta cifra había pasado a ser ya de unos tres millones. No menos importante para el ascenso nazi fue la caída del gobierno de coalición presidido por el socialdemócrata Hermann Müller (27 de marzo de 1930) y su sustitución por un gabinete bajo el mando del Dr. Heinrich Brüning –diputado del Centro–, que no contaba con la mayoría parlamentaria necesaria y se vio obligado a gobernar a través de la promulgación de “decretos de emergencia”. Los socialdemócratas, que habían pasado formalmente a los bancos de la oposición, toleraban o apoyaban tácitamente al gabinete de Brüning porque se daban cuenta de que una cooperación entre ellos y el bloque centrista–burgués era la última posibilidad de salvar a la República de Weimar del creciente frenesí demagógico de los nazis y de los comunistas. Otro de los factores que favorecieron sin duda el auge de Hitler fue asimismo la crisis que

---

372 Imprekorr. 26 septiembre 1930.

atravesaba el Partido Socialdemócrata, expresada en la decepción de las masas ante sus líderes. Pero al margen de estos factores objetivos, el encumbramiento de Hitler sólo fue posible porque subjetivamente el pueblo alemán carecía todavía en gran parte de la suficiente madurez política. La tradición democrática alemana era reciente; en el alemán medio pervivía una inclinación irracional hacia el autoritarismo y los “hombres fuertes”, y la tendencia a buscar en el extranjero la causa de los males del país. Este instinto de rebaño, mezclado con un nacionalismo exacerbado, iban a manifestarse como factores político–psicológicos de más relieve que el instinto de conservación, la lucidez o el instinto revolucionario. No puede pues sorprender que al producirse la primera crisis seria, una parte del pueblo alemán fijase sus ojos en una personalidad “enérgica” y “nacional” como Hitler.

La súbita radicalización política que trajo consigo en Alemania la crisis económica, halló también su expresión en el crecimiento del PC, crecimiento que si no fue tan espectacular como el del nazismo, tuvo una gran importancia cualitativa. En las elecciones al Reichstag el 20 de mayo de 1928, el PC había obtenido 3.265.000 votos (10'6 por 100 de los votos totales), la que significaba un retroceso del 1'6 por 100 con relación a las elecciones de 1924. En las elecciones celebradas el 14 de septiembre de 1930, el PC obtuvo el 13'1 por 100 de los votos. Su número de diputados pasó de 54 a 77. Esta tendencia quedó confirmada en las elecciones de



julio de 1932 (14'3 por 100) y en las de noviembre del mismo año, en que el KPD obtuvo el 16'9 por 100 de los votos. Hay que tener en cuenta de todos modos que este auge era en gran parte orgánicamente ficticio o dudoso. De los 300.000 afiliados con que contaba el KPD en 1932, un 78 por 100 eran obreros en paro. De ahí que, como observa Günther Nollau, "las consignas dadas entre 1929 y 1932 varias veces por el KPD proclamando la huelga general, no encontraron apenas resonancia"<sup>373</sup>.

El crecimiento de los comunistas coincidió con el retroceso del Partido Socialdemócrata. En las elecciones de mayo de 1928, el SUD había obtenido el 29'8 por 100 de los votos; en septiembre de 1930 este porcentaje descendió al 24'5 por 100, en julio de 1932 al 21,6 por 100 y en noviembre del mismo año a 120'4 por 100.

Los comunistas registraban con entusiasmo el paso de una parte de los electores del SPD al KPD, y pasaban por alto que esta potenciación del PC era mínima en comparación a la avalancha de nuevos electores y militantes que acudían de todas partes al NSDAP. Este análisis unilateral, sectario y triunfalista del fenómeno electoral por parte del KPD iba a tener consecuencias funestas no sólo para el movimiento comunista alemán, sino para la humanidad entera, como veremos pronto.

---

373 Günther Nollau, *Die Internationale*, obra cit., pág. 125.

### **III. ALEMANIA Y LA POLÍTICA EXTERIOR RUSA**

La táctica seguida por la Comintern durante el período de encumbramiento de Hitler no puede ser analizada debidamente sin tener en cuenta antes la situación política internacional y, particularmente, los intereses concretos de la Narkomindel en estos momentos.

En 1929, las relaciones entre Berlín y Moscú se hallaban en un punto muerto. El deseo del gobierno alemán de solventar definitivamente sus problemas con las potencias de Versalles (expresado, entre otras cosas, en la aceptación del Plan Young), había sido observado con creciente preocupación por el Kremlin, que temía un acercamiento entre Alemania y sus antiguos enemigos de guerra y, con ello, su propio aislamiento diplomático y político. Los temores soviéticos no carecían en modo alguno de fundamento: el gobierno dirigido por el socialdemócrata Hermann Müller era decididamente pro-occidental; ¡corno ministro de Asuntos Exteriores figuraba Stresseman, que simbolizaba en su persona la voluntad alemana de cancelar por medios pacíficos sus compromisos con las potencias de Versalles. Los ataques renovados de la Comintern y del KPD contra la socialdemocracia alemana no estaban motivados

únicamente por razones ideológicas; en gran parte, eran la respuesta de Moscú a la política exterior sistemáticamente antisoviética del SPD.

Cuando, a raíz de la crisis política surgida en Alemania a consecuencia del Plan Young y del paro, cristalizó en el país un importante movimiento nacionalista de extrema derecha, Moscú no vio en ello primariamente el peligro de una futura dictadura fascista sino, ante todo, el surgimiento de un poderoso estado de opinión de carácter antifrancés. Teniendo en cuenta que el interés máximo de la Narkomindel era en estos momentos el de lograr una reactivación de las relaciones ruso-germánicas y ello no era factible sin un previo proceso de distanciamiento entre París y Berlín, salta a la vista que la cristalización de un fuerte movimiento fascista favorecía en principio los planes de Moscú en el campo de la política internacional. Rusia se daba perfecta cuenta que las relaciones entre Francia y Alemania tenían que empeorar a partir del momento en que las masas alemanas se negasen a aceptar las consecuencias del “Diktat” de Versailles. Un crecimiento de la psicosis francófoba en Alemania (aunque sus portadores fuesen fascistas y nacionalistas de derecha) encajaba pues perfectamente en la estrategia de “divide et impera” practicada por la Narkomindel sistemáticamente desde la terminación de la I Guerra Mundial. El problema específico del fascismo y la amenaza que éste significaba para la futura paz europea era en estos momentos para Stalin un factor secundario. A. Rossi (Angelo Tasca) observa

con razón: “Cuando, a partir de 1930, el auge del movimiento nacionalsocialista se hizo evidente y amenazante, Stalin no se inquieta; al contrario, se frota las manos, pues percibe, en la crisis interior que crece en Alemania y en la crisis internacional que se va a producir en Europa, posibilidades de maniobra inesperadas hasta ahora”<sup>374</sup>. En una conversación mantenida con Heinz Neumann a finales de 1931, Stalin dijo al líder comunista alemán: “¿No cree usted, Neumann, que si los nacionalsocialistas se hacen con el poder en Alemania estarán tan ocupados con el mundo occidental que nosotros podremos edificar aquí tranquilamente el socialismo?”<sup>375</sup>. La esposa de Neumann, después de citar la frase de Stalin a su marido, añade: “Yo no he olvidado nunca esta pregunta de Stalin a Neumann, pues fue lo primero que Heinz me dijo cuando procedente de Moscú llegó a la estación berlinesa de la Friedrichstrasse”<sup>376</sup>.

El interés de Stalin en lograr una alianza con Alemania y en alejar a ésta de la esfera de influencia del Quai d’Orsay explica también que en este período, la Unión Soviética no desperdiciase ocasión para acusar abiertamente a Francia de ser la primera potencia antisoviética e imperialista de

---

374 A. Rossi, *Les communistes français pendant la drôle de guerre*, pág. 11, París, 1951.

375 Margarete Buber–Neumann, *Von Potsdam nach Moskau*, obra cit., pág. 284.

376 *Ibid.*, pág. 284.

Europa. Esta acusación fue, por ejemplo, lanzada por el propio Stalin durante el XVI Congreso del PC de la URSS. El 3 de julio de 1930, Litvinov, jefe de la Narkomindel, mandó un telegrama al mariscal Hindenburg felicitándolo por la retirada de las tropas de ocupación del territorio de Renania y subrayando que su país había protestado siempre contra la ocupación militar de Alemania por parte de las potencias de Versalles. Esta táctica de acercamiento a Alemania, aunque obedecía a intereses primarios, estaba de todos modos condicionada en parte por la política hostil llevada a cabo por París con respecto a Moscú, política que culminó en el embargo o bloqueo comercial dictado el 3 de octubre de 1930 por el Quai d'Orsay contra la Unión Soviética.

La muerte de Stresseman, el derrocamiento del gabinete Müller y el nombramiento de Curtius como ministro de Asuntos Exteriores del nuevo gobierno presidido por Bruning, favoreciendo los planes de Moscú: Curtius era partidario decidido de una estrecha colaboración con la Narkomindel, y estaba convencido de que tras la firma del Plan Young y la evacuación de las tropas de ocupación, su país había adquirido el suficiente margen de libertad como para realizar una política exterior más independiente. Aunque ni Curtius ni el canciller Brunin, por su filiación política conservadora, podían ser sospechosos de profesar simpatías por el bolchevismo, eran lo suficiente pragmáticos para darse cuenta de las ventajas prácticas de una política

de buena vecindad entre Berlín y Moscú. Motivos económicos jugaban aquí también un papel considerable. A través de una intensificación de las relaciones con el Kremlin, el gobierno alemán confiaba en poder aumentar sus exportaciones a Rusia, lo que en un momento económicamente crítico era importante. En febrero de 1931, un grupo de industriales alemanes visitó Rusia, y el 14 de abril del mismo año se firmaba un acuerdo comercial entre ambos países, en virtud del cual la Unión Soviética se comprometía a adquirir productos alemanes por valor de 300 millones de marcos. Brunin y Curtius pensaban, asimismo, utilizar estos lazos económicos para convencer a Rusia de que no se inmiscuyese, a través de la Comintern y del KPD, en la política interior alemana.

Los nuevos planes soviéticos en el marco de la política exterior tenían que ser necesariamente “coordinados” con la táctica de la Comintern, especialmente con el PC alemán. Si durante la depuración contra el grupo Bujarin, Stalin había llevado a cabo una ofensiva contra las tendencias “derechistas”, ahora se trataba de frenar y neutralizar las tendencias “ultraizquierdistas” que estaban apareciendo en diversas secciones de la Internacional Comunista. La nueva línea quedó formalizada en el Pleno ampliado celebrado por el Presidium del CE de la IC en febrero de 1930. Este giro a la derecha, que tenía por objeto principal el facilitar la aplicación de la política exterior e interior rusa, condujo a la caída en desgracia de Losovsky en la Unión Soviética y de

Paul Merker en Alemania. Ambos eran partidarios de crear sindicatos comunistas propios y de convertirlos en focos de agitación y subversión. Losovsky y Merker no creían en la eficacia de la táctica del “frente único por abajo” y estaban convencidos de que los partidos comunistas no tenían apenas posibilidades de conquistar de esta manera a las masas socialdemócratas y sindicales. La táctica propugnada por Losovsky y Merker, que se inspiraba en el propósito de utilizar la creciente crisis del capitalismo para desencadenar acciones revolucionarias de gran envergadura, era incompatible con los intereses de la política exterior e interior de la Unión Soviética, que necesitaba cierta tranquilidad en Europa para poder llevar a cabo sin preocupaciones su primer Plan Quinquenal. Rusia no estaba en condiciones de llevar adelante con éxito su Plan Quinquenal sin la maquinaria, las plantas industriales, los bienes de equipo y la asistencia técnica de las potencias capitalistas, y Stalin sabía que éstas se avendrían a suministrar a la Unión Soviética las máquinas necesarias sólo en el supuesto de que la Comintern renunciase a sus planes subversivos e insurreccionales. Ahí está el secreto del nuevo “reajuste” derechista ordenado por Stalin y Manuilsky. De ahí que Stalin, en su informe ante el XVI Congreso del PC ruso, dijera: “Nuestra política es una política de la paz y de la intensificación de las relaciones comerciales con todos los países”<sup>377</sup>.

---

377 Stalin, Politischer Bericht, obra cit., pág. 25.

#### **IV. COMUNISTAS Y NACIONALSOCIALISTAS**

Globalmente puede afirmarse que la táctica adoptada por los comunistas en relación al crecimiento del fascismo en Alemania fue ambigua e insegura y no siguió una línea recta, contundente. Las oscilaciones y maniobras tácticas eran en parte el producto de la incapacidad por comprender el fenómeno nazi, en parte estaban condicionadas por la necesidad de conjugar la lucha contra el fascismo con los intereses específicos de la política exterior rusa.

Los comunistas no dejaron de observar con cierta preocupación los éxitos electorales obtenidos por el NSDAP a partir de 1930, pero al mismo tiempo cayeron en la ilusión de creer que las masas pequeño–burguesas y obreras que habían afluído al movimiento nazi acabarían finalmente por desengañarse y se integrarían en las filas del PC. En apoyo de esta tesis, los comunistas alemanes afirmaban que las masas populares habían ingresado o dado su voto al NSDAP por hostilidad a la política capitalista realizada por los partidos burgueses y la socialdemocracia, esto es, empujados por la creencia de que el movimiento nazi era verdaderamente anticapitalista. Así, Wemer Hirsch, en un análisis titulado “¿Qué es el Partido Nacionalsocialista?”, escribía que si las masas caían bajo el influjo momentáneo del



nacionalsozialismo se debía a que el NSDAP “se acerca a ellas bajo el manto de un partido que se hace pasar por anticapitalista, por revolucionario, por socialista”<sup>378</sup>. Y añadía: “Los fascistas que acuden al nuevo Parlamento con 107 mandatos tienen que destrozar necesariamente la confianza de sus 6,4 millones de electores, tienen que frustrar sus esperanzas y mofarse de sus exigencias”<sup>379</sup>. La argumentación general de los comunistas era, en efecto, idéntica, a la formulada por Hirsch: puesto que Hitler y sus secuaces eran simples lacayos disfrazados de la burguesía, las masas que se habían dejado al principio ofuscar por su demagogia tendrían que darse finalmente cuenta de que el NSDAP no podía ser el depositario de sus intereses y el vehículo de su liberación. Llegado este momento, las masas volverían la mirada al único movimiento capaz de poner fin al dominio capitalista: el partido comunista.

Partiendo de estos supuestos simplistas, los comunistas acogían con fruición el hecho de que núcleos cada vez más numerosos de la socialdemocracia y del centro diesen su voto al NSDAP. El éxito del nacional socialismo y la despotenciación de la socialdemocracia y los partidos burgueses no eran considerados por los comunistas como la expresión de la pujanza intrínseca del fascismo alemán, sino sobre todo como síntomas de una inminente disolución de

---

378 Imprekorr, 12 septiembre 1930.

379 Ibid.

la democracia capitalista y del advenimiento de una fase revolucionaria. La tesis de que el auge fascista no era más que la primera etapa de una crisis definitiva del capitalismo y de la toma del poder por parte del proletariado, estaba representada sobre todo por Heinz Neumann, Hermann Remmele y Ernst Thälmann, el presidente del KPD. El fascismo, como decía Thälmann, era simplemente la “antítesis histórica del auge revolucionario del movimiento proletario”<sup>380</sup>. Basándose en estaseudodialéctica vulgar, Thälmann podía permitirse el lujo de creer que “una fase superior de la revolución proletaria produce al mismo tiempo una fase superior del desarrollo de la contrarrevolución”<sup>381</sup>. En esencia, la tesis de Thälmann venía a afirmar que el fascismo era una fase lógica e inevitable en el camino hacia la revolución proletaria.

La consigna lanzada por Neumann (“Golpea a los fascistas allí donde los encuentres”) obedecía al propósito de provocar un clima de violencia entre nacionalsocialistas y comunistas y, con ello, minar cada vez más la frágil estabilidad del gobierno. Esta actitud de Neumann expresaba asimismo la convicción de que el PC era lo suficiente fuerte como para poder arriesgar una confrontación abierta y violenta con los nazis.

---

380 Ernst Thälmann, Referat auf dem XI Plenum des EKKI, página 8, Offenbach, 1931.

381 Ibid., pág. 8.

En marzo de 1931, Heinz Neumann publicó en la *Rote Fahne* un artículo comparando la situación alemana con la Comuna de París. En dicho artículo, Neumann anunciaba no sólo que la revolución era posible, sino “irrevocablemente necesaria”<sup>382</sup>.

La táctica propugnada por Heinz Neumann no tardó en ser rechazada por la Comintern. “Hasta finales de 1930 –reporta la esposa de Neumann– la Comintern había aprobado la línea política de Neumann contra los nazis. Pero entonces se produjo un cambio. Se empezó a criticar su “política de masas sectaria, equivocada”, y se estigmatizó la lucha física contra los nacionalsocialistas como una desviación”<sup>383</sup>. La reprobación del antifascismo militante de Neumann por parte de la Comintern obedecía a diversos motivos. Si, como creían los comunistas, las masas integradas en el NSDAP eran en su mayoría víctimas de la demagogia socialista y pseudo–revolucionaria utilizada por Hitler y sus compinches, la misión del PC alemán no era la de luchar físicamente contra los militantes y simpatizantes nazis, sino la de hacerles comprender su error y atraerles al campo del comunismo a través del adoctrinamiento y la persuasión pacífica. Por otra parte, el optimismo de Neumann con respecto a la capacidad de lucha del PC alemán y del comunismo mundial en general no era compartido en su

---

382 *Rothe Fahne*, 18 marzo 1931.

383 Margarete Buber–Neumann, obra cit., pág. 278.

fue interno ni por Stalin ni por Manuisky, que no se hacían demasiadas ilusiones sobre la eficacia revolucionaria de los partidos comunistas occidentales. Así, en febrero de 1930, Manuisky se expresó en términos muy escépticos sobre las posibilidades de acción del comunismo: “Tenemos periodistas que saben escribir un buen artículo, tesis y resoluciones; tenemos agitadores que repiten concienzudamente el contenido de las tesis, pero gente capaz de dirigir el movimiento de masas, capaces de ganarse la confianza de las masas, de esa gente tenemos muy poca... La mayoría de secciones de la Comintern no ha salido todavía de la fase de la agitación y la propaganda”<sup>384</sup>. Y en otro pasaje: “Los partidos comunistas abarcan los mejores estratos obreros, pero de momento estos estratos son todavía muy exiguos”<sup>385</sup>. Moscú, concretamente, tenía miedo de las consecuencias de una confrontación violenta entre el PC alemán y el NSDAP, como en forma indirecta reconoció Manuisky en el XI Pleno del CE de la IC, en marzo de 1931, al reconocer, frente a Neumann, Thälmann y Remmele, que la disolución del capitalismo podía conducir muy bien a una derrota provisional del proletariado. Por ello Trotsky tenía razón cuando acusaba al mando de la Comintern de adoptar frente al nacionalsocialismo una táctica de capitulación: “Tras el ‘tercer período’ del aventurismo y de la fanfaronería se ha iniciado ya el ‘cuarto período’ del pánico y de la

---

384 Manuisky, *Die Weltwirtschaftskrise*, obra cit., págs. 35–36.

385 *Ibid.*, pág. 48.

capitulación”, escribía Trotsky lleno de desprecio en 1931 desde su exilio de Turquía<sup>386</sup>. Pero el hecho de que el Kremlin, entre finales de 1930 y principios de 1931, condenase el antifascismo militante de Neumann y frenase las ilusiones revolucionarias de Ernst Thälmann y de Remmele obedecía a que Moscú contaba ya en ese momento con una victoria provisional del nacionalsocialismo. Para una mente chovinista y cínica como la de Stalin, ello significaba ante todo la necesidad de realizar una política que no imposibilitase el día de mañana una colaboración o *modus vivendi* entre una Alemania nacionalsocialista y la Unión Soviética. En estos momentos, Stalin, incapaz de comprender el carácter intrínsecamente siniestro y demoníaco de Hitler, veía o empezaba a ver en una Alemania nazi un aliado tácito contra la hegemonía de Inglaterra, los Estados Unidos y Francia. Por otra parte, si Rusia mantenía las más cordiales relaciones con la Italia fascista, ¿por qué no habría de mantenerlas con una Alemania nacionalsocialista? En contra de una tesis muy extendida, Stalin intentó llegar a un acuerdo con Hitler no a partir de la subida al poder de los nacionalsocialistas, sino ya antes, cuando en Alemania comunistas y nazis se acribillaban unos a otros a balazos.

---

386 Trotsky, Soll der Faschismus wirklich siegen?, obra cit., página 9.

## V. COMUNISTAS Y SOCIALDEMOCRATAS

El error más grave cometido por los comunistas durante el período de afianzamiento de Hitler fue el de situar en un mismo plano a la socialdemocracia y al fascismo e incluso de considerar a la socialdemocracia como al enemigo básico del comunismo. La identificación de dos movimientos tan dispares era el producto de la radical incapacidad de la Comintern por comprender en todo su significado cualitativo el fenómeno nazi; al mismo tiempo, al declarar a la socialdemocracia como al enemigo número uno del comunismo, el Kremlin subordinaba la lucha contra el fascismo a los intereses de la política exterior de la Unión Soviética, pues Stalin sabía –y en eso no se equivocaba– que una Alemania dominada por el SPD se inclinaría más hacia el hemisferio occidental que hacia el Este.

La tesis de que el fascismo y la socialdemocracia eran en lo esencial dos movimientos políticos análogos no era nueva. Stalin la había formulado claramente en 1924 al afirmar que “la socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo”<sup>387</sup>. Al catalogar como “hermanos mellizos” al fascismo y a la socialdemocracia, Stalin cometía dos errores: primero, difamaba a los socialdemócratas y, en segundo lugar, negaba al fascismo una personalidad propia, primaria,

---

387 Stalin, Werke, tomo VI, pág. 253, Berlín, 1952.

intrínseca. Theo Pirker observa muy bien que “de acuerdo con la opinión comunista, no existía ningún sistema fascista sui generis; el fascismo era y permaneció para la Comintern un epifenómeno del dominio burgués–capitalista”<sup>388</sup>. La socialdemocracia alemana, que durante años había sido acusada de servir abiertamente los intereses del capitalismo y del imperialismo, pasaba a convertirse ahora, de acuerdo con la óptica de Stalin, en una aliada directa del fascismo. Debido a que, por otra parte, el comunismo veía en el nacionalsocialismo una simple variante del dominio capitalista, la tesis de que la socialdemocracia era una aliada de la fase fascista de la burguesía aparecía dentro de la seudodialéctica de la Comintern, como una consecuencia teórica lógica. Así Neumann afirmaba en agosto de 1930: “La arruinada democracia burguesa y su representante principal –el Partido Socialdemócrata– se hallan, en esta lucha, incondicionalmente de parte del fascismo”<sup>389</sup>. El hecho de que la socialdemocracia alemana tomase desde el primer momento una actitud clara y contundente antifascista –aunque demasiado tímida en sus formas de acción– fue naturalmente pasado por alto por los mandos de la Comintern, que para sostener su tesis de que fascismo y socialdemocracia eran hermanos mellizos se veían obligados a falsificar la realidad y a mentir de la manera más impúdica y cínica. Thälmann, siguiendo las órdenes de sus amos de

---

388 Theo Pirker, *Komintern und Faschismus*, obra cit., pág. 62.

389 *Imprekorr*, 15 agosto 1930.

Moscú, llegó incluso a ver en las medidas paramilitares tomadas por el SPD para hacer frente al terror nazi, la prueba de que los socialdemócratas imitaban a los nazis: “El SPD está imitando al fascismo hitleriano cada vez más, también por lo que respecta a las organizaciones de terror”<sup>390</sup>.

La tesis de que el fascismo y la socialdemocracia eran dos simples variantes del dominio burgués–capitalista implicaba, en el terreno de la praxis, que el PC alemán tenía que abrir una política de doble frente contra socialdemócratas y nacionalsocialistas. Con ello, el KPD sentaba los supuestos para su aislamiento y su futura derrota. Pero la Comintern, lejos de dar prioridad a la lucha contra el fascismo, dio al contrario la orden de concentrar los ataques del KPD contra la socialdemocracia. Es decir, la Comintern no sólo se negaba, en pleno apogeo del fascismo alemán, a formar un frente común con la socialdemocracia para combatir el nacionalsocialismo, sino que convertía al SPD en su enemigo principal. Así, en la sesión plenaria del CC del KPD celebrada en enero de 1931, Ernst Thälmann afirmaba: “Por otra parte, la socialdemocracia, en especial el ala izquierda del SPD, es todavía el principal obstáculo en la lucha revolucionaria del proletariado alemán por la liberación. El partido y la clase trabajadora no pueden tener posiblemente éxito en la lucha contra el fascismo y contra el sistema capitalista en general

---

390 Ernst Thälmann, *Der revolutionäre Ausweg und die KPD*, página 25, Berlín, 1932.



sin apartar ese obstáculo principal y sin destruir a su más peligroso enemigo en el campo de la clase trabajadora”<sup>391</sup>. Y un año más tarde, en febrero de 1932, Thälmann seguía afirmando: “Tenemos que dejar bien sentado que no podemos derrotar al partido hitleriano sin acabar con la influencia masiva del CPD, especialmente entre el proletariado. Tenemos que dejar bien sentado que no se puede combatir a un futuro gobierno hitleriano sin haber dirigido a tiempo antes el ataque principal... contra el SPD”<sup>392</sup>. La misma opinión manifestó el jefe del KPD en una conversación mantenida en París con el representante del PCF en la Comintern, Albert Vassart, en diciembre de 1932, dos meses antes de la subida de Hitler al poder: “Durante esta breve conversación –testimoniará la esposa de Vassart–, Vassart preguntó a Thälmann qué pensaba sobre la situación alemana y el movimiento hitleriano. Thälmann respondió... que Hitler se hallaba en declive y que la socialdemocracia seguía siendo el principal enemigo del Partido Comunista alemán”<sup>393</sup>. De acuerdo con la lógica de Thälmann, todo el que establecía una diferencia entre fascismo y socialdemocracia cometía una “desviación de derecha”. En enero de 1933, pocos días antes de la subida al poder de Hitler, Walter Ulbricht proclamaba: “Lo mismo que

---

391 Ernst Thälmann, *Die KPD im Vormarsch*, en «Die Kommunistische Internationale», pág. 194, 15 febrero 1931.

392 Ernst Thälmann, *Der revolutionäre Ausweg*, obra cit., página 36.

393 Celie and Albert Vassart, *The Moscow Origin of the French Popular Front*, en «The Comintern Historical Highlights», obra citada, pág. 238.

hasta ahora tenemos que dirigir nuestra ofensiva principal contra la socialdemocracia”<sup>394</sup>.

¿Cuál era la razón de que la Comintern insistiese en la necesidad de combatir sin tregua a la socialdemocracia en el momento en que Hitler se disponía a conquistar el poder político? Esta táctica suicida obedecía a dos motivos fundamentales: a) los dirigentes comunistas no dejaron de creer en ningún momento –hasta que Hitler les sacó de su error– que el nacionalsocialismo era un movimiento sin una ideología y una dinámica propia y que en último término tenía que subordinarse a los dictados del Ejército y del capital alemán. Esta tesis, como hemos visto anteriormente, implicaba una subestimación cualitativa del nacional socialismo; b) a la inversa del NSDAP, que aparecía a los ojos de la IC como un movimiento esporádico y sin raíces profundas entre el pueblo alemán, la socialdemocracia era considerada por la Comintern como una fuerza de gran solidez y prestigio entre la clase obrera alemana. Por ello, a largo plazo, la socialdemocracia era para el comunismo un rival más serio que el nacionalsocialismo.

Al considerar a la socialdemocracia como al enemigo más serio del comunismo, la Comintern no hacía sino aplicar mecánicamente la misma consigna lanzada por Lenin en 1919, pero con la diferencia de que entonces el fascismo era

---

394 Citado por Carola Stern en Ulbricht. Eine politische Biographie, pág. 51, Berlín, 1966.

todavía un fenómeno embrionario y no un movimiento de masas como en la Alemania de principios de la década del treinta. Esta aplicación abstracta y ciega de principios tácticos surgidos en una situación histórica completamente distinta a la que había cristalizado en Alemania tras la crisis económica mundial, ponía de relieve a qué grado de degeneración había llegado la Comintern. En vez de dar la orden al KPD de formar un frente popular con los socialdemócratas –como haría la Comintern en 1934–1935, con cinco años de retraso– con el objeto de poner un dique al avance del nacionalsocialismo, Stalin reducía su genialidad estratégica a proclamar que los socialdemócratas y los fascistas eran hermanos mellizos. Lo que esto significaba supo expresarlo proféticamente el portavoz nazi *Der Nationalsozialist*, cuando hacia 1930 escribía: “El más grotesco y absurdo de todos los insultos... es calificar a los socialdemócratas de fascistas, honor totalmente inmerecido... Denominar fascistas precisamente a la masa de pequeños burgueses de la II Internacional, a la guardia de protección de los judíos, a los enemigos mortales del fascismo italiano, para eso se necesita verdaderamente realizar una gran pirueta... ¡Tranquilicémonos! Los comunistas y socialdemócratas, es decir, los marxistas de todos los matices van a enterarse a su debido tiempo de lo que el fascismo significa”<sup>395</sup>.

---

395 Citado por Ossip K. Flechtheim en *Die KPD in der Weimarer Republik*, pág. 271, Francfort, 1969.

## **VI. DE BRUNING AL INCENDIO DEL REICHTAG**

Mientras la Comintern intensificaba su ofensiva ideológica contra la socialdemocracia, la situación política alemana entraba en una fase cada vez más confusa y peligrosa.

El 20 y 21 de marzo de 1931, los gobiernos de Alemania y Austria anunciaban su intención de establecer una unión aduanera bilateral. Con este acto, el gabinete de Brüning subrayaba su decisión de adoptar una política independiente con respecto a París. El Quai d'Orsay, que no había sido consultado ni por Viena ni por Berlín, no tardó en reaccionar. El 28 de marzo, Briand amenazó con suspender las relaciones comerciales con Austria, al mismo tiempo que París empezaba a retirar sus créditos a la nación austríaca. El 11 de mayo, el Creditanstalt austríaco se declaraba en quiebra; unos días más tarde, Viena se plegaba a las exigencias francesas y se comprometía a renunciar a la proyectada unión aduanera con Alemania. La misma táctica de presión financiera empleada por París contra Viena fue extendida a Alemania. Francia, que en este momento era el país con las mayores reservas financieras de Europa, empezó también a retirar sus créditos al Estado alemán. El canciller Brüning, dándose cuenta de que no estaba en condiciones de realizar una política sin el beneplácito de París, echó

marcha atrás y renunció de momento a sus planes de independencia. El fracaso de la unión aduanera entre Austria y Alemania condujo a la caída del ministro de Asuntos Exteriores, Curtius. La cartera vacante fue asumida por el propio Brüning, cuyo interés principal era ahora el de solucionar la grave crisis financiero–económica en que se hallaba Alemania y el de mantener a flote, con el apoyo tácito de la socialdemocracia, la frágil nave del gobierno, sacudida, a babor y estribor, por las bruscas embestidas de la extrema derecha y la extrema izquierda.

En marzo y abril de 1932 tuvieron lugar las elecciones a la Presidencia de la República. El SPD renunció a presentar un candidato propio con el objeto de apoyar al mariscal Hindenburg, en cuya persona los socialdemócratas veían, en medio de la anarquía general, el último resto de autoridad moral y de legalidad. En el primer escrutinio, el viejo mariscal obtuvo 18.650.730 votos; Hitler, 11.339.285, y Ernst Thälmann (el candidato comunista), 4.983.197. En la segunda tanda, celebrada el 10 de abril, Hindenburg fue reelegido como presidente de la República al obtener el 53 por 100 de los votos. Hitler, que en el primer escrutinio había logrado el 30,1 por 100 de los votos, pudo reunir en el segundo el 36,8 por 100. Por el contrario, Ernst Thälmann retrocedió del 13 al 10,2 por 100. La reelección de Hindenburg constituyó el último éxito formal del bloque burgués–socialdemócrata. Para el Partido Comunista, las elecciones constituyeron una clara derrota.

El 14 de abril de 1932 el ministro del Interior y del Ejército, Groener, ordenó la prohibición de la SA y la SS en todo el territorio alemán. Esta medida se debió al descubrimiento de una serie de documentos confidenciales, de los que se desprendía que la SA y la SS había proyectado un golpe de Estado entre marzo y abril. Hitler pronunció un discurso afirmando que, en el caso de una agresión militar extranjera contra Alemania, la SA y la SS no obedecerían a la Reichwehr, sino que se colocarían bajo el mando exclusivo del Partido Nacionalsocialista. La decisión de Groener despertó el descontento no sólo de los nazis, sino también de una parte del Ejército. El presidente Hindenburg indicó a su ministro la necesidad de prohibir también a las organizaciones paramilitares de los socialdemócratas y de los nacionalistas. Groener se negó a seguir los consejos del mariscal y defendió en el Parlamento la prohibición de la SA y la SS. Entre el 9 y el 12 de mayo se produjeron escandalosos tumultos en el Reichstag, con agresiones personales en los pasillos e intervención de la policía. El Ejército presionaba para que se levantase el edicto de prohibición contra la SA y la SS. La cabeza visible de la oposición contra Groener era el general von Schleicher, secundado, entre otros, por el jefe de la Marina, Ráder. El general Schleicher, que al principio había apoyado la prohibición de la SA y la SS, acariciaba ahora el plan de aprovechar su posición clave dentro del Ejército y su fama de hombre liberal para ocupar un día la Cancillería de la nación. Con el objeto de precipitar la caída del canciller Brüning y del ministro Groener, Schleicher estableció una

alianza provisional con Hitler, que por su parte dio órdenes al capitán Rohm (que gozaba de bastantes simpatías entre los militares) para que convenciera al Ejército de que la SA no tenía la intención de rebelarse contra las Fuerzas Armadas.

El 12 de mayo Groener dimitió como ministro del Ejército, conservando sólo la cartera del Interior. El 29 del mismo mes el mariscal Hindenburg llamó a su despacho al canciller Brüning para comunicarle su destitución. Al día siguiente Brüning y los miembros de su Gabinete presentaban la dimisión oficial. El 1 de junio Hindenburg designaba a Franz von Papen como nuevo canciller. Von Papen, que no podía sostenerse sin el apoyo de los nacionalsocialistas, se aseguró su consentimiento a cambio de anular la prohibición contra la SA y la SS y de prometer la disolución del Parlamento en el plazo máximo de sesenta días. Pero ya el 4 de junio el Reichstag era disuelto, a la vez que la SA y la SS recobraban su legalidad. La reaparición de las camisas pardas en las calles del país trajo consigo un trágico recrudecimiento del terror. En los días que siguieron al levantamiento de la prohibición, en Prusia sólo se produjeron 99 muertos y 125 heridos de gravedad. El 17 de julio, en una razzia efectuada por la SA en un barrio comunista de Altona, fueron asesinadas 12 personas.

El 20 de julio de 1932 el canciller von Papen, apoyado por Hindenburg, el Ejército y los nacionalistas, llevó a cabo un putsch en Prusia, al frente de cuya región se hallaba un

gobierno dirigido por los socialdemócratas. La destitución del gabinete prusiano y el nombramiento de un comisario del Reich para asumir interinamente la jefatura de los asuntos de Estado constituyó el primer acto abiertamente anticonstitucional del bloque derechista–fascista contra la República de Weimar y significaba el preludio de la disolución completa de la legalidad. Los comunistas, sin participar directamente en el golpe de Estado de von Papen, apoyaron la destitución del gabinete de Otto Braun y Severin. El anuncio de la caída del gobierno socialdemócrata fue acogida con vítores y hurras por los comunistas.

Once días tras la destitución del gabinete prusiano, se celebraron elecciones al Reichstag. Los nazis obtuvieron 230 mandatos, por 107 en los comicios de 1930. El Partido Socialdemócrata perdió 10 mandatos, pasando a estar representado en el nuevo Parlamento con 133 diputados. El aplastante triunfo nacionalsocialista confirmaba la tendencia ascensional del NSDAP desde 1930 y dejaba augurar una nueva radicalización de la situación política.

En las semanas que siguieron a las elecciones, Hitler se entrevistó con von Papen, Schleicher y, finalmente, con Hindenburg. El Führer, vestido con frac y sombrero de copa, fue recibido con bastante intemperancia por el viejo mariscal-presidente. La entrevista fue muy breve. Hindenburg recordó a Hitler su promesa de tolerar el gobierno de von Papen, invitándole a participar en él como ministro. Hitler rechazó la oferta, respondiendo que el único cargo que él



podía aceptar era el de canciller. Hindenburg, con un postrer gesto de lucidez y energía, le contestó que su conciencia le impedía poner el poder en manos de un partido de las características radicales y agresivas del NSDAP.

En el mes de agosto de 1932 un tribunal especial condenó a la pena de muerte a cinco nacionalsocialistas que habían asesinado bestialmente a un comunista ante los ojos de su propia madre. La sentencia dictada contra los agresores despertó la ira de Hitler y condujo a una polémica bastante agria entre el Führer y el canciller von Papen. Hitler pronunció un discurso afirmando que la Justicia alemana se había ensañado sistemáticamente contra los miembros de su partido y protegido en cambio a sus rivales. Von Papen, dirigiéndose a Hitler, le respondió: “Yo no le concedo a usted el derecho a elevar a la categoría de nación alemana la minoría que se agrupa bajo su bandera y a tratar al resto de los conciudadanos como piezas de caza”<sup>396</sup>. En el mismo discurso pronunciado en Munster, von Papen exclamó: “¡Contra Hitler, por el Estado de derecho!”

El 12 de septiembre de 1932, en una sesión presidida por Göring, el Reichstag acordó el derrocamiento del gabinete von Papen por una abrumadora mayoría de votos. La crisis parlamentaria condujo a la disolución del Parlamento y a la convocatoria de nuevas elecciones.

---

396 Citado por Stampfer, obra cit., pág. 645.

El 6 de noviembre de 1932 se celebraron las elecciones al Reichstag. Ante la sorpresa general, los nazis perdieron 34 de sus diputados, mientras el centro, los nacionalistas y los comunistas (representados ahora con 100 diputados) obtenían ligeros éxitos.

Von Papen, que había salido moralmente reforzado de las elecciones, invitó a Hitler a celebrar una entrevista personal con él, lo que el Führer declinó. Los socialdemócratas y los representantes de los demás partidos se negaron también a participar en un gobierno presidido por von Papen. La crisis era cada vez más aguda. Entre bastidores, el ambicioso general Schleicher, que al principio había secundado la candidatura de von Papen, pedía ahora su destitución. El 17 de noviembre, el gabinete de von Papen se vio obligado a presentar la dimisión. El 2 de diciembre, el mariscal Hindenburg nombraba al general von Schleicher nuevo canciller del Reich.

Schleicher parecía reunir, dentro de la confusa situación política en que se hallaba Alemania, los supuestos necesarios para salvar la continuidad de la República de Weimar e impedir una dictadura nazi. El general tenía tras sí al Ejército, era respetado por los nacionalsocialistas y contaba con simpatías entre los sindicatos y la socialdemocracia debido a ciertos acentos sociales de su programa político, pocos días después de su subida al poder, se producía en el NSDAP, a causa de su persona, una crisis cuyas consecuencias habían de manifestarse como aciagas

para la nación y para el propio Schleicher. El ala radical del NSDAP, representada por Göring y Goebels, era partidaria de combatir al nuevo canciller; Gregorio Strasser, la personalidad más representativa del ala “socialista”, propugnaba el apoyo del gabinete Schleicher y su participación en él. Como recompensa a esta actitud, Schleicher había ofrecido a Gregorio Strasser la vicecancillería de la nación, cargo que el líder nazi aceptó. El plan de Schleicher era el de utilizar su amistad con Strasser para provocar una escisión dentro del NSDAP y minar con ello la autoridad de Hitler. Para dar vigor a su decisión de colaborar con Schleicher, el 8 de diciembre Gregorio Strasser depuso todos sus cargos en el NSDAP.

A pesar de que Hitler logró resolver con rapidez la crisis provocada por la actitud de Strasser, en el curso de las semanas siguientes el NSDAP entró en una grave situación financiera y moral. Goebels y Hitler coqueteaban con el pensamiento de cometer suicidio. El partido se encontraba en una situación desesperada; la falta de medios económicos y la escisión producida por Strasser le habían colocado al borde de la ruina. El estado de ánimo de los jefes nazis se prolongó a lo largo de todo el mes de diciembre. Pero, de pronto, acontecimientos inesperados sacaron al NSDAP de su impasse: von Papen, que buscaba la ocasión de vengarse de su ex amigo Schleicher, propuso a Hitler celebrar una entrevista con el objeto de establecer una alianza. La reunión se celebró el 4 de enero de 1933 en casa del barón von

Schroeder, un banquero estrechamente vinculado a la industria y a las finanzas alemanas. Von Papen y Schroeder ofrecieron a Hitler la cancillería de la nación y se comprometieron a sanear las finanzas del NSDAP. Hitler, por su parte, prometió ceder la cancillería a von Papen y proteger los intereses de la industria alemana.

Mientras von Papen y Hitler preparaban entre bastidores la caída de Schleicher, el diputado socialdemócrata Kurt Heining ponía a la nación en conocimiento de un gran escándalo financiero. Heining reveló que un puñado de junkers prusianos pertenecientes a la flor y nata de la aristocracia rural de Prusia venía recibiendo indebidamente ayuda financiera del Gobierno. Schleicher no hizo nada por impedir la publicación del escándalo. El Parlamento decidió nombrar una comisión investigadora, contra el voto de los nacionalistas y la abstención de los nazis. Representantes de los grupos de presión de la agricultura protestaron en el Parlamento y en la prensa contra la política económica de Schleicher, a quien acusaron de querer introducir medidas sociales “bolcheviques”.

En esa atmósfera de desconcierto, se inició entre bastidores una lucha enconada a la caza del poder. Schleicher exigió del mariscal Hindenburg plenos poderes para disolver el Parlamento y convocar nuevas elecciones, propuesta que fue rechazada por el mariscal-presidente. Durante algunas semanas el Ejército secundó a Schleicher, oponiéndose a su

destitución. Hindenburg, tras muchas vacilaciones, se decidió a favorecer a von Papen, por quien sentía especial afecto. El 30 de enero de 1933 la nación se enteraba de que Hitler acababa de ser nombrado canciller de Alemania. Como vicescanciller y comisario de Prusia figuraba von Papen. Göring fue nombrado ministro sin cartera y comisario de Aviación. A pesar de que al frente del Gobierno se hallaba Hitler, el poder real era detentado por von Papen, que disponía de la mayoría en el gabinete. Con este compromiso, el mariscal Hindenburg creía haber impedido una vez más la dictadura nazi.

En la madrugada del 28 de febrero, el edificio del Reichstag de Berlín era pasto de las llamas. Hitler y Goebels acusaron a los comunistas de ser responsables del incendio. En realidad, se trataba de un acto de provocación nazi para justificar una ofensiva general contra el PC, que fue declarado en seguida fuera de la ley. En una declaración publicada el 1 de marzo, el CC del KPD rechazó toda responsabilidad en el incendio del Reichstag: “Las noticias de prensa afirmando que en el Reichstag tuvo lugar una conferencia comunista, así como la afirmación de que el detenido van der Lubbe es miembro del PC de Holanda, no corresponden a la realidad”<sup>397</sup>. Tras el incendio del Reichstag, el NSDAP y los órganos de la policía procedieron a la detención de miles de comunistas y socialdemócratas, entre ellos al jefe del KPD,

---

397 Rundschau über Politik, Wirtschaft und Arbeiterbewegung, 1 marzo 1933, Basilea.

Ernst Thälmann, y a sus secretarios Werner Hirsch y Erich Birkenhauer<sup>398</sup>.

¿Cuál fue la actitud adoptada por la Comintern durante el período crítico descrito más arriba? Partiendo del dogma de que Hitler era un simple instrumento del capitalismo alemán, Moscú tendió a considerar que, incluso en el caso de producirse la subida del NSDAP al poder, los nazis no contaban con la fuerza suficiente para realizar una política propia. La Comintern estuvo persuadida hasta el último momento de que la situación política estaba dominada por el general Schleicher y por la Reichwehr. Como que Schleicher era partidario de una estrecha colaboración entre la Unión Soviética y Alemania, Moscú veía en él al hombre ideal para frenar a Hitler y reactivar el espíritu de Rapallo. La Comintern no sólo sobreestimó el poder personal de Schleicher y del Ejército en general, sino que interpretó erróneamente la

---

398 Thälmann permaneció en poder de la Gestapo hasta 1944, en que fue ejecutado. De acuerdo con el testimonio de Margarete Buber-Neumann, Ulbricht, que aspiraba entonces a la jefatura del KPD, estuvo complicado en la detención de Thälmann, que se hallaba escondido en uno de los domicilios ilegales del partido. La esposa de Neumann afirma también que Walter Ulbricht hizo todo lo posible para que no se llevara a la práctica un plan de fuga que la organización berlinesa del KPD había preparado para liberar a su líder de la cárcel de Moabit. Con este motivo se suicidó un funcionario de prisiones llamado Moritz, que era miembro secreto del KPD y había jugado el papel central en la elaboración de la tentativa de fuga. El probable delator de bricht- fue asesinado un año más tarde por un militante del Thälmann a la Gestapo, Alfred Kattner –un protegido de Ul- KPD. Véase Von Potsdam nach Moskau, obra cit., págs. 261–265.

crisis provocada por Gregorio Strasser dentro del NSDAP, error consistente en exagerar la personalidad del líder nazi y su influencia entre sus camaradas de partido. De ahí que el derrocamiento del gabinete Schleicher y el nombramiento del Gobierno Hitler–Papen, el 30 de enero de 1933, fuese acogido con gran sorpresa por el Kremlin.

## **VII. NEUMANN Y REMMELE, CONTRA LA LÍNEA DE LA COMINTERN**

A medida que surgía en el horizonte de una manera cada vez más clara el peligro de una dictadura nazi, dentro del KPD empezaron a surgir algunos grupos partidarios de concentrar la lucha contra el NSDAP y no contra la socialdemocracia, como ordenaba la Comintern. Esta corriente de opinión estaba representada sobre todo por Heinz Neumann y Hermann Remmele, que en 1930 habían postulado ya una actitud de guerra sin cuartel contra el Partido Nacionalsocialista, actitud que, como hemos visto, fue pronto desautorizada por Manuilsky y Stalin.

En el XII Pleno del CE de la IC, celebrado en agosto–septiembre de 1932, Neumann y Remmele, corrigiendo su sectarismo anterior, declararon que el fascismo no podía ser identificado con la democracia burguesa ni considerado

como una simple variante del capitalismo, sino que era un movimiento dotado de personalidad propia, representando –según la fórmula de Remmele– la “dictadura del Lumpenproletariat”. La deducción práctica de esta tesis era la de que el PC alemán tenía que establecer un frente común total con la socialdemocracia y considerar al NSDAP como a su principal enemigo. Por añadidura, Remmele había empezado a desarrollar por estas fechas la teoría de un “socialismo occidental” opuesto al de Moscú. Las concepciones heréticas de Remmele y su intento de boicotear en Alemania, en colaboración con Neumann, la línea de la Comintern, condujeron finalmente a la caída en desgracia de ambos dirigentes comunistas. Para alejarle de la escena alemana, el mando de la Comintern requirió la presencia de Neumann en Rusia. En el verano de 1932 Neumann fue varias veces huésped de Stalin, pero su deseo de regresar a Alemania para continuar la lucha contra el nacionalsocialismo fue desoído por el CE de la IC, que a finales de 1932 le encomendó la misión de trasladarse a Madrid para asesorar al nuevo equipo de dirigentes del PC español. Tras el XII Pleno del CE de la IC, Remmele pudo regresar a Alemania, pero sus pasos estaban estrechamente vigilados por Thälmann, Pieck, Ulbricht y la fracción del KPD obediente a Moscú. El 22 de enero de 1933 la SA anunció su intención de organizar un desfile de camisas pardas por los barrios comunistas de Berlín. Remmele propuso que el KPD respondiera a esta provocación con una contramanifestación. Pero, antes del día previsto para el desfile nazi, el Politburó del



KPD recibió un telegrama de Moscú prohibiendo categóricamente la organización de una contramanifestación comunista.

A pesar de que la subida al poder de Hitler fue posibilitada en gran parte por no haberse seguido la táctica postulada por Neumann y Remmele, la Comintern logró que ambos escribiesen sendas “autocríticas” sobre sus errores, publicadas a principios de 1934 en la *Rundschau*<sup>399</sup>. “Cuando Neumann escribió esta declaración –escribe su esposa– vivíamos completamente aislados en Suiza. De todas las conversaciones se deducía que Heinz seguía considerando como correcto su punto de vista político, que difería del de la Comintern... Y, sin embargo, escribió esta ignominiosa declaración. Le pregunté cuál era el objeto de esa locura. Sus respuestas contenían habitualmente los siguientes argumentos: a pesar de todas las dudas y de la crítica contra la Comintern, tenía que someterse..., porque, de lo contrario, se convertiría en un enemigo de la Unión Soviética, el único poder verdaderamente antifascista del mundo. Fuera del PC no existía ninguna vida para él”<sup>400</sup>.

En el curso de 1932 la Comintern hizo todo lo posible para impedir una marcha en común entre los comunistas y los socialdemócratas alemanes. Cuando, en la primavera de ese

---

399 Véase *Rundschau* de 1 febrero de 1934 y de 12 de abril de 1934.

400 Margarete Buber-Neumann, *Von Potsdam nach Moskau*, obra cit., pág. 293.

año, el SPD unió a todas sus organizaciones en un cártel antifascista –el llamado “Frente de Hierro”–, que estaba apoyado por los sindicatos, el KPD, lejos de apoyar ese último intento de detener el avance del fascismo, adoptó una actitud hostil. Richard Krebs (Jan Valtin), testigo excepcional dentro del KPD y de la Comintern, escribe: “Apenas el Frente de Hierro había iniciado su contraofensiva, todas las unidades del PC recibieron instrucciones de sabotear todas sus acciones, cosa que hicimos”<sup>401</sup>. El 14 de junio de 1932 Ernst Thälmann escribía que el Partido Socialdemócrata “sigue siendo el sostén principal de la burguesía, el enemigo principal del movimiento de masas antifascista, el principal obstáculo del frente único proletario”<sup>402</sup>.

## **VIII. CONTACTOS DE ULTIMA HORA ENTRE COMUNISTAS Y SOCIALDEMOCRATAS**

Mientras que, como hemos comprobado, durante todo el período ascensional del nacionalsocialismo los comunistas no dejaron un solo momento de identificar a los socialdemócratas con los fascistas y de difamarles de la manera más injusta, a partir de la caída del gabinete Schleicher, y sin

---

401 Jan Valtin, obra cit., pág. 289.

402 Improkorr, 14 junio 1932.

transición alguna, adoptaron una actitud completamente opuesta, apresurándose a ofrecerles una marcha en común contra el NSDAP. El mismo día en que Hitler era nombrado canciller –el 30 de enero de 1933–, el KPD hizo un llamamiento al SPD y a los sindicatos con el objeto de declarar una huelga general conjunta, llamamiento que fue rechazado por las organizaciones socialdemócratas y sindicales: “El KPD apela a los millones de trabajadores socialdemócratas, a los trabajadores de la Federación de Sindicatos, a los trabajadores cristianos, a los trabajadores de la Reichbanner y a todos los trabajadores no organizados de las ciudades y del campo. ¡Llevad a cabo, junto con vuestros camaradas de clase comunistas, en todos los talleres y barrios obreros, la manifestación de masas, la huelga, la huelga de masas, la huelga general!”<sup>403</sup>.

El 19 de febrero, tres semanas después de la subida de Hitler al poder, la Internacional Socialista publicó un manifiesto declarándose dispuesta a establecer un pacto con la Comintern con el fin de coordinar la lucha contra el fascismo. En su respuesta de 5 de marzo, el CE de la IC autorizaba a las diversas secciones afiliadas a la Comintern a entrar en contacto con los partidos socialdemócratas con vistas a organizar acciones comunes contra el fascismo. Durante las negociaciones los comunistas debían abstenerse de ejercer toda crítica contra la socialdemocracia. Pero la oferta de la

---

403 Rundschau, 2 febrero 1933.

Comintern fue rechazada tanto por el SPD como por la Federación de Sindicatos de Alemania. En vista de que las secciones adheridas a la Internacional Socialista (en especial la alemana) no estaban dispuestas a organizar un frente único con los comunistas, la Comintern no volvió a insistir sobre la necesidad de combatir conjuntamente al fascismo. El 20 de marzo de 1933 la presidencia de la Federación de Sindicatos de Alemania publicó una declaración comprometiéndose a respetar la legalidad del régimen hitleriano. Tres días más tarde el portavoz de la fracción parlamentaria del SPD, Wels, pronunció un discurso solidarizándose con la política exterior de Hitler.

A pesar de que la actitud de la socialdemocracia y de los sindicatos alemanes, tras el incendio del Reichstag, fue oportunista y capitulante, hay que tener en cuenta que las propuestas hechas por el KPD al SPD a última hora no podían ser fácilmente aceptadas por los socialdemócratas, que, además de seguir desconfiando de la sinceridad de los comunistas, estaban desmoralizados y no creían ya en la posibilidad inmediata de frenar el avance nazi. La Comintern había combatido sistemáticamente hasta el último momento a la socialdemocracia, llenándola de los más inverosímiles dicterios e injurias. Cuando el KPD, sin duda con sinceridad, propuso a última hora una marcha en común con la socialdemocracia, existía entre los jefes y militantes de ambos partidos un profundo abismo de odio y rencor, que ni el inminente peligro de una dictadura nazi podía superar.

Es probable, además, que la alianza ofrecida por los comunistas a los socialdemócratas a última hora fuese en parte una maniobra táctica para subrayar ante la opinión pública mundial que el KPD había hecho todo lo que había estado en su mano para impedir la dictadura nazi y que si esta empresa había fracasado se debió a la negativa del SPD y de los sindicatos reformistas.

## **CAPÍTULO IX**

### **1. EL XVI CONGRESO DEL PC RUSO. EL PRIMER PLAN QUINQUENAL. LA COLECTIVIZACION AGRARIA. FIN DEL IGUALITARISMO**

Al mismo tiempo que en Alemania se producía el fulminante ascenso de Hitler, en la Unión Soviética Stalin, libre de toda oposición articulada, había creado los supuestos para la puesta en práctica del Primer Plan Quinquenal (Piatiletka) y para el establecimiento de una dictadura draconiana del PC sobre el pueblo ruso.

Cuando, en el verano de 1930, se reunió el XVI Congreso del PCUS, Stalin pudo bombardear a los dos mil y pico de delegados con un alud de cifras y estadísticas sobre los éxitos obtenidos ya en el campo de la industrialización y la colectivización agraria. Después de anunciar que el porcentaje de la industria con respecto al producto social había

sobrepasado ya al de la agricultura, Stalin subrayó la necesidad de acelerar todavía más el ritmo de la industrialización. Cada una de sus afirmaciones era acogida invariablemente con una salva de aplausos. Los líderes de la antigua oposición presentes en el Congreso, como Tomski o Rykov, no tuvieron más remedio que expresar su conformidad con la línea general del partido. No satisfecho con esta sumisión, Stalin se permitió además el lujo de mofarse de ellos, coreado por las carcajadas de los delegados. Sobre la atmósfera servil y unánime reinante en el Congreso, Barmine reporta: “En el XVI Congreso no se produjo nada de particular. Las salas y pasillos del edificio del Congreso estaban abarrotados. Se oyeron ovaciones incesantes, fatigosas, que convertían las sesiones en algo parecido más o menos a veladas deportivas. Ni un solo debate serio tuvo lugar”<sup>404</sup>.

En su discurso de clausura, Stalin pudo afirmar, orgulloso: “En nuestro Congreso, en el XVI Congreso, no ha aparecido ninguna oposición articulada; ni siquiera un pequeño grupo, ni siquiera algún camarada aislado ha considerado oportuno subirse a la tribuna y atacar la línea del partido.

Es claro que la línea de nuestro partido es la única línea correcta, y ello de manera tan evidente e incuestionable, que incluso los antiguos líderes de la oposición de derechas ha considerado necesario subrayar sin vacilar en sus

---

404 Alexander Barmine, *Einer der entkam*, pág. 286, Viena, 1945.

discursos el carácter correcto de toda la política del partido”<sup>405</sup>.

A pesar de que, en efecto, en el curso de los debates no se levantó una sola voz disidente, Stalin dedicó una buena parte de su informe central a atacar a la vieja oposición, tanto la de derecha como la de izquierda, pero especialmente al trotskismo. Con ello el dictador no sólo satisfacía sus mezquinos y ruines afanes de venganza, sino que “demostraba” que sus teorías sobre el ritmo de industrialización eran superiores a las de Trotsky. Después de señalar –con cifras que más tarde iban a manifestarse como falsas y manipuladas– que el ritmo de crecimiento del proceso de industrialización había superado un pronóstico formulado por los trotskistas en 1925–1926, Stalin acusó a éstos de ser, en lo que se refería al ritmo de industrialización, “extremos minimalistas” y “vulgares capitulantes”. Frente a lo que él llamó la “curva trotskista descendente” (que preveía una cuota de crecimiento cada vez menor), Stalin opuso la “curva bolchevique ascendente”, que partía del supuesto de que el ritmo inversional sería cada vez mayor. Stalin se cuidó muy bien de decir a qué precio se estaban cumpliendo los objetivos de la “curva bolchevique ascendente”. Cegado por su odio irracional contra Trotsky y por su complejo de inferioridad, su única preocupación fue la de demostrar ante el Congreso que él había superado y

---

405 Stalin, Politischer Bericht, obra cit., pág. 114.



superaría el plan de superindustrialización que Trotsky y Sinoviev habían exigido cuando Stalin hacía frente común con Bujarin y defendía una línea centrista–derechista. Ebrio de cifras y estadísticas, Stalin hizo saber al Congreso que el ritmo previsto para el Primer Plan Quinquenal sería acelerado, y los objetivos, logrados en un plazo más breve, es decir, dejó entrever que el terror, la coacción y las medidas represivas serían intensificadas para que él, Stalin, señor de todas las Rusias y amo absoluto del partido, pudiera en el próximo Congreso abrumar a los delegados y al mundo entero con nuevas estadísticas.

Stalin no se limitó a discutir de problemas económicos con Trotsky y sus partidarios. En términos claros difamó política y moralmente a los trotskistas y deslizó por primera vez, de una manera indirecta, la afirmación de que realizaban espionaje al servicio de la burguesía: “El grupo trotskista es ahora un grupo antiproletario, antisoviético, contrarrevolucionario, que informa diligentemente a la burguesía sobre los asuntos de nuestro partido”<sup>406</sup>. Ese era ya el tono difamatorio de las próximas purgas. Por primera vez también, Stalin, sin dejar de reconocer las diferencias programáticas existentes entre el trotskismo y el “desviacionismo de derechas”, formuló de una manera clara que la actitud de ambas tendencias conducía a las mismas consecuencias prácticas: “Ello explica el hecho de que los

---

406 Ibid., pág. 98.

desviacionistas de derecha coronen generalmente sus peleas de gallo con los trotskistas con negociaciones detrás de los bastidores con vistas a la formación de un bloque con ellos”<sup>407</sup>. Ese sería ya también el lenguaje de los próximos procesos de Moscú.

Mientras los delegados del XVI Congreso vitoreaban a Stalin, los comandos de la NKVD llevaban a cabo la colectivización agraria. Entre 1929 y 1933 fueron creadas 191.000 granjas colectivas y unas 7.000 granjas del Estado. En 1931, en las zonas de cultivo de cereales, el 80 por 100 de la agricultura estaba ya colectivizado. Toda oposición por parte de los kulaks y campesinos reticentes era reprimida de la manera más brutal por la NKVD. “Los bolcheviques –reporta Walter Duranty– lograron su victoria por medio de una implacable acción represiva contra los kulaks, pero en parte también apelando a los intereses de los campesinos más pobres, que, naturalmente, deseaban compartir los animales, la tierra, la propiedad y otros bienes de los kulaks y liberarse de las deudas que tenían contraídas con ellos”<sup>408</sup>. Isaac Deutscher, que se hallaba en Rusia en esos momentos, anota: “En poco tiempo la Rusia rural se convirtió en un pandemónium. La gran mayoría del campesinado ofreció al gobierno una oposición desesperada. La colectivización degeneró en una operación militar, en una cruel guerra civil.

---

407 Ibid., pág. 103.

408 Walter Duranty, *Stalin and Co.*, pág. 76, New York–Toronto, 1949.

Las aldeas que se rebelaron fueron rodeadas de máquinas ametralladoras y obligadas a rendirse.

Masas de kulaks fueron deportadas a remotas tierras inhabitadas de Siberia. Sus casas, graneros y aperos de labranza fueron traspasadas a las granjas colectivas...”<sup>409</sup>.

Aunque no faltaron las insurrecciones armadas y la resistencia activa contra la colectivización forzosa, en general los campesinos manifestaron su oposición por medio del boicot pasivo. Margarete Buber–Neumann testimoniará: “La mayoría de los campesinos rusos no ofreció resistencia activa contra la colectivización forzosa. Recurrieron al único medio que les quedaba, negándose a sembrar y a cultivar los campos. Preferían pasar hambre con sus familias en sus chozas a separarse de la tierra que Lenin les había regalado tras la Revolución de Octubre.

Debido a esa resistencia pasiva se produjo una terrible epidemia de hambre en numerosos territorios de la Unión Soviética”<sup>410</sup>. Víctor A. Kravchenko, que, como otros jóvenes comunistas, fue obligado a participar en el “frente campesino”, escribiría más tarde: “Los comunistas que estuvimos en contacto directo con las crueldades de la colectivización nos convertimos en gente marcada. Llevábamos cicatrices... Eramos casi reconocidos en nuestro silencio y en el modo en

---

409 Isaac Deutscher, Stalin, obra cit., págs. 324–325.

410 Margarete Buber–Neumann, obra cit., págs. 231–232.

que rehuíamos las discusiones sobre el “frente campesino”<sup>411</sup>.

La colectivización forzosa condujo inevitablemente a un retroceso de la producción agrícola y a la destrucción parcial de las reservas de ganado, no sólo por la resistencia o la desmoralización de los campesinos, sino también porque técnicamente la colectivización fue un fracaso. En la terminología oficial este fracaso fue justificado con el argumento de que la colectivización había sido realizada en sentido de “altitud” y no en sentido de “profundidad”, es decir, cuantitativa y no cualitativamente. “A consecuencia de estas circunstancias –dirán los historiadores oficiales–, en los primeros tiempos se manifestaron graves deficiencias en la labor de las granjas colectivas. Se puso de manifiesto que en las granjas colectivas el trabajo estaba todavía mal organizado y la disciplina laboral era débil”<sup>412</sup>. En 1929 Rusia poseía 34 millones de caballos. En 1933 sólo quedaban 16 millones, esto es, menos de la mitad. La misma devastación se produjo, más o menos, entre las reservas de ganado mayor y menor. Para justificar el retroceso de la producción agrícola, la destrucción de la ganadería y las epidemias de hambre, el partido echó la culpa a los kulaks, a quienes acusó de haberse introducido en las granjas colectivas y haber

---

411 Víctor A. Kravchenko, *Ich wdhlte die Freiheit*, pág. 135, Zurich, 1947.

412 *Geschichte der Kommunistischen Partel der Sowjetunion*, obra cit., pág. 382.

proseguido en ellas subrepticamente la misma labor de sabotaje que habían realizado antes por medios violentos y abiertos. Para poner fin a todo acto de sabotaje, el partido decidió en 1933 crear “departamentos políticos” en las granjas colectivas, es decir, chekas especialmente dedicadas a controlar el trabajo del campo.

La expropiación de millones de kulaks y campesinos medios y su deportación o traslado a Siberia y otras zonas no colonizadas perseguía adicionalmente el objeto de disponer de nuevas reservas de mano de obra que el partido necesitaba para llevar a cabo sus planes de industrialización. Los campesinos arrancados de sus hogares eran empleados en la construcción de carreteras, canales, edificios y otras obras de infraestructura.

Para financiar las inversiones del Primer Plan Quinquenal –es decir, la maquinaria y bienes de equipo adquiridos en el extranjero– el régimen estalinista movilizó todos los recursos posibles, desde la intensificación de la producción de oro hasta la exportación de materias primas y productos alimenticios, pasando por la apertura de “Torgins” (comercios para extranjeros) y la exportación a precios tirados (dumping) de todos los artículos y productos posibles. Bar-mine, que desempeñaba entonces un alto cargo comercial en el extranjero, escribe: “Esta enorme exportación de comestibles fue una de las causas de la epidemia del hambre

que entre 1931 y 1932 azotó a Ucrania y el Asia interior”<sup>413</sup>. Stalin utilizó también como fuente de divisas a los enemigos del pueblo que se pudrían en las cárceles o en los campos de Siberia. Todo ciudadano ruso que tenía la suerte de contar con familiares o amigos en el extranjero dispuestos a pagar entre 800 y 1.500 dólares por un visado de salida, podía abandonar el país. El hombre encargado de dirigir la batalla económico–financiera librada por el Estado ruso durante la realización del Primer Plan Quinquenal fue el comisario de Comercio Exterior, Arcadio Rosengolz, que Stalin haría ejecutar en marzo de 1938 como “enemigo del pueblo”.

La realización del Primer Plan Quinquenal coincidió también con el abandono de las prácticas igualitarias que todavía quedaban en la Unión Soviética y la introducción de métodos remunerativos altamente diferenciados. La señal oficial para este cambio la dio Stalin en un discurso pronunciado el 23 de junio de 1931 sobre las “seis condiciones” para la industrialización de Rusia. Stalin, apoyándose en Marx –pero deformándolo–, afirmó que los obreros tenían que ser remunerados de acuerdo con su rendimiento y no de acuerdo con sus necesidades, calificando el “igualitarismo” de desviación “ultraizquierdista”, pequeño–burguesa y antimarxista. El móvil de la ofensiva estaliniana contra la igualdad remunerativa era doble: incitar a la población tra-

---

413 Barmine, obra cit., pág. 253.

bajadora a producir más y, a la vez, corromper con privilegios materiales a la nueva casta de funcionarios y dirigentes. De acuerdo con Coudenhove–Kalergi, “el regreso a los métodos económicos capitalistas ha conducido al encumbramiento del director de fábrica, a la introducción del trabajo a destajo y a las primas, a la remuneración de acuerdo con el rendimiento, a la ruptura del principio de igualdad, a la rehabilitación de los ingenieros burgueses, al restablecimiento de la dirección y responsabilidad personales en lugar de la dirección y responsabilidades colectivas, al cálculo de rentabilidad”<sup>414</sup>.

La nueva consigna de Stalin contra el principio de igualdad fue tomada tan en serio, que no tardó en tener sus repercusiones en los círculos de la misma Comintern. Buber–Neumann, que se hallaba entonces en la Unión Soviética, testimonia: “Yo vi las repercusiones de la campaña contra el “igualitarismo” sólo en el Stolovaya (comedor) del Lux.

Un día la parte posterior de la sala de comer fue separada con una gran cortina, y los sorprendidos empleados de la Comintern se enteraron de que a partir de ese momento los funcionarios con una responsabilidad “más elevada” tomarían sus comidas –que eran esencialmente mejores– detrás de la cortina, mientras la mayoría de los pequeños empleados, los trabajadores y amas de casa, serían servidos,

---

414 Coudenhove–Kalergi, *Stalin and Co.*, págs. 10–11, Viena, 1931.

todavía más primitiva y escasamente, fuera de ese recinto.

No sólo los disciplinados funcionarios de la Comintern engulleron esas “medidas socialistas” sin rechistar; en toda la Unión Soviética ocurrió lo mismo”<sup>415</sup>.

## **II. EL GOLPE DE ESTADO DE DOLLFUSS**

La subida de Hitler al poder y el aplastamiento de todas las fuerzas políticas que habían intentado oponerse al triunfo del fascismo en Alemania condujeron a una radicalización del clima político europeo. Si, de una parte, el ejemplo hitleriano estimuló a los núcleos contrarrevolucionarios del continente, de la otra movilizó la voluntad de resistencia de los grupos que se oponían a una dictadura fascista. La ola de fascismo surgida a principios de la década del 20 en Italia y otros países europeos no había, en lo esencial, causado estragos entre las principales democracias, pues el poder de irradiación de una potencia de segunda categoría como Italia era limitado; Hitler, en cambio, asentado en la Cancillería de la primera potencia industrial, de Europa, tenía enormes posibilidades de influenciar a una parte de los europeos que,

---

415 Margarete Buber–Neumann, obra cit., págs. 322–323.



por algún u otro motivo, se sentían insatisfechos con el statu quo. La desorientación y la amargura surgidas entre las masas a causa del paro y la crisis económica habían abonado el terreno para la cristalización de movimientos como el fascismo. Un ejemplo clásico de esta situación fue Austria.

El 7 de marzo de 1933 el canciller austríaco, Engelbert Dollfuss, se personó en el despacho del presidente de la República, Wilhelm Miklas, para presentar la dimisión del gabinete presidido por él. Dos días antes Hitler había obtenido más de 17 millones de votos y sellado electoralmente la victoria preparada semanas antes por medio del terror, la persecución y el asesinato de sus rivales políticos. El triunfo del Führer había sido acogido sin resistencia por la clase trabajadora alemana; Wilhelm Miklas y Dollfuss, convencidos de que había llegado también para Austria la hora de implantar una dictadura fascista, decidieron disolver el Parlamento e imponer desde arriba y por vía administrativa la dictadura a la nación. Dollfuss recibió el encargo de formar un nuevo gabinete y de gobernar con exclusión del “Bundesrat” (Consejo Nacional o Parlamento). El nuevo Gobierno inició su labor prohibiendo las reuniones y manifestaciones públicas e introduciendo una censura previa para la prensa. Estas primeras medidas, destinadas a mermar los derechos de la clase trabajadora y los grupos antifascistas, fueron ampliadas más tarde con medidas adicionales.

A pesar de que el impulso externo para la instauración de

un régimen dictatorial lo había recibido Dollfuss de Alemania, su fascismo era más parecido al modelo mussoliniano que hitleriano. El plan de Dollfuss era el de implantar en su país un Estado corporativo inspirado mitad en el fascismo del Duce y mitad en la Encíclica Cuadragésimo Anuo, publicada por Pío XI en mayo de 1931. La organización dollfussiana de la “Heimwehr” (Guardia Patriótica) estaba dirigida por oficiales del Ejército.

Frente al modelo fascista algo aguado de Dollfuss existía en Austria un fascismo más específico, inspirado en el Führer alemán y en la superioridad de la raza germánica. Este movimiento fascista era anticlerical y postulaba el Anschluss territorial de Austria a Alemania. Además de estar escindido en dos corrientes, el fascismo austríaco no poseía la fuerza numérica del nacionalsocialismo. En las elecciones al Parlamento, en noviembre de 1930, la Heimwehr de Dollfuss había obtenido sólo ocho mandatos; los fascistas pro germánicos, ninguno. En los comicios celebrados en abril de 1932 en algunos distritos del país, los fascistas pudieron incrementar sus votos, pero continuaban constituyendo una minoría. En Viena, por ejemplo, los fascistas habían obtenido sólo 15 mandatos, por 66 la socialdemocracia.

Cuando Dollfuss, en marzo de 1933, inició su dictadura, la situación política de la nación era muy confusa. El Partido Socialdemócrata confiaba en poder salvar la continuidad de la República apoyando a Dollfuss en su lucha contra los nacionalsocialistas pro germánicos. Pero el canciller, que era

profundamente hostil a toda colaboración con la socialdemocracia, prosiguió su política autoritaria y buscó el apoyo de Mussolini. En el curso de 1933 Dollfuss y el Duce llegaron a un acuerdo de principio: Italia se comprometía a proteger a Austria a cambio de que Dollfuss destruyese al Partido Socialdemócrata e implantase el fascismo.

El Partido Socialdemócrata austríaco era uno de los mejor organizados y potentes del continente. Su número de afiliados se elevaba, en 1933, a 600.000, lo que, teniendo en cuenta el reducido volumen demográfico de Austria, constituía una cifra impresionante. A la inversa de lo que ocurría en otros países, el Partido Socialdemócrata austríaco dominaba totalmente a la clase obrera. El PC austríaco era una secta ridícula e insignificante, sin influencia ninguna, y no contaba con un solo representante ni en el Parlamento ni siquiera en el Consejo Municipal de Viena.

Teóricamente, la socialdemocracia austríaca había adoptado, dentro de la Internacional Socialista, una línea radical. En su Congreso de 1926, celebrado en Linz, el partido se había comprometido a defender la democracia contra el fascismo con las armas en la mano. Pero cuando llegó la hora de replicar con energía a las medidas anticonstitucionales de Dollfuss, los líderes socialdemócratas, encabezados por Otto Bauer, fueron víctimas de la más profunda indecisión. El Partido Socialdemócrata, temiendo que la resistencia activa contra Dollfuss desencadenaría una guerra civil, fue engullendo sin mover un solo dedo la política fascista de

Dollfuss. Su falta de decisión no hizo más que envalentonar a las fuerzas reaccionarias y precipitar el proceso de aniquilación democrática.

De marzo de 1933 hasta principios de 1934 Dollfuss eliminó paulatinamente las garantías constitucionales y los derechos políticos de la clase trabajadora y del Partido Socialdemócrata, pero sin recurrir al terror directo. A partir de finales de enero de 1934 el Gobierno empezó a hacer registros en los locales socialdemócratas y a detener a líderes obreros. Los fascistas pedían la destitución de los diversos gobiernos socialdemócratas existentes en algunas regiones. En Innsbruck, Linz, Graz y otras ciudades, las tropas nacionales ocuparon militarmente los edificios gubernamentales. A pesar de esta ofensiva contra la socialdemocracia, la presidencia del partido no se decidía todavía a dar la orden de pasar al contraataque. Pero en la noche del 11 de febrero un grupo de socialdemócratas del “Schutzbund” (Liga de Protección) respondió con las armas en la mano al intento de un grupo de fascistas de ocupar por la fuerza el local socialdemócrata de Linz. Al día siguiente era proclamada la huelga general contra el Gobierno. Los trabajadores, desmoralizados por la larga pasividad mostrada anteriormente por los dirigentes socialdemócratas, respondieron a la llamada con indiferencia y apatía. Otto Bauer, el líder de la socialdemocracia, cruzó pronto la frontera checoslovaca disfrazado. Sólo el Schutzbund aceptó la lucha abierta contra las tropas del Ejército y las

organizaciones fascistas. Sus miembros lucharon heroicamente en Viena, Linz y algunas ciudades de la Alta Estiria, pero tuvieron que sucumbir ante la superioridad numérica y técnica de las tropas regulares. A los tres días de lucha el Gobierno era amo de la situación. Durante los combates callejeros cayeron varios cientos de combatientes. Varios líderes del Schutzbund capturados por el Gobierno fueron ahorcados o ejecutados. “Koloman Wallisch y otros héroes de la Comuna vienesa –escribiría el marxista español Joaquín Maurín– han salvado el honor del socialismo europeo, muy comprometido por la capitulación alemana”<sup>416</sup>.

Ernst Fischer, testigo presencial de los acontecimientos, resumirá en sus Memorias: “Algunos miles de Schutzbündler luchando heroicamente y el fracaso político de todos los grupos de izquierda: ésa fue la situación de febrero de 1934”<sup>417</sup>.

El 14 de febrero de 1934, la *Pravda* de Moscú escribía: “La socialdemocracia austríaca preparó, como la alemana, el triunfo del fascismo, apoyando a todos los gobiernos reaccionarios y ayudándoles fielmente en su lucha contra los

---

416 Joaquín Maurin, *Révolution et contre-révolution en Espagne*, página 157, París, 1937.

417 Ernst Fischer, *Erinnerungen und Reflexionen*, pág. 278, Hamburgo, 1969.

elementos revolucionarios del movimiento obrero austríaco”<sup>418</sup>. Y en vista de que la socialdemocracia mundial reivindicada la resistencia ofrecida por el Schutzbund al fascismo austríaco, el estalinista Gottwald, líder de los comunistas checoslovacos, escribía: “Los partidos de la II Internacional intentan ahora sacar partido del proletariado austríaco, intentan con la sangre de éste lavar sus interminables traiciones”<sup>419</sup>.

### **III. EL FRENTE POPULAR EN FRANCIA: UN ENSAYO GENERAL**

El estalinista Jacques Duclos, resumiendo retrospectivamente años después los sucesos políticos ocurridos en Francia entre 1934 y 1935, escribiría: “Aleccionado por los trágicos acontecimientos de Alemania, el PC francés, recurriendo a procedimientos nuevos no adoptados anteriormente por ningún otro partido, hizo todo lo necesario para llevar a cabo la unión de todos los antifascistas, para aislar a los elementos de la gran burguesía que no disimulaban sus simpatías prohitlerianas. Es así que se constituyó el Frente Popular del pan, de la libertad y la

---

418 Citado en Rundschau, 15 febrero 1934.

419 Rundschau, 1 marzo 1934.

justicia...”<sup>420</sup> . La realidad transcurrió de manera muy distinta.

Sería erróneo suponer –como afirma Duclos falsificando los hechos– que tras la subida al poder de Hitler, el PCF y de los demás partidos comunistas adheridos a la Comintern se apresuraron a organizar un cinturón de defensa antifascista. Por el contrario, la primera reacción del Kremlin –y consiguientemente de la Comintern– fue de expectativa e indecisión. Stalin, que no se había liberado de sus concepciones vulgares y diletantes sobre el fascismo, creía todavía que Hitler era un simple instrumento de las oligarquías y de los círculos militares alemanes, lo que para él significaba que existía la posibilidad de que Hitler, pasado su primer acceso de fiebre anticomunista, comprendiese que los intereses de Alemania requerían una marcha en común entre Berlín y Moscú. Stalin tenía, en efecto, una fe pueril en los grupos de presión alemanes partidarios de buscar un entendimiento con la Unión Soviética, especialmente la Wehrmacht. De ahí que el dictador ruso, pasando por alto la represión nazi contra los comunistas alemanes, se esforzó desde el primer momento en cortejar al Führer. La actitud rusa quedó sobre todo subrayada en el discurso pronunciado por Molotov el 28 de diciembre de 1933 ante el Congreso de los Soviets, en el discurso pronunciado ante el mismo foro por el Comisario de la Narkomindel, Litvinov,

---

420 Jacques Duclos, *L’avenir de la démocratie*, pág. 112, París, 1962.

el 29 de diciembre de 1933 y por las declaraciones hechas por Stalin el 26 de enero de 1934 ante el XVII Congreso del PCUS.

El interés de Stalin en no malbaratar la posibilidad de llegar a un *modus vivendi* con Hitler, quedó expresado también en la actitud mantenida por el PC francés durante el período situado entre la subida de Hitler al poder y la firma del pacto entre Laval y Moscú. La línea táctica del PCF en esa breve fase es de suma importancia para analizar la política exterior del Kremlin, pues, después del hundimiento del movimiento comunista alemán, el PC francés era el único instrumento de cierto relieve de que Moscú disponía para orquestar sus maniobras político–diplomáticas.

El PC francés recibió instrucciones de Moscú de no adoptar una actitud agresiva con respecto a la Alemania nazi y de boicotear la reacción nacionalista surgida en Francia tras la subida al poder de Hitler. En ese período, la política del PC francés fue, en efecto, de clara hostilidad contra los sectores de opinión franceses que dándose cuenta de la naturaleza diabólica del nacionalsocialismo, indicaron la necesidad de intensificar la capacidad defensiva de Francia. El 4 de junio de 1933, Ramamond declaraba: “La burguesía pretende... arrastrar al proletariado a la guerra contra la “barbarie alemana”; es la vuelta a la maniobra de 1914 que tuvo un éxito admirable contra los obreros y los campesinos”<sup>421</sup>.

---

421 L’Humanité, 17 marzo 1935.



Thorez y los demás dirigentes del PC francés mantuvieron, tras la subida de Hitler al poder y la brutal represión de la Gestapo contra los comunistas alemanes, la misma política pro-alemana que habían preconizado antes del ascenso nazi. En sus puntos fundamentales, la política defendida por los comunistas franceses era la siguiente: anulación del Tratado de Versalles; cese de las reparaciones de la Alsacia y La Lorena para integrarse a Alemania; oposición al rearme francés y a los presupuestos de guerra y boicot general de la política de Defensa Nacional. La tesis del PC francés en este período era la de que el enemigo no se hallaba fuera, sino dentro de Francia, esto es, de que el enemigo no era el imperialismo racista de los nazis, sino el imperialismo de la burguesía francesa, que Thorez, siguiendo como un loro amaestrado los dictados de Moscú, calificaba de “gendarme de Europa”. Mientras el PCF multiplicaba los ataques contra el capitalismo y el militarismo francés, guardaba silencio sobre el peligro de la vesania nazi. El 15 de junio de 1934, Thorez declaraba ante la Cámara de Diputados: “Nosotros no queremos creer ni un solo momento en la Defensa Nacional. Nosotros comunistas seguimos ateniéndonos a la frase del Manifiesto Comunista de Marx: “Los proletarios no tienen patria”<sup>422</sup>.

Esta actitud derrotista, dictada por Moscú y aceptada servilmente por Thorez y sus correligionarios del Politburó,

---

422 Citado en *La trahison permanente*, de Maurice Ceyrat, página 29, París, 1948.

tampoco fue interrumpida en septiembre de 1934, al producirse el ingreso de Rusia en la Sociedad de Naciones y la creación de un Frente Popular entre comunistas y socialistas, lo que por sí solo indica que Stalin no había renunciado todavía a llegar a un acuerdo con Hitler.

Mientras Moscú, para seguir impresionando al Führer, preparaba el pacto con Laval (mayo de 1935), el PCF seguía gesticulando estúpidamente contra el rearme francés. Así, el 17 de marzo de 1935, André Marty escribía en *L'Humanité*: “Se nos dice hoy que un ataque de Hitler debe sublevar a todos los trabajadores de Francia, incluso a los comunistas. Este viejo estribillo lo oímos ya en 1914... Nuestro partido... el enemigo irreductible de la Defensa Nacional... pide a todas las organizaciones, a todos los militantes multiplicar sus esfuerzos contra... nuestro enemigo central: el imperialismo francés”<sup>423</sup>. Y el 30 de marzo de 1935, Thorez, que dos meses más tarde se convertiría en el más encendido de los patriotas, predicaba el boicot contra el Ejército: “Invitamos a nuestros seguidores a penetrar en el Ejército con el fin de cumplir el imperativo de la clase obrera, que es el de disgregar este Ejército”<sup>424</sup>.

Como veremos más adelante, este lenguaje antipatriótico y derrotista, iba a desaparecer inmediatamente cuando de golpe la prensa mundial anunció que la Unión Soviética

---

423 *L'Humanité*, 17 marzo 1935.

424 Ceyrat, *La trahison permanente*, obra cit., pág. 31.

apoyaba el plan de Defensa Nacional de la burguesía francesa.

Como en otros países, el apogeo del fascismo alemán – visible ya antes de la subida al poder de Hitler– había conducido en Francia a una radicalización de la situación política. Pero Francia, con más reservas revolucionarias que Alemania y que Austria, reaccionó al encumbramiento de Hitler con un giro hacia la izquierda. En mayo de 1932, el bloque electoral constituido por los socialistas y los radical-socialistas, obtenía una neta mayoría en el Parlamento. Dentro de la izquierda, sólo los comunistas perdieron posiciones.

En Francia existía, naturalmente, como en todas partes, un movimiento fascista, cuyos núcleos más importantes eran la “Croix de Feu”, dirigida por el coronel Casimir de la Rocque; la “Action Française”, de Charles Maurras y León Daudet; las “Jeunesses Patriotes”; los “Camelots du Roi”; la “Solidarité Française” y otros de menor importancia. Las fuerzas fascistas se sentían lo suficiente fuertes como para arriesgar una confrontación directa con el gobierno y esperaban la ocasión propicia para movilizar a sus miles y miles de militantes contra la coalición socialista–radical. El “affaire” Stavisky y la muerte del banquero en enero de 1930 fueron utilizados por la derecha para acusar al gobierno de corrupción y azuzar los ánimos de la opinión pública. La destitución del prefecto de policía de París, Jean Chiappe, un niño mimado de las derechas, constituyó la señal para una

acción masiva contra el gobierno. El 6 de febrero de 1934, varios miles de militantes y simpatizantes fascistas se congregaron en la Plaza de la Concordia al grito de “A bas les voleurs”, e intentaron más tarde romper el cordón de policía y asaltar el Palais Bourbon, donde se hallaba reunido el Parlamento. Los fascistas no estaban solos; su acción estaba apoyada indirectamente por el PC, que había dado a sus seguidores la orden de concentrarse también en la Plaza de la Concordia para protestar asimismo contra el gobierno. Las pancartas de los comunistas decían, como las de los fascistas: “Muera Daladier”. La única diferencia era que los comunistas añadían: “Les soviets partout”. La Guardia Móvil logró contener a los manifestantes. A consecuencia de los choques entre las fuerzas de orden y la turba fascista-comunista resultaron muertas 14 personas; el número de heridos se elevó a 1.300.

Eduardo Daladier (radical-socialista), impresionado por el acto de fuerza de “Action Française” y del PCF, presentó al día siguiente su dimisión como primer ministro. Albert Lebrun, el presidente de la República, nombró como sucesor suyo a Gastón Doumergue, que formó un gabinete de “Unión Nacional” apoyado por los representantes parlamentarios de la derecha.

Para borrar la penosa impresión dejada entre la población francesa por su ambigua actitud en la jornada del 6 de febrero, el PCF convocó una manifestación de protesta para el día 9 de febrero. Por su parte, la CGT y los socialistas

decidieron proclamar una huelga general para el día 12, con el doble objeto de preparar más concienzudamente la acción antifascista y de no ceder la iniciativa a los comunistas. La manifestación de protesta anunciada por el PC para el día 9 fue prohibida por el gobierno; a pesar de que el PC era demasiado débil para hacer frente a las fuerzas de orden, sus dirigentes dieron la orden de salir a la calle. “A pesar de la prohibición del gobierno –escribe el estalinista William Z. Foster– el PC organizó el 9 de febrero una manifestación antifascista monstruo, en la que resultaron muertos 10 obreros. Más de 40.000 soldados y policías intentaron en vano romper la manifestación”<sup>425</sup>.

A pesar de la manifestación del día 9, la actitud de los comunistas franceses con respecto al fascismo era idéntica a la que había adoptado en Alemania el KPD. Más que combatir al fascismo, el PC francés estaba sobre todo interesado en dirigir su lucha contra la socialdemocracia. La única figura comunista de relieve que se atrevió a proponer una política de alianza con los socialistas fue Jacques Doriot, el alcalde del barrio parisiense de Saint Denis. Doriot era, en aquellos momentos, la personalidad más destacada del PCF. Al día siguiente de la intentona fascista del 6 de febrero de 1934, Doriot inició una campaña violentísima contra el CC del Partido, acusándole de boicotear el frente único proletario y de negarse a entablar negociaciones con los jefes socialistas.

---

425 William Z. Foster, obra cit., pág. 384.

Al mismo tiempo, Doriot mandó una Memoria al CE de la IC y fundó el periódico *L'Emancipation*, en cuyas páginas el alcalde de St. Denis atacaba en los términos más duros la política sectaria de su Partido. El Buró Político del PCF y la Ejecutiva de Moscú intentaron convencer por todos los medios a Doriot de que pusiera fin a sus ataques contra la dirección del Partido, pero sin resultado alguno. Las repetidas invitaciones del CE de la IC para que Doriot se trasladase a Moscú con el objeto de discutir allí el problema creado por su actitud indócil, fueron desoídas por el líder comunista francés, que finalmente fue expulsado del Partido<sup>426</sup>.

En el curso de febrero, marzo, abril y mayo de 1934, los comunistas siguieron rechazando el frente único con los socialdemócratas. Aludiendo a los trágicos sucesos de 9 de febrero, B. Vaillant-Couturier afirmaba: “Nosotros no olvidamos que nuestros camaradas fueron muertos con munición comprada con los créditos votados por los diputados socialistas”<sup>427</sup>. Thorez escribía el 13 de abril: “Nosotros no queremos unirnos con la socialdemocracia. El fuego y el agua no pueden mezclarse”<sup>428</sup>. Pero mientras Thorez y sus correligionarios seguían recitando la vieja cantinela contra los socialdemócratas, el Kremlin había

---

426 Tras su expulsión, en junio de 1934, Doriot colaboró con la derecha, y más tarde con el fascismo, fundando el Parti Populaire Français.

427 *L'Humanité*, 15 febrero 1934.

428 *L'Humanité*, 13 abril 1934.

decidido ya un nuevo cambio de táctica, esta vez de 180 grados. En la primavera de 1934, Stalin se había convencido de la imposibilidad de llegar de momento a un acuerdo con Hitler, lo que le impulsó a buscar ahora una alianza con Francia y con las democracias occidentales. El encargado de anunciar al mundo la nueva política estaliniana fue Karl Radek, que después de su fase de estrecha colaboración con Trotsky y de su breve destierro en Siberia se había convertido en el consejero principal de Stalin en el campo de la política exterior. En una serie de artículos aparecidos en la *Pravda* y en *Izvestia*, Radek procedió a un circunstanciado análisis de la nueva situación internacional creada por el auge del fascismo, cuya tesis básica era la de que Alemania y el Japón aspiraban a un nuevo reparto del mundo y preparaban una lucha dirigida contra la Unión Soviética, contra Francia, Polonia, Checoslovaquia, Rumania y los países bálticos, a la vez que contra China y los Estados Unidos de América.

Mientras Radek informaba a las cancillerías extranjeras a través de la *Pravda* y de *Izvestia* (que ahora dirigía Bujarin), que la Unión Soviética había decidido abandonar su vieja política pro-germánica, Stalin ordenó a Manuilsky que preparase a la Comintern para una etapa de colaboración con la socialdemocracia. Manuilsky, que favorecía personalmente la nueva línea –en contra de Bela Kun, Piatnitski y otros dirigentes–, decidió elegir al PC francés para el primer ensayo general del Frente Popular. En mayo de 1934, el jefe

de la IC llamó a Albert Vassart –representante del PC francés en Moscú– y le dijo: “Es preciso elaborar una nueva política para la Conferencia de junio del PC francés”<sup>429</sup>. Vassart recibió el encargo de redactar en seguida un documento destinado a servir de base programático–táctica para la nueva política del Frente Popular.

Cuando el 23 de junio de 1934 el PC francés se reunió en Ivry para celebrar su Conferencia Nacional, Thorez tenía en sus manos ya las nuevas instrucciones elaboradas por Vassart bajo la supervisión de Manuisky: “Nosotros –anunció Thorez–, queremos realizar a toda costa la unión con los obreros socialistas contra el fascismo”<sup>430</sup>. El jefe del PC francés declaró que su partido estaba interesado en constituir un frente único con los socialistas y los sindicatos con el objeto de luchar conjuntamente contra el fascismo. En tanto se gestionara la firma del pacto, declaró Thorez, el PC se comprometía a suspender sus ataques contra la socialdemocracia: “Nosotros, el PC, estamos dispuestos a renunciar a toda crítica... Ninguno de nuestros oradores, ninguno de nuestros redactores... dirigirá el menor ataque contra el Partido Socialista y sus dirigentes”<sup>431</sup>.

En las semanas que siguieron a la Conferencia Nacional de

---

429 Celie and Albert Vassart, *The Moscow Origin*, obra cit., página 246.

430 Gérard Walter, *Histoire du Parti Communiste Français*, obra citada, pág. 275.

431 *Cahiers du Bolchevisme*, 1 julio 1934.



Ivry, se produjo una ola de fraternización entre las masas socialistas y comunistas. En los mítines y actos de propaganda organizados por las federaciones locales de ambos partidos, los oradores eran acogidos con muestras de delirante entusiasmo. “La consigna de unidad de acción ha entrado en los corazones, en los cerebros” declaraba el 2 de julio Duclos haciéndose eco del estado de ánimo general<sup>432</sup>. El deseo de unidad entre los militantes de dos partidos que se habían combatido con el más profundo odio durante años y años era expresión, más que de una reconciliación íntima, del miedo colectivo ante la amenaza hitleriana. La unidad venía a convertirse en una especie de amuleto contra el pánico interior del pueblo francés.

El 27 de julio de 1934, el PC y el Partido Socialista firmaban oficialmente un pacto de no agresión y nombraban una comisión paritaria compuesta de 14 miembros, encargada de organizar y dirigir en común manifestaciones y acciones de carácter antifascista. Con ello quedaba sellada la nueva línea de la Comintern. La ceremonia de reconciliación entre los comunistas y los viejos “socialfascistas” tuvo lugar en un restaurante del Bulevar du Temple. Por el PC asistieron Thorez, Duclos, Gitton, Soupé y Martel; por los socialistas, Zyromski, Sévérac, Lebas y otras figuras de segunda fila. Blum, Faure y las grandes “primadonnas” socialdemócratas consideraron oportuno no dejarse ver, sin duda para

ahorrarse la penosa comedia de estrechar la mano a sus antiguos rivales.

Apenas formalizada la “entente cordiale” con los socialistas, el PC empezó a preparar el terreno para el establecimiento de un “frente popular” incluyendo a todas las fuerzas no específicamente fascistas, es decir, a los radicales, socialistas de derecha, “neo-socialistas”, trotskistas, demócratas y liberales. El calificativo de “frente popular” como etiqueta para el nuevo movimiento fue empleado por primera vez por Thorez el 9 de octubre de 1934 en un mitin celebrado en Bullier. Ese mismo día, los representantes del PC francés en el Comité de Coordinación comunista-socialista propusieron la elaboración de una plataforma que posibilitase la creación de un frente popular de todas las fuerzas antifascistas<sup>433</sup>. Bajo la fórmula de “frente popular de la libertad, del trabajo y de la paz” se escondía el plan de la Comintern de renunciar a toda política anticapitalista y revolucionaria y de establecer una alianza con las fuerzas burguesas con el exclusivo objeto de detener el avance del fascismo en Europa y de facilitar el cerco diplomático y militar contra Hitler. En esta nueva operación táctica de Stalin, la socialdemocracia jugaba el papel de

---

433 El término de «Frente Popular» no procedía de Thorez, sino de Albert Vassart, el representante del PCF en la Comintern. Por sus reminiscencias filológicas con la Narodnaia Volia –el antiguo movimiento de los social-revolucionarios rusos–, el Kremlin acogió al principio con disgusto la expresión de «Front Populaire», hasta que un filólogo ruso estableció las diferencias de matiz existentes entre ambas expresiones.

trampolín entre los partidos comunistas y los gobiernos burgueses.

La nueva línea, impuesta por el desarrollo de la política internacional, era más realista que la seguida por el Kremlin en el período situado entre 1929–1933, y tenía por ello más posibilidades de éxito. Su único defecto era el de que llegaba con cuatro años de retraso, es decir, cuando Hitler se hallaba ya en el poder. Mientras el pacto de unidad era considerado como algo espontáneo y sincero por parte de las masas trabajadoras y de la militancia comunista y socialdemócrata de base, Stalin lo consideraba como un simple medio para afrontar momentáneamente una situación delicada: la amenaza del fascismo, especialmente del alemán. El móvil básico de Moscú no era, en modo alguno, el de combatir más eficazmente el fascismo, sino el de impedir que el fascismo internacional estuviese en condiciones de atacar con éxito a la Unión Soviética. El fascismo en sí era para Stalin una cuestión secundaria y existía sólo en la medida en que significaba un peligro para su país. De ahí que el Frente Popular llevase ya en su seno el estigma de la traición. Que la súbita alianza con la socialdemocracia y la burguesía antifascista era una simple maniobra de Stalin, era naturalmente algo difícil de adivinar en 1934. Habrían de transcurrir cinco años para que Stalin se quitase la careta y quedase descubierta su trampa.

El establecimiento de un frente popular con la inclusión de

los partidos demócrata–burgueses fue favorecido en noviembre de 1934 por la caída del gobierno Doumerge y la subida al poder de un gabinete radical–izquierdista presidido por Etienne Flandin. Presionados por los comunistas, los socialistas se comprometieron a tolerar parcialmente el nuevo gobierno, aunque rechazaban una alianza con los radicales. La situación política creada en Francia por la nueva línea de la Comintern no podía ser más grotesca: el PC había asumido ahora el ultraderechismo postulado un año antes por Renaudel, mientras que los socialistas se resistían a apoyar a los partidos burgueses. Los socialistas empezaron a darse cuenta de que el interés de Moscú no era en última instancia el de hacer las paces con ellos, sino únicamente el de utilizarles como vehículo para una alianza con las fuerzas burguesas de la nación, es decir, con el capitalismo y el militarismo franceses.

El proceso de acercamiento entre Moscú y la burguesía francesa culminó en el Pacto de ayuda mutua firmado el 2 de mayo de 1935 entre el ministro de Asuntos Exteriores, Pierre Laval, y el embajador ruso en París, V. P. Potemkin. A la firma del pacto siguió la visita de Laval a Moscú, en el curso de la cual Stalin y Molotov dieron su absoluta bendición a la política militar francesa. En la declaración conjunta publicada con motivo de la firma del pacto, Rusia manifestó aprobar “plenamente la política de defensa nacional realizada por Francia para mantener sus fuerzas armadas al

nivel de su seguridad”<sup>434</sup>. La nueva alianza entre Francia y la Unión Soviética, que había sido precedida ya por el ingreso de Moscú a la Sociedad de Naciones (septiembre de 1934), quedó ampliada el 16 de mayo de 1935 por la firma de un pacto de ayuda mutua entre Checoslovaquia y Rusia. Dos años antes, *L’Humanité* pontificaba todavía: “Lo que debemos proclamar con vigor es que la URSS no tiene ni puede tener aliados dentro del mundo capitalista”<sup>435</sup>.

La publicación del comunicado oficial sobre la estancia de Laval en Moscú causó un profundo malestar en el seno del movimiento socialista. Trotsky, que se hallaba en ese momento exilado en Francia, anotaba en su Diario: “El comunicado de 15 de mayo es un documento histórico traidor, en el verdadero sentido de la palabra”<sup>436</sup>. Aunque en la indignación de la izquierda había un fondo de hipocresía e insinceridad (¿qué otra cosa podía hacer Francia sino armarse contra el peligro nazi?), no es menos cierto que la súbita identificación de Moscú con un Estado capitalista–burgués significaba el abandono de los postulados socialistas y comunistas con respecto al problema de la guerra y del rearme. De acuerdo con el marxismo clásico y el internacionalismo revolucionario, el proletariado estaba obligado a combatir los programas militaristas de toda potencia capitalista y a ver

---

434 *L’Humanité*, 16 mayo 1935.

435 *L’Humanité*, 17 julio 1933.

436 Trotsky, *Tagebuch im Exil*, obra cit., pág. 159.

en ellos la expresión de una dictadura de la clase burguesa. El objetivo de la clase obrera no era el de apoyar a los gobiernos burgueses en sus recíprocas querellas y conflictos, sino el de destruirlos precisamente para que cesasen las guerras entre los pueblos. ¿No había fundado Lenin la III Internacional porque los partidos socialdemócratas y marxistas de la II Internacional no habían sido capaces de impedir la I Guerra Mundial? Pero todavía en vida de Lenin, en el IV Congreso de la Comintern exactamente –como militares entre la Unión Soviética y países burgueses amigos hemos visto– Bujarin anunció que la firma de tratados no solamente no constituía una traición al internacionalismo proletario y a la revolución, sino que dichos convenios contribuían a reforzar al “gran país del socialismo” y, por tanto, debían ser apoyados por la clase obrera de los países capitalistas. Al firmar el pacto con Laval y dar su visto bueno al programa de defensa nacional de Francia, Stalin no hacía pues otra cosa que aplicar las tesis anunciadas por Bujarin en el IV Congreso. ¿No había Lenin, tras la firma del tratado de Rapallo, favorecido también el rearme de un Estado alemán tan burgués y capitalista como la Francia de 1935? Si ahora la posible víctima era Francia y no Alemania, ¿por qué no debía la Unión Soviética aliarse con la burguesía francesa? Al recomendar a Francia que se protegiese contra una posible agresión nazi, Stalin mostraba más realismo que los líderes socialistas e izquierdistas que creían poder realizar una política anticapitalista con el peligro nazi “ante portas”. Lo censurable en Stalin era algo que entonces no se

podía prever: su propósito de utilizar el Frente Popular como una simple maniobra táctica frente a Hitler y no como la base de una auténtica cruzada antifascista.

Tras la firma del pacto de ayuda mutua entre París y Moscú, la prensa comunista francesa inició en seguida una campaña patriótica, idéntica a la que desarrollaron en 1914 los socialdemócratas alemanes de derecha. El Frente Popular siguió desarrollándose cada vez con más potencia y contribuyó en gran manera a consolidar la maltrecha posición política del PC francés. En las elecciones municipales de mayo–junio de 1935, el PC obtuvo un gran éxito, el 14 de julio de 1935, todas las fuerzas de izquierda del país organizaron una manifestación monstruo por las calles de París. Medio millón de comunistas, socialistas, sindicalistas, radicales y antifascistas desfilaron al son de la Internacional y la Marsellesa, enarbolando banderas rojas y tricolores. Daladier, Léon Blum y Thorez encabezaron la manifestación antifascista, en la que tomaron parte intelectuales y científicos como André Gide, Picasso, Marie Joliot–Curie, Alain, Romain Rolland y muchos otros.

El 17 de abril de 1936, Thorez pronunció una alocución radiofónica desde los micrófonos de Radio París proponiendo a los católicos franceses incorporarse al Frente Popular antifascista establecido anteriormente por comunistas, socialistas y radicales: “Nosotros te tendemos la mano, católico”, dijo el jefe comunista movilizándolo sus mejores registros sentimentales. El llamamiento de Thorez,

que provocó los más sarcásticos comentarios por parte de la prensa de izquierda no comunista, condujo a cierta fraternización entre algunas organizaciones comunistas y católicas, especialmente entre la Juventud Comunista y las Juventudes Obreras Cristianas (JOC), hasta que la intervención de las altas autoridades eclesiásticas y del Papa puso fin al flirt.

#### **IV. EL VII CONGRESO DE LA COMINTERN. DIMITROV, SÍMBOLO DEL ANTIFASCISMO. LA CONSAGRACIÓN OFICIAL DEL FRENTE POPULAR**

En abril de 1935, Trotsky, desde su solitario exilio francés, anotaba: “Para la causa de la revolución hubiera sido en último término una gran ganancia si Stalin se hubiese comprometido tácitamente a disolver la Comintern. Pero ello habría significado al mismo tiempo una prueba irrefutable de la ruptura definitiva entre la burocracia soviética y el proletariado mundial” <sup>437</sup> . Pero Stalin tenía en esos momentos motivos poderosos para mantener en vida a la IC. En contra del Comisario de Asuntos Exteriores, Litvinov, que

---

437 Ibid., pág. 84.



consideraba la Comintern como un serio obstáculo para la Narkomindel, Stalin veía en ella un cómodo instrumento para orquestar a nivel mundial la política exterior rusa.

La misión de la Comintern era ahora la de dar una proyección internacional y un carácter oficial al Frente Popular, cuyo ensayo general había tenido lugar en Francia. Para dar un perfil solemne a la nueva línea, Stalin convocó el VII Congreso Mundial de la Comintern, que se celebró en Moscú entre el 25 de julio y el 20 de agosto de 1935, con asistencia de 510 delegados representando a 65 partidos comunistas. Entre los delegados se hallaban José Díaz y Dolores Ibárruri por el PC de España y el ex anarquista Arlandis por el PC de Cataluña.

El VIII Congreso estuvo dominado por la figura de Georges Dimitrov. La elección de un búlgaro para representar, de puertas afuera, a la Comintern, no era casual: por su condición de extranjero, Dimitrov aportaba a su jefatura un sello internacionalista. Este factor psicológico no carecía de importancia en un momento en que la IC estaba totalmente bolchevizada y no representaba sino los intereses específicos de la política exterior rusa.

Georges Dimitrov aparecía rodeado de la aureola del revolucionario profesional y del héroe comunista. Nacido en 1882 en el seno de una familia proletaria, el nuevo jefe de la Comintern había respirado desde niño la atmósfera revolucionaria. Sus primeras actividades políticas las desarrolló

en el sindicato de Artes Gráficas de su país, del que fue elegido secretario a los 18 años. En 1902 ingresó en el Partido Socialdemócrata búlgaro, militando en el ala izquierda. Un año más tarde fue nombrado secretario de los llamados “socialistas estrechos” (tesni), grupo del que saldría, en 1919 el Partido Comunista de Bulgaria. En 1913 fue elegido diputado en el Parlamento. En 1920 Dimitrov se trasladó a Moscú para asistir, como delegado de su país, al II Congreso de la Comintern, en cuya ocasión conoció a Lenin y demás líderes bolcheviques. A partir de 1923, fecha en que se vio obligado a abandonar su patria, Dimitrov llevó la típica existencia del revolucionario profesional al servicio de la Comintern, de cuyo Comité Ejecutivo había formado parte en calidad de jefe del Buró Balcánico y, más tarde, del Buró de la Europa Occidental.

Dimitrov pasó a convertirse en una gran figura popular a raíz del proceso celebrado contra él en Leipzig con motivo del incendio del Reichstag. Acusado de haber sido el promotor del siniestro, el revolucionario búlgaro rechazó con gran energía y elocuencia las acusaciones del tribunal, que no pudo demostrar su culpabilidad. En su primera intervención durante el proceso, Dimitrov declaró: “Es exacto que soy un bolchevique, un revolucionario proletario. Es también cierto que, en mi calidad de miembro del Comité Central del Partido Comunista búlgaro y de miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, soy un dirigente y un elemento responsable. Es por ello

precisamente que no soy ni un aventurero, ni un terrorista, ni un conspirador, ni un incendiario”<sup>438</sup>. Dimitrov renunció a ser defendido por un abogado profesional y asumió personalmente su defensa: “Yo defiendo mi honor político, mi honor de revolucionario. Defiendo mis ideas, mis convicciones comunistas. Defiendo el sentido y el contenido de mi vida”<sup>439</sup>.

De acuerdo con Richard Krebs (“Jan Valtin”), el proceso de Leipzig contra Dimitrov y los demás acusados comunistas había sido una comedia escenificada conjuntamente por la Gestapo y la GPU. Stalin, que temía que el antiguo jefe del Buró de la Europa Occidental no resistiese a los interrogatorios de la Gestapo y traicionase los métodos de trabajo de la IC, propuso a las autoridades alemanas canjear a Dimitrov por tres oficiales alemanes detenidos por la GPU en el suelo ruso. Las negociaciones se llevaron a cabo por mediación del consulado soviético en Copenhagen y de una hermana de Dimitrov. Antes de que la GPU intercediera a su favor, Dimitrov estuvo sometido a los habituales métodos empleados por la Gestapo para hacer confesar a sus víctimas. Richard Krebs escribe: “Ante el empleo de la fuerza, Dimitrov se había mostrado menos firme que muchos de los camaradas a su mando. Dimitrov confió a la

---

438 Dimitrov, *Oeuvres choisies*, págs. XIV–XV, París, 1952.

439 *Ibid.*, pág. 2.

Gestapo las señas de un matrimonio que le había dado alojamiento; ambos intentaron impedir la detención por la Gestapo cometiendo suicidio. Se cortaron las venas, pero los esbirros nazis pudieron trasladarles a tiempo a un hospital. Asimismo, Dimitrov reveló a la Gestapo el nombre y la dirección de su amante, Annie Krüger. Su mujer murió de pronto, en circunstancias que hasta ahora siguen siendo un enigma; ello ocurría en mayo de 1933, cuando Dimitrov se hallaba en la cárcel esperando el proceso”<sup>440</sup>.

La versión de Richard Krebs sería confirmada también por Ruth Fischer: “Mientras el proceso se hallaba en marcha, me encontré en París con dos testigos importantes: Wilhelm Pieck... y María Reese, una diputada comunista por el Reichstag e íntima amiga de Torgler... Ambos me contaron, independientemente uno del otro, la misma historia, a saber, que Dimitrov, antes de levantarse para pronunciar su valiente discurso final en la sala del tribunal, conocía ya el acuerdo secreto entre la GPU y la Gestapo para ponerle en libertad. En este convenio estaban incluidos los otros dos búlgaros, pero no Torgler y van der Lubbe”<sup>441</sup>. Una opinión parecida expresó el líder del Independent Labour Party, B. Bob Edwards, que en 1947 tuvo ocasión de discutir el trasfondo del proceso de Leipzig con Torgler, el antiguo jefe de la fracción parlamentaria del PC alemán en el Reichstag:

---

440 Jan Valtin, obra cit., pág. 396.

441 Ruth Fischer, obra cit., págs. 375–376.

“Torgler sostuvo en mi presencia que Dimitrov parecía estar enterado de un convenio establecido entre Moscú y Berlín... Dijo que Dimitrov mostró inesperadamente una valentía extraordinaria, esperaba el proceso con el mejor humor y con optimismo y no dudaba un sólo momento que se le pondría en libertad y se le declararía inocente. Dimitrov era tratado con gran respeto por los funcionarios de la cárcel y gozaba de privilegios que no eran concedidos a ningún otro recluso; podía recibir visitas, preparar su defensa, comía bien y, a la inversa de los otros presos, no estaba atado con cadenas”<sup>442</sup>. De acuerdo con el testimonio del entonces Oberregierungsrat de la Policía, Rudolf Diels, Dimitrov fue puesto en libertad por orden del Führer, que, con esta decisión, quería hacerle una mala pasada a Göring, el gran rival de Dimitrov en el proceso, y al mismo tiempo demostrar a los rusos que podía permitirse el lujo de prescindir de un agente de la Comintern. La propuesta de Diels –hacer un canje entre Dimitrov y algunos alemanes detenidos por la GPU– fue rechazada por Hitler: “No. Esto estropearía del todo los resultados de mi intención. No quiero ninguna compensación. Puedo permitirme el lujo de regalar a los rusos a ese tipo sin avisarles y sin recibir nada a cambio. Me gustaría ver la cara que ponen los rusos cuando llegue mañana por la tarde a Moscú”<sup>443</sup>. Margarete Buber-Neumann, que conocía bien a Dimitrov por haberle tenido

---

442 News Chronicle, 11 julio 1949.

443 Rudolf Diels, *Lucifer ante portas*, págs. 268–270, Zurich, 1949.

alojado en la década del veinte varios meses en su casa, diría sobre él: “Era el clásico tipo del mujeriego, un tipo alegre que amaba todos los aspectos agradables de la vida y sobre todo las mujeres... Es posible que antes de haber pronunciado su valeroso discurso final ante el tribunal, Dimitrov estuviese enterado ya de que existía un acuerdo secreto entre la Gestapo y la GPU..., pero a pesar de ello su actitud fue digna de admiración”<sup>444</sup>. Los delegados asistentes al VII Congreso de la Comintern ignoraban naturalmente en su gran mayoría que la conducta viril y heroica de Dimitrov ante el tribunal de Leipzig había formado probablemente parte de una componenda entre la Gestapo y la GPU. A sus ojos, el líder búlgaro era un héroe que había sabido salir triunfante de la Justicia nazi. No puede sorprender pues que las intervenciones de Dimitrov en el Congreso fuesen acogidas invariablemente con grandes aplausos. Durante la sesión de clausura, el 20 de agosto, el delegado alemán Weber subió al estrado de los oradores y entregó un álbum a Dimitrov: “Camarada Dimitrov –le dijo–; en nombre de la delegación del Partido Comunista alemán te entrego este libro, que constituye la gesta de los luchadores revolucionarios alemanes. Fuiste tú precisamente quien gracias a tu conducta en el proceso de Leipzig... diste un ejemplo al Partido Comunista alemán...”<sup>445</sup>. Dimitrov, emocionado,

---

444 Margarete Buber–Neumann, obra cit., págs. 142–146.

445 VII Weltkongress der Kommunistischer Internationale. Resolutionen und Beschlüsse, pág. 6, Strasburgo.

abrazó al delegado alemán; las actas del congreso anotan: “Aplausos tempestuosos, vítores, vivas de los delegados.”

Uno de los objetivos básicos del VII Congreso fue el de anatemizar el fascismo y desenmascarar su verdadero significado histórico: “La variedad más reaccionaria del fascismo –dijo Dimitrov– es el fascismo de tipo alemán, que se intitula impúdicamente nacionalsocialismo sin tener nada en común con el socialismo. El fascismo hitleriano no es solamente un nacionalismo burgués, es un chovinismo bestial. Es un sistema gubernamental de bandidismo político, un sistema de provocación y de torturas con respecto a la clase obrera y a los elementos revolucionarios del campesinado, de la pequeña burguesía y de los intelectuales. Es la barbarie medieval y el salvajismo”<sup>446</sup>. Falsificando esencialmente los hechos, Dimitrov no vaciló en hacer responsable a la socialdemocracia del advenimiento del fascismo: “El fascismo ha podido subir al poder ante todo porque la clase obrera, a consecuencia de la política de colaboración de clase con la burguesía practicada por los jefes de la socialdemocracia, se hallaba escindida, desarmada ante la agresión de la burguesía, tanto en el plano político como de organización”<sup>447</sup>. El nuevo jefe de la Comintern se vio de todos modos obligado a admitir públicamente los errores cometidos por los partidos comunistas, errores que han

---

446 Dimitrov, obra cit., pág. 39.

447 Ibid., pág. 47.

frenado nuestra lucha contra el fascismo. Existía en nuestras filas una subestimación inadmisibles del peligro fascista, subestimación que hasta ahora no ha sido liquidada del todo... En varios países, la necesidad de desplegar la lucha de masas contra el fascismo era sustituida por razonamientos estériles sobre el carácter del fascismo “en general” y por una estrechez sectaria por lo que concierne a la manera de plantear y resolver las tareas políticas actuales del partido”<sup>448</sup>.

Partiendo del supuesto que la lucha contra el fascismo era la tarea primordial del movimiento comunista y que éste era demasiado débil para acometer por sí solo esta empresa, el VII Congreso condenó el sectarismo ultraizquierdista y señaló la necesidad de que los partidos comunistas uniesen sus fuerzas a las de los demás partidos obreros: “Lo primero que hay que hacer... es realizar el frente único, establecer la unidad de acción de los obreros en cada empresa, en cada zona, en cada región, en cada país, en el mundo entero”<sup>449</sup>. Lo más importante no era ya, como en el período leninista, la formación de movimientos comunistas tajantemente diferenciados de otros sectores del proletariado y del socialismo, sino, a la inversa, la transformación de los partidos comunistas en banderines de enganche agrupando

---

448 Ibid., págs. 51–52.

449 Ibid., pág. 58.



en su seno a todos los grupos sociales y a todos los países opuestos al fascismo. La tarea más urgente no era ahora la de mantener la pureza ideológica del comunismo, sino la de movilizar cuantitativamente a las masas obreras, socialdemócratas y liberales de todo el mundo. De lo que se trataba no era de hacer la revolución, sino de defender la democracia capitalista frente a la amenaza del fascismo: “Defendemos y defenderemos palmo a palmo, en los países capitalistas, las libertades democráticas burguesas contra las que atenta el fascismo y la reacción burguesa”, proclamó Dimitrov en el VII Congreso<sup>450</sup>. Frente al VI Congreso –celebrado siete años antes–, que había adoptado una táctica ofensiva, revolucionaria e izquierdista, el VII Congreso adoptó una línea defensiva, antirrevolucionaria y derechista. El establecimiento de una alianza con la socialdemocracia y con los estados democráticos–capitalistas significaba, además, la confirmación del aislamiento comunista anterior y su incapacidad radical para hacer frente al fascismo. El rotundo fracaso de la táctica seguida por la Comintern (es decir, por Stalin) durante la fase de encumbramiento del fascismo fue justificado por el sectarismo de los mandos responsables: “Este sectarismo, que sobreestimó el grado de revolucionización de las masas y que dio pasto a la ilusión de que se había logrado ya detener el avance del fascismo cuando éste seguía ascendiendo, fomentó en realidad la pasividad frente al fascismo. Este sectarismo paralizó en

---

450 Ibid., pág. 61.

gran manera el crecimiento de los partidos comunistas, dificultó la realización de una verdadera política de masas... e impidió que los partidos comunistas conquistasen a grandes sectores de las masas proletarias”<sup>451</sup>.

Para tranquilizar la conciencia de los militantes comunistas que hubieran podido resistirse a participar activamente en los preparativos de defensa de las potencias capitalistas, la Comintern condenó en el VII Congreso como de “anarcosindicalista” el intento de boicotear la guerra, el negarse a hacer el servicio militar, el boicotear la movilización general y el ejercer sabotaje contra la producción de armamentos. Es decir, los anarcosindicalistas se convertían de pronto en los chivos expiatorios y en los exponentes de una política que poco antes habían practicado de nuevo durante la fase de alianza entre Hitler y Stalin, entre agosto de 1939 y junio de 1941. Para facilitar la colaboración entre Francia y la Unión Soviética, el VII Congreso abandonó tácitamente la tesis sobre el carácter imperialista e injusto del Tratado de Versailles, tesis que había constituido uno de los pilares básicos de la Comintern desde la firma del tratado de Rapallo (1922) hasta 1934.

De la misma manera que Francia ocupaba ahora el puesto que en los quince años anteriores había ocupado Alemania en la política exterior soviética, el PCF pasó a convertirse, a partir del VII Congreso, en el partido–piloto de la Comintern.

---

451 VII Weltkongress, obra cit., pág. 34.

Esta transición de Berlín a París fue subrayada más de una vez durante los debates y discursos del Congreso: “El mérito del Partido Comunista francés –afirmó Dimitrov– consiste en haber comprendido lo que se debe hacer hoy, en no haber prestado atención a los sectarios que zarandeaban al partido de un lado a otro e impedían la realización del frente único contra el fascismo; en haber preparado audazmente y al estilo bolchevique, a través del pacto con el Partido Socialista sobre acciones comunes, el frente único del proletariado como base para el establecimiento del inminente frente popular antifascista. A través de esta labor, que sirve a los intereses vitales de todos los obreros, los trabajadores, comunistas y socialistas franceses, el movimiento obrero francés pasa a ocupar de nuevo el primer puesto, el puesto dirigente en la Europa capitalista, mostrando que es digno sucesor de los comuneros y portador del glorioso legado de la Comuna de París”<sup>452</sup>. Dimitrov se cuidó naturalmente muy bien de decir que al iniciar la táctica del frente popular, el PCF, más que seguir una iniciativa propia, se había limitado a obedecer las órdenes de Moscú con el mismo servilismo que antes había obedecido la línea sectarista del VI Congreso, táctica que le había llevado al borde de la ruina.

Otra de las tareas básicas del VII Congreso fue la de consagrar y formalizar ante la opinión pública mundial el

---

452 Ibid., pág. 4.

poder militar e industrial de la Unión Soviética. La propagación de esta tesis perseguía el objeto de intimidar a las potencias fascistas –especialmente Alemania– y de impresionar a las democracias capitalistas, en particular Francia e Inglaterra.

Asimismo, el de convertir el supuesto poderío de la Unión Soviética en un factor primario del movimiento revolucionario mundial. Los términos se habían invertido: si en la época leninista–trotskista de la Comintern, la suerte de la revolución rusa había dependido, en lo esencial, de la acción revolucionaria de los partidos comunistas europeos, a partir de ahora, la acción revolucionaria de estos partidos dependía de Rusia. Como diría Dimitrov: “El proletariado mundial no cuenta ahora, en su lucha contra la guerra, solamente con las armas de su acción de masas, como en 1914.

La lucha de masas de la clase trabajadora internacional contra la guerra se combina ahora con la influencia del Estado de la Unión Soviética, con su poderoso Ejército Rojo como el más importante vigía de la paz”<sup>453</sup>. En su ponencia, Manuisky se encargó de dar cuenta del éxito obtenido por el primer Plan Quinquenal. Los párrafos ditirámicos y untuosos utilizados por Manuisky y otros delegados para describir los “logros” de la Unión Soviética, estaban destinados a inaugurar la leyenda del “paraíso soviético” y a

---

453 *ibid.*, pág. 6.

encubrir, por medio de la propaganda y la mentira consciente, el régimen de terror reinante en el país. Esta propaganda, que por su cinismo recordaba el estilo de Goebbels, perseguía además el objeto de convencer a los obreros de todo el mundo de que la Unión Soviética constituía una fortaleza inexpugnable del socialismo, un ejemplo que debía ser imitado por todo el proletariado mundial.

El ensalzamiento desmesurado de la Unión Soviética tenía que fomentar, indirectamente, una mentalidad mimética entre los militantes comunistas y obreros en general.

La lucha contra el capitalismo no debía tener como motivo básico la voluntad revolucionaria y la indignación contra la injusticia, sino que había de partir de la admiración hacia la Unión Soviética.

Ser revolucionario no consistía ya en luchar consecuentemente contra el fascismo y el capitalismo, sino ante todo en reconocer como modelo de conducta a la Unión Soviética. La lucha revolucionaria pasaba por ello a convertirse en lucha contrarrevolucionaria, en traición o en trotskismo si no empezaba a reconocer como sacrosanta la autoridad rusa.

Detrás de la fachada propagandística y apologética del VII Congreso no se escondía solamente el servilismo de los delegados, sino que esta sacralización de Stalin y de Rusia era la expresión de una táctica concreta: la canonización de

Moscú como la tierra prometida del proletariado mundial y la entronización definitiva del estalinismo como panacea única para la salvación del mundo. Para que no hubiera lugar a dudas, Dimitrov se encargó, en su discurso de clausura de advertir a los posibles reticentes o desviacionistas: “En nuestras filas no puede haber sitio para fracciones, para maquinaciones fraccionales. Quien intente dañar la unidad férrea de nuestras filas por medio de cualquier maquinación fraccional, experimentará en su propia carne lo que significa la disciplina bolchevique”<sup>454</sup>.

A pesar de que las tesis adoptadas por el VII Congreso implicaban el fracaso total de la táctica adoptada por la Comintern en el período anterior, no hubo una sola voz que se levantase para pedir responsabilidades a Stalin. Al contrario: el dictador fue objeto de un simiesco e indigno culto personal. Ninguno de los oradores olvidó mencionar su nombre junto al de Marx, Engels y Lenin. El escritor austríaco Ernst Fischer, entonces un estalinista fervoroso, recordará en sus Memorias. “Las ovaciones tributadas a Stalin eran una mezcla de entusiasmo e histeria. Algunos de los que aplaudían, temblaban”<sup>455</sup>.

El grado de bolchevización alcanzado por la Comintern se puso también de manifiesto al procederse a la elección de

---

454 Ibid., pág. 11.

455 Ernst Fischer, obra cit., pág. 333.

consumados estalinistas para ocupar los cargos de los órganos dirigentes. Como secretario general fue elegido Dimitrov. (El puesto de presidente había sido abolido tras el cese de Bujarin.) Como demás miembros del Secretariado fueron nombrados: Manuisky, Togliatti, Pieck, Kuusinen, Marty y Gottwald. Entre los 19 miembros del presidium se contaban, además de los siete miembros del Secretariado, consumados estalinistas como Cachin, Thorez, William Z. Foster, Florin, Kolarov y otros. Un semillero de estalinistas era también el nuevo Comité Ejecutivo, entre cuyos 47 miembros se hallaban Duclos, José Díaz, Rakosi, Luis Carlos Prestes, Mao Tse-Tung, Chu En-lai. El siniestro Walter Ulbricht y la española Dolores Ibárruri tuvieron que contentarse de momento con el puesto de suplentes.

En el aspecto cuantitativo, el VII Congreso representó un progreso con respecto al VI Congreso. La mayoría de partidos comunistas había logrado superar el aislamiento anterior y aumentado su contingente de militantes.

De todos los partidos representados en el Congreso, sólo veinte podían actuar legalmente; el resto (45) actuaba en la clandestinidad. En conjunto, Stalin tenía razones para sentirse satisfecho. Seton-Watson no exagera cuando afirma: “La política del Frente Popular trajo a los comunistas, cuyo prestigio e influencia habían descendido a un bajo nivel en 1933, una gran popularidad entre las masas más o menos no politizadas de muchos países europeos e incluso asiáticos. Los nuevos “slogans” de la Comintern expresaban

los sentimientos genuinos de millones de trabajadores, intelectuales y campesinos en países dominados por clanes dictatoriales o amenazados por la agresión germánica, italiana o japonesa. Considerado desde su aspecto propagandístico, el Frente Popular fue la táctica de más éxito adoptada por la Comintern en tiempos de paz”<sup>456</sup>.

---

456 Seton–Watson, *From Lenin to Malenkov*, págs. 177–178, New York, 1954, segunda edición.



## CAPÍTULO X

### I. EL FRENTE POPULAR EN ESPAÑA: SUS ANTECEDENTES Y ORIGENES

Terminado el VII Congreso de la Comintern, José Díaz y Dolores Ibárruri regresaron a España con el encargo de activar y formalizar el Frente Popular entre el PCE, el PSOE y otros movimientos antifascistas. Para reforzar su prestigio, Stalin les había convertido en miembros de la Ejecutiva de la IC, a Díaz como titular y a “La Pasionaria” como suplente. En septiembre de 1935 regresó también clandestinamente a Madrid Enrique Lister, que había permanecido cerca de tres años en Moscú trabajando como barrenero de las obras del Metro y asistiendo a las escuelas de la Comintern. Lister asumió la dirección del Departamento Militar que el PCE – como los demás partidos comunistas – tenía con el objeto de realizar una labor proselitista y corrosiva en las filas de las Fuerzas Armadas. José Díaz era un panadero andaluz procedente del anarcosindicalismo; Dolores Ibárruri, que el

partido había empezado a utilizar con gran habilidad para su propaganda, era una vasca de origen humilde, dotada de gran energía. Procedía del campo socialista. Para dedicarse por entero a las actividades revolucionarias, se había separado de su marido –un minero vasco– y enviado a sus dos hijos a la Unión Soviética, en donde se encontraban desde 1935.

Durante el primer decenio de su existencia, el PCE había recibido escasa atención por parte de los jefes de la IC, que tenían concentrados los ojos en los movimientos comunistas de Alemania, Francia, Italia, Inglaterra y del Este europeo. Todavía a principios de 1930, el desprecio de los dirigentes de la Comintern hacia España no podía ser más acusado. Así, Manuilsky afirmaba por estas fechas: “En mi ponencia indiqué ya que no será España la que decidirá el destino de la revolución proletaria mundial... Una sola huelga parcial puede ser, para el movimiento obrero internacional, más importante que una “revolución” de tipo español, que se produciría sin el papel dirigente del Partido Comunista y del proletariado”<sup>457</sup>.

Desde su fundación, entre 1920 y 1921, el PCE no había cosechado más que fracasos tropezando de crisis interna en crisis interna, en medio de la indiferencia general de la nación. Apenas fundado, el partido fue escenario de las luchas fraccionales entre el grupo ultraizquierdista, partidario

---

457 Manuilsky, *Die Weltwirtschaftskrise*, obra cit., pág. 41.

de boicotear los sindicatos de la UGT y de la CNT, y las actividades políticas, y el grupo ortodoxo dispuesto a aceptar las consignas del Frente Único lanzadas por la Comintern. La labor de penetración en los sindicatos ugetistas y cenetistas no fue coronada por el éxito. Un grupo de dirigentes “derechistas” –Lamoneda, Rodríguez, Vega y otros– se retiró del partido y regresó a su punto de procedencia: la UGT. En 1925 se apoderó del partido el grupo Bullejos y Trilla, cuyo predominio se prolongaría hasta 1932. Este grupo, que fue una reacción ante el centrismo de los dirigentes anteriores salidos del campo socialista–ugetista, era ultraizquierdista y postulaba soluciones radicales y sectarias. Su permanencia al mando del partido constituyó una excepción dentro de la Comintern, que, tras la caída de Sinoviev (exponente del ala izquierda), había postergado a todos sus partidarios. El hecho de que Stalin tolerase en España la jefatura de un dique de sectarios ultraizquierdistas demuestra la escasa importancia que entonces concedía Moscú a los comunistas españoles. Para dar una idea de la insignificancia del PCE al término de la dictadura de Primo de Rivera, baste citar que el partido contaba, según propia confesión, con sólo 800 miembros en todo el país. “El partido salía de once años de clandestinidad –comenta la crónica oficial– o semiclandestinidad seriamente quebrantado: apenas contaba con 800 militantes. Esta debilidad numérica debíase en gran parte a las persecuciones de que se le hizo objeto: ningún partido había sido blanco de tan crueles represalias. A su debilitamiento habían contribuido también, en no

pequeña medida, las posiciones sectarias, las consignas estrechas, que no respondían a la situación real de nuestro país”<sup>458</sup>.

El comunismo español era, en efecto, de tal insignificancia que, como dice Gerald Brenan con su fina ironía inglesa, “durante la dictadura de Primo de Rivera... el gobierno ni siquiera se tomó la molestia de suspender su periódico *Mundo Obrero*”<sup>459</sup>. El estalinista Togliatti se vería obligado a admitir en 1936: “En primer lugar, la clase trabajadora española derribó la Monarquía en 1931, antes de que existiese un verdadero Partido Comunista de masas. Por estas fechas, el Partido Comunista se hallaba todavía en su estadio de formación no sólo organizativa, sino también ideológica y políticamente”<sup>460</sup>. Al proclamarse la República, el 14 de abril de 1931, los dirigentes del PCE, llevados de su maximalismo revolucionario ciego, lanzaron la absurda consigna de “¡Abajo la República burguesa!”.

Tras el advenimiento de la República y el cese del período clandestino, el PCE llevó a cabo una transformación importante de sus cuadros. En el IV Congreso del Partido, celebrado en Sevilla en marzo de 1932, pasaron a formar

---

458 Historia del PC de España (versión abreviada), págs. 67–68, París, 1960.

459 Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth*, pág. 306, Cambridge, 1962.

460 Ercoli (Togliatti), *The Spanish Revolution*, págs. 9–10, New York, 1936.

parte del Comité Central una serie de nuevos militantes más vinculados a la clase obrera: José Díaz, Dolores Ibárruri, Vicente Uribe, Jesús Hernández, Antonio Mije, Manuel Delicado, Pedro Checa, Jesús Larrañaga, Hilario Arlandis y otros. El 21 de octubre del mismo año fueron expulsados del partido Bullejos, Adame y Trilla. José Díaz fue nombrado secretario general del CC; Vicente Uribe, director de *Mundo Obrero*; Jesús Hernández, secretario de “Agit-prop”; Antonio Mije, secretario sindical, y Dolores Ibárruri, secretaria femenina.

Con la destitución del grupo Bullejos nacía la era estalinista del PCE. Para asesorar a los nuevos mandos, la Comintern había despachado a España a “Pedro” y a Vitorio Codovila, alias “Medina”, un argentino de origen italiano a quien los funcionarios de la IC apodaban “el banquero” por su aspecto de plutócrata y porque, efectivamente, manejaba mucho dinero. El Camarada “Pedro” era en realidad un húngaro llamado Ernő Gerö, de gran influencia en el aparato interno de la Comintern y de la GPU. “Uno era húngaro; el otro, argentino de origen italiano –escribe Castro Delgado sobre los dos agentes–. El primero, sombrío y alto, de pelo enmarañado y canoso y ojos saltones, de ademanes suaves y hablar lento; el otro, apasionado, hablador, alto y gordinflón y de un resollar sin tregua. Pero los dos incansables, metódicos, implacables, maestros del soborno y de la puñalada por la espalda”<sup>461</sup>. Sobre la labor de

---

461 Enrique Castro Delgado, *Hombres made en Moscú*, pág. 139, México,

Codovila, Dolores Ibárruri dirá años más tarde, apologeticamente: “Y no es posible no recordar a un camarada argentino a, Victorio Codovila, que nos ayudó enormemente entonces y después en la superación de nuestras lagunas políticas, en la liquidación de los métodos sectarios de trabajo y en la organización del Partido Comunista, a cuyo desarrollo y actividad en momentos difíciles va unido el nombre y la actividad del camarada Codovila”<sup>462</sup>.

Otro de los emisarios que la Comintern envió a España a finales de 1932 fue Heinz Neumann, el “carnicero de Cantón”, el hombre que por haber querido realizar una política antinazi consecuente había sido alejado del Politburó alemán.

El nombre de Neumann en Madrid era el de “Octavio”. Más tarde se unió a Neumann su mujer, Margarita Buber. La labor de Neumann en Madrid estuvo principalmente relacionada con *Mundo Obrero*, periódico que, en realidad él dirigía y en el que llegó a escribir artículos editoriales en un castellano lleno de barbarismos. La mujer de Neumann escribe: “Como miembros de la delegación de la Comintern, Medina y Heinz no podían aparecer en la vida pública del partido.

Sólo un pequeño círculo de la dirección conocía su

---

1960.

462 Dolores Ibárruri, *El único camino*, págs. 247–248, Moscú, 1963.

existencia. Sin embargo, una de las tareas diarias de Heinz consistía en colaborar en la redacción de *Mundo Obrero* y dar al periódico el perfil político”<sup>463</sup>.

El cambio de dirigentes y de táctica dentro del PCE no condujo, de momento, a grandes resultados, aunque se registró un notorio avance. En las elecciones parlamentarias de noviembre de 1933, el PCE obtuvo unos 400.000 votos, lo que significaba un progreso importante con respecto a los 60.000 obtenidos en los comicios de julio de 1931. A pesar de este incremento de votos, el PCE sólo logró la elección de uno solo de sus candidatos, el doctor Cayetano Bolívar, de Málaga.

El hecho de que el PCE fuera un partido minoritario con escaso carácter representativo, exigía que el Frente Popular fuese introducido en España desde supuestos tácticos distintos a los que se aplicarían en países dotados de un movimiento comunista más importante. La misión del PCE era la de mantenerse en segunda línea y utilizar al Partido Socialista como caballo de batalla y mascarón de proa. Este imperativo táctico había de ser llevado a cabo a través de la captación del ala izquierda del PSOE, de la Juventud Socialista, de la UGT y, a ser posible, de la CNT.

Las exigencias tácticas de la Comintern fueron en España favorecidas por la encrucijada política en que se hallaba la

---

463 Margarete Buber–Neumann, obra cit., pág. 357.

República y, especialmente, por la crisis surgida en el PSOE tras las elecciones de 1933. Hasta el advenimiento de la II República, el PSOE había mantenido, más o menos, una actitud moderada, no revolucionaria. Bajo la dictadura de Primo de Rivera y durante el interregno de Berenguer, algunos sectores socialistas no sólo no habían combatido estos gobiernos, sino que habían colaborado lealmente con ellos, a cambio de lo cual habían gozado de la protección expresa del Estado. Durante el primer bienio de la República, la línea general del Partido Socialista siguió siendo constitucional y antisubversiva. Esta actitud se mantuvo hasta celebrarse las elecciones de noviembre de 1933, en las que el PSOE perdió la mitad de los mandatos parlamentarios que había obtenido en 1931. El partido triunfante resultó ser la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), que pasó a detentar la mayoría en las Cortes.

En vista de la derrota electoral, un grupo de líderes socialistas –a su cabeza Largo Caballero– llegó a la conclusión de que el partido sólo podía rehacer su maltrecho prestigio si abandonaba su línea reformista clásica y evolucionaba hacia la izquierda. “Largo Caballero –escribe el historiador alemán Braunthal–, uno de los íntimos colaboradores de Pablo Iglesias y la firma más popular entre la clase trabajadora española... había llegado a la conclusión desde la victoria electoral de las derechas, en 1933, que la burguesía destruiría la democracia y que España sólo podía ser salvada del fascismo a través de una revolución



social”<sup>464</sup>. Y el historiador inglés Burnett Bolloten: “Socialista moderado durante más de cuarenta años, con excepción de algún brote ocasional de actividad revolucionaria, blanco de los anarquistas y de los comunistas durante los primeros años de la República, Largo Caballero, después de dos años de decepciones como ministro de Trabajo durante la coalición republicano–socialista, fue presa, hacia fines de 1933, de las ideas revolucionarias y se transformó súbitamente en el exponente del ala izquierda del socialismo español”<sup>465</sup>. Desde la propia óptica de Largo Caballero, “con el triunfo de las derechas y el señor Lerroux en la Presidencia del Consejo de Ministros, la situación política se puso al rojo vivo. Los falsos republicanos se quitaron las caretas; los conspiradores amnistiados trabajaban descaradamente en contra del régimen republicano... Todo hacía sospechar que se organizaba una razia de elementos de izquierda y que se preparaba un golpe de Estado... Cuando el ambiente estaba enrarecido, se presentó Fernando de los Ríos a la Ejecutiva del partido, siendo portador de una nota en la que se informaba de las reuniones celebradas en el domicilio de Calvo Sotelo y en la redacción del diario derechista *El Debate*, en las que se hablaba de detener a Azaña, Prieto, De los Ríos, Largo Caballero y otros”<sup>466</sup>.

---

464 Julius Braunthal, *Geschichte der Internationale*, II, obra citada, pág. 476.

465 Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, pág. 105, London, 1961.

466 Largo Caballero, *Correspondencia secreta*, obra cit., pág. 157.

La evolución interior de Largo Caballero y la radicalización del PSOE, unidas a la actitud cada vez más reaccionaria de las derechas, condujeron finalmente al levantamiento de octubre. Al producirse el nombramiento de Gil Robles como ministro de Guerra, anota Castro Delgado, la revolución estalló “con la misma simplicidad con que hubiera podido comenzarse, en cualquier taberna madrileña, una partida de tute”<sup>467</sup>, La derrota sufrida por los insurrectos en Asturias, las Vascongadas, Cataluña, Madrid y el resto de España fue total. En Cataluña, la rebelión de “Alianza Obrera” y del Gobierno de la Generalidad, carente del apoyo de los anarcosindicalistas, fue fácilmente asfixiada por las tropas gubernamentales al mando del general Batet, sin apenas resistencia. Companys, que estaba convencido de que el movimiento insurreccional había estallado en toda España con el mismo entusiasmo inicial que en Cataluña, proclamó, a las ocho de la tarde del 6 de octubre, la independencia del pueblo catalán: “En esta hora solemne, en nombre del pueblo y del Parlamento, el Gobierno que presido asume todas las facultades del Poder en Cataluña, proclama el Estado catalán de la República Federal española y al restablecer y fortificar la relación con los dirigentes de la protesta general contra el fascismo les invita a establecer en Cataluña, el Gobierno provisional de la República, que encontrará en nuestro pueblo catalán el más generoso

---

467 Enrique Castro Delgado, *Hombres made en Moscú*, obra cit., página 201.

impulso de fraternidad en el común anhelo de edificar una República federal libre y magnífica”<sup>468</sup>. Pero a las cinco de la madrugada del día siguiente, Companys se dirigía de nuevo al pueblo ordenándole que depusiera las armas y acatará la autoridad militar del gobierno de Madrid. “La revolución no ha sido vencida –anota lacónicamente Joaquín Maurin–. Ha sido entregada”<sup>469</sup>. En Asturias, el levantamiento de Octubre, apoyado por la CNT local y provisto de armas, creó una situación revolucionaria encarnizada, pero sin durar más allá de dos semanas, al término de las cuales fue reprimido por el general Franco con ayuda del Tercio y las tropas árabes. La Unión de los Hermanos Proletarios (UHP) disponía de una fuerza de 30.000 mineros armados con fusiles, dinamita, pistolas y granadas de mano. El alzamiento de Asturias fracasó no ya por la superioridad técnica de las tropas gubernamentales, sino, sobre todo, porque en el resto de España los trabajadores no habían secundado con igual energía la llamada del Partido Socialista, lo que condujo al aislamiento y desmoralización de los revolucionarios asturianos.

El revés sufrido por el Partido Socialista en octubre de 1934, lejos de desanimar a sus líderes, no hizo más que es-

---

468 Ángel Ossorio, *Vida y sacrificio de Companys*, pág. 128, Buenos Aires, 1946.

469 Joaquín Maurin, *Révolution et contra-révolution en Espagne*, obra cit., pág. 205.

polear su propósito de desencadenar la revolución en España. El cambio de mentalidad experimentado por el PSOE contrastaba con la rigidez estática mostrada a lo largo de varios decenios por los demás partidos socialdemócratas adscritos a la II Internacional. Los socialistas españoles, con pocas excepciones, se habían transformado, casi sin transición, de ardientes defensores del reformismo y el evolucionismo legalista, en apasionados revolucionarios partidarios de la insurrección abierta. Este violento giro hacia la izquierda obedecía también al hecho de que los socialistas temían ser rebasados y anulados por el anarcosindicalismo, que tras los años de clandestinidad y ostracismo bajo Primo de Rivera y Berenguer, se había alzado con más pujanza que nunca y dominaba el movimiento revolucionario de la calle.

La Comintern seguía con particular atención los cambios psicológicos, tácticos y doctrinales que se estaban operando en el seno del socialismo español, y decidió canalizarlos a su favor. Terminado el VII Congreso Mundial de la IC, Juan Negrín, Álvarez del Vayo, Margarita Nelken y otros dirigentes del PSOE fueron invitados a visitar la Unión Soviética y ganados completamente a la causa comunista. La posterior actitud de estos dirigentes socialistas permite suponer que ya entonces entraron al servicio del comunismo hispano-soviético, sea formal o tácitamente. A pesar de éstas y otras maniobras de captación realizadas por Moscú en el seno del movimiento socialista, sería un error suponer que el acercamiento entre el PSOE y el PCE fue un producto de la

astucia y las maniobras del Kremlin. En realidad, Moscú no hacía más que utilizar a su favor una corriente que había surgido por generación espontánea dentro del mismo campo socialista. Como ha observado Franz Borkenau: “Los comunistas sostienen que fueron ellos los que tomaron la iniciativa para la formación de un bloque electoral y de un bloque político de toda la izquierda; pero, teniendo en cuenta su insignificancia, esta pretensión no es sólo infundada, sino absurda”<sup>470</sup>. La misma opinión expresa el historiador norteamericano Seton–Watson: “El hombre y la política (del Frente Popular) coincidían con las nuevas tácticas de la Comintern, pero el acuerdo se debía escasamente a la influencia de los comunistas españoles... Fue el producto de las condiciones españolas, de la convicción de que sólo la unidad de la izquierda podía salvar a España de un régimen fascista”<sup>471</sup>. Eso no impediría a José Díaz afirmar que “el artífice del Frente Popular y, por consiguiente, el organizador del triunfo electoral de las fuerzas de izquierda, ha sido el Partido Comunista. El Partido Comunista ha sido y sigue siendo el campeón más incansable en la lucha por la unidad proletaria, por la unidad de acción de las masas obreras y masas antifascistas y el organizador de las futuras y próximas victorias decisivas del proletariado y de los campesinos españoles. Nuestro Partido Comunista,

---

470 Franz Borkenau, *Der europaischer Kommunismus*, obra citada, pág. 151.

471 Seton–Watson, *From Lenin to Malenkov*, obra cit., pág. 184.

aunque se desarrolla y crece rápidamente, no es aún, numérica y orgánicamente, la fuerza decisiva del proletariado español, pero política e ideológicamente constituye la fuerza orientadora de todo el movimiento revolucionario de nuestro país”<sup>472</sup>.

En realidad, las primeras formas concretas e importantes del frentepopulismo aparecieron en Asturias, durante las jornadas de Octubre de 1934, cristalizando en las Alianzas Obreras y Campesinas y en la Unión de Hermanos Proletarios. Si los comunistas españoles se unieron a este movimiento unitario –no como artífices, sino como pequeño remolque– fue sencillamente porque, como hemos visto en el capítulo anterior, en la primavera de 1934, Stalin había decidido romper con su política sectaria anterior y favorecer la creación de frentes populares en todos los países. Si Díaz y sus acólitos del Politburó no hubieran recibido la orden de apoyar en España la unidad de acción de todas las fuerzas obreras y democráticas, hubieran seguido combatiendo a los socialistas y a los anarcosindicalistas, como hicieron hasta que Codovila les dio la nueva consigna.

Tras las jornadas de Octubre de 1934, el PCE se dirigió varias veces al PSOE proponiéndole la firma de un pacto de unidad con el objeto de combatir conjuntamente el fascismo. Lo mismo que en Francia, la oferta frentepopulista

---

472 José Díaz, *Tres años de lucha*, pág. 148, París–México–Nueva York, 1939.

fue extendida más tarde a la burguesía liberal y a los antifascistas en general. En un discurso pronunciado el 2 de junio de 1935 en el Monumental Cinema, de Madrid, José Díaz dijo: “Hoy, desde esta tribuna... renovamos nuestro llamamiento a los obreros, a los campesinos, a los hombres libres, a los antifascistas, a los republicanos de izquierda, para que todos los que tenemos un punto de coincidencia en esta hora grave, nos unamos en un Bloque Popular Antifascista que rompa los propósitos de este Gobierno de fascistas y reaccionarios”<sup>473</sup>. El discurso de Díaz, aunque respondía a la nueva táctica de la Comintern, contenía todavía algunas secuelas del sectarismo izquierdista, expresado por ejemplo, en el hecho de reclamar para el PCE la función rectora del Bloque Popular y de identificar, en cierto modo, la lucha antifascista con la lucha revolucionaria: “A la cabeza de él debe estar y estará el proletariado y su vanguardia, el PC. Porque sólo el PC, sólo un partido capaz de luchar en primera fila y que tiene la escuela de acero de la IC, puede, como lo ha hecho ya el glorioso partido bolchevique, asegurar el triunfo de la revolución”<sup>474</sup>. Las fuerzas nombradas por Díaz para constituir el Bloque Popular Antifascista eran el PC, el Partido Socialista, las Juventudes Comunistas y las Juventudes Socialistas, los anarquistas, los sindicalistas, los republicanos de izquierda y todas las or-

---

473 Ibid., pág. 21.

474 Ibid., pág. 30.

ganizaciones populares dispuestas a luchar contra el fascismo. El Bloque Popular Antifascista debía partir de un programa mínimo, conteniendo cuatro reivindicaciones básicas: confiscación de la tierra de los grandes terratenientes y de la Iglesia; concesión de la autonomía a Cataluña, las Vascongadas, Galicia y otras regiones; mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera y una amnistía total para los presos políticos.

A su regreso de Moscú, Díaz pronunció, en el Coliseo Parodiñas, de Madrid, el 3 de noviembre de 1935, un nuevo discurso subrayando la necesidad de crear un Frente Popular de todas las fuerzas antifascistas. Pero entre ambas intervenciones se produjeron importantes diferencias de matiz. El objetivo ya no era, como en junio de 1935, la implantación de la dictadura del proletariado o de un gobierno revolucionario provisional, sino que “en los momentos actuales comprendemos que la lucha está planteada, no en el terreno de la dictadura del proletariado, sino en el de la lucha de la democracia contra el fascismo como objetivo inmediato”<sup>475</sup>. La misión del PC español ya no era, pues, la de dirigir el Frente Popular y la revolución, sino la de participar, como una fuerza más, en un vasto movimiento antifascista-democrático. En su discurso de noviembre Díaz propuso una unión del PC español y del PSOE y una unión sindical, primero a través de una fusión de la CGTU comunista con la

---

475 Ibid., pág 74.



UGT y más tarde de una fusión de ésta con la CNT. Para dar vigor a su nueva táctica fusionista, el PC español ordenó a sus sindicatos (CGTU) que ingresasen en bloque en la UGT, lo que se realizó en diciembre de 1935.

El Frente Popular, establecido en España a principios de 1936, quedó formado por el Partido Socialista, el PC, Izquierda Republicana, el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), las Juventudes Socialistas, el Partido Sindicalista, de Pestaña; la UGT y Unión Republicana. En lo esencial, el Frente Popular adquiriría en España las mismas características que en Francia, pero con notables diferencias de matiz. Los socialistas españoles, por ejemplo, estaban mucho más radicalizados que sus colegas franceses, por lo menos las Juventudes Socialistas y el grupo largocaballerista. Otra particularidad era la de que el Frente Popular español incluía un movimiento trotskista de relativa importancia como el POUM. Pero la diferencia esencial entre Francia y España era la de que en el Frente Popular español faltaba la fuerza obrera y revolucionaria más potente: la CNT-FAI, si bien es cierto que con su participación electoral en febrero de 1936 los anarcosindicalistas, renunciando a su táctica abstencionista de 1933, contribuyeron de una manera decisiva al triunfo electoral del Frente Popular, en el que no estaban representados formalmente.

Las elecciones celebradas el 16 de febrero de 1936 constituyeron un triunfo para los partidos integrantes del Frente

Popular, que lograron reunir 268 de los 473 mandatos totales. El mayor éxito fue obtenido por los comunistas, que, gracias a las ventajas de la nueva ley electoral, consiguieron 17 escaños, lo que, en comparación a los misérrimos resultados en las elecciones anteriores, significaba una pequeña sensación. El Partido Socialista obtuvo 88 mandatos; Izquierda Republicana, de Azaña, 81; Unión Republicana, de Martínez Barrio, 36; la Esquerra, 29, y otros partidos frentepopulistas, 18.

La victoria del Frente Popular aceleró e incrementó el proceso de integración de una parte de la izquierda española. El primero de abril de 1936, bajo los auspicios personales de Álvarez del Vayo, las Juventudes Socialistas y la Juventud Comunista acordaron fusionarse, adoptando el nombre de Juventud Socialista Unificada. El 26 de junio el PC de Cataluña, el Partido Socialista de Cataluña, la Unió Socialista y el Partit Català Proletari se unificaron en Barcelona bajo la rúbrica de Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), que se adhirió inmediatamente a la Comintern.

La victoria electoral del Frente Popular condujo a un incremento de los cuadros militantes del PC español. De acuerdo con los datos nombrados por los historiadores oficiales, de febrero a marzo de 1936 los efectivos del PC español pasaron a ser de 30.000 a 50.000 afiliados. En abril esta cifra había ascendido a 60.000; en junio, a 84.000, y en vísperas del 18 de julio, a unos 100.000. Aunque estas cifras

sean probablemente manipuladas, no cabe duda que el Frente Popular sacó al PC de su aislamiento anterior y le dio carta de naturaleza política. Castro Delgado no andaba lejos de la verdad al escribir sobre el Frente Popular: “Pero ¿quién pensaba que aquello era una trampa a través de la cual los comunistas habían logrado reagrupar las fuerzas obreras y de la pequeña burguesía republicana, pero metiéndose entre, ellas ya como “alguien”; una trampa a través de la cual el PC había dejado de ser el pariente pobre en la vida política española; una trampa a través de la cual el PC se había metido de rondón en la propia casa de socialistas y republicanos? Nadie”<sup>476</sup>.

## II. EL FRENTE POPULAR EN FRANCIA

En un capítulo anterior hemos descrito el proceso de acercamiento entre el Partido Socialista francés y el PC, que condujo a la firma de un pacto de no agresión entre ambos partidos en julio de 1934; hemos visto también cómo, a partir del otoño del mismo año y especialmente tras la firma del tratado de ayuda mutua entre París y Moscú, la alianza entre comunistas y socialistas fue extendida a los socialistas

---

476 Enrique Castro Delgado, *Hombres made en Moscú*, obra citada, pág. 238.

radicales y otros sectores antifascistas. En enero de 1936 el PC, el Socialista y el Radicalsocialista establecieron un acuerdo formal con el objeto de apoyarse mutuamente durante la próxima campaña electoral. Asimismo, los tres partidos elaboraron un programa mínimo común. Junto a estos pactos concretos, el PC francés prosiguió su política proselitista y frentepopulista entre otros sectores políticos y sociales, especialmente entre los obreros católicos. En una alocución de radio pronunciada en París el 17 de abril de 1936, Thorez afirmaba: “Nosotros, que somos laicos, te tendemos la mano, católico, obrero, empleado, artesano, campesino, porque tú eres nuestro hermano y estás, como nosotros, abrumado por las mismas inquietudes”<sup>477</sup>. El PC francés apelaba asimismo a las clases medias, a los intelectuales, a la pequeña burguesía y burguesía media, al campesinado y al patriotismo de los franceses. Los únicos enemigos del país eran lo que Thorez había denominado las “200 familias” que dominaban a Francia, es decir, la gran burguesía, inclinada a favorecer la instauración del fascismo.

Lo mismo que en España, las elecciones de abril–mayo de 1936 constituyeron un triunfo para las fuerzas integrantes del Frente Popular. De los 618 mandatos de la Cámara de Diputados, el Frente Popular obtuvo 334, de los cuales el Partido Socialista (SFIO) retuvo 146; el Partido Radical–

---

477 Duclos–Billoux, *Histoire du Parti Communiste Français*, obra citada, pág. 306.

socialista, 116, y el PC, 72. El verdadero vencedor de las elecciones resultó ser el PC francés, que había logrado duplicar casi sus votos y engrosado su número de diputados de 10 a 72. Este incremento fue obtenido principalmente a expensas de los radicalesocialistas, que perdieron 44 mandatos. Por primera vez desde hacía años, el PC francés se hallaba en una fase de franco auge y había superado definitivamente el marasmo anterior a 1934. El número de militantes, que en enero de 1934 era de 30.000, había ascendido, en enero de 1936, a 74.000, más los 30.000 miembros de la Juventud Comunista. La tirada de *L'Humanité* había ascendido a 250.000 ejemplares.

Cuando llegó la hora de constituir el Gobierno, el PC rechazó la oferta de Léon Blum de participar en él. Esta negativa, sorprendente a primera vista, estaba condicionada por consideraciones tácticas de “alto nivel”. Mientras un ala del PC francés era partidaria de compartir la responsabilidad gubernamental, Moscú dio la orden de abstenerse de formar parte del gabinete frentepopulista. La decisión de Stalin obedecía a dos motivos básicos: a) La subida al poder del Frente Popular coincidía con una fase social muy crítica; Moscú sabía que el gabinete Blum, presionado por la euforia de las masas, se vería obligado a hacer concesiones a la clase trabajadora y a imponer a la burguesía una política social contraria a sus intereses. Pero como lo que b) interesaba a Stalin en estos momentos no era promover la revolución en Francia, sino asegurar y fortalecer la alianza entre el Estado

francés y la Unión Soviética, la participación del PC francés en un gabinete que iba a verse obligado a dictar ciertas medidas anticapitalistas, no podía convenir a sus intereses. Manteniéndose fuera, el PC francés no se comprometía ante la burguesía, se reservaba la libertad de criticar al Gobierno cuando le conviniese y al mismo tiempo reivindicar para sí las medidas que pudiesen acrecentar su popularidad.

Esta política sinuosa exigía una táctica ambivalente muy difícil de llevar a la práctica, pues en el fondo el PC francés quería armonizar dos objetivos incompatibles: aumentar su prestigio entre las masas obreras y a la vez amansar a la inquieta burguesía. Este dilema fue resuelto por el PC francés por medio de una de sus habituales maniobras: abarrotar de retórica a las masas y boicotear toda política que pusiera en peligro la hegemonía de la burguesía francesa.

Durante la oleada de euforia obrera que siguió a la victoria del Frente Popular, el Gobierno Blum aprobó una serie de medidas y leyes tendentes a incrementar los derechos de los trabajadores y de las organizaciones sindicales. En el momento en que Blum inició sus tareas al frente del gabinete frentepopulista, el país se hallaba paralizado por un movimiento huelguístico de dimensiones gigantescas, movimiento que había en lo esencial surgido espontáneamente y en contra de la voluntad del PC francés y de la burocracia de la CGT. Los obreros no solamente se habían declarado en huelga, sino que habían ocupado al mismo tiempo las fábricas. El 7 de junio de 1936 se firmaban los acuerdos del

Hotel Matignon, en virtud de los cuales los empresarios franceses se comprometían por primera vez a admitir como legales a los representantes sindicales y jurados de empresa. Pero muchos patronos se negaron a llevar a la práctica los acuerdos establecidos en el Hotel Matignon, lo que condujo a un recrudecimiento de la confrontación social. En la semana del 7 al 14 de junio, el movimiento huelguístico y la ocupación de las fábricas alcanzaron su apogeo. Asustados por el entusiasmo revolucionario de las masas obreras, la burguesía, la pequeña burguesía, los campesinos y los radicales empezaron a tomar posición contra el Frente Popular. Moscú dio la orden de que el PC atajase en seguida la marejada obrera y restableciera la “paz social”. El 11 de junio, Thorez, en nombre del Politburó del PC francés, declaró en París que los trabajadores debían poner fin al movimiento de protesta: “Los trabajadores –dijo Thorez– no deben dejarse arrebatarse por la ilusión de que “todo es posible”, según la fórmula irresponsable lanzada por Marceau Pivert. No, no todo es posible. Plantear la cuestión de la revolución socialista en esta etapa significaría dividir la clase obrera y romper la alianza realizada con amplios sectores del campesinado trabajador y de las clases medias sobre la base del programa del Frente Popular”<sup>478</sup>.

El gabinete Blum procedió a la rápida nacionalización de los ferrocarriles y de la industria de aviación. Asimismo, el

---

478 Ibid., pág. 318.

Banco de Francia y la industria de armamentos quedaron sometidos al control del Gobierno.

Todas esas medidas, aunque constituían un barniz de socialización, no afectaban en absoluto la estructura capitalista de la economía francesa. Al contrario: en cierto modo estaban destinadas a racionalizar el funcionamiento del aparato económico burgués. Pero Blum, que se sentía fuertemente respaldado por los sectores populares de la opinión pública, quiso ir más lejos, y planteó la necesidad de someter el crédito al control del Estado.

El PC, en alianza con los radicales, se negó a secundar la nacionalización del Banco de Francia y la introducción de un control del movimiento de divisas, declarando que no era el momento adecuado para “una expropiación marxista”<sup>479</sup>. Los comunistas, que empezaban a hablar ya de un “Front des Français”, temían con razón que una política económica intervencionista demasiado enérgica por parte del Gobierno podía alarmar a la burguesía y poner en peligro la continuidad del Frente Popular y la alianza franco-rusa. De ahí su traición sistemática contra la clase obrera y contra las medidas socialistas o intervencionistas a que aspiraba Blum.

“La cantinela fundamental que aparece continuamente en la *Humanité* de entonces es la impúdica aceptación de todos los valores burgueses por parte del PC: orden, propiedad

---

479 L'Humanité, 16 julio 1936.



privada, chovinismo”, escribirá Daniel Cohn–Bendit treinta años más tarde resumiendo la actitud capitulante del PC francés durante la fase del Frente Popular<sup>480</sup>.

En líneas generales puede afirmarse que Stalin quería a todo trance impedir que en Francia se produjese una revolución socialista.

Ello no hubiera sólo, según él, debilitado provisionalmente la capacidad defensiva del país, sino que hubiera creado un centro revolucionario opuesto al de Moscú.

El PC francés no era lo suficiente fuerte para poder dominar exclusivamente un movimiento revolucionario. De ahí que su misión no fuese la de apoyar la psicosis revolucionaria de las clases trabajadoras y del ala izquierda socialista, sino la de combatir sin tregua al Partido Socialista y salvar la alianza entre Stalin y la burguesía francesa.

El desenlace final de esta política maquiavélica y sucia fue la destrucción del Frente Popular y la traición de Stalin a Francia, como veremos en capítulos posteriores.

---

480 Gabriel y Daniel Cohn–Bendit, *Links–radikalismus, Gewaltkur gegen die Alterskrankheit des Kommunismus*, pág. 208, Hamburgo, 1968.

### **III. EL FRENTE POPULAR EN LOS DEMÁS PAISES EUROPEOS**

España y Francia fueron los dos únicos países europeos en que el Frente Popular desempeñó un papel importante.

En Inglaterra y los países escandinavos no se llegó a la formación de ningún Frente Popular debido a que los socialistas se negaron a marchar en común con los comunistas. En Italia se procedió a la constitución de una alianza formal entre socialistas y comunistas, pero su influencia táctica fue nula. En Alemania la formación de un Frente Popular fue dificultada no sólo por la clandestinidad en que se hallaban tanto el SPD como el KPD, sino también porque los socialdemócratas del interior se opusieron desde el primer momento a establecer un pacto con los comunistas. Las conversaciones mantenidas entre los dirigentes socialdemócratas de la emigración y el KPD no condujeron a ningún resultado práctico. Finalmente, Willi Münzenberg logró organizar un Frente Popular en miniatura con participación de algunos grupos socialdemócratas marginales y una serie de intelectuales de izquierda como Heinrich Mann, Emil Ludwig, Lion Feuchtwanger, Ernst Toller, Klaus Mann, Ludwig Marcuse, etc. El acto de constitución tuvo lugar el 2 de febrero en el Hotel Lutetia, de París. El Frente Popular fundado por Münzenberg fue de

corta duración y se disolvió prácticamente en el curso de 1937 y 1938.

En Yugoslavia, aunque no se llegó al establecimiento formal de un Frente Popular, se produjo un poderoso movimiento de acercamiento entre el PC (que actuaba en la clandestinidad) y los partidos burgueses y agrarios que se hallaban en oposición con el Gobierno dictatorial de Milán Stojadinovic, simpatizante con el Eje. En Bulgaria ocurrió algo parecido: aunque no hubo, de jure, un Frente Popular, surgió una notable corriente de cooperación entre el PC (ilegal) y otros grupos perseguidos por el rey Boris, en especial intelectuales, obreros y campesinos. En Rumania y Hungría el PC carecía de la influencia necesaria para contribuir a la formación de un Frente Popular. Las fuerzas dominantes en ambos países eran fascistas y progermánicas. Desde octubre de 1932 hasta octubre de 1936 Hungría se halló bajo la férula del régimen nacionalista y criptofascista del primer ministro Gómbós, así como de diversos movimientos y grupos abiertamente fascistas, nazis y progermánicos. El NAP (Partido de la Voluntad Nacional), fundado en 1935 por el oficial de Ejército Ferenc Szálasi, dictó a partir de 1936 la política del país, aunque formalmente no pudo alcanzar el poder hasta 1944. El NAP era virulentamente fascista. En Rumania, dominada por el antisemitismo y el fascismo de Comeliu Zelea Condreanu y la Guardia de Hierro, ni los socialistas ni los comunistas estaban en condiciones de ejercer una seria influencia sobre la nación.

En Grecia no se llegó tampoco a la formación formal de un Frente Popular, aunque la atmósfera fraternizante que imperaba entonces entre la izquierda aumentó considerablemente la popularidad y la influencia del PC. En las elecciones celebradas en 1936 (pocos meses después de la subida al trono de Jorge II) los comunistas lograron 15 mandatos en el Parlamento, pasando con ello a convertirse en una fuerza considerable dentro del movimiento obrero. Pero la dictadura establecida en agosto de 1936 por el general Metaxas con el consentimiento del monarca, al declarar ilegal al PC, frustró tanto el desarrollo de éste como la formación de un Frente Popular.

En Polonia existía entre las masas obreras, los intelectuales, la burguesía liberal y los grupos de población antigemánicos una fuerte inclinación hacia la constitución de un Frente Popular, pero el PC polaco –que tenía el honor de ser especialmente despreciado y odiado por Stalin– era demasiado débil para asumir una función aglutinante.

En Checoslovaquia, si bien no se llegó tampoco a la formación expresa de un Frente Popular, surgió espontáneamente un vivo movimiento de unidad antifascista, en el que los comunistas jugaron un papel preponderante. A diferencia de otros países, el PC checoslovaco actuaba no sólo dentro de la legalidad, sino que era numéricamente muy importante.

## **IV. EL FRENTE POPULAR EN CHINA**

En 1931 los japoneses se habían apoderado de Manchuria; en el momento de celebrarse el VII Congreso de la Comintern, los agresores se disponían a invadir y ocupar otras zonas del territorio chino. La consigna del Frente Popular lanzada en el verano de 1935 por Dimitrov encajaba en la situación política china y tenía por ello perspectivas de adquirir formas concretas.

El 1 de agosto de 1935 el PC chino publicó un manifiesto postulando la formación de un Frente Popular en el Kuomintang, llamamiento que de momento fue ignorado por Chiang–Kai–chek. La reacción del “Generalísimo” no podía sorprender: desde 1927 hasta 1935 los comunistas y el Kuomintang se hallaban en guerra civil abierta. Entre ambos movimientos existía un abismo de odio y de millones de muertos. Chiang–Kai–chek, que en estos momentos representaba al Gobierno legal de la nación, creía poder someter a los comunistas y más tarde, una vez reprimido el movimiento comunista, emprender con éxito una guerra patriótica contra los invasores japoneses.

La resistencia inicial de Chiang–Kai–chek en formar una alianza patriótica con los comunistas sufrió un duro golpe cuando, el 12 de diciembre de 1936, el jefe del Kuomintang fue hecho prisionero en Sian por Chang Hsueh–liang, uno de

sus propios comandantes. Mao Tse Tung envió a Chu–En–Lai al cuartel general de Chang Hsueh–liang para convencer a Chiang–Kai–chek de la necesidad de que el Kuomintang y el PC chino se unieran para combatir juntos a los japoneses. Como compensación, los comunistas estaban dispuestos a reconocer a Chiang–Kai–chek como al jefe máximo del movimiento coalicional antijaponés. Aunque Chiang–Kai–chek no se comprometió formalmente a aceptar la propuesta de Chu–En–lai, fue puesto en libertad a instancias del líder comunista.

En los primeros meses de 1937 Chiang–Kai–chek estuvo vacilando entre su odio contra los comunistas y su odio contra los japoneses. Pocas semanas después de su secuestro, el “Generalísimo” accedió a negociar formalmente con los emisarios de Mao Tse Tung. La ofensiva a gran escala desencadenada el 7 de julio de 1937 por los japoneses aceleró la marcha de las negociaciones y condujo finalmente a un acuerdo entre el Kuomintang y el PC chino.

Los comunistas se comprometían a reconocer al Gobierno de Nanking como a la máxima autoridad en asuntos de guerra y a poner fin a las confiscaciones de tierra en las zonas ocupadas por ellos. Los contingentes militares del Ejército Rojo pasaron a denominarse ahora “Ejército Revolucionario Nacional”. A pesar de que el Frente Popular entre el Kuomintang y el PC chino no funcionó en la praxis tan impecablemente como había sido establecido sobre el papel, constituyó en lo esencial un éxito y contribuyó

decisivamente al triunfo de la guerra patriótica contra el Japón.

## **V. EL FRENTE POPULAR EN LA AMÉRICA LATINA**

Fuera de Europa y de China, los comunistas no poseían en el resto del mundo una fuerza política lo suficiente seria como para poder movilizar decisivamente a la opinión pública a favor de la formación de un Frente Popular. En la mayoría de las zonas del globo existía además una situación política distinta a las que existía en Europa y China, amenazadas directamente por el fascismo imperialista de Alemania, Italia y el Japón.

No obstante, la idea de una unificación de todas las fuerzas democráticas y de izquierda contra el creciente fascismo ganó adeptos en los puntos más apartados del planeta. De todos modos, estas corrientes de simpatía a favor de un Frente Popular se tradujeron raramente en la creación de alianzas y pactos formales, y allí donde fueron establecidos no duraron mucho o carecieron de trascendencia. A pesar de que ya bajo Lenin la Comintern había dedicado cierta atención propagandística a los países del Tercer Mundo, en el plano organizativo los movimientos comunistas del Asia, África y América Latina estaban todavía en pañales, con

pocas excepciones. Manuilsky se quejaba, por ejemplo, en 1930, de que en la India no existiese todavía ningún partido comunista. Pero allí donde pudieron, los comunistas favorecieron la idea del Frente Popular.

Al celebrarse el VII Congreso de la Comintern y lanzarse la consigna del Frente Popular, Latinoamérica poseía un movimiento comunista débil y deslabazado y, por añadidura, de tendencias anarquizantes. Hacia 1930, el total de militantes comunistas en el subcontinente no sobrepasaba los 20.000 ó 25.000. Los comunistas latinoamericanos no gozaban de la confianza de Moscú, y en general se limitaban a jugar el papel de figuras decorativas; las funciones de mando eran ejercidas entre bastidores por agentes extranjeros, en particular por el PC norteamericano, por los representantes oficiales de la Comintern o por sudamericanos de adopción como Vittorio Codovila o Vittorio Vidali, alias “Carlos Contreras” y “Arturo Sormenti”.

Durante el primer decenio de su existencia, la Comintern dedicó por lo común una atención marginal y esporádica a Latinoamérica, actitud procedente en parte del desprecio y en parte de la ignorancia de los líderes soviéticos sobre la América Latina. La preocupación de Lenin y Trotsky había sido Europa; la de Stalin, eliminar a sus rivales y hacerse con el poder en Rusia y en la IC. Como ha dicho Víctor Alba: “Iberoamérica, en el tablero de la política de la Comintern, era un peón empleado con escasa frecuencia y sin mucho



interés”<sup>481</sup>. Alba, comentando con justificado sarcasmo las tesis elaboradas por el estalinista finlandés Kuusinen sobre los países coloniales, escribe: “No hay problemas específicos latinoamericanos para los hombres que desde Moscú dan las consignas a los partidos comunistas de este hemisferio. América Latina, con sus 120 millones de habitantes –censo de 1930–, con sus riquezas y su miseria humana, no es más que uno de tantos conglomerados incluidos en el capítulo de los “países semicoloniales”<sup>482</sup>.

A partir de finales de la década del 20, la Comintern empezó a dedicar cierta atención al comunismo latinoamericano. Así, en junio de 1929 tuvo lugar en Buenos Aires la primera Conferencia de los Partidos Comunistas de la América Latina, en la que estuvieron representados quince partidos. Pocos días se habían reunido en Montevideo los delegados de los sindicatos comunistas o procomunistas del subcontinente. Guralski, alias “Kleine” y “Lepetit” (“Pierre” en la América Latina), acababa de llegar de Moscú para asumir el Buró Latinoamericano, y con él Stephanov, alias “Luis”.

Por estas fechas la Comintern se hallaba en una fase sectaria y ultraizquierdista, producto de la lucha contra

---

481 Víctor Alba, Esquema histórico del comunismo en Iberoamérica, pág. 41, México, 1960. tercera edición.

482 Ibid., pág. 42.

Bujarin y contra la socialdemocracia. Los comunistas latinoamericanos, como los de todo el mundo, recibieron la orden de no pactar con nadie. En 1930 Manuilsky declaraba: “La Comintern aconseja a los partidos comunistas de Latinoamérica: actuad como fuerza independiente, no establezcáis pactos con elementos pequeño–burgueses, luchad contra ellos para obtener la hegemonía en el movimiento campesino”<sup>483</sup>. Pero esta consigna fue arrojada por la borda ya antes de celebrarse el VII Congreso Mundial de la Comintern. A finales de 1934 tuvo lugar en Moscú la Conferencia Latinoamericana, a la que asistieron varios líderes comunistas de la América Latina, entre ellos Carlos Prestes, Codovila, Rodolfo Ghioldi y Eudosio Ravines, el dirigente máximo del PC chileno. En los debates participaron Manuilsky y Dimitrov, lo que indica que por estas fechas el mando de la Comintern empezaba a tomar en serio el movimiento comunista latinoamericano. La Conferencia Latinoamericana de Moscú tomó una decisión doble: ensayar los métodos putschistas en el Brasil y la nueva táctica del Frente Popular en Chile. Con este objeto, Luis Carlos Prestes y Rodolfo Ghioldi fueron despachados hacia el Brasil, mientras que Eudosio Ravines recibió la orden de entrevistarse con los camaradas chinos (Mao Tse Tung, Chu Teh, Li–Li–Sang) para que éstos le introdujesen en las tácticas y métodos empleados por el PCCh en su lucha contra el Kuomintang. El cursillo de capacitación del líder chileno

---

483 Manuilsky, *Die Weltwirtschaftskrise*, obra cit., pág. 60.

tuvo lugar en una finca situada en las cercanías de Moscú, donde se alojaba la delegación china.

De regreso al Brasil, Prestes y Ghioldi, asesorados por el alemán Ernst Ewert (alias “Harry Berger”), crearon la Alianza Libertadora Nacional, organización de la que Prestes era presidente honorario, y que agrupaba a una serie de grupos izquierdistas y democráticos opuestos a la dictadura de Getulio Vargas. En julio de 1935 Vargas declaró como ilegal a la Alianza Libertadora, que no por ello dejó de funcionar. En noviembre del mismo año los “libertadores” se alzaron en armas contra el Gobierno y nombraron a Prestes nuevo presidente de la nación. Después de ocho o nueve horas de lucha en Río de Janeiro –donde los aliancistas tenían su baluarte principal–, la rebelión fue aplastada por las tropas gubernamentales. El putsch terminó con la detención y procesamiento de un gran número de dirigentes comunistas, entre los que se hallaban también Prestes, Ghioldi y Ewert.

De más éxito y duración fue la maniobra frentepopulista organizada en 1936 por el PC chileno contra el presidente Alessandrini. “La historia anecdótica del Frente Popular chileno –escribe Víctor Alba con su habitual lucidez– demuestra que Ravines y sus compañeros supieron aplicar a la perfección los consejos dados en Moscú por los comunistas chinos. Halagaron a quienes se mostraban dispuestos a apoyar sus consignas, calificaban de traidores o suscitaban sospechas en torno a quienes se negaban a seguirlos, prestaban

ayuda financiera a los candidatos adictos y cubrían de injurias a los adversarios, con lo cual éstos dieron en el hábito de temer a los comunistas y este temor aumentó la fuerza de los últimos”<sup>484</sup>. El pacto frentepopulista chileno incluía a comunistas, socialistas y radicales. En las elecciones al Congreso, celebradas en abril de 1937, el Frente Popular obtuvo 10 puestos a senador, de un total de 25, y 66 de los 146 mandatos a diputado. La cosecha comunista fue, de todos modos, magra: un senador (Elias Laferte) y siete diputados, entre ellos el secretario general, Carlos Contreras Labarca. En 1938 los partidos del Frente Popular apoyaron la candidatura del radical Pedro Aguirre Cerda, que resultó elegido presidente de la República por un escaso margen de votos. Pero, al constituirse el gabinete frentepopulista, el PC chileno adoptó la misma táctica maniobrera que había empleado ya el PC de Francia: no entrar en el Gobierno para no desgastarse y sacar al mismo tiempo provecho de sus éxitos. El Frente Popular chileno se derrumbó en 1940 a consecuencia de la defensa hecha por los comunistas del pacto entre Molotov y von Ribbentrop.

Fuera de Chile y de la aventura putschista de Prestes en el Brasil, la táctica del Frente Popular no condujo en Latinoamérica a grandes resultados prácticos, aunque fue apoyada por un buen número de obreros, fracciones sindica-

---

484 Víctor Alba, obra cit., págs. 110–111.

les, intelectuales y grupos universitarios. Más que un movimiento orgánico, el Frente Popular fue en la América Latina una operación propagandística de public relations.

En el Perú los apristas rechazaron una alianza con los comunistas; la misma actitud adoptaron en el Uruguay y la Argentina la mayoría de socialistas y fuerzas de izquierda. El Partido Radical argentino tampoco se mostró accesible a la nueva táctica comunista del abrazo. En algunas ocasiones, no obstante –como durante la manifestación del Primero de Mayo de 1936–, los partidos democráticos y de izquierda organizaron actos en común con los comunistas, con participación de oradores y personalidades de todo el campo antifascista. En 1937 los comunistas argentinos apoyaron la candidatura del radical Marcelo T. de Alvear. Pero, una vez derrotado éste, el PC argentino no vaciló en dar su apoyo a su rival Roberto Ortiz. Como en otros países, durante la fase del Frente Popular, los comunistas argentinos disolvieron formalmente sus débiles organizaciones sindicales e ingresaron en las grandes centrales, donde, so capa de la unidad antifascista, realizaron una fecunda labor infiltrativa y de zapa.

En Cuba los comunistas no lograron ganar a su favor al Partido Auténtico, del doctor Ramón Grau San Martín, y en Venezuela las izquierdas no quisieron saber nada de ellos. En Colombia obtuvieron una colaboración tácita –pero no formal– con el presidente de la República, Alfonso López, y el ala izquierda del Partido Liberal.

En México no hubo tampoco Frente Popular formal, pero, tras algunas vacilaciones, los comunistas apoyaron la política de Lázaro Cárdenas y, a partir de 1937, la Confederación de Trabajadores de México, dirigida por Lombardo Toledano, que, sin ser miembro oficial del PCM, se convirtió en un dócil instrumento del estalinismo, al que prestó durante años valiosísimos servicios al frente de la CTM y de la Federación de Trabajadores de la América Latina (CTAL). “Aunque en general Cárdenas y sus más estrechos colaboradores no eran comunistas ni siquiera marxistas –anota Seton–Watson–, en México existían, para una acción comunista, mejores condiciones que en cualquier otro punto del continente”<sup>485</sup>. Que estas palabras son justas, tendremos ocasión de comprobarlo más adelante, cuando analicemos la estancia de Trotsky en México.

A pesar de los escasos resultados prácticos obtenidos por los comunistas latinoamericanos entre 1935–1939 (año del pacto entre Stalin y la Alemania nazi), fue durante la fase del Frente Popular que alcanzaron por primera vez cierta resonancia en este hemisferio. Como ha observado Robert J. Alexander: “La época del Frente Popular fue el primer período durante el cual los partidos comunistas de la América Latina adquirieron realmente importancia política en la vida del hemisferio... Fue la primera vez que políticos res-

---

485 Seton–Watson, obra cit., pág. 197.

ponsables se mostraron dispuestos en más de un país a establecer alianzas y pactos con los comunistas y que éstos empezaron a adquirir una audiencia verdaderamente seria entre los obreros y los intelectuales de los países de la América Latina. Durante este período sembraron las semillas que iban a crecer y convertirse en robustas plantas durante la última fase de la Segunda Guerra Mundial”<sup>486</sup>.

Allí donde los comunistas no lograron ser aceptados por la izquierda y los grupos demócratas –y eso ocurrió en la mayoría de países–, no vacilaron en pactar o coquetear con caudillos, dictadores y caciques políticos reaccionarios o criptofascistas. Así apoyaron, por ejemplo, al coronel Fulgencio Batista en Cuba, a Getulio Vargas en el Brasil –que los rechazó de todos modos–, al general Ibáñez en Chile, al mariscal Benavides en el Perú y a Medina Angarita en Venezuela.

Robert J. Alexander escribe: “Estos acuerdos con los dictadores resultaron fecundos para los comunistas. Varios dictadores ansiaban obtener apoyo popular contra movimientos democráticos que estaban desafiando su dominio. Con este objeto estaban perfectamente dispuestos a usar a los comunistas.

Y, por su parte, los comunistas deseaban utilizar el apoyo de los dictadores con el fin de tener por lo menos libertad

---

486 Robert J Alexander, *Communism in Latin America*.

para sus actividades de agitación y organización y para formar un movimiento sindical bajo su propio control”<sup>487</sup>.

## **VI. EL PACTO ANTI-COMINTERN**

Mientras la IC ponía en movimiento la táctica del Frente Popular, las potencias fascistas no se mantenían cruzadas de brazos. Contradiciendo los acuerdos del Tratado de Versalles, Hitler había reintroducido en Alemania el servicio militar obligatorio. En octubre de 1935 Italia iniciaba su cobarde guerra de agresión contra Abisinia, ante la pasividad y el consentimiento tácito no sólo de Francia e Inglaterra, sino también de la Unión Soviética, que bajo mano seguía manteniendo las más cordiales relaciones con el Duce. El 7 de marzo de 1936 Alemania iniciaba la ocupación de la zona desmilitarizada del Rin.

Al estallar la guerra civil española, Hitler y Mussolini se apresuraron a abastecer con armas y hombres a las tropas del bando nacional. Entre 1935 y principios de 1936 Alemania y el Japón negociaron una alianza secreta, que fue firmada en noviembre de 1936, y a la que se incorporó Italia un año más tarde. Este acuerdo tripartito, que pasaría a la

---

487 Ibid., pág. 24.



historia bajo el nombre de Pacto Anti-Comintern, quedó más tarde ampliado por el ingreso de otros países favorables al Eje Berlín-Roma-Tokio.

Las negociaciones llevadas a cabo entre el agregado militar japonés en Berlín, Hiroshi Oshima, y el barón von Ribbentrop, fueron objeto de toda clase de especulaciones en la prensa mundial. El jefe del servicio de espionaje militar soviético en la Europa occidental, Krivitsky, logró capturar, gracias a su red de agentes en Alemania, una copia fotográfica de los mensajes cifrados intercambiados por la Embajada japonesa y el Gobierno de Tokio. En su tratado secreto Alemania y el Japón acordaron coordinar todas sus acciones político-militares en Europa y en el Pacífico, comprometiéndose a no dar un solo paso sin consultarse previamente. Berlín accedía asimismo a contribuir técnicamente al desarrollo de la industria de guerra japonesa. La firma oficial del pacto tuvo lugar en Berlín el 25 de noviembre de 1936 con asistencia de todo el cuerpo diplomático extranjero, con la sola excepción de la Unión Soviética. El texto dado a conocer por los firmantes del tratado no aludía, naturalmente, a las cláusulas secretas.

Moscú, que se hallaba en posesión del material documentativo cruzado entre el agregado militar japonés en Berlín y su Gobierno de Tokio, decidió demostrar a Hitler y a los japoneses que conocía la existencia del tratado secreto no publicado. El 28 de noviembre el jefe de la Narkomindel, Litvinof, dijo ante el Congreso de los Soviets: “Por lo que

respecta al acuerdo germánico–japonés, yo recomendaría no buscar en él algún significado, pues en realidad carece de todo significado. Se trata solamente de una tapadera para otro acuerdo que fue discutido e iniciado simultáneamente, y probablemente ya firmado, y que no ha sido publicado ni está destinado a ser publicado... Este acuerdo con el Japón tenderá a extender toda guerra que estalle en un continente a por lo menos dos, sino más continentes”<sup>488</sup>. Proféticas palabras.

El discurso de Litvinov, a pesar de haber subrayado el peligro de un expansionismo fascista, dejaba la puerta abierta para un entendimiento entre Alemania y Rusia: “Convertida en un baluarte de democracia y libertad, la Unión Soviética no aboga, sin embargo, por la creación de un bloque internacional para luchar contra el fascismo. Como Estado, a nosotros no nos incumbe el régimen interno fascista de este o aquel país. Nuestra cooperación con otros países y nuestra participación en la Sociedad de Naciones están basadas en el principio de la coexistencia pacífica de dos sistemas –el socialista y el capitalista–, y consideramos que este último incluye al sistema fascista”<sup>489</sup>. Si mediante párrafos como éste Litvinov, cumpliendo órdenes de Stalin, daba a entender claramente a Hitler y Mussolini que Moscú deseaba convivir pacíficamente con ellos, del otro lado el

---

488 Citado por Krivitsky, *I was Stalin’s Agent*, pág. 36.

489 Max Beloff, *The Foreign Policy of Soviet Russia 1929–1941*, II, pág. 65, Londres, segunda edición.

comisario de Asuntos Exteriores soviético no olvidó de advertir que “el fascismo está actualmente dejando de ser un asunto interno de los países que lo predicán... Es necesario tener en cuenta que el fascismo no es solamente un régimen de Estado específicamente interno, sino que representa al mismo tiempo la preparación para una agresión, la preparación para una guerra contra otros Estados”<sup>34</sup>.

## CAPÍTULO XI

### I. EL ASESINATO DE KIROV: LA ANTESALA DE LAS PURGAS

En el informe leído en 1956 ante el XX Congreso del PC de la URSS en nombre del CC, Nikita Kruschev dijo: “Hay que consignar que las circunstancias del asesinato de Kirov siguen siendo hoy, en muchos aspectos, enigmáticas y misteriosas, de manera que requieren una concienzuda revisión. Hay razones para sospechar que el asesino de Kirov, Nikolayev, fue ayudado por alguien cuyo deber era el de proteger a la persona de Kirov”<sup>490</sup>.

---

490 Secret Speech of Khrushchev Concerning the «Cult of the Individual», Delivered at the Twentieth Congress of the Communist Party of the Soviet Union, February 25, 1956 (Discurso secreto de Jruschov sobre el «culto al individuo», pronunciado en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, 25 de febrero de 1956), en «The Anti-Stalin Campaign and the International Communism», páginas 25–26, Edited by the Russian Institute Columbia University.

El 1 de diciembre de 1934 un joven comunista y antiguo estudiante de Derecho, llamado Leónidas Nikolayev, penetró en el Instituto Smolny, de Leningrado, armado de una pistola, que disparó contra Sergio M. Kirov, uno de los más destacados miembros del Politburó y jefe del partido en Leningrado, quien murió en el acto. El mismo día Stalin promulgó un decreto extraordinario modificando el Código Penal; de acuerdo con la nueva ley, los responsables de haber cometido un crimen político debían ser juzgados en el plazo máximo de diez días por un tribunal militar en un proceso a puerta cerrada, cuyas sentencias debían ser ejecutadas inmediatamente. El crimen contra Kirov y el decreto *ad hoc* promulgado por Stalin iba a manifestarse como de gran trascendencia en la historia del comunismo soviético.

Exactamente cinco meses antes de producirse la muerte de Kirov, Hitler había hecho ejecutar al jefe de la SA, Ernst Rohm; al general von Schleicher, a Gregor Strasser y a otros dirigentes nazis que acusaban al Führer y sus acólitos Goebbels y Göring de haberse vendido al capitalismo y haber traicionado la revolución nacionalsocialista. Stalin, que admiraba en secreto profundamente a Hitler, había observado que el magnicidio de Hitler no sólo había sido olvidado pronto por la opinión pública mundial, sino que había consolidado el poder del dictador alemán.

El PC ruso publicó varias versiones sobre la muerte de Kirov. En la primera de ellas fue declarado que el crimen había sido organizado y llevado a la práctica por un grupo de

terroristas blancos que había logrado penetrar subrepticiamente en Rusia a través de Finlandia, Letonia y Polonia. Según comunicó la prensa soviética, pocos días después fueron ejecutados los 104 terroristas capturados. Para dar un carácter plausible a estos hechos, la prensa del país desencadenó una violenta campaña contra las dos principales organizaciones blancas en el extranjero: la “Unión Militar Rusa” y la “Fraternidad de la Verdad Rusa”, a las que se imputó la responsabilidad del crimen contra Kirov. En Leningrado fueron además detenidas 3.000 personas sospechosas de pertenecer a la oposición o de abrigar simpatías por ella.

Pocos días después la prensa soviética publicó una nueva versión sobre la muerte de Kirov, achacándola esta vez al bloque oposicional de Sinoviev y Kamenev, que fueron detenidos y sometidos a un insistente interrogatorio por parte de la NKVD. En el extranjero circularon rumores de que ambos habían sido ejecutados en secreto. Los rumores eran tan pertinaces, que el Gobierno soviético se creyó obligado a publicar, el 22 de diciembre, una nota oficial desmintiéndolos y declarando que no existían pruebas evidentes de la participación de Sinoviev y Kamenev en el asesinato de Kirov. De todos modos, los funcionarios de la NKVD hacían todos los esfuerzos posibles para arrancar a los dos líderes bolcheviques la confesión de que eran responsables morales del crimen. El 28 de diciembre la prensa soviética publicó una nota acusando oficialmente a Nikolayev y otras trece

personas de ser los autores del asesinato de Kirov. Al día siguiente los periódicos dieron a conocer que los catorce acusados habían sido condenados a muerte en un proceso a puerta cerrada y ejecutados. En el comunicado no se aludía a ningún tipo de participación de Sinoviev y Kamenev en el crimen.

El 23 de enero de 1935 el pueblo ruso se enteró, por una nota del Gobierno, de que el jefe de la NKVD en Leningrado, Felipe Medved, y su lugarteniente, Zaporozhets, junto con otros diez funcionarios de la policía secreta, habían sido destituidos de sus cargos y condenados a diversas penas de cárcel en una sesión secreta del Tribunal Supremo de la Unión Soviética. Este castigo se debía al hecho de que los funcionarios mencionados no habían sabido impedir la entrada del asesino de Kirov en el edificio Smolny, a pesar de que Nikolayev había intentado ya una vez penetrar en él.

La verdad sobre el asesinato de Kirov era, naturalmente, muy distinta a las diversas versiones difundidas por el Gobierno soviético. Kirov fue liquidado por la GPU por orden directa de Stalin o por lo menos con su consentimiento.

Nikolayev, el ejecutor del crimen, era, en efecto, un comunista opuesto al régimen que tenía inicialmente la intención de atentar contra la vida de un funcionario subalterno del partido. Gracias a una serie de maniobras realizadas por la GPU con ayuda de agentes provocadores, Nikolayev fue inducido a asesinar a Kirov. El acceso al edificio

Smolny fue facilitado por los propios iniciados en el complot, así como la ejecución misma. Las penas de cárcel dictadas contra Medved, Zaporozhets y los otros funcionarios de la NKVD fueron parte de una comedia escenificada para dar un carácter verosímil al crimen. En realidad, Medved y Zaporozhets fueron trasladados secretamente a Siberia, donde bajo nombres supuestos asumieron funciones dirigentes en los yacimientos de oro de Lenzoloto.

Kirov fue quitado de enmedio por el aparato de la GPU porque desde hacía tiempo mantenía una actitud claramente oposicional contra el aparato del Partido, contra Stalin y contra Yagoda, el jefe de la NKVD. Su popularidad en la zona de Leningrado era abrumadora. En la primavera y el verano de 1934 Kirov había tenido una serie de conflictos con el Comisario de la industria pesada, Orponikidze, con Mikoyan y con Vorochilov, el Comisario de Defensa. Desafiando las instrucciones del Partido, Kirov había distribuido entre los trabajadores de Leningrado partidas de víveres destinadas al Ejército. En las sesiones del Politburó eran frecuentes las disputas entre Kirov y otros altos funcionarios. Su popularidad dentro del PC y entre la población, crecía a ojos vistas. Kirov, de origen humilde era el único líder bolchevique que mantenía un estrecho contacto con los obreros, visitaba las fábricas y se interesaba por los problemas del pueblo. Kirov era un orador elocuente, un gran organizador y un comunista sincero. Su autoridad en el área de Leningrado era total. En el XVII Congreso del PC ruso,



celebrado en enero–febrero de 1934, Kirov fue acogido con largas y calurosas ovaciones, primero por los delegados de Leningrado, después por todo el Congreso. Stalin se dio cuenta de la popularidad que Kirov había alcanzado ya y se apresuró a eliminarlo antes de que se convirtiese en un nuevo polo de oposición contra él.

“Sergio Kirov –resume Susanne Leonhard– era un hombre de tendencias humanas y liberales; era tan querido que Stalin empezó a sentir envidia de su popularidad. En el Congreso del Partido de 1934 había sido acogido con calurosas ovaciones; en el Pleno de la Comisión Central de noviembre de 1934 su informe fue recibido con entusiasmo... Entre ambos rivales se había producido ya un conflicto... cuando Kirov manifestó que tras los grandiosos éxitos de la industrialización socialista se podía atenuar el régimen de terror y limitar las atribuciones de la GPU, y que había llegado la hora de evolucionar hacia un sistema democrático y humano. Kirov mismo, que había recibido el encargo de suprimir la oposición de Leningrado, dio la orden de que no se siguiera persiguiendo a quienes habían sido expulsados del Partido. Kirov era considerado como el héroe de la política de reconciliación; con su nombre se vinculaban los más osados sueños de todos aquellos que no se habían sometido todavía al odiado Secretario General sobre el comienzo de una nueva fase de desarrollo, de una era del humanismo y la

libertad personal”<sup>491</sup>. Este análisis de la revolucionaria y marxista alemana (que vivió durante varios años en la Unión Soviética), es confirmado por Barmine, otro testimonio excepcional: “El papel más importante en estos cambios era desempeñado por Sergio Kirov, miembro del Politburó y Secretario del Partido en el distrito de Leningrado. Kirov resucitó en parte de nuevo el viejo espíritu liberal que tras la revolución había convertido a Leningrado en un centro cultural y científico, llevando a cabo en su propio distrito lo más lejos posible la política de reconciliación. En el Politburó había sido un fiel partidario de la “línea general” de Stalin, y su posición ortodoxa estaba fuera de toda duda. Este hecho, así como su labor enérgica en el Plan Quinquenal y sus facultades de organizador y brillante orador –en este aspecto era sólo superado por Trotsky– le convirtieron pronto en el más destacado portavoz de la política de reconciliación”<sup>492</sup>. Barmine anota, algo más adelante: “En el Congreso del Partido de febrero de 1934, Kirov fue saludado con una ovación. Al terminar su discurso, todo el Congreso se puso en pie. En los pasillos se hablaba de si los aplausos destinados a él no habían sido más fuertes que los dedicados a Stalin”<sup>493</sup>.

Antes de decidirse a recurrir al crimen –como aconsejaba

---

491 Susanne Leonhard, *Gestohlenes Leben*, pág. 811, Francfort, 1956.

492 Barmine, obra cit., pág. 353.

493 Ibid., pág. 354.

Yagoda—, Stalin intentó resolver la espinosa cuestión de Kirov por vía administrativa, ordenándole que debía trasladarse a Moscú para asumir un puesto directivo en el Org—buró del CC. Kirov que se dio cuenta de que Stalin quería con esta maniobra alejarle de Leningrado, demoró de un mes a otro su partida, pretextando que su presencia era imprescindible en esa ciudad.

Stalin decidió entonces proceder a su liquidación física. Pero un proceso contra Kirov acusándole de cualquier monstruosidad conspirativa era irrealizable y no aconsejable por varios motivos: primero, porque ello hubiera sido difícil de probar y, segundo, porque en Leningrado se hubiera podido producir una rebelión abierta de los adictos de Kirov contra Yagoda y Stalin. El “affaire” Kirov no podía ser tratado con los mismos métodos utilizados hasta entonces contra los miembros de la vieja guardia de Lenin ni con los procedimientos que Stalin usaría más tarde durante los procesos escenificados de Moscú. En el caso de que se instruyera contra él un proceso basado en difamaciones, Kirov poseía el suficiente poder organizativo para defenderse. Stalin era consciente de que una confrontación abierta con Kirov era demasiado arriesgada, y que la única salida era la de asesinarle, pero de manera que la culpa recayese en algún grupo oposicional.

La elección para organizar el crimen recayó sobre Vania Zaporozhets, lugarteniente del jefe de la NKVD en Leningrado, Medved, y “protegé” de Yagoda. Fue Zaporozhets

quien indujo a Nikolayev a disparar contra Kirov y no contra un funcionario subalterno del Partido, quién a través de agentes provocadores procuró una pistola al joven comunista. En su primer intento de penetrar en el edificio Smolny, Nicolayev fue detenido por el oficial de guardia, pero puesto en libertad poco después por orden de Zaporozhets. Fue asimismo Zaporozhets quién facilitó un “pase” a Nikolayev, con el cuál éste pudo, en la noche del primero de diciembre, entrar sin dificultades en el cuartel general de Kirov y llegar hasta su despacho.

Una vez asesinado Kirov, Zaporozhets intentó convencer a Nikolayev que levantase un falso testimonio contra Sinoviev y Kamenev, acusándoles de ser los verdaderos instigadores de su acción.

Pero el fanático comunista había descubierto entretanto que la NKVD le había utilizado como juguete para sus propias maquinaciones y se negó rotundamente a prestarse a la comedia. Stalin, que se trasladó inmediatamente a Leningrado para “dirigir” personalmente las investigaciones, tuvo una confrontación personal con Niklayev, en el curso de la cual se dio cuenta de que éste no se avendría a comparecer ante un tribunal y declarar que Sinoviev y Kamenev eran los responsables de su homicidio. Fue ésta la razón de que el Partido se viese obligado a achacar el crimen a un grupo de emigrantes blancos. Para borrar toda posible huella del crimen, Stalin hizo ejecutar secretamente al secretario personal de Kirov, Borisov.

El plan de utilizar a Nikolayev contra Sinoviev y Kamenev y montar un primer proceso escenificado fracasó, pero Stalin logró ver cumplido su objetivo principal, que era el de quitar de en medio a un rival tan peligroso como Kirov. El último acto de la tragicomedia fue el de ordenar que se organizase un entierro de Estado en honor de Kirov, con el fin de que el pueblo ruso no llegase a sospechar quienes eran los verdaderos asesinos. El cadáver de la víctima fue trasladado a Moscú en el tren personal de Stalin y expuesto en la Sala de las Columnas de la Casa Sindical. Stalin visitó el féretro y besó la frente del finado. Orlov, comentando esta escena, escribe: “En su calidad de antiguo estudiante que había aprendido la Biblia en un seminario eclesiástico, Stalin tuvo que recordar en ese momento la leyenda del beso de Judas Iscariote”<sup>494</sup>.

En la historia del PC ruso, la memoria de Kirov fue perpetuada con las siguientes palabras: “El asesinato del camarada Kirov, el favorito del Partido, el favorito de la clase trabajadora, despertó entre los obreros de nuestro país una inmensa ira y una profunda aflicción”<sup>495</sup>. Este macabro cinismo encajaba perfectamente en el carácter tenebroso de Stalin, que junto a su crueldad y su falta absoluta de principios, reunía una curiosa aptitud para las puestas en escena a lo Shakespeare.

---

494 Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes*, obra cit., pág. 37.

495 *Geschichte der Kom. Partei der Sowjetunion*, obra cit. página 392.

En el proceso secreto celebrado el 15 de enero de 1935 contra Sinoviev y Kamenev, no se pudieron aportar pruebas fehacientes de que ambos tuviesen algo que ver con el asesinato de Kirov. A pesar de ello, Sinoviev fue condenado a 10 años de trabajos forzados, Kamenev a 5. Presionados por Yagoda, los dos antiguos líderes bolcheviques se declararon más tarde dispuestos a reconocer que sobre ambos recaía “la responsabilidad política y moral” del asesinato de Kirov, y que la actitud de la “antigua oposición había fomentado... la degeneración de tales delincuentes” como Nikolayev<sup>496</sup>. Tras esa concesión, Sinoviev y Kamenev fueron puestos en libertad.

El crimen contra Kirov y la liquidación de su secretario personal Borisov, dio a la carrera de Stalin un giro cualitativo nuevo. A juicio de Krivitsky, “la muerte de Kirov marcó una encrucijada en la carrera de Stalin, iniciando la era de los procesos públicos y secretos contra la vieja guardia bolchevique, la era de las confesiones... Hay un hecho indiscutible: el asesinato de Kirov proporcionó a Stalin la deseada oportunidad para introducir la pena de muerte contra los bolcheviques. En vez de investigar el misterio real del asesinato de Kirov, Stalin convirtió su muerte en un pretexto para arrestar a los más destacados miembros de la vieja guardia bolchevique –empezando por Sinoviev y Kamenev–

---

496 Isaac Deutscher, Stalin, obra cit., pág. 357.

y para introducir la pena de muerte contra los bolcheviques”<sup>497</sup>.

Trotsky, sin más elementos de juicio que las breves notas publicadas por la prensa francesa, si bien no desentrañó en todos sus pormenores y detalles el crimen contra Kirov, logró, sin embargo, captar y desenmascarar el significado político de la maniobra de Stalin. Trotsky se dio cuenta antes que nadie que el asesinato de Kirov había sido realizado con la participación directa de la GPU, de Yagoda y de la “hiena del Kremlin”, como él llamaba a Stalin. El 26 de enero de 1935, Trotsky escribía: “Sin la aprobación directa de Stalin – más exactamente, sin su iniciativa– ni Yagoda ni Medved se hubieran decidido jamás a montar una empresa tan arriesgada”<sup>498</sup>. Y ya antes, el 16 de enero: “Es la dirección del Partido el responsable. En este sentido, es absolutamente justo decir: Stalin y su régimen son políticamente responsables del asesinato de Kirov”<sup>499</sup>. Trotsky se dio también cuenta que la liquidación de Kirov y la decisión de Stalin de involucrar a Sinoviev y Kamenev en el magnicidio de Nikolayev, perseguía el objeto de crear una atmósfera idónea para la escenificación de nuevas “amalgamas” –para emplear el lenguaje de Trotsky– contra la oposición. Proféticamente, escribía: “En la medida en que yo puedo

---

497 Walter Krivitsky, *I was Stalin's Agent*, obra cit., pág. 208.

498 Trotsky, *La burocratie estalinienne et l'assassinat de Kirov*, página 39, Feltrinelli Reprint, 1967.

499 *Ibid.*, pág. 34.

juzgar a distancia, en calidad de observador aislado, la estrategia desplegada en torno al cadáver de Kirov no ha aportado a Stalin grandes laureles. Pero es precisamente por esto que él no puede detenerse ni retroceder. Stalin se halla ante la necesidad de encubrir las amalgamas frustradas con nuevas amalgamas, de mayor envergadura y... más logradas”<sup>500</sup>. Sin saberlo, Trotsky, desde su exilio de Francia, estaba anticipando casi literalmente los procesos escenificados de los años siguientes y su propia muerte.

A Trotsky no se le escapó tampoco el significado último de la detención de Sinoviev y Kamenev: “Se diría que Stalin quiere obtener algo de Sinoviev y Kamenev, jugando con sus nervios, que no son muy sólidos, ¿qué es lo que querrá obtener? Probablemente algunas declaraciones “convenientes”, “necesarias”, “útiles”<sup>501</sup>. Y más adelante: “El sentido de este embrollo repugnante, concebido a sabiendas, es absolutamente claro. Stalin ha presentado un ultimátum a Sinoviev y Kamenev: ambos le deben suministrar personalmente una fórmula que justificaría la represión contra ellos; entonces les disculpará del asesinato de Kirov. La fórmula de Sinoviev ha debido ir y venir una docena de veces de la cárcel al despacho de Stalin, hasta que ha podido ser admitida como presentable tras las rectificaciones

---

500 Ibid., pág. 42.

501 Ibid., pág. 33.



necesarias”<sup>502</sup>. Sólo un ruso que, como Trotsky, conocía los recovecos más profundos y ocultos del alma siniestra de Stalin podía desentrañar hasta los menores detalles la tragicomedia escenificada por el dictador.

## II. LA OPOSICIÓN CONTRA STALIN

En el momento de producirse la muerte de Kirov, el interior de Rusia era escenario de una sorda lucha entre el aparato gubernamental y la psicosis oposicional surgida por generación espontánea entre diversos sectores de la población. La persecución de los “kulaks” y los campesinos que se habían opuesto a la colectivización forzosa de la agricultura y la epidemia de hambre provocada por la draconiana política económica del gobierno, habían despertado un profundo descontento en el pueblo ruso. A pesar de que las cosechas de 1934 y 1935 habían sido buenas, la escasez de víveres no había disminuido. Las colas ante las tiendas de comestibles y otros comercios eran habituales. Faltaba de todo, y los escasos productos existentes eran de mala calidad y cada vez más caros. Bajo el pretexto de “renovar” y “bolchevizar” las técnicas de producción, el gobierno introdujo en los talleres, fábricas y granjas colectivas una

---

502 Ibid., pág. 36.

serie de medidas policiaco–represivas. Una de ellas consistía en escribir en pizarras a la vista de todo el mundo los nombres de los obreros o campesinos que no habían cumplido las “normas de rendimiento” establecidas por los expertos del Partido. Para dar un barniz popular y “espontáneo” a la explotación de la clase trabajadora y justificar al mismo tiempo las diferencias de remuneración cada vez más acusadas, en 1935 fue introducido el “sistema Stachanov”, que era la versión estalinista de los procedimientos clásicos utilizados por el capitalismo para explotar al máximo a los obreros y para sembrar la cizaña y la rivalidad entre ellos<sup>503</sup>.

Orlov escribe sobre la atmósfera reinante en Rusia: “Un amargo descontento se extendió por todo el país entre los campesinos, los obreros, los empleados y las masas del Partido. Incluso el aparato de la OGPU estaba desmoralizado por las dudas y el temor ante la inminente catástrofe. En esos momentos de resentimiento colectivo, hubo días en que Stalin sentía que el suelo se movía bajo sus pies. A través de su bárbara política, Stalin había conjurado contra sí mismo una calamidad que amenazaba el fundamento real de su poder personal. Stalin escuchaba alarmado los informes diarios de la OGPU sobre la represión contra los levantamientos y el renacer del espíritu oposicional entre las

---

503 El término de stachanovismo deriva de A. Stachanov, un hullero ruso que en 1935 logró extraer, en un solo turno de trabajo, catorce veces más carbón del que prescribía su norma de rendimiento.

masas del Partido. En las escuelas superiores del Partido, la antigua plataforma de la oposición trotskista circulaba de mano en mano. En la Escuela Marxista–Leninista de la ciudad de Gorki y en el Instituto Pedagógico de Moscú eran distribuidas copias del testamento de Lenin, en el cuál éste pedía la destitución del “desleal” Stalin como líder del Partido. Hasta entonces, Stalin había logrado ocultar el testamento de Lenin ante las masas del Partido. En las paredes de muchas fábricas aparecieron inscripciones injuriantes dirigidas contra Stalin”<sup>504</sup>. A juicio de Krivitsky, en ese momento, “no sólo la inmensa masa de los campesinos, sino la mayoría del Ejército, incluyendo a sus mejores generales; la mayoría de comisarios, el 90 por 100 de los directores de fábrica y del aparato del Partido se hallaban en oposición más o menos extrema con la dictadura de Stalin”<sup>505</sup>.

Stalin, dándose cuenta del peligro que se cernía sobre él y su burocracia a sueldo, empezó a tomar medidas para impedir a tiempo que la psicosis oposicional se tradujera en una rebelión abierta contra el régimen. En el curso de 1935 fue llevada a cabo una depuración a gran escala entre la militancia del Partido, consistente en “revisar” y “cambiar” los carnets de los afiliados. Todo comunista sospechoso de no ser un estalinista probado, fue expulsado del Partido. Los afectados fueron principalmente los viejos militantes que

---

504 Orlov, obra cit., págs. 43–44.

505 Krivitsky, obra cit., pág. 208.

habían ingresado en el Partido bajo la época de Lenin. El 7 de abril de 1935 fue promulgado un decreto en virtud del cual todo niño habiendo cumplido los doce años de edad quedaba sometido a las leyes del Código Penal previsto para los adultos. En mayo del mismo año, Stalin procedió a disolver la “Sociedad de los Viejos Bolcheviques”, organización a la que pertenecían antiguos miembros del Partido que habían luchado contra el Zar en la clandestinidad. Un gran porcentaje de ellos fueron deportados a Siberia, donde desaparecieron sin dejar rastro. Los más afortunados se vieron obligados a asumir alguna función en lugares remotos o se retiraron completamente de toda actividad política. Una minoría se pasó al campo de Stalin y pudo hacer carrera en el aparato del Partido. En junio de 1935, Stalin ordenó la disolución de la Asociación de Antiguos Exilados y Prisioneros de Katorga, organización que constituía otro de los santuarios del viejo bolchevismo de la época heroica. Disuelta fue también la Academia Comunista, otro de los centros en que se había mantenido vivo el espíritu leninista.

Pero los golpes principales fueron asestados por Stalin contra la Liga de los Jóvenes Comunistas, que se estaba convirtiendo en un nuevo foco de oposición contra el régimen. Un día, un grupo compuesto de 800 jóvenes obreros comunistas que trabajaban en las obras del Metro de Moscú se negaron a trabajar y se dirigieron a la sede de la Liga de los Jóvenes Comunistas; una vez allí, arrojaron sus carnets al

suelo y profirieron improperios contra el gobierno. De acuerdo con el testimonio de Orlov, a consecuencia de éste y otros actos de protesta, “en 1935 y 1936 miles de jóvenes comunistas fueron detenidos y deportados a los campos de concentración de Siberia y Zazatskan. En el mismo período, decenas de miles de jóvenes comunistas cuya lealtad había sido puesta en duda, fueron enviados a los Urales y a Siberia para establecer nuevas colonias”<sup>506</sup>. Y según Isaac Deutscher: “En la primavera de 1935, decenas de miles de bolcheviques y miembros de la Konsomol sospechosos, fueron deportados con sus familias de Leningrado al norte de Siberia. Multitudes de “asesinos de Kirov” de otras ciudades, como eran llamados esos deportados, llenaron las cárceles y los campos de concentración”<sup>507</sup>.

Percibiendo que la eliminación y persecución sistemática de la élite revolucionaria creaba un vacío ideológico que había de ser llenado de alguna manera, Stalin procedió al mismo tiempo a la restauración de una serie de tradiciones y costumbres reaccionarias o pequeño burguesas desaparecidas en Rusia al producirse la Revolución de Octubre. Así, en otoño de 1935, Stalin reintrodujo en el Ejército una serie de títulos que habían sido abolidos por la Revolución. El Cuerpo de los Cosacos, una organización que simbolizaba como pocas el viejo espíritu zarista, fue restaurado. Stalin no

---

506 Orlov, obra cit., pág. 49.

507 Isaac Deutscher, Stalin, obra cit., pág. 358.

olvidó de aumentar los emolumentos y privilegios de la nueva burocracia, con el fin de asegurarse su apoyo frente a todo posible intento subversivo por parte de los grupos opositores.

Pero Stalin no se conformó con estas medidas. Kirov estaba muerto, más la mayoría de los viejos compañeros de Lenin y líderes de la oposición seguían viviendo. Aún estando encarcelados, perseguidos, desterrados o retirados de la vida política, esos viejos líderes constituían un poder mágico, un símbolo que en un momento determinado podía servir de polo de atracción para cualquier nuevo movimiento insurreccional.

Stalin intuía que las campañas de difamación contra Trotsky, Sinoviev, Kamenev y otras destacadas figuras de la vieja guardia bolchevique no habían logrado borrar del todo las simpatías que estos hombres gozaban dentro del Partido y entre la población. Al contrario: su persecución había despertado en cierto modo la compasión del pueblo ruso y contribuido a crear en torno a ellos una aureola mágica, un mito. Stalin, asediado por el miedo, la inseguridad, la sed de venganza y su creciente esquizofrenia, se dispuso a asestar el golpe definitivo.

### III. LOS PREPARATIVOS DEL PROCESO CONTRA LOS 16

A principios de 1936, el jefe del Departamento Político Secreto, Molchanov, reunió a unos cuarenta altos funcionarios de la NKVD para comunicarles que había sido descubierta una vasta red conspirativa contra el régimen, dirigida por Trotsky, Sinoviev, Kamenev y otros destacados líderes de la antigua oposición. Después de informar sucintamente sobre el carácter de la conspiración, Molchanov hizo saber a los presentes que, con excepción de los jefes de departamento y sus respectivos lugartenientes, todos ellos quedaban exentos de sus funciones habituales y pasaban a incorporarse al Departamento Político Secreto, donde asumirían la tarea de dirigir las pesquisas e interrogatorios relacionados con la conspiración.

El plan investigacional expuesto por Molchanov a los funcionarios de la NKVD había sido elaborado personalmente por Stalin y su hombre de confianza en este momento, Yezhov, secretario del CC del Partido. A grandes rasgos, el plan de Stalin y Yezhov era el de detener a unos 300 miembros de la oposición y “prepararlos” en la Lubianka para que firmasen testimonios contra Sinoviev, Kamenev y otros líderes hostiles al régimen estalinista. El dictador confiaba en que entre los elegidos sería posible seleccionar finalmente a un grupo de 50 o 60 y montar con ellos un proceso público.

La primera tarea que la NKVD tuvo que asumir fue la de “fabricar” los pormenores de un complot que en realidad no existía. Para ello, los funcionarios de la NKVD comenzaron por considerar cuales podían ser los hombres adecuados para suministrar la base testimonial de la supuesta conspiración y actuar de testigos falsos durante los interrogatorios y la vista pública. Para esta tarea preliminar fueron seleccionados Valentin Olberg, Isaac Reinhold y Richard Pickel. El primero era un agente de la NKVD, Reinhold un alto funcionario soviético que conocía personalmente a Kamenev y Pickel, el antiguo jefe del secretariado de Sinoviev. Cuando Trotsky se hallaba en su exilio de Turquía, Olberg intentó, por encargo de la NKVD, ganarse la confianza de los trotskistas y obtener el puesto de secretario del ex jefe del Ejército Rojo, tentativa que fracasó. Tras la subida de Hitler al poder, Olberg fue enviado a Praga con la misión de espiar las actividades de los partidos de izquierda alemanes exilados en Checoslovaquia. En 1935 Olberg fue llamado a Rusia y emplazado como profesor en la Escuela Marxista–Leninista del Instituto Pedagógico de Gorki, con el objeto de observar de cerca las actividades conspirativas y subversivas de los grupos opositores existentes en este centro docente. Su presencia en el Instituto Pedagógico y su contacto directo con los estudiantes iba a permitir a Olberg dar un carácter de veracidad a sus falsos testimonios contra Trotsky y sus partidarios.

A diferencia de Olberg, Reinhold y Pickel no sólo no eran



agentes provocadores, sino que ambos habían militado al principio en la oposición contra Stalin. Después de reconciliarse con el Partido y renunciar a su antigua actitud política, Reinhold y Pickel llevaron durante algunos años la vida normal de funcionarios soviéticos. Al ser detenido, Reinhold ocupaba el cargo de director del Sindicato del Algodón; Pickel era comisario del Teatro Kamenzi, de Moscú. Ambos habían sido seleccionados por el hecho de haber conocido personalmente a Sinoviev y Kamenev.

Mientras Olberg se prestó, como es natural, de buen grado, a desempeñar el papel asignado por la NKVD, Reinhold y Pickel se resistieron al principio a firmar los documentos elaborados por el “brain-trust” de Yezhov, refutando como falsas las acusaciones presentadas contra ellos y contra Sinoviev–Kamenev y negándose a admitir que habían formado parte de una red conspirativa que, bajo el mando de Sinoviev y Kamenev, se proponía el asesinato de Stalin, Kaganovitch y otros altos dirigentes del Partido.

Pero los funcionarios de la NKVD operaban con métodos persuasivos mucho más sutiles que la antigua Okrana, que la Gestapo o cualquier policía secreta del mundo, y pasado un tiempo, Reinhold y Pickel se avinieron a firmar los falsos testimonios exigidos por sus interrogadores.

Pero si el interrogatorio de Reinhold y Pickel se había desarrollado más o menos de acuerdo con los planes de Yezhov, la próxima fase de la investigación presentó

dificultades inesperadas. La mayoría de los 300 acusados movilizados por la NKVD se mostraron durante los interrogatorios mucho más resistentes de lo que Stalin y sus secuaces habían previsto.

Careciendo quizá de la flexibilidad mental y de la imaginación suficiente, no acertaban a comprender la comedia escenificada por la NKVD, y negaban con toda energía una y otra vez haber formado parte de alguna conspiración contra los jefes del Partido y del gobierno. Doblar su voluntad y “prepararlos” para un proceso público era sumamente importante para Stalin, que valiéndose de sus falsos testimonios quería demostrar ante el pueblo ruso que Trotsky, Sinoviev y Kamenev dirigían una organización terrorista con ramificaciones en todo el país.

Viendo que la firmeza de los detenidos paralizaba la marcha de la “investigación”, Yezhov dio orden de recurrir al clásico procedimiento de la intimidación física, el chantaje y las amenazas. Aunque con más lentitud de lo que habían creído en un principio Yezhov y Stalin, muchos de los detenidos –algunos de ellos funcionarios muy destacados– fueron poco a poco capitulando y firmando los cargos presentados contra ellos por los interrogadores. El plan progresaba. El número de personas “preparadas” en mayo de 1936 se elevaba a quince.

#### IV. EL INTERROGATORIO DE SINOVIEV, KAMENEV, SMIRNOV Y MRACHKOVSKY

Cuando la NKVD hubo reunido las suficientes declaraciones falsas contra Sinoviev y Kamenev, procedió a preparar la intervención personal de ambos líderes en el proceso. Las investigaciones contra ambos fueron confiadas a Agránov, Molchanov y Mironov, tres de los hombres de confianza de Stalin dentro de la NKVD y del Partido. En la primavera de 1936, Mironov hizo traer ante su presencia a Kamenev y le dijo: “Camarada Kamenev, ciudadano Kamenev; existen testimonios hechos por varios opositores detenidos, que usted ha estado preparando junto con ellos, desde 1932, actos de terrorismo contra Stalin y otros miembros del Politburó, y que usted y Sinoviev reclutaron a los asesinos de Kirov”<sup>508</sup>. “Esto es una mentira, usted sabe que esto es una mentira”, respondió Kamenev sin vacilar. Kamenev no sólo negó con firmeza las imputaciones formuladas por su juez instructor, sino que declaró que no se sometería ni participaría en ninguna comedia judicial como la del proceso a puerta cerrada celebrado contra él y Sinoviev a principios de 1935. “Dígale usted a Yagoda que esta vez tendrá que probar mi culpa y que no quiero entrar en negociación alguna. Pediré al tribunal que cite a Medved y otros funcionarios de la NKVD y les haré mis propias preguntas relativas al

---

508 Orlov, obra cit., pág. 124.

asesinato de Kirov”<sup>509</sup>. La confrontación personal entre Kamenev y Reinhold tampoco dio resultado. Kamenev llamó mentiroso a Reinhold y pudo demostrar que entre ambos no había tenido lugar ninguna entrevista en su domicilio.

La misma actitud resistente fue adoptada también al principio por Sinoviev, la figura central en la maquinación de Stalin. Sinoviev fue interrogado personalmente por Yezhov. Una copia del interrogatorio, debidamente protocolizada, fue enviada personalmente a Stalin. Yezhov pidió a Sinoviev que se aviniese a comparecer ante un tribunal y confirmase públicamente las acusaciones levantadas contra él por un gran número de detenidos. Sinoviev rechazó indignado la propuesta de Yezhov. En el curso de la entrevista, Sinoviev dio rienda suelta a su furor; por su parte, Yezhov se limitó a repetir que su única salida era la de someterse a los planes de Stalin y hacer lo que éste le pedía. Sinoviev le respondió: “Dígale a Stalin que declino”<sup>510</sup>.

Con el objeto de romper la resistencia de Sinoviev y Kamenev, Yagoda dio instrucciones para que las tuberías de calefacción de sus celdas funcionasen al máximo, a pesar de que era verano. En previsión de que se suicidasen, en sus celdas fueron apostados agentes de la NKVD disfrazados de prisioneros. Especialmente Sinoviev, que sufría del hígado y

---

509 Ibid., pág. 125.

510 Ibid., pág. 133.

de asma, se resentía de las condiciones inhumanas existentes en su celda. En vez de aliviar sus molestias, los médicos de la Lubyanka le administraban medicamentos que no hacían más que exacerbarlas.

Entretanto continuaban los interrogatorios, bajo la supervisión de Yezhov y Yagoda. Sinoviev y Kamenev eran interrogados horas y horas, a veces durante toda una noche. Los funcionarios de la NKVD apelaban a su sentido común, a su disciplina bolchevique, les amenazaban o adulaban. La soga en torno a su cuello iba haciéndose cada vez más estrecha. La lógica implacable de los métodos persuasivos de Yezhov, Yagoda y sus ayudantes iba imponiéndose. Kamenev era amenazado con su hijo, Sinoviev con un baño de sangre entre los miembros de la oposición. La capacidad de resistencia de ambos iba cediendo. Sinoviev temía que, si no se prestaba a las maquinaciones de Stalin, éste se vengaría ejecutando a cientos y miles de sus partidarios; Kamenev, que Stalin podía vengarse liquidando a su familia.

En julio de 1936, Sinoviev pidió que se le permitiese tener una entrevista con Kamenev. La NKVD, adivinando que estaba próximo a ceder, accedió al encuentro personal de los dos líderes, que hablaron durante una hora en privado. Ambos acordaron que se declararían dispuestos a comparecer ante un tribunal a condición de que Stalin personalmente y en presencia del Politburó les confirmase las promesas que les había hecho Yezhov en su nombre.

Sinoviev y Kamenev fueron conducidos poco después al Kremlin, donde les esperaban Stalin y los miembros del Politburó. Después de humillarles y reírse de ellos a su antojo, Stalin les propuso finalmente que, si accedían a confirmar ante el tribunal las acusaciones existentes contra ellos, serían salvadas sus vidas y las de sus partidarios. Kamenev tomó la palabra y dijo en nombre de ambos que estaban dispuestos a comparecer ante un tribunal público si se les prometía que no sería ejecutado un solo bolchevique, que sus familias no serían perseguidas y que en el futuro no sería aplicada la pena de muerte contra los miembros de la antigua oposición. “Ni que decir tiene”, respondió Stalin mientras sonreía sardónicamente.

De regreso a la Lubianka y como recompensa por su cooperación, Sinoviev y Kamenev fueron trasladados a dos celdas confortables, donde empezaron a recibir un trato humano. A pesar de que ambos habían cedido ante Stalin, no se prestaron a colmar todos sus deseos. Así, cuando Yezhov les pidió que redactasen de su puño y letra cartas que confirmasen su labor conspirativa, ambos se negaron en redondo, respondiendo que se limitarían a cumplir los compromisos establecidos en la entrevista con Stalin. Sinoviev y Kamenev sabían que, aun cuando su situación no tenía salida» Stalin estaba sumamente interesado en que se aviniesen a comparecer voluntariamente ante el tribunal, lo que hasta, cierto punto constituía una última baza contra el dictador. Ambos pensaban que si bien no estaban en

condiciones de rehuir participar en la comedia, podían por lo menos dificultar las pruebas testificales contra ellos, y de esta manera sugerir ante la opinión pública mundial que sus declaraciones durante los interrogatorios y el proceso les habían sido arrancadas por la fuerza y carecían de base real.

A pesar de su situación desesperada, ambos creían poder prestar todavía un postrer servicio a la causa del socialismo internacional: el de dejar entrever el carácter absurdo del proceso y los métodos criminales empleados por Stalin y la NKVD.

Quebrar la voluntad de Mrachkovsky y de Iván Smirnov fue todavía más difícil. De los 16 seleccionados para el primer proceso, ambos fueron los últimos en “confesar”. Stalin, que no quería escenificar el proceso sin la presencia de Mrachkovsky y Smirnov, se interesaba diariamente por la marcha del interrogatorio de los dos detenidos. Mrachkovsky fue llevado en dos ocasiones ante la presencia de Stalin, que prometió nombrarle más tarde director de la industria pesada en Siberia si confesaba sus “delitos”. Mrachkovsky y Smirnov fueron interrogados personalmente por Slutsky, el jefe del Departamento Exterior de la NKVD.

Al principio, Mrachkovsky adoptó una actitud de desprecio hacia su interrogador, pero en el curso de las conversaciones se estableció una especie de respeto mutuo entre ambos. “Le conduje a un punto –testimonia Slutsky– en que empezó a llorar. Yo sollocé con él cuando juntos llegamos a la

conclusión de que todo estaba perdido, de que no quedaba nada en el camino de la esperanza y de la fe...”<sup>511</sup>. Un día, de pronto, Mrachkovsky pidió hablar con su íntimo amigo Smirnov, y le intentó convencer de que ambos debían plegarse ante las exigencias de Stalin. Fue una escena patética, con gritos y llantos. Smirnov permaneció firme: “Yo no tengo nada que confesar. Nunca he luchado contra el poder soviético. Nunca he luchado contra el partido. Nunca he sido un terrorista. Y nunca intenté asesinar a nadie”<sup>512</sup>. Influido por la firmeza de su camarada, Mrachkovsky volvió a adoptar una actitud de desafío, llamando a Stalin traidor. Cuatro días después de su entrevista con Smirnov, Mrachkovsky capituló definitivamente. Tras su confesión, logró convencer también a Smirnov de que hiciera lo mismo.

## **V. EL PROCESO DE LOS 16**

El plan inicial de Stalin había sido el de escenificar un proceso monstruo con la participación de unos 50 acusados, pero en el curso de los interrogatorios, los funcionarios de la NKVD se dieron cuenta de que la “preparación” de una cifra tan elevada de bolcheviques dispuestos a comparecer

---

511 Krivitsky, obra cit., pág. 224.

512 Ibid., pág. 225.



voluntariamente ante un tribunal era una tarea más ardua de lo que se había creído en un principio. Stalin no podía correr ningún riesgo: la puesta en escena debía ser perfecta, de manera que los acusados habían de representar su papel conforme a las instrucciones de la NKVD, sin discordancias ni sorpresas. Después de un examen riguroso, fue decidido seleccionar a 16 de los detenidos. De ellos, tres eran agentes de la NKVD –Olberg, Fritz David y Berman–Yurin– y dos –Reinhold y Pickel– acusados que en el curso de los interrogatorios se habían convertido en activos colaboradores de la NKVD, con la esperanza de ser finalmente recompensados. Como auténticos acusados pueden considerarse: Sinoviev, Kamenev, Smirnov, Mrachkovsky, S. V. Dreitzer, Bakajev, Ter–Vaganyan, L. B. Jevdokimov, E. S. Holtzman, M. Lurie y N. Lurie.

El proceso contra los 16 tuvo lugar del 19 al 24 de agosto de 1936 en una sala de la Casa Sindical de Moscú, cuya cabida era sólo de 350 personas. El hecho de que Stalin eligiera una sala de proporciones tan limitadas no era casual: el dictador estaba interesado en dar toda la publicidad posible al proceso, pero quería impedir a toda costa que se convirtiera en un espectáculo de masas. Yadoga recibió la orden de llenar la sala con funcionarios de la NKVD y de no permitir la entrada en ella de los miembros del Comité Central y de otros altos funcionarios del partido. A pesar de que Sinoviev, Kamenev, Smirnov y los demás acusados se habían comprometido a desempeñar su papel de acuerdo

con las instrucciones de la NKVD, Stalin temía que si el auditorio hubiese estado formado por altos dignatarios del partido, del gobierno y del ejército –a quienes los acusados conocían personalmente en su mayoría–, Sinoviev y Kamenev hubieran podido sentir tentación de hacer saltar la comedia y apelar a la integridad de los jefes bolcheviques presentes. Stalin quería impedir a toda costa que entre los acusados y el público se estableciese una corriente de mutua simpatía. La presencia en la sala de una masa de oscuros empleados y agentes de la NKVD, acostumbrados a obedecer y callar, constituía una garantía de que a Sinoviev y Kamenev no se les ocurriría utilizar el banquillo de los acusados como plataforma de propaganda contra Stalin. Y para impedir de antemano todo posible riesgo, entre el auditorio se hallaba distribuida una “claque” de funcionarios de la NKVD dispuestos a asfixiar inmediatamente con gritos e insultos cualquier intento de los acusados de quebrar las reglas de juego establecidas entre bastidores.

“Sinoviev –reporta Orlov– estudiaba a menudo el auditorio, muy sorprendido evidentemente de que en un proceso tan importante no viera a uno solo de los miembros destacados del partido y dirigentes soviéticos que habían conocido en el pasado. Lo mismo tenía que pensar, con más razón, Kamenev, que había sido durante varios años presidente del Soviet de Moscú y conocía personalmente a todos

los funcionarios destacados de la capital”<sup>513</sup>. Otra de las medidas de precaución de la NKVD fue la de silenciar totalmente o en la medida de lo posible los antecedentes revolucionarios de los acusados y las altas funciones desempeñadas por ellos en el pasado. Así, en los expedientes leídos por Vishinsky, se les señalaba con la vaga y humillante calificación de “empleados”.

La presidencia del tribunal estaba a cargo de Vassily Ulrich, un antiguo funcionario del departamento de contraespionaje de la Cheka. Como fiscal del Estado número uno actuaba Vishinsky, un antiguo menchevique reconciliado con Stalin, “el hombre de los ojos fríos como la muerte”, según la definición del ex estalinista austríaco Ernst Fischer<sup>514</sup>.

Los acusados no sólo admitieron los fantásticos cargos leídos por el fiscal acusador, sino que hicieron declaraciones describiéndose a sí mismos como sujetos indignos, carentes de toda moral. No cabe duda de que esta actitud de autoflagelación no era voluntaria, sino que había sido impuesta a los acusados por la NKVD y estaba, en lo esencial, destinada a impresionar al pueblo ruso, que si no tuvo ocasión de estar presente en el proceso, podía seguir los pormenores del mismo a través de los prolijos informes publicados por la prensa. Es posible que el ciudadano ruso

---

513 Orlov, obra cit., pág. 170.

514 Ernst Fischer, *Erinnerungen und Reflexionen*, obra cit., página 356.

medio quedase convencido de la bajeza moral de los acusados y tomase al pie de la letra sus manifestaciones ante el tribunal, pero para una mente occidental mínimamente crítica, la actitud de Sinoviev, Kamenev, Smirnov y sus compañeros tenía que aparecer necesariamente como insincera o sospechosa, debido precisamente a su carácter absurdo, grotesco y exagerado. De acuerdo con Víctor Kravchenko, ni los rusos mismos creyeron en la seriedad de los procesos: “Yo no puedo confirmar que no encontré a nadie en Moscú que concediese la menor importancia a sus confesiones”<sup>515</sup>.

Es cierto que la literatura rusa –especialmente Dostoyevsky– había dado ejemplos parecidos de personajes que se autonegaban y humillaban a sí mismos voluntariamente, pero esta inconmensurable sed dostoyevskiana de penitencia y castigo no podía aplicarse sin más a bolcheviques convencidos como los acusados. Así, Bujarin, siguiendo sin duda instrucciones de la NKVD, declaró en el tercer proceso: “En nuestro país, la llamada “Tame slave” y la psicología de los héroes de Dostoyevsky pertenece a un tiempo ya pasado, es un pluscuamperfecto. Semejantes tipos no existen ya en Rusia y, si existen, ello es en los patios de pequeñas, casas provincianas, pero incluso allí ya no existen apenas”<sup>516</sup>. Trazar un paralelo entre el “alma rusa” y los acusados –como hicieron algunos

---

515 Víctor Kravchenko, obra cit., pág. 350.

516 Die Moskauer Schauprozesse 1936–1938, pág. 239, Herausgegeben von Theo Pirker, Munich, 1963.

observadores extranjeros— constituía un error ya por el solo hecho de que la mayoría de ellos eran de origen judío, es decir, rusos de adopción. El rasgo característico de las minorías judías afincadas en Rusia (en su mayor parte procedentes de Alemania) no era en modo alguno el fatalismo, la pasividad o el afán de autohumillación, sino precisamente todo lo contrario: Sinoviev, Kamenev y demás acusados de origen judío— alemán, a pesar de sus debilidades y flaquezas, tenían tras sí una existencia llena de energía, tesón y fuerza de voluntad. Todos ellos eran labradores forjados en una vida dura y difícil, llena de dificultades y obstáculos. No: si los acusados comparecieron ante el tribunal dispuestos a asumir los más descabellados delitos y a calificarse como personas de la más baja ralea, no fue por cobardía, fatalismo o afán de autoflagelación, sino por pura lógica, por instinto de conservación.

Para Krushev, la razón de que los acusados confesasen carecía de misterio alguno: “¿Y cómo es posible que un hombre admita delitos que no ha cometido? Sólo de una manera, a saber: aplicando la coacción física para obligarle a confesar, torturándolo hasta perder el conocimiento y quitándole su capacidad de raciocinio y su dignidad humana. Fue así que se lograron las confesiones”<sup>517</sup>. La teoría de Krushev es confirmada también por “El Campesino”, que

---

517 Secret Speech of Khrushchev, obra cit., pág. 40.

tuvo ocasión de experimentar en su propia carne los procedimientos empleados por la NKVD: “La cárcel moscovita de la Lubianka es probablemente la más temida del mundo. Por propia experiencia puedo confirmar que esta fama es del todo merecida... Los métodos de la Lubianka son insuperables y constituyen el grado más elevado en el arte de doblar la voluntad y el espíritu humanos... ¿Cómo pudo ocurrir que los acusados de los procesos de Moscú abandonasen uno tras otro las celdas de la cárcel para confesar delitos que iban a costarles la cabeza y que no habían cometido?... Sólo querían librarse de sus posibles sufrimientos... Detrás de los recios muros de la cárcel de la Lubianka, los acusados estaban sometidos a un tratamiento que la carne y la sangre humana, el espíritu humano no podía resistir. Sólo existía una salvación: la muerte. La muerte significaba la liberación de todos los tormentos, la redención esperada con nostalgia”<sup>518</sup>.

Isaac Deutscher aporta una explicación más matizada y dialéctica: “A la luz de la historia de las disputas dentro del partido, las confesiones de los acusados son menos sorprendentes de lo que hubiera podido ser en otro caso. Desde mediados de los años veinte, la autocrítica había sido algo semejante a un ritmo, una rutina aceptada por los hombres derrotados de la oposición. Empezaron por admitir infracciones ordinarias contra la disciplina y acabaron

---

518 El Campesino, Die grosse Illusion, pág. 104, obra cit.

confesando delitos apocalípticos... Cada vez que hacían una autocrítica accedían a confesar algún pecado sólo ligeramente más grave que el que habían confesado antes. Cada vez confiaban, desde luego, que éste sería el último sacrificio requerido de ellos por la causa del partido y por su propia redención”<sup>519</sup>. pero Isaac Deutscher se apresura a añadir: “Pero no puede ser puesto en duda que estuvieron sometidos a torturas físicas y morales del tipo utilizado en Rusia en los interrogatorios de tercer grado”<sup>520</sup>. Muy coherente y lúcida nos parece la interpretación de Barmine: “Estos hombres infelices, que habían sido torturados por la GPU durante interminables meses... que veían cómo sus amigos y colaboradores eran enviados a una muerte absurda, se hallaban en el último estadio de la descomposición moral. No tenían ningún nuevo ideal al que hubieran podido agarrarse. Con el hundimiento del partido se había hundido todo para ellos... Yo creo que ésta es la explicación de sus confesiones”<sup>521</sup>.

Los delitos admitidos por los acusados eran tan absurdos que en las cárceles y campos de concentración siberianos circulaba la versión de que el papel de los acusados durante el proceso había sido desempeñado por actores de teatro profesionales, y que los verdaderos acusados se hallaban en

---

519 Isaac Deutscher, obra cit., pág. 374.

520 Ibid., pág. 374.

521 Barmine, obra cit., págs. 441–442.

vida, como rehenes de Stalin. Aunque esta versión sea absurda, constituye una reacción explicable frente al primitivismo de los procesos<sup>522</sup>. Lo mismo reza sobre las demás teorías sensacionalistas, como el empleo de drogas, veneno, narcóticos, bebedizos, hipnosis, etc. Así, el historiador Bernhard Hutton afirma. “Stalin se dio cuenta de que el empleo de noticias falsas, medios psicológicos o falsas promesas no le llevaba muy lejos. Era necesario inventar una droga que transformase los cerebros de las víctimas en guiñapos sin voluntad. En su calidad de experto en tóxicos, Stalin sabía que más tarde o más temprano la ciencia lograría desarrollar una droga semejante, una droga todavía más eficaz que la escopolamina utilizada por Hitler con van der Lubbe en el proceso del incendio del Reichstag. Sin pérdida de tiempo fueron iniciados los trabajos para la investigación de la droga deseada. Un grupo de especialistas puso en seguida manos a la obra, bajo la severa vigilancia de Stalin, que participó él mismo en la solución de algunos problemas difíciles. Cuando la droga estuvo lo suficientemente desarrollada como para prometer éxito, fue aplicada a prisioneros de la cárcel del Politburó, en Lefortovo, y en otras cárceles de la NKVD. En el hospital del Kremlin fueron también realizados algunos ensayos. Poco a poco se progresaba. Stalin veía llegar el día en que los detenidos dirían exactamente lo que se les exigía. A

---

522 Véase Susanne Leonhard, *Gestóhlenes Lében*, obra cit., páginas 812–813.



principios de 1936, la investigación de la droga estaba tan avanzada que Stalin ordenó a Yagoda detener a un número considerable de viejos bolcheviques complicados directa o indirectamente con el proyectado proceso... Cuando las torturas brutales, las noticias falsas o la influenciación psicológica no surtían efecto, fue aplicada la “droga maravillosa”<sup>523</sup>.

Es evidente que, además de recurrir al burdo procedimiento de las palizas y la intimidación física, los funcionarios de la NKVD apelaron a la lógica de los acusados o, si se quiere, a un “lavado de cerebro” consistente en conducir al acusado a una situación–límite en la que éste se veía obligado “voluntariamente” a aceptar lo que se requería de él.

El sistema de persuasión variaba según el carácter personal y la resistencia de los acusados, pero su fondo era siempre el mismo: hacer comprender a la víctima que su única salvación personal –y de la de su familia– era la de aceptar el juego impuesto por la NKVD. Para endulzar el carácter de esta capitulación y salvar el honor de los prisioneros, la NKVD les hacía al mismo tiempo creer que al confesar sus supuestos delitos, tenían ocasión de prestar un gran servicio al partido y a la revolución.

En su libro *El cero y el infinito*, Arthur Koesler ha descrito

---

523 Bernhard Hutton, *Stalin*, págs. 172–173, Offenbach, 1962.

magistralmente el proceso psicológico de los interrogatorios y los motivos que inducían al acusado a capitular frente a los funcionarios de la NKVD. “Su testimonio en el juicio será el último gran servicio que usted puede prestar al partido”, le dice Gletkin al acusado Rubashov<sup>524</sup>.

Los acusados tenían quizá un motivo adicional para prestarse a la grotesca comedia escenificada por Vishinsky y sus acólitos: la esperanza de que a través de sus declaraciones inverosímiles la opinión pública mundial llegase a comprender que el proceso constituía una farsa total. La intención de subrayar el carácter ridículo del proceso quedó especialmente manifestada durante las intervenciones de Smirnov, que adoptó una actitud sumamente sarcástica e irónica. Mrachkovsky, por su parte, no pudo resistir la tentación de empezar su alegato aludiendo, con lágrimas en los ojos, a su brillante carrera de revolucionario, a pesar de que se había prohibido a los acusados hablar de sus servicios a la revolución. Tanto Sinoviev como Kamenev aceptaron los cargos existentes contra ellos y renunciaron a defenderse o justificarse.

## **VI. LA ACUSACIÓN**

En el informe fiscal leído por Vishinsky se afirmaba, en lo

---

524 Arthur Koesler, *Darkness at noon*, pág. 197, New York, 1961.

esencial, que los acusados eran responsables de haber organizado en Moscú, entre 1932 y 1936, un foco conspiracional trotskista–sinovievista, cuyo objetivo era el de realizar una serie de actos de terror en todo el país, entre los cuales figuraba el asesinato de Stalin, Vorochilov, Shdanov, Kaganovich, Kirov, Kossior, Ordshonikidse y Postyshev<sup>525</sup>.

A pesar de que las actas del proceso contra el asesinato de Kirov estaban ya cerradas y se había ejecutado a Nikolayev y sus presuntos cómplices, Vishinsky acusó ahora a los procesados de ser los instigadores directos del atentado contra el antiguo jefe del partido en Leningrado. Aun cuando Trotsky no se hallaba entre los detenidos, fue declarado en ausencia como cabecilla de la conspiración y, con Sinoviev, como culpable principal.

Smirnov fue acusado de haber mantenido contacto personal con Trotsky durante su estancia en el extranjero, de 1931 hasta su detención en 1933. Como enlaces entre las organizaciones trotskistas del exilio y el centro subversivo de Moscú fueron nombrados también Holtzman y Dreitzer. De acuerdo con Vishinsky, a su regreso de Siberia, en el verano de 1933, Sinoviev y Kamenev se reunieron en el piso del

---

525 El hecho de que entre las presuntas víctimas faltase el nombre de Molotov se debe a que el lugarteniente de Stalin y número dos en la jerarquía del partido había caído interinamente en desgracia, seguramente por haber aconsejado a Stalin que desistiese de celebrar el proceso contra sus antiguos correligionarios. Véase Orlov, obra cit., págs. 162–166.

primero con otros miembros del bloque oposicional, y acordaron organizar actos de terror contra los líderes principales del partido. En su intervención final, Sinoviev declaró ante el tribunal: “Quisiera decir una vez más que me declaro completamente culpable. Soy culpable de ser, después de Trotsky, el segundo organizador del bloque trotskista–sinovievista, que se propuso como objetivo asesinar a Stalin, Vorochilov y una serie de otros líderes del partido y del gobierno. Me declaro culpable de ser el organizador principal del asesinato de Kirov”<sup>526</sup>. De manera casi idéntica se expresó Kamenev: “Yo fui, junto con Trotsky y Sinoviev, organizador y jefe de la conspiración criminal que trazó el plan de preparar una serie de actos de terror contra los líderes del partido y del gobierno y que llevó a cabo el asesinato de Kirov”<sup>527</sup>.

De acuerdo con el testimonio fiscal, el jefe de la oposición trotskista en la URSS, Smirnov, recibió en otoño de 1932 instrucciones directas de Trotsky para que organizase la fusión de los grupos opositores trotskistas y sinovievistas. Como líderes de los primeros fueron mencionados por Vishinsky, el propio Smirnov, Mrachkovsky y Ter–Vaganyan; como líderes del segundo grupo, Sinoviev, Kamenev, Jevdokinov y Bakajev. El fiscal acusador declaró que en 1932 Trotsky envió a Moscú a Nathan Lurie con el encargo de

---

526 Die Moskauer Schauprozesse 1936–1938, obra cit., pág. 143.

527 Ibid., pág. 141.

asesinar, con la colaboración de Franz Weiz, a Stalin, Vorochilov, Kaganovitch y Ordshonigidse. Entre 1933 y 1936, Nathan Lurie, ayudado por Moisés Lurie y su supuesto grupo de terroristas, llevó a cabo diversos atentados contra Stalin, Vorochilov y otros destacados miembros del partido y del gobierno.

Entre los acusados que recibieron órdenes directas de Trotsky y de su hijo León Sedov, Vishinsky nombró también a Olberg, el agente secreto de la NKVD. De acuerdo con el infundio fiscal, Olberg acudió en 1935 a la Unión Soviética siguiendo las órdenes de León Sedov. El primero de mayo de 1936, Olberg movilizó a un grupo de terroristas de la ciudad de Gorki con el objeto de perpetrar un atentado contra Stalin en la Plaza Roja de Moscú. Acusados de haber intentado atentar también contra la vida de Stalin fueron Bakajev, Reinhold y Dreitzer.

Como hemos dicho, entre los delitos imputados a los detenidos fue incluido el asesinato de Kirov, en diciembre de 1934. Según la versión dada por Vishinsky –y confirmada por los procesados–, Kamenev, siguiendo instrucciones de Trotsky y Sinoviev, se trasladó en junio de 1934 a Leningrado para ponerse en contacto con Jakovlev, jefe de uno de los grupos terroristas de esta ciudad. En noviembre del mismo año, prosiguió el fiscal acusador, Bakajev se desplazó asimismo a Leningrado para cerciorarse de que Nikolayev y su grupo estaban verdaderamente dispuestos a realizar el

atentado contra Kirov y para darles una serie de instrucciones prácticas.

El tribunal condenó a la pena de muerte a los 16 acusados, que fueron ejecutados –incluidos los tres agentes de la NKVD y sus dos colaboradores voluntarios– veinticuatro horas después de ser leída la sentencia. Los procesados no fueron los únicos en perder la vida. Muchos de sus familiares compartieron su suerte. Así, la esposa de Smirnov (que vivía desde hacía dieciocho años separada de su marido) y su hija Olga fueron también fusiladas sin proceso por la NKVD”<sup>528</sup>.

A pesar de que el proceso se había desarrollado sin incidentes y conforme a los designios de Stalin, constituyó un fracaso. El carácter inverosímil de las acusaciones, la docilidad de los procesados en admitir todos los delitos que se les imputaban y la falta total de pruebas testificales escritas, convencieron a la opinión pública mundial de que se trataba de un espectáculo montado por Stalin con ayuda de la intimidación, las amenazas y el chantaje. Vishinsky intentó explicar la carencia total de documentación escrita comprometedora con el argumento de que los conspiradores eran gente demasiado avezada en las actividades clandestinas como para no haber destruido siempre las cartas y papeles pasados por sus manos. Pero esta explicación, como

---

528 Susanne Leonhard fue compañera de reclusión de la esposa de Smirnov y ha descrito pormenorizadamente su estado de ánimo antes de ser ejecutada. Véase *Gestohlenes Leben*, obra cit., págs. 523–526.

haría notar más tarde Orlov, carecía de peso específico. Tras la revolución de 1917 se descubrieron en los archivos de la Okrana numerosos documentos escritos por los bolcheviques, entre los cuales se hallaban las cartas de Lenin. Estos documentos procedían en parte de los mismos hombres que ahora estaban sentados en el banquillo de los acusados. ¿Cómo era posible que una organización como la GPU, dotada de una tupida red de agentes provocadores y espías de toda clase no había sido capaz de capturar un solo documento y, en cambio, afirmaba haber logrado desenmascarar todos los pormenores del complot?

El escepticismo de la opinión pública mundial se transformó en convicción de que el proceso constituía una farsa, cuando la prensa danesa dio a conocer que el Hotel Bristol, de Copenhagen, indicado por Holtzman como el sitio donde había tenido lugar en 1932 la entrevista entre él y el hijo de Trotsky, León Sedov, no existía desde hacía años. Al preparar el acta de acusación, los burócratas de la NKVD habían confundido Copenhagen con Oslo, donde, efectivamente, existía un conocido hotel bajo ese nombre. Cuando Trotsky leyó en la prensa las declaraciones de Holtzman, declaró inmediatamente que eran falsas y requirió a Vishinsky que preguntase a Holtzman bajo qué nombre y con qué clase de pasaporte había entrado en Dinamarca. Vishinsky no fue capaz de suministrar esta información por el simple hecho de que temía que, en el caso de haber dado un nombre determinado, las autoridades danesas hubieran podido

demostrar que Holtzman no había pisado territorio danés. El primero de septiembre de 1936, seis días tras la ejecución de los procesados, el periódico danés, *Socialdemocraten*, publicó la sensacional noticia de que el Hotel Bristol, citado por Holtzman como lugar de la entrevista con León Sedov, había sido demolido en 1917.

En vista del carácter evidentemente contradictorio de las pruebas testificales, se constituyó una comisión investigadora internacional presidida por el filósofo norteamericano Dewey, en la que figuraban intelectuales de todas las tendencias. Dicha comisión pudo demostrar con documentos no sólo que el Hotel Bristol no existía, sino que León Sedov, el hijo de Trotsky, se hallaba, entre el 23 de noviembre y el 2 de diciembre de 1932, en Berlín, haciendo su examen en la Escuela Técnica de esta ciudad, y que, por lo tanto, no pudo asistir a ninguna entrevista con Holtzman. Cuando Stalin se enteró de la metedura de pata sobre el Hotel Bristol, dijo furioso a Yadoga: “Para qué diablos necesitaba usted un hotel? Debió usted haber dicho que ambos se encontraron en la estación de ferrocarril. ¡Las estaciones de ferrocarril existen siempre!”<sup>529</sup>.

---

529 Orlov, obra cit., pág. 70.



## CAPÍTULO XII

### I. EL PROCESO CONTRA LOS 17

El 25 de septiembre de 1936, Stalin y Zhdanov enviaron desde Sochi un telegrama a Kaganovitch, Molotov y otros miembros del Politburó con el siguiente contenido: “Consideramos como absolutamente necesario y urgente que el camarada Yezhov sea designado para el cargo de Comisario del Pueblo para Asuntos Interiores. Yadoga se ha mostrado definitivamente incapaz de desenmascarar al bloque trotskista–sinovievista”<sup>530</sup>. Pocos días después, Yadoga era nombrado comisario de Correos y Telégrafos, degradación que anunciaba su caída en desgracia; conforme a los deseos de Stalin, la jefatura de la NKVD pasó a ser ocupada por Yezhov.

---

530 Secret Speech of Khrushchev, obra cit., pág. 26.

La sustitución de Yagoda por Yezhov al frente de la NKVD tuvo lugar pocas semanas después de haber concluido el proceso contra Sinoviev, Kamenev y los otros catorce acusados. El cambio en la cúspide de la policía secreta soviética pasó casi desapercibido por la opinión pública mundial, que en esos momentos tenía puesta su mirada en la guerra civil de España. En realidad, la destitución de Yagoda y el nombramiento de Yezhov no había afectado al aparato interior de la NKVD, que no había dejado de funcionar un solo momento. En el mismo instante en que Yezhov asumía sus nuevas funciones, las brigadas de la NKVD estaban ocupadas en detener a cientos y miles de antiguos bolcheviques sospechosos de disentir de la política estalinista. Seis días después de haber sido ejecutados Sinoviev, Kamenev y los demás acusados del primer proceso escenificado, Stalin dio la orden de detener a 5.000 miembros de la oposición. Los bolcheviques seleccionados fueron internados en campos de concentración o desterrados a Siberia, y más tarde ejecutados sin juicio.

Ya antes de destituir a Yagoda, Stalin había decidido escenificar un segundo proceso; el celebrado en agosto de 1936 no había tenido el éxito esperado por el dictador ni había tampoco saciado su sed de venganza. Con el nuevo proceso Stalin quería mostrar también al pueblo ruso que el partido estaba dispuesto a reprimir con las más drásticas medidas de terror todo intento de oponer resistencia al régimen. Asimismo, el nuevo proceso había de contribuir a

subrayar la eficacia de la NKVD, a glorificar su capacidad en descubrir y desarticular todo complot contra el gobierno. Otro de los móviles del nuevo proceso era el de justificar las graves dificultades económicas que atravesaba el país.

Para comparecer ante el tribunal fueron seleccionados Piatakov, Radek, Sokolnikov, Serebrjakov, Muralov, Livschitz, Drobni, Boguslavski, Knjasev, Rataitschak, Norkin, Shestov, Stroilov, Turok, Hrasche, Puchin y Arnold, de los cuales Shestov y Hrasche eran agentes secretos de la NKVD.

De todos ellos, las figuras destacadas y conocidas eran Piatakov y Radek. El primero era uno de los escasos bolcheviques mencionados por Lenin en su testamento. Durante la guerra civil, Piatakov había sido uno de los más descollantes líderes del Ejército Rojo, dentro del cual dirigió el 13 y el 16 Ejércitos. Terminada la guerra, Lenin confió a Piatakov la tarea de reorganizar la industria carbonífera de la cuenca del Don y después, de reorganizar toda la industria nacional. Bajo Stalin, Piatakov fue el hombre encargado de llevar a la práctica los dos primeros planes quinquenales. En 1931 fue nombrado vice-comisario de la Industria Pesada. Si Stalin no le concedió la jefatura del Comisariado se debió al hecho de que Piatakov había simpatizado con la oposición trotskista. Aunque como jefe titular de la Industria Pesada figuraba Sergio Orjonikide (un íntimo amigo de Stalin), era un secreto a voces que el verdadero director era Piatakov.

Stalin, que apreciaba en gran manera el talento organizador de Piatakov, le trató durante muchos años con más consideración que a los otros líderes bolcheviques, haciendo todo lo posible por atraerle a su lado. Piatakov era un hombre sin gran vocación política; sus intereses se movían casi exclusivamente en el campo de la economía y la administración. Por este motivo era para Stalin menos peligroso que otros líderes de la oposición, como Kirov, Sino-viev, Bujarin o Tomski. Eso explica que Stalin le hubiera confiado durante varios años las más importantes funciones en el sector de la industria. Piatakov llevaba una vida austera consagrada a su trabajo y a su familia. Si Stalin decidió elegirlo como figura principal en el segundo proceso no fue porque Piatakov constituía un peligro político para él, sino porque le necesitaba para utilizarle como “testigo” de cargo principal contra Trotsky.

Como primera medida, la NKVD logró convencer a la propia esposa de Piatakov y a su secretario personal, Kolja Moskalev para que firmasen falsos testimonios contra él. La mujer de Piatakov se avino a esta maniobra con el solo objeto de salvar de esta manera la vida de sus dos hijos y quizá la suya propia; Moskalev, porque comprendió que Stalin había decidido utilizar a su jefe como marioneta y no existía la posibilidad de desobedecer las órdenes de la NKVD.

Tras su detención, Piatakov se negó a hacer declaración alguna a los funcionarios de la NKVD encargados de interrogarle. El caso Piatakov era dirigido personalmente por

Yezhov y por su lugarteniente Agranov. Tanto Stalin como Yezhov sabían perfectamente que Piatakov no accedería ni voluntariamente ni por la fuerza a prestarse a la maniobra preparada contra él. Pasado un tiempo y viendo que el detenido seguía encerrado en su mutismo, Stalin decidió, como tantas otras veces, recurrir a la astucia y a las falsas promesas. Para ello utilizó la mediación de Orjonikidze, el jefe de Piatakov en el Comisariado de la Industria Pesada. Orjonikidze era uno de los miembros más influyentes del Politburó, influencia que debía sin duda a su amistad personal con Stalin. Orjonikidze sentía un sincero aprecio por Piatakov, nacido de sus largos años de convivencia y colaboración en el Comisariado de la Industria Pesada. Por su parte, Piatakov creía en la sinceridad de la amistad y el agradecimiento de su jefe. Durante algunas semanas, Orjonikidze tuvo varias entrevistas con Piatakov en la Lubianka. En el curso de las mismas, Orjonikidze aseguró a Piatakov que si accedía a comparecer ante el tribunal, su vida, la de su familia y la de su secretario Moskalev serían salvadas. Piatakov conocía la influencia de Orjonikidze dentro del partido, y decidió confiar en sus promesas. Un día firmó los infundios fabricados por el “brain-trust” de la NKVD<sup>531</sup>.

---

531 Sergio Orjonikidze, que sólo contaba cincuenta años de edad, murió «oficialmente», de un ataque cardíaco, el 18 de febrero de 1937, tres semanas después de haber sido ejecutado Piatakov, a quien había, sin duda, intentado proteger. De acuerdo con el testimonio de Kruschev, Orjonikidze cometió suicidio. Es posible que la ejecución de Piatakov y la liquidación de un hermano suyo produjeran un altercado entre Orjonikidze y Stalin.

Karl Radek era todo lo contrario de Piatakov. Durante la fase inicial de la Comintern, Radek había sido el hombre de confianza de Lenin y Trotsky en Alemania. Al producirse la persecución de Trotsky y sus seguidores, Radek fue expulsado del partido y desterrado a Siberia por un tiempo. De carácter débil y voluble, Radek decidió pedir perdón a Stalin. Una vez recobrada su libertad, Radek, que había sido siempre uno de los más brillantes publicistas de la Comintern, se convirtió en el principal propagandista de Stalin y uno de sus más importantes consejeros en el campo de la política exterior. Su firma aparecía a menudo en las páginas de la *Pravda* y de la *Izvestia*. Los artículos de Radek eran considerados en Rusia y en las cancillerías extranjeras como la expresión de la propia línea de Stalin. Su función de portavoz oficioso del Kremlin le convirtió en uno de los más asiduos visitantes de Stalin, a quien veía casi a diario. Sus servicios como mercenario de la pluma no se limitaban de todos modos a exponer la política exterior del gobierno soviético, sino que incluían la elaboración de panfletos y artículos indecentes contra Trotsky, mezclados con apologías serviles a favor de Stalin.

En contra de lo que Stalin y los funcionarios de la NKVD habían supuesto, Radek no fue fácil de “preparar”. Los primeros interrogatorios tratando de persuadirle para que

---

Orjonikidze era un enemigo de Beria, y había intentado sin éxito prevenir a Stalin contra él.

firmase los cargos que se le imputaban fracasaron completamente. Radek insistía en que fuese llevado a presencia de Stalin, petición que de momento le fue denegada. Stalin, que había accedido en otras ocasiones a celebrar entrevistas personales con antiguos miembros de la oposición, se avergonzaba sin duda de tener que mirar a los ojos de un hombre que, a partir de 1930, le había servido con la más absoluta devoción. Después de un prolongado tira y afloja, Stalin se presentó un día en la Lubianka y tuvo una conversación con Radek, en presencia de Yezhov. Terminada la entrevista, Radek se declaró dispuesto a firmar su “confesión”. Habiendo encontrado técnicamente defectuoso el documento preparado de antemano por la NKVD, Radek lo rechazó y redactó de su puño y letra su propia acusación.

## **II. EL ACTA DE ACUSACIÓN**

La vista contra Piatakov, Radek y los otros quince acusados tuvo lugar en Moscú entre el 23 y el 30 de enero de 1937, ante la Comisión Militar del Tribunal Supremo de la URSS. Como en el primer proceso, el tribunal estaba presidido por Ulrich; de acusador público volvió a actuar Vishinsky. El proceso contra los 17 tuvo lugar en la misma sala que el anterior.

El acta de acusación rezaba: “La investigación considera

como demostrado: 1.º, que, siguiendo las instrucciones de L. D. Trotsky, en 1933 fue organizado un centro paralelo, compuesto de los acusados en el presente proceso, J. L. Piatakov, K. B. Radek, G. J. Sokolnikov y L. P. Serebrjakov, cuya misión era la de dirigir las actividades criminales anti-soviéticas que tenían por objeto minar el poder militar de la URSS, ayudar a agresores extranjeros a apoderarse de territorios de la URSS y a diezmar ésta, acelerar una guerra invasora contra la URSS, derribar al poder soviético y restaurar el capitalismo y el poder de la burguesía en la Unión Soviética”<sup>532</sup>. El segundo punto de la acusación afirmaba que el “centro paralelo”, siguiendo las instrucciones de Trotsky, había entablado, a través de Radek y Sokolnikov, contacto con determinados países extranjeros con el objeto de preparar conjuntamente la lucha contra la Unión Soviética. En el tercer punto se acusaba a los procesados de haber suministrado informaciones de gran importancia a los servicios secretos de países extranjeros. En el cuarto punto se daba a conocer que el centro trotskista había llevado a cabo una serie de actos de sabotaje en minas, fábricas y líneas férreas, con la consiguiente pérdida de vidas humanas y de valiosos bienes del Estado. En el quinto punto se acusaba a los encartados de haber preparado e intentado llevar a la práctica varios atentados contra dirigentes del partido y del gobierno.

---

532 Die Moskauer Schauprozesse, obra cit., p. 155–6.



El hombre elegido por la NKVD para actuar de testimonio central en toda esa cadena de infundios fue Piatakov. Para dar un carácter verosímil a sus acusaciones, la NKVD necesitaba demostrar que entre Trotsky y los miembros del “centro paralelo” habían existido contactos directos. Al principio, la NKVD había pensado sostener que Trotsky enviaba sus directrices a Piatakov por correspondencia. Stalin juzgó este recurso como poco convincente y ordenó que se elaborase una versión basada en la afirmación de que Trotsky y Piatakov habían sostenido una entrevista personal en Noruega.

Piatakov era el más indicado para representar este papel por dos razones fundamentales: primero, porque en su calidad de vicecomisario de la Industria Pesada había realizado en diciembre de 1935 un viaje a Berlín, y segundo, porque se trataba de una figura bolchevique de gran prestigio. La tarea de elaborar los detalles del supuesto encuentro personal entre Trotsky y Piatakov no fue fácil.

Slutsky, el jefe del Departamento Exterior de la NKVD, hizo observar que el invento de un viaje de ida y vuelta en tren de Piatakov hasta Oslo podía resultar sospechoso porque requería por lo menos dos días y era conocido que durante su estancia en Berlín en diciembre de 1935, Piatakov había sido visto casi sin interrupción por una serie de personalidades alemanas y extranjeras.

Stalin comprendió que los reparos técnicos de Slutsky eran

fundados y ordenó que se confeccionase una leyenda basada en la afirmación de que Piatakov se había desplazado a Noruega en avión.

La puesta en escena del proceso se desarrolló de acuerdo con el plan previsto. Piatakov confirmó haberse entrevistado en diciembre de 1935 con Trotsky durante dos horas, en la finca que éste habitaba en las afueras de Oslo. Asimismo, Piatakov, como el resto de los procesados, aceptó todos los cargos presentados contra él, declarándose como culpable. Radek, por su parte, confirmó ante el tribunal haber recibido por escrito instrucciones directas de Trotsky, sin olvidar mencionar que había quemado todos los documentos comprometedores.

En su alegato fiscal de 28 de enero, Vishinsky, consciente de que, a raíz del primer proceso, la prensa extranjera había subrayado unánimemente la falta de pruebas testificales escritas, dedicó un gran espacio a justificar este hecho. Los acusados, argumentó Vishinsky, preparaban un golpe de Estado, una conspiración cuyo éxito dependía de su sigilo, “¿Cómo se puede bajo estas circunstancias plantear la cuestión de las pruebas? –dijo Vishinsky–. Me atrevo a afirmar, de acuerdo con las exigencias de la ciencia penal, que en procesos contra conspiración, no pueden ser planteadas tales exigencias. En una causa contra una conspiración contra un golpe de Estado no se puede exigir que demos las actas, las resoluciones, los carnets de afiliado y los números de los carnets..., no se puede exigir que los conspiradores

lleven a cabo una conspiración con una confirmación notarial de su actividad criminal”<sup>533</sup>. ¿Cuáles fueron las pruebas presentadas por Vishinsky? Las “pruebas” enumeradas por el fiscal del Estado en su alegato consistieron en el Boletín redactado por Trotsky en el exilio, en las declaraciones verbales de los acusados y en el supuesto nexo causal existente entre su pasado político y sus últimas actividades conspirativas.

Como hemos indicado anteriormente, el proceso contra los 17 perseguía también el objeto de justificar las dificultades de la economía soviética a través del infundio de que los acusados habían cometido actos de sabotaje en importantes sectores de la industria y las vías de comunicación.

Así, Drobnis, Norkin, Shestov y Stroilov fueron acusados, entre otros delitos, de haber provocado una explosión en un pozo minero de Kemerovo, que causó la muerte de diez obreros. Poco tiempo después de haberse celebrado el proceso contra los 17, Víctor Kravchenko fue nombrado director de una factoría de Kemerovo –uno de los centros químicos más importantes de la Unión Soviética–, gracias a lo cual tuvo ocasión de hablar con muchos ingenieros y técnicos que se hallaban en la ciudad al producirse la explosión del 23 de septiembre de 1936. Kravchenko observa: “Todo ingeniero sabía perfectamente que las factorías químicas, como otros muchos proyectos industriales soviéticos,

---

533 Ibid., pág. 171.

trabajaban en condiciones muy difíciles. La construcción era defectuosa, en muchos aspectos incompleta, y el montaje insuficiente. Los obreros no habían sido técnicamente adiestrados. La verdad es que la causa principal de estos accidentes radicaba en la falta de experiencia y en errores involuntarios. Por esta razón, se produjeron accidentes antes de la depuración, y los accidentes siguieron produciéndose tras la aniquilación de los “enemigos del pueblo”<sup>534</sup>.

### **III. LA TRAMA SE DERRUMBA**

La incapacidad de Vishinsky en presentar pruebas fehacientes sobre la culpabilidad de Piatakov, Radek y demás procesados y el carácter totalmente grotesco de las acusaciones lanzadas contra ellos, habían bastado ya para que en el extranjero surgiese la convicción de que esta vez se trataba también, como ya en el proceso contra los 16, de una nueva comedia preparada y escenificada por los departamentos de la KNVD. Existían divergencias de opinión y dudas por lo que atañía al procedimiento técnico empleado por la NKVD para obligar a los acusados a presentarse ante el mundo como una banda de criminales fascistas; pero

---

534 Victor Kravchenko, *oba cit.*, p. 408

pocas personas dudaban de que el proceso constituía una farsa completa.

Ya poco después de haberse iniciado el proceso, un incidente inesperado e imprevisto por Vishinsky y sus acólitos puso al descubierto de una manera irrecusable que el fiscal operaba con material y datos elaborados exclusivamente en las oficinas de la NKVD. El día 25 de enero, dos días después de que Piatakov hubo confirmado su entrevista con Trotsky en Noruega, el periódico noruego *Aftenposten* dio a conocer que era completamente imposible que Piatakov hubiese llegado en avión al aeropuerto de Kjeller, porque durante el mes de diciembre de 1935 no había aterrizado en este campo un solo avión civil. Cuatro días más tarde, otro periódico noruego –el *Arbeiderbladet*– dio a conocer que el director del aeródromo de Kjeller, señor Gulliksen, había confirmado no sólo que en diciembre de 1935 no había aterrizado ningún avión en las pistas del campo, sino que ello rezaba también para el período comprendido entre septiembre de 1935 y mayo de 1936. La versión del viaje aéreo de Piatakov a Noruega se derrumbó como un castillo de naipes.

Trotsky, a través de la prensa extranjera, pidió a Vishinsky que preguntase a Piatakov la fecha de su vuelo de Berlín a Oslo, si había recibido un visado y bajo qué nombre había entrado en el país escandinavo. Comprendiendo que Vishinsky no estaba en condiciones de responder a una sola de sus demandas, Trotsky se decidió a dar un dramático

paso; en una declaración pública desafió al Gobierno soviético a que pidiese su extradición de Noruega en su calidad de supuesto cómplice de los acusados. Stalin, que temía un regreso de Trotsky a Rusia –aunque fuera maniatado y como prisionero–, no se atrevió a aceptar el reto.

Stalin no se dejó impresionar por el ridículo sufrido a causa del supuesto desplazamiento de Piatakov a Oslo. El tribunal condenó a 13 de los acusados a la pena de muerte. Sokolnikov, Radek y Arnold fueron condenados a diez años de cárcel; Stroilov, a ocho. Según el testimonio de Walter Duranty, en Moscú se daba por seguro que “Radek fue sacado en seguida de la cárcel y colocado bajo arresto en su finca de las afueras de la ciudad, donde recibía periódicos extranjeros, revistas y libros para que los analizase e informase sobre ellos, como había hecho en sus días de libertad. Se decía incluso que en una ocasión escribió el artículo editorial de la Izvestia sin firma, lo que me inclino a creer por mi familiaridad con su estilo algo peculiar”<sup>535</sup>.

#### **IV. LA LIQUIDACIÓN DE LOS VERDUGOS**

Un día después de haber sido cumplidas las sentencias a

---

535 Walter Duranty, *Stalin and Co.*, obra cit., p. 10

muerte contra Piatakov y sus compañeros, un alto funcionario de la NKVD que había tomado parte activa en la preparación del segundo proceso, cometió suicidio. Dos meses más tarde se suicidaba también el jefe de la NKVD en la región de Gorki, Pogrebinsky. Según el testimonio de Alejandro Orlov, “el suicidio de Pogrebinsky no constituyó ningún caso aislado. Desde principios de los años 30, los suicidios en el seno de la NKVD habían sido cada vez más frecuentes, especialmente entre los funcionarios del Departamento Político Secreto que tenían a su cargo la represión contra los miembros de la oposición. Y en casi todos esos casos el motivo básico de la autodestrucción fue el remordimiento y el sentimiento de culpabilidad<sup>536</sup>.”

La destitución de Yagoda como jefe de la NKVD, en octubre de 1936, dejaba entrever ya que Stalin no pensaba dejar ilesa a su policía secreta de las purgas y depuraciones y que tenía la intención de dar un nuevo sesgo tenebroso a su papel de Gran Inquisidor. Al hacerse cargo de la NKVD, Yezhov trajo consigo a 300 nuevos funcionarios, otra prueba más de que Stalin tenía el propósito de realizar cambios importantes entre el personal que había confeccionado el material para los dos primeros procesos escenificados. En la NKVD reinaban el miedo y la inseguridad. Como diría Camus años más tarde: “¿Quién garantiza que los jueces de hoy no serán mañana traidores y arrojados de lo alto de su tribunal

---

536 Orlov, obra cit., pág. 218.

a los subterráneos de cemento donde agonizan los condenados de la historia?... El mundo de los procesos es un mundo circular donde el éxito y la inocencia se autentifican uno al otro, donde todos los espejos reflejan la misma mixtificación”<sup>537</sup>.

Pocas semanas después de haber terminado el proceso contra los 17, Jezhov convocó una reunión de los altos funcionarios que habían servido a las órdenes de su predecesor, Yagoda, y a los jefes de los departamentos centrales de la NKVD. Jezhov les comunicó que el CC del partido les había designado para trasladarse a distintos puntos de la Unión Soviética con el objeto de comprobar la fidelidad política de los miembros de los comités locales. De los funcionarios convocados por Yezhov, sólo cuatro quedaron exentos del nuevo cometido: el jefe del Departamento Exterior, Slutsky; el jefe de las tropas fronterizas, Frinovsky; el jefe de la guardia personal de Stalin, Pauker, y el jefe de la NKVD en Moscú, Stalishnav Redens, que estaba casado con una hermana de la mujer de Stalin.

“Al día siguiente –informa Orlov– los antiguos representantes de Yagoda y los jefes de departamento salieron en dirección a sus respectivos destinos, pero sin llegar a alcanzarlos. Cada uno de ellos había sido sacado secretamente del tren en la primera parada y trasladado en coche a una prisión cercana a Moscú. Dos días después Yezhov repitió el

---

537 Camus, *L'homme révolté*, pág. 298, París, 1951.



mismo truco con los ayudantes de los jefes secuestrados”<sup>538</sup>. A pesar de estas medidas de precaución, pasadas unas semanas el personal de la NKVD en Moscú acabó enterándose de la desaparición de los altos funcionarios. Entre tanto, Yezhov, temiendo complicaciones serias, había tomado una serie de medidas de seguridad para evitar una posible ola de insubordinaciones, deserciones o hasta atentados contra él. Los destacamentos de guardia y los oficiales al mando de las tropas de la NKVD en Moscú fueron sustituidos por personal procedente de otras regiones, en especial de Georgia y del Transcáucaso. Reemplazados fueron asimismo los comandantes de las escuadras de aviación de la NKVD. El personal empleado en la sección de pasaportes fue alejado de sus funciones para impedir que pudieran huir al extranjero. Finalmente, para evitar que se atentase contra su vida, Yezhov se retiró a un ala de la Lubianka y convirtió su despacho en una fortaleza inexpugnable. Una numerosa escolta personal y un riguroso sistema de control hacían casi imposible que algún intruso pudiera llegar hasta su despacho y asesinarle.

La depuración en masa iniciada por Yezhov produjo una ola de pánico dentro de la NKVD. Apenas instalado en sus nuevos dominios, Yezhov prosiguió a gran escala la purga iniciada en marzo de 1937 con los antiguos lugartenientes de Yagoda y la mayoría de jefes y subjefes de departamento.

---

538 Orlov, obra cit., pág. 221.

Uno a uno, fueron siendo detenidos todos los funcionarios que habían tomado parte en la preparación de los dos procesos contra la oposición y que por ello podían estar enterados de los procedimientos utilizados para arrancar las confesiones a los acusados. Las detenciones tenían lugar indistintamente en el domicilio de los funcionarios o en las propias oficinas y dependencias de la NKVD. Algunos de ellos, conociendo mejor que nadie lo que les esperaba, prefirieron quitarse la vida antes que caer en las garras de Yezhov, arrojándose a la calle por las ventanas de la Lubianka, a veces en pleno día. Debido a que el cuartel general de la NKVD se hallaba situado en el centro de Moscú, la ola de suicidios no tardó en ser conocida por la población.

De acuerdo con el testimonio de Alejandro Orlov<sup>539</sup>, en el curso de 1937 fueron liquidados en secreto y sin juicio previo más de 3.000 funcionarios de la NKVD. Entre ellos se hallaban Molchanow, que había tenido a su cargo la preparación de los dos primeros procesos escenificados, y los lugartenientes de Yagoda, Agranov y Prokovief. Por lo que respecta a Yagoda mismo, Stalin tenía reservada para él una muerte más espectacular y más útil para sus designios.

Después de haber llevado a término su purga entre los funcionarios de la NKVD residentes en Rusia, Yezhov empezó a preparar la liquidación de los que se hallaban prestando servicio en el extranjero. Esta última tarea era más difícil que

---

539 Ibid., pág. 225.

la primera; una torpeza, un paso en falso por parte de la camarilla de Yezhov, podía sembrar la alarma y provocar una ola de fugas y deserciones. Para tranquilizar a los agentes que se hallaban en el extranjero, Yezhov había empezado por no destituir o liquidar al jefe del departamento exterior, Slutsky. Con esta medida Yezhov había querido dar la impresión de que las purgas constituían un asunto que afectaba solamente a Rusia. El regreso de los agentes del exterior dio comienzo en el verano de 1937. Los primeros en ser llamados fueron los funcionarios cuyas familias se hallaban en la Unión Soviética. Una vez pisado suelo ruso, los agentes no eran detenidos inmediatamente. El método utilizado para eliminarlos sin dejar rastro era más refinado. Primero recibían un permiso para pasar unas vacaciones en alguno de los sanatorios que la NKVD poseía en el sur de Rusia. Terminado este período de descanso, se les comunicaba que habían sido designados para una nueva misión secreta en el extranjero. Poco después, las familias y los amigos de los funcionarios podían comprobar cómo éstos, provistos con la debida documentación, tomaban el tren con rumbo a algún país extranjero, sin sospechar que en vez de llegar a su destino eran detenidos y ejecutados secretamente.

Entre los cuarenta funcionarios de la NKVD que en el verano de 1937 fueron requeridos para regresar a Rusia se negaron cinco, entre ellos Walter Krivitsky e Ignacio Reiss. El primero en rebelarse fue Reiss. A mediados de 1937, el

agente de la NKVD escribió una carta al embajador soviético en Francia notificándole que había decidido romper sus relaciones con el régimen contrarrevolucionario montado por Stalin. La respuesta de la NKVD no se hizo esperar: el cuerpo de Reiss fue hallado cosido a balazos cerca de Lausanne, donde el desertor se había refugiado. La liquidación del ex agente había sido dirigida por Spiegelglass, el lugarteniente de Slutsky en el Departamento Exterior de la NKVD, y llevada a cabo por uno de los “grupos móviles” organizados por Yezhov con el propósito de cumplir en el extranjero misiones delicadas que no podían ser confiadas al viejo personal de la NKVD.

Los grupos móviles dependían de la Administración de Misiones Especiales y operaban en estrecha colaboración con el aparato subversivo de la NKVD dentro de los respectivos partidos comunistas. Al producirse el asesinato de Reiss y el robo de una parte de los archivos de Trotsky, éste se dirigió por telegrama al primer ministro francés, Camille Chautemps: “En conexión con el asesinato de Ignacio Reiss, el robo de mis archivos y otros delitos parecidos, me permito sugerirle sobre la urgente necesidad de interrogar, por lo menos como testigo, a Jacques Duclos, representante de la Cámara de Diputados y viejo agente de la GPU”<sup>540</sup>.

Doriot, el ex dirigente comunista, pasado ya al fascismo en

---

540 Citado por Dallin, *Sowjetspionage*, obra cit., págs. 65–66.

esta época, era también, como Trotsky, de la opinión que Duclos, uno de los grandes factótums de la NKVD en Francia, estaba complicado en la ejecución de Reiss.

Walter Krivitsky tuvo de momento más suerte que su camarada Reiss. Krivitsky sabía que por el solo hecho de haber sido íntimo amigo del asesinado se había convertido en un sospechoso para la NKVD. Krivitsky se había además negado a participar en la caza de Reiss organizada por Spiegelglass. “Cuando leí que Reiss había muerto el 5 de septiembre –escribe Krivitsky– comprendí que mi propia situación era desesperada. Stalin y Yezhov no me perdonarían nunca el haberme negado a participar en este crimen. Para ellos esto significaba que yo compartía las dudas de Reiss. Ante mí yo tenía ahora la elección entre una bala disparada en la Lubianka por los verdugos oficiales de Stalin y una lluvia de balas procedentes de las pistolas ametralladoras de sus asesinos oficiosos fuera de Rusia”<sup>541</sup>. Krivitsky logró durante unas semanas hacer creer a la NKVD que se mantenía fiel al partido y que estaba dispuesto a regresar a Rusia. A principios de octubre de 1937 puso su familia a salvo en una finca del sur de Francia y regresó a París, donde se puso en contacto con León Sedov, el hijo de Trotsky, y con los círculos mencheviques exilados en la capital francesa. Pero los agentes de Spiegelglass le habían entre tanto localizado de nuevo. Krivitsky se dirigió entonces al ministro

---

541 Krivitsky, obra cit., pág. 287.

del Interior y le pidió asilo político y protección para su persona. Al mismo tiempo hizo una declaración escrita revelando su identidad como agente del Gobierno ruso. Las autoridades francesas le entregaron un documento de identidad y le asignaron protección policíaca. Krivitsky permaneció en Francia unos meses, medio oculto. A través de su red de espías, la NKVD le seguía los pasos. Dándose cuenta de que en Francia acabaría por ser asesinado, Krivitsky huyó a los Estados Unidos. Pero sus esperanzas en deshacerse para siempre de la mano vengadora de Stalin resultaron fallidas. En 1941 Krivitsky fue hallado muerto en la habitación de un hotel de Washington. Pero, a diferencia de su amigo Reiss y de otros miles de camaradas suyos, Krivitsky pudo, antes de morir, dar a conocer al mundo el carácter siniestro del régimen de Stalin. Su libro *Yo fui un agente de Stalin*, aparecido en diciembre de 1939 bajo el título de *I was Stalin's Agent*. Constituyó el primer testimonio escrito por un alto funcionario de la NKVD sobre los crímenes de Stalin.

Ignacio Reiss y Krivitsky no fueron los únicos agentes de la NKVD asesinados en el extranjero por los grupos móviles de la Administración de Misiones Especiales. Otros muchos agentes menos conocidos fueron liquidados en silencio en todo el mundo. Así, por ejemplo, en la primavera de 1937 desapareció de Nueva York, sin dejar rastro, Juliette Stuart Poyntz, un agente de la NKVD que había pertenecido al PC norteamericano desde mediados de la década del 20.

Después de una estancia en Rusia, de 1934 a 1935, donde fue capacitada para su futura labor de espionaje, Juliette Stuart regresó a los Estados Unidos. Desengañada de lo que había visto en la Unión Soviética y de los procesos escenificados de Moscú, perdió toda su fe en el comunismo estalinista y empezó a escribir sus Memorias. Juliette Stuart fue lo suficientemente ingenua como para no ocultar sus sentimientos ni el hecho de que estaba escribiendo sus Memorias. David Dallin escribe: “En la primavera de 1937, Juliette Poyntz abandonó su piso sin abrigo y sin sombrero. No fue vista ya nunca más. Ni sus amigos ni las autoridades de investigación norteamericanas pudieron aclarar las circunstancias de su desaparición. O bien fue secuestrada y llevada a la URSS, o asesinada y enterrada secretamente”<sup>542</sup>. La NKVD no se limitaba en estos momentos a quitar de en medio a funcionarios desertores, sino también a una serie de enemigos políticos de Stalin. Así, el 23 de septiembre de 1937 fue secuestrado en París en pleno día el general Miller, presidente de la Unión de Antiguos Oficiales Zaristas. Unos meses más tarde fue envenenado en una clínica de París el hijo de Trotsky, León Sedov, que dirigía el *Boletín de la Oposición* y el movimiento trotskista internacional desde la capital francesa.

A principios de 1938 la mayoría de agentes de la NKVD que habían prestado servicios en el extranjero se hallaban de

---

542 Dallin, obra cit., pág. 485.

regreso a Moscú. “La mayoría de los mejores agentes de la NKVD en el extranjero –reporta Dallin– recibieron la orden de regresar a Moscú; sólo pocos de ellos llegaron a volver nunca al mundo occidental. El aparato estaba casi paralizado”. El 17 de febrero de 1938, el jefe del Departamento Exterior de la NKVD, Slutsky, fue envenenado en uno de los d<sup>543</sup>espachos de la Lubianka. Como sucesor suyo fue nombrado Spiegelglass, su lugarteniente. Para no alarmar al resto de funcionarios que se hallaban en el extranjero –sobre todo en España–, se difundió la versión oficial de que Slutsky había sido víctima de un síncope cardíaco. En la circular enviada por Spiegelglass a los agentes del extranjero se describía a Slutsky como un estalinista fiel que había cumplido sus deberes bolcheviques hasta el último momento.

## **V. EL EJÉRCITO ROJO ES PURGADO**

Hasta mediados de 1937 Stalin había dirigido sus purgas casi exclusivamente contra los miembros de la antigua oposición y contra los chekistas de la NKVD. El Ejército Rojo no había sido afectado hasta ese momento por el baño de sangre que había inundado el país desde la muerte de Kirov.



Sus cuadros de jefes y oficiales se hallaban más o menos intactos. Pero, en contra de esas apariencias, Stalin no había olvidado en modo alguno a los dirigentes militares. Al contrario: en cierto modo éstos constituían una de sus mayores preocupaciones. Aunque no es posible fijar la fecha exacta en que Stalin decidió purgar al Ejército Rojo, no cabe duda que su plan no obedecía a ninguna improvisación ni a ninguno de sus frecuentes cambios de humor.

Si bien, durante el período de su afianzamiento personal, Stalin había expulsado del Ejército a todos los oficiales sospechosos de haber guardado simpatías por Trotsky y la antigua oposición, temía que la psicosis de desmoralización, de incertidumbre y de terror que reinaba en el país penetrase en el Ejército y minase la fidelidad de sus dirigentes al régimen. Entre Stalin y algunos de los jefes militares de mayor rango se habían producido en el pasado situaciones de tirantez. La política exterior de Stalin no había encontrado siempre el beneplácito del Alto Mando del Ejército ni tampoco las masacres organizadas por la GPU en las zonas rurales contra los kulaks y los campesinos reacios a la colectivización forzosa. Algunos de los caudillos del Ejército Rojo eran hombres de gran prestigio, poco inclinados a aceptar incondicionalmente las directrices de Stalin. El dictador se había visto obligado en más de una ocasión a negociar y establecer compromisos con ellos. En el período situado entre 1925–1937, el Ejército había gozado de una gran independencia. Las interferencias del Politburó en las

Fuerzas Armadas habían sido mínimas. “Tras diecisiete años de paz –comenta Walter Duranty–, el Departamento Político era poco más que un apéndice del Estado Mayor. Los comisarios se encargaban todavía de la educación y bienestar moral de las tropas y daban todavía clases sobre instrucción comunista, pero hacía ya tiempo que no se consideraban a sí mismos como civiles, y el jefe del departamento político, Gamarnik, era un mariscal, un soldado de arriba abajo”<sup>544</sup>.

El jefe supremo de las Fuerzas Armadas era el mariscal Tukhachevsky, el hombre que durante la guerra civil había vencido a los generales blancos Kolchak y Denikin y que había conducido a las tropas rojas hasta las puertas de Varsovia. Sus libros sobre estrategia y táctica militar estaban traducidos a los idiomas más importantes y eran lectura obligada en los centros docentes militares de todo el mundo. Por añadidura –lo que es importante teniendo en cuenta la personalidad paranoico-psicopática de Stalin–, Tukhachevsky, que había gozado de la estima de Lenin,

---

544 Duranty, obra cit., pág. 214. El testimonio de Duranty, aunque contiene interesantes observaciones sobre Rusia y los miembros del Politburó, es tendencioso y altamente ingenuo. A pesar de ciertos acentos críticos, el antiguo corresponsal del New York Times en Moscú reproduce en su libro generalmente material y versiones históricas procedentes de la propaganda oficial del Kremlin. Es posible incluso que Duranty fuera un agente de la NKVD. Sólo así se explica que acepte la versión oficial de que Tukhachevsky y los demás generales del Ejército Rojo ejecutados por Stalin fuesen culpables del delito de alta traición. Su retrato de Stalin es una apología camuflada.

había tenido, durante la campaña militar ruso–polaca, serias divergencias estratégicas con Stalin. Las divergencias surgidas entre Tukhachevsky y Stalin en 1920 adquirieron más tarde un gran significado operativo. En el curso de los años 30 los mandos del Ejército Rojo habían desarrollado las bases teórico–prácticas para una concepción moderna de la guerra, basada en la formación de unidades motorizadas independientes y en el empleo de paracaidistas y tanques a gran escala. La teoría de la “guerra móvil”, por oposición a la vieja concepción de la “guerra de posiciones”, que sería llevada a la práctica con tanto éxito por Hitler en sus Blitzkriege, fue desarrollada ya en realidad por el Estado Mayor soviético. Entre los precursores de esta nueva estrategia se hallaban Tukhachevsky, Uborevich y demás generales purgados. El “general” Stalin era partidario, en cambio, de la vieja concepción estratégica y consideraba la teoría de la “guerra móvil” como una desviación del marxismo–leninismo.

Pero la envidia de Stalin y su rivalidad personal con Tukhachevsky no fueron los únicos motivos que indujeron al dictador a organizar una matanza entre los mandos del Ejército. Su decisión estuvo condicionada por razones políticas de gran trascendencia. La purga en el seno de las Fuerzas Armadas fue iniciada en el preciso momento en que Stalin tenía la garantía de poder llegar pronto a un acuerdo con Hitler. En abril de 1937 el emisario personal de Stalin en Alemania, Kandelaki, regresó a Rusia para informar al

dictador que por fin había logrado tener una entrevista personal con el Führer y algunos de sus más destacados dignatarios. Sobre el carácter de la misión secreta realizada por Kandelaki en Berlín, el mundo tardaría todavía más de dos años en enterarse (al hacerse público el pacto entre Molotov y von Ribbentrop), pero por aquellas fechas Stalin tenía ya la certeza de que habían sido barridos los últimos obstáculos para el establecimiento de una entente cordiale con la Wilhelmsstrasse. Para salvar las apariencias había, naturalmente, que despachar algunas formalidades de importancia (como congelar la guerra de España y liquidar el Frente Popular), pero lo decisivo es que, tras el regreso de Kandelaki a Moscú, Stalin sabía que Hitler no pensaba de momento lanzarse a una guerra de agresión contra la Unión Soviética. El camino para una purga dentro del Ejército Rojo estaba despejado.

Es evidente que si Stalin no hubiese tenido la intención de llegar a un *modus vivendi* con Hitler no habría liquidado a la flor y nata de su Estado Mayor y diezmado los cuadros dirigentes del Ejército Rojo. Stalin temía sin duda que su decisión de traicionar la táctica antifascista del Frente Popular y buscar a toda costa un arreglo con Hitler podía escandalizar y hasta provocar la sublevación de probados bolcheviques como Tukhachevsky. Barmine, un alto oficial de reserva que conocía personalmente a Tukhachevsky y demás generales ejecutados, escribe: “Stalin sabía que Tukhachevsky y demás jefes del Ejército eran enemigos

irreconciliables de la Alemania nazi y que propugnaban un frente común de las democracias y de la Unión Soviética contra Hitler. Tenía que quitarles de en medio antes de poder concertar su pacto con Hitler”<sup>545</sup>.

Para suprimir de antemano todo riesgo de amotinamiento, Stalin decidió actuar sin pérdida de tiempo. Como siempre, detrás de sus maquinaciones políticas latía el morboso y satánico deseo de dar rienda suelta a su sed de sangre. El 11 de mayo de 1937, pocas semanas después del regreso de Kandelaki a Moscú, el mariscal Tukhachevsky fue destituido de su puesto como jefe de las Fuerzas Armadas y nombrado comandante militar de una provincia del Volga. Para los iniciados en el ceremonial represivo de Stalin aparecía claro que el mariscal se había convertido en una persona “marcada”, en una futura víctima. En efecto: a principios de junio de 1937 el comisario de Defensa, Vorochilov, dio a conocer, en una reunión extraordinaria del Politburó, que había sido descubierto un complot en el Ejército, en el que se hallaban complicados el comandante supremo de las Fuerzas Armadas, mariscal Tukhachevsky; el comandante en jefe de la Región Militar de Ucrania, general Wakir; el comandante en jefe de la Región Militar de la Rusia Blanca, general Uborevich; el director de la Academia Militar Soviética, general Kork, y los generales Putna, Eideman, Feldmann y Primakov. El 11 de junio la prensa soviética dio

---

545 Barmine, obra cit., pág. 321.

a conocer la detención de los presuntos conspiradores, y el día 12, que todos ellos habían sido procesados en un juicio sumarísimo y ejecutados inmediatamente después de haber sido condenados a la pena de muerte por los delitos de espionaje, alta traición y colaboración con la Gestapo. Entre las víctimas se hallaban dos judíos: los generales Yakir y Feldmann, lo que todavía hacía más absurda su supuesta cooperación con la Gestapo. La prensa dio a conocer asimismo que el mariscal Gamarnik, jefe del Departamento Político del Ejército Rojo y ayudante de Vorochilov, había cometido suicidio mientras se realizaban pesquisas contra él. La ejecución de Tukhachevsky tuvo consecuencias trágicas para su familia. “Su hija –testimonia Barmine–, una niña de doce años, desconocía el destino de su padre. El día que fue publicado el comunicado oficial fue recibida con insultos por sus condiscípulas, que no querían asistir a la misma clase con la hija de un “traidor fascista”. La pequeña muchacha se dirigió a su casa y se ahorcó. Su madre, que fue detenida al día siguiente, se volvió loca; le pusieron la camisa de fuerza y la enviaron al distrito de los Urales”<sup>546</sup>.

Por el testimonio excepcional de Krivitsky (que en su calidad de jefe del contraespionaje militar ruso en la Europa occidental tuvo ocasión de seguir los hilos de la trama organizada por Stalin) se sabe que el material presentado por Vorochilov ante el Comité Central en contra de

---

546 Ibid., pág. 22.

Tukhachevsky y sus infortunados compañeros había sido compuesto con ayuda de la Gestapo, de la NKVD y del ex general zarista Skoblin, que estaba a sueldo de los servicios secretos soviéticos y a la vez mantenía estrechos contactos con la Gestapo. “No cabe la menor duda –testimonia Krivitsky– que la pretendida conspiración de los generales del Ejército Rojo y de la Gestapo contra Stalin fue una conspiración de Stalin contra los generales del Ejército Rojo y que, para comprometer a sus generales, Stalin empleó “contrainformación” fabricada por la Gestapo y hecha llegar a la OGPU a través de los círculos zaristas”<sup>547</sup>. Rebasaría los límites de este trabajo relatar aquí todos los pormenores de la intriga urdida por Stalin para dar visos de realidad a su maniobra contra el Alto Mando del Ejército Rojo. Baste con señalar que, para borrar toda huella de la macabra maquinación, los comandos móviles de la NKVD secuestraron el 23 de septiembre en París al presidente de la Unión de Veteranos del Ejército Zarista, general Eugenio Miller, que, en su calidad de jefe del ex general Skoblin (el agente doble de la GPU y de la Gestapo), estaba en condiciones de desenmascarar públicamente que el supuesto complot de los generales del Ejército Rojo contra Stalin era en realidad un infundio fabricado entre la Gestapo y la NKVD. El rapto del general Miller, a plena luz del día, produjo un gran revuelo en el Quai d’Orsay. Miller fue secuestrado por dos agentes de la NKVD puestos a disposición de Spiegelglass por

---

547 Krivitsky, obra cit.» pág. 263.

Krivitsky. Miller no fue encontrado nunca más, ni tampoco su lugarteniente Skoblin, el hombre que había actuado a sus espaldas y le había tendido la trampa que posibilitó su secuestro.

El fusilamiento de Tukhachevsky y sus supuestos compañeros de conspiración fue sólo el preámbulo de una purga a gran escala en el seno del Ejército Rojo. “En los distritos militares de la Unión Soviética –informa Orlov– desaparecieron cientos de comandantes del Ejército Rojo. Junto a ellos fueron llevados a la cárcel sus ayudantes inmediatos y todos los que eran considerados como amigos suyos. Transcurrían semanas e incluso meses antes de que los puestos dejados vacantes por los oficiales arrestados fuesen cubiertos con nuevos jefes. Y sucedía a menudo que, a su vez, los nuevos jefes eran también detenidos”<sup>548</sup>. De acuerdo con Krivitsky, la purga afectó a 35.000 miembros del Ejército Rojo<sup>549</sup>. Nikita Kruschev, al referirse en el XX Congreso del PC ruso a la purga del Ejército Rojo, dice: “Durante esos años fueron llevadas a cabo represiones contra ciertas partes de los cuadros militares, empezando a nivel de comandante de compañía y batallón y abarcando a los centros militares más elevados; durante ese tiempo el cuadro de líderes que había obtenido experiencia militar en España y en el Extremo

---

548 Orlov, obra cit., pág. 240.

549 Krivitsky, obra cit., pág. 255.



Oriente fue casi completamente liquidado”<sup>550</sup>.

Como había ocurrido antes con la NKVD, la purga realizada dentro del Ejército Rojo se extendió al extranjero, especialmente a España.

Muchos de los consejeros militares rusos que se hallaban en España fueron conducidos a Rusia –voluntariamente o a la fuerza– y ejecutados sin juicio. Entre las víctimas más conocidas se hallaban el general Gorev, el general Valúa y Berzin, alias “Grishin”, íntimo amigo de Vorochilov y jefe durante quince años de la GRU, la sección de espionaje del Ejército Rojo.

Siguiendo su costumbre de no dejar rastro de sus crímenes, Stalin no se limitó a asesinar a las víctimas, sino también a los verdugos y cómplices; un año después de haber sido fusilados Tukhachevsky y los otros generales, fueron liquidados, con excepción del mariscal Budeny y del general Shaposhnikov, todos los altos oficiales que habían actuado como jueces en el consejo de guerra: Alknis, comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas soviéticas; el mariscal Bluecher, comandante en jefe del Ejército Rojo en la Rusia oriental; Dybenko, comandante en jefe de la Región Militar de Leningrado; Belov, comandante en jefe de la Región Militar de la Rusia Blanca, y Kashirin, comandante en jefe de la Región Militar del norte del Cáucaso. Liquidado fue

---

550 Secret Speech of Khrushchev, obra cit., págs. 48–49.

también, en febrero de 1938, el mariscal Yegorov, vicecomisario de Defensa.

## **VI. EL PROCESO CONTRA LOS 21**

Mientras la máquina represiva de Stalin mandaba al piquete de ejecución a miles de funcionarios de la NKVD y a los jefes militares del Ejército Rojo, entre bastidores se habían iniciado ya los preparativos para un tercer proceso escenificado.

Para comparecer ante el tribunal fueron seleccionados esta vez: Bujarin, Rykov, Yagoda, Krestinsky, Rakovsky, Rosengolz, Ivanov, Tshemov, Grinko, Selensky, Besonov, Ikra–mov, Chodshayev, Sharangovich, Subarev, Bulanov, Levin, Pletnev, Kazakov, Maximov–Dikovsky y Kryutshkov. De los 21 acusados, los más importantes y conocidos eran Bujarin, Rykov, Yagoda, Krestinsky, Rakovsky y Rosengolz. Pero la nota más pintoresca del nuevo proceso consistía en la presencia del antiguo jefe de la GPU, Yagoda, el hombre que había tenido a su cargo la preparación del primer proceso escenificado.

La decisión de incluir a Yagoda en la lista de los agentes trotskistas ponía de manifiesto no sólo la inclinación de Stalin por los golpes de teatro y las soluciones folletinescas,

sino también su ingratitud hacia las personas que le habían servido como perros fieles. La intención de Stalin era la de utilizar a Yagoda como chivo expiatorio por todo el descontento que había producido en el país la ola de liquidaciones físicas. Asimismo, la culpabilidad de Yagoda estaba destinada a justificar la masacre colectiva organizada por Stalin en el seno de la vieja oposición, de la NKVD y del Ejército. Si el fiscal acusador podía demostrar que Yagoda había logrado introducir a sus agentes en todos los rincones del país, en tal caso estaba plenamente justificado que Stalin se hubiese visto obligado a tomar las más enérgicas medidas represivas. Pero todavía más: los cargos presentados contra Yagoda habían de ser de naturaleza tan escandalosa y tan ruin que despertasen en el pueblo ruso un sentimiento de profunda indignación. Stalin sabía por sus servicios de información el malestar reinante en el país; una manera de ofrecer una válvula de escape a este estado de ánimo popular era la de presentar a Yagoda como el principal responsable de lo que ocurría en el país, como catalizador del odio colectivo.

Es posible también que Stalin se decidiese a liquidar a Yagoda por puro instinto de conservación, por miedo a que el jefe de su policía secreta pudiera un día utilizar contra él toda la información que la NKVD poseía sobre el asesinato de Kirov y las purgas contra los antiguos miembros de la oposición. Yagoda era un personaje temido por todos los miembros del Politburó. Algunos, como Lázaro Kaganovitch,

sugirieron a Stalin que Yagoda podía convertirse en el Fouché ruso. Los altos funcionarios del partido y del Gobierno sabían que Yagoda, para satisfacer a Stalin, espiaba sus menores movimientos e informaba a su amo de todo lo que decían en privado. El poder de Yagoda había sido, en efecto, prácticamente ilimitado. La NKVD se había convertido, bajo su mando, en un Estado dentro del Estado. Yagoda, mimado por Stalin y cada vez más consciente de su influencia, había desarrollado con el tiempo una morbosa afición por la pompa y el fausto. Una de sus últimas tareas fue la de introducir lujosos uniformes de gala para los altos funcionarios de la NKVD, la de ordenar que los cambios de guardia se hicieran, como en los tiempos del Zar, con música y gran ceremonial. Asimismo, antes de ser destituido, Yagoda introdujo en la NKVD un reglamento de etiqueta destinado a restablecer el antiguo trato zarista entre los oficiales y la tropa.

Para el proceso contra los 21, Stalin y sus acólitos de la NKVD elaboraron una intriga que sobrepasaba en mucho a las farsas urdidas en los dos procesos anteriores. Después de los infundios difundidos en el proceso contra los 16 y contra los 17, el pueblo ruso no hubiera prestado demasiada atención a un proceso que se hubiera limitado a lanzar contra los procesados el mismo tipo de acusaciones. Para electrizar al mundo, Stalin necesitaba presentar un espectáculo especial que superase en efectismo a los anteriores. Yagoda era la persona clave para ello.

En marzo de 1938 el mundo se enteró de que el antiguo jefe de la GPU, Yagoda, era en realidad un espía al servicio de la Gestapo y de Trotsky y un criminal que había organizado el asesinato del escritor Gorki y otras personalidades públicas. Yagoda fue hecho responsable, entre otros, de los siguientes delitos: de haber participado directamente en el asesinato de Kirov; de haber organizado el envenenamiento progresivo de Máximo Gorki con ayuda del médico de cabecera del escritor, doctor Levin; del cardiólogo doctor Demetrio Pletnev, del antiguo secretario –de Gorki, Kryutshkov, y del acusado Bulanov. Asimismo, de haber organizado y dirigido el envenenamiento de Menzhinsky y Kuibyshev, dos altos funcionarios del partido, y del hijo de Máximo Gorki, M. A. Peshkov. Yagoda fue además acusado de haber intentado envenenar a su sucesor, Yezhov, en otoño de 1936 con “un veneno especialmente fabricado para este caso”.

Las cuatro víctimas señaladas por el tribunal habían muerto de muerte natural entre 1934 y 1936. Las imputaciones contra los supuestos cómplices de Yagoda –Levin, Pletnev y Kazakov– eran una patraña. Las confesiones les fueron arrancadas a los tres médicos por medio de amenazas y chantaje. El doctor Levin contaba setenta años de edad y poseía numerosos nietos. Pletnev fue complicado, a través de un agente femenino de la NKVD, en un affaire de violación sexual y condenado a varios años de cárcel para ablandarle y obligarle a declarar en el proceso contra

Yagoda. La ocurrencia de Stalin de introducir la variante del veneno obedecía a su deseo de rodear la figura de su antiguo correligionario y cómplice de un halo macabro y tenebroso. La mención del veneno como recurso criminal era un truco ideal para despertar la imaginación del pueblo ruso. Yagoda aparecía así como un epígono de los Borgias, como una especie de brujo capaz de las perfidias más increíbles. La introducción del tema del veneno aumentaba el interés del proceso, convertía un acontecimiento político en una novela folletinesca al estilo de Eugenio Sue. Yagoda era el “malo” clásico, el villano de los dramas de capa y espada, Satanás en persona.

La elección de Máximo Gorki como una de las presuntas víctimas de Yagoda no fue tampoco casual. Gorki era, desde hacía varios decenios, un hombre idolatrado por el pueblo ruso. Lenin le había distinguido con su amistad personal y colmado de toda clase de atenciones. Gorki significaba, para el ciudadano ruso medio, el símbolo del genio literario y de la conciencia moral. Stalin, que era consciente del prestigio que Gorki gozaba tanto en Rusia como en el extranjero, decidió utilizarlo como pantalla de propaganda para su régimen. En 1928 fue organizada en Rusia una campaña a favor del retorno de Gorki a su patria. El escritor, que estaba enfermo de tuberculosis desde su juventud, residía habitualmente en Italia. La campaña, hábilmente organizada por los servicios de propaganda de Stalin, conmovió al gran novelista, que decidió regresar a la Unión Soviética.

A partir de su llegada a Moscú, Gorki fue objeto de toda clase de honores y deferencias por parte del Gobierno. Para convencerle de que el pueblo ruso se identificaba con la política de Stalin, la NKVD organizaba regularmente reuniones y mítines con oradores obreros especialmente seleccionados por el partido. Gorki era llevado a visitar las fábricas y granjas modelo que la Inturist tenía incluidas en su repertorio para deslumbrar a los visitantes extranjeros. Con el objeto de mantenerle ocupado, el Gobierno le encargó una serie de trabajos literarios y culturales que absorbían todo su tiempo. Los intelectuales y escritores que le rodeaban eran todos estalinistas elegidos por la NKVD.

A pesar de esta tentativa de mantenerle en una especie de limbo, Gorki, que no había dejado de ser un hombre sensible a la injusticia, acabó por darse cuenta de que la vida del obrero ruso no era tan risueña como la que describía la propaganda oficial. Aunque Gorki intentó en muchos casos hacer valer su influencia para interceder a favor de Kamenev y otros líderes de la oposición caídos en desgracia –como había hecho quince años antes con oficiales zaristas–, no tuvo la fuerza moral para romper abiertamente con el régimen. Sólo así se explica que sus escritos y discursos de esta época estén llenos de incienso para el régimen y Stalin. De todos modos, Gorki se negó a escribir una biografía sobre Stalin y a condenar en las páginas de la *Pravda* a Sinoviev y Kamenev. En 1934 y 1936 pidió un visado de salida con el pretexto de restablecer su delicada salud en Italia, petición

que le fue denegada. ¿Temía Stalin que el viejo escritor rompiera en el extranjero el silencio que en Rusia se veía obligado a guardar? Probablemente. Aunque rodeado de todas las comodidades materiales y de todos los honores literarios, Gorki era en realidad un prisionero de la NKVD. “El viejo escritor –observa Isaac Deutscher–, vinculado emocionalmente al bolchevismo y sintiendo algún remordimiento a causa de sus antiguos ataques a Lenin, decidió no pelearse con su sucesor, quien, de todos modos, no estaba dispuesto a tolerar disputa alguna. Ocasionalmente, Gorki trató de ablandar el talante de Stalin y de proteger a algún viejo bolchevique o a un errabundo literato. Incluso hizo un intento de reconciliar a Stalin y a Kamenev. Pero al final tuvo que desistir”<sup>551</sup>.

Debido a que oficialmente era de dominio público que la amistad entre Stalin y Gorki no se había roto, fue decidido seleccionar al escritor como a una de las víctimas de Yagoda. El móvil imputado a Yagoda por el envenenamiento de Gorki fue el de que éste se había negado a romper con Stalin, tal como le había propuesto el jefe de la NKVD. Con ello se sugería al pueblo ruso que Gorki sentía una gran devoción por Stalin y, al mismo tiempo, se ponía de relieve que si un hombre de la bondad personal y de la inteligencia del escritor se identificaba con Stalin, significaba que todos los que estaban contra él eran individuos malvados. A través de

---

551 Isaac Deutscher, obra cit., pág. 369.



esta maniobra de sugestión, Stalin aplicaba a nivel colectivo la técnica del lavado de cerebro que los funcionarios de la NKVD practicaban con procedimientos más brutales en los calabozos y despachos de la Lubianka.

Yagoda había sido elegido para representar en el proceso el papel más específicamente guiñolesco, pero la importancia del mismo no se limitaba a su comparecencia en el banquillo de los acusados. El protagonista básico era Trotsky, el gran ausente, el convidado de piedra. Existen pruebas históricas –como veremos en un capítulo posterior– de que, por estas fechas, Stalin había decidido liquidar físicamente a Trotsky. El cerco contra él se hacía cada vez más estrecho. De momento, la NKVD había suprimido a León Sedov y a varios secretarios de Trotsky. La hora de la venganza final con su odiado enemigo no podía tardar. Para justificar moralmente de antemano el proyectado crimen contra Trotsky, Stalin necesitaba presentarlo ante la opinión pública mundial como un agente fascista, como un espía al servicio de la Gestapo y del Japón. Uno de los móviles básicos del tercer proceso escenificado fue, en efecto, el de destruir el prestigio ideológico de Trotsky y sus seguidores y el de degradarles como vulgares delincuentes comunes. Esta maniobra se hizo visible en las intervenciones de Vishinsky y de los acusados. Lo que Stalin buscaba no era la eliminación física de Bujarin, Rykov y demás acusados –a quienes hubiera podido liquidar en uno de los patios de la Lubianka–, sino aniquilar políticamente a Trotsky y a la vieja oposición. Si,

como iba a quedar demostrado pronto, Stalin estaba negociando en estos momentos con Hitler, había de temer con razón que, una vez convertido en realidad este pacto, se confirmaría ante el mundo lo que Trotsky venía repitiendo desde hacía años en el *Boletín de la Oposición*: que Stalin era un traidor al socialismo y a la clase obrera. Trotsky fue acusado ahora, por medio de Krestinsky, no sólo de estar al servicio de la Gestapo –lo que había sido afirmado ya en el proceso contra los 17–, sino de haber cooperado con los servicios secretos alemanes desde 1921. Asimismo, Trotsky fue acusado, a través del testimonio de Rakovsky, de estar al servicio del Intelligence Service desde 1926.

Con Trotsky tenían que ser aniquilados, física y políticamente, todos los hombres que en Rusia podían, en un momento dado, por su prestigio y su historial bolchevique, convertirse en polos de oposición contra la política estaliniana. Bujarin, Rykov, Krestinsky, Rakovsky y algún otro de los acusados eran el último reducto de la vieja guardia bolchevique. Una vez eliminados, no quedaría ya ninguna figura lo suficientemente representativa para convertirse en banderín de enganche contra Stalin<sup>552</sup>.

El acta de acusación contra Bujarin y los demás encartados era una versión ampliada de los infundios lanzados ya por Vishlinsky en los dos procesos anteriores, especialmente en

---

552 Tomski, el antiguo presidente de los sindicatos rusos, se había suicidado poco antes de ser llevado a la Lubianka para ser interrogado.

el de Piatakov y Radek. En lo esencial se acusaba a los procesados de haber constituido entre 1932 y 1933, por encargo de determinados servicios de espionaje extranjeros, un “bloque derechista y trotskista”, cuyo fin era el de minar la capacidad de defensa de la URSS, el de provocar una agresión armada contra ella y el de contribuir a una derrota militar de la Unión Soviética para posibilitar la restauración del capitalismo en el país. Asimismo, se acusaba a los procesados de pretender diezmar el territorio soviético y de querer proceder a una separación de varias repúblicas de la URSS. El acta de acusación contenía también los habituales cargos por los delitos de espionaje, actos de terrorismo y sabotaje.

El intento de presentar a los acusados como agentes al servicio del fascismo había sido ya llevado a cabo en el proceso contra Piatakov y Radek. Nuevo era sólo el hecho de querer dar a su supuesta actividad una proyección internacional. Así, en su alegato de 11 de marzo de 1938, Vishinsky afirmó: “El bloque de los derechistas y trotskistas que está sentado ahora en el banquillo... es sólo la vanguardia del fascismo internacional... Por lo tanto, el desenmascaramiento del bloque de los derechistas y trotskistas como una banda de espías no tiene sólo una poderosa importancia para nuestra revolución socialista; tiene también una poderosa importancia para el proletariado internacional, para la causa de la paz en todo el mundo. Tiene una poderosa importancia para la cultura

humana en su conjunto, para la lucha por la democracia y la libertad de todos los pueblos”<sup>553</sup>.

Rosengolz, que en su calidad de jefe del Comisariado de Comercio Exterior había posibilitado la financiación del Primer Plan Quinquenal, fue acusado de haber apoyado económicamente a grupos trotskistas con fondos procedentes de su Ministerio. Asimismo, fue acusado de haber incrementado la exportación de hierro en bruto al Japón, mientras en Rusia las fábricas estaban paralizadas por falta de materia prima. Rosengolz era hecho responsable de un delito al que Stalin le había impulsado unos años antes: aumentar a toda costa la exportación de hierro en bruto.

Barmine, que entonces era jefe del Auto–Motor–Export, confirmaría, tras su ruptura con el estalinismo, que Stalin personalmente había ordenado el incremento de la exportación de hierro en bruto: “Por lo que a mí respecta, fui presa de la indignación y el asco cuando leí la “confesión” de Rosengolz, según la cual éste había aumentado intencionadamente la exportación de hierro en bruto al Japón para boicotear a la industria soviética y servir la causa del fascismo... Si Rosengolz hubiera querido defenderse no hubiese necesitado más que citar las ediciones de la *Pravda* de esa época, que contenían triunfales declaraciones de su director, Mechlis –que era también secretario de Stalin–, diciendo, más o menos, que el éxito de la industrialización

---

553 Die Moskauer Schauprozesse 1936–1938, obra cit., pág. 216.

rusa se podía medir por el aumento de las exportaciones de hierro en bruto a diversos países, especialmente el Japón”<sup>554</sup>.

## VII. LA DEFENSA DE BUJARIN

Políticamente, la figura central del proceso contra los 21 era Bujarin, el gran teórico del bolchevismo, el hombre que Lenin había calificado en su testamento como el “favorito” del Partido, el segundo presidente de la Comintern. “A los ojos de quienes se sienten más atraídos por sensaciones que por acontecimientos de importancia histórica –escribe Orlov–, la figura central del tercer proceso de Moscú fue el antiguo jefe de la NKVD, Yagoda, y no revolucionarios de fama mundial como Bujarin, Rykov o Rakovsky... pero a los ojos de los miembros del Partido y de quienes poseían un mínimo conocimiento de la historia del Partido y de la revolución, la figura central del tercer proceso no fue Yagoda, sino Nicolás I. Bujarin, uno de los más destacados bolcheviques y un amigo de Lenin”<sup>555</sup>.

Stalin, no satisfecho con presentar a Bujarin como un

---

554 Barmine, obra cit., págs. 327–329.

555 Orlov, obra cit., pág. 280.

espía, un terrorista y un conspirador, como el lugarteniente de Trotsky en Rusia, levantó contra él, por boca de Vinhinsky, la acusación de haber intentado, en 1918, en colaboración con los comunistas de izquierda y los socialrevolucionarios, el asesinato de Lenin, Stalin y Sverdlov. Como siempre, Stalin había utilizado una situación política dada para dar un viso de veracidad a sus pavorosos infundios. Históricamente era cierto que a raíz de la firma del Tratado de Brest–Litovsk entre Alemania y Rusia, Bujarin se había mostrado partidario, en contra de Lenin, de no aceptar las condiciones impuestas por los alemanes y de proseguir la guerra. Ciertamente era también que la terrorista social–revolucionaria Dora Kaplan perpetró, el 30 de agosto de 1918, un atentado contra Lenin, atentado que Vishinsky cargó en el proceso en la cuenta de Bujarin.

A diferencia de la mayoría de los otros acusados, Bujarin intentó, sin desafiar abiertamente al tribunal, revelar el carácter absurdo y falso de los cargos acumulados contra él. Bujarin sabía que, si hubiese pretendido desenmascarar abiertamente la farsa del proceso, sus palabras habrían quedado asfixiadas por los gritos de los agentes de la NKVD presentes en la sala; sabía también que ello habría significado la muerte de sus familiares y allegados. Su único recurso era el de reconocer formalmente su culpa personal “in abstracto” y refutar “in concreto” las absurdas acusaciones levantadas contra él. Su defensa constituyó una obra maestra de oratoria forense. Sin olvidar un solo

momento de subrayar su culpabilidad y deslizar incluso algún elogio a Stalin, Bujarin desmontó una a una todas las piezas que Vishinsky había utilizado para montar su edificio de mentiras. El bloque trotskista, arguyó Bujarin, surgió en 1928: “¿Cómo se puede afirmar entonces que el bloque fue organizado por encargo de los servicios fascistas de espionaje?”<sup>556</sup>. “Niego categóricamente –dijo Bujarin– que yo estaba vinculado a los servicios extranjeros de espionaje, de que eran mis amos y de que al actuar ejecutaba su voluntad”<sup>557</sup>. Y en otro pasaje de su defensa: “Niego categóricamente haber participado en el asesinato de Kirov, Menshinsky, Kubychev, Gorki y Peshkov. De acuerdo con las declaraciones de Yagoda, Gorki fue asesinado por decisión del bloque de los trostkistas y derechistas. Yo no sabía nada de eso”<sup>558</sup>. Ridiculizando los argumentos que Vishinsky había esgrimido para demostrar su intento de haber querido liquidar a Lenin, Bujarin afirmó: “No es cierto que los comunistas de izquierda y los trotskistas querían llevar a cabo un golpe de Estado con medios violentos antes de ser firmado el tratado de Brest, y ello por la razón de que los trotskistas y los llamados “izquierdistas” poseían la mayoría en el CC”<sup>559</sup>. Bujarin admitió que habían existido negociaciones con los social–revolucionarios de izquierda,

---

556 Die Moskauer Schauprozesse 1936–1938, obra cit., pág. 229.

557 Ibid., pág. 229.

558 Ibid., pág. 232.

559 Ibid., pág. 233.

pero “negó categóricamente que hubiese existido la intención de la destrucción física”<sup>560</sup>. Para Bujarin era muy importante rechazar el papel de Judas que Stalin intentaba achacarle con respecto a Lenin. La refutación de este infundio significaba en realidad una victoria sobre Stalin, que quería a toda costa demostrar que Lenin se había equivocado al describir a Bujarin como al favorito del Partido. Bujarin sabía que Stalin podía aniquilarle, pero sabía también que las palabras escritas por Lenin sobre él en su testamento le sobrevivirían.

Bujarin no se limitó a negar que hubiese tenido la intención de liquidar físicamente a Lenin; aprovechando este giro de su defensa, tuvo el coraje de recordar que en sus diversos actos de represión contra los grupos políticos rivales, los bolcheviques no habían recurrido entonces a su liquidación física: “Y yo digo –y esto no fue mencionado en el discurso del fiscal del Estado– que en estas conversaciones criminales e infames se habló especialmente de que bajo ningún pretexto se debía tocar un solo pelo de las personas mencionadas”<sup>561</sup>. Dichas en un momento histórico en que Stalin había mandado a la horca a miles y miles de personas caídas en desgracia, estas palabras de Bujarin constituían una denuncia abierta contra el dictador y sus cómplices. Resulta por ello incomprensible que Alejandro Orlov afirme: “En

---

560 Ibid., pág. 235.

561 Ibid., pág. 235.



contraste con Radek y algún otro acusado, Bujarin no utilizó los recursos de su brillante intelecto con el fin de introducir en su discurso, ante las propias narices del fiscal acusador y de los jueces, pasajes velados y alusiones comprometiendo la trama judicial de Stalin. Bujarin estaba dispuesto a pagar a Stalin el precio completo por la salvación de su mujer y su hijo”<sup>562</sup>.

Después de haber rechazado los cargos concretos que Vishinsky le había imputado, Bujarin pasó a explicar las causas que le habían movido a confesar sus actividades conspirativas y a inclinarse ante la voluntad del Partido. Bujarin hizo tres afirmaciones fundamentales, sin duda con el propósito de orientar a la opinión pública mundial y de salvar al mismo tiempo su honor personal: 1) que los interrogadores no habían empleado procedimientos hipnóticos para arrancarles las confesiones; 2) que la conducta coooperadora de los acusados no podía ser la consecuencia psicológica del “alma eslava” descrita especialmente por Dostoiyevski y 3) que él había finalmente confesado porque ésta era la única manera de prestar un postrer servicio a su patria y al socialismo. “Puedo suponer a priori –dijo Bujarin hacia el final de su defensa– que tanto Trotsky como mis otros aliados y la II Internacional intentarán defendernos, especialmente a mí. Rechazo esta defensa y doblo mi rodilla

---

562 Orlov, obra cit., pág. 287.

ante el país, ante el Partido, ante todo el pueblo”<sup>563</sup>.

Con ello, Bujarin dio a entender que no existía para él ni para los demás procesados otra posibilidad objetiva que la de someterse a las circunstancias, de que habían confesado no porque eran culpables, sino porque no podían hacer otra cosa. Bujarin no olvidó de deslizar en su discurso la observación de que se había negado a hablar durante tres meses, lo que significaba que los cargos presentados contra él carecían de fundamento y le habían sido impuestos por medio de amenazas.

Excepto Pletnev, Rakovsky y Besonov, que salieron airoso con penas de cárcel, el resto de los acusados fueron condenados a la pena capital y ejecutados. De acuerdo con el testimonio de Víctor Kravchenko, “las ejecuciones tuvieron lugar pocas horas después de pronunciada la sentencia. Bujarin y Rykow murieron maldiciendo a Stalin. Y murieron como rebeldes, no como Sinoviev y Kamenev en el suelo de sus celdas, arrastrándose y pidiendo clemencia”<sup>564</sup>.

“Stalin –resume Orlov agudamente– no había logrado destruir el documento dejado por Lenin, pero cuando alcanzó el poder dictatorial encontró un medio de destruir el testamento de Lenin mucho más eficazmente que si hubiera roto en pedazos el papel en el que había sido escrito

---

563 Die Moskauer Schauprozesse 1936–1938, obra cit., pág. 241.

564 Víctor Kravchenko, obra cit., pág. 351.

el testamento: Stalin destruyó físicamente a cada uno de los hombres sobre los cuales Lenin escribió en su testamento y que él consideraba como el cerebro y la conciencia del Partido”<sup>565</sup>. Pero todavía faltaba eliminar al enemigo principal, a Trotsky, el hombre que con cruel ironía había escrito: “Stalin, como el héroe de Gogol, está coleccionando almas muertas a falta de vivas”<sup>566</sup>.

## VIII. OTROS ASPECTOS DE LA DEPURACIÓN

La matanza general realizada por Stalin entre los núcleos de la vieja oposición, del Ejército y de la policía secreta, fue completada por una depuración a gran escala en el seno de las altas esferas del gobierno y del Partido. De acuerdo con el testimonio de Nikita Krushev, “de los 139 miembros y candidatos del CC del Partido elegidos en el XVII Congreso, 98, es decir, el 70 por ciento de ellos, fueron detenidos y ejecutados”<sup>567</sup>. En el período álgido de la represión, entre 1936 y 1938, fueron destituidos, detenidos o liquidados miles de altos funcionarios del gobierno y del Partido, entre ellos el Comisario de Industria Pesada, Mezhlauk, el

---

565 Orlov, obra cit., pág. 283.

566 Bulletin Oppositsii, número 35.

567 Secret Speech of Khrushchev, obra cit., págs. 22–23.

Comisario de Finanzas, Grinko, los de Agricultura, Tshernov y Yakovlev, el de Comercio Interior, Veitser, el de Comunicaciones, Khaleptsky, el de Industria Militar, Rukhimovich, el de Justicia, Krylenko, el de Granjas Colectivas del Estado, Kalmanovich, el de Educación, Bubnov y el de Transportes Marítimos y Fluviales, Yanson. Asimismo, el secretario del Comité Ejecutivo Central, Abel Yenukidze, el presidente del Banco del Estado, Maryasin, el vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Antipov, los secretarios del Comité Ejecutivo Central, Akulov y Unshlicht, el vicecomisario de Industria Pesada, Serebrovsky, el vicecomisario de Comercio Exterior, Eliava y los miembros del Politburó, Kossior y Rudzutak.

La purga realizada en el seno del gobierno central fue ampliada a todas las demás repúblicas soviéticas. Petrovsky, el presidente de la República de Ucrania, desapareció sin dejar rastro, y Lubchenko, el jefe del gobierno ucraniano, se suicidó, lo mismo que Cherviakov, presidente de la República de la Rusia Blanca. Especialmente sanguinaria fue la purga llevada a cabo por Stalin en Georgia, su tierra natal. En junio de 1938 hizo detener y ejecutar a su viejo rival Budu Mdivani, antiguo jefe del gobierno de Georgia y uno de los líderes bolcheviques más populares del Transcáucaso. Mdivani había sido uno de los primeros dirigentes del Partido que supo desenmascarar a tiempo la personalidad siniestra de Stalin. En 1922, Lenin le había apoyado totalmente en contra de Stalin, Dzerzhinsky y Orjonikidze. La

purga de Georgia fue encomendada a Beria, el futuro sucesor de Yezhov en la jefatura de la NKVD.

La depuración afectó también a innumerables dirigentes que ocupaban puestos de responsabilidad en la administración, la industria y la cultura. Así, una buena parte del personal directivo del Instituto Marx–Engels–Lenin fue destituida, deportada o ejecutada. Entre los liquidados se hallaba el profesor Sorin, que después de haber sido atacado por Stalin y caído en desgracia por un tiempo a mediados de la década del veinte, se convirtió en su coleccionador de citas leninistas y en uno de sus principales “ghost–writers”. Sorin fue eliminado no sólo porque había fabricado durante años artículos para Stalin y manipulado citas de Lenin, sino porque, en un momento determinado Stalin exigió de él que inventase y falsificase frases de Lenin, a lo que Sorin se negó<sup>568</sup>.

Víctima de las purgas fue también en 1938 el jefe de la guardia del Kremlin, Pauker, que había servido con gran fidelidad a Stalin durante años.

La gran purga llevada a cabo por Stalin y sus sicarios de la NKVD, que pasaría a la historia bajo el nombre de “Yezhovshchina” (de Yezhov, el jefe de la NKVD), es resumida en los siguientes términos por el líder menchevique Rafael Abramovitch: “La llamada

---

568 Véase Kravchenko, obra cit., pág. 377.

“Yezhovshchina” fue la noche de San Bartolomé más larga de la historia; duró por lo menos tres años. Cientos de miles de miembros del Partido, así como sus familiares –que no pertenecían al Partido– fueron detenidos. Muchos fueron fusilados sin proceso. Otros murieron a consecuencia de las torturas. La gran mayoría fue deportada a campos de concentración, sea a los campos generales de trabajo o a campos especiales en que los reclusos permanecían “incomunicados”. Allí permanecieron hasta la guerra –si tu talento era especialmente necesitado– o hasta la muerte de Stalin, si su vida duró tanto”<sup>569</sup>.

## **IX. LA COMINTERN Y LAS PURGAS**

La campaña de exterminio llevada a cabo por Stalin afectó no sólo a Rusia, sino también a los partidos comunistas extranjeros –especialmente a los europeos– y a los funcionarios rusos de la Comintern. De la misma manera que los diversos virajes de la política interior y exterior rusa habían conducido en el pasado a la caída en desgracia de una serie de líderes de los partidos comunistas adheridos a la Comintern, las purgas iniciadas en la Unión Soviética con el

---

569 Raphael Abramovitch, *The Soviet Revolution 1917–1939*, obra citada, pág. 394

asesinato de Kirov, fueron “coordinadas” con la eliminación de un gran número de comunistas extranjeros y rusos incómodos al Kremlin por su estrecha vinculación con la IC. Como ha dicho Branko Lazitch: “Todos los partidos comunistas que fueron declarados fuera de la ley en sus países y cuyos líderes se habían refugiado en Rusia, tuvieron que pagar su tributo de sangre durante la gran purga de Stalin”<sup>570</sup>. Sobre la xenofobia reinante en Rusia durante la época de las purgas, Barmine reporta: “Casi todos los números de *Pravda* y de la *Izvestia*, contenían un artículo sobre el “enemigo oculto”, que culminaba siempre con un llamamiento a estar alerta. Se puso en marcha una verdadera manía de espionaje, y el pueblo empezó a ver espías en todos los extranjeros, incluso en los refugiados comunistas y revolucionarios que vivían desde hacía quince años en la Unión Soviética. Recibir una postal del extranjero era peligroso”<sup>571</sup>.

El baño de sangre entre los comunistas extranjeros tuvo varios puntos neurálgicos, entre ellos el PC alemán, los miembros de las Brigadas Internacionales, los partidos comunistas de la Europa del Este, los miembros del Schutzbund austríaco y dirigentes de la Comintern que residían o se hallaban en la Unión Soviética. “Las purgas –anota Günther Nollau– estaban especialmente dirigidas contra

---

570 Branko Lazitch, *The Comintern: Histórica! Highlights*, obra citada, pág. 159.

571 Barmine, obra cit., pág. 421.

aquellos emigrantes que no podían esperar protección de sus propios gobiernos. Ciudadanos americanos, ingleses y franceses permanecieron en general indemnes”<sup>572</sup>. La técnica de la supresión física no fue siempre idéntica; la NKVD empleó todos los procedimientos posibles, desde el tiro a la cabeza hasta la dosis de veneno, pasando por la muerte lenta de los campos de Siberia o los suicidios simulados. En los países totalitarios como Alemania, en que los grupos de terror de la NKVD tenían difícil acceso, se recurrió al vil expediente de denunciar a las víctimas a la Gestapo y demás policías secretas. De acuerdo con Huth Fischer, “en la Alemania nazi y en la Rusia estalinista existía no solamente un terror paralelo contra comunistas alemanes rebeldes, sino que existía una colaboración entre ambos aparatos policíacos”<sup>573</sup>. Margarete Buber–Neumann, que después de haber pasado varios años en campos de concentración rusos fue entregada por la NKVD a la Gestapo, ha descrito la entrega de un convoy de comunistas alemanes a la Gestapo, en la estación ferroviaria de Brest–Litovks: “Nuestro convoy comprendía 28 hombres y 3 mujeres... Nos hallábamos en este puente ferroviario que formaba la frontera entre la Polonia ocupada por los alemanes y la parte ocupada por los rusos. A lo largo del puente, un militar se acercó lentamente hacia nosotros. Al llegar a nuestra altura reconocí el gorro de la SS. El oficial de la NKVD y el de la SS

---

572 Günther Nollau, *Die Internationale*, obra cit., pág. 208.

573 Ruth Fisher, obra cit., pág. 738.



se saludaron militarmente. Aquél sacó una lista de una cartera de color marrón claro... No oí los nombres leídos por él”<sup>574</sup>. Según Margarete Buber–Neumann, Walter Ulbricht hacía circular en el extranjero listas de comunistas alemanes que actuaban en la ilegalidad, con el objeto de atraer la atención de la Gestapo. De acuerdo con el testimonio de Richard Krebs (Jan Valtin), Ernst Wollweber denunció, por ejemplo, a la Gestapo a un grupo de 19 comunistas alemanes incómodos a Moscú<sup>575</sup>.

La labor más fácil fue la de eliminar a los comunistas extranjeros residentes en Rusia. Las detenciones y ejecuciones eran precedidas por un periodo de aislamiento, de manera que las futuras víctimas presentían la suerte que les aguardaba. En las habitaciones del Lux reinaba un terror silencioso y oscuro. Margarete Buber–Neumann, que esperaba con su marido Heinz Neumann, la detención a cada momento, recordará: “Las noches se convirtieron en un suplicio. Heinz iba de un lado para otro de la habitación, fumando sin cesar, mientras yo escuchaba cada ruido del pasillo. Los pesados pasos solían oírse pasada la medianoche. De la habitación de enfrente se habían llevado a un búlgaro, del piso de abajo un polaco. Cuando, durante el día, iba por los pasillos del Lux, examinaba tímidamente las puertas, para ver si alguna de ellas había sido precintada

---

574 Margarete Buber–Neumann, *Ais Gefangene bei Stalin und Hitler*, pág. 179, Stuttgart, 1958.

575 Véase Jan Valtin, obra cit., págs. 499, 568.

por la NKVD, pues eso es lo que hacían tras la detención, cuando ya no quedaba ningún familiar<sup>576</sup>.

El grupo de 500 socialdemócratas austríacos de izquierda que se enfrentaron en 1934 con las armas en la mano a Dolfuss y cometieron el error de aceptar la hospitalidad soviética, fue caso completamente exterminado.

El ex estalinista Ernst Fischer, representante del PC austríaco en la Comintern durante el período de las purgas, escribe: “Las Retenciones continuaban. Al principio fueron detenidos algunos miembros del Schutzbund, después docenas de ellos, más tarde fueron centenares los que desaparecieron de sus pisos a la madrugada. Finalmente, las cosas llegaron a tal punto que los miembros del Schutzbund esperaban por la noche con las maletas hechas; cuando los esbirros de la NKVD llamaban a la puerta al amanecer, eran recibidos con estas palabras: “¡Ah, ya estáis aquí! Creíamos ya que nos habíais olvidado”<sup>577</sup>.

Otro de los grupos étnicos que más cara pagaron su estancia en la URSS fueron los españoles. “Casi todos los emigrantes españoles y austríacos en Rusia –escribe Borkenau–, con excepción de los más altos dirigentes del Partido, fueron aniquilados. Los líderes del Partido mismos

---

576 Margarete Buber–Neumann, *Von Potsdam nach Moskau*, obra cit., pág. 462.

577 Ernst Fischer, obra cit., pág. 364.

podieron sólo salvar su vida convirtiéndose en agentes de la OGPU y denunciando a sus compatriotas”<sup>578</sup>.

Especialmente castigado fue el PC polaco, quizá por el odio que Stalin había sentido siempre por Polonia. En 1938 Stalin dio la orden de disolver formalmente al PC polaco; casi todos sus líderes fueron liquidados o internados en campos de concentración. Gomulka se libró de la purga por la simple razón de que se hallaba en Polonia. Irónicamente –anota un historiador polaco– los líderes del PCP que habían ido a la Unión Soviética huyendo de la persecución de su país, fueron ejecutados en las cárceles de Stalin”<sup>579</sup>. Entre los dirigentes polacos liquidados se hallaban, además de Warski, Vera Vostrzewa, Julián Leszczynski (alias Lenski), Eduardo Prochniak (alias Seweb, Weber), Enrique Stein (alias L. Dowski, H. Kamienski), Jerzy Heryng (alias Ryng), Bronislaw Bortnowski (alias Bronkowski), Henryk Lauer (alias Brandt), Saúl Ámsterdam (alias Henryk Henrykowski), Stefan Krolikowski, Tomasz Dabal (alias Tombal), Stanislaw Lancucki, Josef Ciszewski y muchos otros, cuya lista sería interminable. De acuerdo con Eugenio Reale, Togliatti jugó un papel activo en la liquidación del PC polaco<sup>580</sup>.

---

578 Franz Borkenau, *Der europaischer Kommunismus*, obra citada, pág. 211.

579 Bernard K. Johnpoll, *The Politics of Futility*, pág. 178, New York, 1967.

580 Eugenio Reale, *Nascita del Cominform*, pág. 21, Verona, 1958.

Otro de los partidos comunistas particularmente afectados por la purga fue el yugoeslavo. “Todos los líderes yugoeslavos destacados –con la sola excepción de Tito– fueron declarados “enemigos y espías” y hallaron el destino reservado para tales infortunados”, resume Branko Lazitch sobre el exterminio de sus compatriotas<sup>581</sup>. Entre las víctimas más destacadas figuraban Sima Marcovic, Milán Gorkic, Antón Maurak, Jovan Malisic–Martinovic, Iwo Grjetic y Viada Copie. Los cuatro primeros habían sido secretarios generales del Partido, los dos últimos representantes del PCY en la Comintern.

Del PC húngaro fueron liquidados Bela Kun, Josef Pogany, Bela Szekely, L. Magyar, Josef Rabinovicz, Bela Vago, Josef Haubricht, Itsvan Brermann, Janos Cocsis, Ferenc Jancsik, Ede Chlepko, es decir, casi toda la vieja guardia de la revolución húngara de 1919. El PC rumano perdió, entre otros, a los siguientes líderes: Marcel Pauker, secretario general del Partido y marido de Ana Pauker; María Cioban, Clara Schain, Alexander Pobrogeanu, Dr. Rozvany y Lenuta Philipovici. El PC griego perdió en Rusia a dos de sus más destacadas figuras: Andronikos Haitas y George Kolozov. El primero había sido secretario general, y el último, miembro del CC.

Los representantes del PC chino en la Comintern fueron

---

581 Branko Lazitch, *The Comintern: Historial Highlights*, obra citada, pág. 152.

liquidados enteramente: “Poco después del VII Congreso Mundial –testimonia Margarete Buber–Neumann– fueron acusados colectivamente de trotskismo. Se les negó el permiso de salida y poco después fueron liquidados como grupo, hasta el último hombre”<sup>582</sup>.

El PC alemán fue uno de los más castigados por la purga. Entre los liquidados se hallaban Werner Hirsch, ex secretario de Ernst Thälmann, Fritz Schulte, August Creutzburg (ambos antiguos miembros del CC), Heinrich Süsskind, director de la *Rote Fahne*, Willy Leow, vicepresidente de la Roter Frontkämpferbund, Heinrich Kurella, antiguo director de la *Imprekorr* de Berlín, Grete Wilde, líder de la Juventud Comunista alemana, Max Levin, uno de los líderes de la República soviética de Baviera, Hugo Eberlein, el delegado del PCA en el I Congreso de la Comintern y figuras de primera línea como Heinz Neumann, Hans Kippenberger, Maz Holz y Willi Münzenberg. En una carta a Dimitrov, Münzenberg escribía proféticamente el 14 de junio de 1938: “Yo sé que mi concepción política es comunista y correcta. Pero se también que al mismo tiempo he infringido gravemente la disciplina formal del Partido. Ya te dije en una carta anterior que, si se me aplican las medidas habituales, seré condenado”<sup>583</sup>.

---

582 Margarete Buber–Neuman, Ven Potsdam nach Moskau, obra citada, pág. 425.

583 Willi Münzenberg, Carta a Dimitrov, en «Der Deutsche

El PC italiano fue uno de los que pudo escapar a una purga física masiva, en parte porque la mayoría de exilados comunistas italianos residían en Francia y no en Rusia, en parte porque Togliatti era para ellos una especie de muro de contención frente a la NKVD. La misma función protectora ejerció Dimitrov con respecto a los comunistas búlgaros, lo que no impidió que Stalin ordenase la liquidación de Blagio Popov y Vasil Tanev –acusados, con Dimitrov, en el proceso del incendio del Reichstag y compañeros de conspiración suyos– y de Peter Iskrov, Bojkov, Rossen, Krum Gekov–Bat-chvarov y V. Gantchev–Koprinkow. “Los emigrados búlgaros –escribe Milovan Djilas– tuvieron la suerte que Dimitrov fuera secretario de la Comintern y poseyese tanta influencia. Salvó a un buen número de ellos”<sup>584</sup>. Existen, por el contrario, versiones sobre la actitud negativa adoptada por Dimitrov durante el período de las purgas. Así, por ejemplo, la esposa de Neumann, afirma: “Como jefe de la Comintern, había asumido los modales de un gran señor. Mientras en la época de su predecesor Manuilsky había bastado una llamada telefónica para concertar una entrevista, bajo Dimitrov era necesario pedirla con varios días e incluso semanas de anticipación. Cuando entre 1936 y 1938 empezó en la Unión Soviética la gran purga, Dimitrov utilizó su influencia para satisfacer su sed personal de venganza. Su persecución

---

Kommunismus», Dokumente, pág. 403, editado por Hermann Weber, Colonia–Berlín, 1963.

584 Milovan Djilas, *Conversations avec Staline*, pág. 43, París, 1962.

se dirigió especialmente contra los propios compatriotas de la sección búlgara. A Popov y Tanev, sus antiguos colaboradores de la época de Berlín, los entregó también a la NKVD”<sup>585</sup>. Desfavorable es también el testimonio de Susana Leonhard, que compartió una celda de la cárcel de Butyrki con Wilhelmine Müller (Mischka), una nieta de Martov que había sido la querida del jefe de la Comintern: “En la noche en que fue detenida, había estado en la Opera con Georgi Dimitrov, que era su amante. El jefe de la Comintern había vivido ya más de un año con “Mischka”, pero cuando ésta fue detenida, no movió un solo dedo”<sup>586</sup>.

Otra de las víctimas extranjeras más conocidas fue Vall Adler, hija del psiquiatra vienés Alfred Adler, que había llegado a la Unión Soviética en 1934, en compañía de su marido, el comunista húngaro Gyula Schasch, colaborador del profesor Eugen Varga. Ambos fueron detenidos a raíz del proceso contra Radek. Durante varios años, los rusos se negaron a dar noticia alguna sobre el paradero de Vall Adler. Por fin, ante la insistencia de Albert Einstein y otras personalidades científicas de renombre mundial, Moscú comunicó oficialmente que la hija de Adler había muerto en 1942, sin dar explicación alguna sobre las circunstancias de su fallecimiento.

---

585 Margarete Buber–Neumann, *Von Potsdam nach Moskau*, obra citada, págs. 146–147.

586 Susanne Leonhard, obra cit.» pág. 89.

“La NKVD –resume Susana Leonhard– ha suprimido a más comunistas que todas las demás policías políticas del mundo entero. En realidad, los capitalistas monopolistas tendrían motivos para erigir a Stalin un monumento de oro puro de agradecimiento a haber debilitado el movimiento obrero socialista de todo el mundo”<sup>587</sup>.

---

587 Ibid, pág. 285.



## **CAPÍTULO XIII**

### **I. LA GUERRA DE ESPAÑA Y EL PACTO DE NO-INTERVENCIÓN**

El 17 de julio de 1936, la guarnición militar de Marruecos se levantaba contra el gobierno de la II República Española; al día siguiente, el alzamiento se extendía a todo el territorio nacional. La guerra civil española había dado comienzo.

Después de la dimisión de Casares Quiroga, fue nombrado un nuevo gabinete presidido por Martínez Barrio, con Sánchez Román en el ministerio de la Gobernación. Ambos, con la esperanza de poder negociar con los generales insurrectos y temiendo una explosión revolucionaria, se negaron a dar armas al pueblo. Horas después de constituido, el nuevo gobierno cesaba en sus funciones y era sustituido por un gabinete bajo el mando de Giral.

La primera reacción del nuevo gobierno giralista fue la de

dirigirse en demanda de armamentos a las democracias europeas, especialmente a Francia e Inglaterra. Al frente del gobierno inglés se hallaba el conservador Stanley Baldwin; al frente del francés, el socialista Léon Blum, uno de los artífices del Frente Popular en su país. Aunque éste último se sentía personalmente inclinado a ofrecer ayuda práctica a la República Española, temía –no sin razón– que un apoyo directo de su país al gobierno de Giral conduciría a una agudización de la tensión existente entre las potencias fascistas y las democracias capitalistas europeas. Baldwin pensaba lo mismo que Blum, pero sin que tuviera que luchar con escrúpulos de conciencia o con sus convicciones personales, que no eran precisamente de simpatía hacia el gobierno republicano. Ambos tenían una sola idea fija: la de impedir a toda costa que sus respectivos países se viesan envueltos en un conflicto armado con Alemania e Italia a causa de España.

El gobierno republicano pidió inmediatamente asistencia directa a París a través de un mensaje dirigido por Giral a Blum el 19 de julio. El ministro de Asuntos Exteriores, Barcia, hizo por su parte el primer pedido oficial de armas, en cuya lista se incluían 20 aviones del tipo Potez. Fernando de los Ríos, que se hallaba en Ginebra, recibió la orden de trasladarse a París para dirigir personalmente la formalización del suministro de armamento. Pero Blum, que no se atrevía a tomar una decisión definitiva sin consultar con el Foreign Office, partió el 22 de julio hacia Londres con su ministro de Asuntos Exteriores, Delbos, donde ambos tuvieron ocasión

de constatar la inclinación inglesa a no intervenir en el conflicto español. García Venero anota, en su valiosa “Historia de las Internacionales en España”: “Inglaterra se comportó fríamente con el gobierno de Madrid, por causas específicamente insulares. Se trataba de una frialdad liberal, al modo que los ingleses entienden el liberalismo”<sup>588</sup>.

El 30 de julio, Blum y su ministro Delbos declararon ante varias comisiones gubernamentales, que el gobierno francés, a pesar de sus simpatías por la causa de la República, deseaba mantenerse neutral. Dos días más tarde, Blum proponía oficialmente a Londres y Roma la firma conjunta de un Tratado de No-Intervención, propuesta que fue extendida a Alemania el 4 de agosto. En el caso de llegarse a un acuerdo, Francia se comprometía también a suspender el suministro de armas concertado con el gobierno español antes de la firma del pacto no-intervencionista. En los días inmediatos, la mayoría de países europeos y otros no europeos se sumaron al pacto, entre ellos la Unión Soviética. Durante esta fase preliminar tuvo lugar el único suministro de material de guerra francés a España. De acuerdo con la versión comunista oficial, “consistió ese envío en lo siguiente: 12 aviones de caza Dewoitine, de un modelo viejo, sin armamento, y 5 bimotores Potez, igualmente de un modelo viejo, sin armamento, y muy lentos, presa facilísima para los cazas italianos

---

588 Maximiliano García Venero, *Historia de las Internacionales en España*, obra cit., III, pág. 126.

y alemanes. El armamento de estos aviones jamás fue enviado, lo que redujo aún más su eficacia”<sup>589</sup>.

La primera reunión del “Comité Internacional para la aplicación de la No-Intervención en España” tuvo lugar en Londres, el 8 de septiembre; en él estaban representados, por orden alfabético, los siguientes países: Albania, Alemania, Bélgica, Bulgaria, Checoslovaquia, Dinamarca, Estonia, Finlandia, Grecia, Holanda, Hungría, Irlanda, Italia, Letonia, Lituania, Luxemburgo, Noruega, Polonia, Rumania, Turquía, Unión Soviética y Yugoslavia. (Portugal se incorporó más tarde.) El Comité de No-Intervención, presidido por Lord Plymouth, estaba compuesto por los embajadores de los países miembros acreditados en Inglaterra. El 14 de septiembre fue creado un sub-comité compuesto de los delegados de los países más importantes adheridos al tratado: Francia, Inglaterra, la URSS, Alemania e Italia. “Cuando España –escribe Largo Caballero– se hallaba envuelta en un ambiente de desdén receloso y despreciativo de los magnates de la política mundial; cuando se encontraba en la lucha, un socialista, jefe del gobierno francés, presidente del Partido Socialista francés (SFIO) y miembro calificado de la Internacional Socialista, tuvo la genialidad de lanzar a los vientos la iniciativa de crear un organismo intitulado de No Intervención, ¡naturalmente para que no interviniera a favor de la España socialista y

---

589 Guerra y revolución en España, 1936–1939, tomo I, pág. 235, Moscú, 1966.

republicana! Tal idea no podía nacer más que de un espíritu tímido, débil como el de Léon Blum”<sup>590</sup>.

Por parte de Francia e Inglaterra, el acuerdo fue firmado con el ánimo de respetarlo en lo esencial; Alemania e Italia lo suscribieron con el propósito de transgredirlo de facto y para ir ganando tiempo para sus preparativos generales de guerra. “Todos o la mayoría de los firmantes del Convenio – escribe García Venero– estaban dispuestos a vulnerarlo, y mientras se cumplían los trámites diplomáticos preceptivos, el embargo de armas, convertido en pieza esencial del acuerdo, era burlado por los mismos que lo aceptaban”<sup>591</sup>. Ossorio y Gallardo, embajador de España en París, sentenciaría en sus *Memorias*. “Blum, a pesar de ser judío y socialista, no era un francés. Era un alemán más... La prohibición de envío de armas y municiones a España... la prohibición de que por territorio francés circularan armas y municiones de Rusia o de otros países con destino a España, fueron una suma de actos vergonzosos en los que Blum dejó a Francia rebajada y traicionada”<sup>592</sup>.

---

590 Largo Caballero, Correspondencia secreta, obra cit., pág. 245.

591 García Venero, obra cit., III, pág. 138.

592 Ossorio y Gallardo, Mis Memorias, pág. 238, Buenos Aires, 1946.

## II. LA ACTITUD DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Tras su ruptura con Stalin y terminada la guerra de España, Walter Gualderio Krivitsky, ex jefe del espionaje militar soviético en la Europa occidental, escribiría: “La historia de la intervención soviética en España sigue siendo aún el mayor misterio de la guerra civil española. El mundo sabe que existió una intervención soviética en España, pero es lo único que sabe. No sabe por qué Stalin intervino en España, cómo condujo allí sus operaciones, quienes fueron los hombres entre bastidores encargados de esta campaña, lo que esperaba obtener de ella y cómo terminó la aventura”<sup>593</sup>. Pero lo que en 1939 sólo podía barruntarse o conocerse deficientemente, ha dejado desde hace años de ser un misterio.

Siguiendo su costumbre y a tono con su carácter taimado y precavido, la primera reacción de Stalin ante el estallido de la guerra española fue de expectativa. En el contexto general de la política exterior soviética, la guerra de España no podía ser más inoportuna. Este conflicto bélico surgía en un momento en que Stalin, a través de la táctica del Frente Popular, intentaba ganarse las simpatías de la burguesía europea y, a la vez, intimidar a Hitler. El dictador del Kremlin temía, con razón, que un “engagement” demasiado enérgico

---

593 Krivitsky, *I was Stalin's Agent*, obra cit., pág. 93.

y repentino de la Unión Soviética a favor de la República pusiera en guardia a la burguesía mundial e incrementase al mismo tiempo el deseo de Hitler y Mussolini de intervenir a fondo en el drama español. Por sus servicios de información, Stalin sabía perfectamente que Alemania e Italia habían puesto las manos en España y apoyaban o estaban dispuestos a apoyar con armas y hombres al bando nacional. Pero Stalin acariciaba, desde 1939, la ilusión de llegar a toda costa a un *modus vivendi* con la Alemania nazi. A pesar de los desaires recibidos del Führer, Stalin confiaba en que éste acabaría por reconocer las ventajas prácticas de un pacto entre su país y la Unión Soviética. Por este solo motivo, Stalin no podía estar interesado en arriesgar, en los frentes de batalla ibéricos, una confrontación bélica a fondo entre la Unión Soviética y el Tercer Reich. “No cabe duda –escribe el historiador inglés Max Beloff– que el gobierno soviético hubiera preferido mantenerse en la No-Intervención si hubiera sido posible asegurar la retirada de la ayuda extranjera del otro lado, y con ello, el colapso de la rebelión”<sup>594</sup>. Eso explica que durante las primeras semanas que siguieron al 18 de julio, Moscú no tomase decisión alguna sobre España. Los comentarios de la prensa soviética eran parcos y poco entusiastas. Para encubrir esta inhibición, el aparato de la Comintern empezó a recaudar fondos y a organizar campañas de propaganda a favor de la

---

594 Max Beloff, *The Foreign Policy of Soviet Russia 1929–1941*, obra cit., tomo II, pág. 32.

República, perfectamente inútiles en el plano bélico. “La función real de la Comintern en este momento –testimonia Krivitsky– era la de hacer el suficiente tumulto para apagar el sonoro ruido hecho por el silencio del Kremlin”<sup>595</sup>. El 28 de agosto de 1936, el Comisariado de Comercio Exterior ruso publicó un decreto en el que se prohibía “la exportación, reexportación o tránsito hacia España de toda clase de armas, munición, material de guerra, aviones y barcos de guerra”<sup>596</sup>.

Este primer período de inhibición por parte de Rusia es analizado y justificado por el PCE en los siguientes términos: “La No-Intervención aparecía en este momento inicial, ante los ojos de muchos, como una forma de evitar una guerra mundial y como una barrera que iba a impedir las ayudas militares de Alemania e Italia a los rebeldes españoles... Se crearon así unas condiciones políticas en las cuales una negativa rotunda de la URSS a la propuesta del Gobierno francés hubiese tenido consecuencias desfavorables para la causa del pueblo español. En efecto, si el Gobierno soviético, en aquella coyuntura, hubiese rechazado sin más la propuesta francesa, contra él se hubiesen volcado no ya las fuerzas reaccionarias y fascistas, sino los partidos socialistas y otros influyentes sectores democráticos acusándole, primero, de querer intervenir en España en contra incluso de

---

595 Krivitsky, obra cit., pág. 97.

596 Ibid., pág. 98.



la voluntad del Gobierno republicano español; segundo, de ofrecer una justificación a Hitler y Mussolini para ayudar a Franco; tercero, de hacer fracasar un plan ideado por Léon Blum para poner fin a la intervención italo-alemana en España”<sup>597</sup>. Este tipo de argumentación, elaborado a posteriori para justificar la inhibición soviética, es históricamente insostenible. Resulta ridículo presentar a una Unión Soviética temerosa de desafiar la opinión pública de la Europa democrática. Al anexionar más tarde Estonia, Letonia y Lituania; al apoderarse de la mitad de Polonia; al agredir a Finlandia y al robar a Rumania la Bukovina, Stalin no se preocuparía tres años más tarde de lo que pensaban las potencias democráticas y los partidos socialistas de Europa. No: si Rusia se incorporó al pacto de No-Intervención y secundó con todas sus fuerzas la actitud de Blum y del Foreign Office fue porque el no-intervencionismo encajaba en su política exterior. Los comunistas franceses, por ejemplo, protestaban de cara a la galería contra la No-Intervención del gobierno de París, pero no hicieron en ningún momento nada serio para obligar a Quai d’Orsay a que suministrase armas a Madrid. Así, Blum era hecho responsable y convertido en chivo expiatorio de una política de “manos fuera” que convenía a los propios intereses del Kremlin. Como diría el anarquista alemán Rudolf Rocker: “Cuando el Partido Comunista francés lanzó al principio un estridente grito contra ese pacto y acusó al gobierno francés

---

597 Guerra y revolución en España, 1936–1939, obra cit., II, página 106.

de traicionar a la República Española, Léon Blum no tuvo más que llamar la atención sobre el hecho de que Rusia había sido la primera potencia en firmar el pacto y que por ello la acusación de traición recaía sobre Stalin”<sup>598</sup>.

Pero, por otra parte, la Unión Soviética no podía permitirse el lujo de desentenderse totalmente del conflicto español, máxime cuando la ayuda prestada a Burgos por Mussolini y Hitler dejó pronto de ser un misterio. La izquierda mundial había tomado en seguida posición a favor del gobierno republicano y tenía puestos los ojos en Rusia, que era el único país con posibilidades de ayudar prácticamente a Madrid. Más prometedor todavía: Largo Caballero, después de asumir, el 4 de septiembre, la jefatura del gobierno y la cartera de Guerra, se dirigió a Stalin –a través del embajador Rosenberg– en demanda de ayuda. ¿Cómo podía, en tales circunstancias, la Unión Soviética permanecer al margen de lo que ocurría en España? Ante el dilema que se le venía encima, Stalin decidió recurrir, como ya otras veces, a su estrategia favorita: la de realizar una política de doble filo que le permitiese rehuir una confrontación abierta con Alemania e Italia (país este último con el que mantenía las más cordiales relaciones) y que al mismo tiempo despertase en el mundo la impresión de que la Unión Soviética era el único país que ayudaba al proletariado español.

Pero si Stalin se decidió, pasadas las primeras semanas, a

---

598 Rudolf Rocker, *The Tragedy of Spain*, pág. 16, Nueva York, 1937.

intervenir bajo mano en la guerra de España y a infringir, como Alemania e Italia, el pacto de No-Intervención, no fue ni por ceder a la presión de la izquierda mundial ni tampoco para complacer a Largo Caballero. La razón principal de su cambio de actitud se debió al hecho de que la situación práctica a que había conducido la política inhibitoria de las potencias democráticas abría de pronto a Moscú la posibilidad de sacar un gran provecho político de la guerra de España sin quemarse demasiado los dedos. Si Rusia lograba, mediante el suministro de armas a la República española, controlar de tacto al régimen frentepopulista, ello podía incrementar el campo de acción de su política exterior. Una España dominada por Moscú podía ser utilizada por Stalin como “baza” no sólo contra Alemania e Italia, sino también contra Francia e Inglaterra. Como ha dicho Maurice Ceyrat: “Stalin decidió su intervención con la idea de hacer de Madrid un vasallo del Kremlin. Un vasallo semejante aseguraría, de una parte, sus lazos con París y Londres, y de la otra, reforzaría su posición para discutir con Berlín y Roma. Dueño del gobierno de España, cuya importancia estratégica es vital para Francia e Inglaterra, obtendría la seguridad que buscaba. Sería una fuerza con la que habría que contar”<sup>599</sup>. Existía naturalmente el riesgo de que una política rusa de intervención en España condujese a un empeoramiento radical de las relaciones con Hitler, pero

---

599 Maurice Ceyrat, *La trahison permanente*, obra cit., pág. 42.

este riesgo podía ser disminuido y hasta neutralizado mediante una inteligente dosificación de la ayuda prestada a Madrid. En el supuesto de que el “engagement” soviético en España crease una situación demasiado tensa y explosiva para las relaciones entre Berlín y Moscú, a Stalin le quedaba siempre la posibilidad de retirarse a tiempo de la zona de peligro. El amo del Kremlin calculaba además correctamente que en tanto durase la guerra de España, Hitler no se decidiría a lanzar sus divisiones contra el Este. Una victoria rápida de las tropas nacionales sobre el gobierno frentepopulista no encajaba tampoco en los intereses de Moscú. Lo que a Stalin convenía era prolongar en la medida de lo posible la guerra de España con el objeto de mantener atadas las manos de Hitler y Mussolini para otras aventuras bélicas.

Existían otros motivos que, a los ojos de Stalin, aconsejaban que la Unión Soviética, cuidando de guardar las apariencias y sin traspasar ciertos límites, interviniese en la guerra de España. Por ejemplo, los emisarios españoles que aparecieron en Moscú en demanda de armas estaban dispuestos a pagar cada fusil y cada tanque ruso con las grandes reservas de oro acumuladas en los sótanos del Banco de España. Teniendo en cuenta la grave penuria de divisas que atravesaba en ese momento la Tesorería rusa, la perspectiva de poder embolsar el oro español tenía que impresionar necesariamente a un hombre práctico y ávido como Stalin. Pero las razones que movieron a Stalin a intervenir en

España no fueron principalmente de carácter financiero, sino político. El estallido de la guerra de España se producía en una encrucijada especialmente sensible de la política interior rusa. Como hemos visto en capítulos anteriores, desde el asesinato de Kirov, en diciembre de 1934, la NKVD preparaba, con gran celo, a las órdenes de Yagoda y Yezhov, los procesos escenificados de Moscú y las grandes purgas del periodo 1936–1938. El proceso contra los 16, que había tenido lugar entre el alzamiento de julio y la decisión rusa de intervenir en España, había sido acogido con recelo no sólo por la izquierda mundial antisoviética, sino también por algunos sectores del campo comunista. Si Stalin, que preparaba ya los otros dos procesos contra los 17 y los 21, hubiese exterminado a la flor y nata de la vieja guardia bolchevique manteniendo al mismo tiempo una política de “manos fuera” en España, ello habría escandalizado a muchos comunistas y aportado la prueba definitiva de que Stalin estaba traicionando la revolución mundial. El hecho de que el bando del Eje estaba prestando ayuda a Burgos hubiese convertido en más injustificable una inhibición de la Unión Soviética. Stalin podía sólo disipar todas esas sospechas si lograba dar la impresión de que estaba dispuesto a apoyar con todas sus fuerzas a la República Española. Stalin tenía otra razón adicional para desear una participación en la guerra de España: la de probar los armamentos rusos en el frente, en el campo de batalla. El hecho de que el bando nacional utilizase pertrechos italo–germánicos aumentaba el interés de comprobar la eficacia de los aviones y tanques

soviéticos.

Stalin se dio cuenta también que una intervención rusa en España podría ser utilizada para “poner orden” en las filas del comunismo español, para liquidar a los importantes sectores trotskistas de Cataluña, para minar el movimiento socialista español y para aplastar a los incómodos y peligrosos anarcosindicalistas. “Interviniendo en España – observa Maurice Ceyrat–, Stalin está seguro de que en este país no puede crearse un nuevo polo de atracción revolucionario, un polo que no sería comunista, es decir, un polo que los soviéticos no pueden tolerar porque haría competencia al mito revolucionario que la URSS mantiene religiosamente para las necesidades de su política internacional”<sup>600</sup>. En sus notas al libro de Maurín, *Revolución y contra-revolución en España*, Víctor Serge escribía en 1937: “El objetivo del estalinismo en España es... impedir... el establecimiento de una democracia socialista que transformaría el equilibrio actual de las potencias, escaparía a la influencia estalinista, ofrecería un nuevo foco de internacionalismo proletario y suscitaría, de rechazo, en la URSS, un despertar del espíritu revolucionario”<sup>601</sup>. Stalin sabía que si no ayudaba de algún modo al Frente Popular, la izquierda española hubiera adoptado un violento giro antibolchevique y aplastado de un manotazo al endeble

---

600 Ibid., pág. 42.

601 Víctor Serge, notas a *Révolution et contre-révolution en Espagne*, de Maurín, obra cit., pág. 144.

Partido Comunista. Con ello se hubiera desmoronado, además, la táctica frente–populista que Stalin necesitaba todavía para disuadir a Hitler de que lanzase sus tropas contra la Unión Soviética.

Pero con ser importantísimas, todas esas razones eran para Stalin secundarias. Su decisión de intervenir en España se debió fundamentalmente a motivos de política exterior y de seguridad, es decir, al propósito de demostrar a Hitler y a las potencias capitalistas que la Unión Soviética era un factor de primer orden en el tablero político mundial, con el que se debía contar. Psicológicamente, Stalin no podía dar la sensación de que Rusia era un país atemorizado y dispuesto a cruzarse de brazos ante la política agresiva de Berlín y Roma. Precisamente porque Stalin tenía miedo de Alemania –un miedo irracional– debía aparentar una fuerza moral y física que estaba muy lejos de poseer.

Pero que Stalin no estaba dispuesto a comprometerse a fondo en la guerra de España lo demuestra, entre otras cosas, el hecho de que todos sus esfuerzos se concentraron, desde el primer momento, en lograr que el Comité de No–Intervención hallase una fórmula eficaz para suspender la intervención extranjera en el conflicto fratricida. Fue en efecto Rusia quien, por mediación de Iván Maisky, su representante en el Comité de No–Intervención, propuso, el 4 de diciembre de 1937, extender el acuerdo no–intervencionista al envío de voluntarios. Rusia deseaba, por supuesto,

que la guerra de España fuese ganada por un gobierno republicano no hostil a Moscú, pero no estaba en modo alguno dispuesta a contribuir a esa victoria con una ayuda masiva que hubiese podido conducir a una escalada de la participación italo-germánica. De ahí que la política de Moscú fuese, en lo esencial, de appeasement, como la de Downing Street y la del Quai d'Orsay. Una prueba concluyente de ello es que Rusia renunció voluntariamente y sin que nadie se lo exigiese, a formar parte de las unidades navales multinacionales destinadas a patrullar por las costas de España y Portugal con el objeto de controlar el desembarco ilegal de armamentos. Ante la sorpresa de los demás miembros del Comité de No-Intervención, Iván Maisky declaró, el 26 de febrero de 1937: "El gobierno de la URSS no está interesado, ni políticamente ni en otro sentido, en la presencia de sus fuerzas navales en el Mar Mediterráneo o en el Océano Atlántico, que se encuentran a gran distancia de sus propias bases navales"<sup>602</sup>. La razón de que Rusia decidiese no hacer uso de su derecho de control naval acordado por el Comité de No-Intervención se debía al hecho de que Moscú quería con ello adquirir un compromiso demasiado directo en los asuntos de España. Lo de la carencia de bases navales era un subterfugio, pues Rusia hubiera podido utilizar –como reconoce el mismo Maisky en sus Memorias– los puertos franceses e ingleses para cumplir su misión interventora.

---

602 Iván Maisky, *Spanish Notebooks*, pág. 105, Londres, 1966.



La ambigüedad de la política rusa en España, su carácter dual y oscuro, estaban condicionados también por la compleja situación ideológica existente en el bando republicano. A Stalin le interesaba una victoria frentepopulista sólo a condición de que el PCE lograra mediatizar a los movimientos de izquierda rivales y convertirse en la fuerza política dominante. No cabe duda que una República española dominada por una ultraizquierda hostil a Moscú era para Stalin incluso más ingrata que una victoria del bando nacional. Daniel Guerin observa con razón: “Stalin no quería de ningún modo un triunfo, en España, de una revolución social, no solamente porque ésta hubiese sido libertaria, sino porque hubiera expropiado los capitales invertidos por Inglaterra, aliado presumible de la URSS en la “ronda” de las democracias contra Hitler”<sup>603</sup>. Las dudas de que el PCE fuese capaz de meter en vereda a las fuerzas antagónicas de izquierda, contribuyeron en buena parte a aumentar los zigzags de la política estalinista en España.

### **III. EL SUMINISTRO DE ARMAS RUSAS**

Entre finales de agosto y primeros de septiembre, Stalin decidió tomar las primeras medidas importantes para una

---

603 Daniel Guerin, *L'Anarchisme*, págs. 149–150, París, 1965.

intervención en la guerra de España. Krivitsky, entonces jefe de los Servicios de Inteligencia Militar en la Europa occidental, recibió la orden de movilizar a todos los agentes disponibles para crear un sistema de tráfico que permitiese el suministro y transporte de armas soviéticas a España.

La tarea de organizar en Rusia el suministro de material de guerra para España fue asumida por el capitán Ulansky y por el general Uritsky, bajo la supervisión personal de Yagoda, todavía jefe de la NKVD. El primero estaba encargado de solucionar el problema expedicionario; el segundo tenía a su cargo la misión de determinar la cantidad y los tipos de armamento que se debían suministrar a la República española, así como el número de expertos y personal militar que debían ser enviados a España en calidad de consejeros. El material bélico con destino a España era embarcado en el puerto de Odesa; para su transporte se utilizaban fundamentalmente unidades rusas provistas de pabellón y papeles falsos. Para la adquisición de armas en el extranjero fueron creadas una serie de compañías ficticias en varias capitales de Europa. Este material era transportado por barcos de las más distintas nacionalidades. Los agentes de Krivitsky efectuaron compras de armas no sólo en las Factorías Skoda, de Checoslovaquia, en Francia, Polonia u Holanda, sino incluso en Alemania. Así, el comandante Martín Blázquez reporta, en su libro sobre la guerra civil, haberse hecho cargo en Alicante de un mercante inglés

transportando 20.000 fusiles y otro material de guerra procedente en parte de Alemania<sup>604</sup>. La primera partida de armamentos comprada por el gobierno vasco en el extranjero procedía también de Hamburgo, como ha confirmado el presidente Aguirre en sus Memorias<sup>605</sup>. Oficialmente, los contingentes de armas compradas por los agentes soviéticos estaban destinadas a alguna república sudamericana o algún país del Lejano Oriente.

El 6 de octubre, el gobierno soviético hizo llegar al Comité de No-Intervención, por mediación de su representante Cahan, una nota advirtiendo que si Alemania e Italia seguían infringiendo los acuerdos inhibitorios establecidos por el convenio, Rusia dejaría por su parte de atenerse al embargo de armas. “El Gobierno soviético –se decía en la nota entregada a Lord Plymouth– no puede en ningún caso aceptar que el acuerdo de “No Intervención” se convierta en una pantalla para encubrir la ayuda militar dada a los rebeldes contra el Gobierno español legítimo por algunos de los participantes en el acuerdo. El Gobierno soviético está obligado, por lo tanto, a declarar que si las violaciones del acuerdo de “No-Intervención” no cesan inmediatamente, el Gobierno soviético se considerará liberado de las

---

604 Véase Martín Blázquez, *I helped to build an Army*, pág. 245, Londres, 1939.

605 José Antonio de Aguirre y Lecube, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, págs. 20–21, tercera edición, Buenos Aires, 1944.

obligaciones dimanantes de dicho acuerdo”<sup>606</sup>. El 23 de octubre, cuando las primeras armas rusas estaban camino de España, el embajador soviético en Londres, Maisky, leyó ante el Comité de No-Intervención una carta de su Gobierno: “En cualquier caso, el Gobierno soviético, no deseando cargar con la responsabilidad por la situación creada, a todas luces injusta, hacia el Gobierno legal de España y el pueblo español, se ve en la necesidad de declarar hoy que, en relación con su nota del 7 de octubre, no puede considerarse ligado por el acuerdo de “No-Intervención” en mayor medida que cualquier otro de los participantes de dicho acuerdo”<sup>607</sup>. Las notas rusas eran una simple formalidad diplomática, pues Stalin había decidido intervenir en España varias semanas antes, cuando se convenció de que, si bien Alemania e Italia ayudaban militarmente al bando nacional, no tenían la intención de participar oficialmente y a gran escala en la guerra.

Las primeras armas llegaron a España entre mediados y finales de octubre de 1936. Un testimonio de primera mano –Hidalgo de Cisneros– comenta al respecto: “En aquellos días tan decisivos de finales de octubre de 1936 llegaban al puerto de Cartagena los primeros pilotos y aviones

---

606 Actas del Comité de No-Intervención, folios 35 a 51. Citado en Guerra y revolución en España, 1936–1939, obra cit., II, pág. 108.

607 Pravda, 24 octubre 1936. Citado en Guerra y revolución en España, 1936–1939, obra cit., II, pág. 109.

soviéticos que el gobierno de la URSS nos enviaba. La descarga se realizó con el máximo secreto. Los soviéticos lo traían todo perfectamente preparado para no perder tiempo y para exponernos lo menos posible a un bombardeo durante el desembarco. Como detalle recuerdo que el desembarco de los tanques, que también venían en aquel barco, se hacía con la tripulación dentro y el motor en marcha, de modo que en cuanto tocaban tierra salían andando por sus propios medios”<sup>608</sup>. Y Enrique Lister: “Pero a mediados de octubre llegaron a la zona republicana cincuenta tanques soviéticos y un equipo de instructores, también soviéticos. Y a bordo de dichos tanques, el 29 de ese mes, en Seseña, y luego en los combates por la defensa de Madrid, los tanquistas españoles, a quienes sus compañeros soviéticos habían instruido en el manejo y maniobra de los tanques”<sup>609</sup>.

El 16 de octubre, Stalin enviaba su primer mensaje a José Díaz, el secretario general del PCE: “Al ayudar en lo posible a las masas revolucionarias de España, los trabajadores de la Unión Soviética no hacen más que cumplir con su deber. Se dan cuenta de que el liberar a España de la opresión de los reaccionarios fascistas no es un asunto privativo de los españoles, sino la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva”<sup>610</sup>. El 28 de octubre, Largo Caballero

---

608 Hidalgo de Cisneros, Memorias, tomo II, pág. 332, París, 1964.

609 Enrique Lister, Nuestra guerra, obra cit., pág. 76.

610 Citado en José Díaz, Tres años de lucha, obra cit., pág. 388.

dio a conocer en una alocución que por fin la República se hallaba en posesión de importantes partidas de material de guerra: “En este momento tenemos ya en nuestras manos un formidable armamento mecanizado; tenemos tanques y una aviación poderosa...”<sup>611</sup>. Los tanques rusos fueron empleados por primera vez el 30 de octubre, y las primeras escuadrillas de aviación rusas aparecieron en Madrid el 8 de noviembre, cien días después de estallada la guerra.

Junto al envío de material de guerra, los rusos ayudaron, en pequeña escala, a posibilitar el montaje en España de aviones 1–15 (chatos) y 1–16 (moscas). Del primer tipo se llegó a producir uno diariamente, del segundo, uno cada dos días. Entre la asistencia militar soviética a España hay que mencionar, asimismo, los cursos de capacitación de pilotos españoles en escuelas rusas. Sin estos cursos de adiestramiento, la aviación republicana no hubiera podido cubrir sus necesidades de personal volante. “Mandábamos a la URSS –reporta Hidalgo de Cisneros– escalonadamente grupos de alumnos, al mando de un jefe de aviación español... Los cursos duraban generalmente seis meses, al cabo de los cuales regresaban a España perfectamente instruidos y en posesión de los títulos de pilotos, observador, bombardeo, ametrallador, etc., según las preferencias de cada uno. Cuando se incorporaban a los aeródromos estaban en con-

---

611 Guerra y revolución en España, 1936–1939, obra cit., tomo II, página 134.

diciones de prestar servicio desde el mismo día de su llegada”<sup>612</sup>.

Pero las armas enviadas por Rusia a España, aunque ayudaron a la República, fueron ante todo un caballo de Troya utilizado por Stalin con fines políticos y propagandísticos, y, desde luego, insuficientes para equipar con eficacia y continuidad a las tropas republicanas. “La URSS nos envió armas –anota Castro Delgado–, insuficientes para permitirnos vencer, pero, de todos modos, bastantes para quitarnos el oro que constituía nuestra reserva nacional”<sup>613</sup>. Pietro Nenni, a pesar de sus claras simpatías hacia Moscú, declara: “En octubre–noviembre de 1936, en el curso de la batalla de Madrid, el material soviético y las Brigadas Internacionales salvaron a España... Durante todo el año de 1937 fue casi exclusivamente gracias a los suministros soviéticos que el gobierno español logró mantener un relativo equilibrio de fuerzas con el fascismo internacional. Hacia finales de 1937 y durante todo el año de 1938, la ayuda soviética fue netamente inferior a las necesidades”<sup>614</sup>.

Faltando conscientemente a la verdad, Negrín afirmará, refiriéndose a la ayuda rusa: “Esta gran nación amiga fue el único país que de una manera decidida y siempre que fue posible, a veces con serias dificultades, nos cedió el material

---

612 Hidalgo de Cisneros, obra cit., II, pág. 356.

613 Castro Delgado, *J'ai perdu la foi á Moscou*, pág. 323, París, 1950.

614 Pietro Nenni, *La guerre d'Espagne*, pág. 106, París, 106.

que nosotros solicitábamos”<sup>615</sup>. Estas declaraciones de Negrín, destinadas a mantener en pie la leyenda de que la asistencia militar prestada por Rusia a España fue de grandes proporciones, contrastan con la dramática escasez sufrida por el Ejército republicano no ya en armamento, sino incluso en munición. En realidad, las armas rusas no fueron sólo insuficientes a todas luces, sino que llegaron más de tres meses después de iniciado el conflicto. Lister, intentando justificar este “hueco”, arguye: “Es cierto que sólo en octubre comenzó a llegar a España el armamento soviético, es decir: tres meses después de que los fascistas venían recibiendo armamentos de Italia y Alemania en abundancia, pero tampoco en esto la culpa era de la Unión Soviética, sino de los gobernantes republicanos, que sólo recurrieron a la Unión Soviética cuando el gobierno del socialista Blum y otros gobiernos “democráticos” se negaron a cumplir los acuerdos que tenían con la República Española”<sup>616</sup>. En lugar de armas, los rusos se contentaron al principio con enviar alimentos, principalmente mantequilla. Los españoles que subían a los mercantes rusos para expresar su agradecimiento acababan invariablemente por afirmar que España era un país acostumbrado a pasar hambre, y que lo que la República necesitaba eran armas<sup>617</sup>. Jesús Hernández

---

615 Juan Negrín, Discurso en el Palacio de Bellas Artes de México, 1 agosto 1945, en «Documentos políticos para la historia de la República Española», pág. 24.

616 Lister, obra cit., págs. 75–76.

617 Testigo presencial de estas escenas fue el comandante Martín



comenta al respecto: “Si en estas primeras semanas, Stalin, en vez de enviarnos “consejeros” y “técnicos” nos hubiera enviado armas, los golpes al enemigo hubieran sido mortales”<sup>618</sup>. Y en otro pasaje: “Pasaban los días, pasaban las semanas, pasaban los meses... Seguían llegando “tovarich” de todas clases y “técnicos” de todas las especialidades, entre ellos no pocos “inkavedistas”..., pero las armas no aparecían por parte alguna”<sup>619</sup>.

Junto a armamento de primera calidad –acaparado siempre por las unidades comunistas– los rusos enviaron material bélico de desecho. Oigamos el testimonio de José Antonio de Aguirre y Lecube, entonces presidente del gobierno vasco: “Los aviones eran buenos para entonces, cazas “Curtiss” fabricados en Rusia; los tanques eran viejos y achacosos, renqueando sobre ruedas de goma; los cañones eran aceptables aunque sólo servirían mientras durase la escasa munición que traían; muchas ametralladoras funcionaban mal y más de la mitad hubimos de desecharlas por inservibles; y los fusiles..., bueno, los fusiles eran los que sobraron de la guerra de Crimea, con cerca de un siglo de existencia, de un solo tiro y con unas balas que hubiesen

---

Blázquez, enviado por el Ministerio de Guerra para hacerse cargo de los cargamentos de víveres traídos por los buques rusos Neva y Kuban a Alicante. Véase *I helped to build an Army*, obra cit. págs. 248–249.

618 Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, pág. 40, México, 1953, segunda edición.

619 *Ibid.*, pág. 47.

parecido anticuadas a nuestros abuelos”<sup>620</sup>. Parecido es el testimonio del comunista Mena: “Estuve viendo descargar en el Grao de Valencia uno de nuestros barcos que regresaban de Rusia. Traía unos cuantos camiones “Natachas”, esas tortugas que ves arrastrarse por las carreteras; media docena de “Chatos”, esos aviones que no traen protección en la espalda del piloto, dos mil fusiles larguiruchos, que queman las manos a la media docena de disparos y cincuenta ametralladoras “Smichs”, que son bastante buenas. Eso era todo. ¡Ah!, se me olvidaba: traía también una partida de cañones de 150 milímetros de la empresa Perm, del año 1898”<sup>621</sup>.

#### **IV. LAS BRIGADAS INTERNACIONALES, LA COMINTERN Y LA GPU EN ESPAÑA**

La presencia o intervención comunista extranjera en España se produjo fundamentalmente a través de tres conductos: las Brigadas Internacionales, la Comintern y la GPU. Las primeras operaban en el frente de batalla, los miembros de la Comintern y, sobre todo la GPU, predominantemente

---

620 Aguirre, De Guernica a Nueva York, obra cit., pág. 22.

621 Citado por Jesús Hernández, obra cit., pág. 63.

en la retaguardia, aunque sería erróneo trazar una rigurosa línea divisoria entre sus respectivos campos de acción.

Las Brigadas Internacionales constituían un cuerpo de voluntarios compuesto de militantes procedentes de las más diversas ideologías, pero en su mayor parte de comunistas fieles a la línea de Moscú y de compañeros de viaje, cripto-comunistas o comunizantes controlados por los servicios de espionaje de la GPU. Pietro Nenni, comisario político de la Brigada Garibaldi, comenta: “Estos voluntarios no eran todos comunistas..., pero la iniciativa de la organización de las Brigadas y del suministro de armas fue cedida a los comunistas”<sup>622</sup>. Y Jesús Hernández: “Comunistas, socialistas, anarquistas, trotskistas, liberales, antifascistas, católicos, ateos, librepensadores, de todo había entre los voluntarios internacionales. Pero nuestra propaganda los convirtió a todos en comunistas: nadie nos discutió el monopolio de la denominación. Y al pueblo español se le abrasaban las entrañas de gratitud y agradecimiento hacia aquellos hombres... ¡comunistas!”<sup>623</sup>. Entre los extranjeros se hallaban no sólo idealistas, como Hemingway, sino también aventureros y mercenarios, como los pilotos de aviación reclutados por André Malraux: “Lo que sí puedo y debo decir –escribe Hidalgo de Cisneros– es que Malraux... se anuló él mismo al pretender hacerse jefe de una escuadrilla, sin haber visto en

---

622 Pietro Nenni, obra cit., pág. 59.

623 Jesús Hernández, obra cit., págs. 136–137.

su vida un avión, sin tener la menor idea de lo que es la aviación... Salvo tres o cuatro que eran verdaderamente antifascistas, que vinieron a España por un ideal y se portaron heroicamente, los demás aviadores de Malraux eran unos aventureros a los que les tenía sin cuidado nuestra lucha. Unos auténticos mercenarios, atraídos por el fantástico sueldo que se les pagaba (50.000 francos mensuales en aquella época), que durante su permanencia en nuestro país nunca hicieron nada de provecho”<sup>624</sup>.

Los primeros contingentes importantes de voluntarios internacionales llegaron a España a mediados de octubre de 1936, algunos por la frontera franco-española, la mayoría por barco, desde Marsella. El centro de concentración y de instrucción de las Brigadas Internacionales era Albacete. El reclutamiento de voluntarios extranjeros fue realizado sin el previo consentimiento del gobierno español, que fue confrontado con un *fait accompli*. Se trataba, por lo que respecta a los comunistas, de una operación organizada por la Comintern. La primera Comisión de las Brigadas Internacionales que se trasladó a Madrid para ofrecer sus servicios al gobierno de la República fue recibida cortés, pero fríamente por Azaña y con franca hostilidad por Largo Caballero<sup>625</sup>.

---

624 Hidalgo de Cisneros, obra cit., II, pág. 324.

625 Véase Luigi Longo, Die Internationalen Brigaden in Spanien, páginas 48 y 49, Berlín, 1958.

El número de combatientes de las Brigadas Internacionales no llegó a superar, en cada respectiva fase, los 15.000; el total de ellos, a lo largo de la guerra, fue de unos 200.000, procedentes de 35 países distintos. Lister da datos muy distintos: “Durante los veintitrés meses en que las unidades de Voluntarios de la Libertad combatieron dentro del Ejército popular, pasaron por sus filas, en total, 35.000 hombres, de los que unos 5.000 cayeron gloriosamente en España”<sup>626</sup>. Los contingentes de las Brigadas Internacionales empezaron a ser evacuados en septiembre de 1938; un mes después se les tributó en Barcelona la despedida oficial. En el aspecto militar, la actuación de los voluntarios extranjeros tuvo importancia en el frente de Madrid, a partir de noviembre de 1936. El control político de las Brigadas Internacionales era realizado por los comisarios políticos que, de acuerdo con Franz Borkenau, “eran, sin excepción, agentes de la OGPU, y la mayor parte de los comisarios de las unidades españolas... también”<sup>627</sup>.

Junto al reclutamiento de voluntarios extranjeros llevado a cabo por la Comintern, la Unión Soviética envió a España unos 2.000 expertos militares que actuaban como consejeros y supervisores en la retaguardia y en los Estados Mayores, sin participar como combatientes en las trincheras, con excepción, quizá, de los tanquistas y pilotos. Se trataba,

---

626 Lister, obra cit., pág. 265.

627 Franz Borkenau, *Der europäische Kommunismus*, obra citada, pág. 158.

en su mayoría, de personal técnico y especializado, compuesto de ingenieros, instructores, miembros del Estado Mayor, mecánicos de aviación y operadores de radio<sup>628</sup>. Este personal fue destinado, en gran parte, al arma de Aviación, donde desempeñó –sobre todo al principio– una función decisiva. De acuerdo con Hidalgo de Cisneros, “en las dos primeras escuadrillas que llegaron a España, el 90 por 100 del personal era soviético. Según pasaban los meses, este porcentaje era cada vez menor. A mediados de la guerra, la proporción era poco más o menos igual. Y, al final, el personal español era mucho más numeroso que el soviético”<sup>629</sup>. Según el testimonio de Louis Fischer, el número de rusos en España no sobrepasó nunca los 700. Lister da la cifra de 2.500. El personal ruso en España estaba a las órdenes del general Jan Berzin y de Arturo Stashevsky. El primero se encargaba del aspecto militar de la intervención, el segundo del político–financiero. Oficialmente, ambos formaban parte de la Legación Comercial Rusa en Barcelona. Más tarde fueron liquidados.

El hombre elegido por Moscú al principio como jefe formal de las Brigadas Internacionales fue Emilio Kleber. En la biografía compuesta por los servicios de la GPU se presentaba a Kleber como un ciudadano canadiense de origen polaco. En realidad, Kleber era un rumano de la Bukovina de

---

628 Véase Krivitsky, obra cit., pág. 114.

629 Hidalgo de Cisneros, obra cit., II, pág. 357

origen judío, llamado Stern. Kleber era un simple comparsa de la GPU y carecía de poder propio. El 4 de febrero de 1937 fue destituido de su cargo como comandante en jefe de las Brigadas Internacionales, de acuerdo con Luigi Longo, porque, “con absoluta carencia de modestia, se comportaba como el salvador de Madrid y relegaba a segundo término los méritos indiscutibles de los comandantes y combatientes españoles, así como los del pueblo español”<sup>630</sup>. Después de desaparecer de España, Kleber fue suprimido por la NKVD.

Como sustituto de Kleber–Stern fue designado el comunista húngaro Mata Zalka, conocido por su seudónimo de Pavel Lukacz. El entonces corresponsal de la *Pravda* en Madrid, Koltsov, escribiría sobre él: “Lukacz siente un ávido y entrañable cariño por las personas. Para él no hay mayor satisfacción que tratar a la gente, hallarse entre ella, bromear con ella, decirle cosas agradables y rebosantes de simpatía, sentir el calor de su espíritu y hacer sentir el suyo. No es amigo de reñir ni de quedarse solo en la habitación. En Moscú le disgustaban y le pesaban las discusiones literarias, era un entusiasta de las fiestas, de las conmemoraciones y de los homenajes, de los banquetes y de las veladas amistosas. En Hungría ha sido condenado en rebeldía a la pena de muerte como implacable enemigo del régimen. Fue a dar a la desconocida Rusia, luchó como voluntario contra

---

630 Luigi Longo, obra cit., pág. 136.

Kolchak en Siberia, contra Wrangel en Crimea. En España lucha contra sus enemigos con un pueblo que le es desconocido”<sup>631</sup>. Pavel Lukacz murió en el frente el 11 de junio de 1937, de acuerdo con el testimonio de el “Campesino”, “para impedir en el momento preciso que se cumpliera una orden de detención levantada contra él. Su muerte heroica dio pretexto para un cambio de escena. Los mismos hombres de la NKVD que le querían meter en la cárcel organizaron un grandioso entierro. El nombre de Lukacz recibió un puesto de honor en la lista de los mártires soviéticos”<sup>632</sup>.

Entre los comunistas que desempeñaron una función especial dentro de las Brigadas Internacionales cabe citar sobre todo a André Marty y Luigi Longo, alias “Gallo”. La misión básica de ambos era la de “depurar” las Brigadas de elementos “indisciplinados” y “contrarrevolucionarios” (anarquistas, trotskistas, etc.). Terminada la guerra civil, Longo escribió, por encargo de la Comintern, una extensa Memoria sobre las Brigadas Internacionales con el solo propósito de difamar a todos los que en España se habían opuesto a los manejos comunistas, desde Largo Caballero hasta el POUM, pasando por la CNT y la FAI. El documento elaborado por Longo es la expresión del estalinismo más impúdico. La depuración de la Brigada Lincoln estuvo a cargo

---

631 Mijail Koltsov, *Diario de la Guerra de España*, págs. 260–261, París, 1963.

632 *El Campesino*, *Die grosse Illusion*, obra cit., pág. 125.



de Georg Mink, una de las figuras más sucias del aparato subversivo de la Comintern, que le envió a España para “rehabilitarse” de un desliz cometido en Dinamarca. Liston Oak, un redactor comunista que más tarde rompió con el partido, escribiría: “Me encontré con Georg Mink, que me habló con prosopopeya de su participación en la organización de la GPU española y me ofreció al mismo tiempo un trabajo: yo debía ocuparme de los voluntarios “dudosos” que acudían a España para luchar contra el fascismo, por ejemplo, de los miembros del Partido Obrero Británico Independiente (British Independent Labour Party) y del Partido Socialista norteamericano”<sup>633</sup>.

Las Brigadas Internacionales y sus comandantes nominales constituían una simple fachada decorativa. Los hombres que dirigían en España las actividades comunistas eran los agentes de la Comintern y, especialmente, los delegados de la NKVD. Entre los representantes más importantes de la Comintern que actuaron en España durante la guerra civil hay que mencionar al argentino Vitorio Codovila (alias “Medina”) y Palmiro Togliatti, alias “Ercoli”, alias “Alfredo”. El primero, de quien hemos hablado ya abundantemente en páginas anteriores, fue el representante número uno de la Comintern durante el primer año de la guerra civil; luego pasó a ser reemplazado por Togliatti, durante años uno de los más fieles corifeos de Stalin en el movimiento comunista

---

633 The Call, 18 diciembre 1937.

europeo. Para vigilar los movimientos de Togliatti, la NKVD había delegado a España a su agente Stepanov, que actuaba oficialmente de lugarteniente del comunista italiano, pero que en realidad era su jefe. Otro de los factótums de la Comintern y de la NKVD en España fue Erno Gueré (o Geroe), que en España se hacía llamar “Pedro”. Gueré actuaba predominantemente como consejero de Juan Comorera, el secretario general del PSUC. Gueré fue más tarde secretaria personal de Dimitrov en Rusia. Con carácter más accidental, otro de los esbirros importantes de la NKVD en España fue el expanadero francés Jacques Duclos.

Hasta su destitución, el embajador ruso Rosenberg y el cónsul en Barcelona, Antonov–Ovseenko, jugaron un papel importante como consejeros y enlaces con los comunistas y autoridades españolas en general. Ambos fueron más tarde liquidados. Durante su estancia en España (especialmente en Madrid), el corresponsal de la *Pravda*, Michail Koltsov, actuó como agente del Kremlin. Fue él quien recomendó el cese de Largo Caballero y de su Estado Mayor, la sustitución de Kleber por Lukacz y el encumbramiento del general Vicente Rojo. A pesar de que era oficialmente un simple periodista, Koltsov tenía acceso a todos los secretos del Estado Mayor, asistía a las reuniones del PC español y era consultado en todas las cuestiones de importancia. La influencia de Koltsov es confirmada por Ernest Hemingway, que en su novela *Por quién doblan las campanas* describe al periodista ruso bajo el nombre supuesto de Karkov. De

acuerdo con Hemingway –que se hallaba hospedado, como Koltsov, en el Hotel Palace de Madrid–, Koltsov (Karkov) “se hallaba en contacto directo con Stalin y era, por el momento, uno de los tres hombres más importantes de España”<sup>634</sup>. La manera irrespetuosa con que Koltsov trataba a los jerifaltes de las Brigadas Internacionales y de la Comintern –por ejemplo, a André Marty– era una prueba más de su poder. Koltsov, que a su regreso a Rusia fue fusilado por la NKVD, era un hombre de gran inteligencia y sensibilidad. Dentro de las obligadas concesiones a la línea política que representaba, se esforzaba en ser lo más objetivo posible.

El jefe de la NKVD en España, hasta su ruptura con Stalin, fue Nikolsky, alias “Alejandro Orlov”, que actuaba bajo las órdenes directas de Slutsky, jefe del Departamento Exterior de la NKVD. Los preparativos para montar una dependencia de la NKVD en España fueron realizados en una reunión celebrada el 14 de septiembre de 1936 en la Lubianka de Moscú. Orlov escribiría más tarde: “En 1936, al estallar la guerra civil española, fui enviado por el Politburó como consejero del Gobierno republicano español sobre asuntos relacionados con el contraespionaje y la guerra de guerrillas detrás de las líneas enemigas. Llegué a España en septiembre de 1936 y permanecí en ella hasta el 12 de julio

---

634 Hemingway, *Por quién doblan las campanas*, versión alemana, pág. 436.

de 1938, día en que rompí con el Gobierno de Stalin”<sup>635</sup>. Después de esas sucintas y vagas palabras se escondía una tenebrosa labor de terrorismo dentro del bando republicano, labor que Orlov, por razones obvias, se cuidó de revelar. Jesús Hernández, que tuvo ocasión de tratar más de una vez con Orlov, diría sobre él: “Era un hombre de casi dos metros de estatura, elegante y fino en sus maneras. Hablaba el español con cierta soltura. No tendría más de cuarenta y cinco años. A primera vista nadie hubiera sospechado que tras de aquella aparente distinción se ocultaba uno de los más intransigentes y sectarios inkavedistas”<sup>636</sup>. “En el plazo de unas semanas –escribe Burnett Bolloten– la GPU, actuando en estrecha colaboración con comunistas españoles, con criptocomunistas y con la policía secreta española..., se convirtió en la fuerza determinante del curso de los acontecimientos en el campo antifranquista”<sup>637</sup>. Para comunicar directamente con Moscú, la NKVD instaló, en el pueblecito valenciano de El Vedat, una estación de radio de gran potencia, oculta entre los naranjos de una masía.

---

635 Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes*, obra cit., página IX del prólogo.

636 Jesús Hernández, obra cit., pág. 90.

637 Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, obra cit., páginas 173–174.

## V. LA MÁQUINA DEL TERROR

La guerra de España coincidió, como sabemos, con las purgas realizadas en Rusia contra los viejos líderes del bloque oposicional, dentro del Ejército, del Gobierno y de la misma NKVD. El terror desencadenado por Stalin en su país a partir del asesinato de Kirov saltó pronto a España, cuya zona republicana se convirtió, durante más de dos años, en un feudo de los comandos de la GPU.

“La OGPU –testimonia Krivitsky– tenía sus propias cárceles especiales. Sus unidades realizaban asesinatos y secuestros, llenaban las cámaras de tortura y realizaban razzias volantes. La OGPU funcionaba, por supuesto, independientemente del Gobierno republicano. El ministro de Justicia no tenía poder alguno sobre la OGPU, que constituía un Estado dentro del Estado. Era un poder ante el que temblaban algunos de los más altos funcionarios del Gobierno de Largo Caballero”<sup>638</sup>. El historiador alemán Günther Nollau escribe: “La actividad de la OGPU fuera de la Unión Soviética alcanzó su punto culminante durante la guerra civil española... La OGPU estableció en España un régimen de terror que sólo tiene su paralelo con las purgas soviéticas”<sup>639</sup>. Los métodos de la NKVD en España adquirieron tal desfachatez y

---

638 Krivitsky, obra cit., pág. 121.

639 Günther Nollau, Die Internationale, obra cit., pág. 199.

brutalidad, que algunos de los propios funcionarios rusos intentaron convencer a sus superiores de Moscú de la necesidad de obrar con más cautela para impedir que los españoles se diesen cuenta de que la Unión Soviética estaba utilizando a la República como un simple feudo colonial. Eso no impide que Álvarez del Vayo, con su proverbial cinismo, sostuviera que “el Gobierno soviético no intentó en ningún momento, como ciertas personas han afirmado, debido a su ignorancia o mala fe, utilizar el hecho de que nosotros dependíamos de las armas de la Unión Soviética para inmiscuirse en la política interior española”<sup>640</sup>. Entre los funcionarios rusos que intentaron –sin suerte– frenar los manejos de Orlov en España se hallaban el general Barzin y Arturo Stashevsky.

Las tropelías de la NKVD eran tan escandalosas, que tras el asesinato de Nin y el proyectado atentado contra Prieto –hechos de los que hablaremos más adelante–, Jesús Hernández y José Díaz se decidieron a informar secretamente a Stalin: “Vivamente impresionado, resolvió (Díaz) escribir un informe personal a Stalin de carácter privado, encomendando la remisión al embajador soviético en Francia, por no fiarse de ninguno de los representantes de la URSS en España. El informe, cuajado de hechos concretos de los mil atropellos que la GPU venía realizando en España y del menosprecio con que trataban a la propia

---

640 Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, pág. 76, Nueva York, 1940.

dirección del partido, fue confiado a Barneto, miembro del CC y amigo personal de Díaz, quien en viaje exprofeso salió de España para Francia”<sup>641</sup>.

La labor exterminadora de la NKVD fue facilitada, a partir del 15 de agosto de 1937, por la fundación del Servicio de Investigación Militar (SIM).

Oficialmente, la creación de este organismo servía al objeto de sistematizar la labor de contraespionaje frente a la Quinta Columna.

En realidad, escribe César M. Lorenzo, “los miles de agentes del SIM expandieron su terror dentro del Ejército y de la retaguardia, con el apoyo de los comisarios políticos, que eran en su mayor parte comunistas, y bajo la suprema protección del director general de Seguridad, Ortega, sustituido más tarde por Cuevas, ambos comunistas”<sup>642</sup>.

Otro historiador libertario –Peirats– señala: “El nuevo servicio fue creado por inspiración de los agentes rusos. Las cárceles particulares que se habían ido utilizando habían dado lugar a ruidosos escándalos. Con la creación del SIM estos procedimientos pasaron a la categoría de oficiales. La naturaleza secreta de este servicio, la amplia autonomía de

---

641 Jesús Hernández, obra cit., pág. 132.

642 César M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, página 311, París, 1969.

procedimientos de que gozaba, los fondos abundantes de que disponía, se prestaban maravillosamente para las ambiciones de los chekistas”<sup>643</sup>.

El SIM, aunque fundado por Indalecio Prieto, se convirtió muy pronto en un nido comunista. Su presupuesto anual era de 22 millones de pesetas, lo que indica la envergadura de sus ramificaciones. Su plantilla de agentes y funcionarios alcanzaba, en Madrid sólo, la cifra de 6.000. El SIM estaba dividido en trece secciones, abarcando toda la vida nacional: Asuntos Exteriores; Aviación; Tierra; Marina; Obras Públicas; Armamento; Asuntos Económicos; Justicia; Transportes y Comunicaciones; Instrucción Pública y Espectáculos; partidos políticos y organizaciones sindicales; población civil y Brigada Especial. Se trataba, pues, de lo que los alemanes llaman un Schattenkabinet, un gabinete actuando en la sombra, un contragobierno destinado a controlar al propio gobierno. Siguiendo la técnica estalinista de la fiscalización, el SIM, bajo pretexto de velar por los intereses de la República, vigilaba los pasos de las personalidades políticas de más relieve –también los de los ministros y del propio Azaña–, espiaba sus conversaciones telefónicas y censuraba su correspondencia. La Brigada Especial era la encargada de detener e interrogar a los presos que caían en manos del SIM, a quienes se torturaba, apaleaba y martirizaba de la manera más brutal. La Brigada Especial llegó a cometer tales

---

643 José Peirats, *Los anarquistas en la crisis política española*, páginas 269–270, Buenos Aires, 1964.



excesos, que su labor trascendió incluso las fronteras, lo que obligó al Gobierno a cancelarla y abrir en su puesto la llamada Sexta Sección, que bajo este nuevo nombre proseguía las tareas inquisicionales practicadas antes por los agentes de la Brigada Especial.

Tras la caída de Prieto en marzo de 1938, el nombramiento o destitución de los funcionarios del SIM pasó a la jurisdicción personal de su jefe superior, y no requería ya el visto bueno del ministro de Defensa. Esta reforma administrativa condujo a una intensificación y sistematización de las actividades chekistas de los funcionarios del SIM. El primer jefe del SIM fue Ángel Baza, un hombre de confianza de Prieto, que no pudo, de todos modos, impedir que los comunistas minasen la organización. Baza fue sustituido a fines de 1937 por Manuel Irubarri, un teniente coronel de la Guardia Civil afiliado a la masonería, de ideas izquierdistas<sup>644</sup>. A pesar de que los anarcosindicalistas no disponían de influencia alguna en el SIM, tenían, a efectos protocolarios, un representante oficial en esa unidad. Quien dirigía el SIM en la sombra eran los comunistas, apoyados en los viejos cuadros de la policía secreta, en militares profesionales y en algunos funcionarios socialistas embaucados.

---

644 Uribarri se fugó a Francia con su lugarteniente Ruiz, con gran acopio de joyas y dinero, poco antes de ser detenido por el gobierno a causa de sus asesinatos. El ex jefe del SIM fue hallado más tarde en Francia acribillado a balazos.

De acuerdo con el testimonio de Peirats, “las mazmorras del SIM eran cárceles disimuladas en el interior, a veces, de mansiones palaciegas rodeadas de verjas y pobladas de jardines. El pueblo español llamaba “chekas” a toda clase de prisiones secretas. En los primeros tiempos las chekas del SIM eran tenebrosas, instaladas en antiguas casas y en conventos. El régimen de tortura que en ellas se aplicaba era el clásico procedimiento brutal: palizas con vergajos de caucho seguidas de duchas muy frías, simulacros de fusilamientos y otros tormentos dolorosos y sangrientos. Los “consejeros rusos” modernizaron esta vieja técnica. Las nuevas celdas eran más reducidas, pintadas con colores muy vivos y pavimentadas con aristas de ladrillos muy salientes. Los detenidos tenían que permanecer de pie continuamente bajo una potente iluminación roja o verde. Otras celdas eran estrechos sepulcros de suelo desnivelado, en declive. Tenerse en pie implicaba una tensión completa de nervios y músculos. En otras reinaba una oscuridad absoluta y oíanse en ellas sonidos metálicos que hacían vibrar el cerebro... Los recalcitrantes eran encerrados en la “cámara frigorífica” o en la “caja de los ruidos”, o atados a la “silla eléctrica”. La primera era una celda de dos metros de altura de forma redondeada. Al preso se le sumergía allí en agua helada horas y horas, hasta que tuviese a bien declarar lo que se deseaba. La “caja de los ruidos” era una especie de armario, dentro del cual se oía una batahola aterradora de timbres y campanas. La “silla eléctrica” variaba de la empleada en las penitenciarías norteamericanas en que no mataba

físicamente”<sup>645</sup>. Entre las chekas en poder del SIM particularmente famosas, cabe citar: en Barcelona, la de la calle de Muntaner, 321; la de la Puerta del Ángel, 24; la del paseo de San Juan, 104; la de la calle Córcega, 299, y la de la calle de Vallmajor, 5; en Madrid, las de la calle de Atocha y paseo de la Castellana; en Valencia, la del convento de Santa Ursula. En Alcalá de Henares existía la central chekista del SIM, situada en una finca aislada.

El SIM disponía también de campos de concentración propios: “El régimen de estos campos disciplinarios era brutal: comida escasa y deficiente, trabajo más que forzado, agotador. A los internados les estaba prohibido recibir visitas del exterior. Y en previsión de posibles evasiones, o por tener en cuenta las que se habían producido, se agrupaba a los presos de cinco en cinco. La responsabilidad por la fuga de uno de sus componentes recaía sobre el resto. El castigo era el fusilamiento de los cuatro restantes del grupo. En estas condiciones, cada preso era el mejor guardián de sus compañeros”<sup>646</sup>.

Bajo la capa de su labor de contraespionaje, el SIM acumulaba toda suerte de datos y de información sobre España, que a través de las células del PC español iba a parar a las

---

645 Peirats, Los anarquistas en la crisis política española, obra citada, págs. 271–272.

646 Peirats, La CNT en la revolución española, tomo III, página 282, Toulouse, 1953.

manos de la Comintern y de la NKVD. Entre los detenidos del SIM se hallaban no sólo ciudadanos españoles, sino también extranjeros, a quienes eran arrancados secretos de toda clase sobre sus respectivos países.

## **CAPÍTULO XIV**

### **I. AL SERVICIO DE MOSCÚ: EL PC ESPAÑOL Y EL PSUC**

En líneas generales, puede decirse que el PC de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña desempeñaron, durante la guerra civil, el papel de simples comparsas de la Comintern y la NKVD.

Las decisiones del PC español eran tomadas por el Buró Político, en cuyas sesiones estaban siempre presentes los agentes de Moscú: Codovila, Togliatti, Stepanov, Gueré, Duclos, Marty y otros. Jesús Hernández, que en su calidad de titular del Politburó tuvo ocasión de participar en todas las reuniones del mismo, ha descrito con pelos y señales la dictadura despótica que los comunistas extranjeros ejercían sobre sus camaradas españoles: “El Buró Político era un buzón de recepción de mandatos transmitidos desde Moscú.

El Buró Político era el retablo de maese Pedro, cuyos muñecos movía la mano habilidosa del señor del Kremlin”<sup>647</sup>.

A pesar de que de puertas afuera y en el plano organizativo todos los dirigentes del PC español se doblegaron ante las consignas de Moscú, sería un error suponer que las relaciones entre los lacayos del Kremlin y los comunistas españoles se desarrollaron armónicamente. Más bien lo contrario es cierto. La arrogancia de la mayoría de los agentes extranjeros era tan insultante y algunas de las consignas que transmitían tan descabelladas, que algunos de los dirigentes del PC español, a pesar de su sentido de la disciplina y de su miedo, intentaron ofrecer cierta resistencia. El Buró Político se dividía, grosso modo, en tres grupos: uno, encabezado por José Díaz y Jesús Hernández, con tendencia a no aceptar incondicionalmente todo lo que exigía el tenebroso Togliatti y demás acólitos del Kremlin; otro, dirigido por Dolores Ibárruri, dispuesto a aceptar sin pestañear las consignas rusas; finalmente, un grupo neutro que se limitaba a callar, sin atreverse nunca a poner en entredicho las sacrosantas órdenes de la Comintern y la NKVD. Díaz y Hernández estaban en minoría, y sus intentos de mantener un criterio algo independiente se estrellaban sistemáticamente contra el servilismo de la Pasionaria y el pánico de los demás dirigentes.

---

647 Jesús Hernández, obra cit. pág. 67.

José Díaz, el secretario general, era un expanadero andaluz procedente de los grupos de acción del anarcosindicalismo. Como Ernst Thälmann, Thorez, Duclos o Walter Ulbricht, pertenecía al tipo de dirigente proletario que Stalin había promovido con el objeto de manipular a su antojo. El miedo de que Moscú, a la menor desviación, le echase en cara su pasado anarquista, contribuía a que Díaz evitase los desafíos abiertos a los agentes de la Comintern. Las personas que tuvieron ocasión de tratarle a fondo le describen como un hombre de escasa formación, pero honrado en su conducta personal y en sus ideas. “Era de unos conocimientos muy pobres –testimonia Castro Delgado–, mal orador, pésimo escritor y un hombre honrado. Era un hombre al que habían cegado con la magnitud de su misión; un hombre al que de la noche a la mañana le habían hecho creer que era el cerebro y el mando de un gigante en embrión: el PC”<sup>648</sup>. Y Jesús Hernández: “Casi sin transición se vio elevado al puesto de secretario general del PC. Hacía cuatro años que desempeñaba esta misión, asesorado constantemente por los consejeros de Moscú. Su elección le había sorprendido. Pero Codovila y Stepanov, que pensaban dirigir nuestro partido entre bambalinas, eligieron un hombre de poca preparación para obligarle a depender más de sus “consejos”. Y en José Díaz encontraron el hombre ideal. De escasa dotación cultural, proveniente del apoliticismo anarquista, debería apoyarse en los delegados de Moscú para

---

648 Castro Delgado, *Hombres made en Moscú*, obra cit., página 143.

desempeñar su misión de jefe del PC. José Díaz tenía fe en ellos y una gran admiración por Stalin. Pero sobre todas estas condiciones tenía una: era un obrero revolucionario, un español y una persona honrada”<sup>649</sup>. Margarete Buber–Neumann, que entre 1932 y 1933 tuvo ocasión de convivir con José Díaz, escribiría sobre él: “Poseía el espíritu ágil de su pueblo, sin su tendencia al pathos. Era un hombre inteligente y modesto, con un instinto político sano”<sup>650</sup>.

Díaz no era solamente un dirigente de estructura intelectual sencilla, sino un hombre enfermo. Su úlcera de estómago le mantenía atado a menudo al lecho, impidiéndole desempeñar debidamente sus funciones de secretario general, lo que era aprovechado por los agentes de la Comintern y por la Pasionaria para aislarle y mantenerle marginado. Con el pretexto de curarle su dolencia, Díaz fue llevado en 1938 a la URSS, de donde ya no saldría vivo. Mijail Koltsov, el corresponsal de la *Pravda*, ha descrito con pinceladas muy vivas la lucha sorda que Díaz sostenía contra su enfermedad: “A veces, durante una conversación o mientras está reunido con sus compañeros, se apodera de él un terrible cansancio, quizá por efecto de un acceso de su enfermedad. Entonces hace cosas raras: sale del despacho, se pasea solo por los pasillos, entra en las oficinas por unos momentos, pasa al desierto archivo, contempla los paquetes de periódicos

---

649 Jesús Hernández, obra cit., pág. 22.

650 Margarete Buber–Neumann, *Von Potsdam nach Moskau*, obra citada, pág. 371.



atados, las colillas tiradas al suelo, baja por la escalera del patio, mira cómo pelan las patatas, sale al portalón, se acerca a la entrada y se pasa un cuarto de hora entre los chóferes y los coches. Los camaradas hacen ver que no se dan cuenta, siguen ocupados en sus tareas. Vencido el dolor, vuelve a su despacho y se une a la conversación”<sup>651</sup>.

El aliado más importante de Díaz en el Politburó era Jesús Hernández, ministro de Instrucción Pública. Hernández, que había pasado por la Escuela de Lenin de Moscú, procedía del campo terrorista y era vasco, como la Pasionaria; de joven había intentado atentar contra la vida de Indalecio Prieto. De origen proletario, como todos sus compañeros de dirección, era indisciplinado y con tendencia a las reacciones espontáneas. De él diría Castro Delgado: “Golfo, mujeriego y amigo del buen vivir”<sup>652</sup>.

A pesar de que, de cara a la galería, Hernández cumplió la misión de aparecer como el hombre “duro” del partido –lo que objetivamente era–, entre bastidores fue el dirigente comunista que con más energía intentó oponerse a los manejos de la Comintern y de la NKVD. Lo que Díaz no podía decir debido a su enfermedad o la responsabilidad de su cargo, se encargaba de decirlo Hernández, con el consentimiento tácito o expreso del secretario general.

---

651 Koltsov, obra cit., pág. 48.

652 Castro Delgado, Hombres made en Moscú, obra cit., pág. 144.

Así, por ejemplo, a pesar de que ambos participaron activamente en la caída de Largo Caballero, tanto Díaz como Hernández intentaron oponerse a ella. La reunión en que los agentes de la Comintern plantearon la necesidad de derribar a Largo Caballero se celebró en marzo de 1937, con asistencia de la plana mayor de la Comintern y de la NKVD. Entre André Marty y Díaz se produjo un bronco altercado, en el que salieron a relucir insultos de grueso calibre. Hernández intentó poco después defender la ofensiva de Extremadura proyectada por Largo Caballero y que los rusos rechazaban por motivos políticos. Derribado ya Largo Caballero, Hernández, en una entrevista personal celebrada en su despacho con Orlov, intentó oponerse con todas sus fuerzas a la detención de los dirigentes del POUM, decidida ya por la NKVD. Después de su entrevista con Orlov, Hernández se trasladó en seguida al domicilio particular de Díaz para informarle de lo que ocurría: “Con su fuerte acento andaluz –relata Hernández–, Díaz me confió su pensamiento con más precisión que nunca. “Siento asco de mí y de todo. Mi fe está cediendo... El Buró Político lo mangonean a su antojo los tovarich. Presiento que tratarán de eliminarnos a ti y a mí valiéndose de los mil medios de que disponen... Los cipayos del Kremlin, eso somos, ¡cipayos!”<sup>653</sup>. Hernández, enterado poco después por un confidente suyo de que Orlov proyectaba el asesinato de Prieto –pretextando un accidente de automóvil–, se dirigió inmediatamente al

---

653 Jesús Hernández, obra cit., pág. 95–96.

despacho de Gaikins (consejero de la Embajada soviética) para comunicarle que si se llevaba a cabo este crimen, él mismo lo denunciaría a la opinión pública.

La única vez que el Politburó español logró imponer su opinión sobre la Comintern fue en marzo de 1938, cuando, inopinadamente, a raíz de la crisis en torno a Prieto, el Kremlin ordenó que los comunistas no participasen en el nuevo Gobierno de Negrín. Hernández, como siempre, fue el encargado de manifestar su disconformidad frente al nuevo viraje político exigido por Moscú, negándose en redondo a obedecer las órdenes. Sacando fuerzas de flaqueza, Uribe, Checa, Mije y Delicado se pronunciaron también a favor de una permanencia de los comunistas en el gabinete Negrín.

Hacia el final de la guerra, durante los días que precedieron a la rebelión del coronel Casado, Hernández, desafiando abiertamente la línea seguida por Togliatti, Stepanov y la Pasionaria, intentó organizar una resistencia a ultranza contra la Junta de Madrid, llegando a formar un Buró Político provisional, compuesto de Larrañaga, Palau, Zapiráin, Martínez Cartón y el propio Hernández. Los pormenores de la insubordinación de Hernández serán analizados en un capítulo posterior; baste consignar aquí que Hernández, apoyado en Pedro Checa, Castro Delgado y los miembros del nuevo Politburó mencionados más arriba, estaba dispuesto a oponerse con todos sus medios a la línea establecida por el Kremlin para liquidar la guerra. Sólo la rápida descom-

posición del frente republicano evitó a última hora una probable escisión en el seno del PC español entre los seguidores incondicionales de Moscú –representados por la Pasionaria– y un grupo que, encabezado por Hernández, quería proseguir la guerra civil y organizar la resistencia.

La figura visible de la obediencia de cadáver a Moscú era Dolores Ibárruri, que Franz Borkenau ha llamado “una de las carreristas más indignas e inmorales de todo el movimiento mundial”<sup>654</sup>. Dolores Ibárruri era una vasca de extracción proletaria; de joven y en sus primeros años de matrimonio pasó muchas necesidades materiales. Más tarde se separó de su marido –un minero socialista– y envió a sus dos hijos a la Unión Soviética para poder entregarse con mayor desenvoltura a sus actividades revolucionarias. Elegida diputado en febrero de 1936, gozaba de bastante popularidad entre las masas. Mientras de puertas afuera, de cara a la galería, Dolores Ibárruri era presentada por el partido como el símbolo de la mujer española sufrida y abnegada, su preocupación esencial era en realidad sus amores con Francisco Antón, un señorito madrileño veinte años más joven que ella que había logrado hacer carrera política en los primeros meses de la guerra. Los amoríos de la Pasionaria con su joven amante eran, naturalmente, conocidos de los miembros dirigentes del partido y de la Comintern. Díaz, que temía que este amancebamiento

---

654 Borkenau, *Der europaischer Kommunismus*, obra cit., página 151.

trascendiese al dominio público y fuese utilizado por los enemigos políticos del partido, había afeado a la Pasionaria su tardía pasión, lo que despertó un odio encendido de Dolores Ibárruri contra el secretario general. Los agentes de la Comintern, por el contrario, juzgaron las cosas desde otro punto de vista. Una Pasionaria que se dedicaba a pasar las noches en un confortable hotelito del partido con un joven burócrata mientras su propio marido estaba en el frente, era un instrumento ideal para utilizarlo sin temor a que ofreciese resistencia. “Pasionaria olvidó que era la mujer de un minero –observa Hernández–; se olvidó de que tenía dos hijos con tantos años como su amante; olvidó que su esposo, Julián Ruiz, se batía en los frentes del Norte; olvidó el decoro y el pudor; se olvidó de sus años y de sus canas y se amancebó con Antón sin importarle la indignación de cuantos sabían y conocían sus ilícitas relaciones.

Togliatti, Codovila y Stepanov –que ya preparaban a Pasionaria para heredar en vida a Díaz– complacieron a ésta”<sup>655</sup>.

En su autobiografía *El único camino*, la Pasionaria se describirá a sí misma como una samaritana preocupada únicamente de alentar a los soldados del frente y de salvar en la retaguardia la vida de las monjas amenazadas por los faístas y los trotskistas. Lástima que, junto a estos actos de enternecedora misericordia, Dolores Ibárruri se olvide de

---

655 Jesús Hernández, obra cit., pág. 100.

contar el papel desempeñado por ella más tarde en Rusia, del que contaremos algunas particularidades más adelante.

Una de las tácticas de Stalin, dentro y fuera de Rusia, había sido siempre la de apoyarse en individuos que por su mediocridad, su falta de preparación o sus taras morales no podían constituir un peligro para sus maquinaciones. Siguiendo este método maquiavélico, es lógico que Togliatti y sus camaradas no sólo pasasen por alto los defectos personales de la Pasionaria, sino que la convirtiesen en el eje del partido. Díaz, con su rigor moral y su conducta personal intachable, era demasiado incómodo, y Hernández, por su sentido de la independencia, un hombre poco manejable. En torno a la figura de la Pasionaria se fue creando, pues, el núcleo incondicionalmente fiel a Moscú, núcleo del que, grosso modo, formaban parte Pedro Checa (el hombre de confianza de Togliatti), Mije, Vicente Uribe, Francisco Antón y una serie de satélites y corifeos de segunda línea. De todos ellos, Checa era el más inteligente y, a su manera, el más honrado. En cuanto a Vicente Uribe, era, según el testimonio de Castro Delgado, “soberbio y vanidoso. Tosco y mal educado. Ambicioso... Era un narciso disfrazado de obrero, un hombre resentido contra todo y en el fondo contra la IC, que no le había hecho jefe. No era inteligente, pero sí terco. Aprendió ruso y de memoria mucho de Lenin y de Stalin. Era, además, un hombre sin alegría, de mal humor y, lo que es peor, de mala leche”<sup>656</sup>. Y sobre Antonio Mije, una de las

---

656 Castro Delgado, *Hombres made en Moscú*, obra cit., páginas 143–

figuras comunistas más importantes detrás de los bastidores: “Hubiera sido, quizá, un buen camarero de colmado o jefe de una tribu de gitanos arregladores de cerolas y sartenes y ladrones de burros y gallinas. No era un gran pícaro, solamente un pícaro, con unos afanes neuróticos de señorío, al que volvía loco la seda, que así vestía por dentro, y del buen vivir”<sup>657</sup>. En la periferia de estos cuadros políticos actuaban los caudillos militares de nuevo cuño fabricados por Moscú con ayuda del aparato de Agit-prop y de los consejeros soviéticos, caudillos entre los que destacaban Líster, Modesto y el Campesino. Todos ellos eran, según el testimonio de Castro Delgado, mujeriegos, borrachos, fanfarrones y brutales<sup>658</sup>.

---

144.

657 Ibid., pág. 144.

658 Siguiendo su costumbre, el PC se dedicaría más tarde a difamar o desprestigiar a todos aquellos dirigentes que como Hernández, Castro Delgado o El Campesino rompieron con el PCE y expresaron en voz alta lo que pensaban de los líderes fieles a Moscú. Así, Líster dirá en sus Memorias sobre Castro Delgado: «En lo que se refiere a Castro, cuando después fui observando sus características, entre las que destacaba su cobardía –nadie puede decir que lo haya visto jamás en un trinchera de línea–, su falta de humanitarismo y su desprecio por la vida de los combatientes, sus ridículos aires de estratega y sus estúpidas poses napoleónicas, yo me preguntaba cómo semejante cretino podía haber sido nombrado jefe del Quinto Regimiento» (Líster, *Nuestra guerra*, obra cit., págs. 40–41). No menos mal parado sale El Campesino, que es tachado por Líster también de cobarde, acusación que resulta bastante grotesca si se tiene en cuenta que antes de ser excomulgado, Valentín González era festejado por el partido precisamente por ser un hombre excepcionalmente aguerrido. Hemingway, que tuvo

Por lo que respecta al PSUC, era una edición en miniatura del PC español. El PSUC había sido fundado el 23 de julio de 1936 como producto de la fusión del Partit Comunista de Catalunya, Federació Catalana del PSOE, Partit Catalá Proletari y Unió Socialista de Catalunya. El hombre clave del PSUC pasó a ser Juan Comorera, ex consejero de la Generalidad y antiguo secretario de la Unión Socialista de Cataluña. Comorera, que había iniciado su carrera política como un socialista pequeño-burgués, se reveló durante la guerra civil como un sátrapa estalinista de la peor calaña: resentido, físicamente repulsivo, lleno de un odio irracional contra los anarquistas y los trotskistas, profundamente reaccionario a pesar de su fraseología comunistoide y catalanista furibundo, hizo todo lo que estuvo en su mano para sembrar la cizaña en el seno del bando republicano catalán. Otro de los factótums del PSUC era Vidiella, un tráfuga que había pasado por varios partidos, cínico, vago, bon vivant y políticamente un verdadero cretino. Antonio Sesé y Moix formaban también parte del cuadro de dirigentes más conocidos del PSUC.

Pero el problema del comunismo español no era solamente un problema de mandos, sino también de masas. En el

---

ocasión de tratarle, dijo en cierta ocasión de él que era el hombre más audaz que había conocido en su vida. Otro testimonio neutral –Ramón Sender– afirmarí que «el heroísmo formaba, tanto como su barba, parte de la naturaleza de El Campesino» (Sender, *The war in Spain*, pág. 253, Londres, 1937).



curso de la guerra civil el número de afiliados del PC español experimentó un auge extraordinario, pasando de unos 10.000 afiliados al comienzo de la contienda a unos 300.000 en su fase más alta. La mayoría de los nuevos militantes no eran marxistas o comunistas convencidos, sino aventureros o arribistas que veían en el partido un trampolín adecuado para medrar y hacer carrera política, o bien para escapar de la persecución de otros partidos, principalmente de los anarquistas. Esta masa de aluvión era de estructura análoga a la que se alistó al Partido Bolchevique ruso una vez afianzada la Revolución de Octubre, y se la encuentra en todas las revoluciones triunfantes. Por su falta de escrúpulos morales, estos nuevos afiliados eran especialmente aptos para cumplir sin vacilar el papel de sicarios y palafreneros que la NKVD les asignaba en las filas del Ejército, del SIM, de la policía o del Gobierno.

Sería, por supuesto, ridículo y sectario querer presentar a los comunistas exclusivamente como una pandilla de medradores y oportunistas sin conciencia, aun cuando la tendencia general era ésta; es innegable que un porcentaje de los que pidieron el alta en el partido lo hicieron por motivos subjetivos nobles. Este grupo de nuevos afiliados se sentía atraído por la disciplina que reinaba en el partido, por su sentido de la eficacia y otras virtudes de las que carecían los demás partidos. Así, el comandante Martín Blázquez, a pesar de que no llegó a ingresar en el partido, reconocería:

“Hay que conceder al PC el mérito de haber sentado el ejemplo aceptando la disciplina. Actuando así no sólo aumentó enormemente su prestigio, sino también sus filas. Innumerales hombres que deseaban alistarse y luchar por su país ingresaron en el PC”<sup>659</sup>. Y en otro pasaje: “Las filas del PC se han llenado de miles de españoles que no son más comunistas que yo, pero que han quedado impresionados por su disciplina modelo y su lealtad a la República”<sup>660</sup>. Todavía más significativo es el caso de Hidalgo de Cisneros, que ingresó en el PC español cuando era ya jefe de la Aviación republicana: “Continuamente, durante aquellos terribles meses, pude ver, en cuantas ocasiones se presentaban, tanto en los aeródromos como en los frentes, el comportamiento ejemplar de los comunistas. Me convencí de que los comunistas querían de verdad ganar la guerra, defender la República y el pueblo, y hacían todo lo humanamente posible para conseguirlo. Tenían una organización y una disciplina que hacía de ellos luchadores más útiles y eficaces que si hubieran actuado individualmente. Eran enemigos del caos y del desorden, que perjudicaban nuestra causa. En una palabra: eran los mejores patriotas que yo había conocido”<sup>661</sup>. Y el general Miaja, según el testimonio de Pietro Nenni: “Los comunistas me gustan porque son más expeditivos, más resueltos. Los

---

659 Martín Blázquez, obra cit., pág. 205.

660 Ibid., pág. 350.

661 Hidalgo de Cisneros, obra cit., II, pág. 315.

socialistas discuten y sopesan; después actúan. Tienen un espíritu de sacrificio muy acusado, pero poco espíritu de iniciativa. Los comunistas actúan y no discuten; y si discuten es después de haber actuado. Militarmente hablando, es una ventaja”<sup>662</sup>. “En la acertada política de cuadros del PC – escriben los historiadores oficiales– está la razón de la simpatía que mostraban hacia el partido un número, por días creciente, de esos militares y la de que no pocos de ellos, los más conscientes políticamente, ingresaron en el partido para convertirse en su seno en cuadros y dirigentes del mismo”<sup>663</sup>.

Se trataba, naturalmente, casi siempre de personas políticamente incultas o de apolíticos inclinados a simplificar las cosas; esas personas que acudían de buena fe al partido deslumbrados por la disciplina y la eficacia, se hubieran alistado de la misma manera a un movimiento fascista por idénticos motivos, sin preguntarse lo que podía esconderse tras esa fachada de orden externo y de disciplina. Tras la caída de Largo Caballero, y en contra de todas las apariencias, el PC español empezó a sentirse aislado. La afluencia de afiliados de la primera hora se había estancado. El Politburó recibió de Moscú la orden de organizar una campaña proselitista dentro de las filas del Ejército. Sobre

---

662 Pietro Nenni, *La guerre d’Espagne*, obra cit., pág. 171.

663 *Historia del PC de España (versión abreviada)*, obra cit., página 143.

los métodos utilizados para reclutar a nuevos adeptos reporta Jesús Hernández: “Se reclutaba todo, sin reparar en los antecedentes del neófito; se utilizaron el halago y la coacción, la corrupción y el atropello. Quien se resistía a firmar su boleto de ingreso en el partido o en las Juventudes sabía que era candidato a las primeras líneas del frente en las unidades de choque y que sus galones o barretas peligraban” <sup>664</sup> . Estas líneas de Hernández aclaran todo el secreto del auge comunista durante la guerra civil.

## II. LA TÁCTICA DE LA UNIDAD

De todos los movimientos, partidos y grupos políticos del bando republicano, los comunistas fueron los más hábiles en llevar la opinión pública a su favor, en conquistar a los grandes sectores políticamente indecisos y en atraer a líderes y grupos vacilantes de los partidos rivales. En comparación a la máquina de propaganda y a la técnica de persuasión puestas en marcha por el PC español durante la guerra civil, las de los demás partidos –especialmente socialistas y anarquistas– daban la sensación de armatostes

---

664 Jesús Hernández, obra cit., pág. 144.

herrumbrosos y vetustos, carentes de agilidad y de sentido de la dirección.

A pesar de que el PC español era la fuerza política intrínsecamente más sectaria y la que perseguía con mayor tenacidad fines específicos propios, logró difundir con gran éxito el mito de que era el partido que defendía la unidad y la disciplina frente al cantonalismo de los demás movimientos frentepopulistas. La consigna central del PC español fue, en efecto, durante toda la guerra, la de que el único objetivo que el partido perseguía era el de ganar la guerra y el contribuir a la unidad de las fuerzas republicanas. En un discurso pronunciado por José Díaz en las Cortes, el 1 de diciembre de 1936, decía: “El presente nos dice que lo principal, lo inmediato, lo urgente, lo indispensable, es ganar la guerra. Pues, si no se gana la guerra, todos los ensayos doctrinales, todas las realizaciones de carácter social, caerán como un castillo de naipes bajo las botas dominadoras del militarismo y del fascismo. Por eso nosotros, comunistas, sin renunciar ni en un ápice a nuestra ideología y a nuestro programa, decimos que hoy no puede haber más que un solo programa, una sola idea, un solo objetivo: ganar la guerra. A este objetivo estamos dispuestos a supeditar, y supeditaremos, todas las otras reivindicaciones”<sup>665</sup>.

Y el 9 de mayo de 1937, en Valencia: “Nuestra

---

665 José Díaz, obra cit., pág. 303.

preocupación central es ganar la guerra. Y una de las condiciones esenciales para ello es la unidad. Unidad del proletariado, de toda la clase obrera en un solo gran Partido político; unidad de los Sindicatos en una gran central sindical única; unidad de todas las fuerzas antifascistas en el Frente Popular; unidad de la juventud, que ha de edificar la nueva España; unidad de todo el pueblo español para ganar la guerra”<sup>666</sup>.

¿A quién no podía cautivar este lenguaje aparentemente tan desprendido y generoso? El programa de unidad propuesto por los comunistas aspiraba a lo siguiente: Ejército regular, mando único, servicio militar obligatorio, supresión de la jurisdicción ejecutiva de los partidos y organizaciones, nacionalización de las grandes industrias, militarización de la industria de guerra, cese de todas las confiscaciones no ordenadas por el gobierno central y abandono de todo experimento revolucionario: “No queremos más que un gobierno –exclamaba Díaz–, y si el pueblo ve que no representa bien sus intereses, que nombre otro. Pero mientras sea gobierno, toda la autoridad para él, y a los gobiernos pequeños meterlos en una espuerta y enterrarlos”<sup>667</sup>.

A medida que avanzaba la guerra; a medida que los comunistas se iban apoderando de los resortes clave del

---

666 *ibid.*, pág. 488.

667 *Ibid.*, pág. 361.

Ejército y de la Administración; a medida que crecía su prestigio, apremiaban para que se procediese a la creación de un Partido Proletario único y de una Sindical única. Ya en junio de 1936, Díaz escribía: “Condición esencialísima para poder triunfar sobre el fascismo, para el triunfo decisivo del pueblo sobre la reacción, sobre los grandes terratenientes y el gran capital, es el logro de la unidad política de la clase obrera, la creación del Partido único del proletariado”<sup>668</sup>. El objetivo primario no era ya el de posibilitar una mejor coordinación de las operaciones de guerra, sino el de absorber poco a poco a las grandes organizaciones políticas y sindicales y el de quitarles de esta manera su propia razón de ser ideológico–histórica. El plan del PCE no era el de bolchevizar de golpe a los movimientos políticos y sindicales, sino por etapas: primero la fusión del PCE y del PSOE y desde esta plataforma, conquistar a la UGT para aniquilar más tarde a la CNT y a la FAI.

De cara a la galería, el PCE proclamaba una política de unidad frentepopulista, exenta de reivindicaciones y egoísmos de partido.

Así, Díaz, corrigiendo un artículo aparecido en *Mundo Obrero*, escribía: “El Partido Comunista... no puede tener intereses u objetivos diferentes de los del pueblo entero. Nuestro partido no ha pensado nunca que la solución de esta guerra pueda ser la instauración de un régimen comunista...”

---

668 Ibid., pág. 230.

En nuestro país existen hoy condiciones objetivas que hacen imprescindible, en interés de todo el pueblo, la existencia y el fortalecimiento de un régimen democrático; no existen condiciones que permitan pensar en la instauración de un régimen comunista”<sup>669</sup>. Pero detrás de la cortina de humo de estas promesas, el PCE estaba dispuesto, con todos los medios a su alcance –lícitos e ilícitos– a convertirse en la fuerza política dominante del país y a arrinconar a los grandes movimientos de masas rivales.

Al convertir el lema de la unidad en el eje central de su propaganda, el PCE sugería, directa o indirectamente, que los comunistas eran los únicos que deseaban realmente la unidad de todas las fuerzas frentepopulistas, lo que no era cierto. Los demás partidos, incluidos los anarquistas, deseaban también la unidad, pero una unidad que no eliminase sus propias características ni posibilitase la hegemonía de una facción sobre las otras: ¿Qué significaba si no el grito de Durruti “renunciamos a todo salvo a la victoria”? Durruti decía, en efecto, el 6 de noviembre de 1936: “Si cada cual piensa que su partido sea más potente para imponer su política, está equivocado, porque frente a la tiranía fascista sólo debemos oponer una fuerza, sólo debe existir una organización, con una disciplina única”<sup>670</sup>. Y García Oliver: “¿Interesa ganar la guerra? Pues sean cuales sean sus

---

669 Ibid., pág. 620.

670 Solidaridad Obrera, 6 noviembre 1936.



ideologías, los credos de los obreros, las organizaciones a que pertenecen, tienen que emplear los procedimientos que emplea el enemigo para vencer, y especialmente la disciplina y la unión. Con disciplina y organización militar eficientes, ganaremos indudablemente. Disciplina del que lucha y trabaja, disciplina en todo, es la base del triunfo”<sup>671</sup>. Largo Caballero, por ejemplo, decía en febrero de 1937 en Valencia, ante las Cortes: “Cuando he venido aquí a este puesto, no es que haya renunciado a nada, absolutamente a nada de lo que nosotros políticamente pensamos... No he renegado, en absoluto, de ninguna de mis ideas. Pero en vista del peligro en que vivía nuestro país... me consideré con el deber de asumir la responsabilidad que, por el cargo, es natural que tenga, dejando un poco sobre la mesa las aspiraciones inmediatas inherentes a mi ideología y a lo que yo he defendido siempre”<sup>672</sup>. Y en otro párrafo todavía más rotundo: “No es posible aceptar, ni siquiera por los que pensamos más radicalmente, que de una manera esporádica e individual se puedan establecer sistemas y hasta ensayos de sistema. Ya se ha ensayado bastante... Los ensayos individuales no pueden llevarnos a ningún fin práctico. Todo tiene que encauzarse y coordinarse, acertada o desacertadamente; pero ello tiene que ser obra del Gobierno, con la cooperación del Parlamento y con la de todos los partidos y

---

671 Mitin celebrado en Valencia el 4 de diciembre de 1936.

672 Discurso del presidente del Consejo de Ministros, Francisco Largo Caballero, el 1.º de febrero de 1937, pág. 9, Madrid, 1939.

organizaciones sindicales que estén a su lado”<sup>673</sup>. Este era el mismo lenguaje empleado por Díaz, pero con motivaciones subjetivas distintas. Requiriendo un tipo de unidad mecánica que los demás partidos no podían aceptar sin negarse a sí mismos, el PCE lograba dar la sensación de que los demás partidos no estaban interesados en ningún tipo de unidad. Este truco, que había sido ya empleado por la Comintern con los sindicatos reformistas y los partidos socialdemócratas europeos, volvió a ser utilizado en España con fines bastardos.

Lanzar la consigna de unidad a toda costa en medio de una guerra civil, fue de una habilidad extraordinaria; este llamamiento machacón y monocorde estaba destinado no solamente a encubrir la labor específicamente partidista y sectaria que el PCE realizaba de facto en el frente y en la retaguardia –como veremos pronto–, sino a desprestigiar a los movimientos que, como los anarquistas, no estaban dispuestos a renunciar a su idiosincrasia. De ahí que el PCE intentase desde el primer momento impedir que las fuerzas políticas rivales tuviesen ocasión de dar forma concreta a sus idearios, o de minimizarlos o difamarlos cuando eran llevados a la práctica. Como es sabido, el ejemplo más idóneo en el plano de la experimentación revolucionaria, social y económica, fue el movimiento de colectivización y autogestión realizado especialmente en Cataluña y Aragón

---

673 Ibid., pág. 12.

por la CNT–FAI (con el apoyo de la UGT) en los primeros meses que siguieron al estallido de la guerra. “Lanzarse a esos ensayos prematuros de “socialización” y de “colectivización” –decía José Díaz en marzo de 1937–, cuando todavía no está decidida la guerra, en momentos en que el enemigo interior, ayudado por el fascismo exterior, ataca fuertemente nuestras posiciones y pone en peligro la suerte de nuestro país, es absurdo y equivale a convertirse en cómplices del enemigo. Semejantes ensayos revelan la incomprensión del carácter de nuestra lucha, que es la lucha por la defensa de la República democrática”<sup>674</sup>. La labor colectivista realizada por la CNT–FAI y los ugetistas en Aragón, es resumida en los siguientes términos por los amanuenses oficiales del PCE: “Bajo la dictadura del Consejo de Aragón fue colectivizado casi todo lo existente. Los campesinos medios eran despojados de sus tierras y productos. El Consejo de Aragón se incautó del dinero de los campesinos, estableció el sistema de vales e incluso una nueva moneda. Los que protestaban eran maltratados. Allí estaba prohibida toda actividad política excepto la anarquista. Los campesinos y la población, en general, vivieron, bajo el Consejo de Aragón, un período de despojo sistemático, expropiaciones forzosas, brutales imposiciones, que creaban en la retaguardia republicana un ambiente sumamente peligroso”<sup>675</sup>. Los ataques a los anarquistas no

---

674 José Díaz, obra cit., pág. 394.

675 Historia del PC de España, obra cit., pág. 159.

podían sino complacer al jefe y mentor de la Comintern en España, Palmiro Togliatti, que pocas semanas después de estallada la guerra, en un folleto lleno de lugares comunes, tópicos y tergiversaciones, escribía: “En este momento... existe no poca gente que bajo la capa de los principios del anarquismo debilitan la solidaridad y la unidad del Frente Popular por medio de procedimientos precipitados referentes a la “colectivización” coactiva, la “abolición del dinero”, la proclamación de la “indisciplina organizada”, etc.<sup>676</sup>. Si el maestro Togliatti se expresaba así, era lógico que sus discípulos españoles acentuasen todavía más las tintas y llenasen de insultos a los anarquistas que se atrevían en plena guerra a realizar experimentos sociales no previstos en el cartapacio de la Comintern.

Aprovechándose de los errores cometidos por la CNT–FAI, el Partido Comunista denigró y desfiguró de la manera más burda la única reforma revolucionaria seria realizada en el campo republicano.

Los comunistas, tan indulgentes cuando se trata de justificar los errores cometidos por ellos mismos, se negaron a admitir que un experimento revolucionario como el llevado a cabo por la CNT–FAI –sin precedentes en la historia de España– no podía realizarse sin una dosis mínima de sectarismo, de exageraciones y de deficiencias, optando por

---

676 M. Ercoli (Togliatti), *The Spanish Revolution*, pág. 10, New York, 1936.

silenciar lo que de positivo había en estos experimentos de comunismo y en exagerar al máximo los errores cometidos por los anarcosindicalistas. Incapaces ellos mismos y sin fuerzas populares suficientes para realizar cualquier experimento revolucionario de envergadura, los comunistas españoles, revolviéndose en la envidia y el rencor, se dedicaron desde el primer momento a boicotear con todos los medios a su alcance una obra de colectivización que ellos no estaban en condiciones de llevar a cabo y que, de haberse podido sostener, hubiera traído consigo la bancarrota ideológica del comunismo autoritario.

Los intentos de la CNT–FAI para realizar la revolución en plena guerra, sirvieron al Partido Comunista de pretexto para encubrir sus propios designios dictatoriales y para acusar a los anarcosindicalistas de querer imponer su dictadura a las demás fuerzas de la República: “Llevados por el afán de efectuar su “revolución” –escriben los historiadores oficiales–, los anarquistas, en vez de incorporarse de lleno a la guerra contra el fascismo, se preparaban para imponer su hegemonía a las demás fuerzas obreras y democráticas, concentrando y escondiendo en la retaguardia enormes cantidades de armas; allí donde podían, implantando la dictadura de los Comités de la FAI, negándose a reconocer el Frente Popular y la existencia del Gobierno republicano<sup>677</sup>.

---

677 Guerra y revolución en España, 1936–1939, obra cit., I, páginas 259–260. Este tipo de infundios, destinados a desprestigiar a los anarquistas, no

El PCE tenía ciertamente razón al propagar la unidad de acción de los movimientos del bando republicano, la necesidad de relegar a segundo término las reivindicaciones de partido y de someterse a una disciplina común. Y porque tenía precisamente razón no le fue difícil obtener éxitos proselitistas. Lo que el PCE se cuidaba de confesar era el que el móvil oculto de estas llamadas a la unidad consistía en obligar a los demás partidos y sindicales a aceptar una táctica que, bajo la apariencia de su neutralidad ideológica, no era, en realidad, más que la propia táctica del Partido Comunista. Los comunistas sabían que una conquista de las masas socialistas y anarcosindicalistas por la vía clásica del proselitismo y la persuasión era una tarea difícilísima, lenta, cuando no imposible, que las masas socialistas con sus organizaciones y sus ideales para pasarse de pronto a un partido al que, de hecho, habían combatido siempre. Por tanto,

---

eran propagados solamente por los comunistas, sino también por los socialistas comunizantes. Pietro Nenni, por ejemplo: «Una buena parte de los anarquistas no logró jamás superar la convicción de que existía cierto desdoblamiento y antagonismo entre la guerra y la revolución. Durante meses y años fueron escondidas armas en Barcelona, armas que debían «servir para la revolución», como si ganar la guerra no hubiera sido la primera condición de la victoria de la revolución. Está fuera de toda duda que la existencia de un fuerte movimiento anarquista ha convertido en más difícil el éxito del Frente Popular. Hubo momentos en que la actitud de los anarquistas rayó en la provocación, para caer de lleno en ella a raíz de los acontecimientos de mayo de 1937 en Barcelona.» (La guerre d'Espagne, obra cit., página 64). Nenni, que se hace aquí eco de la propaganda comunista contra los anarquistas, no consideró por otra parte necesario decir una sola palabra sobre los crímenes cometidos por la NKVD en España.

era necesario renunciar a estos métodos catequistas abiertos y dar un rodeo consistente en establecer una unidad formal con los socialistas y a ser posible con los cenetistas con el objeto de minar por dentro estas organizaciones, hasta bolchevizarlas o neutralizarlas. Este plan de penetración no debía realizarse de golpe, sino por etapas, escalonadamente: su primer objetivo era el de lograr una fusión con el PSOE y, desde este trampolín, saltar sobre la UGT para aniquilar finalmente a la CNT y a la FAI. La unidad no significaba, pues, para los comunistas una verdadera unión de las fuerzas combatientes, basada en la lealtad y el respeto de cada sector; unidad no significaba para ellos otra cosa que utilizar ésta para dividir por dentro al movimiento unificado, lo que había de conseguirse sustancialmente a través de una sistemática labor de escisión y discordia entre las diversas tendencias existentes en el seno de los movimientos rivales: entre Prieto y Caballero en el Partido Socialista y entre la CNT y la FAI en el movimiento anarcosindicalista.

### **III. LA TRAICIÓN A LA UNIDAD**

Contradiendo esencialmente sus continuos llamamientos a la unidad –que para ser auténtica requería el *fair play* con respecto a los demás partidos y organizaciones– el PCE

no cesó, durante toda la guerra, de boicotear con todos los medios a su alcance la misma unidad que teóricamente predicaba.

Los comunistas, en efecto, utilizaron la posición de ventaja en que les había colocado la intervención rusa para discriminar, perseguir y despotenciar a los demás movimientos republicanos. Veamos lo que Largo Caballero dice al respecto: “Por este medio me enteré que en algunos frentes se tenía una preferencia irritante con los que eran comunistas para darles calzado, ropa, tabaco y alimentos; los demás eran cenicientas de las brigadas. Eso, cuando no se les fusilaba por la espalda. Del mismo modo supe que en algunos hospitales, a los no comunistas no les atendían, medicinaban ni alimentaban debidamente; las atenciones eran para los comunistas afiliados o para los futuros neófitos. También confirmé que se habían nombrado comisarios de Guerra sin mi firma, que era trámite obligado”<sup>678</sup>. En un informe elevado el 18 de julio de 1938 por el Sindicato de Sanidad e Higiene de Barcelona al Comité Peninsular de la FAI, se decía: “En los hospitales militares hay un problema latente: Es éste: se hace la más baja, la más rastrera de las políticas; y a los enfermos, a los compañeros heridos se les hace víctima de ella. Se cotiza su dolor y sus heridas, se condiciona el bienestar de enfermos a su filiación política... En los establecimientos militares se hallan infiltrados de una

---

678 Largo Caballero, Correspondencia secreta, obra., pág. 266.



manera absoluta los elementos comunistas... Los heridos son curados cuando los médicos quieren, y si son desafectos a la Plana Mayor dominante en el hospital, no se curan... El médico, el practicante, la enfermera y el director, si no son comunistas, están expuestos también a ser envueltos en una trampa infame que les hundirá en los fosos de Montjuich”<sup>679</sup>. Y Largo Caballero, de nuevo: “En el llamado Quinto Regimiento y en los frentes, los ascensos de clase se otorgaban a los comunistas... La prensa comunista ensalzaba los hechos de guerra de los comunistas y silenciaba los realizados por otros; en las operaciones se destinaba a los lugares de mayor peligro y en los que se podía obtener menos éxito a los no comunistas”<sup>680</sup>. Los comunistas, naturalmente, negaban estas imputaciones. Así, José Díaz, en marzo de 1937, afirmaba: “Se atribuyen a nuestro partido toda suerte de maniobras, dirigidas al reclutamiento de nuevos afiliados; se habla incluso de que ofrecemos, guiados por este propósito, zapatos, vestidos y comestibles a cambio de carnet... No; los que ingresan en nuestro partido no acuden a él seducidos por el señuelo de promesas o beneficios personales. Saben, por el contrario, que vienen a ocupar un puesto de lucha y de sacrificios”<sup>681</sup>.

Pero Jesús Hernández confirmaría, terminada la guerra,

---

679 Peirats, *La CNT en la revolución española*, obra cit., III, páginas 267–268.

680 Largo Caballero, obra cit., pág. 271.

681 José Díaz, obra cit., pág. 424.

una a una, todas las acusaciones contra la deslealtad del PCE: “En la retaguardia, las rotativas de nuestros diarios transformaban en épicas las más mínimas acciones de nuestras unidades y hacían reventar con chasquido y estruendo todas las proporciones del elogio personal, utilizando reales o ficticias hazañas de los hombres. En los frentes, en las trincheras, en los cuarteles, en los hospitales, en los Estados Mayores..., se ofreció el cebo de los ascensos a condición de tomar carnet del partido o de las Juventudes Unificadas”<sup>682</sup>.

La discriminación empezaba ya con la distribución de armas. Un observador extranjero –Franz Borkenau– anota, a su paso por Cataluña: “Las armas, por supuesto, iban a parar principalmente al gobierno de Valencia. Lo que quedaba en Cataluña era acaparado por el PSUC, con la exclusión de todas las demás fuerzas políticas, con el resultado de que se alteraban todos los mecanismos políticos tradicionales de Cataluña”<sup>683</sup>. Y Víctor Serge: “Cataluña, demasiado revolucionaria, no recibió las armas prometidas... *Solidaridad Obrera* y *La Batalla* denunciaban día tras día la falta de municiones en el frente de Aragón”<sup>684</sup>.

Resumiendo la actitud sectaria y desleal mantenida por los

---

682 Jesús Hernández, obra cit., págs. 143–144.

683 Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit*, pág. 180, Londres, 1937.

684 Víctor Serge, notas a *Révolution et contre-révolution en Espagne*, de Maurín, obra cit., pág. 145.

comunistas durante la guerra civil, Gerald Brenan escribe: “Su ansia de poder era insaciable, y carecían totalmente de escrúpulos. Para ellos, ganar la guerra significaba ganarla para el Partido Comunista, y estaban dispuestos siempre a sacrificar el progreso militar con tal de impedir que, por su parte, un partido rival reforzase su posición... Pero quizá más grave que todo eso fue, a largo plazo, su carencia de integridad moral o política. Su oportunismo era inconmensurable”<sup>685</sup>.

#### **IV. LOS COMUNISTAS Y LA DERECHA REPUBLICANA**

Una de las tácticas básicas del PCE fue la de adular y atraer hacia sí a los estratos de población que, por diversos motivos, estaban interesados en contrarrestar los planteamientos revolucionarios de la CNT, la FAI y el POUM.

Estos estratos, de estructura heterogénea, se componían de republicanos, burguesía media y pequeña burguesía, comerciantes y pequeños industriales, campesinos ricos, militares profesionales, técnicos, funcionarios de policía y del Estado, intelectuales y apolíticos en general.

Ya en su carta a Largo Caballero, de 21 de diciembre, Stalin

---

685 Gerald Brenan, obra cit., pág. 326.

recomendaba al jefe del gobierno español que “sería necesario atraer hacia el gobierno a la burguesía media y pequeña burguesía de las ciudades o, en todo caso, darles la posibilidad de adoptar una posición neutral favorable al gobierno, protegiéndoles contra las tentativas de confiscación y asegurándoles en la medida de lo posible la libertad de comercio”<sup>686</sup>. En la misma carta, Stalin subraya la necesidad de asegurarse el apoyo de los campesinos y los republicanos, en especial de Azaña y su grupo.

Siguiendo los deseos de su amo del Kremlin, los comunistas españoles adoptaron una actitud generalmente derechista, cuando no reaccionaria, haciendo todo lo posible por proteger los intereses de los grupos de población antiproletarios. Gerald Brenan escribe al respecto: “Incapaces de atraer hacia ellos a los obreros manuales, que permanecieron firmemente afincados en sus sindicatos, los comunistas se convirtieron en el refugio de todos aquellos que habían sido víctimas de los excesos de la revolución o que temían sus consecuencias. En sus filas se alistaron ricos cosecheros católicos de Valencia, agricultores de Cataluña, pequeños tenderos y comerciantes, oficiales del Ejército y funcionarios del gobierno. En Cataluña, donde el temor y el odio hacia los anarquistas eran muy fuertes, lograron integrar a los diversos grupos socialistas (todos los cuales estaban muy inclinados a la derecha y contenían pocos obreros

---

686 Carta de Stalin a Largo Caballero, reproducida en su texto francés en *Spain*, de Salvador de Madariaga, pág. 674, New York, 1958.

manuales) en un partido único, el PSUC, que estaba afiliado a la Comintern. Muchos miembros de la Esquerra y de los Rabassaires, ingresaron en él.

Hubo incluso algunos fabricantes ricos que obtuvieron en él importantes puestos. Ello produjo una extraña y nueva situación: a un lado se hallaba el inmenso y compacto proletariado de Barcelona con su larga tradición revolucionaria, y del otro, los trabajadores de cuello duro y la pequeña burguesía de la ciudad, organizados y armados contra aquél por el Partido Comunista”<sup>687</sup>.

Y Franz Borkenau: “Desde el principio de agosto –y probablemente desde julio– (los comunistas) protestaron contra las medidas revolucionarias y expresaron el punto de vista de que lo que se ventilaba en la lucha no era una transformación de la sociedad, sino exclusivamente el aplazamiento de un putsch militar... Se situaron entonces en la extrema derecha del campo republicano y no encontraron a aliado más íntimo que a Martínez Barrio, líder del bloque centrista y presidente de las Cortes”<sup>688</sup>.

Y en otra obra: “El Partido Comunista es hoy, en gran medida, el partido del personal militar y administrativo, en segundo lugar el partido de la pequeña burguesía y de ciertos grupos de campesinos acomodados, en tercer lugar,

---

687 Gerald Brenan, obra cit., pág. 325.

688 Borkenau, *Der europaischer Kommunismus*, obra cit., pág. 152.

el partido de los empleados y, sólo en cuarto, el partido de los obreros industriales”<sup>689</sup>.

En opinión del historiador Libertario Peirats, “la nueva consigna consistía en que el Partido Comunista no luchara en España por la revolución social, sino por una república democrática y parlamentaria. Al decir de sus propagandas, la revolución que se estaba produciendo en España correspondían exactamente a la producida en Francia hacía un siglo. Con ello perseguían desprestigiar la obra revolucionaria social y económica del anarcosindicalismo y atraer al mismo tiempo a la pequeña burguesía de la ciudad y a los pequeños propietarios del campo afectados por las expropiaciones y colectivizaciones. Simulaban querer tranquilizar también a la burguesía internacional y recabar su ayuda militar a la República: en realidad era la consigna democrática del VII Congreso del Comintern de formación de Frentes Populares de apoyo táctico a la política exterior de la URSS. La misma consigna permitiría al Partido Comunista abrirse paso entre los elementos de orden de los partidos republicanos españoles y en los medios burocráticos, intelectuales y militares arrumbados por la marea revolucionaria”<sup>690</sup>.

Justificando la política contrarrevolucionaria comunista,

---

689 Borkenau, *The Spanish Cockpit*, obra cit., pág. 192.

690 Peirats, *Los anarquistas en la crisis política española*, obra citada, págs. 224–225.

Comorera decía, en un discurso pronunciado en 1936: “El partido combate por la república democrática y parlamentaria... Es necesario que evitemos la hostilidad de los Estados democráticos... La situación territorial y política de España es bien diferente de la de Rusia durante la Gran Revolución. Una política que no tenga en cuenta la situación geográfica e internacional conducirá necesariamente a la derrota”<sup>691</sup>. Y Dolores Ibárruri: “Consecuente en su posición de defensa de la República y de la democracia, desde las primeras semanas de la guerra, el Partido Comunista se había opuesto firmemente a que los grupos trotskistas y faístas desfigurasen el carácter de nuestra guerra, se había opuesto, apoyándose en los propios campesinos, a los ensayos seudorrevolucionarios de aquellos que despojaban a los campesinos de su tierra y de sus bienes y les obligaban a ingresar en las colectividades anarquistas”<sup>692</sup>.

Los comunistas españoles que se rasgaban las vestiduras porque los anarquistas imponían a la fuerza la colectivización a los campesinos (a los campesinos ricos y medios) y a los propietarios industriales, parecían haber olvidado que Stalin había impuesto la colectivización agraria mediante la más brutal e implacable represión, que costó la vida a millones de “kulaks” y destruyó la agricultura y la ganadería soviética por varios años. Díaz, Ibárruri, Comorera y demás

---

691 Antonio Sesé, José del Barrio y Juan Comorera, Nuestra situación política actual, pág. 16, Barcelona, 1936.

692 Dolores Ibárruri, El único camino, obra cit., pág. 373.

defensores de la “propiedad” de los industriales y campesinos ricos y medios no sabían naturalmente que exponían los mismos argumentos –pero caricaturizándolos– que Bujarin esgrimió para impedir la colectivización forzosa en Rusia. El bujarinismo, que Stalin había condenado como una “desviación de derechas”, se convirtió en la ideología oficial del PCE.

Con el objeto de movilizar a su favor, con fines proselitistas, los bajos instintos y el egoísmo de los núcleos privilegiados de la población –obreros cualificados, técnicos, empleados, representantes de las profesiones liberales, etc.–, los comunistas se opusieron naturalmente a la igualdad remunerativa impuesta por los anarquistas allí donde pudieron: “Mataban todo estímulo, todo esfuerzo por elevar y mejorar la producción, imponiendo un salario “igual” para todas las categorías: a los ingenieros y técnicos, a los obreros más calificados, se les pagaba lo mismo que a los peones... Su tendencia “igualitaria” llegó hasta el extremo de que los actores y cantantes cobraban lo mismo que el personal encargado de la limpieza”<sup>693</sup>. Marxistas improvisados, los comunistas españoles habían pasado por alto que Marx y Engels se habían pronunciado también, en su tiempo, a favor de la igualdad remunerativa, y que Lenin, en su *Estado y revolución*, subrayó la necesidad de que un ministro no ganase más que un obrero. Olvidaban que Lenin

---

693 Guerra y revolución en España, 1936–1939, obra cit., II, pág. 32.



combatió durante toda su vida de la manera más implacable a las capas privilegiadas de la clase obrera; asimismo, que si Lenin, al introducir la NEP, restableció en Rusia ciertos privilegios salariales, no dejó de consignar que ésta era una medida capitalista que se imponía a Rusia para salir de la situación desesperada a que había conducido el “comunismo de guerra” de la fase anterior. Pero aun cuando ni Marx, ni Engels ni Lenin hubiesen sido partidarios de la remuneración igualitaria en el grado que lo eran los anarquistas españoles, la medida adoptada por la CNT, aunque pudiese pecar de sectaria era, en su espíritu y en su tendencia, positiva y justa. Era, sobre todo, una medida revolucionaria, anticlasista. Pero los comunistas españoles, estalinistas educados en la sociedad de clases y en el capitalismo de Estado de la Unión Soviética, no podían ver naturalmente con buenos ojos una revolución social que, por primera vez en la historia, decretaba la igualdad total de los hombres más allá de sus funciones y aptitudes profesionales, que son siempre en lo esencial producto de las circunstancias sociales y de los azares de nacimiento. Y al actuar así, los anarquistas españoles no hacían sino aplicar al terreno material la máxima del cristianismo auténtico: que todos los hombres son iguales ante Dios. Medularmente podridos, los comunistas españoles creían, en efecto, que un artista o un ingeniero eran algo superior y con más derechos que una mujer de la limpieza o un peón albañil. Dolores Ibárruri, naturalmente, viviendo a tres carrillos en las residencias del partido, había olvidado su época de miseria,

cuando ella misma se ganaba la vida fregando suelos.

Pero la alianza de los comunistas con las fuerzas conservadoras y antiproletarias del bando republicano y el boicot de toda medida revolucionaria perseguían no ya defender la situación y el carácter democrático–burgués de la República, sino contrarrestar ante todo la superioridad organizativa y militante de la CNT–FAI y de la UGT. Sin Sindicatos, sin una masa obrera que le siguiera, el PCE, si no quería verse desbordado, estaba obligado a buscar el apoyo de todos los sectores sociales que se oponían a la revolución. La tarea histórica del PCE durante la guerra fue, por ello, la de movilizar a los elementos más reaccionarios y antiproletarios con el objeto de utilizarles como muro de protección del Partido Comunista mismo. El PCE no estaba en condiciones de predicar la revolución social porque carecía de fuerzas propias para realizarla. Para sostenerse en medio de la avalancha revolucionaria tuvo que recurrir a un procedimiento maquiavélico y turbio: el de buscar la amistad de los enemigos de la revolución. En vez de secundar y sumarse a los experimentos realizados por los anarcosindicalistas, por el POUM y por una parte de la UGT, los comunistas se opusieron históricamente a ellos; con este objeto, además de extraer de su arsenal propagandístico las más toscas patrañas, resucitaron, con una nueva fraseología, la argumentación que había sido utilizada antes por la CEDA, los radicales de Lerroux, los republicanos de Martínez Barrio y otras fuerzas conservadoras.



## CAPÍTULO XV

### I. COMUNISTAS Y SOCIALISTAS

A pesar del enorme crecimiento del PCE y de su masiva infiltración en las esferas clave del poder, los comunistas no se hallaban en condiciones de establecer una dictadura abierta sobre los demás partidos y grupos políticos. Por otra parte, a efectos de su política exterior, la Unión Soviética estaba interesada en hacer creer a la opinión pública mundial que el gobierno republicano español constituía una coalición representando a todas las fuerzas vivas del Frente Popular, lo que formalmente era cierto. De ahí que la táctica del PCE consistiera no sólo en acumular puestos y cargos para sus afiliados y hombres de paja, sino también en valerse del concurso de otros partidos, especialmente del PSOE, para llevar a cabo sus planes. “La Tercera Internacional – escribe Largo Caballero– quería hacer en el resto de España lo que había hecho en Cataluña y en las Juventudes

Socialistas: unificar a los partidos Socialista y Comunista y meterlos en un saco; pero se encontraba con una gran dificultad, y era que el Partido Comunista no tenía hombres ni autoridad y prestigio para labor tan importante, ni para dirigir después el Partido Único. Los hombres que valían algo habían pasado al trotskismo”<sup>694</sup>.

El primer intento realizado por el PCE para imponer por la puerta trasera su propia política al resto de la nación estuvo concentrado en torno a la figura de Largo Caballero, el “Lenin español”, el hombre que, tras la derrota electoral de 1933, dirigía el ala izquierda del Partido Socialista<sup>695</sup>. Pero la maniobra comunista era tan transparente, que el viejo líder de la UGT no tardó en darse cuenta de que el PCE le quería utilizar, a través del halago y las amenazas veladas, para sus propios designios. La Comintern, a través de su agente Codovila, intentó sin cesar ganar a Largo Caballero para sus fines: “En su charla –testimonia Caballero– encomiaba los resultados de la fusión de los dos partidos, indicándome que el llamado a realizar esta empresa era yo, por mi autoridad y prestigio entre los trabajadores; que yo sería el jefe del nuevo partido y, como consecuencia, el dueño de España”<sup>696</sup>. En la última entrevista sostenida entre ambos, cuando Codovila pasó de las alabanzas capciosas a las

---

694 Largo Caballero, *Correspondencia secreta*, obra cit., pág. 287.

695 En sustitución del gabinete Giral, Largo Caballero pasó a asumir, el 4 de septiembre de 1936, la jefatura del Gobierno.

696 Largo Caballero, obra cit., pág. 288.

amenazas más o menos abiertas, Largo Caballero declaró, ante la sorpresa del argentino: “Conteniendo mi indignación, contesté que no era cierto que la fusión la pidieran todos los trabajadores, y aunque la pidieran, yo no me prestaría al juego, y que le rogaba que no me hablase más del asunto; si alguien deseaba la unión de los obreros, no tenía más que ingresar en la Unión General de Trabajadores y en el Partido Socialista, organizaciones que ni yo ni nadie manejaban a su capricho, y que no estaba dispuesto a manchar mi modesta historia política y sindical con una traición como la que me proponía”<sup>697</sup>.

Esta actitud de Largo Caballero, nacida de su honradez personal y de su sincera indignación ante las maniobras comunistas, contrastaba, en lo político, con la que el líder ugetista había adoptado sobre la misma cuestión antes de estallar la guerra civil. A fines de 1935 y principios de 1936, Largo Caballero postulaba –contra Prieto y el ala centrista– una fusión del Partido Socialista y el PC, o por lo menos, si no una fusión formal, sí una estrecha marcha en común. La prueba de que Largo Caballero favorecía en aquellos momentos una alianza con los comunistas es el trato de favor que le dispensaba la prensa del PC español. En su discurso de 3 de noviembre de 1935, en el Coliseo Pardiñas, de Madrid, José Díaz declaró: “Queremos marchar unidos hasta que lleguemos a fundirnos en un solo partido

---

697 Ibid., pág. 292.

con la izquierda del Partido Socialista y en especial con su máximo dirigente, el camarada Largo Caballero, porque estamos seguros de que sabrá encauzar al Partido Socialista por la ruta del frente único con los comunistas”<sup>698</sup>. Y el 9 de febrero de 1936, en un mitin en el Salón Guerrero, de Madrid: “Marchemos juntos con nuestros hermanos los socialistas, con nuestro camarada Largo Caballero, hacia la formación del gran partido marxista-leninista, que dirigirá a las masas hacia la implantación de la dictadura del proletariado, hacia la España socialista”<sup>699</sup>. Y dos días más tarde, en el teatro de la Zarzuela, de Madrid: “Un hombre hay que ha puesto toda su inteligencia y todo su entusiasmo al servicio del Frente Único en nuestro país, para que, cuando llegue el momento, pueda triunfar: el camarada Largo Caballero... Hay una masa considerable que le sigue con una visión muy clara, porque espera que será consecuente con la posición revolucionaria que ha abrazado”<sup>700</sup>.

Largo Caballero confiaba, sin duda con excesivo optimismo, que un Partido Socialista radicalizado y dirigido por él sería capaz de absorber al incipiente y endeble PC. Dolores Ibárruri tiene razón al decir: “Cuando Largo Caballero, ya en 1935, se vio obligado, bajo la presión de las masas de su propio partido y sobre todo de la Juventud Socialista, para la

---

698 José Díaz, *Tres años de lucha*, obra cit., pág. 75.

699 *Ibid*, pág. 98.

700 *Ibid.*, pág. 107.

que el país soviético era un polo de atracción irresistible, a establecer relaciones con el PC, lo hizo manteniendo siempre una secreta prevención y no oculta hostilidad hacia los comunistas, en los que veía no una fuerza revolucionaria con la que podía contar en todo momento, sino rivales que amenazaban la hegemonía de su partido en el movimiento obrero”<sup>701</sup>. Caballero cambió radicalmente de actitud al darse cuenta de que quien corría peligro de ser absorbido y anulado era el propio PSOE. En su cambio de táctica hubo, más que oportunismo, un claro sentido de cohesión estratégica y de realismo. Cuando los comunistas llegaron a la conclusión de que Caballero, a pesar de su avanzada edad, no estaba dispuesto a convertirse en su marioneta, provocaron la crisis en torno al general Asensio y la pérdida de Málaga para aislarle y obligarle a abandonar las riendas del Gobierno. En su valioso libro sobre el socialismo español, Cantarero del Castillo escribe: “Así, con ocasión de la toma de Málaga, estimaron que era necesario destituir al general Asensio. Como Largo Caballero se resistiera, se presentó en su despacho el embajador soviético, Rosemberg, acompañado de Álvarez del Vayo, jefe de los comisarios políticos, para insistirle en la necesidad de proceder a la indicada destitución. El jefe del Gobierno, ostensiblemente encolerizado, echó de su despacho con cajas destempladas al embajador ruso y... reprochó a Álvarez del Vayo que se estuviese convirtiendo tan rápidamente en el portavoz de

---

701 Dolores Ibárruri, *El único camino*, obra cit., págs. 464–465.



los deseos soviéticos. De manera inmediata pidió a Moscú la retirada del embajador. Este incidente grave fue sólo el comienzo. La tensión entre Largo Caballero y los comunistas había de acentuarse aceleradamente. Los acontecimientos de mayo de 1937 fueron decisivos al respecto”<sup>702</sup>. En un mitin organizado por el PC español en Valencia, la Pasionaria, aludiendo a Asensio, gritó: “Queremos un ejército en el que no haya generales que, mientras el pueblo y los soldados luchan con heroísmo, mientras nuestras mujeres y nuestros niños son ametrallados por la aviación fascista en las carreteras de Málaga, ellos se divierten en prostíbulos y lupanares”<sup>703</sup>. Esta argumentación de rompe y rasga, de la mejor extracción sentimentaloides, debidamente apoyada por los cuadros del partido y por una lluvia de telegramas enviados por los regimientos comunistas, obligaron a Largo Caballero a destituir a Asensio como subsecretario de Guerra, a pesar de que él no era el responsable del desastre militar de Málaga. El comandante Martín Blázquez ha testimoniado en sus Memorias que el Ministerio de Guerra carecía totalmente de armamentos y munición para acudir en socorro de Málaga. Si es cierto, por otra parte, que Asensio, ya desde los tiempos de África, era un huésped habitual de cabarets y prostíbulos, no lo es menos que en la Subse-

---

702 Cantarero del Castillo, *La tragedia del socialismo español* páginas 223–224, Dopesa, Barcelona, 1971.

703 Dolores Ibárruri, obra cit., pág. 445.

cretaría de Guerra desarrolló una labor incansable, que condujo, entre otras cosas, a la creación del Ejército regular. Asensio fue elegido por el PC español como víctima propiciatoria para ocultar, primero, el hecho de que la Unión Soviética no había enviado el material de guerra suficiente para defender Málaga y, segundo, como primera etapa para derribar a Largo Caballero, que era su objetivo político verdadero. Traicionado por sus antiguos colaboradores – Negrín, Del Vayo–, pero también por Prieto y casi toda la Ejecutiva del PSOE, Largo Caballero no estuvo en condiciones de llevar a cabo su plan para contrarrestar la creciente influencia comunista, que en lo esencial apuntaba a una unificación de las fuerzas de la UGT y de la CNT.

A su salida del Gobierno, Caballero se convirtió en un hombre sitiado, estrechamente vigilado por los agentes de Negrín y de la GPU. En los meses que siguieron a su caída, el PC español empezó, además, a preparar una taimada campaña de difamación personal y política contra él, cuyo objetivo último era el de inutilizarle políticamente y quizá el de posibilitar su ulterior procesamiento y liquidación física. En su informe ante el Pleno del CC del PC español, celebrado en Valencia en noviembre de 1937, José Díaz afirmó: “Largo Caballero manifestó, como jefe del Gobierno y como ministro de la Guerra, una debilidad que no exageramos al calificarla de criminal para con los enemigos del pueblo, los agentes del enemigo y los mandos traidores. Algunos de los que fueron sus consejeros, como Asensio, están hoy en la

cárcel, y con un dolor profundo hemos de comprobar que si el jefe del anterior Gobierno hubiese prestado atención a las advertencias que de todas partes le fueron hechas con respecto a estos señores, probablemente una parte preciosa del territorio nacional no se encontraría hoy bajo el talón del invasor extranjero”<sup>704</sup>. Tras esa acusación insidiosa, Díaz pasó a asociar directamente a Largo Caballero con el trotskismo: “Después de la caída del Gobierno Largo Caballero, se manifestó la tendencia a la formación de un bloque de oposición al Gobierno del Frente Popular. El eje de este bloque era el grupo derrotado de Largo Caballero, que ha caído bajo la influencia del trotskismo, y que por un lado se ligaba al trotskismo contrarrevolucionario, mientras por el otro hacía esfuerzos para atraer a la CNT a una política antigubernamental”<sup>705</sup>. Todo el que esté mínimamente familiarizado con la técnica delacional y difamatoria empleada por los estalinistas contra sus enemigos, sabe que lo que se escondía tras esas infames acusaciones era el plan de crear la atmósfera necesaria para procesar y liquidar al viejo líder ugetista.

Indalecio Prieto, que por razones de rivalidad había favorecido activamente la caída de Largo Caballero, si bien no adoptó una actitud anticomunista abierta, intentó por lo

---

704 José Díaz, obra cit., pág. 513.

705 Ibid., pág. 556.

menos poner cierto freno a la creciente influencia del PC español, no sin antes haber de todos modos hecho inconscientemente el juego a los designios comunistas. Cuando, después de haber asumido la cartera de Defensa Nacional en el primer gabinete Negrín, le visitaron Hernández y Uribe en su despacho para proponerle una *entente cordiale* a nivel colegial, Prieto reaccionó con bastante energía: “Contesté a Jesús Hernández, con claridad rayana en la crudeza, que no necesitaba inspiraciones del Buró Político del PC; que no admitía esa forma de gobernar, y que si el Buró quería indicar algo con respecto a la política general de guerra, lo podía hacer por conducto de los dos ministros ante el Consejo de Ministros, y si se trataba de algo relacionado con las operaciones militares, lo debería hacer a través de Uribe, en el Consejo Superior de Guerra”<sup>706</sup>. Pero la actitud de Prieto hacia los comunistas fue más compleja y ambigua de lo que dejan traslucir estos párrafos justificativos, destinados a pulir a posteriori la conducta poco clara de Prieto en este sentido. Lo cierto es que Prieto se unió al PC español para alejar a su camarada Largo Caballero de la jefatura del Gobierno, en parte para satisfacer su viejo odio personal contra el líder de la UGT y contra los anarcosindicalistas, en parte porque quizá Prieto se creía de buena fe con inteligencia y fuerza suficientes para lograr lo que no había podido realizar Largo Caballero: servir los intereses de la República aparentando colaborar con los comunistas.

---

706 Indalecio Prieto, Carta a Negrín, 3 julio 1939, «Índice», marzo 1970.

Once meses después, Prieto sufría en su propia carne lo que Caballero había tenido ya ocasión de conocer: el rencor comunista.

Sería incorrecto e ingenuo suponer que Prieto fomentó conscientemente el miedo de los comunistas, pero no cabe duda que, al subestimarlos y sobrevalorarse a sí mismo, contribuyó a facilitarles la labor de penetración. En opinión de César M. Lorenzo, “nadie hizo tanto como Prieto para acrecentar la influencia de los comunistas. Su papel fue decisivo en la caída de Largo Caballero y preconizó un estrecho acercamiento entre el PSOE y el PC español. El 3 de marzo de 1937 llegó a declarar a Prieto Nenni que era preciso fusionar los partidos socialista y comunista con el objeto de poner fin a la indisciplina de los anarquistas y de obtener un apoyo más efectivo de la Unión Soviética. En 1938 se dio cuenta de que no había sido más que un instrumento”<sup>707</sup>. Estos párrafos, aunque demasiado esquemáticos, contienen una buena parte de razón. Es innegable que al principio de la guerra civil Prieto mantuvo excelentes relaciones con los comunistas. En una entrevista concedida, al terminar la guerra, a Burnett Bolloten (antiguo corresponsal de la Reuter en la zona republicana), Hidalgo de Cisneros, íntimo amigo de Prieto, confirmó que “al principio Prieto se hallaba en excelentes tratos con los rusos. Decía que deberíamos hacer todo lo posible para moverles a que nos ayudasen. Instaba a

---

707 César M. Lorenzo, obra cit., págs. 314–315.

los rusos a que nos enviaran material de guerra. Pronunció dos o tres discursos ante los pilotos rusos, dándoles las gracias por haber venido a España y diciendo que su país había sido el único que había ayudado a la República. Hablaba como un comunista. Mantenía excelentes relaciones con Douglas y Rosenberg”<sup>708</sup>.

La opinión de Hidalgo de Cisneros sería corroborada también por Álvarez del Vayo: “En realidad, el señor Prieto, tras la llegada del embajador (Rosenberg), dedicó algún tiempo a mostrarle los alrededores de Madrid. Ambos mantenían las mejores relaciones”<sup>709</sup>. Otro testimonio de primera mano –el comandante Martín Blázquez– que oía desde su despacho las reuniones ruidosas que los miembros del Gobierno celebraban en una estancia contigua del Ministerio del Ejército, ha observado: “Existían dos grupos en el Gabinete. El primero estaba compuesto por Caballero y los anarquistas... El segundo, por los socialistas moderados, Prieto y Negrín, los comunistas y los republicanos liberales”<sup>710</sup>. En el orden táctico, pues, no cabe duda que el centrista Prieto, enemigo de la revolución improvisada, marchaba en esa fase de acuerdo con los comunistas, que se habían convertido, paradójicamente, en los mejores prietistas.

---

708 Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, obra cit., pág. 304.

709 Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, obra ci., pág. 220.

710 Martín Blázquez, obra cit., pág. 313.

Esta aparente camaradería con los rusos y los comunistas no impidió a Prieto –ya durante el Gabinete de Largo– Caballero– acusar a Del Vayo de ser el portavoz de la Embajada soviética y de trabajar a las órdenes de Moscú, así como a oponerse a la implantación de comisarios políticos, idea que había partido de los comunistas y que Prieto rechazaba. Una vez salido el decreto oficial, Prieto –entonces ministro del Aire– hizo todo lo posible para nombrar a comisarios socialistas, lo que condujo a frecuentes conflictos, pues el personal de Aviación era el más abierto a las ideas comunistas. Los historiadores oficiales del PC escribirán al respecto: “Para reducir lo más posible el número de mandos del Ejército miembros del PC, Prieto puso en práctica su teoría de la “proporcionalidad” para designar a aquéllos, lo que tuvo como natural consecuencia elevar a puestos de mando de importancia a militares poco competentes o carentes de entusiasmo en la defensa de una causa que no sentían. El ministro prohibió la participación de los militares en los actos políticos y, ya que no podía destruir al Comisariado, hizo cuanto pudo por burocratizarlo y sustituyó a numerosos comisarios de valor y capacidad probados en decenas de combates –la mayoría comunistas– por otros entre los que abundaban los ineptos y carentes de espíritu revolucionario”<sup>711</sup>.

No era ciertamente por simpatía que Prieto colaboraba

---

711 Historia del PC de España, obra cit., pág. 181.

con los comunistas. La prueba de ello es que cuando el líder socialista se dio cuenta de que Stalin no estaba dispuesto a favorecer en serio una victoria bélica de la República, Prieto se enfrentó a ellos y procuró entablar contactos con el bando nacional con vistas a una cancelación de la contienda fratricida.

Que el anticomunismo de Prieto no disminuyó a pesar de su inicial colaboración externa con el PC español, está fuera de toda duda.

En este sentido es altamente significativo el testimonio de su íntimo amigo y colaborador Hidalgo de Cisneros, que en sus Memorias ha descrito la reacción de Prieto al enterarse de que el jefe de la Aviación republicana había ingresado en el PC español: “La cara del ministro cambió como si fuese a darle un ataque. Creo que el estallido de una bomba en aquel comedor no habría causado más emoción que la que produjo mi noticia... Don Inda no dijo una palabra. Se levantó de la mesa y se metió en su cuarto... Desde aquel día pude observar en los actos de Prieto un cambio radical para conmigo. Este cambio fue brusco, sin disimulos. Parecía gozar criticando delante de mí o echándome abajo cualquier propuesta, por buena que fuese, si tenía relación o intervenía en ella algún comunista”<sup>712</sup>.

Esto ocurría en otoño de 1936, poco después de llegada la

---

712 Hidalgo de Cisneros, obra cit., II, pág. 361.



primera ayuda militar soviética. A juicio de Jesús Hernández, Prieto fue “el hombre que opuso mayor resistencia a la colonización de España por las huestes de Stalin”<sup>713</sup>.

No cabe, de todos modos, olvidar que Prieto, cediendo a la presión de los comunistas, fundó el Servicio de Información Militar (SIM), que era una copia más o menos fiel de la GPU, “órgano –dice Largo Caballero– que no quise yo constituir a pesar de los requerimientos de que fui objeto; organismo que sirvió para todo menos para información militar, y que ha desprestigiado a la República en el extranjero... Presionado de mil maneras por los comunistas, Prieto decretó la constitución del SIM, acto que constituye una mancha en la historia política que no podrá limpiar nunca”<sup>714</sup>. Nos parece, pues, exagerado que Cantarero del Castillo, dejándose llevar por su admiración hacia Prieto, llegue a afirmar: “Indalecio Prieto fue, sin duda, el hombre de mayor intuición no sólo del socialismo español, sino de toda la izquierda española”<sup>715</sup>. Este tipo de juicio apologético –compartido por mucha gente en España– no concuerda enteramente con la realidad. Prieto era socialmente demasiado conservador y sectario, lo que perjudicaba su indudable inteligencia; durante la guerra civil cometió errores que un político de verdadera talla no hubiera debido cometer:

---

713 Jesús Hernández, obra cit., pág. 123.

714 Largo Caballero, obra cit., págs. 300 y 315.

715 Cantarero del Castillo, obra cit., pág. 261.

favorecer la caída de Largo Caballero y hacer el juego a Negrín–Del Vayo, permitir la creación del SIM, no darse cuenta de que los enemigos de la República no eran los anarcosindicalistas, sino los comunistas; sobreestimarse a sí mismo y subestimar a estos últimos. Y si se mira con atención, todos esos errores de Prieto tenían una raíz común: su miedo a la revolución, su ordenancismo, su centrismo político. Después de la caída de Teruel, los rusos decidieron derribar a Prieto, no ya por su anticomunismo, sino porque en estos momentos Stalin estaba interesado en una resistencia a ultranza por parte de Madrid con el objeto de prolongar la guerra de España e impedir que Hitler se lanzase contra el Este. El “pesimismo” de Prieto obstaculizaba la actitud de resistencia a toda costa preconizada por Moscú. La orden de alejar a Prieto del Ministerio de Defensa fue transmitida al Politburó del PC español por Stepanov.

Los representantes más caracterizados del ala derecha del Partido Socialista –Besteiro, Trifón Gómez, Saborit–, mantuvieron una actitud de alerta, sin dejarse manejar por el PC ni caer en la órbita del criptocomunismo, pero su papel fue, durante el conflicto civil, irrevelante, con excepción quizá de la fase final, cuando el coronel Casado realizó su golpe de Estado contra el dique negrinesco–comunista. Besteiro fue uno de los primeros en darse cuenta de que Negrín y Del Vayo eran probablemente miembros secretos del PC,

figuras sobre las que es indispensable decir algunas palabras.

Julio Álvarez del Vayo procedía de una familia conservadora de militares, había cursado estudios en Inglaterra y Alemania y tenía cierto talento periodístico. Sus contactos con los rusos se remontaban a principios de la década del 20. En 1922 visitó Rusia como miembro de una organización destinada a socorrer a la población ucraniana amenazada por el hambre. En 1924 volvió a la Unión Soviética como corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires, escribiendo un libro titulado *La nueva Rusia*. Largo Caballero sentenciaría sobre él: “Se titulaba socialista, pero se hallaba incondicionalmente al servicio del PC y auxiliaba todas sus maniobras, esperando, sin duda, sacar de él el mejor partido para sus aspiraciones personales. Era uno de los jefes de la cábala”<sup>716</sup>. Del Vayo era vicepresidente de la sección madrileña del PSOE y había jugado un papel decisivo en la fusión de la Juventud Socialista y la Juventud Comunista. Sus servicios al PC español al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Comisariado General de Guerra fueron inmensos.

Juan Negrín, catedrático de Psicología en la Universidad de Madrid y hombre versado en lenguas, había sido recomendado por José Díaz a Dimitrov como el líder socialista más indicado para servir de instrumento a la política rusa en España. Negrín pertenecía al ala derecha del PSOE, y antes

---

716 Largo Caballero, obra cit., pág. 272.

de su súbito encumbramiento, su papel en el partido había sido más bien mediocre.

La elección de Negrín como mascarón de proa de Moscú no fue el producto de la casualidad: ambicioso, erotómano insaciable, vanidoso, mal orador, pero dotado de una gran energía, Negrín encarnaba el tipo de oportunista capaz de prestarse a todas las maniobras sucias con tal de hacer carrera política. “Hombre de pocos escrúpulos, de espíritu aventurero y donjuanesco y con una osadía sin límites”, dirá de él Largo Caballero<sup>717</sup>.

Bajo el Gabinete de Largo Caballero, Negrín ocupó la cartera de Hacienda, desde la que organizó el traslado del oro español a Moscú. Al producirse, en mayo de 1937, la crisis ministerial que condujo a la caída de Largo Caballero como jefe del Gobierno y de Defensa, Negrín le sustituyó el 17 de mayo como primer ministro. A partir de abril de 1938 pasó además a acaparar la cartera de Guerra, cedida por Prieto a la fuerza. Con su ejemplar cinismo, Negrín afirmará años más tarde: “Fue ésta una de las decisiones más penosas que he tomado en mi vida. La tomé cuando el colapso era completo en el frente y en la retaguardia... Quise mantener cerca de mí a quien, como ministro de Defensa, había sido mi colaborador y amigo. Después de varias alternativas y concesiones de todo género, no lo logré... Se ha hecho circular que mi decisión se debió a presiones extrañas.

---

717 Ibid., pág. 257.

Quiero concretar: del PC y del Gobierno soviético. Esto es falso, absolutamente falso. Eso es no conocerme. ¡Yo os aseguro por los muertos de nuestra guerra que en ello no hay una palabra de verdad!”<sup>718</sup>. La política de Negrín fue, para decirlo con las palabras de Prieto, “de protección descarada, injusta y peligrosísima al PC”<sup>719</sup>. Como su correligionario Del Vayo, Negrín sirvió a los comunistas sin abandonar formalmente su antigua filiación política. No cabe duda que secretamente era miembro del PC español. Todavía en 1945 Negrín exclamaba: “Los republicanos españoles no podemos olvidar que hay un país en el Oriente de Europa con el cual muchos no comparten la ideología ni se hallan identificados con su régimen, pero por el cual todos sienten máxima admiración... Todos, sin excepción, estamos ligados a él por una deuda de gratitud inextinguible que quisiéramos ver condensada en un pacto de carácter permanente. Me refiero, ¿quién de nosotros necesita que la nombre?, a la Unión Soviética”<sup>720</sup>.

Es evidente que las rencillas personales existentes entre algunos jefes socialistas –rayanas a veces en odio abierto e

---

718 Juan Negrín, Discurso pronunciado el 1 de agosto de 1945 en el Palacio de Bellas Artes de México, en «Documentos políticos para la historia de la República Española», pág. 21, México, 1945.

719 Prieto, Carta a Negrín, «Índice», marzo 1971.

720 Negrín, Discurso pronunciado en el Frontón Madrid, de México, el 3 de septiembre de 1945, en «Documentos políticos para la historia de la República Española», obra cit., págs. 132–133.

irracional– facilitaron la labor intrusiva de Negrín y Del Vayo, obstaculizando seriamente la creación de un foco de resistencia común contra la hegemonía del PC español. Esto reza sobre todo por lo que respecta a la enemistad entre Largo Caballero y Prieto, las dos grandes figuras socialistas. “Prieto –comenta Largo Caballero– ha sido envidioso, soberbio, orgulloso; se creyó superior a todos; no ha tolerado a nadie que le hiciera la más pequeña sombra”<sup>721</sup>. Largo Caballero no vacilará en acusar de cobardía personal a su camarada de partido: “Lo cierto era que en los momentos de peligro desaparecía como por encanto. No conozco ni un solo caso en que haya estado en la cárcel por defender las ideas socialistas o los intereses sindicales de los trabajadores. Para él no existía policía, ni gendarmes en la frontera francesa; se hacía invisible, a pesar de su físico voluminoso. Aunque era fanfarrón, no tenía valor para sufrir en su cuerpo una molestia por causa de sus ideas”<sup>722</sup>. No menos brutal era la opinión que Prieto expresaba entre bastidores sobre Largo Caballero: “La opinión que me merece es de todos conocida. Es un tonto que quiere pasar por listo. Es un burócrata frío que hace el papel de fanático arrebatado, es un desorganizador y un enredón, que se finge burócrata metódico. Es un hombre capaz de echarlo a perder todo y a todos. Nuestras divergencias políticas constituyen el meollo de la lucha en el Partido Socialista español en los últimos

---

721 Largo Caballero, obra cit., pág. 189.

722 Ibid., pág. 161.

años”<sup>723</sup>. ¿Cómo podían entenderse hombres que hablaban en tales términos uno del otro? Esta grave incompatibilidad de caracteres era aprovechada por el PC, maestro en el turbio juego maquiavélico de “dividir y vencer”: “Así, para aniquilar a Francisco Largo Caballero –testimonia Jesús Hernández–, nos apoyamos principalmente en Negrín y, en cierta medida, en Prieto; para acabar con Prieto utilizamos a Negrín y a otros destacados socialistas; y de haber continuado la guerra, no hubiéramos titubeado en aliarnos con el diablo para exterminar a Negrín cuando éste nos estorbase”<sup>724</sup>.

## II. COMUNISTAS Y ANARQUISTAS

Una de las papeletas más difíciles que el PC español tuvo que resolver durante la guerra civil fue la de contrarrestar el peso de los anarcosindicalistas e impedir que la CNT–FAI llevase a cabo una política independiente y opuesta a la de los intereses comunistas. Este problema era tanto más difícil, por cuanto el anarcosindicalismo no sólo constituía la fuerza revolucionaria más combativa de España, sino que se

---

723 Véase Koltsov, Diario de la guerra de España, obra cit., página 55.

724 Hernández, obra cit., pág. 135.

trataba de un movimiento de profunda raigambre antimarxista, bastante impenetrable a las maniobras infiltracionales.

En líneas generales, puede afirmarse que el PC español logró, con gran pericia, resolver a su favor estos obstáculos, neutralizando la personalidad histórica e ideológica de la CNT–FAI y colocando a las organizaciones libertarias en una posición de acorralamiento. La capitulación fáctica de los libertarios frente a los comunistas se debió, en el plano subjetivo, a la indecisión de los dirigentes anarcosindicalistas y a su incapacidad para darse cuenta de la táctica del PC español; en el plano objetivo, al hecho de que una actitud de hostilidad abierta contra los comunistas por parte de la CNT–FAI hubiera tropezado en seguida con la oposición no sólo del PC español, sino de todos los grupos y partidos interesados en mantener buenas relaciones con la Unión Soviética<sup>725</sup>.

El PC adoptó, con respecto a cenetistas y faístas, una táctica de doble filo: boicotear desde el Gobierno y los puestos de mando oficiales (que controlaban en parte) toda iniciativa anarcosindicalista y repetir incesantemente en la prensa y en las tribunas el deseo del PC español de colaborar lealmente con la CNT–FAI. Así, en unas declaraciones hechas

---

725 Sobre la conducta de los anarquistas durante la guerra civil véase mi libro *El anarquismo de Proudhon a Cohn–Bendit*, páginas 194–217, Índice Editorial, Madrid, 1970.



a *Mundo Obrero* el 4 de enero de 1937, José Díaz aseguraba: “Yo tengo especial interés en hacer comprender a los camaradas de la CNT y a los obreros anarquistas que el PC no es su enemigo ni su adversario, que el único enemigo de los comunistas es el fascismo y que queremos luchar siempre unidos a ellos, luchar todos juntos, vencer juntos al fascismo y obtener juntos los frutos magníficos de la victoria”<sup>726</sup>. Los ataques formales a la CNT fueron reducidos a un mínimo y se limitaban a aludir a los “incontrolados”, es decir, a los militantes anarcosindicalistas que no se sometían a la disciplina de sus propias organizaciones. “Existen todavía muchos grupos de “incontrolables” –decía Díaz– que quieren imponer, por la violencia, la colectivización de la tierra o la socialización de industrias y de fábricas. Se realizan incautaciones que son verdaderos despojos, pero la tendencia de todas las organizaciones responsables es luchar por la eliminación de estos grupos de irresponsables. Sería un error, por ejemplo, achacar a la CNT, como organización, los desmanes que puedan cometer unos cuantos “incontrolables”<sup>727</sup>. Con esta táctica, el PC español adulaba a los militantes más conscientes de la CNT (partidarios ellos mismos de la disciplina) y los azuzaba contra sus propios compañeros de organización. “Explotando en nuestra propaganda la acción de los grupos “incontrolados” –testimoniará Jesús Hernández–, metíamos

---

726 José Díaz, obra cit., pág. 322.

727 Ibid., pág. 426.

y confundíamos en el mismo saco a todo el anarcosindicalismo español”<sup>728</sup>. Los historiadores oficiales del partido dirán: “El partido proclamó, y demostró con su conducta, que él no identificaba a los incontrolados con los obreros anarquistas y cenetistas, a los que llamaba a luchar contra la nefasta actividad de esos grupos. Constantemente se esforzó el partido por establecer la unión combativa con las masas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y con los hombres más conscientes políticamente de su Dirección para interesarlos en la realización de una política verdaderamente revolucionaria”<sup>729</sup>. La propaganda comunista, si no condujo a una escisión formal en el seno del anarcosindicalismo, contribuyó en gran manera a sembrar el desconcierto, las vacilaciones, el centrismo, el oportunismo y el treintismo entre los dirigentes y la masa confederal. Hay que añadir, de todos modos –como veremos pronto–, que ello fue posible porque el movimiento libertario se hallaba él mismo en un momento de crisis táctico–ideológica. Si los dardos envenenados del PC español surtían efecto era porque los propios libertarios estaban ya potencialmente divididos, escindidos.

Los comunistas evitaron con sumo cuidado lanzar ataques masivos contra la CNT o la FAI, y ello no por especial

---

728 Hernández, obra cit., pág. 135.

729 Historia del PC de España, obra cit., pág. 160.

deferencia hacia esas organizaciones, a las que odiaban profundamente<sup>730</sup>, sino porque no estaban de momento interesados en provocar una situación de tirantez y una confrontación abierta con ellos. A lo largo de toda la guerra civil, el tono empleado por los comunistas hacia los anarquistas fue de halago y de aparente efusión: “Nada tenemos, ni hemos tenido nunca –afirmaba Díaz en noviembre de 1937–, contra la participación de la CNT en el Frente Popular. Queremos trabajar juntos con los camaradas anarquistas: queremos que entre nosotros no existan más que lazos de fraternidad y, juntos con las otras fuerzas antifascistas, repartirnos el peso de la gran tarea de conducir a nuestro pueblo a la victoria”<sup>731</sup>. Y también: “Desde el principio de la guerra hasta hoy, se ha producido en nuestro país un acontecimiento político que tiene una gran importancia. Me refiero a la evolución del anarquismo español. Antes de la guerra los camaradas anarquistas tenían una posición intransigentemente antigubernamental. Durante la guerra esta posición se ha modificado sustancialmente por las enseñanzas mismas de los hechos; los camaradas anarquistas han llegado a

---

730 El odio irracional contra los anarquistas, en el que andan mezclados el resentimiento y el rencor, encuentra su expresión en el amplio espacio que los comunistas españoles dedican en sus crónicas oficiales y en sus libros a difamar e insultar a los dirigentes anarcosindicalistas, especialmente a los ultras de la FAI. Véase, por ejemplo, *Historia del PC de España, Guerra y revolución en España, 1936–1939*, y las memorias de Lister, la Pasionaria e Hidalgo de Cisneros.

731 Díaz, obra cit., pág. 538.

colaborar como ministros de un Gobierno del Frente Popular. Al principio de la guerra los anarquistas eran enemigos del Frente Popular y sostenían la teoría de que al fascismo debían vencerlo las Milicias de organizaciones y partidos; tampoco aceptaban el mando único; no querían poner la industria en manos del Gobierno ni someterla a ningún control del Estado. Estas posiciones han sido modificadas. Los anarquistas forman hoy parte del Ejército regular, se subordinan a los mandos y a las organizaciones militares; reconocen la necesidad del mando único; muchas organizaciones de la CNT han expresado su deseo de que la industria sea nacionalizada y de que el Gobierno asuma la dirección de la industria de guerra”<sup>732</sup>.

¿Por qué ese tono de lisonja? El PC español sabía que una conquista de las masas confederales por la vía catequizante clásica no era fácil. En sus Memorias, que destilan hiel contra todo lo que huelga a anarquismo, la Pasionaria se lamenta de que “los comunistas no pudimos ayudar a los partidarios de la unidad en el interior de la CNT porque en todos nuestros camaradas había una resistencia invencible a ingresar en los sindicatos cenetistas, por considerar, falsamente, que allí nada se podía conseguir”<sup>733</sup>. La táctica del PC español consistió, pues, en predicar la necesidad de que se realizase una unión entre la UGT y la CNT, que había de servir de base

---

732 Ibid., pág. 560.

733 Dolores Ibárruri, obra cit., pág. 510.

para la creación de una central sindical única, que los comunistas soñaban en poder dominar a largo plazo. El PC español estaba interesado en promover la unión entre cenetistas y ugetistas para sus fines de infiltración, pero vigilaba celosamente todo contacto entre la CNT y la UGT encaminado a constituir un bloque contra la hegemonía del PC español y del ala comunizante del PSOE. La adulación abierta a la CNT perseguía precisamente el objeto de minar las tendencias existentes en esa organización de estrechar los lazos con la UGT. “Lo decimos con claridad: estamos contra la orientación hacia un gobierno sindical; defendemos la alianza entre la UGT y la CNT, y los comunistas, que la mayor parte somos miembros de la UGT, no seríamos ningún obstáculo para ella... Lo que no queremos es que se crea que estas relaciones han de servir para oponerse a las fuerzas republicanas”<sup>734</sup>.

Pero junto a esta actitud verbal, meramente formalista, el PC español utilizó todos los medios a su alcance y todas las oportunidades posibles para minar el terreno a los anarquistas. Así, aliados con las demás fuerzas republicanas, los comunistas boicotearon sistemáticamente la obra colectivista realizada por la CNT en Cataluña, Aragón, Valencia y otras regiones, negando créditos para la adquisición de materias primas y respaldo oficial a los planes de exportación de las industrias y sectores colectivizados. “El Gobierno central

---

734 Díaz, obra cit., pág. 462.

republicano –observa Daniel Guerin– denegó todos los créditos a la autogestión catalana, incluso cuando el ministro libertario de Economía de Cataluña, Fábregas, ofreció, como garantía a los anticipos para la autogestión, los depósitos de las Cajas de Ahorro. Cuando, en junio de 1937, el estalinista Comorera asumió la cartera de Economía, privó a las fábricas autogestionadas de las materias primas que prodigaba al sector privado”<sup>735</sup>. Vallejo, secretario del Comité de Industria de Cataluña, en una entrevista celebrada en Barcelona con el comandante Martín Blázquez –que había acudido a la capital catalana en demanda de camiones–, le dijo: “Ustedes quieren poner las industrias de Cataluña a la disposición de Madrid y ahora quiere usted llevarse nuestros camiones. Pero el Gobierno se niega a concedernos moneda extranjera, lo que nos impide comprar materias primas y carbón y condena nuestras industrias a permanecer inactivas. Ustedes, la gente de Madrid, son lo suficiente idiotas como para encargarse sus uniformes militares a las raquíticas industrias de Valencia, simplemente porque están asustados de la revolución y no quieren llegar a un acuerdo con nosotros”<sup>736</sup>. En el seno del Gobierno central, presidido por Largo Caballero, los dos ministros comunistas y los republicanos torpedeaban sistemáticamente las iniciativas presentadas por los cuatro ministros federales: Federica Monseny, García Oliver, Juan Peiró y Juan López. “Colocados

---

735 Daniel Guerin, *L’anarchisme*, obra cit., pág. 163.

736 Martín Blázquez, obra cit., pág. 269.

al frente de los dos ministerios económicos decisivos –dirán los historiadores del partido–, el de Industria y el de Comercio, los anarcosindicalistas Juan Peiró y Juan López trataban por todos los medios de legalizar y consolidar el dominio de la CNT sobre la mayor parte de la vida económica, utilizando los fondos del Estado para financiar las empresas “sindicalizadas” en bancarrota... Peiró preparó un decreto de “colectivización” o “sindicalización” de la industria española. En torno a esta propuesta se produjo una fuerte lucha en el seno del Gobierno. Los socialistas no tenían un criterio unánime en esta materia. Pero a los planes de Peiró se opuso el ministro de Hacienda, Negrín”<sup>737</sup>. Lo mismo ocurría dentro del Gobierno de la Generalidad de Cataluña. El PSUC, de común acuerdo con la Esquerra y demás partidos pequeño–burgueses, se esforzó desde el primer momento en boicotear la política económico–social propugnada por la CNT–FAI. No satisfechos con oponerse a los planes anarcosindicalistas en el plano de la colectivización, los comunistas y sus *fellow travelers*<sup>738</sup> se negaban a dar armas a las columnas, regimientos, divisiones y cuerpos de ejército dominados por los anarquistas.

¿Cómo fue posible que una organización de tal envergadura numérica como la CNT–FAI, bregada en la lucha revolucionaria como ningún otro movimiento español, se dejase

---

737 Guerra y revolución en España, 1936–1939, obra cit., II, página 276.

738 Compañeros de viaje. [N. e. d.]

arrebatarse una a una todas las posiciones conquistadas al principio de la guerra civil? “La actitud anarquista frente a estas maniobras –observa Franz Borkenau– fue vacilante y equívoca, como lo es siempre la política de partidos revolucionarios en declive. Habían perdido la orientación. Habían tenido que abandonar sus viejas panaceas antiautoritarias y antipolíticas y ahora no veían, por supuesto, el medio de combinar la acción de una vanguardia revolucionaria con la cooperación dentro de una organización centralizada y disciplinada en el frente y en la retaguardia”<sup>739</sup>. La indecisión anarquista, ya visible a fines de 1936, alcanzó su punto culminante durante la primera quincena de mayo de 1937 en Barcelona, a raíz de la confrontación abierta entre anarquistas y comunistas. Abad de Santillán observa: “Cometimos el grave error de paralizar el fuego en mayo de 1937, sin conseguir más que fortificar la posición de los rusos y de sus aliados en España”<sup>740</sup>.

Los acontecimientos de mayo y la consiguiente caída de Largo Caballero –acompañada de la salida de los anarquistas del Gobierno central– condujeron a una campaña general contra el anarcosindicalismo, instigada por el PC español, pero encubierta con la hoja de parra de decisiones oficiales tomadas por el Gabinete Negrín. Por el decreto de 23 de junio de 1937 se procedió a la creación de los Tribunales

---

739 Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit*, obra cit., págs. 182–183.

740 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, página 144, Buenos Aires, 1940.



Especiales, a la exclusión de la FAI de los Tribunales Populares, a la supresión de las Patrullas de Control y de las milicias armadas de retaguardia, al desarme de los obreros, a la prohibición de reuniones no previamente autorizadas por las autoridades y a otras medidas encaminadas esencialmente a mermar el poder de la CNT–FAI en la calle. El 11 de agosto de 1937, Indalecio Prieto, que en esta fecha colaboraba estrechamente con los comunistas, publicó un decreto disolviendo el Consejo de Aragón, máximo órgano legislativo de la región aragonesa. El Consejo de Aragón había sido, desde su fundación, la entidad gubernamental más genuinamente libertaria funcionando en el bando republicano. Para impedir que los anarcosindicalistas ofreciesen resistencia al decreto de disolución, Prieto movilizó a la 11 División (dirigida por Líster), a la 27 División (del PSUC) y a la 30 División (catalanista). Líster escribe, en sus Memorias, sobre su entrevista con Prieto: “Me explicó que el Gobierno había decidido disolver el Consejo de Aragón, pero temía que los anarquistas se resistieran a acatar la orden, y como, además de las propias fuerzas policíacas del Consejo, tenían tres divisiones del Ejército, él había propuesto al Consejo de Ministros, y éste lo había aceptado, enviar allí una fuerza militar capaz de asegurar el cumplimiento de la decisión gubernamental. Que la fuerza designada había sido la 11 División, porque su combatividad y mi energía y ecuanimidad eran la garantía de que las órdenes del Gobierno serían cumplidas. Me dijo que no había ninguna orden por escrito de la misión que recibía, ni luego habría

órdenes, ni partes, sobre el cumplimiento de la misión; que se trataba de un secreto entre el Gobierno y yo; que liquidase sin contemplaciones ni trámites burocráticos ni legalistas a todo el que creyese conveniente, que detrás de mí tenía al Gobierno en pleno”<sup>741</sup>. Las tropas de Líster, así como las de la 27 División y 30 División, detuvieron al presidente del Consejo de Aragón, Joaquín Ascaso (que estuvo un mes en la cárcel); a los miembros del Comité Regional de la CNT, y arrojaron de los Consejos Municipales a los libertarios, deteniendo a cientos de militantes confederales. La Pasionaria, con el celo que la caracteriza cuando se trata de verter porquería sobre sus rivales políticos, nos da la siguiente versión: “Con la llegada a Caspe de las fuerzas mandadas por Líster se acabó en Aragón con el reinado de la FAI. Se estableció el orden republicano, y el presidente del Consejo de Aragón, el anarquista Ascaso, pasó a Francia y más tarde a América con el botín que el establecimiento del “comunismo libertario” en aquella zona aragonesa le había proporcionado”<sup>742</sup>.

La labor de Líster en Aragón fue completada en Castilla por el Campesino, que, al frente de sus tropas, se entregó a una tarea de verdadera devastación de las comunidades agrícolas creadas por los libertarios, especialmente en Toledo y Ciudad Real.

---

741 Líster, obra cit., pág. 152.

742 Dolores Ibárruri, obra cit., pág. 474.

Estas acciones de policía, realizadas por los comunistas mientras la militancia anarquista se hallaba luchando en las trincheras, ponen de relieve que, en contra de lo que afirmaba la propaganda oficial, el PC español concedía prioridad a combatir en la retaguardia a sus rivales políticos, abandonando el frente cuando lo consideraban oportuno para lanzar golpes de sorpresa como los narrados más arriba.

La persecución de los anarquistas, solapada o abierta, fue una de las constantes básicas de la política comunista. García Oliver, temiéndola, había dicho ya a los comunistas, poco después de comenzada la guerra: “Ya sé que queréis eliminarnos a nosotros, como los bolcheviques rusos eliminaron a sus anarquistas. No lo lograréis”<sup>743</sup>. En los primeros meses de 1937 se perpetraron en Barcelona muchos crímenes políticos, una parte de cuyas víctimas eran anarquistas, como, por ejemplo, el ácrata italiano Camilo Berneri, un hombre cultísimo que editaba la revista *La lotta de classe*, y que preconizaba una táctica de lucha incondicional y encarnizada contra los comunistas. El 27 de abril de 1937 fueron asesinados el alcalde anarquista de Puigcerdá, Antonio Martín, y tres compañeros suyos, como represalia contra el atentado perpetrado dos días antes en Molíns de Llobregat contra Roldán Cortada, un ex cenetista que se había pasado al

---

743 Citado por Koltsov, Diario de la guerra de España, obra citada, pág. 13.

PSUC. Asesinados fueron también Domingo Ascaso, hermano del conocido líder anarquista Francisco Ascaso, así como el nieto de Francisco Ferrer y Guardia. La disolución del Consejo de Aragón y la campaña del Campesino por tierras de Castilla contra las colectividades campesinas fueron acompañadas de matanzas y asesinatos cuantiosos. Esta campaña de exterminio se extendió al Ejército, sobre todo a partir de la creación del SIM, en agosto de 1937. César M. Lorenzo (seudónimo bajo el que se esconde un hijo del dirigente cenetista Horacio Prieto) escribe en su monografía sobre el anarquismo español: “Los militantes libertarios fueron asesinados a centenares en los frentes; otros, atemorizados, aceptaron adherirse al PC; otros fueron raptados y secuestrados por el SIM, golpeados, torturados e internados en los campos de concentración. Las divisiones confederales, cuyo aprovisionamiento de material había sido siempre deplorable debido a las presiones soviéticas y al sectarismo del PC, se vieron, a partir de ese momento, privadas de la menor ayuda, expuestas a un inútil sacrificio frente al Ejército franquista, y a menudo sometidas a mando comunista”<sup>744</sup>.

Sería de todos modos injusto achacar a los comunistas la sola responsabilidad de la represión antianarquista. De acuerdo con el norteamericano David T. Cattell, “después de la derrota republicana en 1939, los exiliados atribuyeron

---

744 César M. Lorenzo, obra cit., págs. 311–312.

generalmente este ataque de 1937 exclusivamente a los comunistas... Es posible que los comunistas instigaran y dirigieran el terror, pero en sus actividades recibieron la cooperación y la asistencia de los grupos socialistas y republicanos. Tanto los socialistas como los republicanos temían y odiaban a los anarquistas. Durante la guerra civil estaban sumamente impacientes por reducir su fuerza por temor a una revolución anarquista violenta en el caso de que la guerra fuese ganada por la República... Los socialistas secundaron Incluso la acción terrorista contra los anarquistas. La propaganda comunista contra los elementos incontrolables de la CNT era coreada día a día por la prensa socialista”<sup>745</sup>.

El acoso del PC español y del PSUC contra los confederales fue favorecido no sólo por un gran número de factores objetivos, sino también por la desunión y las luchas intestinas en el propio campo anarcosindicalista. Mientras los comunistas contaban con un repertorio fijo e inmutable de principios tácticos e ideológicos –lo que facilitaba su unidad de acción–, los anarquistas, menos dogmáticos y disciplinados, vacilaban entre diversas posiciones. La falta de dirigentes de verdadera talla contribuía a incrementar la confusión reinante en las filas ácratas. En vez de consignas claras, había vacilaciones, inseguridad, desconcierto. La guerra civil cogió a los anarquistas en un momento de plena crisis ideológica y táctica; problemas que habían surgido ya

---

745 David T. Catell, *Communism and the Spanish Civil War*, páginas 133–134, Berkeley, 1955.

antes de la guerra y que habían conducido a cismas como el de los treintistas y la creación del Partido Sindicalista de Pestaña, estallaron con toda virulencia durante la guerra civil. Mientras el ala reformista–pragmática (Juan López, Horacio Prieto, Santillán) era partidaria de una responsabilización política, otros grupos creían que la participación en las tareas gubernamentales contradecía las tradiciones ideológicas del anarquismo e hipotecaba su capacidad de acción. De los cuatro ministros anarquistas en el Gabinete de Largo Caballero, tres de ellos (Federica Montseny, Juan Peiró y García Oliver) aceptaron asumir sus funciones gubernamentales por disciplina y venciendo toda clase de escrúpulos de conciencia, es decir, sin convicción Interior. Esta inseguridad personal de los líderes repercutía necesariamente sobre las masas y sembraba el desconcierto. De acuerdo con la óptica comunista, “se pueden distinguir, entre los hombres que componían los equipos dirigentes de la CNT y de la FAI, dos grupos, cuyas posiciones políticas eran bastante diferentes e incluso bastante opuestas. El primero estaba formado por aquellos que consideraban que la tarea fundamental, decisiva, era ganar la guerra contra el fascismo. A medida que las necesidades de combate chocaban con los principios anarquistas, estos hombres, con dificultades, resistencias, vacilaciones e incluso con dolor, fueron arrinconando algunos de dichos principios y aceptando los imperativos de la guerra. Ese grupo representaba el sentir de la gran masa obrera revolucionaria englobada en las filas de la CNT, la cual

combatía en los frentes al lado de los socialistas, los comunistas y los demócratas de otras ideologías. El principal representante de este grupo fue Durruti. En el primer período, García Oliver apoyó en cierto modo esta corriente. Más tarde, Mariano Vázquez, en la Secretaría de la CNT, fue el exponente de esta tendencia unitaria. En el segundo grupo se pueden incluir los hombres que consideraban como su misión principal llevar a cabo la “revolución anarquista”. Para este grupo la guerra contra el fascismo era una cosa secundaria: les interesaba sobre todo como “una ocasión” para apoderarse de las armas e implantar el “comunismo libertario”... A esta actitud respondió, en sus líneas generales, la política de la dirección de la FAI”<sup>746</sup>.

Pero el problema de la participación o abstención gubernamental no fue el único que dividió a los anarquistas; los dirigentes de la CNT, FAI y las Juventudes Libertarias no estuvieron tampoco de acuerdo nunca sobre la táctica específica a aplicar con respecto a su enemigo mortal, el PC español.

Mientras los sectores más radicalizados del anarcosindicalismo postulaban una guerra sin cuartel contra las provocaciones comunistas, los dirigentes máximos, que tenían atadas las manos por su necesidad de mantener la ficción de una mitad a nivel gubernamental y militar,

---

746 Guerra y revolución en España, 1936–1939, obra cit., II, página 10–11.

obligaban por la táctica del “appeasement”, de los compromisos y componendas. Los jefes anarquistas se quejaban, escribían documentos conminatorios, se dirigían a los organismos competentes (en manos de gente que en general les odiaba) en demanda de ecuanimidad, pero no tomaban medidas prácticas para romper el cerco que les tendía el PCE.

De pronto, esos terribles revolucionarios bregados en la acción directa, en la insubordinación contra la autoridad del Estado y en el manejo de las pistolas, encontraron gusto al legalismo, a los trámites burocráticos, al papeleo oficial y a componendas turbias que dejaban las cosas como estaban. En su voluntad de demostrar su lealtad a la República, se habían convertido, excepto una minoría, en mencheviques, en reformistas y socialdemócratas. Sus enemigos, más astutos que ellos, les habían obligado a entrar en un juego que iba contra sus propias tradiciones y principios y del que no podían sino salir malparados, como efectivamente salieron. Mientras las asambleas comunistas eran aclamaciones unánimes sin una sola disonancia, las reuniones anarquistas, más espontáneas y democráticas, se convertían en foros de discusiones eternas. Cuando Federica Montseny, después de los acontecimientos de mayo de 1937, habló en el Circo Olimpia, de Barcelona, los anarquistas, disgustados por su actitud de “appeasement” frente a los comunistas, no vacilaron en abuchearla. Cuando García Oliver, en medio de los dramáticos hechos de mayo,



se dirigió por radio a sus compañeros de organización encareciéndoles a que depusieran las armas, los anarquistas creían que estaba prisionero de los comunistas y se negaban a creerle.

Los anarquistas fueron, además (por lo menos en Cataluña) víctimas de una mal entendida generosidad. A pesar de que al estallar la guerra eran, indiscutiblemente, en la región catalana los amos del poder, concedieron a las demás organizaciones (que eran minoritarias) igual número de puestos en el Comité de Milicias de Cataluña. (La UGT catalana tenía por ejemplo sólo la décima parte de miembros que la CNT.) No menos grave fue mantener en el poder a Luis Companys, que tuvo la habilidad de deslumbrarles con un hábil golpe de teatro. Aplastada la rebelión militar en Barcelona, el presidente de la Generalidad convocó a los líderes anarquistas en su despacho y les dijo: “Sois los dueños de la ciudad y de Cataluña porque habéis vencido a los militares... habéis vencido y todo está en vuestro poder. Si no me necesitáis o no me queréis como Presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto... puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha... podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político...”<sup>747</sup>. Durruti, Ascaso, García Oliver y sus amigos se dejaron convencer por

---

747 Ossorio y Gallardo, *Vida y sacrificio de Companys*, págs. 170– 171, Buenos Aires, 1943.

estos párrafos retóricos e insinceros; al poco tiempo, la burocracia profesional de la Generalidad –la misma que había perseguido a los anarquistas antes de la guerra civil– detentaba de nuevo el poder fáctico. Ossorio y Gallardo observa, al respecto: “Pero Companys... maneja las cosas con tal arte, que poco a poco reconstituye los órganos legítimos del Poder, devuelve la acción a los Consejeros y deja los organismos obreros reducidos a su papel de auxiliares, de asesores, de ejecutores. A los cuatro o cinco meses estaba restablecida la normalidad”<sup>748</sup>. A los ojos de Trotsky, “nadie hubiera podido impedir que los anarquistas, después de la conquista del poder, estableciesen el tipo de régimen que consideraban necesario... Pero los propios líderes anarquistas perdieron fe en él. Retrocedieron ante el poder no porque estén en contra de “toda clase de dictadura...” sino porque perdieron completamente sus principios y su coraje, suponiendo que los hubieran tenido alguna vez. Tenían miedo de Stalin. Tenían miedo de Negrín. Tenían miedo de Francia e Inglaterra. Más que nada, estos charlatanes tenían miedo de las masas revolucionarias”<sup>749</sup>.

Pero existían otros factores que contribuyeron a debilitar a la CNT–FAI. Políticamente, los sectores que preconizaban una confrontación abierta con los comunistas (sobre todo a partir de la provocación de Mayo) tenían razón frente a los

---

748 Ibid., pág. 172.

749 Trotsky, *The Lessons of Spain*, pág. 12, Ceylon, 1956.

grupos que se inclinaban a los compromisos. Pero los sectores radicales y más militantes (como las Juventudes Libertarias, los “Amigos de Durruti”<sup>750</sup> y una parte de la FAI eran, por otra parte, demasiado sectarios en aspectos en que no hubieran debido serlo, mientras que los grupos que cometieron el fatídico error de rehuir una confrontación abierta con los comunistas eran más flexibles en los puntos importantes. ¿Cómo se explica que los líderes anarquistas, que no podían hacerse ilusiones sobre la naturaleza del estalinismo, cayeran en el error de cederles la iniciativa? La táctica de establecer compromisos era en sí positiva, más positiva que la intransigencia radical de los ultras; pero hacer concesiones a un Partido que psicológicamente se hallaba en período de auge, fue un error táctico central. Los anarquistas hubieran podido hacer concesiones importantes si antes hubiesen dejado bien sentado que no estaban dispuestos a tolerar un acorralamiento por parte del PCE, es decir, desde una posición de firmeza. Los comunistas, maestros en el arte de aprovechar los fallos de sus enemigos, aprovecharon la indecisión anarquista para quitarles una a una todas las posiciones clave que la CNT–FAI había conquistado en las primeras semanas que siguieron al levantamiento de julio, para perseguirles, desmoralizarles y destruir una gran parte del prestigio casi legendario que antes había

---

750 Los Amigos de Durruti era una organización creada por antiguos milicianos del Frente de Aragón. De mayo a septiembre de 1937 publicaron el periódico clandestino *El amigo del pueblo*. Sus tesis, muy radicales, estaban cerca, en algunos aspectos, de la intransigencia del POUM.

detentado el anarcosindicalismo español. Triunfante, escribe Dolores Ibárruri: “La guerra desacreditó sin remisión la táctica anarquista, los métodos anarquistas, el “machismo” anarquista.

La derrota del putsch de mayo demostró a los líderes anarquistas que frente a ellos existía una auténtica fuerza revolucionaria nacional, con la que había que contar: el Partido Comunista”<sup>751</sup>.

Otra de las razones de que el PCE lograra neutralizar la fuerza de los anarquistas se debió a un factor étnico-geográfico; el principal bastión anarquista era Cataluña y Aragón, aunque el anarcosindicalismo fuese también importante en todo el litoral mediterráneo, en el Centro y aún en el Norte. Pero el anarquismo catalán pecó siempre de cantonal, a pesar de que en rigor, fue el único movimiento que se opuso en serio al separatismo catalán. Aislados, sin armas (que iban a parar todas a Cartagena y Alicante), lejos del aparato administrativo del gobierno, contando con pocas simpatías en la España de habla castellana (tradicionalmente anticatalana), los anarquistas catalanes no pudieron irradiar, desde esta situación periférica y marginada, la influencia que hubieran podido ejercer si su centro de actividades se hubiera hallado en una zona geográfica más neurálgica.

---

751 Dolores Ibárruri, obra cit., pág. 453.

El alejamiento de Cataluña del frente inmediato de guerra (aunque Barcelona fuese bombardeada constantemente) ejerció también una influencia nefasta en el seno de la militancia y de los dirigentes anarquistas.

Oigamos en este sentido el testimonio directo de un viejo dirigente de la CNT: “Así como Madrid, durante toda la guerra, tuvo el frente de batalla en sus propias puertas y lo mismo la CNT, los partidos políticos y la población toda, estuvieron pendientes constantemente de sus accidentes bélicos, lo cual influyó, en términos generales, en mantener una moral y una conducta de guerra más elevada que en otras regiones, en Cataluña y concretamente en Barcelona, la epopeya, con el más elevado grado de heroísmo, duró alrededor de 36 horas: desde primeras horas del domingo del 19 de julio hasta el mediodía del lunes aproximadamente...”

Una vez rendida Atarazanas, a la mayoría les pareció que la misión estaba cumplida y entonces, la CNT–FAI empezó a moverse con las más contradictorias actitudes: ingenuidad y falta de visión en las alturas, una minoría de malvados y aprovechados actuando por su cuenta y sin escrúpulos y por parte de los partidos políticos (todos, incluidos los más aburguesados”, con más visión, picardía y mala intención, cargaban cínicamente en la cuenta de la CNT–FAI todas las fechorías cometidas por sus propias minorías incontroladas; y por fin, el PC (el más canalla, pero también el más objetivo,

para sí, y además con más medios) persuadiendo, sobornando o asesinando, fueron apoderándose de todo lo que se propusieron”<sup>752</sup>.

A partir de la caída de Prieto, los anarquistas empezaron a conspirar contra la hegemonía comunista, pero sin decidirse a arriesgar una confrontación abierta con sus odiados enemigos y el binomio Negrín–del Vayo. Grupos de anarquistas ofrecieron a Prieto, como antes a Largo Caballero, su ayuda para desencadenar un golpe de Estado contra el PCE, pero sin emprender por sí solos ninguna acción vindicativa de relieve. El golpe final, el ansiado ajuste de cuentas con los comunistas no partió curiosamente de Cataluña, el gran baluarte ácrata, sino de Madrid, donde los anarquistas habían estado siempre en minoría. Sin dar cuenta de sus actividades al Comité Nacional de la CNT, el triunvirato que regía desde principios de la guerra a los anarquistas madrileños, se puso de acuerdo con el coronel Casado y grupos opuestos al comunismo para realizar un golpe de Estado contra el gabinete de Negrín. En el alba del 5 de marzo de 1939, el I, II y III Cuerpos de Ejército comunistas entraron en combate con el IV Cuerpo de Ejército al mando de libertario Cipriano Mera. La batalla, que duró hasta el 12 de marzo y que exigió la vida de miles de combatientes, terminó con la derrota de los comunistas. Aunque tarde, demasiado tarde ya, la victoria de Mera sobre

---

752 Carta de J. S. M. al autor, 6 septiembre 1917.

los comunistas saldó una parte de las afrentas, humillaciones y derrotas infringidas por el PCE a los anarquistas a lo largo de toda la guerra civil.

### **III. COMUNISTAS Y TROTSKISTAS**

Por su debilidad numérica y su relativo aislamiento dentro del campo republicano, los trotskistas se convirtieron desde el principio en la víctima propiciatoria de la represión comunista.

El bastión del trotskismo español era el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), a pesar de que formalmente, los poumistas habían sido atacados por Trotsky y roto con la IV Internacional. El POUM había sido fundado en septiembre de 1935 como resultado de la fusión del Bloque Obrero y Campesino (BOC) fundado en 1931 por Joaquín Maurín, Miravittles y Arquer, y la Izquierda Comunista de Andrés Nin.

Tanto Maurín como Nin procedían de la CNT, con la que rompieron a principios de la década del veinte. Tras su breve período de cooperación con la Comintern, ambos rompieron con el estalinismo y regresaron a España.

Al establecerse el Frente Popular, a principios de 1936, el POUM, que contaba entonces entre 3.000 y 5.000

militantes, pasó a formar parte del mismo. Aunque ramificado en toda España, su centro se hallaba en Cataluña, especialmente en Barcelona y Lérida.

La fuerza del POUM radicaba en su actitud ideológica Intransigente y en la sólida formación intelectual de sus dirigentes y cuadros, mejor preparados que los de cualquier otro partido de izquierdas. Su debilidad procedía de su reducido plantel de afiliados y de su sectarismo doctrinal, consistente en repetir mecánicamente fórmulas marxistas sin tener en cuenta las condiciones específicas de España. Trotsky, sobrevalorando las posibilidades del POUM –a quien acusaba de centrismo y menchevismo– escribía en diciembre de 1937: “Con el objeto de no reñir con los líderes anarquistas (los líderes del POUM) no formaron su propio núcleo y en general no realizaron ninguna labor dentro de la CNT. Rehuyendo los conflictos graves, no llevaron a cabo una labor revolucionaria dentro del Ejército republicano. En vez de esto crearon sus “propios” sindicatos y sus “propias” milicias, que a su vez mantuvieron “sus propias” instituciones u ocuparon “su propia” sección en el frente. Aislando a la vanguardia revolucionaria de la clase trabajadora, el POUM convirtió a ésta en impotente y la dejó sin dirección... Contrariamente a sus propias intenciones, el POUM demostró ser, a fin de cuentas, el obstáculo principal con vistas a la creación de un partido revolucionario”<sup>753</sup>.

---

753 Trotsky, *The Lessons of Spain*, obra cit., págs. 13–14.



Aunque doctrinalmente el marxismo del POUM se oponía al comunismo libertario de la CNT–FAI, el odio común contra el estalinismo convirtió a anarcosindicalistas y poumistas en aliados tácitos durante la guerra civil.

La posibilidad de que el POUM, apoyado en la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias y quizá en la izquierda de la UGT, se convirtiese en España en un centro de polarización contra el PCE, era un peligro latente que Stalin no dejó de tener en consideración. El órgano oficial del POUM, *La Batalla*, era, más aún que la prensa confederal, una piedra de escándalo para el PCE y para Moscú. “La atmósfera peculiar que existe hoy en España acerca del trotskismo –observaba Franz Borkenau– ha sido generada no por la importancia de los trotskistas mismos, ni siquiera por el reflejo de los acontecimientos rusos sobre España; se deriva del hecho de que los comunistas han adquirido el hábito de denunciar como trotskista a todo el que disienta de ellos acerca de algo”<sup>754</sup>.

Al estallar la guerra civil, el POUM pasó a formar parte de todos los organismos legislativos y ejecutivos surgidos en Cataluña: Patrullas de Control, Milicias Antifascistas, Comités Revolucionarios, Tribunales Populares, etc. Al constituirse, el 27 de septiembre de 1936, el primer gobierno de la Generalidad con participación revolucionaria, Andrés Nin pasó a ocupar la cartera de Justicia. (Maurín se hallaba en

---

754 Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit*, obra cit., pág. 240.

zona nacional, detenido.) Exactamente dos meses más tarde –el 27 de noviembre– el cónsul general de la URSS en España publicó una nota oficial acusando a *La Batalla* de estar al servicio del fascismo internacional. Los ataques contra el POUM (reflejo directo del primer proceso escenificado de Moscú) condujeron poco después a una crisis ministerial dentro del gobierno de la Generalidad y al cese de Nin como ministro de Justicia. El 17 de diciembre de 1936, la *Pravda* de Moscú anunciaba que “la eliminación de los trotskistas y de los anarquistas ha comenzado en España y proseguirá con la misma energía que en la URSS”<sup>755</sup>. El 21 de enero de 1937, Koltsov, el corresponsal de la *Pravda* en España, anotaba “El POUM requisó numerosas viviendas ricas y hotelitos abandonados, con preferencia los que tenían buenas cavas, eligió los mejores automóviles, tomó bajo su control político teatros, establecimientos de diversión, empresas gastronómicas y papelerías. En torno a la organización se ha agrupado un buen número de individuos expulsados de diferentes partidos por corrupción, estafa y robo”<sup>756</sup>. En marzo de 1937, José Díaz afirmaba: “Y si nosotros combatimos a los trotskistas es porque son agentes de nuestros enemigos, introducidos en las filas antifascistas. Es un grave error considerar a los trotskistas como una fracción del movimiento obrero. Se trata de un grupo sin principios, de

---

755 Martínez Bande, *La intervención comunista en la guerra de España*, pág. 81, Madrid, 1965.

756 Koltsov, *Diario de la guerra de España*, obra cit., pág. 313.

contrarrevolucionarios clasificados como agentes del fascismo internacional... El Partido debe plantear ante las masas obreras la lucha contra los trotskistas de un modo intransigente, con objeto de educarlas en la lucha encarnizada contra sus enemigos encubiertos”<sup>757</sup>.

Utilizando como pretexto el conflicto armado surgido el 3 de mayo de 1937 entre la CNT–FAI (apoyadas por el POUM) y el PSUC, los comunistas exigieron de Largo Caballero –todavía jefe del gobierno central– la prohibición del POUM. El 9 de mayo, José Díaz pidió en un discurso pronunciado en el Cine Capítol, de Valencia, la eliminación de los trotskistas españoles. Aludiendo a los procesos de Moscú contra la vieja guardia bolchevique, Díaz, en un lenguaje de la más pura extracción chekista, dio rienda suelta a su oportunismo: “¡Hay que barrer a los provocadores trotskistas! Por eso yo decía en mi discurso ante el Pleno del CC, recientemente celebrado, que no solamente en España debe ser disuelta esta organización, suspendida su prensa y liquidada como tal, sino que el trotskismo debe barrerse de todos los países civilizados, si es que de verdad quiere liquidarse a esos bichos que, incrustados en el movimiento obrero, hacen tanto daño a los propios obreros que dicen defender. Hay que terminar con esta situación”<sup>758</sup>.

---

757 José Díaz, obra cit., pág. 431.

758 Ibid., pág. 480.

El 13 de mayo, Uribe y Hernández, los dos ministros comunistas en el gabinete largocaballerista, exigieron en términos ultimativos, la disolución del POUM y de la Juventud Comunista Ibérica, tropezando, según el testimonio del ministro libertario Juan Peiró, “con la férrea oposición del camarada Largo Caballero, que se negó repetidamente a hacer el juego de un Partido”<sup>759</sup>. Ya derribado Largo Caballero, el 28 de mayo de 1937 el gobierno prohibió la publicación de *La Batalla*, y el 16 de junio fueron detenidos los miembros del Comité Ejecutivo del POUM, siendo llevados a Valencia. En los días y semanas que siguieron a esta primera redada, continuaron las detenciones, cuya cifra total no se ha averiguado exactamente nunca.

La detención de Nin y de sus compañeros de partido alarmó a los sectores más específicamente anticomunistas del bando republicano. La operación contra el POUM formaba parte de un vasto y minucioso plan encaminado a escenificar en España un proceso como los que se estaban celebrando en Moscú contra el bloque anti-estalinista, plan que contaba en principio, con la anuencia de Negrín, que acababa de sustituir a Largo Caballero como jefe del gobierno. La orden de detención fue cursada por el Director General de Seguridad, Antonio Ortega (comunista) y llevada a cabo por el Delegado de Orden Público de Cataluña, Ricardo Burillo, también comunista. De acuerdo con el testimonio de

---

759 Juan Peiró, *Problemas y cintarazos*, pág. 201, Rennes, 1946.

Jesús Hernández, la detención de los dirigentes poumistas se realizó contra su expresa oposición y sin previa consulta con José Díaz que, como de costumbre, se hallaba recluido en su lecho de enfermo. La acción fue realizada también a espaldas del ministro de la Gobernación, Julián Zugazagoitia, que se vio confrontado con un “fait accompli”.

Mientras Nin y sus camaradas eran detenidos en prisión, el ministro de Justicia, Manuel Irujo (del Partido Nacionalista Vasco) se apresuró a preparar un marco jurídico que posibilitase el procesamiento de los líderes trotskistas sobre la base de unas normas de Derecho gratas al PC. El 22 de junio apareció un Decreto anunciando la creación de tribunales especiales para la represión de delitos de espionaje y alta traición. Las vistas celebradas por los nuevos tribunales se efectuarían a puerta cerrada y sin participación de un Jurado. El tribunal estaría compuesto de cinco miembros: dos nombrados por el Ministerio de Justicia, otros dos por el de Defensa Nacional y el quinto a propuesta del ministro de Gobernación.

Seis días después de aparecido el decreto en el Boletín Oficial, el Comité Nacional de la CNT publicó un documento en el que se decía que la creación de Tribunales Especiales, “parece una concesión más a las necesidades o a los propósitos de eliminación del partido llamado de Unificación Marxista, sentidos y puestos en práctica por el PC en España y en Rusia. Y estimamos que esto no puede consentirlo la opinión liberal española. Que en la URSS resuelvan sus

problemas como puedan o como las circunstancias les aconsejen. No es posible trasplantar a España la misma lucha, persiguiendo a sangre y fuego... a un partido de oposición o sector disidente de una ideología o de una política”<sup>760</sup>. Negando que la eliminación del POUM fuese deseada por todos los partidos y organizaciones del bando republicano, el CN de la CNT afirmaba, poniendo el dedo en la llaga: “Sólo la pide y la impone un partido, trabajando en ello con la tenacidad y la constancia que le caracteriza. Los demás asisten como espectadores a esa lucha desigual y un tanto innoble entre un partido débil y un partido fuerte, y que tiene, sobre la España leal la potencia moral que le da el apoyo prestado por Rusia a nuestra causa”<sup>761</sup>.

Poco después de su detención, Andrés Nin fue secuestrado por la GPU y llevado a una de las chekas de que esta organización disponía en España. Su desaparición dio pasto a toda clase de especulaciones y bulos. Durante varias semanas, el gobierno guardó silencio sobre el paradero del jefe del POUM. Por fin, el 4 de agosto de 1937, el ministro de Justicia publicó una nota declarando que Nin había sido detenido y puesto, junto con sus compañeros de partido, a disposición del Tribunal de Espionaje y Alta Traición. Pero esta nota oficial no contribuyó a tranquilizar a la opinión

---

760 Peirats, *Los anarquistas en la crisis política española*, obra citada, pág. 267.

761 García Venero, *Historia de las Internacionales en España*, obra cit., III, 326.

pública, pues no aclaraba la desaparición de Nin ni arrojaba luz sobre su verdadero paradero. Negrín y sus acólitos no podían, por otra parte, dar cuenta de lo que realmente había ocurrido con Nin, pues éste, después de ser apaleado y torturado brutalmente, había sido ejecutado en secreto por los verdugos de la GPU. De acuerdo con el acta de acusación elaborada más tarde por los comunistas para borrar su crimen, Nin fue conducido de Barcelona a Valencia y de Valencia a Madrid, desde donde fue trasladado a Alcalá de Henares, en cuya cárcel fue “liberado” por agentes de la Gestapo infiltrados en las Brigadas Internacionales, los cuales, naturalmente, no dejaron de olvidar en la celda de Nin una cartera con documentos comprometedores escritos en alemán, circunstancia que había de permitir a la GPU afirmar que el jefe del POUM era un agente de Hitler. Para explicar su desaparición, los comunistas difundieron la patraña de que el jefe del POUM se hallaba oculto en algún lugar del bando nacional, en Berlín o en Roma. Julián Zagazagoitia, entonces ministro de Gobernación, escribiría en sus Memorias: “La inopinada invocación de la Gestapo convirtió mis sospechas en certeza. Intenté saber en razón de qué noticia especial el Director de Seguridad mezclaba a la historia de la “evasión” de Andrés Nin el temible organismo policiaco alemán y no supo decírmelo. Era una suposición suya, una intuición... Sobradamente conocía yo, al decir de mi teórico subordinado, la audacia del espionaje nazi y sus sistemas expeditivos y antihumanos de eliminar, llegado el momento, a sus mejores colaboradores. El

teniente coronel Ortega me ilustraba, con bastante aplomo, sobre un tema en el que yo tenía convicciones firmes. Su rápida evolución de un republicanismo templado a un comunismo entusiasta no le había consentido asimilar de modo completo la dialéctica de su nueva filosofía”<sup>762</sup>. La única consecuencia seria de la desaparición de Nin fue la destitución de Ortega como Director de Seguridad, impuesta por Prieto y Zugazagoitia en dos sesiones broncas del Consejo de Ministros. Los comunistas defendieron a “su hombre” hasta el último momento. Negrín, atado de pies y manos con Moscú, hizo como si creyera en la versión de la Gestapo.

Para “demostrar” testificalmente que Nin era un agente fascista, los comunistas utilizaron un plano militar de Madrid hallado en poder de un miembro de la Quinta Columna. El dorso del plano contenía un mensaje dirigido a Franco, en el que se mencionaba a Andrés Nin, quien en el documento aparecía citado con la inicial N. “Al Generalísimo, personalmente, comunico: actualmente estamos en condiciones de comunicarle todo lo que sabemos respecto a la situación y el movimiento de las tropas rojas. Las últimas noticias radiadas por nuestra emisora prueban un serio mejoramiento de nuestro servicio de información. En cambio, el agrupamiento de fuerzas para un movimiento de

---

762 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, tomo I, pág. 292, París, 1968. Se trata de una reedición del libro *Historia de la guerra de España*, Buenos Aires, 1940.



retaguardia va con cierta lentitud. No obstante, contamos con 400 hombres dispuestos a actuar... Su orden sobre la infiltración de nuestros hombres en las filas anarquistas y del POUM se lleva a cabo con éxito”<sup>763</sup>. En otros pasajes del mensaje, el supuesto agente de la Quinta Columna hablaba de sus contactos con N. y el POUM. Se trataba de una de las típicas falsificaciones utilizadas por la NKVD soviética para levantar falsos testimonios contra figuras políticas caídas en desgracia. El mensaje estaba cifrado y escrito con tinta simpática. Zugazagoitia escribe: “La disolución del minúsculo partido no fue una medida gubernamental, sino resolución judicial. La detención de varios de sus militantes directivos, consecuencia de unas pesquisas de la policía que tenían como fundamento el descubrimiento, en Madrid, de una organización fascista de espionaje de que era jefe el arquitecto Golfín, que no negó ninguna de las acusaciones, sino que, con aire de desafío, las confirmó. De esta verdad se hizo derivar una acusación que, cuando la conocí, me pareció falsa, contra los directivos del POUM. Era absurdo pensar que estos hicieran espionaje para Franco. Los que tal afirmaban de Andrade, Gorkin, Escuder, Arquer, afirmaban lo que no creían”<sup>764</sup>.

La eliminación de Nin, sin juicio y por la espalda, no había sido el objeto básico de su detención. Lo que la NKVD

---

763 García Venero, obra cit., III, págs. 321–322.

764 Zugazagoitia, obra cit., I, pág. 272.

perseguía era arrancarle una confesión falsa y hacerlo comparecer ante un Tribunal Especial. Con este fin fue conducido a una de las chekas de la NKVD y sometido a toda clase de torturas físicas y morales. De acuerdo con el testimonio de Jesús Hernández, “con Nin empezó empleando Orlof el procedimiento “seco”. Un acoso implacable de horas y horas con el “confiese”, “declare”, “reconozca”, “le conviene”, “puede salvarse”, “es mejor para usted”, alternando los “consejos” con las amenazas y los insultos... Andrés Nin resistía increíblemente... Nin no capitulaba. Resistía hasta el desmayo. Sus verdugos se impacientaban. Decidieron abandonar el método “seco”. Ahora sería la sangre viva, la piel desgarrada, los músculos destrozados, los que pondrían a prueba la entereza y capacidad de resistencia física del hombre. Nin soportó la crueldad de la tortura y el dolor del refinado tormento. Al cabo de unos días su figura humana se había convertido en un montón informe de carne tumefacta. Orlof, frenético, enloquecido por el temor al fracaso, que podía significar su propia liquidación, babeaba de rabia ante aquel hombre enfermizo que agonizaba sin “confesar”, sin comprometerse ni querer comprometer a sus compañeros de partido, que con una sola palabra suya hubieran sido llevados al paredón de ejecución... Se extinguía la vida de Nin... No podía prolongarse durante mucho tiempo esa situación. Entregarlo con vida significaba una doble bandera de escándalo. Todo el mundo hubiera podido comprobar los espantosos tormentos físicos a que se le había sometido y, lo que era más peligroso, Nin podía

denunciar toda la infame trama montada por los esbirros de Stalin en España. Y los verdugos decidieron acabar con él”<sup>765</sup>.

El proceso contra los miembros del POUM tuvo lugar en octubre de 1938. A pesar de las presiones del PCE, las condenas pronunciadas fueron relativamente benignas, sin que se dictase una sola sentencia de muerte. Las penas oscilaron entre los 10 y los 15 años de cárcel. Durante la vista se desmoronaron como castillos de naipes los infundios lanzados por el PCE contra el POUM.

Entre los testigos de descargo declararon ante el Tribunal Largo Caballero y Federica Montseny; el PCE movilizó a varios de sus lacayos para echar lodo sobre los acusados, entre ellos a Antonio Cerdán. Los peritos de caligrafía demostraron que el mensaje inserto en el dorso del plano milimetrado le pertenecía a Nin.

En la sentencia se decía: “De lo que precede no se puede deducir la prueba de que los acusados facilitaran a los elementos fascistas noticias de ninguna especie sobre la situación de los frentes de batalla o sobre la organización de la retaguardia; que hayan mantenido relaciones directas o indirectas con ellos, ni con organismos policíacos o militares de los países invasores; que estuviesen en contacto o ayudaran a grupos u organismos falangistas del país; que pretendieran apoyar a los combatientes rebeldes ni que

---

765 Jesús Hernández, obra cit., págs. 124–126.

recibieran ayuda económica de los enemigos del Estado para su propaganda política”<sup>766</sup>.

A pesar de toda su influencia, la NKVD no había logrado su objetivo de convertir a los tribunales españoles en un remedo de los de Moscú. España no era Rusia. Los comunistas tuvieron que conformarse con asesinar a sus enemigos por la espalda y a traición.

La opinión pública vio desde el primer momento en el proceso contra el POUM una maniobra del PCE. A pesar de la censura de prensa y del pánico ante posibles represalias comunistas, no faltaron voces que se levantaron para denunciar los manejos de la NKVD. Especialmente los anarquistas, a pesar de su creciente desmoralización, protestaron desde el primer momento contra las pérfidas maquinaciones comunistas.

En un discurso pronunciado el 21 de julio de 1937 en el Circo Olímpia, de Barcelona, Federica Montseny dijo: “No se puede impunemente, pasando por encima de la voluntad y de la dignidad de un pueblo, coger a un puñado de hombres, acusarles de algo que no se ha demostrado, meterles en una casa particular habilitada al efecto, sacarles por la noche y asesinarles. Eso no se puede hacer, porque España es un país que aún no ha perdido la dignidad y la virilidad... Cuando puedan demostrarnos que Nin, Gorkin, Andrade son espías,

---

766 Peirats, La CNT en la revolución española, obra cit., III, página 300.

pediremos que sean fusilados; pero matar, asesinar en la sombra, no puede tolerarse”<sup>767</sup>.

Durante la celebración del juicio y mientras el tribunal deliberaba sobre las sentencias a pronunciar, el gobierno ejercía una rigurosa censura sobre todas las publicaciones (especialmente las libertarias) inclinadas a denunciar la mascarada comunista. En cambio, la prensa del PCE gozaba de plena libertad para seguir arrojando sus venenosas insidias contra los acusados. “Es un hecho perfectamente comprobable –comentaría el libertario Peiró– que mientras a la prensa confederal y anarquista se le prohibía comentar las incidencias del proceso y el cómo y porqué del mismo, la prensa comunista y comunizante gozaba de entera libertad para seguir echando espuestas de lodo sobre los procesados, de un modo muy particular durante los días en que el tribunal, terminada la vista de la causa, estaba deliberando para dictar sentencia”<sup>768</sup>. En un artículo que debía aparecer en *Solidaridad Obrera* el 30 de octubre de 1938 y que fue prohibido por la censura gubernativa, Peiró, en un arranque de energía, escribía: “Ya están juzgados y, tal vez, condenados los dirigentes del POUM. Ahora les toca el turno, para ser juzgados, a los que detuvieron, secuestraron y, sin duda alguna, sacrificaron a Andrés Nin... Todo el mundo conoce a los inductores del hecho criminoso; y si bien no es

---

767 García Venero, obra cit., III, pág. 268.

768 Peiró, Problemas y cintarazos, obra cit., págs. 191–192.

tan fácil de establecer la personalidad de los autores materiales del mismo, no se olvide que por el hilo se saca el Ovillo”<sup>769</sup>.

---

769 Ibid., pág. 199.

## **CAPÍTULO XVI**

### **I. LA INFILTRACIÓN COMUNISTA EN LAS ESFERAS DE MANDO**

Es evidente que Stalin no hubiera podido utilizar para sus designios a la República Española sin controlar, directa o indirectamente, una serie de resortes clave dentro de las esferas de poder. El grado de infiltración de los comunistas en la zona republicana no puede ser medido en cifras, cuantitativamente, sino que ha de ser juzgado por su importancia cualitativa, estratégica. La penetración del PCE fue especialmente masiva en las filas del Ejército, de la Aviación y dentro de la Policía, es decir, los sectores de poder decisivos en una guerra.

Sería erróneo creer que los comunistas pudieron infiltrarse en las esferas de poder gracias a su astucia o su capacidad de maniobra. La causa básica fue de naturaleza objetiva: el hecho de que la Unión Soviética fuese el único proveedor en

masa de armas constituía un factor psicológico de importancia decisiva para propiciar una labor de penetración. La necesidad de contar con la asistencia de Rusia era tan claramente sentida por los líderes políticos españoles, que éstos, aun dándose cuenta del aspecto pernicioso de la intervención soviética en España, se veían obligados contra su voluntad, a cerrar los ojos y a pasar por alto las actividades intrusistas y fiscalizadoras de la NKVD y de la Comintern. “Todo se toleraba por temor a perder la simpatía de Rusia”, escribirá resignadamente Largo Caballero<sup>770</sup>. Y el general Asensio: “Tenemos que satisfacerles porque nos ayudan”<sup>771</sup>.

Gran parte del misterio de la influencia comunista durante la guerra civil radica en esas palabras lacónicas de Largo Caballero y Asensio. Incluso fuerzas políticas tan visceralmente anticomunistas como la CNT y la FAI eran conscientes de que una rebelión abierta contra los manejos comunistas hubiera traído consigo el cese de la ayuda soviética. Trotsky, poco inclinado a matizar, era de otra opinión: “Los socialistas y anarquistas que pretenden justificar su capitulación ante Stalin por la necesidad de pagar... por las armas de Moscú, mienten simplemente, y mienten con torpeza. Ya en abril de 1931, mucho antes de la intervención militar de Moscú, los socialistas y anarquistas hicieron todo

---

770 Largo Caballero, *Correspondencia secreta*, obra cit., pág. 271.

771 Véase Martín Blázquez, *I helped tu buüd an Army*, obra cit., página 295.



lo que pudieron para reprimir la revolución proletaria... Se convirtieron en los cómplices criminales de Stalin porque eran sus co-pensadores políticos”<sup>772</sup>. Trotsky, a pesar de su radical subjetivismo, no deja de tener parte de razón: el pretexto de que una ofensiva contra el PCE hubiera conducido a una cancelación de la ayuda bélica de Moscú fue utilizado a menudo por los líderes socialistas, anarquistas y republicanos para justificar al mismo tiempo con un argumento honorable su propia indecisión o incluso su pusilanimidad. Pero Trotsky no tenía fundamentalmente razón. La verdad histórica es esencialmente otra: “Cuando la política de los “tovarich” encontraba resistencia en la República –escribe Jesús Hernández–, los suministros se espaciaban; cuando se restablecía la armonía, por la subordinación de contrarias voluntades, los suministros afluían de nuevo. Era un tira y afloja sobre el descuartizado cuerpo de la España leal, que por temor a cegarse la única fuente de abastecimiento bélico de que disponía, había forzosamente de allanarse a las exigencias rusas”<sup>773</sup>. Ciertamente es que el miedo a perder el apoyo ruso paralizó la lucidez mental y la voluntad de la mayoría de gobernantes y políticos del bando republicano. Este estado de ánimo les llevó a presenciar con pasividad suicida cómo Moscú imponía descaradamente su propia política a la República y cómo las filas del Ejército, de la Aviación, de la Marina, de la

---

772 Trotsky, *The Lessons of Spain*, obra cit., pág. 14.

773 Jesús Hernández, obra cit., págs. 138–139.

policía y otras esferas de poder se iban llenando de elementos comunistas o de testaferros y hombres de paja fáciles de manejar.

Para justificar su intrusismo masivo en los sectores de mando, los comunistas han recurrido a argumentos demagógicos e históricamente insostenibles. Lister, por ejemplo, afirma, sin el menor rubor: “Prieto, muchos de los militares a que nos hemos referido y otras gentes acusan a los comunistas de haber tenido excesivos mandos militares y excesivos comisarios en el Ejército. Es cierto que éramos muchos. Por ejemplo, en las unidades que yo he mandado, casi el ciento por ciento de los mandos militares y de los comisarios eran comunistas o de las JSU. Por ello, cuando hablo de muertos me estoy refiriendo también, en la inmensa mayoría de los casos, a muertos comunistas. ¿Por qué sobre éstos no dicen nada los críticos...? El frente estaba abierto a todos. ¿Por qué no iban los otros a disputarles los grados y los mandos a los comunistas en la primera línea de fuego, que era donde los comunistas los conquistábamos?”<sup>774</sup>

Lister tiene la precaución de hablar de mandos comunistas, porque sabía que los combatientes republicanos no eran, en su mayoría, comunistas, sino socialistas, anarquistas o sin partido. (La CNT y la UGT reunían juntas diez veces

---

774 Lister, obra cit., págs. 278–279.

más de afiliados que el PCE.) El hecho de que los combatientes del bando republicano estuviesen dirigidos predominantemente por mandos comunistas o cripto comunistas, no se debe al heroísmo especial de los comunistas –como sugiere Lister–, sino a una razón mucho más innoble. Se debía, concretamente, a que las posiciones clave ocupadas por el PCE en el Gobierno, en el Estado Mayor y en el Comisariado General le permitían designar muy a menudo a mandos gratos a ellos. Oigamos al respecto el testimonio de Peirats, un historiador que, al margen de su filiación libertaria ha tenido acceso a una serie de archivos y “dosiers” de incalculable valor documental: “Una de las principales consignas del partido Comunista español era la de apoderarse de los mandos del Ejército. A mediados de 1938 había conseguido absorber un 80 o un 90 por 100 de estos mandos, en virtud de maniobras realizadas desde la Subsecretaría del Ejército de Tierra y desde el Estado Mayor Central. Con el nombramiento del comunista Antonio Cerdón para el primero de estos cargos, en abril de aquel mismo año, se acentuó el predominio a que nos venimos refiriendo. Una de sus primeras actividades fue agregar a la Subsecretaría el Gabinete de Información y Control que le permitiría conocer la filiación sindical y política de todos los oficiales y jefes militares. Este gabinete había funcionado siempre de forma independiente... Los combatientes del frente tenían prioridad para cubrir ciertas plazas de especialidades. Para ello eran convocados a cursos desde el *Diario Oficial*. Lo procedente era la publicación de estas

convocatorias con tiempo suficiente para su conocimiento en los frentes, de modo que los combatientes pudieran proceder con holgura a cursar las debidas solicitudes por conducto regular. Cordón inauguró el sistema de dar sólo un plazo de diez días para la presentación de las instancias. Y como el *Diario Oficial* tardaba varios días en llegar a los frentes, el resultado era que sólo podían suscribirse a tiempo los que conocían la convocatoria por anticipado. De que así fuera se encargaba el Partido Comunista –puesto sobre aviso por Cordón– por medio de sus células en el Ejército”<sup>775</sup>. Estas afirmaciones han sido corroboradas y amplificadas por Julián Zugazagoitia, que, después de ser ministro de Gobernación bajo Negrín, fue nombrado jefe de la Secretaría General del Ministerio de Defensa, cuyo titular era Negrín mismo. El testimonio de Zugazagoitia es especialmente importante por dos motivos: primero, porque Zugazagoitia era un criptocomunista y un instrumento dócil de Negrín, y segundo, porque fue testigo presencial y directo de los manejos de Cordón y de Negrín para favorecer a los comunistas dentro del Ejército: “Su impopularidad –dice sobre Cordón–, fuera de sus correligionarios, era inmensa. Raro era el militar que me visitaba que no manifestase, en los términos más categóricos, su incompatibilidad con el subsecretario, acusado de incansable y tenaz proselitismo político. Los que

---

775 Peirats, *La CNT en la revolución española*, obra cit., III, páginas 223–224.

se sentían heridos por él me presentaban sus quejas, y cuando las encontraba razonables, lo que no sucedía siempre, procuraba que las conociese el presidente. Este o las desdeñaba o mandaba que se incoase un expediente, lo que significaba una forma superior de desdén, ya que los expedientes o se morían en los despachos o se diligenciaban con suma rapidez, presentando a la víctima como el victimario. La Subsecretaría del Ejército de Tierra, cuidadosamente cultivada por los comunistas, no necesitaba de la jefatura de Cordón para desarrollar una vivísima catequesis soviética. Los colaboradores de Prieto en ese puesto no supieron o no pudieron oponerse a la infiltración de los comunistas... Cordón podía hacer política con absoluta complacencia. Contra la injusticia de sus resoluciones era difícil la apelación. Los que se consideraban postergados, sin que yo les conceda ahora la razón, acudían ante mí, atribuyéndome una jurisdicción de que carecía. Anotaba sus reclamaciones, me hacía cargo de sus argumentos y cuando tenía oportunidad le hacía la representación en las querellas al presidente, quien solía desestimarlas con malos modos o me pedía que se incoase un expediente. Negrín creía a pies juntillas en la capacidad organizadora y militar de Cordón”<sup>776</sup>.

Los manejos de Negrín y Cordón en el seno del Ministerio de Defensa no eran casos aislados, sino la expresión de una

---

776 Zugazagoitia, obra cit., págs. 118–120.

tendencia general existente en mayor o menor grado en todas las esferas de mando de las Fuerzas Armadas, verdadero caballo de Troya del PCE. El general Miaja, por ejemplo, comandante supremo del Ejército republicano, fue, hasta la rebelión de Casado –a la que se sumó– un cómodo juguete de los comunistas, que le utilizaron como pantalla para imponer su propia política de guerra. Miaja era un militar profesional bastante corto de alcances y de una vanidad enfermiza. Sobre él decía Kolstov: “Miaja es considerado como un militar sin suerte, vulgarote, como un hombre provinciano que ha intentado vanamente ocupar un puesto distinguido en los círculos militares. Los jóvenes generales, sobre todo Franco, Queipo de Llano y Varela, siempre se han burlado de él, de su torpeza, de su bastedad, de su falta de habilidad para situarse”<sup>777</sup>. Antes de alistarse al bando frentepopulista, Miaja había formado parte de la Unión Militar Española. Al producirse el levantamiento de Julio, asumió la cartera de Defensa bajo el fugaz gabinete presidido por Martínez Barrio. La ascensión de Miaja se originó a partir del cerco de Madrid, cuando el gobierno abandonó la capital para trasladarse a Valencia. Nombrado por Largo Caballero jefe de la Junta de Defensa, Miaja fue utilizado en seguida por el Partido Comunista como vehículo para sus manipulaciones. Antes de ocupar este cargo, Miaja había estado relegado a Valencia, donde carecía de toda autoridad. Trasladado más tarde a Alicante, se le

---

777 Koltsov, obra cit., pág. 189.

consideraba como un general caído en desgracia. Como consejero político, Miaja tenía asignado a Gorev, uno de los hombres clave de la NKVD en España. Más tarde, Miaja tuvo como comisario político a Francisco Antón, el amante de Dolores Ibárruri, y, a partir de abril de 1938, a Jesús Hernández. Que Miaja fue un monigote al servicio del PCE, lo han confesado los mismos comunistas: “Su total incapacidad para mandar las fuerzas que estaban bajo su mando – escribe Lister– era desconocida del gran público. Miaja no comprendía una palabra del carácter de nuestra guerra, ni del tipo de Ejército que necesitábamos; pero su papel en la defensa de Madrid, donde él no se enteró de nada, fue positivo y, sin duda, a causa de esto. Se necesitaba un general y él era general y, aunque de cosas de guerra sabía muy poco, todos nos hemos esforzado por rodearle de un prestigio que maldito si se merecía”<sup>778</sup>.

Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor del Ejército Central y verdadero artífice de la defensa de Madrid, fue uno de los tantos militares profesionales que, sin llegar a ser miembro del partido, hizo el juego a los comunistas. Católico austero, acendrado patriota y excelente militar, procedía como Miaja, de Unión Militar Española. Durante la guerra civil fue uno de los hombres clave utilizados por Gorev y el PCE. Su libro sobre la guerra de España, escrito en el exilio latinoamericano, es un intento apologético de demostrar el

---

778 Lister, obra cit., pág. 288.

heroísmo del Ejército Republicano, políticamente irrelevante<sup>779</sup>. Aunque Rojo se refiere constantemente a la dramática escasez de material bélico, no alude un solo momento a la responsabilidad rusa. Su silencio sobre los manejos comunistas habla por sí mismo.

Ya bajo el gobierno de Largo Caballero, los comunistas se aseguraron posiciones clave en el Ministerio de la Guerra, y ello a través de miembros declarados del partido como Antonio Cordón y Alejandro García Val o de individuos que, pasando todavía por colaboradores incondicionales de Largo Caballero estaban ya más o menos abiertamente al servicio del PCE, como el teniente coronel Arredondo (ayuda de campo de Largo Caballero), el capitán Eleuterio Díaz Tendero (jefe del Gabinete de Información y Control), el comandante Manuel Estrada, jefe del Estado Mayor bajo Caballero y más tarde miembro del PCE, o Martín Blázquez, jefe del Departamento de Suministros en la Subsecretaría de Guerra en la fase de Largo Caballero y Asensio. Martín Blázquez, que odiaba profundamente a los anarquistas y tenía relaciones amorosas con una empleada de la embajada rusa (Michele), hizo todo lo posible para favorecer a los comunistas.

Antonio Cordón, un antiguo capitán de artillería que se había alistado al Partido para hacer carrera política, fue desde el primer momento uno de los hombres clave en el

---

779 General Vicente Rojo, *España Heroica. Diez bocetos de la guerra española*, segunda edición, México, 1961.



secretariado técnico del Ministerio de la Guerra. Como jefe del Estado Mayor del Ejército del Este y más tarde como subsecretario de Guerra prestó innumerables servicios al partido, como indicamos en un párrafo anterior. En el estilo untoso de Dolores Ibárruri, Cordón era “un militar profesional miembro del Partido Comunista, entregado en cuerpo y alma a la causa del pueblo, que, ocupando puestos de gran responsabilidad, como jefe del Estado Mayor del Ejército del Este, y más tarde como subsecretario de Guerra, puso toda su capacidad y su valor al servicio de la lucha antifascista”<sup>780</sup>. A este militar “entregado a la causa del pueblo” le hemos visto ya actuando por orden del partido como testigo de cargo en el proceso contra el POUM, recitando como un loro amaestrado los infundios elaborados por la NKVD.

La jefatura del Estado Mayor de la Marina pasó en 1938 a manos del comunista Pedro Prados. Por las mismas fechas la Subsecretaría de Aviación era detentada por Núñez Maza (comunista) y la jefatura de las Fuerzas Aéreas por Hidalgo de Cisneros, miembro del partido desde finales de 1936. El director de Seguridad, Cuevas, y el de Carabineros, Marcial Fernández, eran ambos comunistas.

“La aviación –informa Largo Caballero– la dirigía un Jefe ruso, aunque oficialmente había un español. La República pagaba el material y los rusos se creían en el deber de tener la dirección de su entretenimiento, de la Escuela de pilotos

---

780 Dolores Ibárruri, obra cit., pág. 474.

y hasta de cumplir o no las órdenes de envío de aviación a cualesquiera de los frentes”<sup>781</sup>. El jefe ruso a que se refiere Largo Caballero era Shmushkievich, alias “Duglas”.

El famoso Quinto Regimiento, que jugó desde el primer momento un papel esencial en el terreno tanto militar como propagandístico, era un feudo comunista dominado por Orlov y el italiano Vittorio Vidali, que en España actuaba bajo el nombre supuesto de Carlos J. Contreras. “Era brusco, borracho, mujeriego y terriblemente ambicioso –dice Castro Delgado sobre él–. Era de esos hombres a los que Moscú manda a ciertos lugares para darles la posibilidad de “resucitar políticamente”, posibilidad que ellos aprovechan aunque sea a costa del crimen mismo”<sup>782</sup>.

El Comisariado General de Guerra estuvo durante largo tiempo a cargo de Álvarez del Vayo, que luego pasó a ser ministro de Asuntos Exteriores. El puesto de comisario general fue ocupado posteriormente por Ossorio Tafall, un criptocomunista de Izquierda Republicana a quien los comunistas dedican, invariablemente, los más cálidos elogios, lo que da idea de lo bien que les sirvió. Felipe Pretel, un socialista vendido al PCE, fue secretario general del Comisariado General de Guerra. Entre los subcomisarios generales miembros o adictos al partido se hallaban Antonio Mije, Gabriel García Maroto y Castro Delgado. El director de

---

781 Largo Caballero, obra cit., pág. 262.

782 Castro Delgado, Hombres made en Moscú, obra cit., pág. 293.

la Escuela de Comisarios era el joven comunista converso José Laín.

El teniente coronel Barceló, jefe de la Inspección General de Milicias, aunque miembro formal de Izquierda Republicana, pertenecía al PCE desde 1935. Antes de la guerra civil, Barceló había sido ayuda de campo de Casares Quiroga. La inspección general de milicias era un organismo clave dentro del Ejército, pues las unidades combatientes se veían obligadas a dirigirse a esa organización para presentar sus listas de pedidos de armas y aprovisionamiento. Dependía del Ministerio de la Guerra, que desde el primer momento fue un nido de comunistas y compañeros de viaje. Es difícil sintetizar en cifras la influencia ejercida por los comunistas dentro de las Fuerzas Armadas. De acuerdo con Jesús Hernández, “el 70 por 100 de la totalidad de los mandos del Ejército eran patrimonio de los comunistas. Armas tan decisivas como Aviación y Tanques eran coto cerrado de los Comunistas”<sup>783</sup>.

La infiltración comunista en los órganos de policía fue masiva. La policía de Madrid estaba en manos del teniente coronel Burillo, un comunista declarado. Justiniano García, miembro del partido, era jefe de los “Servicios Especiales” del Ministerio del Interior; como subjefe actuaba Juan Galán, otro comunista. La Dirección General de Seguridad y la Escuela de Policía se hallaban en poder del PCE. La Escuela

---

783 Jesús Hernández, obra cit., pág. 144.

de Policía era la institución donde se formaban los cuadros de la policía secreta de la República. Sobre la influencia de los comunistas en el SIM ya hemos informado en un capítulo anterior. El Cuerpo de Carabineros estaba en manos de Negrín (que lo utilizaba de guardia pretoriana), de los comunistas, de los socialistas de derecha y de republicanos y reaccionarios de toda especie.

## **II. LA MANIPULACIÓN DE LAS OPERACIONES MILITARES**

La posición privilegiada ocupada por los comunistas en las esferas de mando (Estado Mayor, Subsecretaría de Guerra, Comisariado, Quinto Regimiento, etc.) y el monopolio ruso en el suministro de material de guerra permitían al partido intervenir masivamente en la planificación y ejecución de las operaciones militares. Mientras los demás partidos tenían sólo la preocupación de ganar la guerra, los comunistas estaban ante todo interesados en utilizar las operaciones militares para sus fines de propaganda. Las manipulaciones llevadas a cabo por el partido para encumbrar a caudillos comunistas o criptocomunistas, para boicotear la acción de grupos rivales o para desprestigiar a determinados generales o líderes políticos, son uno de los capítulos más sucios de su actuación durante la guerra.

La transformación de las Milicias Populares en Brigadas Mixtas, realizada bajo el gabinete de Largo Caballero, con Asensio en la Subsecretaría de Guerra, obedeció a una propuesta o plan elaborado por los rusos. Cuando Asensio pidió a sus ayudantes –entre ellos al comandante Martín Blázquez– que trazasen un proyecto para la reorganización del Ejército, estaba ya tomada la decisión de crear las Brigadas Mixtas<sup>784</sup>. La transformación de las Milicias Populares (basadas en la afiliación a un partido o sindicato) en Brigadas Mixtas y en un Ejército regular fue apoyada por los comunistas y militares profesionales por diversas razones, entre ellas, para acabar con el cantonalismo, los exclusivismos, el desorden y la descentralización. En sí, la sustitución de las Milicias por un Ejército de tipo clásico era positiva, aunque contenía también elementos negativos. La unificación de las unidades combatientes hubiera podido ser fecunda si se hubiera hecho con un criterio imparcial y extrapartidista, es decir, si se hubiera otorgado un trato de igualdad a todas las Fuerzas Armadas. Pero los comunistas, apoyados por los militares profesionales, utilizaron la creación de un Ejército Popular para monopolizar los mandos y discriminar a los sectores combatientes no comunistas, lo que condujo a la desmoralización de grandes núcleos de los mismos.

La campaña desencadenada contra el general Asensio tras

---

784 Véase Martín Blázquez, obra cit., pág. 295.

la caída de Málaga –antesala de la maniobra contra Largo Caballero– no estuvo condicionada por motivos militares, sino políticos. A pesar de su afición al alcohol y a las mujeres, Asensio era un general dotado de gran capacidad técnica, pero una personalidad como la suya, poco manipulable y con ideas propias sobre la guerra, no podía ser grata al Kremlin, que necesitaba a hombres de paja como Miaja al mando del Ejército.

Todavía más sucia fue la actitud del Partido Comunista en vísperas de la caída de Largo Caballero, cuando éste proyectaba una ofensiva en Extremadura para dividir en dos partes a las fuerzas nacionales. Oigamos a Peirats: “Abundaban demasiado las operaciones de índole política, planeadas para dar prestigio a los mandos del consabido partido, catastróficas desde el punto de vista militar, pero realizadas con lujoso sacrificio de vidas humanas... Largo Caballero, ya señalado por el Kremlin como candidato a la eliminación política, se proponía una operación de gran estilo en el frente de Extremadura, cuyo objetivo era ocupar Mérida y Badajoz, lo que suponía cortar en dos la zona franquista y descender hacia el Mediterráneo para copar allí las principales bases navales y de abastecimiento del enemigo. Los ministros de Stalin en el gobierno de Caballero recibieron orden directa del Kremlin de oponerse por todos los medios a una victoria militar que consolidaría el prestigio del “Lenin español”, ya señalado, como hemos dicho, para el sacrificio. El proyecto de Caballero fue torpedeado en un

consejo del gabinete por los ministros comunistas, según las órdenes del estado mayor soviético en Alcalá de Henares, bajo amenaza de que no prestaría éste “su aviación para la realización del plan sobre Extremadura”. Y so pretexto de hacer algo para aliviar a los malparados combatientes del Norte, el mando soviético proyectó e impuso el sacrificio de Brunete”<sup>785</sup>. Jesús Hernández, encargado, con Uribe, de representar en el gabinete ministerial el “Diktat” impuesto por Moscú, había intentado antes convencer al mariscal Kulik de la necesidad de apoyar la ofensiva proyectada por Largo Caballero. “Dentro y fuera del Gobierno –escribirá años más tarde el ex ministro comunista– actué como fuerza de choque contra Largo Caballero y contra el Subsecretario de Defensa, General Asensio, hombre de confianza de aquél en cuestiones militares. Mi nombre se aureoló de odios. Nadie podía percibir mi drama personal, silencioso y disimulado. Y naturalmente, me juzgaron en función de mi conducta. No era la primera vez ni sería la última que me vería obligado a retorcer mis propios sentimientos para obedecer a Moscú”<sup>786</sup>.

Moscú no se limitaba a manejar a su antojo las operaciones militares. Mientras los comunistas negaban las armas decisivas (aviación, artillería y tanques principalmente) a todas las fuerzas combatientes rivales –especialmente a los

---

785 Peirats, *La CNT en la revolución española*, obra cit., II, página 222.

786 Jesús Hernández, obra cit., pág. 85.

anarquistas—, sus dirigentes se dedicaban a denigrarlas y calumniarlas de la manera más impúdica, acusándolas de fraternizar con el enemigo, de inmovilidad o de cobardía. Dolores Ibárruri interpreta, por ejemplo, la situación del frente de Aragón en los siguientes términos: “El frente aragonés estuvo congelado durante largos meses. Su estatismo permitía frecuentemente a los facciosos retirar de allí fuerzas que empleaban en otros lugares. Estaban seguros que el frente trotskista no se movería. Por ejemplo: del frente de Aragón retiraron los facciosos dos brigadas para reforzar el ataque sobre Madrid por el sector de Guadalajara, sin que el mando anarquista aprovechara esta circunstancia para iniciar operaciones que hubieran retenido a las fuerzas fascistas de Aragón, desgastándose en pequeñas o grandes operaciones”<sup>787</sup>. Olvidando estos párrafos venenosos, la “gran estratega”, sin ruborizarse, reconocerá en otro pasaje que las fuerzas operando en el frente de Aragón carecían de aviones y tanques, es decir, de las armas que les hubieran permitido realizar una labor ofensiva. La razón de la relativa pasividad del frente de Aragón fue muy distinta a la presentada por la propaganda comunista. “El frente aragonés —escribe Rudolf Rocker— estaba formado en su mayor parte por unidades de la CNT. Por ello se hizo lo necesario para impedir a toda costa equiparlas con armamentos de calibre pesado. Durante meses, el frente permaneció sin aviones, tanques, y artillería pesada. Sus

---

787 Dolores Ibárruri, obra cit., pág. 454.



combatientes tenían que depender casi enteramente de armas de mano y ametralladoras, que eran incluso insuficientes. Y sin embargo, una ofensiva en este frente hubiera sido de gran importancia estratégica. No hubiese podido sólo impedir la caída de Bilbao, sino que hubiera en gran medida aliviado a los valientes defensores de Madrid”<sup>788</sup>.

Los vascos, por ejemplo, fueron prácticamente abandonados a su suerte por el gobierno central y los mandos militares. Durante toda la campaña de guerra, el gobierno vasco recibió una sola partida de armas rusas, como ha testimoniado su presidente Aguirre: “Un mes más tarde nos anunciaron la llegada del primero y único cargamento ruso de material bélico que recibimos los vascos. Nos lo enviaba el Gobierno de la República Española que lo había adquirido en Rusia. Consistía en quince aviones de caza, cinco cañones de mediano calibre (11,50), quince tanques, doscientas ametralladoras y quince mil fusiles con muy pocos cartuchos”<sup>789</sup>. Los comunistas no tenían especial interés en concentrar su ayuda en una región en que carecían de influencia. Los comunistas vascos no sólo eran escasos, sino que tenían una mentalidad distinta a la del Buró Central y apoyaban ante todo a Aguirre y el gobierno de su país. Debido a que Rusia no suministró a España el suficiente material de guerra, el bando republicano no pudo movilizar todas sus

---

788 Rudolf Rocker, *The Tragedy of Spain*, obra cit., págs. 37–38.

789 Aguirre y Lecube, *De Guernica a Nueva York*, obra cit., página 22.

reservas humanas ni realizar una política operacional basada en la ofensiva, viéndose obligado a adoptar una táctica esencialmente defensiva.

La historiografía comunista no se cansaba ni se cansa de afirmar que “nosotros éramos la fuerza decisiva en la guerra”. Los comunistas eran los combatientes más arrojadados, los que tenían los caudillos más geniales y los que ocupaban siempre los lugares de peligro. Los demás combatientes –especialmente la odiada chusma anarco–trotskista– luchaban con desgana, preferían pavonearse en la retaguardia, se dedicaban al pillaje antes que atender el frente, esquilaban a los campesinos o abandonaban la trinchera para apoyar rebeliones políticas en las ciudades. Así nació también la leyenda de que los miembros anarquistas de la columna de Durruti que acudieron en noviembre de 1936 a Madrid para defender la capital se evidenciaron como combatientes reacios a arriesgarse y mataron por la espalda a su líder porque éste había exigido de ellos más arrojo en el combate. La realidad fue muy distinta. Víctor Serge anota: “De los novecientos militantes de las primeras columnas madrileñas del POUM han quedado apenas menos de doscientos. De los tres mil milicianos de las primeras columnas madrileñas de la CNT han sobrevivido menos de mil... Los comunistas oficiales, hábiles a maniobrar y procurando sobre todo asegurarse los puestos de mando, han tenido pérdidas sensiblemente más débiles, pero han sabido sacar

el mayor partido de la abnegación de las Brigadas Internacionales”<sup>790</sup>.

En su propaganda, el PCE no tuvo ni tiene una sola palabra de sincero reconocimiento hacia las fuerzas no comunistas que combatieron en el bando republicano. El tono básico es de crítica, reticencia, difamación o desprecio. Y sin embargo, la mayor parte de los combatientes que cayeron en el frente no eran comunistas, aunque éstos, por supuesto, pagaron también su tributo de sangre.

Cuando en la propaganda comunista se deslizaba o se desliza algún elogio a las fuerzas ideológicamente rivales ello obedecía u obedece siempre a móviles táctico–políticos. En cambio, los comunistas silencian sus propios fallos y derrotas. Pero a pesar de todas las propagandas, los hechos hablan por sí mismos: la guerra fue dirigida y realizada en lo esencial según los planes y bajo mandos comunistas. Esta guerra se perdió, y aunque sería injusto convertir al PCE en chivo expiatorio de la derrota militar, es, en cambio, lógico que la responsabilidad central de la misma recaiga en el grupo que más influencia ejerció y detentó durante la guerra: el Partido Comunista.

---

790 Víctor Serge, *Introducción a Révolution et contre-révolution en Espagne*, de Maurín, obra cit., pág. XIX.

### **III. LA ACTITUD COMUNISTA HACIA EL FINAL DE LA GUERRA**

Después de la caída de Cataluña, el desenlace de la guerra no ofrecía lugar a dudas. La mayor parte de los combatientes republicanos, desde el general Miaja hasta el último soldado, estaban convencidos de que proseguir la lucha no era más que sacrificar inútilmente vidas humanas. Fue ello lo que empujó al coronel Casado a rebelarse contra el gobierno de Negrín y a fundar, con los anarquistas, los socialistas y los republicanos de Madrid la Junta de Defensa destinada a negociar con Franco el cese de las hostilidades.

En España existía sólo un grupo minoritario que pensaba de otra manera: Negrín y los comunistas.

Tanto el jefe del gobierno como el Politburó afirmaban que era posible seguir resistiendo desde la estrecha y frágil franja de territorio todavía no ocupado por las tropas nacionales. “Bajo la autoridad del Gobierno –dirán los cronistas oficiales del PCE– quedaban aún diez provincias con unos diez millones de habitantes; muchas ciudades entre las que se contaba la capital del Estado; cuatro grandes puertos, entre ellos el de Cartagena (la base naval más importante de

España); un Ejército de unos 700.000 hombres y una escuadra que contaba todavía con tres cruceros, trece destructores, cinco torpederos, dos cañoneros y siete submarinos”<sup>791</sup>.

Pero más importante que la actitud de Negrín y del PCE era la de Stalin. ¿Deseaba el Kremlin una continuación de la guerra o era partidario de su cese? Por desgracia, los documentos rusos que podrían arrojar luz sobre los desig-nios de Stalin siguen en los archivos del Kremlin y no han sido publicados. Para sacar sus consecuencias, el historiador puede apoyarse sólo en la escueta lógica de los hechos, en la medida en que son conocidos.

Pocos días antes de la ofensiva contra Cataluña, Negrín convocó a Hidalgo de Cisneros para encomendarle la misión de partir hacia Rusia inmediatamente con el fin de solicitar al gobierno soviético una partida de material de guerra de proporciones descomunales, entre los que figuraban 250 aviones, 250 tanques, 4.000 ametralladoras y 650 piezas de artillería. Hidalgo de Cisneros, que consideraba “fantástica” la relación del material, salió el mismo día para Moscú, donde fue recibido por Vorochilov y, al día siguiente, por Stalin y Molotov. “Yo me sentía bastante violento cuando empezamos a leer las cifras del pedido, pues a mí me pa-recían astronómicas y fuera de la realidad. Vi con sorpresa y alegría que Stalin daba su aprobación... Se terminó el

---

791 Historia del PC de España, obra cit., pág. 195.

estudio de las listas con la completa aprobación de las mismas. Yo no salía de mi asombro, me costaba trabajo darme cuenta que aquello fuese una realidad”<sup>792</sup>. El material requerido fue valorado por los rusos en 103 millones de dólares. Los depósitos del Banco de España trasladados a Moscú estaban ya agotados, hecho que Negrín había ocultado a Hidalgo de Cisneros. Cuando Vorochilov preguntó a éste cómo pensaba pagar el material, el emisario español no supo qué responder. Al día siguiente, Mikoyan, que era entonces comisario de Comercio, le comunicó que para financiar la nueva partida de material, el gobierno soviético concedía un crédito a la República Española.

“El material fue embarcado en el puerto de Murmansk en siete buques soviéticos –reporta Cisneros–, que salieron de allí en dirección a puertos franceses. Los dos primeros llegaron a Burdeos con tiempo suficiente para que nuestro ejército hubiera podido aprovechar el armamento que traían. Pero el gobierno francés, poniendo toda clase de dificultades, retrasó hasta el último momento el traslado de este armamento a través de Francia. Cuando empezó a llegar a Cataluña ya era tarde. Ya no teníamos aeródromos donde montar los aviones, ni terreno para defendemos. Si el gobierno de París hubiese facilitado el traslado por Francia del armamento que nos madaba la URSS, la suerte de Ca-

---

792 Hidalgo de Cisneros, obra cit., II, pág. 448.

taluña podía haber cambiado. Con aquel armamento hubiéramos podido resistir varios meses, y, en las condiciones internacionales por las que estaba pasando Europa, tal resistencia podía haber sido fatal para los planes fascistas”<sup>793</sup>.

Este relato, destinado a justificar, a posteriori, la voluntad soviética de ayudar con todas sus fuerzas a la República Española para que ésta siguiera resistiendo, es demasiado impecable para que pueda ser interpretado como lo hace Cisneros. Stalin conocía, por sus servicios de información la situación militar en que se hallaba el bando republicano. Si el Kremlin hubiera tenido interés de verdad en ayudar con material de guerra adecuado, no habría esperado para ello a que Negrín se dirigiera a Stalin en forma urgente y dramática a última hora, sino que los rusos hubiesen enviado este material con la suficiente antelación. Es, naturalmente, posible que Stalin le prometiera a Hidalgo de Cisneros el material de guerra solicitado con la convicción de que todavía existía la posibilidad de impedir con ello la inminente derrota del bando republicano. Es posible también que los comunistas proyectasen un golpe de Estado y quisiesen utilizar este material como su punto de apoyo. El regreso a Madrid de Togliatti, Líster, Dolores Ibárruri, Checa, Uribe y otros jefes comunistas tras la caída de Cataluña indica que el partido no daba por concluida su misión en España. Por estas fechas –febrero de 1939– los comunistas

---

793 Ibid., págs. 452–453.

presionaban sobre Negrín para que les entregase el mando de una serie de unidades clave todavía en poder de cuadros anticomunistas. Dolores Ibárruri confirma en sus Memorias que “la dirección del partido hizo llegar a Negrín su inquietud por la situación y su opinión de que era necesario realizar algunos cambios en el mando militar, incluso sustituyendo al general Miaja por otro hombre más dinámico y al coronel Casado por no ofrecer demasiada confianza, a lo que Negrín se negó, argumentando que esto podría provocar actos de indisciplina que rompieren la resistencia”<sup>794</sup>.

Sin acusarle directamente, Líster reprochará años más tarde a Negrín de haber caído, hacia el final de la guerra, en una actitud vacilante y resignada: “La conducta de Negrín esos días no era la misma que había tenido a lo largo de la guerra y que le había conquistado el cariño y el respeto de todos los verdaderos combatientes y de millones de españoles. Se ve que las conspiraciones, las traiciones, deserciones, abandonos y dificultades de todo tipo habían terminado por romper la moral de resistencia de que Negrín había dado prueba a lo largo de toda la guerra... Acaso el golpe de Casado y compañía vino, en la práctica, a dar a Negrín el pretexto para abandonar el campo de batalla con la dignidad del hombre injustamente atacado y víctima de la traición”<sup>795</sup>. Más punzante y clara es todavía Dolores Ibárruri

---

794 Dolores Ibárruri, obra cit., pág. 534.

795 Líster, obra cit., pág. 254.



en sus reproches: “Era indudable que también Negrín había perdido la confianza en la lucha ulterior; pero en sus declaraciones aparecía manteniendo su vieja línea política de resistencia... La conducta de Negrín era contradictoria e incomprensible. Mientras reafirmaba su decisión de resistir, no hacía nada para organizar la resistencia. Y entre mil ejemplos que podrían ser aducidos está el hecho de que, cuando ya se veía la imposibilidad de mantener el territorio catalán, no dio las órdenes de trasladar el material de guerra que existía en Cataluña a los frentes del Centro con objeto de reforzar la capacidad combativa de las fuerzas allí situadas y de organizar la resistencia”<sup>796</sup>. Y en otro pasaje: “¡En el fondo de su pensamiento, el propio Negrín estaba deseando se produjese una catástrofe que le liberase de toda responsabilidad estatal! Y esto fue plenamente demostrado por su conducta. Con mucha frecuencia se ha acusado a Negrín de ser un instrumento de los comunistas, cuando, en realidad, más bien fuimos nosotros sus víctimas por nuestra fidelidad a los compromisos contraídos, por nuestro apoyo sin reserva a la política de resistencia”<sup>797</sup>.

Pero la versión comunista sobre la supuesta indecisión de Negrín es desmentida por el intento del jefe del Gobierno de detener a Casado en la “Posición Yuste” (residencia de Negrín) y de entregar los principales mandos militares a los

---

796 Dolores Ibárruri, obra cit., págs. 524–525.

797 Ibid., pág. 536.

comunistas. Al mismo tiempo que Negrín procuraba tender una trampa a Casado (en la que éste no se dejó caer, el *Boletín Oficial* dio a conocer una serie de nuevos nombramientos comunistas: Modesto y Cordón eran ascendidos a generales; Francisco Galán era nombrado jefe de la base naval de Cartagena, y Etelvino Vega, Curto y Mendiola, comandantes militares de Alicante, Murcia y Albacete.

En todo caso, el papel jugado por Rusia y el PC español hacia el final de la guerra no está claro. El historiador se ve confrontado a una maraña de hechos intrincados y contradictorios. Una hipótesis perfectamente plausible es la de que los comunistas querían asaltar el poder con el objeto de realizar una purga final contra una serie de militares y políticos incómodos. Es posible asimismo que Stalin estuviese interesado en salvar al Gobierno español e instalar un régimen marioneta en el país. Eso justificaría su decisión de enviar a Negrín el material de guerra prometido a Hidalgo de Cisneros. Pero lo más probable es que Stalin deseaba una cancelación de la guerra de España, y aun sabiendo que Negrín estaba definitivamente perdido, prometiese el material con el exclusivo fin de dar pasto a la leyenda de que Rusia había hecho todo lo humanamente posible para ayudar al Gobierno republicano. Ni siquiera está probado que el material prometido a Hidalgo de Cisneros hubiese sido en verdad enviado a Francia. El único testimonio de ese transporte de material es la promesa dada por Stalin a Hidalgo de Cisneros.

Hay que tener en cuenta, sobre todo, que España era para Stalin, a fin de cuentas, un escenario secundario, y que su atención básica estaba centrada en Alemania y las dos potencias capitalistas Francia e Inglaterra. No es descartable que Stalin quisiera prorrogar por un tiempo la guerra de España para mejorar su posición diplomática en Europa. En todo caso, en esa fase final de la guerra, Stalin tenía ya la convicción de que existía para él la posibilidad de llegar a un acuerdo con Hitler. Poco después de terminada la guerra de España, en efecto, Molotov y von Ribbentrop firmaron el pacto de no agresión entre Berlín y Moscú, lo que demuestra que los nazis y los rusos empezaron a negociar el tratado cuando la contienda española no estaba todavía terminada. La firma del convenio ruso–alemán indica que, si Stalin parecía estar dispuesto a acudir en ayuda de la República, era con el solo objeto de obtener frente a Berlín una base de negociación más ventajosa. No cabe duda que Stalin deseaba, a largo plazo, el cese de las hostilidades en España, cese que era la condición imprescindible para poder llegar a un *modus vivendi* con Hitler.

Otra hipótesis perfectamente verosímil es la de que los comunistas españoles querían llevar a cabo un acto de provocación con el fin de que las fuerzas anticomunistas del bando republicano se viesen obligadas a acelerar su golpe de Estado y apareciesen ante la opinión pública como los capitulantes y traidores, mientras que ellos aparecían como

lon únicos que habían querido luchar hasta el último momento. El nombramiento, a última hora, de una serie de mundos comunistas –que significó la chispa que encendió tú odio acumulado contra éstos– fue, a juicio de Jesús Hernández, una maniobra maquiavélica de Moscú: “La medida, do clara inspiración moscovita, fue una fina provocación política, una incitación a la rebeldía y al desacato, la chispa que debía encender el polvorín de la sublevación. Dije entonces, lo repetí en la Unión Soviética y lo reafirmo hoy, que los desdichados nombramientos buscaban la finalidad de sublevar todas las fuerzas políticas y militares contra el Gobierno y el PC, para acabar con la mínima unidad que sostenía todo el tinglado de nuestra guerra”<sup>798</sup>. En todo caso, el mando del partido, concentrado en Madrid antes del golpe de Estado de Casado, decidió abandonar la capital untes de que los “capituladores” entrasen en acción. Dolores Ibárruri, con bastante ingenuidad, confiesa: “En previsión de acontecimientos, los camaradas acordaron, al mismo tiempo que la organización de la defensa de las casas ocupadas por las distintas organizaciones del partido y la preparación de los frentes para impedir la ruptura de éstos, que yo saliese de Madrid (lo que hice acompañada del camarada Domingo Girón) y me trasladase a Murcia... Al día siguiente llegaron otros camaradas, entre ellos Palmiro Togliatti...”<sup>799</sup> Jesús Hernández resume: “Si Rusia hubiera querido que el

---

798 Jesús Hernández, obra cit., pág. 187.

799 Dolores Ibárruri, obra cit., pág. 550.

PC hubiera organizado la resistencia, hubiera ordenado al Buró Político las medidas adecuadas. Pero la delegación política soviética, reducida ahora a Togliatti y a Stepanov, llegó a la zona Centro–Sur con el deliberado propósito de poner fin a la resistencia de la República”<sup>800</sup>. La tesis de Hernández de que Moscú hizo todo lo posible para provocar el golpe de Estado casadista y contribuir, de esta manera, a una rápida cancelación de la guerra civil, encaja perfectamente en el contexto de la política exterior rusa, que, como hemos indicado ya, en esta fase se orientaba decididamente hacia un entendimiento con Alemania. La prolongación de la guerra con el objeto de retener a Hitler en la Europa occidental carecía súbitamente de sentido. Lo que Jesús Hernández dice sobre la conducta de Togliatti, Stepanov y la Pasionaria en los días que precedieron al putsch de Casado, es difícil de rebatir: “Dispersaron la dirección del partido. José Díaz, a Moscú; Martínez Cartón, en Extremadura al frente de su División. Uribe, errante detrás de la sombra de Negrín por cualquier rincón de España. Mije, en Francia. Tú (Checa), secretario de Organización, por el sur de España organizando los preparativos de la evacuación al extranjero de la dirección del partido. Yo, en Valencia, en el Comisariado General del Grupo de Ejércitos. Quedaron en Madrid Pasionaria, Stepanov y Togliatti, formando la troika de dirección... La troika dispersó la dirección del partido. La troika no hizo nada para ayudar a

---

800 Jesús Hernández, obra cit., pág. 183.

Negrín a organizar su aparato gubernamental, sabiendo que Negrín no contaba con otra ayuda que la del partido. La troika mantuvo el secreto de la organización de la lucha contra el posible golpe casadista ante los propios miembros del Buró Político, cuando menos ante Cartón y ante mí, los dos camaradas que, por estar en el Ejército, podíamos haber contribuido más eficazmente a tomar las medidas preventivas que impidieran la sublevación o el éxito del golpe que se gestaba”<sup>801</sup>.

---

801 Ibid., pág. 221.

## **CAPÍTULO XVII**

### **I. EL “ANSCHLUSS” DE AUSTRIA Y DE LOS SUDETES. EL PACTO DE MUNICH**

Mientras en España tenía lugar la guerra fratricida entre el bando de la República y el bando nacional y los agentes de la NKVD ejecutaban, dentro y fuera de Rusia, a miles de comunistas caídos en desgracia, la diplomacia europea intentaba contener la catástrofe bélica que se barruntaba ya en el horizonte.

La subida al poder de Hitler, la ocupación del Rin por tropas del Reich, la aventura mussoliniana en Abisinia, la guerra de España y el Pacto Anti-Comintern establecido entre Berlín, Roma y Tokio, habían puesto fin al statu quo surgido del Tratado de Versalles y conducido en Europa a una nueva situación política, cuyos contornos aparecían claros: de una

parte, Alemania, secundada por Italia, dispuesta a utilizar su fuerza para extender sus fronteras a costa de otros estados e imponer su hegemonía al continente; de la otra, Inglaterra y Francia, preocupadas ante la creciente agresividad italo-germánica, pero más inclinadas a pactar que a combatir el expansionismo fascista. Junto a esos dos bloques esenciales, Rusia, hostil a Roma–Berlín y desconfiando de Downing Street y del Quai d’Orsay. Entre la Unión Soviética y las cuatro potencias europeas, una serlo de Estados directa o indirectamente amenazados por el Imperialismo del Eje, en especial Austria, Checoslovaquia y Polonia.

Este era el esquema básico. La débil reacción de las potencias capitalistas ante la invasión de Abisinia, la ocupación del Rin y la comedia del Pacto de No Intervención habían convencido a Hitler y Mussolini de que Londres y París querían a toda costa evitar una confrontación abierta con el Eje, aunque ello fuese a expensas de la integridad territorial y la soberanía de otras naciones. En esta fase crucial de la historia europea, cuando el viejo continente necesitaba líderes políticos de talla excepcional, los destinos de Inglaterra se encontraban en manos de una de las figuras más descorazonadoras y mezquinas del siglo XX: Neville Chamberlain. La política del premier inglés fue clara desde el primer momento: appeasement a toda costa. “Chamberlain pudo irse a la tumba –escribirá Ossorio y Gallardo– con la triste satisfacción de haber sido el promotor verdadero de la guerra mundial, tanto como si fuese un alemán



auténtico”<sup>802</sup>. Para colmo de desdichas, Edén, el subsecretario de Estado en el Foreign Office, partidario de una firme política antialemana, dimitió el 20 de febrero de 1938, siendo sustituido por lord Halifax. Por lo que respecta a Francia, desde la evacuación del Rin y el Pacto de No Intervención había perdido gran parte de su prestigio, habiéndose acostumbrado a ceder la iniciativa a Inglaterra. De una crisis ministerial a otra, Francia pasó a ser finalmente gobernada por Daladier, que el 10 de abril de 1938 formó un Gabinete sin participación socialista.

La idea central de Chamberlain era la de solventar la crisis europea haciendo algunas concesiones a Hitler y marginando a Rusia del tapete de las negociaciones diplomáticas.

Como diría Manuilsky: “El plan de la burguesía inglesa reaccionaria es el de sacrificar al fascismo alemán los pequeños Estados del sureste de Europa y empujar a Alemania en dirección al Este, contra la URSS”<sup>803</sup>.

El 19 de noviembre de 1937 lord Halifax se entrevistó con Hitler en Berchtesgaden. El 21 de febrero de 1938, un día después de la dimisión de Edén y de un discurso pronunciado por el Führer atacando violentamente a la Unión Soviética, Chamberlain declaró que “la política de

---

802 Ossorio y Gallardo, Mis memorias, obra cit., pág. 239.

803 Véase Beloff, obra cit., II, pág. 51.

Europa debe depender de la actitud de las cuatro grandes potencias europeas: Alemania, Italia, Francia y nosotros mismos”<sup>804</sup>.

La política de Chamberlain –marginar a Rusia y solucionar los problemas europeos “en familia”– encajaba perfectamente en los planes de Hitler, que, convencido del espíritu capitulante que reinaba en Downing Street y en el Quai d’Orsay, se apresuró a consumir sus dos primeros grandes actos de piratería en el plano internacional: la anexión de Austria y de Checoslovaquia.

El Anschluss de Austria fue una operación entre bastidores, sin participación de la diplomacia europea, un “mano a mano” entre el Führer y el canciller austríaco, Schuschnigg. El 11 de febrero de 1938, Schuschnigg salió de Viena en dirección a Salzburgo con el fin de entrevistarse con Hitler, que le esperaba en su residencia de Berchtesgaden dispuesto a doblar su voluntad y obligarle a aceptar el Anschluss. Cuando, al día siguiente, ambos jefes de Gobierno se reunieron a solas en el despacho de Hitler, el canciller austríaco, deseando ser amable, pronunció unas palabras de cortesía acerca de la hermosa vista de que se gozaba desde la ventana de la estancia. El Führer, dando a entender que no pensaba dejarse ablandar por los modales de su interlocutor, respondió brutalmente: “Si nos hemos reunido no es para hablar de lo bonito que está el

---

804 Ibid., pág. 117.

tiempo”<sup>805</sup>. La entrevista se limitó a ser un monólogo de Hitler, que, de la manera más descarnada y plebeya, hizo comprender a Schuschnigg que no tenía otra alternativa que la de plegarse a su Diktat. Exactamente un mes después de haber tenido lugar la entrevista en Berchtesgaden, las tropas de la Wehrmacht cruzaban la frontera austríaca e iniciaban el Anschluss. Austria había dejado de ser, por el momento, una nación soberana.

El próximo asalto –el pacto de Munich y la ocupación de Checoslovaquia– se diferenció sólo de la anexión de Austria por el despliegue diplomático de que fue acompañado. Utilizando el pretexto de que la minoría étnica alemana residente en Checoslovaquia era discriminada y oprimida por Praga, Hitler exigió la cesión a Alemania del territorio de los Sudetes –en el que vivían más de tres millones de ciudadanos checoslovacos de origen germánico–, amenazando con recurrir a la fuerza militar en el caso de que el Gobierno de Benes no aceptase sus condiciones. Chamberlain y Daladier, que querían mantener la paz a toda costa, presionaron masivamente sobre el Gobierno checoslovaco para que éste no se opusiera a las exigencias de Hitler. En vez de defender la soberanía y la integridad territorial de Checoslovaquia, Chamberlain –el principal actor en este vergonzoso capítulo de la historia europea– actuó de simple lacayo y correveidile de Hitler, olvidando que era el primer

---

805 Véase T. L. Jarman, *The Rise and Fall of Nazi Germany*, página 208, Nueva York, 1956.

ministro de una potencia del rango histórico de Inglaterra. El 22 de septiembre de 1938 Chamberlain se dirigió en avión a Bad Godesberg, donde se entrevistó con el dictador alemán. En el curso de sus conversaciones con el Führer, Chamberlain, aunque aceptando en lo esencial las exigencias de éste, intentó obtener algunas concesiones favorables a Checoslovaquia referentes a la fecha y el modo de ocupación de los Sudetes, lo que no consiguió. El 26 de septiembre Hitler pronunció en el Sportpalast de Berlín un virulento discurso contra Benes y la nación checoslovaca. Chamberlain, temiendo que el jefe nazi llevase a cabo su amenaza de invadir militarmente Checoslovaquia, se dirigió a Hitler una vez más proponiéndole la celebración de una conferencia cuatripartita para solventar definitivamente la cuestión de los Sudetes, conferencia que tuvo lugar en Munich el 29 de septiembre de 1938 con la participación de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, y en la que fueron formalizadas y aceptadas todas las exigencias alemanas con respecto a Checoslovaquia. Los rusos no estuvieron presentes en Munich; en cuanto a los checoslovacos, fueron invitados solamente para tomar conocimiento de lo que las cuatro potencias habían acordado a sus espaldas y en contra de su expresa voluntad. El texto del acuerdo fue leído a la delegación checoslovaca a las dos de la madrugada del día 30, mientras Chamberlain, recostado en un sofá, bostezaba sin pudor. A los reparos expuestos por los dos representantes checoslovacos, míster Gwatkin, un miembro de la delegación inglesa, respondió: "Si no aceptan, tendrán

ustedes que solventar solos sus problemas con Alemania. Los franceses se lo dirán quizá con más cortesía, pero, créanme, comparten nuestro deseo”<sup>806</sup>.

Estos acontecimientos tenían lugar en un momento particularmente desfavorable para la Unión Soviética; en España el desarrollo de las operaciones militares anunciaba una derrota del bando republicano; en Francia el Frente Popular había dejado de existir. La política rusa era, en principio, partidaria de una entente entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética; pero, de la misma manera que Francia no daba un solo paso importante sin cerciorarse de lo que pensaba Downing Street, el Kremlin no estaba dispuesto bajo ningún concepto a correr en ayuda de Checoslovaquia –con la que estaba comprometida por un pacto de amistad– sin asegurarse de que Francia pensaba hacer lo mismo. Si Moscú temía, con razón, al Tercer Reich, sentía también una profunda desconfianza –totalmente justificada– hacia Londres y París. Stalin tenía la obsesión de que Chamberlain acariciaba la idea de canalizar el expansionismo hitleriano en dirección al Este, concretamente contra la Unión Soviética, y de esta manera librar a la Europa occidental de las garras nazis.

Mientras, por un lado, la Unión Soviética no cesaba de postular la creación de un frente común entre París, Londres

---

806 Das Abkommen von München, pág. 271, Praga, 1968, Academia Checoslovaca de las Ciencias.

y Moscú, del otro procuraba, por todos los medios, mantener su independencia y dejar un resquicio abierto para un hipotético entendimiento con Hitler. La formación del Frente Popular, entre 1935–1936, había sido la consecuencia directa de la imposibilidad de llegar a un *modus vivendi* con el Führer, cuyo anticomunismo constituía, en esa fase, la médula de su política. A partir de 1935 Stalin había intentado crear un cinturón de protección contra la amenaza hitleriana. Pero la entrada de la Unión Soviética en la Sociedad de Naciones, la alianza con Francia y la fundación del Frente Popular se habían mostrado como inservibles para contener el expansionismo italo–alemán. Entre 1936–1938, cada una de las grandes potencias europeas había campado por su cuenta, sin preocuparse demasiado de las consecuencias que esta política egocéntrica podía tener a largo plazo. La tesis rusa de que la paz europea era inevitable y la insistencia de Moscú en crear un sistema colectivo de seguridad, se vieron frustradas por el appeasement de Chamberlain y la indecisión francesa. Al producirse la mascarada de Munich, Rusia se dio cuenta que no podía contar en serio con la asistencia de las potencias capitalistas. En Francia crecía el tono anticomunista del Gobierno Daladier. La visita de Ribbentrop a París y la declaración franco–alemana del 6 de diciembre de 1938 no eran acontecimientos de buen augurio para Moscú, como tampoco la visita de Chamberlain y lord Halifax a Roma en enero de 1939.

Esta evolución de la política europea no dejó de influenciar la actitud rusa. Tras el pacto de Munich, el desiderátum máximo de Stalin ya no era, como en el período anterior, la puesta en pie de una alianza entre Londres, París y Moscú, sino el de mantenerse al margen del cataclismo que se avecinaba y acelerar como fuese los recursos defensivos de la Unión Soviética. Una de las constantes de la propaganda rusa en esta fase fue la de recalcar continuamente el potencial militar del ejército, la aviación y la flota rojas y la de afirmar que la Unión Soviética contaba con la suficiente capacidad bélica para rechazar con éxito todo posible ataque enemigo. La gran purga realizada en el seno del Estado Mayor y del cuerpo de oficiales del Ejército Rojo había mermado ciertamente la eficacia defensiva de Rusia, pero Stalin confiaba en que la ofensiva hitleriana contra Europa daría un rodeo antes de llegar a la Unión Soviética y le daría tiempo para una reorganización de sus mandos militares.

El período situado entre el pacto de Munich y el tratado de no agresión entre Molotov y von Ribbentrop trajo consigo un cambio de ciento ochenta grados en el complicado ajedrez europeo. La iniciativa para este cambio no partió ni de Chamberlain, ni de Daladier, ni de Stalin, sino de Hitler. Tras la ocupación de la zona desmilitarizada del Rin, la anexión de Austria y la desmembración de Checoslovaquia, el Führer empezó a realizar los preparativos para abalanzarse contra Polonia. Hitler necesitaba, para la campaña

polaca, que Rusia se mantuviera neutral y no acudiese en apoyo de Varsovia. Si hasta ahora su estrategia había consistido en utilizar el anticomunismo de Chamberlain para aislar a la Unión Soviética de los asuntos europeos, el Führer decidió de pronto movilizar el anticapitalismo de Stalin para lograr un acercamiento con Moscú. Este era un aspecto del conflicto político–diplomático; el otro era que Londres y París, dándose cuenta de que Hitler podía llegar a un acuerdo con Stalin a expensas de Polonia, decidieron de pronto atraer a Moscú a su órbita.

La Unión Soviética, que había sido arrinconada como un trasto viejo por Chamberlain, se convirtió, de súbito, en la columna vertebral del sistema de alianzas europeo. Downing Street y el Quai d’Orsay empezaron a comprender que Hitler quería cubrirse las espaldas en el Este para lanzar un golpe contra Polonia y, seguidamente, contra Francia y el hemisferio occidental. El primero de enero de 1939, el cuerpo diplomático acreditado en Berlín constató con sorpresa y consternación que Hitler había conversado largamente con el embajador soviético durante la recepción que el Führer solía dar en Año Nuevo en la capital alemana en honor de los diplomáticos extranjeros. El fantasma de Rapallo, que había quedado sumergido en las tinieblas debido al anticomunismo militante del Tercer Reich, volvió a surgir de pronto en el horizonte. El gesto de Hitler se vio confirmado en el curso de las semanas siguientes por una serie de actos de aproximación entre Berlín y Moscú, cuyo primer



punto culminante fue la destitución de Litvinov (hostil a Alemania y judío de origen) como comisario de Asuntos Exteriores y el nombramiento de Molotov como sustituto suyo.

El 31 de marzo de 1939 Chamberlain declaró ante la Cámara de los Comunes que su país acudiría en ayuda de Polonia si la independencia de ese país fuese amenazada. El 7 y el 8 de abril Italia ocupó Albania. A partir de mediados de abril se inició un intenso intercambio diplomático entre Londres y Moscú con vistas a la creación de un pacto tripartito entre Londres, París y Moscú para la defensa de los países amenazados por el fascismo. Pero Rusia jugaba ya en estos momentos con las cartas marcadas: el mismo día que Litvinov entregaba al embajador inglés, sir Williams Seeds, el proyecto soviético –el 17 de abril–, el embajador ruso en Berlín, Merekalov, solicitaba en Berlín una entrevista con el secretario de Estado, Weizsäcker, con el objeto de pulsar el estado de ánimo alemán para la firma de una alianza formal entre la Unión Soviética y la Alemania nazi. Pocos días después, Merekalov regresó a Moscú para informar a su Gobierno de que las perspectivas para la firma de un tratado con Alemania eran buenas. El 3 de mayo Litvinov era reemplazado por Molotov al frente del Comisariado de Asuntos Exteriores.

En los meses que siguieron a estas primeras *demarches*, la diplomacia europea se entregó a un espectáculo sin par, iluminado por la falta de principios morales, el oportunismo

y el egoísmo nacional. Los políticos y estadistas del viejo continente descendieron al nivel de chalanos dispuestos a todas las bajezas con tal de salvar a su país del naufragio que se avecinaba.

De un lado, Alemania presionaba sobre Rusia para traerla a su terreno y asegurarse con ello su neutralidad ante el inminente conflicto polaco; Francia e Inglaterra, del otro, intentando a última hora poner en pie un dique de defensa contra Hitler con la inclusión de Moscú. En este ambiente de subasta general, Rusia se reservó el papel de villano, negociando a la vez y hasta el último momento con ambas partes, sopesando el precio de las ofertas y dispuesta a venderse al mejor postor.

Los pormenores de la farsa diplomática que precedió al estallido de la Segunda Guerra Mundial no nos interesan aquí y pertenecen a la crónica picaresca de la historia europea. Indispensable es consignar que la decisión rusa de dejar las manos libres al Tercer Reich, aunque hubiese sido precedida por la conducta torpe y egoísta de Londres, demostró de una manera inequívoca que el antifascismo predicado por Moscú y la Comintern durante años (en especial durante la fase del Frente Popular) había sido, en primer término, un simple instrumento de la política exterior soviética, en modo alguno la expresión de una sincera e inmovible hostilidad hacia Hitler.

## II. EL PACTO ENTRE HITLER Y STALIN

El 24 de agosto de 1939 la prensa mundial dio a conocer, en grandes titulares, el establecimiento de un pacto de no agresión entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, firmado el día anterior en Moscú por Molotov y von Ribbentrop.

El convenio significaba, no sólo un brusco y total abandono de la táctica frentepopulista contra el fascismo, sino una profunda afrenta hacia los partidos adheridos a la Comintern que habían propagado durante años a todos los vientos que Rusia era el baluarte antifascista del mundo. Pero el aparato de terror y de propaganda montado por Stalin había llegado a tal virtuosismo, que la traición cometida por el dictador soviético no solamente no fue denunciada por los funcionarios de la Comintern, sino que fue acogida incluso como una prueba más de su genialidad política. Para ellos, el entendimiento con Hitler no significaba una traición, sino la paz. De pronto, y sin transición alguna, toda la propaganda lanzada en el último lustro contra el nacionalsocialismo fue suspendida y sustituida por una ola de ataques contra el imperialismo franco–británico. Como diría Víctor Gollanz: “Poco antes de firmarse el pacto soviético–alemán, la mayoría de comunistas consideraban como completamente imposible una alianza entre la Unión Soviética socialista y la

Alemania de Hitler, y toda suposición en este sentido, como propaganda antisoviética y como una provocación de la peor especie. Poco después, esos mismos comunistas consideraban el pacto como una medida sana, necesaria e incluso natural, como una expresión del arte socialista de gobernar”<sup>807</sup>. Pierre Cot escribía pocos días después de firmado el pacto: “Los que luchan contra el fascismo tienen la impresión de recibir una cuchillada”<sup>808</sup>. Y Víctor Kravchenko: “Al fin y al cabo, se nos había inoculado año tras año el odio contra los nazis. Habíamos fusilado a nuestros generales más destacados, entre ellos a Tukhachevsky, porque, según se dijo, eran aliados de la Reichwehr de Hitler.

Los grandes procesos contra los traidores, en los que fueron liquidados los más íntimos colaboradores de Lenin, se apoyaban en la suposición de que la Alemania nazi y sus amigos del Eje Italia y Japón preparaban una guerra contra nosotros... La única justificación posible de las crueldades de la purga general era la inminente agresión nazi”<sup>809</sup>. El desprecio de Stalin hacia la Comintern y los partidos miembros de la misma era tan profundo, que el cambio táctico inherente al abandono del Frente Popular y el acercamiento a Alemania no fue formalizado dentro de la Comintern. Ni siquiera hubo un pleno del CE. La orden de apoyar el pacto

---

807 Víctor Gollanz, *Stirnen aus den Chaos*, obra cit., pág. 140.

808 *L'Oeuvre*, 28 agosto 1939.

809 Víctor Kravchenko, obra cit., págs. 411–412.

germano–soviético fue dada directamente por el PC de la Unión Soviética.

Encerrado en su despacho del Kremlin, Stalin podía sentirse más que satisfecho. Por fin había logrado conseguir su ansiada alianza con la Alemania hitleriana, aunque para ello hubiera tenido que dar el gran rodeo del Frente Popular, traicionar a la República española y liquidar a todos los líderes comunistas y militares que hubieran podido oponerse a un entendimiento con el fascismo alemán. El pacto, a pesar de la sorpresa con que fue acogido por la opinión pública mundial y por los propios funcionarios de la Comintern, había sido uno de los desiderátums básicos de Stalin que, como escribe Krivitsky, “favoreció una cooperación con Alemania desde la muerte de Lenin, y no alteró esta actitud básica cuando Hitler subió al poder. Por el contrario, el triunfo de los nazis reforzó su interés en mantener estrechos lazos con Berlín... Stalin sentía un profundo desprecio por las “débiles” naciones democráticas y un profundo respeto por los “poderosos” estados totalitarios”<sup>810</sup>. A juicio de Krivitsky, “toda la política internacional de Stalin durante los últimos seis años consistió en una serie de maniobras encaminadas a colocarle en una posición favorable para pactar con Hitler. Cuando ingresó en la Sociedad de Naciones, cuando propuso un sistema colectivo de seguridad, cuando buscó la mano de Francia, coqueteó con Polonia, cortejó a Gran Bretaña e

---

810 Krivitsky, obra cit., pág. 19.

intervino en España, estaba calculando cada paso con los ojos puestos en Berlín”<sup>811</sup>. Aunque la tesis de Krivitsky tienda a simplificar el carácter complejo de la política exterior de Stalin, no cabe duda que en lo esencial es correcta.

Stalin no dejó tampoco de hacer bajo mano la corte a Hitler en el período en que se inició su fase de entendimiento con las potencias capitalistas. En la primavera de 1935 el Reichbank concedió un crédito de 200 millones de marcos oro a la Unión Soviética. En el mismo año Molotov escribía: “De nosotros podemos decir que no tuvimos ni tenemos otro deseo que el de seguir manteniendo buenas relaciones con Alemania”<sup>812</sup>. Poco después de haber sido firmado el pacto Anti-Comintern, Stalin dio instrucciones a su emisario personal en Berlín, David Kandelaki, para que negociase secretamente un convenio político con los nazis. Rusia reaccionó con gran tibieza ante la anexión de Austria y la ocupación de los Sudetes. En febrero de 1939 Moscú firmó un acuerdo con Berlín y Roma comprometiéndose a suministrar todas sus exportaciones de petróleo a ambos países. El 10 de marzo de 1939, todavía no terminada la guerra de España, Stalin, en un discurso pronunciado en el XVIII Congreso del PC ruso, declaró que la Unión Soviética no estaba dispuesta a “sacar las castañas del fuego” a las potencias occidentales en su confrontación con Hitler.

---

811 Ibid., págs. 19–20.

812 Der Scvjetkommunismus. Dokumente, obra cit., II, pág. 582.

El aparato de propaganda oficial no encontró, naturalmente, dificultades para justificar históricamente la increíble traición cometida por Stalin. La argumentación comunista se basaba en la afirmación de que, a través de la alianza con Hitler, Rusia estaba en condiciones de contemplar cómo la Alemania fascista y las democracias capitalistas se despedazaban entre sí, mientras ella podía proseguir tranquilamente el proceso de edificación socialista. En un discurso radiofónico pronunciado el 3 de julio de 1942, Stalin diría retrospectivamente: “Yo creo que ningún Estado amante de la paz puede rechazar un tratado de paz con una nación vecina, incluso cuando al frente de esa nación se hallan tales monstruos como Hitler y Ribbentrop”<sup>813</sup>. La historiografía estalinista se encargaría de justificar la traición de Stalin con los más impúdicos argumentos. Así el norteamericano Foster, por ejemplo: “El pacto de no agresión soviético–alemán ha sido precisamente justificado por la historia. No sólo frustró el intento de los imperialistas ingleses y franceses de desencadenar una guerra totalmente imperialista contra la URSS, sino que dio a este país un plazo de desahogo de unos veintidós meses para prepararse contra el inevitable ataque nazi. Durante este período la Unión Soviética hizo tremendos progresos industriales y en armamentos, y esta fuerza adicional fue un factor importante, cuando no decisivo, para ganar la Segunda Guerra

---

813 Ibid., pág. 591.

Mundial”<sup>814</sup>.

La primera reacción del PC alemán fue dual; si, por una parte, se pronunció a favor del pacto (¿qué otra cosa podía hacer?), no por ello dejó de seguir atacando al régimen nazi. “El pueblo alemán –se decía en la primera toma de posición oficial del KPD– saluda el pacto de no agresión entre la Unión Soviética y Alemania, porque quiere la paz y porque ve en este pacto un afortunado acto pacífico por parte de la Unión Soviética. Saluda el pacto porque éste no es, como la alianza de Hitler y Mussolini y los militaristas japoneses, un instrumento de la guerra y del atropello imperialista contra otros países, sino un pacto para el mantenimiento de la paz entre Alemania y la Unión Soviética”<sup>815</sup>. Pero el PC alemán, que en este momento se hallaba completamente dominado por el grupo Ulbricht y Wilhelm Pieck, no tardó en aceptar de una manera más clara que al principio el pacto entre Molotov y von Ribbentrop, interrumpiendo toda propaganda que pudiera obstaculizar la luna de miel entre Berlín y Moscú.

Dentro del PC francés el pacto produjo de momento un gran desconcierto. Gérard Walter comenta en su libro sobre el partido: “La dirección del partido no parecía haber estado lo suficientemente preparada para hacer frente a este acontecimiento. Durante veinticuatro horas se asiste a

---

814 William Z. Foster, obra cit., pág. 414.

815 Der deutscher Kommunismus. Documente, obra cit., pág. 362.



cierto flotamiento, las voces autorizadas se callan. En *L'Humanité* no se encuentra ese día ni la firma de Cachin ni la de Thorez o Duclos. Los días siguientes, tampoco”<sup>816</sup>.

En Norteamérica la Comintern ordenó suspender de pronto el curso pro Roosevelt que el PC había seguido en los últimos años. Pero la transición era demasiado brusca y la nueva línea no se adoptó de una manera clara hasta noviembre de 1939, fecha en la que el PC de USA desencadenó una campaña denunciando las “tendencias belicistas” de Roosevelt y protestando contra una tercera candidatura suya a la presidencia de la nación. El partido recibió la orden de sumergirse en la clandestinidad y de organizar huelgas, disturbios y manifestaciones contra el Gobierno. “El *Daily Worker* –testimonia Budenz– recibió instrucciones precisas de no ridiculizar a Hitler con caricaturas y de dirigir todo su sarcasmo contra Inglaterra”<sup>817</sup>. Y Budenz añade: “Estas Instrucciones eran innecesarias, porque los documentos que llegaban de Moscú establecían de una manera clara que Inglaterra, que luchaba con la espalda contra la pared, era “el mayor enemigo de la humanidad”<sup>818</sup>.

A pesar de que puertas afuera el pacto ruso–germánico fue unánimemente aceptado por todo el aparato de la Comintern, entre bastidores se produjeron serias divergencias.

---

816 Gérard Walter, obra cit., pág. 346.

817 Budenz, obra cit., pág. 180.

818 Ibid., pág. 180.

Mientras Molotov, como Stalin, era pro germánico, Dimitroff, Togliatti, Manuilsky, Harry Pollitt y otros altos dirigentes eran antigermánicos. En una reunión convocada por Dimitrov tras la firma del pacto ruso–alemán, Wilhelm Pieck, el jefe del KPD, se quejó de que algunos dirigentes comunistas deseasen una derrota de Alemania, y pidió que la Ejecutiva pusiera fin a esta actitud. Pieck declaró, además, que el acercamiento entre Stalin y Hitler revalorizaba automáticamente el papel del KPD, que, junto al PC ruso, era ahora el partido destinado a sentar la pauta en el seno del movimiento comunista mundial<sup>819</sup>.

### **III. EL REPARTO DE POLONIA**

Cubiertas las espaldas en el Este, Hitler se apresuró a poner en práctica sus planes bélicos. El 1 de septiembre de 1939, ocho días después de la firma del pacto de no agresión entre Berlín y Moscú y ocho horas tras su ratificación, la aviación alemana bombardeaba Varsovia, y la Wehrmacht Invadía la frontera polaca. Dos días más tarde, Inglaterra y Francia

---

819 Sobre el desarrollo de esta reunión véase el testimonio de Ernst Fischer, que tuvo un violento altercado con Pieck. *Erinnerungen und Reflexionen*, obra cit., págs. 422 y ss.

declaraban la guerra a Alemania. La segunda contienda mundial estaba en marcha.

El tratado de no agresión firmado entre Molotov y von Ribbentrop contenía una cláusula secreta en la que Berlín y Moscú sincronizaban sus respectivos intereses territoriales en los países bálticos, en Polonia y en el sur de Europa. El punto 2 de la cláusula secreta rezaba: “En el caso de una transformación de los territorios pertenecientes al Estado polaco, la esfera de intereses de Alemania y la URSS quedará aproximadamente delimitada por medio de la línea de los ríos Narev, Vístula y San” <sup>820</sup>. En el mismo artículo se acordaba que todos los problemas que pudieran surgir entre Alemania y Rusia con respecto a Polonia serían resueltos amistosamente por ambos países.

Mientras las tropas hitlerianas invadían la parte occidental de Polonia, Rusia inició en secreto la concentración de sus tropas en la frontera ruso-polaca, al mismo tiempo que Molotov, en contacto permanente con Ribbentrop, preparaba diplomáticamente la intervención armada de la URSS en Polonia. El 8 de septiembre Molotov informó al Gobierno polaco que su país no estaba en condiciones de prestar ayuda de ninguna clase a Varsovia. El 11 del mismo mes el embajador soviético en Polonia salía para Moscú. Al día siguiente la prensa rusa inició una violenta campaña de prensa contra el tratamiento de las minorías étnicas de

---

820 Sowjetkommunismus. Dokumente, obra cit., II, pág. 589.

origen ruso residentes en Polonia. El 17 de septiembre el Gobierno de Moscú entregó a Polonia la siguiente nota: “La guerra polaco–alemana ha revelado la descomposición interna del Estado polaco. En el curso de diez días de hostilidades, Polonia ha perdido todas sus zonas industriales y centros culturales. El Gobierno polaco ha quedado desintegrado, dejando de dar señales de vida. Ello significa que el Estado polaco y su Gobierno han dejado de existir. Por tanto, los acuerdos establecidos entre la URSS y Polonia han perdido su vigor... En tales circunstancias, el Gobierno soviético ha instruido al Alto Mando del Ejército Rojo para que dé a las tropas la orden de cruzar la frontera y de proteger la vida y la propiedad de la población de la Ucrania occidental y de la Rusia Blanca occidental”<sup>821</sup>. En una nota conjunta publicada por Berlín y Moscú el 18 de septiembre, se daba a conocer que la presencia común de las tropas alemanas y rusas en territorio polaco no perseguía intereses hostiles a ambos países ni era contraria al espíritu que había presidido la firma del pacto de no agresión entre Molotov y von Ribbentrop.

La cobarde anexión rusa de una parte de Polonia, en estrecha complicidad con la Alemania nazi, produjo en el mundo una indignación todavía mayor que la firma del tratado de no agresión ruso–alemán. La puñalada rusa a la espalda de Polonia creó un problema especialmente

---

821 Ibid., pág. 592.

delicado a los partidos comunistas de Francia e Inglaterra, cuyos gobiernos habían declarado la guerra a Alemania para defender a Polonia. Todavía el 25 de agosto de 1939 *L'Humanité* afirmaba que, si Polonia era atacada por Alemania, Francia tenía que cumplir con su deber y acudir en defensa de la nación polaca. “En el verdadero combate contra el fascismo agresor, el PC reivindica su puesto de primera fila”<sup>822</sup>. El mismo día por la tarde, Louis Aragón, en su habitual columna de *Ce Soir*, escribía: “Entre Polonia y Francia existe un tratado de asistencia mutua. Es decir, que si Polonia es víctima de una agresión, Francia debe acudir en su ayuda. Y todo buen francés que no quiera ver repetirse la vergüenza de Munich... deseará, como nosotros, que Francia cumpla sus compromisos internacionales”<sup>823</sup>. Ese mismo día, Thorez, en una reunión celebrada por la fracción parlamentaria del PC francés, decía: “Si Hitler, a pesar de todo, desencadenase la guerra, que sepa bien que encontraría ante sí al pueblo de Francia unido –los comunistas en primera fila– para defender la seguridad del país, la libertad y la independencia de los pueblos. Es por ello que nuestro partido aprueba las medidas tomadas por nuestro Gobierno para garantizar nuestras fronteras”<sup>824</sup>. En una carta dirigida a Léon Blum el 27 de agosto de 1939, Cachin escribía: “En esta hora grave, el PC afirma su posición

---

822 *L'Humanité*, 25 agosto 1939.

823 *Ce Soir*, 25 agosto 1939.

824 Véase Maurice Ceyrat, *La trahison permanente*, obra cit., página 62.

clara y lealmente, y afirma que si Hitler declara la guerra, encontrará ante él al pueblo francés unido, los comunistas en primera fila, para defender la seguridad del país”<sup>825</sup>. El 2 de septiembre los diputados comunistas votaron a favor de los créditos de guerra solicitados por el Gobierno. En una carta dirigida a los miembros del Senado, Marcel Cachin escribía el 6 de septiembre de 1939: “El PC francés mantiene, frente al hitlerismo, su actitud de siempre, y declara que se impone un deber primordial a todos los trabajadores: el de aceptar las medidas de orden militar pedidas por nuestro Gobierno para abatir a Hitler y garantizar la salvación del país. Repetimos que los comunistas franceses están y estarán en primera línea para aplastar al autor del atentado criminal contra la paz. Los diputados comunistas sujetos a movilización se han incorporado a sus unidades, Maurice Thorez a la cabeza. Todos obedecen el doble deber de destruir al fascismo y de salvar las libertades de nuestro país”<sup>826</sup>. Este tipo de manifestaciones patrióticas y antifascistas se prolongan hasta bien avanzado el mes de septiembre.

Los líderes franceses ignoraban entonces la existencia de la cláusula secreta contenida en el pacto de no agresión ruso–germánico concerniente al reparto territorial de Polonia. Consumada la intervención soviética en Polonia, el PC

---

825 Véase Rossi, *Los communistes frangais pendant la drole de guerre*, obra cit., pág. 26.

826 Ceyrat, obra cit., pág. 63.

francés, siguiendo la nueva línea exigida por la política exterior rusa, se apresuró a justificar la actitud del Kremlin y acusar de imperialismo a Francia e Inglaterra. Las nuevas instrucciones de Moscú fueron traídas por Raymond Guyot hacia el 20 de septiembre. La última declaración defendiendo la posición patriótica se produjo el 19 de septiembre: “Los comunistas franceses han mostrado su voluntad inquebrantable de defender al país al votar los créditos de guerra. Veintidós de nuestros diputados han ocupado su puesto en el Ejército, y en los campos de batalla soldados comunistas han derramado ya su sangre”<sup>827</sup>. La actitud patriótica de apoyo a la guerra contra Alemania, adoptada al principio por el PC francés, fue censurada más tarde por Moscú como un grave error. Retrospectivamente, el Politburó francés realizó un intento de autocrítica en un número clandestino de *Cahiers du Bolchevisme*: “Entonces fueron cometidos graves errores. El grupo parlamentario no utilizó la única sesión de la Cámara para protestar contra la política reaccionaria y belicosa de Daladier y de los jefes socialistas, votando los créditos de guerra. Todo esto no podía más que sembrar la confusión y la turbación, no podía más que debilitar la lucha del Partido y de los trabajadores revolucionarios contra la guerra imperialista, contra la nece-

---

827 Rossi, obra cit., pág. 46.

saría traición y provocación de los jefes socialistas y de algunos renegados pasados al enemigo”<sup>828</sup>.

A causa de su nueva actitud derrotista y antipatriótica, *L'Humanité* y *Ce Soir* fueron prohibidos por orden gubernativa el 25 de septiembre de 1939. Al día siguiente, el PC francés era declarado ilegal. Thorez, Marty y otros dirigentes del partido tuvieron que camuflarse y abandonar el país en dirección a Rusia, donde hallaron asilo político. Los diputados comunistas fundaron un nuevo movimiento ficticio para poder conservar sus mandatos: el “Groupe ouvrier et paysan français”. En nombre de la fracción parlamentaria comunista, su presidente, Florimond Bonte, y su secretario, A. Ramette, dirigieron, el 1 de octubre de 1939, una carta al presidente Herriot pidiendo que el Parlamento se reuniera para discutir el establecimiento de la paz y el cese de las hostilidades con Alemania, es decir, la aceptación total de la ocupación de Polonia por parte de los nazis y de los rusos. El 20 de octubre, en una entrevista concedida al corresponsal del *Daily Worker* en Francia –reproducida más tarde en *L'Humanité* clandestina–, Maurice Thorez declaraba: “No queriendo que los jóvenes de nuestro país sean las víctimas de la masacre causada por los capitalistas ingleses en la guerra de intereses que se disponen a realizar contra los capitalistas alemanes, nosotros actuamos como los



verdaderos defensores del pueblo francés”<sup>829</sup>. El mismo día que aparecían en Francia las declaraciones de Thorez, la Confederación General del Trabajo (que había expulsado de sus filas a los comunistas), escribía: “Esos campeones de la firmeza intransigente se han convertido ahora en los campeones de la capitulación ante el hitlerismo. Se han convertido en partidarios de la paz inmediata a no importa que precio, sobre la base de las propuestas de Hitler, conforme a los nuevos deseos y a los intereses actuales de Stalin”<sup>830</sup>.

El pacto de no agresión entre Molotov y von Ribbentrop, la actitud rusa con respecto a Polonia y el súbito derrotismo del PC francés frente a Hitler provocaron una ola de bajas en las filas del Partido. En las semanas y meses que siguieron a esos acontecimientos, un sector considerable de los estratos dirigentes rompió con el Partido, entre ellos 21 diputados, uno de los dos senadores, 15 miembros del Consejo General del Departamento del Sena y un gran número de alcaldes y concejales comunistas. Debido a que el Partido había pasado a la clandestinidad, no es posible conocer exactamente las deserciones y bajas que tuvieron lugar entre la militancia de base. Sólo la alta burocracia del Buró Político permaneció fiel al Partido, con excepción de Marcel Gitton<sup>831</sup>.

---

829 L’Humanité, 17 noviembre 1939 (edición clandestina).

830 Informations hebdomadaires, 17 noviembre 1939.

831 Gitton, convertido en colaborador de Petain, fue asesinado el 4 de septiembre de 1940 por agentes del partido.

En Inglaterra se produjo la misma farsa que en Francia. Pollitt, el secretario general del PC inglés, y Gallacher, que habían defendido vehementemente la política del Frente Popular en la víspera de la intervención rusa en Polonia, se vieron obligados a arrojar de pronto sus tesis anteriores y a combatir al gobierno de su país por haber declarado la guerra a Hitler.

Durante casi todo el mes de septiembre, en efecto, el PC inglés secundó la guerra de su país contra el fascismo. Pero sin transición, el 4 de octubre, el CC del Partido se dirigió al gobierno exigiendo la apertura de negociaciones con vistas a discutir el establecimiento de la paz en Europa, una paz basada en las bayonetas nazis que el mismo CC había combatido días antes. En un manifiesto publicado el 7 de octubre, el Partido anunció que la guerra desencadenada a causa de Polonia era una guerra imperialista y no una guerra contra el fascismo alemán. El 12 del mismo mes, presionado por Moscú, el PC inglés tuvo el cinismo y la audacia de desdecirse oficialmente de las tesis sustentadas en septiembre a favor de la entrada de Londres en la guerra. Con motivo de sus “errores”, Pollitt y J. R. Mampbell fueron destituidos provisionalmente de sus cargos. Pocas semanas después, ambos, fieles al ritual comunista, publicaron sendas autocríticas pidiendo perdón.

## IV. LA GUERRA RUSO-FINLANDESA Y LA ANEXIÓN DE LOS PAISES BÁLTICOS

El 30 de noviembre de 1939, dos meses después de la invasión nazi a Polonia, las tropas soviéticas, imitando a la Wehrmacht, penetraban en territorio finlandés. “El pretexto elegido por el gobierno soviético –comenta sarcásticamente A. Rossi– para iniciar las hostilidades, es el clásico “incidente” que todos los agresores inventan o utilizan sin demasiado esfuerzo de imaginación. El 26 de noviembre, obuses finlandeses cayeron por lo visto en territorio soviético, matando e hiriendo a varios soldados”<sup>832</sup>.

La agresión armada había sido precedida por el intento de convencer a Finlandia de la necesidad de firmar un pacto de ayuda mutua análogo al que poco antes Rusia había establecido con Turquía y los países bálticos. El acuerdo propuesto por Moscú preveía la cesión por parte de Finlandia de algunas zonas territoriales de importancia crucial para la defensa soviética. El gobierno finlandés se negó a aceptar las condiciones presentadas por el Kremlin, negativa que condujo inmediatamente a la intervención armada soviética, que se produjo sin la previa declaración de guerra formal. El 1 de diciembre, los rusos establecieron en la ciudad fronteriza de Terijoki un gobierno fantasma presidido por el

---

832 Rossi, obra cit., pág. 134.

estalinista Kuusinen, al que reconocieron como al único gobierno legal y soberano. Este acto no tenía más objeto que el de encubrir y dar una apariencia de justificación moral a la cobarde agresión armada. El 2 de diciembre, el “gobierno” de Kuusinen firmó con el de Moscú un pacto de ayuda mutua, aceptando ceder a Rusia las bases militares que el gobierno de Helsinki había refutado.

Al mismo tiempo que Moscú reconocía como único gobierno legítimo de Finlandia a un gobierno que sólo existía sobre el papel, decidió también suprimir sobre el papel al gobierno de Helsinki. Cuando los representantes diplomáticos de los Estados Unidos y de Suecia ofrecieron a principios de diciembre sus servicios para mediar en el conflicto entre Finlandia y Rusia, Molotov tuvo el suficiente aplomo para declarar que Moscú no se hallaba en conflicto alguno con el pueblo finlandés y su verdadero gobierno de Kuusinen. Y el día 5 de diciembre, el mismo Molotov envió una nota oficial a la Sociedad de Naciones afirmando que toda reunión de este organismo para discutir el conflicto ruso-finlandés era supérflua porque Rusia no se hallaba en guerra con Finlandia. Si las fuerzas soviéticas se hallan en Finlandia –se decía en la nota de Molotov– es únicamente porque “el gobierno de la República democrática finlandesa se ha dirigido al Gobierno soviético rogándole prestar asistencia militar con el fin de liquidar conjuntamente lo antes posible el peligroso foco de guerra creado en Finlandia por

esos antiguos dirigentes”<sup>833</sup>. Hitler no hubiera podido ser más cínico. Mientras Molotov se encargaba en el “parquet” diplomático de escenificar una de las farsas más inmundas de la historia europea moderna, la prensa comunista internacional, bien orquestada, como siempre, desencadenó una campaña de difamación contra el gobierno finlandés que, ahora, de pronto, aparecía como un gobierno reaccionario, fascista, imperialista, etc. Los comunistas olvidaban que cinco meses antes, con motivo de las elecciones celebradas en Finlandia en julio de 1939, la prensa soviética había acogido con entusiasmo la victoria del gobierno antifascista y democrático que ahora era calumniado.

La resistencia ofrecida por las tropas finlandesas, obligó a los rusos a abandonar su plan original, que era el de anexionar todo el país o, mejor dicho, el de convertirlo, por medio de un gobierno marioneta, en un vasallo suyo. En la primera reunión celebrada por los dirigentes de la Comintern para discutir la guerra ruso-finlandesa, Manuilsky, aludiendo a la resistencia del pueblo finlandés contra el Ejército Rojo, dijo: “La guerra de Finlandia es la expresión del fracaso de 28 años de esfuerzos de los partidos comunistas, de la IC... Durante mucho tiempo, hemos trabajado para hacer imposible la lucha contra la Unión Soviética, el primer país socialista. Hasta ahora habíamos creído que los pueblos se negarían a luchar contra

nosotros”<sup>834</sup>. La agresión de un coloso como la Unión Soviética contra un país insignificante como Finlandia, despertó en el mundo entero una ola de indignación, especialmente en los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, que socorrieron a los finlandeses con material de guerra y ayuda técnica. Sobre la hostilidad y el desprecio de la población inglesa hacia los comunistas, durante la campaña rusa en Finlandia, Douglas Hyde escribiría: “Los vendedores del *Daily Worker*, tanto mujeres como hombres, eran escupidos y atacados en la calle; cuando los agentes de publicidad ofrecían el periódico de casa en casa, se les echaba la puerta en las narices; en algunos casos se llegó a vaciar el orinal sobre sus cabezas”<sup>835</sup>. Como represalia por su agresión armada, la URSS fue momentáneamente expulsada de la Liga de las Naciones. Moscú temía que Inglaterra y Francia se decidiesen a participar masivamente en el conflicto y una vez se hubo asegurado una posición territorial ventajosa en el frente de guerra, se avino a negociar un armisticio con el gobierno finlandés. Las hostilidades terminaron el 3 de marzo de 1940. Rusia suprimió el gobierno fantasma de Kuusinen y firmó con el gobierno legítimo de Helsinki un pacto de ayuda mutua, cuyas bases

---

834 Castro Delgado, *J'ai perdu la foi á Moscou*, obra cit., pág. 62.

835 Douglas Hyde, *Anders ais ich glaubte*, obra cit., pág. 79. Hyde, jefe del departamento de noticias del *Daily Worker* inglés durante muchos años, rompió en 1948 con el comunismo y se convirtió al catolicismo. Lo mismo ocurrió con el comunista norteamericano Louis Francis Budenz, redactor-jefe del *Daily Worker* de Nueva York.

eran análogas a las que había presentado Moscú antes de estallar el conflicto bélico.

La guerra ruso–finlandesa puso de manifiesto la debilidad del aparato militar del Ejército Rojo, debilidad que en gran parte era la consecuencia de las purgas realizadas entre los cuadros dirigentes de las Fuerzas Armadas. Para vencer la resistencia finlandesa y romper la línea Mannerheim, los rusos tuvieron que movilizar cuatro divisiones motorizadas que habían acumulado cierta experiencia en luchas fronterizas con los japoneses.

En otoño de 1939, antes de estallar la guerra ruso–finlandesa, la Unión Soviética había obligado a Estonia, Lituania y Letonia a firmar pactos de “ayuda mutua” con ella. Entre el 17 y el 23 de junio de 1940, el Ejército Rojo invadió la frontera de los tres estados bálticos, estableciendo en ellos gobiernos marioneta que se declararon a favor de una integración con la Unión Soviética. Los grupos de población contrarios a la anexión, fueron detenidos y llevados a Siberia, exactamente como había ocurrido antes con los rusos blancos y los polacos.

## **V. LAS RELACIONES RUSO–ALEMANAS EN 1940–1941**

La anexión de los tres países miniatura del Báltico y la

agresión rusa a Finlandia habían sido aceptadas por Alemania con aparente neutralidad. El Tercer Reich se abstuvo de dar la impresión de que estos actos de piratería le disgustaban o contravenían sus intereses, máxime cuando Moscú había informado previamente a Berlín sobre sus acciones. Por su parte, Rusia aceptó sin pestañear la ocupación alemana de Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia, en la primavera y verano de 1940. Pero por debajo de la línea oficial, Stalin empezó a alarmarse por los arrolladores éxitos militares de la Wehrmacht. Después de la caída de Francia, el dictador tuvo que darse cuenta de que el conflicto bélico entre el Tercer Reich de una parte y Francia e Inglaterra de la otra no había conducido a un recíproco exterminio de ambos bloques, sino que había constituido un simple paseo militar de Hitler. Su hermosa y “genial” teoría sobre las ventajas de mantenerse al margen del incendio europeo, amenazaba derrumbarse como un ilusorio castillo de naipes. A partir de la derrota de Francia, Rusia empezó a temer seriamente que Alemania podía ahora dirigir sus pasos hacia el Este. Las simpatías de la población rusa estaban en ese momento a favor de Inglaterra, que seguía resistiendo; la prensa soviética, a pesar de que no podía permitirse el lujo de tomar partido por Inglaterra, comentaba cada vez más positivamente los éxitos de la Raf sobre la Luftwaffe. Por esas fechas, los servicios de información nazis registraban que “después de los éxitos políticos y militares de Alemania en la primavera de 1940, especialmente tras la rápida derrota de Francia –



sorprendente también para los rusos—, la prensa oficial de la Unión Soviética empezó su polémica contra Alemania. El nombre de “Alemania” era nombrado cada vez más frecuentemente y en sentido negativo. Los artículos sobre Alemania se multiplicaban”<sup>836</sup>.

Las relaciones entre Berlín y Moscú empezaron a adquirir un carácter conflictivo a partir del 26 de junio de 1940, fecha en la que el gobierno soviético presentó un ultimátum a Rumania para que ésta accediera, en el plano de 24 horas, a la entrega de la región de Besarabia y del norte de la Bukovina, territorios poblados en gran parte por ucranianos y rusos blancos. La anexión de estas zonas no estaba prevista en el pacto ruso–alemán de agosto de 1939, de manera que Berlín vio en ella un atentado contra el espíritu del convenio. A pesar de la reserva mostrada por los nazis, Rusia procedió el 2 de agosto a la anexión de ambos territorios rumanos. Con dos tercios de la zona ocupada, Rusia fundó la República Soviética de Moravia; el resto fue integrado a Ucrania.

Al mismo tiempo que el incidente de Rumania ensombrecía de una manera seria las relaciones entre Berlín y Moscú, en el aspecto económico, Rusia empezó a mostrarse reacia a suministrar a Alemania las materias primas previstas en el tratado comercial existente entre ambos países. Ello era tanto más importante por cuanto algunos de los

---

836 Kurt Krupinski, *Die Komintern seit Kriegsausbruch*, pág. 53, Berlín, 1941.

suministros eran de importancia vital para el Tercer Reich. De todos modos, de enero de 1940 a junio de 1941, Rusia suministró a Alemania 1,5 millones de toneladas de cereales, 100.000 toneladas de algodón, 2 millones de toneladas de productos petrolíferos, 1,5 millones de toneladas de madera, 140.000 toneladas de manganeso y 26.000 toneladas de cromo.

Por el testimonio aportado en los procesos de Nuremberg por diversos dirigentes y generales alemanes, se sabe que hacia septiembre de 1940, Hitler estaba ya decidido a atacar a Rusia. Por esas fechas se hallaba ya en marcha la “Operación Barbaroja”, nombre secreto con el que se designaba la próxima campaña contra la Unión Soviética. La decisión de Hitler de atacar a Rusia había sido favorecida no ya por la anexión de la Bukovina y Besarabia, ni tampoco por el empeoramiento de los suministros rusos, sino primariamente por el hecho de que la guerra contra las democracias capitalistas no había costado a Alemania grandes esfuerzos bélicos. Hitler creía que la Wehrmacht estaba en condiciones técnicas de repetir en Rusia la guerra relámpago que con tanto éxito había realizado en la Europa occidental.

El 27 de septiembre de 1940 fue firmado el Pacto tripartito entre Alemania, Italia y el Japón. El punto cinco del tratado subrayaba que el Pacto tripartito no afectaba para nada las relaciones entre Rusia y los países firmantes. Moscú, además, había sido informada con anterioridad a la formalización del pacto. A mediados de octubre de 1940, las

tropas alemanas ocuparon Rumania, con el expreso consentimiento del gobierno de esa nación, que había requerido la presencia de la Wehrmacht para protegerse contra Rusia. El 28 de octubre, Italia tomó la decisión de atacar a Grecia, acto que pasó a agravar la situación de los Balcanes. Al mismo tiempo, Alemania había firmado entretanto un pacto de no agresión con Finlandia, suministrando a este país material de guerra que se negaba a suministrar a Rusia. El 20 de noviembre de 1940, Hungría pasó a formar parte del Pacto tripartito; a este ingreso siguió el de Rumania (23 de noviembre) y el de Eslovaquia, el 24 de noviembre.

El gobierno soviético, que registró con preocupación estos hechos, no dijo por el momento nada sobre ellos. Su primera reacción de resistencia ante la creciente penetración germánica en el Este tuvo lugar cuando se hizo público que los alemanes pensaban utilizar Bulgaria para el paso de sus tropas. Moscú hizo saber oficialmente a Berlín que esta decisión no era aprobada por el gobierno soviético. Alemania intentó tranquilizar a Rusia aduciendo que el tránsito de la Wehrmacht por Bulgaria era una medida provisional dictada por la necesidad de tener acceso a Grecia, y que estas tropas serían retiradas en cuanto las operaciones militares tocasen a su fin. El 1 de marzo de 1941, Bulgaria se adhirió al Pacto tripartito, al mismo tiempo que las divisiones nazis entraban en el país. En una nota entregada el mismo día por Molotov al embajador alemán en Moscú, Schulenburg, el ministro soviético expresó en

términos enérgicos el disgusto de su país por las medidas tomadas por Alemania.

Presionado por Hitler, el gobierno yugoeslavo se vio obligado, por su parte, el 25 de marzo de 1941, a ingresar también en el Pacto Tripartito. Esta decisión, que había provocado ya una crisis ministerial en Yugoslavia, condujo el 26 de marzo a la rebelión del general Simovic y a la formación de un nuevo gobierno opuesto a la cooperación con Alemania. El 30 de marzo, Hitler exigió al nuevo gobierno que ratificase el ingreso de Yugoslavia al Pacto Tripartito. El 5 de abril, Yugoslavia y la Unión Soviética firmaron un tratado de amistad de carácter irrelevante, pues no preveía la ayuda militar de Rusia en caso de una agresión a Belgrado. Al día siguiente, la Wehrmacht invadía simultáneamente Yugoslavia y Grecia, y el 17 del mismo mes, el ejército yugoeslavo capitulaba ante las fuerzas alemanas. En su mensaje de primero de mayo, Dimitrov dio a entender que la política de Hitler era desaprobada por Moscú. El artículo del secretario general de la Comintern condenaba la invasión a Grecia y saludaba la resistencia ofrecida por el pueblo yugoeslavo a la Wehrmacht.

El 6 de mayo, Stalin asumió personalmente la presidencia del Consejo de los Comisarios del Pueblo, que había detentado hasta entonces Molotov. Este cambio fue interpretado por los observadores políticos como una tentativa última de resolver pacíficamente los problemas con Alemania. En los días siguientes, en efecto, Rusia tomó algunas medidas que

indicaban su deseo de no agravar la tirantez existente con el Tercer Reich. Así, por ejemplo, el 9 de mayo Moscú dejó de reconocer diplomáticamente a los gobiernos del exilio de Bélgica, Noruega y Yugoslavia. La prensa soviética seguía informando como si las relaciones entre Berlín y Moscú no hubiesen sufrido deterioro alguno. Sin embargo, por estas fechas aumentaban los vuelos de incursión en territorio soviético de la aviación alemana, y el Intelligence Service hizo conocer al Kremlin que Alemania estaba concentrando tropas en el Este con el objeto de invadir Rusia. El día 21 de junio, Molotov llamó al embajador alemán para hablarle de lo que estaba ocurriendo en la frontera y para pedirle que le explicase cuales eran las razones que Alemania tenía para llevar a cabo estos actos hostiles. Pocas horas después, Schulenburg volvió al despacho de Molotov para comunicarle que su gobierno se hallaba en guerra con la Unión Soviética.

Según fuentes no confirmadas hasta ahora, Stalin había ofrecido a Hitler a última hora una alianza militar total entre ambos países, con el objeto de impedir un conflicto bélico entre Rusia y Alemania. El encargado de transmitir esta propuesta fue Molotov, que se trasladó secretamente a Berlín para entrevistarse con von Ribbentrop. Esta noticia fue lanzada por primera vez por el *New York Times* en las páginas interiores de su edición de 19 de marzo de 1946 y confirmada seis días más tarde en el *New York Post* por la conocida periodista Dorothy Thompson. De acuerdo con

estas fuentes, las actas de las conversaciones sostenidas entre Molotov y Ribbentrop cayeron en manos de las tropas norteamericanas y entregadas al State Department, que las quería utilizar en los procesos de Nuremberg, pero que tuvo que desistir de su propósito por la enérgica oposición manifestada por los rusos. En sí, esta versión sobre el postrer intento de Stalin de evitar la guerra con Alemania, encaja perfectamente con la situación política de entonces, pero por la fecha en que apareció podía tratarse muy bien de una primera manifestación de la guerra fría entre Washington y Moscú.

En todo caso, la conducta de Stalin durante los meses y semanas que precedieron a la ruptura de hostilidades entre Rusia y Alemania, demuestra que el dictador no creyó seriamente en ningún momento –hasta que los tanques de la Wehrmacht cruzaron la frontera rusa– que Hitler atacaría a la Unión Soviética. La prueba de que Stalin no llegó a contar con la posibilidad de una agresión armada es que llegó a descuidar hasta el máximo la política de defensa y de protección. “Al estallar la guerra –testimonia Kruschev– no teníamos siquiera el suficiente número de fusiles para armar a la gente movilizada”<sup>837</sup>. Víctor Kravchenko, que como tantos otros compatriotas suyos fue llamado a filas, confirma: “El gobierno fue sorprendido de tal manera que ni siquiera existían suficientes uniformes. En los primeros

---

837 Secret Speech of Khrushchev, obra cit., págs. 46–47.

meses, había incluso oficiales que corrían hacia la muerte en ropa civil y sin el suficiente adiestramiento. Millones de soldados marchaban por el barro con alpargatas de lona y el comienzo del invierno les sorprendió con los uniformes de verano. Yo vi incluso a reclutas haciendo la instrucción con palos de escoba en vez de fusiles”<sup>838</sup>. Stalin estaba tan hipnotizado que incluso cuando le comunicaron que las tropas alemanas acababan de invadir territorio ruso, creyó que se trataba de una provocación. “Cuando los ejércitos fascistas –testimoniará Kruschev– habían invadido ya territorio ruso y las operaciones militares habían empezado, Moscú dio la orden de no responder al fuego alemán. ¿Por qué? Fue porque Stalin, a pesar de los hechos evidentes, pensaba que la guerra no había empezado todavía, que se trataba sólo de una acción provocativa por parte de algunas secciones indisciplinadas del ejército alemán, y que nuestra reacción podía servir a los alemanes de pretexto para iniciar la guerra”<sup>839</sup>.

La agresión alemana y la incapacidad de Stalin por preverla, así como el rápido avance de la Wehrmacht, puso de relieve los estragos causados por las purgas de 1936–1938 en el aparato de espionaje y en el aparato militar de la Unión Soviética. Stalin había aniquilado a la flor y nata de los servicios de Inteligencia y de los mandos militares. Sólo el

---

838 Víctor Kravchenko, obra cit., pág. 445.

839 Secret Speech of Khrushchev, obra cit., págs. 47–48.

heroísmo y la abnegación del pueblo ruso salvó al régimen estaliniano de la catástrofe completa. “Pero de todos los mitos cultivados en las incubadoras de propaganda comunistas –dirá indignado Kravchenko–, el más vil por su falsedad fue el de que Stalin había utilizado los 22 meses de paz que había obtenido a través de su pacto con los nazis, para armarse contra éstos. Ello es una mentira. Es una ofensa para los millones de rusos que sufrieron y murieron a causa de no haber sido aprovechado este plazo. Cuando estalló la guerra, todos nuestros trabajos de defensa se hallaban retrasados y ni siquiera teníamos planes racionales para poner en seguridad a las personas y valioso material de guerra que se hallaban directamente en la zona de agresión elegida por los invasores”<sup>840</sup>.

La incapacidad defensiva del Ejército Rojo puso también al descubierto que la propaganda sobre su carácter invencible estaba basada –por lo menos en parte– en mentiras. A la hora de la verdad, los soldados rusos, carentes de armas modernas, se veían obligados a combatir a los tanques alemanes con botellas de bencina. Se puso también de manifiesto que el éxito de los planes quinquenales era en parte una ficción. La guerra reveló asimismo algo no menos vergonzoso para el régimen: su falta de confianza hacia la población. El gobierno no sólo prohibió al pueblo ruso oír las emisoras extranjeras –lo que era lógico– sino que requisó

---

840 Kravchenko, obra cit., pág. 448.



todos los aparatos de radio existentes en el país. Este solo detalle demuestra el fracaso moral de un régimen montado sobre el terror y la más draconiana dictadura.

La agresión alemana obligó al dictador del Kremlin a cambiar de nuevo todo el repertorio de su propaganda. Las tiradas contra el imperialismo franco–británico fueron sustituidas aprisa y corriendo por una feroz propaganda antigermánica. “La URSS –comenta Jesús Hernández– no entró en la guerra para “sacar del pozo” a las democracias. La URSS empuñó las armas solamente cuando fue agredida por su socio. No fue Stalin, fue Hitler el que empujó a la URSS al campo de las democracias”<sup>841</sup>.

---

841 Jesús Hernández, obra cit., pág. 293.

## CAPÍTULO XVIII

### I. EL EXILIO DE TROTSKY Y LA IV INTERNACIONAL

La necesidad de exponer cohesivamente el desarrollo de la política exterior soviética en el período crucial situado entre 1939–1941 nos ha obligado a posponer el análisis y descripción del inesperado y trágico desenlace que en 1940 tuvo el duelo personal entre Stalin y Trotsky, así como las causas que condujeron al mismo.

Desde su llegada a la isla de Prinkipo, en 1929, Trotsky no había dejado de conspirar un solo momento contra el régimen estalinista. A pesar de su aislamiento, Trotsky, empujado por su naturaleza combativa, se entregó en seguida a una intensa labor política. En Prinkipo escribió numerosos artículos para la prensa mundial –especialmente para Norteamérica– y dio fin a sus obras “Mi vida” y “La historia de la revolución rusa”, aparecidas simultáneamente en los Idiomas más importantes. Ayudado por sus secretarios Van

Heijenoort y Jan Frankel, Trotsky empezó a publicar su famoso *Boletín de la Oposición*, comparable al *Correo Socialista* editado por los mencheviques rusos en el exilio. El *Boletín de la Oposición*, cuya salida era irregular, era leído no solamente con gran interés por los seguidores de Trotsky, sino también por los funcionarios del PC ruso y el propio Stalin. Al principio de su publicación, a través de diversos hombres de paja, el PC de la URSS compraba varios centenares de ejemplares de cada número, que eran dados a leer a los altos funcionarios del Partido y del gobierno. El Boletín constituía asimismo una excelente fuente de información para los países capitalistas y la prensa mundial. A través de enlaces y emisarios de Trotsky, el Boletín llegaba también a los círculos opositores del interior de Rusia.

En su destaralado pero confortable chalet de Prinkipo Trotsky no se limitaba a atender a su correspondencia privada y a redactar libros y artículos. A Prinkipo acudían simpatizantes y seguidores suyos de todo el mundo, así como miembros de la oposición rusa. Jascha Blumkin, por ejemplo, el terrorista social-revolucionario que en 1918 había asesinado al embajador alemán en Moscú, conde de Mirbach, visitó a Trotsky en Prinkipo y se comprometió a actuar de enlace con los círculos opositores de Rusia y a organizar la expedición del Boletín. Poco después de su regreso a la Unión Soviética, Blumkin fue detenido por la GPU y ejecutado. Sus Memorias, que escribió en la cárcel antes de ser fusilado, desaparecieron en los archivos de la

Lubianka. Las circunstancias que condujeron a su detención no han podido ser hasta ahora aclaradas con absoluta certeza. La versión más extendida es la de que el viejo social-revolucionario fue denunciado a la GPU por Radek, que tras su destierro a Siberia se disponía a abandonar su actitud oposicional y a reconciliarse con Stalin.

En su Boletín, Trotsky escribía: “Blumkin ha sido fusilado por decisión de la GPU. Este hecho no ha podido producirse sino porque la GPU se ha convertido en un instrumento personal de Stalin. En los años de la guerra civil, la Cheka cumplía una misión ruda. Pero esta labor se efectuaba bajo el control del Partido. Ahora el Partido está estrangulado... La sangrienta ejecución de Blumkin ha sido, bajo estas condiciones, una decisión personal de Stalin”<sup>842</sup>.

Pero no todos los visitantes que aparecían en Prinkipo acudían con buenas intenciones. La publicación del Boletín y la intensa labor político-literaria de Trotsky había alarmado a Stalin, que empezó a enviar espías y agentes a la isla de Prinkipo. Entre ellos se hallaba Jack Soble, un norteamericano de origen lituano que había estudiado varios años en Leipzig y logrado convertirse en el líder de los círculos trotskistas de Berlín. Soble, alias “Senin”, estaba desde 1931 al servicio de la GPU y transmitía a Stalin el contenido de todas las conversaciones mantenidas entre él y Trotsky. Más tarde, éste logró descubrir que Senin era un agente de la

---

842 Boletín de la Oposición, núm. 9, febrero-marzo 1930.

GPU y rompió con él a raíz de un breve viaje realizado por Trotsky a Dinamarca.

Stalin se había dado cuenta de que, a diferencia de otros líderes de la vieja guardia bolchevique, Trotsky no pensaba claudicar ante él y estaba firmemente dispuesto a proseguir en el exilio la lucha que había iniciado en el interior de Rusia. Pero en esta fase, la “hiena del Kremlin” no había decidido todavía liquidar físicamente a su odiado rival. Stalin envió incluso a Prinkipo a algunos agentes con el objeto de que sondearan discretamente el terreno para una posible reconciliación entre ambos. Estas tentativas acabaron todas negativamente. El 20 de febrero de 1932 Trotsky se enteró de que el gobierno le había desposeído, junto con todos los miembros de su familia, de la ciudadanía rusa. El primero de marzo del mismo año, Trotsky dirigió una carta abierta al presidium del CC del PC ruso, en la que hacía un llamamiento a los dirigentes soviéticos para que alejasen a Stalin del Partido e iniciasen una política apoyada en las masas y la vanguardia revolucionaria<sup>843</sup>.

Hallándose todavía en Prinkipo, su hijo León Sedov, que residía en Berlín –donde se hallaba estudiando en la Technische Universität–, entró en contacto con J. N. Smirnov, una de las grandes personalidades de la oposición y antiguo partidario de Trotsky. Smirnov había pasado varios años en Siberia, deportado; a través de una autocrítica

---

843 Ibid., núm. 27.

insincera, había logrado ser readmitido en el Partido y recobrado la confianza de Stalin, que le confió la dirección de la industria automovilística de Nishnij. Por causas relacionadas con este cargo técnico, Smirnov tuvo que realizar un viaje a Berlín, circunstancia que aprovechó para entrar en contacto con León Sedov, a quién hizo entrega de valioso material de primera mano sobre la situación económica de la Unión Soviética, que Trotsky publicó en el Boletín<sup>844</sup>.

Por estas fechas se produjo el suicidio de la esposa de Stalin, Nadja Allilujeva, y la subida al poder de Hitler<sup>845</sup>. Trotsky, profundamente convencido de que la Comintern era un instrumento totalmente inadecuado para realizar la revolución mundial, publicó un manifiesto dirigido a los tra-

---

844 Ibid., núm. 31.

845 En su libro *The Soviet Revolution* (pág. 355), el líder menchevique Rafael Abramovitch afirma que la esposa de Stalin fue asesinada por éste en el Kremlin el 9 de noviembre de 1932, en un acceso de furor. Margarete Buber-Neumann, por su parte, escribe en sus *Memorias*: «Seis años más tarde conocí a Tasso Salpeter, la mujer del jefe de la guardia personal de Stalin. Nos hallábamos en la misma celda de la cárcel preventiva de Moscú y nos hicimos amigas. Me contó el fin de Nadja. La noche de su muerte, Nadja tuvo un altercado con Stalin, marchándose a continuación a una reunión en casa de Vorochilov, donde tuvo lugar una nueva disputa con su marido. Dos horas más tarde era anunciada su muerte. Tasso no aclaró si Nadja había cometido suicidio o si Stalin la había matado de un tiro» (*Von Potsdam nach Moskau*, obra cit., página 338). Barmine, que era amigo íntimo de un hermano de Nadja Alliluyeva, afirma que la esposa de Stalin se suicidó (*Einer drr entkam*, obra cit., pág. 377).

bajadores de todo el mundo, en el que consignaba la necesidad de fundar la IV Internacional Comunista: “La clase trabajadora sólo puede ser salvada por medio del movimiento revolucionario mundial. Una reforma del Partido bolchevique ruso ya no es posible. El Partido bolchevique tiene que nacer de nuevo. La Comintern ha muerto para la revolución. Viva la IV Internacional de los marxistas revolucionarios”<sup>846</sup>. El manifiesto estaba firmado por varias organizaciones y partidos trotskistas existentes ya entonces en los principales países del mundo.

Desde su estancia de Prinkipo, Trotsky había realizado varias tentativas para obtener un permiso de residencia en la Europa Occidental. Gracias a su amigo Henri Molinier, un comerciante y oficial de reserva francés, el Quai d'Orsay le concedió un visado de entrada para Francia, pero bajo la expresa condición de que se mantuviera alejado de toda actividad política y mantuviera su incógnito. Trotsky y su familia desembarcaron en Marsella el mes de julio de 1933.

Los Trotsky fijaron primero su residencia en Royan, cerca de Burdeos, donde recibieron la visita de numerosos amigos y agentes de la NKVD. Once semanas después, Trotsky obtuvo permiso para trasladar su domicilio a Barbizon, cerca de París, lo que le permitió estar más cerca de su hijo León Sedov, que desde la capital francesa dirigía el *Boletín de la*

---

846 Citado por Artur Müller en *Die Sonne die nicht aufging. Schuld und Schicksal Leo Trotzki's*, págs. 353–354, Cotta Verlag, 1959.

*Oposición* y mantenía en sus manos los hilos de la incipiente IV Internacional.

Trotsky permaneció en Francia hasta junio de 1935. El gobierno francés, que en estos momentos se hallaba en excelentes relaciones con Moscú, se había negado a prolongar su residencia en el país. En espera de que la embajada de Noruega le entregase el visado de entrada que el gobierno de este país le había prometido, Trotsky se trasladó a París, donde aprovechó su breve estancia para recibir numerosas visitas. Trotsky se hospedaba en casa del doctor Rosenthal cuyo hijo Gérard era miembro de la sección francesa de la IV Internacional. “Entretanto –anota Trotsky en su Diario– tuve muchos encuentros con los camaradas de París. El piso del honorable médico se había transformado de pronto en la plana mayor de los bolcheviques–leninistas: en todas las habitaciones se celebraban debates, los teléfonos sonaban y aparecían cada vez más nuevos amigos”<sup>847</sup>.

Después del fracaso de Soble (alias “Senin”), Stalin había logrado introducir un nuevo espía en el círculo íntimo de Trotsky: Mark Zborovsky, alias “Etienne”. Pero, a diferencia de Soble, Etienne recibió instrucciones de no ganar la confianza directa de Trotsky, sino la de su hijo León Sedov. El nuevo agente de la GPU se convirtió en el colaborador principal de Sedov en París, escribiendo artículos para el *Boletín de la Oposición* bajo el seudónimo de “Etienne”.

---

847 Trotsky, Tagebuch im Exil, pág. 182, Colonia–Berlín, 1958.



Zborovsky era oriundo de Ucrania, donde había nacido en 1908. Después de cumplir una misión revolucionaria en Polonia –donde estuvo detenido algunos meses– se trasladó a Francia en 1928, estudiando en las universidades de París, Rouen y Grenoble. Antes de infiltrarse en el círculo de León Sedov, Zborovsky ocupó un cargo en la “Unión para la repatriación a Rusia”, un organismo utilizado por la NKVD como pantalla para la labor de espionaje.

En la noche del 7 de noviembre de 1936, pocas semanas después de haberse celebrado el primer proceso escenificado de Moscú, agentes de la NKVD asaltaron los locales del Instituto Internacional de Historia Social, sito en la calle Michelet, número 7, y robaron varias valijas conteniendo parte del archivo personal de Trotsky, que su hijo Sedov había depositado poco antes allí con la creencia de que estarían más a seguro que en el propio domicilio de la IV Internacional. La idea de guardar el archivo de Trotsky en el Instituto había partido de Etienne, que era empleado del mismo.

A pesar de que este suceso hubiera debido despertar el recelo de León Sedov, éste no llegó a pensar ni por un momento que el organizador del robo era su íntimo colaborador Etienne. El agente de la NKVD pudo seguir informando detenidamente a Moscú sobre el desarrollo de la IV Internacional y todos los pasos políticos de León Sedov. A principios de 1938, Etienne informó a sus superiores que Trotsky preparaba, por mediación de su hijo, la convocatoria

de una conferencia secreta de la IV Internacional, que había de celebrarse en París. En febrero del mismo año, León Sedov se vio aquejado de fuertes dolores de apendicitis.

A propuesta de Etienne, el hijo de Trotsky fue llevado a una clínica particular de Auteuil, dirigida por un emigrante ruso. Poco después de la operación, que se desarrolló sin dificultades, el hijo de Trotsky fue hallado muerto en su lecho de paciente, probablemente envenenado. Ello ocurría el 16 de febrero de 1938.

A pesar de la muerte de su hijo, Trotsky no abandonó la idea de convocar a las secciones de la IV Internacional. Los preparativos para la conferencia clandestina fueron asumidos por Rudolf Klement, secretario de la IV Internacional y uno de los más allegados colaboradores de Trotsky.

A la conferencia, que se celebró en septiembre de 1938 en París, asistieron figuras como Alfred Rossmer y James Cannon, el líder de los trotskistas norteamericanos.

La reunión trotskista había exigido antes una nueva víctima: el 16 de Julio de 1938 fue encontrado en las aguas del Sena un cuerpo decapitado y sin piernas, que pudo ser identificado más tarde como el de Rudolf Klement.

## **II. LA RED: SILVIA AGELOFF Y RAMON MERCADER**

En el momento en que el cadáver descuartizado de Klement era rescatado de las aguas del Sena, había llegado a París una trotskista norteamericana llamada Silvia Ageloff, que estaba destinada a jugar un papel trascendental en la vida de León Trotsky.

Silvia Ageloff, que era soltera y físicamente poco agraciada, procedía de una familia de la clase media muy vinculada al trotskismo. Ella y una de sus dos hermanas –Hilda– eran miembros del “American Worker’s Party” (el partido trotskista de USA) y de la IV Internacional. Una segunda hermana –Ruth Ageloff– había actuado como secretaria en la Comisión presidida por John Dewey y encargada de investigar en México las acusaciones lanzadas contra Trotsky durante los procesos escenificados de Moscú. Con este motivo, Ruth había tenido ocasión de conocer personalmente a Trotsky.

Silvia Ageloff había acudido a París en compañía de su compatriota y amiga Ruby Weil, una antigua trotskista que desde hacía algún tiempo estaba al servicio de la GPU. Ruby Weil era conocida de Louis F. Budenz, entonces redactor–

jefe del *Daily Worker* norteamericano y uno de los más estrechos colaboradores del doctor Gregory Rabinowitz, encargado de vigilar los pasos de los seguidores de Trotsky en los Estados Unidos. Gregory Rabinowitz, alias “Robert”, desplegó, entre 1937 y 1939, una intensa actividad para identificar el aparato trotskista de Norteamérica y reclutar agentes con vistas a la liquidación de Trotsky. Tras su conversión al catolicismo, Budenz escribiría sobre Rabinowitz: “Sería en 1941 que habría de enterarme que este hombre inteligente, de voz tranquila y cara seria, había realizado los preparativos para uno de los mayores crímenes políticos de nuestro tiempo”<sup>848</sup>. Rabinowitz era oficialmente el jefe de la Cruz Roja rusa en los Estados Unidos. Tras la subida al poder de Hitler, Rabinowitz se encargó de “liquidar” en Alemania el viejo aparato subversivo del KPD. El éxito logrado por Rabinowitz fue sin duda la causa de que la NKVD le confiase la delicada misión de posibilitar el asesinato de Trotsky. Ruby Weil fue seleccionada por Rabinowitz con el solo objeto de que la antigua trotskista convenciera a su amiga Silvia Ageloff de hacer juntas un viaje a París. Silvia Ageloff desconocía los vínculos de Ruby Weil con la GPU.

Por las mismas fechas en que Silvia Ageloff y Ruby Weil se hallaban en París, apareció en su círculo de amistades un belga llamado Jacques Mornard–Vandendreschd, que Ruby Weil presentó a Silvia como al hijo de un diplomático

---

848 Louis F. Budenz, obra cit., pág. 239.

dedicado al periodismo. En realidad, Jacques Mornard se llamaba Jaime Ramón Mercader del Río y era hijo de María Caridad del Río Hernández, una agente de la NKVD de origen cubano nacida en 1892. En 1910, la familia de Caridad del Río abandonó Cuba y fijó su residencia en Barcelona. Al año siguiente, Caridad del Río, que había recibido una educación religiosa y sido novicia por un tiempo en las Carmelitas Descalzas, contrajo matrimonio con el comerciante catalán Pablo Mercader, fruto del cual nacieron cuatro hijos. En 1925, Caridad del Río se separó de su marido y marchó a Francia, tomando consigo a sus hijos, entre ellos a Ramón. Durante su estancia en Francia, Caridad del Río cometió dos intentos de suicidio. En 1929 rompió totalmente con su marido. Superada esta primera crisis, Caridad del Río frecuentó en París círculos comunistas y mantuvo relaciones amorosas con un piloto de aviación que estaba al servicio de la GPU. Ramón Mercader del Río no había nacido en Teherán en 1904, como había comunicado a Silvia Ageloff, sino en Barcelona, el 7 de febrero de 1914. La falsificación de la fecha de nacimiento obedecía al objeto de hacerle aparecer mayor de lo que en realidad era. Después de haber asistido a la escuela primaria y hecho un curso en una escuela de hostelería de Lyon, Ramón Mercader regresó a España en 1929, entrando a trabajar en el Hotel Rltz de Barcelona. De 1932 a 1934 sirvió en el Ejército republicano como voluntario. Ramón Mercader, que entretanto había ingresado en el PCE, recibió en 1935 el encargo de fundar en Barcelona el club artístico “Cervantes”, que, en realidad,

estaba destinado a servir de pantalla para las actividades clandestinas de una célula del partido. Pero las autoridades descubrieron pronto que el Club Cervantes era un centro comunista ilegal, y detuvieron a Ramón Mercader, que pasó varios meses en la cárcel. La ficha que se le hizo en el Gabinete Antropométrico de la Jefatura de Policía de Barcelona iba años más tarde a servir de pieza fundamental para reconstruir su verdadera personalidad. Durante la guerra civil, Ramón Mercader actuó de comisario político en la División 27, con cargo de teniente. Fue por estas fechas que entró a formar parte de la NKVD. El ingreso en los Servicios de Inteligencia soviéticos le fue facilitado por su madre, que entretanto se había convertido en una figura política importante. Al producirse el levantamiento de julio, Caridad del Río se hallaba en Barcelona. Mujer de gran energía y coraje, se alistó como voluntaria al frente, donde resultó herida. En noviembre de 1936, Caridad del Río presidió una delegación de comunistas españoles enviada a México para ganar el apoyo de los grupos progresistas e intelectuales de esa nación. Durante su estancia en México, Caridad del Río tomó parte en numerosos mítines. El 18 de noviembre de 1936 tuvo el privilegio de hablar en la Cámara de los Diputados y el 20 del mismo mes de dirigir la palabra a miles de mejicanos en el Zócalo. A su regreso de México, Caridad del Río entabló contacto con Leónidas Eitingon, un alto funcionario del Departamento de Servicios Especiales de la NKVD que actuó en España bajo el seudónimo de “camarada Pablo” y también de “general Kotov”. Leónidas

Eitingon había sido delegado a España con la misión de dirigir, a las órdenes de Orlov, la liquidación del POUM. En Francia, Eitingon había actuado bajo el nombre supuesto de “Sakhnov” en estrecha colaboración con Mark Sborovsky, alias “Etienne”, el espía de la NKVD introducido en el círculo íntimo de León Sedov. Entre Leónidas Eitingon y Caridad del Río se desarrolló un “affaire” amoroso. Recomendado por el funcionario ruso, Ramón Mercader del Río fue enviado a Rusia en diciembre de 1937 con el objeto de perfeccionar sus conocimientos sobre terrorismo y espionaje. En la primavera de 1938, Ramón Mercader recibió la orden de trasladarse a París y ponerse en contacto con Ruby Weil, la amiga de Silvia Ageloff. ¿Estuvo Mercader complicado en la decapitación de Rudolf Klement, el secretario de la IV Internacional? Al encontrarse el cadáver de Klement en el Sena, Mercader se hallaba ya en la capital francesa. El futuro asesino de Trotsky había tenido siempre gran afición por la cirugía. Su destreza en el manejo del cuchillo sorprendía siempre a las personas que le conocían.

Una vez presentado a Silvia Ageloff, Ramón Mercader del Río no tuvo grandes dificultades en ganarse la confianza de la trotskista norteamericana, que se enamoró perdidamente de él. A pesar de que la conducta de su amante era en algunos puntos desconcertante, Silvia Ageloff, cegada por sus sentimientos, no acertó o no quiso desconfiar de él ni realizar pesquisas sobre su pasado y sus verdaderas actividades. En julio de 1938, Mercader se ausentó por algún

tiempo de París. En una carta fechada en Bruselas, comunicó a Silvia que sus padres habían tenido un aparatoso accidente de automóvil, a resultas del cual su madre había sufrido heridas de gravedad. Silvia Ageloff tomó en seguida el tren hacia Bruselas, pero en la dirección que Ramón Mercader le había dado no supieron darle razón de él. No menos sospechoso fue también el hecho de que Ramón Mercader ofreciese a su novia escribir artículos sobre psicología para una editorial dispuesta a remunerar con esplendidez estos trabajos. Silvia Ageloff aceptó la oferta, pero no vio nunca uno solo de sus artículos publicados, a pesar de que le fueron pagados puntualmente. Si, por un lado, el agente de la GPU incurría en continuas contradicciones, del otro supo desde el primer momento fingir muy bien una Indiferencia política que estaba muy lejos de sentir. Silvia le había confiado sus convicciones trotskistas e intentado interesarle por sus ideas. Cuando en septiembre de 1938 se celebró en París la conferencia secreta de la IV Internacional, Ramón Mercader se guardó muy bien de manifestar el deseo de asistir a las sesiones o de preguntar algo sobre su desarrollo. Sin embargo, fuera de la conferencia tuvo ocasión de entablar contacto personal con algunos de los trotskistas asistentes a la misma entre ellos el matrimonio Rossmer.

En febrero de 1939, Ramón Mercader, siguiendo instrucciones de sus superiores, comunicó a Silvia Ageloff que un periódico belga le había ofrecido el puesto de corresponsal en los Estados Unidos. El agente de la NKVD propuso a su



amante regresar a Norteamérica para esperar a que él se trasladara allí más tarde. Silvia Ageloff, que encontró perfectamente plausible la propuesta de su novio, hizo las maletas y abandonó París con rumbo a Nueva York. En septiembre del mismo año, Ramón Mercader se reunió con ella. Silvia Ageloff se enteró con sorpresa de que su prometido se llamaba ahora Frank Jacson y estaba en poder de un pasaporte canadiense falso. Para justificar este cambio de identidad, el agente de la NKVD dijo que se había visto obligado a utilizar una documentación falsa para librarse del servicio militar. En realidad –como se descubriría más tarde– se trataba de un pasaporte capturado por la NKVD en España, que había pertenecido al ciudadano canadiense Tony Babich y que había sido extendido legalmente con el número de 31.377 el 22 de marzo de 1937. Tras la muerte del titular del pasaporte –que había luchado en las Brigadas Internacionales–, el departamento de falsificación de la NKVD borró los datos originales y extendió el pasaporte a nombre de un tal Frank Jacson. El funcionario encargado de falsificar la identidad no debía tener conocimientos muy amplios del idioma inglés; ello explica que el apellido Jacson fuese escrito sin la k que suele llevar después de la c.

En octubre de 1939, un mes después de su llegada a Nueva York, Ramón Mercader comunicó a su novia que tenía que partir para México con el fin de hacerse cargo de un puesto que le había ofrecido una empresa de exportación. Algunas semanas después de su arribada a la capital mejicana,

Mercader escribió a Silvia diciéndole que sentía una gran nostalgia por ella y que necesitaba tenerla a su lado. Silvia Ageloff volvió a dejarlo todo y se apresuró a correr hacia su novio.

### **III. EL ATENTADO FRUSTRADO**

Desde la llegada de Trotsky a Méjico, a finales de 1937, los comunistas de ese país hicieron todo lo posible para turbar la hospitalidad que el presidente Lázaro Cárdenas había dispensado al exilado ruso. Por otra parte, y debido a que la aparición de Trotsky en Méjico coincidió con la guerra civil española, su presencia quedó un poco olvidada en medio del maremágnum de la política internacional. Pero una vez acabada la guerra de España, la presencia de Trotsky empezó a resultar molesta para Stalin, especialmente tras la firma del tratado de no agresión entre Berlín y Moscú. Stalin sabía por su red de agentes que Trotsky estaba escribiendo una biografía sobre él, destinada a aparecer en la Editorial Harper, de Nueva York. En una Europa conmovida por la guerra y el totalitarismo, Méjico se había convertido para Trotsky en una plataforma estratégica de primer orden: situado en la garganta de las Américas, constituía un magnífico punto de enlace entre los países latinoamericanos y la América del Norte, donde los trotskistas eran una fuerza

considerable y bien organizada. Stalin temía sin duda la influencia de Trotsky en el Nuevo Mundo, especialmente en los Estados Unidos. Pero al frente de Méjico se hallaba Cárdenas, un hombre de izquierdas de carácter noble e independiente, que había tenido el gesto personal de rescatar a Trotsky de la inhospitalaria Europa. Stalin sabía que Cárdenas no se prestaría a lo que se habían prestado antes los gobiernos de Francia y de Noruega: expulsar a Trotsky.

En vez de presionar directamente sobre el gobierno mejicano, Moscú ordenó al Partido Comunista de ese país que desencadenase una campaña de difamación contra el exilado y crease una situación de tirantez entre el gobierno de Méjico y su ilustre huésped. Esta campaña fue precedida, a principios de 1940, por una depuración dentro del movimiento comunista mejicano, que condujo a la marginación del grupo encabezado por Hernán Laborde, secretario general del PCM, y Valentín Campa, el líder sindical más destacado del partido, a quienes los estalinistas acusaron entre otras cosas, de adoptar una actitud demasiado benevolente con respecto a Trotsky. La campaña contra éste estuvo dirigida por *El Popular*, de Vicente Lombardo Toledano, *La Voz de Méjico*, *El Nacional*, *El Machete* y *El Futuro*. Entre otras cosas, se acusaba a Trotsky de estar en contacto con la embajada norteamericana en Méjico y de haber entregado al embajador Dies documentación perjudicial al pueblo mejicano; asimismo, de preparar, junto con el general Cedillo y

otras personalidades de la oposición, un putsch contra el gobierno de Cárdenas. En una carta dirigida a las autoridades mejicanas, Trotsky, con una lógica implacable, escribía: “Todas las acusaciones contradicen la más elemental cordura humana, pues me achacan actos que se oponen no sólo a mis ideas y a la labor de toda mi vida, sino también a mis directos intereses, pues yo deberla haber perdido el Juicio si quisiera obrar de modo tan falaz con respecto al gobierno mejicano, que me ha concedido hospitalidad tan generosamente”<sup>849</sup>. A pesar de todas las injurias lanzadas contra Trotsky por la prensa comunista, el gobierno mejicano se mantuvo firme y no se dejó impresionar por las campañas del partido, negándose a revocar la orden de asilo político concedido al exilado ruso.

Al darse cuenta de que el método de la intimidación pública no conducía a los resultados apetecidos, Stalin decidió recurrir a la misma táctica que había utilizado ya antes con León Sedov y algunos colaboradores de Trotsky: la liquidación física. Méjico era, por esas fechas, un lugar ideal para la acción subversiva de los comunistas. Los dirigentes más destacados del PCM que habían luchado en las Brigadas Internacionales se hallaban de regreso a su país. En Méjico se hallaban también numerosos comunistas extranjeros, algunos llegados directamente de España; otros, enviados poco después por la Comintern desde Rusia. Entre los altos

---

849 Leandro A. Sánchez Salazar–Julián Gorkin, *Mord in México*» páginas 63.64, Francfort, 1959.

funcionarios comunistas que se encontraban en esos momentos en Méjico cabe citar a Manuilsky, León Haikins, James Ford (del PC de USA), Vittorio Vidali (alias “Carlos Contreras”), Codovila, el español Pedro Checa (que dirigía el PCE en Méjico), Martínez Cartón (comandante del Quinto Regimiento), un tal Álvarez y un tal Puentes. Estos tres últimos habían llegado a Méjico a finales del verano de 1939, procedentes directamente de Moscú, donde habían sido adiestrados por la NKVD para una peligrosa misión especial que debía ser ejecutada bajo la dirección de Puentes. Julián Gorkin escribe al respecto: “A 45 kilómetros de Moscú, cerca de la carretera de Stalingrado, la NKVD tenía una “dacha”, en la que Puentes vivió oculto tres meses. No se le permitió mantener contacto o siquiera correspondencia con ninguno de sus compatriotas. Los automóviles de la NKVD acudían incesantemente día y Noche. Se preparaba a Puentes para la misión terrorista más importante de su vida. Esta tarea era tan importante, que Beria recibiría diariamente un informe sobre los preparativos. Y Beria, a su vez, tenía que dar parte a Stalin”<sup>850</sup>. En Méjico se hallaba también el pintor David Alfaro Siqueiros, que había participado en la guerra de España al mando de los voluntarios mejicanos. Siqueiros era un revolucionario profesional al servicio de la GPU, en la que había ingresado en 1929, a raíz de una estancia suya en la Unión Soviética. Antes de pertenecer al Partido Comunista había formado parte del Estado Mayor de Carranza y

---

850 Ibid., pág. 324.

actuado como agregado militar en la embajada mejicana de París. Siqueiros conoció a Caridad del Río a finales de 1936, a raíz del viaje que ésta hizo a Méjico al frente de una delegación de comunistas españoles. Cuando ambos se vieron de nuevo en España, Caridad del Río le presentó a su hijo Ramón.

A las cuatro de la madrugada del 24 de mayo de 1940, una veintena de hombres (algunos disfrazados como agentes de policía), se presentaron ante la residencia fortificada de Trotsky y, después de desarmar a la guardia y penetrar en el patio, abrieron un intenso fuego de ametralladora contra la estancia de la finca en que se hallaban descansando el líder revolucionario con su mujer y su nieto Esteban. A pesar de que los agresores dispararon unas 300 balas, los moradores de la fortaleza salieron ilesos del atentado, salvo algún pequeño rasguño; Trotsky, su esposa Natalia Sedova y el pequeño Sova (Esteban) habían tenido la buena ocurrencia de arrojarse en seguida debajo de la cama. Los asaltantes arrojaron también una bomba incendiaria, con el objeto de destruir el archivo de Trotsky y el manuscrito de su biografía sobre Stalin. El incipiente fuego pudo ser extinguido en los primeros momentos por el propio Trotsky, ayudado por su mujer.

En vista del fracaso del atentado, la primera reacción del jefe de la policía secreta mejicana, coronel Sánchez Salazar, fue la de creer que se trataba de una maniobra escenificada por el propio Trotsky con el pretexto de disponer de

un pretexto para obligar al gobierno mejicano a tomar medidas enérgicas contra los comunistas, que, con sus ataques y calumnias, ponían en peligro el asilo que el presidente Cárdenas le había concedido. Sánchez Salazar estaba tan convencido de su sospecha, que durante varios días siguió una pista completamente falsa, llegando incluso a detener a dos secretarios de Trotsky. Sánchez Salazar se dio cuenta de su error de apreciación cuando un mes más tarde la policía encontró en una finca abandonada el cadáver del norteamericano Robert Sheldon Harte (“Bob”), que en la noche del atentado había tenido a su cargo la guardia de la finca de Coyoacán y desaparecido sin dejar rastro. Aunque todos los indicios indican que Sheldon había cooperado con los agresores y fue eliminado más tarde para que no hablase, Trotsky se negó siempre a admitir –sin duda, por motivos políticos– que su secretario fuese un agente de la GPU. Sheldon llevaba sólo siete semanas al servicio de Trotsky. Las sospechas sobre él se acentuaron al descubrirse que había sido amigo de Ramón Mercader. El padre de Sheldon declaró ante la policía que en la habitación de su hijo había colgado siempre un gran retrato de Stalin, y que él le había considerado como un estalinista convencido. Los datos acumulados por el coronel Leandro A. Sánchez Salazar sobre la conducta de Sheldon Harte no dejan lugar a dudas de que el joven norteamericano era un agente de la NKVD.

La ejecución del atentado fue dirigida por David Alfaro Siqueiros, aunque en la preparación participaron otros altos

funcionarios de la Comintern y de la GPU, entre ellos Jacobo Rasin, alias “Jacobo Golos”, que junto a Georg Mink era el hombre de confianza de la NKVD en Norteamérica. (Ambos eran rusos de nacimiento.) Golos, afirma Dallin, “tomó parte también en los preparativos del atentado contra León Trotsky en México”<sup>851</sup>. Entre los responsables y cómplices del atentado que la policía logró detener e identificar, se hallaban: Luis Mateo Martínez, maestro de escuela y miembro del PCM; David Serrano Andonegui, antiguo comandante de las Brigadas Internacionales y miembro del CC del PCM; Néstor Sánchez Hernández, ex capitán de las Brigadas Internacionales; Antonio Pujol, pintor y amigo de Alfaro Siqueiros; Juan Zúñiga Camacho, Mariano Vázquez, Ana López Chavez, querida de este último; Julia Barradas Hernández, la primera mujer de David Serrano Andonegui, y Luis Arenal, cuñado de Alfaro Siqueiros. Por encargo de Pujol, Ana López Chavez y Julia Barradas habían alquilado, antes del atentado, un apartamento en la calle de Abasólo, número 85, próximo a la finca de Trotsky, desde el que podían espiar los movimientos de la guardia y las entradas y salidas. Julia Barradas mantenía incluso relaciones amorosas con Rodolfo Frago, un miembro de la guardia. En la víspera del atentado, Julia Barradas y Ana López organizaron una fiesta en el apartamento con el pretexto de que se marchaban del barrio. Al producirse el asalto, una parte de los policías encargados de custodiar la fortaleza de Trotsky –

---

851 Dallin, *Scnvietspionage*, obra cit., pág. 478.



al mando del sargento Casas– no estaban en sus puestos. Una vez realizado el atentado, Julia Barradas y Ana López abandonaron a toda prisa su apartamento. Entre los papeles dejados por ambas en el piso, la policía encontró algunos que demostraban su complicidad.

Es casi seguro también que Ramón Mercader participó, directa o indirectamente, en el atentado del 24 de mayo. La agresión contra Trotsky realizada en esa fecha por el grupo de asaltantes al mando de Alfaro Siqueiros deja entrever que la misión inicial de Ramón Mercader en Méjico no era la de asesinar a Trotsky, sino la de espiar y familiarizarse con las condiciones exteriores e interiores de la fortaleza. Es muy posible que el estalinista catalán aprovechara sus visitas a la residencia de Coyoacán para fotografiar con una cámara en miniatura todos los datos que podrían más tarde facilitar el asalto, especialmente la disposición de las estancias, el sistema de alarma y el número de ayudantes que protegía a los Trotsky. Su excelente memoria gráfica hubo de facilitar su labor de espionaje.

Interrogado por las autoridades mejicanas, Trotsky señaló en seguida a la NKVD como posible inductor y ejecutor del atentado. En una extensa carta dirigida el 1 de junio de 1940 al fiscal general de la República, al jefe de Policía y al ministro de Asuntos Exteriores, Trotsky afirmaba: “Todo indica que los inspiradores del atentado perpetrado contra mí proceden del extranjero. Es del todo posible que, después de haber realizado los preparativos y distribuido los papeles,

han abandonado de nuevo Méjico. Este es el método habitual de la GPU, que, en su calidad de órgano del gobierno ruso, está siempre muy interesado en no dejar huella alguna... No puede haber la menor duda que los dirigentes del Partido Comunista conocen exactamente quién es el representante responsable de la GPU en México. Quisiera mencionar aquí también que David Alfaro Siqueiros, que participó como estalinista activo en la guerra civil española, conoce también a los demás importantes agentes españoles y mejicanos de la GPU que, en diversas ocasiones, han acudido a Méjico, la mayoría de veces vía París. El interrogatorio del antiguo y actual secretario general del PC y de Siqueiros contribuiría mucho a arrojar luz sobre los preparativos del atentado y a desenmascarar a los culpables”<sup>852</sup>.

Pocos días después del frustrado atentado, la NKVD procedió a una purga dentro del movimiento comunista mejicano y español, una de cuyas víctimas fue Pedro Checa. Internado bajo vigilancia en una cheka de Cuernavaca, Checa murió algunos meses después de “tuberculosis”. Su repentina desaparición despertó toda clase de rumores en el seno de la colonia comunista española.

Al producirse el atentado, Ramón Mercader se había convertido en una figura familiar para los ayudantes de Trotsky,

---

852 Sánchez Salazar–Gorkin, obra cit., págs. 61 y 65.

pero no había tenido todavía oportunidad de trabar conocimiento personal con el revolucionario ruso. Ramón Mercader entró por primera vez en la finca de Trotsky a finales de marzo de 1940; lo hizo en compañía de su prometida Silvia Ageloff, que en la víspera de su regreso provisional a Nueva York había acudido a Coyoacán para despedirse del matrimonio Rossmer, que se hallaba de visita en Méjico y era huésped de Trotsky. Antes de partir para Nueva York, Silvia Ageloff prohibió a Ramón Mercader acudir solo a la finca durante su ausencia. El acercamiento de Mercader a la fortaleza de Coyoacán estuvo favorecido por dos circunstancias básicas; primero, porque su amante, Silvia Ageloff, era conocida de los Trotsky y, segundo, porque por estas fechas se hallaba en Méjico el matrimonio Rossmer. Durante su estancia en Méjico, Silvia Ageloff invitó a menudo a los Rossmer a comer y a hacer excursiones por los alrededores. Ramón Mercader, en su calidad de prometido de Silvia –mejor dicho, de marido– tuvo ocasión de participar en estos esparcimientos y, con ello, de intimar con los Rossmer y ganarse su confianza. El agente de la GPU disponía además de coche, que él utilizaba para hacer pequeños favores a los dos trotskistas franceses. Por añadidura, Alfredo Rossmer cayó enfermo, lo que le hizo depender todavía más de los servicios personales de Ramón Mercader, que le visitaba casi diariamente en el Hospital Francés.

Ajustándose a las instrucciones de sus jefes, el futuro asesino de Trotsky no hizo naturalmente ninguna tentativa

directa para forzar su penetración en los dominios de quien estaba destinado a ser su víctima, dejando que la suerte y la casualidad vinieran en su ayuda. El 28 de mayo de 1940, cuatro días después del atentado, los Rossmer tenían que partir hacia el puerto de Veracruz para proseguir viaje hasta Nueva York. Ramón Mercader, que estaba enterado de su partida, se había ofrecido a llevarles en su coche con el pretexto de que sus negocios le conducían también a esa ciudad. Cuando Ramón Mercader llegó de buena mañana a la finca de Coyoacán para recoger a los Rossmer, éstos se hallaban todavía desayunando; Trotsky, que era un hombre de modales muy correctos, le invitó a sentarse a la mesa con ellos. Era la primera vez que ambos trababan contacto personal.

El viaje hacia Veracruz fue realizado no sólo por los Rossmer y Ramón Mercader, sino también por Natalia Sedova, la esposa de Trotsky, y Riva Hansen, la mujer del secretario-jefe de Trotsky. A pesar de que el agente de la NKVD gozaba de la simpatía personal de Natalia Sedova –a quien trataba siempre con especial deferencia– a su regreso a la ciudad de Méjico no hizo ninguna tentativa para penetrar de nuevo en la intimidad de los Trotsky. El 12 de junio apareció brevemente por Coyoacán para comunicar a la guardia que se marchaba a Nueva York y que con este motivo dejaba su coche a su disposición. Los miembros de la guardia aceptaron encantados este gesto de amabilidad y uno de ellos acompañó a Ramón Mercader al aeropuerto. En

Nueva York, Ramón Mercader se entrevistó con el Jefe de la NKVD en Norteamérica, Gaik Ovakimian, sin duda para ultimar los preparativos para el nuevo golpe contra Trotsky<sup>853</sup>. El futuro magnicida permaneció en Nueva York hasta el 1 de julio. Después de no haber dado señales de vida durante cuatro semanas, apareció de nuevo en Méjico—ciudad a finales de julio. Inmediatamente después de su llegada, el estalinista catalán telefoneó a Silvia Ageloff para pedirle que se reuniera en seguida con él. El 29 de julio, Ramón Mercader se presentó en la finca de Trotsky para recoger su “Buick”. Dos días más tarde volvió a aparecer para obsequiar a la esposa de Trotsky con una caja de bombones.

El 8 de agosto, tras el regreso de Silvia Ageloff, los Trotsky invitaron a Ramón Mercader y a su prometida a tomar el té en la fortaleza. Ambos permanecieron en la finca desde las 14:40 hasta las 15:50 horas. El día 10, el futuro asesino apareció de nuevo con el objeto de pedir a Trotsky una cita. Como pretexto, Ramón Mercader adujo que había escrito un artículo y deseaba que el jefe de la IV Internacional lo corrigiera. Trotsky accedió a esa petición. El 17 de agosto, Trotsky introdujo al agente de la NKVD en su cuarto de trabajo para repasar juntos el manuscrito. Su estancia duró

---

853 Ovakimian fue detenido el 5 de mayo de 1941 en Nueva York por indicación del Intelligence Service británico. Después del ataque nazi a Rusia fue devuelto a Moscú a cambio de algunos ciudadanos norteamericanos detenidos en la Unión Soviética.

esta vez sólo once minutos. Mientras Trotsky leía, Ramón Mercader tomó asiento detrás suyo, sin quitarse el sombrero y manteniendo apretado su abrigo contra su cuerpo.

No se ha podido averiguar nunca si Ramón Mercader acudió este día a la fortaleza para perpetrar el crimen o con el objeto de estudiar los últimos detalles de la ejecución. El caso es que Trotsky se sintió molesto por su presencia y dijo a su mujer que no deseaba ver de nuevo al prometido de Silvia Ageloff. Diversos indicios dejan entrever que Ramón Mercader había acudido ese día a la fortaleza para asesinar a Trotsky, pero que sus nervios le fallaron y pospuso la ejecución para otra ocasión. Las personas que le trataban – sobre todo Silvia Ageloff– se dieron cuenta del nerviosismo que por estas fechas se había apoderado de Ramón Mercader, alias “Frank Jacson”.

#### **IV. EL GOLPE FINAL**

A media tarde del día 20 de agosto de 1940, Ramón Mercader apareció en la finca de Coyoacán. A pesar de que Trotsky había manifestado a su esposa el deseo de no verle de nuevo, había olvidado dar órdenes a la guardia para que se le negase la entrada. Siguiendo su costumbre, a las cinco

de la tarde Trotsky había descendido al patio para alimentar a sus conejos y gallinas. Natalia Sedova, desde el balcón, divisó al futuro asesino, que se apresuró a saludarla con rebuscada amabilidad. Natalia Sedova notó la palidez de Ramón Mercader y le preguntó si se sentía enfermo. Luego le trajo un vaso de agua que éste le había pedido. Para justificar su presencia en la finca, Ramón Mercader dijo que él y su prometida regresaban al día siguiente a Nueva York y venían a despedirse, añadiendo que su novia llegaría de un momento a otro. En realidad, Silvia Ageloff esperaba vanamente en el hotel a que el agente de la GPU acudiera a la cita convenida.

Ramón Mercader se acercó a Trotsky para mostrarle el manuscrito corregido. Dándose cuenta de la palidez vidriosa del visitante, le preguntó: “¿Se siente usted de nuevo indispuesto? Su aspecto no me gusta nada. Debería usted cuidar más de su salud”<sup>854</sup>. Quitándose los guantes que utilizaba para dar de comer a los animales, Trotsky se dirigió a su cuarto de trabajo, no se había quitado la gabardina. En el momento en que los dos hombres desaparecieron en el despacho de Trotsky eran cerca de las seis de la tarde. Tres o cuatro minutos después, Natalia Sedova oyó un grito espantoso; precipitándose fuera de la habitación, se encontró a su marido desplomado en el suelo, frente al balcón del comedor, sangrando. Los secretarios de Trotsky habían

---

854 Sánchez Salazar–Gorkin, obra cit., pág. 176.

entretanto acudido al gabinete y golpeaban al asesino con la culata de sus pistolas. Trotsky, que desde el comedor oyó lo que estaba ocurriendo, dio orden a sus secretarios de que no matasen al asesino. Trotsky fue llevado al hospital y operado dos horas después de haber tenido lugar el atentado.

El asesino, que a consecuencia de los culatazos y golpes recibidos se hallaba también herido, fue llevado al mismo hospital donde los médicos intentaban salvar la vida de su víctima. Los esfuerzos para rescatar a Trotsky de su estado de coma resultaron vanos; el líder revolucionario murió a las 19:25 horas del día 21 de agosto de 1940, exactamente veinticinco horas y treinta y cinco minutos después del atentado.

En las declaraciones hechas más tarde ante el juez instructor, Ramón Mercader dijo: “Una vez en su cuarto de trabajo, Trotsky tomó mis papeles y se sentó en su silla, frente a la mesa escritorio. Yo me hallaba a su izquierda, de manera que me daba la espalda. Trotsky no desconfiaba en absoluto. Coloqué mi gabardina encima de algún mueble, no recuerdo cuál; en la parte derecha de la misma se hallaba cosido un estilete, y en la parte izquierda la piqueta de romper hielo.

Mientras él leía el artículo, tomé la piqueta de mi gabardina, cerré los ojos y le golpeé la cabeza, Golpeé sólo una vez. Trotsky lanzó un grito estridente, se arrojó sobre mí



y me mordió en la mano izquierda. Luego empezó a retroceder, dando traspiés”<sup>855</sup>.

## **V. ASESINO A SUELDO DE LA GPU**

Al ser detenido, Ramón Mercader entregó a la policía mexicana una carta de tres páginas redactada en francés. El texto había sido escrito a máquina, pero la fecha y la firma, “Jac” se hallaban anotadas con lápiz. Ramón Mercader no llevaba consigo ningún documento de identidad. En la carta entregada a la policía, el asesino afirmaba llamarse Jacques Mornard y pertenecer a una familia belga de diplomáticos. De acuerdo con la versión contenida en la carta, Ramón Mercader, alias “Mornard” y “Frank Jacson”, era un trotskista convencido hasta que tuvo la oportunidad de conocer personalmente a Trotsky: “Después de algunas conversaciones –se decía en el documento– Trotsky me dijo finalmente con toda claridad lo que quería de mí. En ese momento se desvanecieron todas mis ilusiones y se apoderó de mí una gran desconfianza hacia el hombre en quien hasta entonces había creído. Yo debía ir a Rusia y organizar una serie de atentados contra diversas personas, en primer lugar

contra Stalin...”<sup>856</sup>. El asesino expresaba en la carta no sólo su desilusión, sino que, recogiendo la ponzoña diseminada sistemáticamente por la prensa comunista de Méjico contra Trotsky, acusaba a éste de despreciar a los mejicanos: “En el curso de nuestras conversaciones quedé sorprendido al oír de qué manera tan despreciativa hablaba de la revolución mejicana y de los mejicanos en general... Trotsky critica la política de Cárdenas y a la policía mejicana, de la que sostiene que está completamente corrompida”<sup>857</sup>. En sus declaraciones ante el juez instructor, Ramón Mercader precisaría: “Después de mis conversaciones con Trotsky se apoderó de mí un odio indecible contra él. Me di cuenta de que yo era uno de los que utilizaba para sus fines personales, pues sin el menor remordimiento de conciencia obligaba a sus partidarios a sacrificarse por sus propios intereses. Por eso decidí matarle...”<sup>858</sup>.

Lo primero que llamó la atención de las autoridades mejicanas fue el hecho de que Trotsky hubiese confiado la misión de derribar y asesinar a Stalin a un hombre prácticamente desconocido para él, con el que no había hablado, en conjunto, más allá de unos veinte minutos. (Las entradas y salidas de los visitantes de la fortaleza de Coyoacán eran anotadas rigurosamente por la guardia de Trotsky en una

---

856 Ibid., pág. 191.

857 Ibid., págs. 190–191.

858 Ibid., págs 197–198.

libreta.) El 31 de agosto de 1940, el cónsul belga en Méjico, Walter Coridan, pudo demostrar que los datos dados por Ramón Mercader sobre su supuesta identidad, eran falsos. La biografía construida por la NKVD contenía errores mayúsculos, entre ellos la afirmación de que Jacques Mornard había estudiado en la Academia Militar de Dixmuiden y en el Colegio de Jesuitas de San Ignacio de Loyola, de Bruselas. Ninguna de estas instituciones existía. Por el anuario diplomático que se hallaba en la embajada belga se logró averiguar que ningún Mornard había formado parte nunca del servicio diplomático de Bélgica. En las señas dadas por Ramón Mercader como el domicilio de su madre, se hallaban unos grandes almacenes muy conocidos en Bruselas.

La carta entregada por Ramón Mercader a la policía y sus posteriores declaraciones ante el juez instructor formaban parte de una trama bastante burda elaborada por la NKVD. Las inculpaciones contra Trotsky eran una copia de la técnica difamatoria utilizada en los procesos escenificados de Moscú contra la vieja guardia bolchevique. Durante los primeros interrogatorios, en 1940, Ramón Mercader declaró que Trotsky se hallaba al servicio del gobierno norteamericano, y no de la Gestapo. Ello se explica porque por estas fechas, Rusia mantenía todavía buenas relaciones con Alemania. Pero dos años más tarde, al celebrarse el proceso contra el asesino, éste rectificó de pronto sus declaraciones anteriores y dijo que Trotsky había sido un agente de Hitler.

La identidad del asesino pudo ser descubierta en 1951, once años después de haberse cometido el crimen. En la confrontación entre Ramón Mercader y Silvia Ageloff, el Jefe de la policía secreta, Sánchez Salazar, se dio cuenta de que el magnicida, en su nerviosismo, le hablaba en un español impecable. Un antiguo aviador ruso llamado Plutea, empleado de las líneas Aéreas Mejicanas, afirmó que Mercader–Jacson era un antiguo chófer suyo que había vivido varios años en Méjico bajo el nombre de Salvador Torkof, que era también de origen ruso. En una confrontación personal entre Plutea y Mercader, el aviador corroboró la supuesta identidad de su antiguo chófer. Pero las pesquisas posteriores iban a demostrar que Plutea era, o bien víctima de un error, o un agente de la NKVD. Ya durante los interrogatorios dos funcionarios de la policía mejicana de origen catalán observaron que el acusado utilizaba expresiones que denunciaban, sin lugar a dudas, su procedencia catalana. Asimismo, antiguos comunistas catalanes refugiados en Méjico reconocieron al asesino, indicando que la cicatriz que éste tenía en el antebrazo derecho procedía de una herida de la guerra civil española. El primero en señalar públicamente la verdadera identidad del asesino fue el ex comunista español Julián Gorkin en un epílogo al libro escrito en común con el coronel Sánchez Salazar sobre el asesinato de Trotsky. Pero como Gorkin no aportaba documentos que pudiesen demostrar sus afirmaciones, no fue por el momento posible reconstruir su personalidad.

La prueba concluyente e inequívoca de que Jacques Mornard era en realidad Ramón Mercader del Río fue aportada por el criminalista mejicano doctor Alfonso Quiroz Cuarón. Aprovechando la circunstancia de tener que representar a la Universidad Nacional de Méjico en el Congreso Mundial de Criminología celebrado en París en 1950, el doctor Quiroz se trasladó a Barcelona con el objeto de consultar los ficheros de la Jefatura Superior de Policía de esa ciudad. Pero, debido a que al estallar la guerra civil los anarquistas habían destruido todas las fichas políticas anteriores a esa fecha, las autoridades policíacas de Barcelona carecían de toda referencia sobre Ramón Mercader. El doctor Quiroz, lejos de dejarse vencer por la decepción, prosiguió viaje hacia Madrid. Una vez en la capital de España, se dirigió a la Dirección General de Seguridad y pidió ser recibido por el jefe del Departamento Antropométrico, a quien le entregó copia fotográfica de las huellas dactilares que se habían sacado del asesino en Méjico. Pocos minutos después, el funcionario madrileño regresó con dos cartulinas polvorientas, en las que figuraban los datos personales y las huellas dactilares de Ramón Mercader. La ficha existente en la Dirección General de Seguridad era un duplicado de la que se había elaborado en Barcelona el 12 de junio de 1935, a raíz de la detención de Ramón Mercader.

Para completar sus pesquisas, el doctor Quiroz regresó a Barcelona y reunió una serie de fotografías del asesino y de

sus familiares, las cuales le fueron facilitadas por el padre de Ramón Mercader, que todavía se hallaba en vida. La comparación de estas fotografías demostró de una manera concluyente que Ramón Mercader y Jacques Mornard eran la misma persona. La yuxtaposición de las fotografías de Ramón Mercader y de su madre puso de relieve el sorprendente parecido físico de ambos. La verdadera identidad del asesino de Trotsky fue comunicada oficialmente por el Gobierno mejicano en 1953, una vez completado el dossier elaborado bajo la dirección del doctor Quiroz Cuarón.

Por si existieran todavía dudas sobre la verdadera identidad del asesino, Enrique Castro Delgado reveló en junio de 1959 públicamente lo que la madre de Ramón Mercader, Caridad del Río, le había confiado en Moscú en un acceso de desesperación. En una larga carta escrita al periodista norteamericano Isaac Don Levine –a quien se debe uno de los más brillantes libros sobre la muerte de Trotsky–, el ex comunista español le comunicó que Caridad del Río le había confiado en Moscú que Ramón Mercader era su propio hijo. Caridad del Río y Castro Delgado se conocieron en el verano de 1943. Por estas fechas Caridad del Río había roto íntimamente con el estalinismo. Durante su estancia en la URSS, el entusiasmo que había sentido al principio por el régimen se había convertido en un odio profundo, casi histérico. Caridad del Río se sentía hondamente defraudada y vivía estrechamente vigilada por la NKVD, que conocía sus sentimientos. Entre ella y Castro Delgado se entabló una

amistad profunda, alimentada por el odio que ambos sentían por el régimen estaliniano. Esta amistad prosiguió también cuando Castro Delgado fue expulsado del PC y sus antiguos amigos y camaradas le negaban la palabra y hasta el saludo. Un día, enseñándole la Orden de Lenin y la Orden de Héroe de la Unión Soviética, Caridad del Río dijo a Castro Delgado: “¿Ves esto?... Es la recompensa por el asesinato de Trotsky... Ramón, el hombre condenado en la cárcel de Lecumberri, es aquí nada menos que un héroe de la Unión Soviética; y yo, su madre, que le empujé al crimen, soy ni más ni menos que poseedora de la Orden de Lenin... Sí, el asesino de Trotsky es mi hijo Ramón, a quien yo, en nombre de los sagrados intereses de la revolución y del socialismo, arrastré a su crimen”<sup>859</sup>.

Perfectamente claro está también el papel jugado por Caridad del Río en la preparación del crimen. Al ser asaltado por los ayudantes de Trotsky, instantes después de cometido el magnicidio, Ramón Mercader declaró, presa del pánico, que tenían a su madre detenida y que había cometido el crimen para que no le pasara nada a ella. Pero esta versión –que correspondía probablemente a la verdad– fue negada más tarde por Ramón Mercader, aduciendo que lo había dicho para que los secretarios de Trotsky no siguieran golpeándole.

---

859 Isaac Don Levine, *The Mind of an Assasin*, pág. 176, Nueva York, 1960.

El día del atentado, Caridad del Río se hallaba a 500 metros de la finca de Coyoacán, esperando que su hijo pudiera escapar después de asesinar a Trotsky. De acuerdo con el testimonio de Jesús Hernández, Caridad del Río le confió haber ultimado los preparativos del crimen personalmente con Stalin y Beria.

Después de abandonar Méjico, Caridad del Río regresó a la Unión Soviética, donde permaneció hasta principios de 1945. Después de insistir innumerables veces durante la Segunda Guerra Mundial para que se le permitiese ir a Méjico para liberar a su hijo, obtuvo finalmente un visado de salida. Los intentos de organizar la evasión de Ramón Mercader no condujeron a resultado alguno, entre otras cosas porque el mismo asesino no tenía interés en ser liberado por la NKVD, pues temía, con razón, que su puesta en libertad le costaría la vida. Cumplida la pena de veinte años a que le había condenado el tribunal mejicano, Ramón Mercader desapareció tras el telón de acero.



## **CAPÍTULO XIX**

### **I. LA COMINTERN DURANTE LA GUERRA. LA COLONIA COMUNISTA ESPAÑOLA**

La expansión del fascismo en Europa, el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la terminación de la guerra civil española habían convertido a Rusia en la residencia forzosa de miles de comunistas obligados a abandonar su país de origen. En Moscú se hallaba la plana mayor del comunismo europeo y de la Comintern: Dimitrov, Togliatti, Thorez, André Marty, Walter Ulbricht, Wilhelm Pieck, Gottwald, Kuusinen, Florin y otros muchos dirigentes estalinistas de primera fila. Los altos funcionarios de la Comintern vivían alojados en Kuntsevo, un parque residencial compuesto de dachas y algunas viviendas colectivas; los funcionarios de segunda y tercera categoría se hospedaban en el Lux. La III Internacional seguía estando dirigida formalmente por

Dimitrov, Manuilsky y Togliatti, pero en realidad quienes manejaban los hilos eran el secretario de Dimitrov, Geroe, y el de Manuilsky, Stepanov, ambos miembros de la NKVD y hombres de confianza de Stalin. Las actividades de la Comintern eran en esta fase muy reducidas; en lo esencial se limitaban a organizar las emisiones radiofónicas dirigidas a los países ocupados por los alemanes. Las emisoras de radio, establecidas en diversos puntos del territorio ruso, ocultaban su carácter comunista con el objeto de dar una proyección más amplia a su propaganda. “Radio Yugoslavia Libre” se emitía desde Tiflis y era dirigida por el comunista Veljko Vlahovitch. “Radio España Independiente” era dirigida por Castro Delgado bajo la vigilancia de la camarilla de Dolores Ibárruri. Las emisiones dedicadas a Rumania estaban a cargo de Ana Pauker, la futura ministro de Asuntos Exteriores, más tarde liquidada. Palmiro Togliatti hablaba desde Radio Moscú tres veces a la semana bajo el seudónimo de “Mario Correnti”, y el escritor Ernst Fischer, diariamente desde las ondas de “Austria Libre”.

Entre las colonias extranjeras residentes en la Unión Soviética, la española era una de las más numerosas. “Al día siguiente de la victoria de Franco –reporta Julián Gorkin–, 3.961 fanáticos comunistas españoles y miembros de las Brigadas Internacionales que habían sido seleccionados cuidadosamente por un Comité formado en París, fueron enviados a Moscú. Para el Kremlin, esta gente constituía un “valioso material”. Todos o casi todos habían pasado su

bautismo de fuego bajo la dirección militar y política de los agentes del Politburó. Una vez en la URSS, los nuevos refugiados quedaron sometidos a la férrea disciplina del partido bolchevique y a la vigilancia de la NKVD. Un Comité todopoderoso que había sido nombrado por el CE de la Comintern, y al que pertenecían Dimitrov, Togliatti, Marty, Bielov, Blagoieva, la Pasionaria y los generales españoles Líster y Modesto, decidía en Moscú sobre el destino de los refugiados españoles. Diez de ellos fueron integrados en el aparato de la Comintern, 34 ingresaron en la Academia Frunse –de ellos, seis mujeres– para cursar estudios militares superiores, 128 fueron enviados a la escuela política de Planesnaya –una filial del Instituto Marx–Engels–, y los demás, divididos en 18 grupos, formaron “colectividades” en diversas regiones de la URSS”<sup>860</sup>. La estancia de los funcionarios comunistas españoles en la Unión Soviética se convirtió muy pronto en un semillero de intrigas, delaciones mutuas y odios personales. El partido no tardó en dividirse en camarillas y diques opuestas entre sí, rivalizando para asegurarse el apoyo de los jefes de la Comintern y de la NKVD. El grupo más específicamente estalinista –y por ello dominante– estaba dirigido por Dolores Ibárruri, su amante Francisco Antón (rescatado de un campo de concentración nazi gracias a la influencia de la Pasionaria), Irene Toboso, Ignacio Gallego y una cohorte de satélites menores. Los “genios” militares de la guerra civil,

---

860 Sánchez Salazar–Gorkin, obra cit., págs. 322–323.

como Líster o Modesto, que al principio habían visto con malos ojos la dictadura doméstica de la Pasionaria, fueron amansados más tarde al ser ascendidos a generales del Ejército Rojo. Jesús Hernández, que en la fase inicial constituía, con José Díaz y Castro Delgado, el centro polarizador de la oposición contra el binomio Ibárruri–Antón, prefirió en el último momento abandonar el campo de batalla y marchar a Méjico; después de ser excomulgado escribió el libro *Yo, ministro de Stalin en España*, testimonio de gran valor para la historia interna del comunismo español. Entre los comunistas españoles de primera fila que lograron huir de la Unión Soviética y rompieron con el estalinismo cabe citar también a Castro Delgado y al Campesino. Ambos publicaron más tarde valiosos documentos sobre sus respectivas experiencias. En cuanto a José Díaz, el secretario general, vivió, hasta su prematura muerte, medio secuestrado en una clínica de Tiflis, sin poderse oponer a los manejos de Dolores Ibárruri. La versión oficial sobre su muerte fue la de que el secretario general había sido víctima de su enfermedad; el rumor predominante entre la colonia española era el de que Díaz se había suicidado.

De acuerdo con el testimonio del Campesino, Díaz fue defenestrado por agentes de la GPU. “Díaz no era ningún cobarde. Quería vivir. No era el tipo de hombre que pone fin

a su tragedia personal por medio del suicidio”<sup>861</sup>. Stalin ordenó para él un entierro con todos los honores.

La conducta de los líderes comunistas españoles en Rusia (o de una parte de ellos) fue indigna en todos los sentidos, pues no sólo se sometieron incondicionalmente a las consignas de la Comintern –es decir, del Politburó ruso y de la GPU–, sino que asistieron sin protestar a las penalidades, humillaciones y persecuciones sufridas por los refugiados españoles. Mientras ellos vivían rodeados de todas las comodidades y privilegios materiales, la colonia española (compuesta de militantes comunistas y sus familias) era víctima del hambre, del frío, de la tuberculosis y la más sombría desesperación. Los españoles que intentaron protestar contra las inhumanas condiciones de vida impuestas por los rusos, eran acusados en seguida por Dolores Ibárruri y sus acólitos de hostilidad a la Unión Soviética y de desviacionismo. Los jerifaltes del PC español sólo tenían una preocupación: salvar a toda costa su propio pellejo y congraciarse como fuera con los mandos de la Comintern y la NKVD. Especialmente vergonzosa fue la actitud de la Pasionaria y compañía con respecto a los niños refugiados. “Cuando en 1943 salí yo de la Unión Soviética –testimonia Hernández–, el problema que más profundamente me había distanciado del resto de la dirección del PC español fue precisamente el de los niños y jóvenes, reclamados por sus

---

861 El Campesino, Die grosse Illusion, obra cit., pág. 169.

padres o que habían expresado deseos de regresar a España Junto a sus familiares, y que la obstinación criminal de Pasionaria y Antón retenían en la URSS, “hasta educarlos como buenos bolcheviques”, pues –decía Pasionaria– “no podemos devolverlos a sus padres convertidos en golfos y en prostitutas, ni permitir que salgan de aquí en furibundos antisoviéticos”<sup>862</sup>. Y mientras la Pasionaria afirmaba preocuparse por la “moral bolchevique” de los niños y jóvenes españoles que el hambre y la tuberculosis habían empujado a la golfería callejera, no tenía en realidad más preocupación que la de asegurarse la compañía de su amante y protegido Francisco Antón, la única persona que en verdad le importaba. “Era la de Pasionaria –dice Hernández– una de esas pasiones seniles que en el desenfreno saltan sobre toda clase de obstáculos y que a ella habría de llevarla hasta el sacrificio de su propio hijo. Rubén Ruiz, capitán del Ejército Rojo, se haría matar en la URSS para huir de la vergüenza de ver a su padre comido de piojos y muerto de hambre en una fábrica de Rostov, y a quien, además, no le permitieron visitar por prohibición expresa de su madre, mientras veía a Antón vivir espléndidamente y pasearse por Moscú en el automóvil de su madre”<sup>863</sup>.

Pocos meses después de producirse la invasión alemana a Rusia, la sede de la Comintern tuvo que ser trasladada

---

862 Jesús Hernández, obra cit., pág. 291.

863 Ibid., pág. 100.

provisionalmente de Moscú a Ufa y Kuibyshev. La evacuación de la Comintern fue un verdadero caos, del cual nos ha dejado testimonio el Campesino, que por esas fechas estaba trabajando de peón en el Metro de Moscú: “Los líderes del partido, de los sindicatos, de la NKVD, de la industria, del Socorro Rojo Internacional y de la Comintern requisaron todos los camiones y autobuses disponibles, se apoderaron de joyas y objetos de valor y abandonaron a la desbandada la capital amenazada. Fue un verdadero *sauve qui peut* <sup>864</sup>. Los españoles residentes en Moscú quedaron abandonados a su suerte. Los que pudieron escaparon en trenes hacinados y hediondos, sin víveres. El Campesino tuvo más tarde, con este motivo, un bronco altercado con Dolores Ibárruri y demás miembros del CC: “Acusé a los miembros del Comité de haberse puesto en seguridad en Ufa con el Gobierno y la Comintern cuando Moscú se hallaba amenazado, sin haber movido un solo dedo a favor de los camaradas que dependían de ellos. Les grité que sólo habían pensado en salvar sus miserables vidas, en conservar sus cómodos enchufes al amparo del Kremlin y la Comintern”<sup>865</sup>.

La desbandada de los funcionarios de la Comintern fue tan vergonzosa, que en la primera reunión celebrada en Ufa el mismo Togliatti se vio obligado a decir: “¡Camaradas! El espectáculo ofrecido por los colaboradores de la Comintern

---

864 El Campesino, obra cit., pág. 66.

865 Ibid, pág. 80.

a su salida de Moscú ha constituido una verdadera vergüenza... Es preciso reconocer que hemos estado muy lejos de imitar al pueblo de Madrid a raíz de la heroica Jornada del 7 de noviembre de 1936... Y ni siquiera a raíz de la evacuación de Cataluña, a pesar de que las carreteras eran ametralladas por los aviones del enemigo, no se asistió a un espectáculo parecido al que ha ofrecido el aparato de la Comintern. Una vergüenza, camaradas, una verdadera vergüenza”<sup>866</sup>. El desbarajuste y la moral de “sálvese quien pueda” mostrada por la mayoría de “revolucionarios” al servicio de Moscú, no era sino el trasunto del caos reinante en el Kremlin mismo durante la primera fase de la guerra. Stalin, preso de la histeria y la depresión, dejó durante mucho tiempo de participar en la dirección de la guerra, como ha testimoniado Kruschev en su informe ante el XX Congreso del PC de la URSS.

## **II. EL PC FRANCÉS: UN MODELO DE TRAICIÓN**

La actitud de los partidos comunistas europeos durante la Segunda Guerra Mundial estuvo caracterizada por dos fases no sólo cualitativamente distintas, sino incluso opuestas

---

866 Véase Castro Delgado, *J'ai perdu la foi a Moscou*, obra cit., página 166.



entre sí. La primera de ellas estuvo situada, grosso modo, entre octubre de 1939 y junio de 1941. Durante este período los partidos comunistas, imitando a la Unión Soviética, mantuvieron una actitud inhibitoria con respecto al conflicto bélico surgido entre Alemania y las democracias capitalistas, aceptando silenciosamente que las hordas nazis invadiesen y atropellasen a los pueblos ocupados por la Wehrmacht, la Gestapo y la SS. Esta fase de complicidad implícita y explícita con el régimen hitleriano (uno de los capítulos más vergonzosos del comunismo europeo) tocó a su fin cuando, inesperadamente, en junio de 1941, las tropas de la Wehrmacht invadieron el territorio ruso y obligaron con ello a la Unión Soviética a entrar en la guerra, que Stalin había querido rehuir con toda clase de maniobras, bajezas y traiciones.

Este brusco cambio de táctica frente al fenómeno del fascismo encontró su ejemplo clásico en el PC francés. A partir de octubre de 1939, obedeciendo las consignas de Moscú, el PC francés adoptó una actitud entre derrotista y pro nazi, propagando el sabotaje y la desertión y acusando al Gobierno de París de llevar a cabo, en unión de Inglaterra, una guerra imperialista contra Alemania. La propaganda comunista servía tan excelentemente los propios designios nazis, que Goebbels, con el impúdico sentido de la eficacia que le caracterizaba, dio en más de una ocasión la orden de arrojar sobre París esta propaganda con los aviones de la Luftwaffe. Las emisoras comunistas “La voix de la paix” y

“Radio–Humanité” emitían sus programas desde territorio alemán. Las octavillas y la prensa distribuidas en este período por el PC francés coincidían, en el fondo, con la propaganda de Goebbels, y tenían por objeto minar la moral de los soldados y del pueblo francés, prepararlos para la capitulación ante el agresor nazi. El plan era mefistofélico: aprovecharse del cansancio y el desaliento que toda guerra provoca para lograr la caída del Gobierno francés y el encumbramiento de los comunistas al poder. Vichy y Pétain no habían surgido todavía en el horizonte, y los comunistas franceses, con una ingenuidad inconcebible, abrigaban la ilusión de que Hitler iba a premiar más tarde su derrotismo regalándoles el poder y estableciendo con ellos una alianza análoga a la que existía entre Berlín y Moscú desde agosto de 1939.

El 20 de junio de 1940, cuando el armisticio entre Francia y Alemania no había sido todavía firmado, el PC, siguiendo sus planes de confraternización con el agresor, propuso formalmente a las autoridades nazis de ocupación la publicación de *L’Humanité*. Las diligencias fueron dirigidas personalmente por Maurice Tréand, miembro del CC, jefe de la sección de cuadros del partido y hombre de confianza de Moscú. El 20 de junio de 1940, Tréand se entrevistó con el embajador alemán, Otto Abetz, y más tarde, en compañía de éste, con los coroneles Boemelburg y Pfannstiel, pertenecientes a la Sección de Propaganda de la Gestapo. Ese mismo día por la tarde, e independientemente de esas

*demarches*, la policía francesa detuvo a Tréand y a las comunistas madame Schrodte y madame Ginollin-Reydet, a quienes fueron hallados documentos confirmando las negociaciones iniciadas entre las autoridades alemanas de ocupación y el PC francés. Por orden del consejero de Justicia, doctor Fritz, el 25 de junio fueron puestos en libertad los detenidos. Ese mismo día, Robert Foissin (abogado de la Cour de París y testaferro de la Embajada rusa en Francia), Tréand y Jean Câtelas (miembro del CC) dirigieron una carta a las autoridades alemanas solicitando formalmente la aparición legal de *L'Humanité*: "Permítannos recordarles que nosotros, comunistas, fuimos los únicos en levantarnos contra la guerra, en pedir la paz en un momento en que el hacerlo era arriesgado. Hay un periódico que es capaz de inspirar confianza al pueblo, porque fue prohibido por el Gobierno de los que hicieron la guerra. Este periódico es *L'Humanité*, bien conocido como órgano central del PC francés... Solicitamos, pues, la autorización para publicar *L'Humanité* en la forma que era presentado a los lectores antes de ser prohibido por Daladier, al día siguiente del pacto germano-soviético... *L'Humanité*, publicada por nosotros, se impondría como tarea la de denunciar las maniobras de los agentes del imperialismo británico, que quieren arrastrar a las colonias francesas a la guerra... *L'Humanité*, publicada por nosotros, se impondría como tarea la de perseguir una política de pacificación europea y de defender la firma de un pacto de amistad franco-alemán que sería el complemento del pacto germano-soviético,

creando así las condiciones para una paz duradera”<sup>867</sup>. A pesar de que Otto Abetz, el doctor Fritz y otros destacados dirigentes nazis veían con buenos ojos el plan de utilizar la aparición de *L’Humanité* con fines propios, se vieron obligados a rechazar finalmente la propuesta del PC francés. Hitler, que estaba decidido más tarde o más temprano a atacar a Rusia, dio la orden de que no se concediese el permiso de publicación del periódico comunista. Por otra parte, Vichy, puesto al corriente de los trámites iniciados entre Abetz y Tréand, dirigió una enérgica protesta a la Cancillería de Berlín, oponiéndose a que los comunistas franceses obtuvieran el permiso de hablar libremente en Francia. Si bien los nazis no accedieron a la propuesta del PC francés, trataron durante varios meses a los comunistas franceses con marcada tolerancia y benignidad, hasta que Alemania invadió Rusia en junio de 1941.

Más tarde, para justificar su traición, los comunistas franceses inventaron la leyenda de que el 6 de junio de 1940 Benoit Frachon había propuesto al ministro del Interior, Georges Mandel, por mediación de Georges Politzer y en nombre del partido, “armar al pueblo y hacer de París una ciudadela inexpugnable”<sup>868</sup>. Pero, como dice Franz Borkenau

---

867 Maurice Ceyrat, obra cit., pág. 94. En un apéndice del mismo libro se reproducen las actas de las declaraciones hechas por Treand y madame Ginollin durante el interrogatorio a que fueron sometidos por la policía francesa, documentos que confirman de una manera irrefutable las diligencias llevadas a cabo por el PCF.

868 Duclos–Billoux, *Histoire du Parti communiste français*, obra citada,

analizando este período, los comunistas “fueron lo suficiente prudentes para no formular nunca con palabras claras esta afirmación antes de haberse enterado con certeza de que los nazis habían asesinado a Mandel. Se trata de una mentira indecente, sin el menor asomo de verdad”<sup>869</sup>. En efecto: el PC no ha podido presentar un solo documento fidedigno demostrando su decisión de oponerse con las armas a la invasión nazi. La reconstrucción de la maniobra comunista es importante, porque permite constatar la falta de escrúpulos del PC francés para justificar a posteriori su derrotismo y su oportunismo político. La leyenda del “acto histórico” del 6 de junio de 1940 fue expuesta o presentada por primera vez en todo su significado el 6 de junio de 1945 en *L’Humanité* en un artículo editorial firmado por Florimond Bonte. En ese número de *L’Humanité* se reproducía (mutilada) la declaración hecha ya por el PC francés sobre este asunto en septiembre de 1943. En su artículo Bonte declaraba por primera vez de manera oficial que el encargado de transmitir al ministro del Interior, Georges Mandel, la propuesta del partido fue Georges Politzer, que por haber sido fusilado por los nazis a fines de mayo de 1942 no podía, naturalmente, desmentir la patraña de Bonte. Y el otro testigo decisivo –el propio Mandel–, que en septiembre de 1943 vivía aún, había sido entre tanto asesinado y no podía tampoco desmentir las afirmaciones de

---

pág. 380.

869 Borkenau, *Der europäische Kommunismus*, obra cit., pág. 288.

Bonte. Una semana después, el 12 de junio de 1945, *L'Humanité*, después de haber comprobado que el artículo escrito por Bonte seis días antes había sido “engullido” por la opinión pública sin rechistar, dio un paso más y publicó el texto completo de las supuestas propuestas hechas por el PC francés a Mandel el 6 de junio de 1940. Al comprobar que la divulgación de esta leyenda se desarrollaba sin dificultades ni protestas, el partido pudo afirmar entonces que, mientras el 6 de junio de 1940 el PC francés ofrecía al Gobierno su colaboración para luchar contra los invasores y defender París, Pétain entregaba la nación a los nazis. Más todavía: en 1946, cuando las relaciones entre el general De Gaulle y los comunistas habían entrado en una fase de hostilidad, la leyenda del 6 de junio fue utilizada para afirmar que los comunistas habían precedido a De Gaulle en su llamamiento a la resistencia. En la *France Nouvelle*, boletín del partido dirigido por Bonte, apareció un artículo con los siguientes titulares: “Desde el 6 de junio de 1940 el PC francés tomó la iniciativa de la resistencia al enemigo. El llamamiento comunista del 6 de junio de 1940 precedió al llamamiento de De Gaulle de 18 de junio”<sup>870</sup>.

Si en 1945 Politzer y Mandel estaban muertos para poder desmentir la leyenda fabricada por el partido, existía un testigo indirecto de importancia decisiva: el prefecto de Policía de París, M. Langeron. Las relaciones entre Langeron

---

870 La France Nouvelle, 22 junio 1946.

y Mandel, tanto oficiales como personales, fueron, durante estas semanas decisivas, constantes y estrechas. En su libro *París, June 1940*, Langeron ha confirmado que él y el ministro del Interior se entrevistaban tres o cuatro veces al día. A. Rossi (Tasca) escribe al respecto: “Sería por lo menos sorprendente que el ministro del Interior no hubiera dicho una sola palabra sobre las “propuestas” comunistas al prefecto de Policía, que era además su amigo y confidente. Interrogado a este respecto, Langeron respondió que quedaba fuera de toda duda que el señor Mandel o algún otro miembro del Gobierno le hubiera informado jamás de tal acontecimiento”<sup>871</sup>.

Pero no es necesario acudir a testigos presenciales para desenmascarar la patraña comunista en torno al 6 de junio de 1940. Basta con leer la prensa clandestina de estos días decisivos para comprobar que el PC francés hablaba de todo menos de resistencia. En su número 55 (17 de junio de 1940), ocupado ya París, *L’Humanité* clandestina titulaba su artículo editorial con la consigna inequívoca de “Pour la paix”. De resistencia contra el invasor, ni una palabra.

Y para que no quepa lugar a dudas sobre la intención derrotista y colaboracionista del PC francés, *L’Humanité* imprimió en ese mismo número la consigna –en francés y en alemán– de “Proletarios de todos los países, uníos”.

---

871 A. Rossi, obra cit., pág. 320.

Y como el PC francés no estaba en condiciones de hacer un llamamiento a la resistencia, pero tenía que decir algo, lanzó la consigna de “Il faut sauver Paris de la famine”, que en las circunstancias en que fue formulada era un llamamiento indirecto a la capitulación.

Y por si quedaran dudas sobre la actitud de los comunistas franceses, recién firmado el armisticio, el PC francés distribuyó en París un manifiesto o llamamiento al “Pueblo de París”, entre el 25 y el 26 de junio, en el que no sólo no se decía una sola palabra sobre la resistencia contra el invasor, sino que, al contrario, se censuraba la voluntad de resistencia de De Gaulle y los ingleses: “Es en vano que los agentes del imperialismo británico intentan ahora persuadir al pueblo francés de que debe proseguir la guerra en provecho de los financieros de la City... El pueblo de Francia aspiraba a la paz, y es por ello que, a pesar de la represión de Daladier–Reynaud–Mandel, las consignas comunistas de lucha por la paz tienen una resonancia tan profunda en el alma popular”<sup>872</sup>. Y para completar el cuadro, los comunistas dieron la consigna de que los franceses se incorporasen al trabajo, que era también el deseo de los nazis. El 7 de julio de 1940 *L’Humanité* escribía: “La France au travail.”

“Si los comunistas habían querido de verdad defender París –escribe Maurice Ceyrat–, se consolaron muy rápidamente de no haberlo podido hacer. El 19 de junio de 1940,

---

872 Reproducido por Rossi, obra cit., pág. 327.



es decir, pasadas apenas algunas horas de la ocupación de la capital francesa por los alemanes, *L'Humanité* no pronuncia una sola palabra contra los ocupantes al escribir: “Nuestra bandera es la de la paz, la de la lucha contra el capitalismo, la de la fraternidad de los pueblos”<sup>873</sup>. A principios de julio de 1940, *L'Humanité* clandestina tuvo la desfachatez de hacer una apología de la confraternización con el ocupante: “En estos tiempos de infortunio es particularmente reconfortante ver a numerosos trabajadores parisinos conversar amigablemente con los soldados alemanes, sea en la calle, sea en el bar de la esquina. Bravo, camaradas, continuad, aunque ello no plazca a ciertos burgueses tan estúpidos como mal intencionados”<sup>874</sup>.

El 19 de diciembre de 1940, el estalinista François Billoux, que se encontraba cumpliendo en la cárcel una condena de cinco años a que fue sentenciado por un tribunal militar, tuvo el cinismo de dirigir una larga carta al mariscal Pétain solicitando que fueran puestos en libertad los comunistas que, como él, se habían opuesto a la guerra. Durante este período los comunistas exigían con insistencia en la prensa que se crease un Tribunal de Justicia popular para pedir responsabilidades a una serie de políticos y generales por el delito (¡quién lo diría!) de haber declarado la guerra a Hitler, ofreciéndose a actuar de testigos de cargo contra ellos.

---

873 Ceyrat, obra cit., pág. 137.

874 *L'Humanité*, 4 julio 1940, edición clandestina.

Fracasada la tentativa de hacer aparecer legalmente *L'Humanité*, los comunistas, dispuestos a colaborar a toda costa con los ocupantes, realizaban continuos sondeos para obtener la reapertura de los sindicatos cerrados por los alemanes y la readmisión en sus puestos de Rocamond y Frachon. La prensa comunista dedicaba comentarios a ensalzar el clima de confianza y fraternidad existente entre los obreros alemanes y los obreros franceses que trabajaban a cuenta de las tropas de ocupación o se hallaban en Alemania más o menos voluntariamente. ¡Qué idilio! Los líderes sindicales de la CGT que, como Jouhaux, desaprobaban la actitud de colaboración con el ocupante, eran calificados por la prensa comunista de “colaboradores del imperialismo inglés”. Y esto en un momento en que Inglaterra llevaba el peso de la guerra antinazi y Londres era bombardeado diariamente por la Luftwaffe.

Al mismo tiempo que los comunistas franceses cortejaban a las tropas nazis de ocupación, lanzaban toda clase de insultos contra ingleses, norteamericanos y en especial contra el general De Gaulle, símbolo de la resistencia. Más tarde, falsificando la historia, los comunistas tergiversarán el significado del llamamiento hecho por De Gaulle el 18 de junio de 1940 desde Londres y se intitularán a sí mismos como los verdaderos iniciadores de la resistencia: “En Londres, los llamamientos que lanza el general De Gaulle en el verano de 1940 no apelan a la lucha en Francia mismo. El llamamiento del 18 de junio se dirige exclusivamente a los

especialistas de las industrias de armamentos y a los oficiales y soldados franceses “que se hallan en territorio británico”. Es del exterior que el pueblo francés debe obtener su liberación, sin participar él mismo en ella. El PC francés es la única fuerza organizada que se pronuncia por la lucha en Francia mismo”<sup>875</sup>.

Nada más alejado de la realidad. El PC francés no podía ser el iniciador de la resistencia contra las tropas de ocupación por la sencilla razón de que, como hemos visto, toda su política, entre otoño de 1939 y junio de 1941, fue la de intentar congraciarse con las tropas de ocupación alemanas, actitud que corría paralela con la misma política de confraternización adoptada en este período por Moscú con respecto a Berlín. Los ataques a De Gaulle y la tentativa de lograr el permiso para la aparición de *L'Humanité* legal fueron sólo dos expresiones de esta política de contemporización. La prensa comunista ilegal no sólo había suspendido todo ataque directo contra los nazis, sino que no se cansaba de pedir el castigo de los líderes socialistas y demócratas que se hallaban en la zona de Vichy. Así, el 6 de abril de 1941, *L'Humanité* se quejaba de que los socialistas Dormoy, Auriol, Moutet y Grumbach hubieran sido puestos en libertad.

Los ataques de la prensa comunista estaban dirigidos no contra los alemanes, sino contra el Gobierno de Vichy. Pero la hostilidad comunista contra Pétain no estaba inspirada ni

---

875 Duclos–Billoux, obra cit., pág. 388.

mucho menos en el carácter pro germánico de Vichy, sino en el hecho de que el PC francés quería impedir a toda costa que el entendimiento entre Francia y Alemania fuese realizado bajo la iniciativa de Pétain y sus seguidores. Este “honor” lo reclamaban para ellos mismos. Eran, pues, motivos de rivalidad lo que inspiraban los ataques comunistas a Pétain, en modo alguno sentimientos antifascistas. Los comunistas temían que el Gobierno circunstancial de Vichy se convirtiera, con el tiempo, en un hecho irreversible y pasara a representar a toda Francia.

La entrada forzosa de la Unión Soviética en la guerra obligó a los comunistas franceses a arrojar por la borda su política de confraternización con los nazis y a incorporarse, sin apenas transición, al movimiento de resistencia contra las tropas alemanas de ocupación. “A fines de 1941 –escribe De Gaulle en sus Memorias– los comunistas entraron, por su parte, en acción. Hasta entonces sus dirigentes habían adoptado una actitud de conciliación frente al ocupante, lanzando, a la vez, invectivas contra el capitalismo anglosajón y el “gaullismo”, su lacayo. Pero su actitud cambió súbitamente cuando Hitler invadió Rusia...”<sup>876</sup>. Una vez estallada la guerra entre Alemania y la Unión Soviética, los comunistas franceses suspendieron sus ataques contra los ingleses y contra De Gaulle y se incorporaron a la lucha contra el invasor. Para ello fundaron el “Front National” y los

---

876 Général de Gaulle, *Mémoires de guerre (L’Appel)*, pág. 288, Pión, 1954.

“Franc–Tireurs et Partisans Français” (FTP), que empezaron a actuar de una manera seria en las postrimerías de 1941. El “Front National”, escribe el historiador norteamericano Seton–Watson, “incluía individuos de opiniones conservadoras y origen social burgués, a la vez que obreros y hombres de izquierda, pero fue creado por iniciativa comunista, y las posiciones clave en él estaban dominadas por los comunistas”<sup>877</sup>. El FTP, de carácter más específicamente militar, era en lo esencial también un feudo comunista.

La lucha directa contra el ocupante por parte de los comunistas no empezó hasta el 8 de agosto de 1941, día en que el obrero comunista Fabien abatió a un oficial hitleriano en una estación del Metro de París. En las semanas y meses siguientes los Franc–Tireurs se entregaron a una intensa labor de sabotaje y atentados personales, lo que condujo a una ola de represalias brutales contra la población francesa, consistentes en fusilar a un número determinado de rehenes por cada alemán asesinado. La actitud terrorista y desafiante de los comunistas perseguía el objeto de hacer olvidar su actitud conciliante anterior y de obtener las simpatías de la población francesa presentando listas de mártires caídos en la Resistencia. Esta política terrorista, de eficacia militar nula, era combatida por De Gaulle y el mando aliado. Que los atentados comunistas obedecían también a una consigna

---

877 Seton–Watson, *From Lenin to Malenkov*, obra cit., pág. 219.

de Moscú, queda demostrado por el hecho de que, antes de estallar la guerra ruso-alemana, el PC francés los había condenado públicamente. Así, a raíz de un acto de sabotaje cometido en Viroflay en diciembre de 1940 –del que se acusó a los comunistas–, el partido distribuyó una octavilla en la que se decía: “Señalamos... que tales métodos no son obra de los comunistas, que tienen la costumbre de firmar sus actos. Recordamos a la población que nosotros no tenemos por qué cometer actos de sabotaje en provecho de uno o del otro”<sup>878</sup>.

Al principio los comunistas se hallaban aislados y no gozaban de la confianza de los demás grupos combatientes, que no podían olvidar su período de traición, derrotismo y colaboracionismo con los nazis. Pero a partir de noviembre de 1942 los comunistas lograron entablar negociaciones con un representante del general De Gaulle, que el 10 de febrero de 1943 dio a conocer oficialmente al pueblo francés la incorporación del PC francés en la lucha contra el ocupante. Se ha reprochado a De Gaulle haber facilitado la rehabilitación de los comunistas, de haberles convertido de consumados traidores en patriotas leales. Pero De Gaulle, que había firmado un pacto con Rusia a finales de 1941 y se hallaba en una sorda lucha contra Roosevelt y Churchill, quería con ello asegurarse un apoyo que necesitaba para consolidar su posición frente a los jefes aliados y frente al

---

878 Ceyrat, obra cit., pág. 133.

pueblo francés.

A pesar de la traición cometida por el PC francés en la fase anterior a la guerra ruso–alemana, los comunistas no tardaron en conquistar las simpatías de una gran parte de la opinión pública. Mejor organizados y mejor preparados que otros grupos de la Resistencia para la acción clandestina, contando con el apoyo moral de la Unión Soviética y maestros en el arte de la infiltración y la manipulación, los comunistas franceses lograron no sólo hacer olvidar su mancha anterior, sino en aparecer incluso ante la izquierda francesa como el movimiento más cualificado para dirigir los destinos de la nación.

Los innumerables grupos de *maquisards* (maquis) surgidos durante la ocupación alemana, aunque eran de composición heterogénea, estaban en gran parte dominados por los comunistas. Lo mismo puede decirse de los cuadros dirigentes del Consejo Nacional de la Resistencia (creado en marzo de 1943) y del “Comité Militaire d’Action” (COMAC) del CNR. Cuando a principios de 1944 fue creada la FFI (Fuerzas Francesas del Interior), el COMAC se convirtió en su Estado Mayor. Asimismo, durante la Resistencia, el PC francés logró apoderarse de la dirección de la Confederación General du Travail, organización que transformaron en instrumento de su política. Los comunistas, que en septiembre de 1939 habían sido expulsados como ratas de las filas de la CGT por su traición a Francia, fueron readmitidos de nuevo en la central sindical el 17 de abril de 1943. (Acuerdos de

Perreux.)

Los comunistas –como hemos podido comprobar– no se incorporaron a la Resistencia por motivos patrióticos; su objetivo básico era el de utilizar las posiciones clave conquistadas durante la lucha contra el ocupante para apoderarse de las riendas políticas del país, como ocurriría en la Europa del Este. La guerra de guerrillas llevada a cabo por el PC francés, observa Borkenau, “era para el partido indispensable como preparación para su propia toma de poder, para su lucha sangrienta contra otros grupos franceses”<sup>879</sup>. A juicio de Borkenau, “desde principios de 1943 la política comunista estaba dominada por el propósito de conquistar la hegemonía total sobre Francia en el momento de la liberación”<sup>880</sup>. Donald B. Robinson, miembro del Estado Mayor de Eisenhower en calidad de historiador–jefe, escribiría al terminar la guerra: “Durante el invierno de 1944–45... la situación llegó a ser tan crítica, que el general Eisenhower envió órdenes superiores secretas avisando a todos los ejércitos aliados de Francia, así como a los Estados Mayores de la inminente posibilidad de un levantamiento comunista. Todos los jefes recibieron la orden de disponerse a emplear sus tropas para reprimir el desorden. Según la opinión de numerosos observadores, fue sólo el pensamiento de que los ejércitos aliados estaban dispuestos

---

879 Borkenau, *Der europäische Kommunismus*, obra cit., pág. 306.

880 *Ibid.*, pág. 308.



a mantener el orden lo que hizo desistir a los comunistas de intentar un golpe de fuerza para asegurarse el poder durante este período”<sup>881</sup>.

Si el Partido no logró llevar a cabo sus planes insurreccionales fue porque Francia no fue liberada por el Ejército Rojo, sino por las tropas inglesas y norteamericanas, con ayuda de divisiones francesas fieles a De Gaulle; también porque éste, con su autoridad y prestigio personal contrabalanceó la hegemonía comunista y logró polarizar en torno a su persona a todas las fuerzas vivas contrarias a los comunistas; asimismo, porque la estructura político-social del pueblo francés, más compleja que la de los países eslavos o balcánicos, no se prestaba fácilmente a una dictadura comunista. A pesar de ello, observa Borkenau, “Francia se libró sólo por un pelo de convertirse en una “democracia popular”<sup>882</sup>.

### III. ITALIA

En Italia se repitió, con ligeras variantes, la experiencia francesa. El PC italiano, que vivía en la clandestinidad desde noviembre de 1926, se había visto obligado a contemplar,

---

881 The American Mercury, abril 1946.

882 Borkenau, obra cit., pág. 296.

durante quince años, como la Unión Soviética mantenía las más cordiales relaciones con el régimen fascista de Mussolini. Hasta la entrada de Rusia en la guerra, el PC italiano mantuvo, como el resto de partidos comunistas europeos, una actitud de inhibición o consentimiento hacia el nacionalsocialismo alemán y el propio fascismo mussoliniano. El enemigo era el “imperialismo” francés, inglés o norteamericano, no Hitler o Mussolini, que desde el pacto entre Molotov y von Ribbentrop se habían convertido en aliados tácitos o explícitos de Moscú. “Es en vano –afirmaría Togliatti con indescriptible impudicia– que se haya intentado lanzar contra el partido comunista la calumnia ridícula de que fue únicamente por interés de la Unión Soviética y después de que ésta hubo sido atacada, que nosotros nos opusimos a la guerra de Hitler y Mussolini. Los documentos responden”. ¿Y cuáles son los famosos documentos a los que se refería Togliatti para demostrar que los comunistas italianos se habían enfrentado a Hitler desde el primer momento? Togliatti no puede citar más que dos documentos, uno de ellos correspondiente a junio de 1940 y el segundo a mayo de 1941. Es decir, dos documentos que fueron escritos cuando se había producido la derrota militar de Francia y la entrada de Mussolini en la guerra al lado de Hitler, en un momento pues en que Stalin (que había confiado en una seria resistencia armada de Francia y en la neutralidad de Italia) empezaba a comprender que un triunfo demasiado rápido y masivo del fascismo era peligroso para la seguridad de la Unión Soviética. ¿Y qué hizo

el PC italiano desde septiembre–octubre de 1939 hasta mayo de 1941, con excepción de su declaración de junio de 1940? Nada: callarse y sumarse a la política de confraternización entre Stalin y el fascismo italo–germánico.

Pese a su actitud inicial de complicidad con Hitler y Mussolini, los comunistas italianos lograron, durante el período de la Resistencia, como sus camaradas franceses, atraer hacia sí a grandes masas de militantes y simpatizantes. Una buena parte de las acciones de la Resistencia italiana –que empezaron a ser importantes a partir de la huelga de abril de 1943 en Turín y Milán– fueron dirigidas por los comunistas. Fueron también los comunistas los que más bajas tuvieron en la lucha contra los nazis. En la fase final de la guerra, los comunistas ocupaban, como en Francia, una posición mayoritaria en las unidades de la Resistencia.

El plan del ala izquierda del PC italiano era el de utilizar su posición de ventaja para conquistar el poder político e implantar un gobierno revolucionario. Si este plan no pudo llevarse a la práctica fue porque Italia fue liberada por las tropas aliadas y no por el Ejército Rojo; también porque Togliatti –siguiendo las instrucciones de Moscú– se opuso a un “putsch” comunista y postuló una táctica más flexible y realista, consistente en formar un gobierno de “unidad nacional” con las demás fuerzas antifascistas y posponer para más tarde la conquista exclusiva del poder. Desde su llegada a Nápoles, el 27 de marzo de 1944, Togliatti adoptó, en efecto, una actitud sumamente moderada,

recomendando la colaboración con los demócrata-cristianos y otras fuerzas conservadoras y oponiéndose a los ultras que exigían una política de “todo o nada”. Para dar el ejemplo, Togliatti –nombrado secretario general del PC italiano– no vaciló en participar como ministro en los gobiernos coalicionales de Badoglio y de Bonomi y en asistir incluso a la ceremonia de presentación ante el rey. La prensa conservadora –*L’Italia Nuova, Il Tempo*, etc.– comentaba por esas fechas en términos positivos la moderación de Togliatti, cuyo objetivo era el de presentar soluciones aceptables para la burguesía del país. Esta táctica condujo a un enorme crecimiento del PC italiano, que a finales de 1945 contaba con 1.770.896 militantes.

#### **IV. EL CASO YUGOESLAVO**

Pero lo que los comunistas no pudieron lograr ni en Francia ni en Italia –conquistar el poder político– lo consiguieron en los países balcánicos y eslavos, con excepción de Grecia. Ello se debió fundamentalmente a la proximidad física del Ejército Rojo y de la NKVD, salvo en el caso de Yugoslavia, donde los comunistas, dirigidos por Josip Broz, alias Tito, lograron adueñarse del poder esencialmente con sus propios esfuerzos.

El caso yugoeslavo, por las repercusiones políticas que iba

a tener más tarde, merece una atención especial. Al estallar la guerra yugoeslavo–germánica, a principios de abril de 1941, el PC yugoeslavo, que se hallaba en la clandestinidad desde 1921, era una fuerza política secundaria, con excepción de los focos urbanos de Belgrado y Zagreb. Su número de afiliados no llegaba, por estas fechas, según propias informaciones, a 12.000. Al frente del Partido se hallaba Tito, que tras la gran purga de 1937 había sucedido al antiguo líder Milán Gorkic.

El solo nombramiento de Tito, en plena época de terror, como jefe de los comunistas yugoeslavos, demuestra que Moscú tenía entonces plena confianza en su fidelidad a Stalin.

La primera fase de la carrera de Tito había sido, en efecto, la de un típico funcionario estalinista. Antes de asumir la jefatura del PC yugoeslavo, Tito había participado, desde Moscú, en la liquidación del viejo aparato del Partido.

Al estallar la II Guerra Mundial, el PC yugoeslavo adoptó, como los otros partidos comunistas europeos, una actitud inhibitoria. Tras la “Blitzkrieg” entre Alemania y Yugoslavia, en abril de 1941, los primeros en rebelarse contra los ocupantes nazis no fueron los comunistas, sino el coronel Draza Mihailovic, un patriota de tendencias anticomunistas. Mihailovic se apoyaba militarmente, para su guerra de guerrillas, en los “cetnicks”, un movimiento patriótico–conservador cuyas raíces se remontaban a los tiempos de la

ocupación turca. Los cetnicks eran en su mayoría campesinos de filiación nacionalista.

En el período crucial situado entre la invasión nazi y el comienzo de la guerra ruso–alemana, la actitud de los comunistas yugoeslavos no es fácil de clasificar. Si, de una parte, hubo grupos dispuestos a luchar en seguida contra los nazis, había otros sectores (como los comunistas de Montenegro y de Croacia), de acusadas tendencias pro–germánicas. Aunque Tito se hallaba en este período en Yugoslavia, no estaba en condiciones prácticas de imponer una línea coherente al Partido. El caos era para ellos demasiado grande. En cuanto a Moscú, su actitud era oscilante. Si bien el Kremlin veía con preocupación la expansión alemana, por otro lado, Stalin quería dejar una puerta abierta para un entendimiento con Hitler.

El estallido de la guerra ruso–alemana, el 22 de junio de 1941, puso fin a la situación ambigua de los comunistas yugoeslavos. Ese mismo día Stalin envió un telegrama al Politburó yugoeslavo: “El traidor ataque de Alemania contra la URSS no es un golpe dirigido sólo contra el país del socialismo; es a la vez un golpe contra la libertad y la independencia de todos los pueblos... A los pueblos de Yugoslavia se les presenta la oportunidad de desarrollar una vasta lucha liberadora contra el invasor alemán. Es de importancia vital tomar todas las medidas para apoyar y

facilitar la justa lucha del pueblo soviético”<sup>883</sup>. El 1 de julio de 1941, Stalin envió otro telegrama, esta vez dando instrucciones concretas para organizar actos de sabotaje a gran escala contra el invasor alemán y fundar destacamentos guerrilleros. Tito se apresuró a obedecer las órdenes del “Gran Timonel”.

La campaña de liberación yugoeslava, que no puede ser relatada aquí en sus pormenores, estuvo acompañada de una guerra civil entre Tito y Draza Mihailovic, lo que creó una situación parecida a la existente en China entre Mao Tse Tung y Chiang–Kai–chek. La actitud adoptada por Stalin con respecto a Tito y su rival Mihailovic fue también análoga a la que años antes mantuvo el dictador ruso frente al Kuomintang y el PC chino. Al principio, Moscú vio con malos ojos la hostilidad de Tito hacia Mihailovic, haciendo todo lo posible para reconciliar a ambos. Pero Tito, que perseguía el plan de desprestigiar totalmente a su rival, desoyó sistemáticamente los consejos de Stalin y llevó a cabo una política propia. Para lograr su objetivo, Tito no vaciló en acusar a Mihailovic y al gobierno del exilio de Londres de colaborar con los gobiernos–marioneta establecidos por los nazis y con las tropas italianas de ocupación. Los documentos publicados por Tito para apoyar sus acusaciones eran falsos y no fueron tomados en serio por Moscú, que

---

883 Milorad M. Drachkovitch, *The Comintern and the Insurrectional Activity of the Communist Party of Yugoslavia in 1941–1942*, trabajo incluido en «*The Comintern: Historical Highlights*», obra citada, pág. 192.

siguió apoyando durante un tiempo a Mihailovic y al gobierno del exilio. Así, Stalin, el 5 de marzo de 1942 envió un telegrama a Tito instándole a que renunciase a su política sectaria: “Es difícil creer que Londres y el gobierno yugoeslavo (del exilio) están de acuerdo con los invasores. Aquí debe existir algún gran malentendido. Le rogamos encarecidamente que medite usted de la manera más cuidadosa sus tácticas y sus acciones y se asegure de haber hecho todo lo que estaba en su mano para lograr un verdadero frente nacional único de todos los enemigos de Hitler y Mussolini en Yugoslavia con el fin de alcanzar el objetivo común”<sup>884</sup>. Los verdaderos motivos que Stalin tenía para oponerse a la política de Tito con respecto a Mihailovic y el gobierno yugoeslavo del exilio fueron expresados claramente por él en un nuevo telegrama enviado a Tito pocos días más tarde: “Tenga usted en cuenta que la Unión Soviética mantiene relaciones formales con el Rey yugoeslavo y el Gobierno y que tomando abiertamente posición contra ellos crearía nuevas dificultades para los esfuerzos de guerra comunes y para las relaciones entre la Unión Soviética de una parte e Inglaterra y América de la otra”<sup>885</sup>.

A pesar de que Tito llevaba a cabo, en los territorios dominados por sus unidades, una política comunista a

---

884 Ibid., pág. 206.

885 Ibíd., pág. 207.



rajatabla (lo que tampoco satisfacía a Moscú, que prefería en este momento, por consideración a sus aliados de guerra, una política socialmente conservadora), logró, gracias a su pericia personal y su autoridad, ganarse paulatinamente el favor de los ingleses, cuya única preocupación era, por el momento, la de combatir eficazmente a los nazis. Al mismo tiempo que el prestigio de Tito entre los ingleses era cada vez mayor, su rival Mihailovic, por una serie de torpezas, perdió poco a poco la confianza de Churchill, que a principios de 1943 dejó de contar con él. Mihailovic, que subjetivamente era un patriota sincero, había ido cayendo, empujado por la hostilidad de Tito y su creciente anticomunismo, en una situación de aislamiento, que culminó en la colaboración tácita con Nedic, el Petain yugoeslavo. A pesar de ello, Moscú siguió durante un tiempo insistiendo en la necesidad de llegar a una unificación de las fuerzas de la Resistencia, sugiriendo a Tito que los documentos que probaban el colaboracionismo de Mihailovic habían sido quizá falsificados por la Gestapo con el objeto de sembrar la cizaña dentro del campo guerrillero. Moscú dejó de apoyar o tolerar a Mihailovic sólo a partir del momento en que se convenció de que Tito gozaba de la confianza de los ingleses y de que su sectarismo comunista no ponía en peligro la colaboración militar entre los aliados y Rusia.

Tito, por su parte, cimentado su prestigio personal, abandonó de pronto su política extremista y decidió proclamar,

el 26 de noviembre de 1942, la creación de un bloque antifascista único (el AVNOJ), que adoptó un programa moderado con el objeto de tranquilizar a los ingleses y, a la vez, satisfacer los deseos de Moscú. A partir de ese momento, el gobierno yugoeslavo en Londres (que había sido considerado por Inglaterra como el representante legítimo de la nación), se vio obligado a poner fin a su propaganda antititista y a plegarse ante el hecho consumado de que Churchill había decidido considerar a Tito definitivamente como el amo de Yugoslavia.

En noviembre de 1943, Tito se creyó lo suficiente fuerte como para rechazar un posible desembarco inglés en los Balcanes y, al mismo tiempo, para elevar al Consejo Ejecutivo del AVNOJ a gobierno provisional y publicar un manifiesto violentísimo contra el gobierno yugoeslavo en el exilio. Este paso fue dado por Tito sin consultar a Stalin. Moscú reaccionó con poco entusiasmo, pero aceptó los hechos al comprobar que no iban en menoscabo de sus relaciones con Londres y Washington.

Una vez afianzado su poder personal, Tito se trasladó a Rusia para preparar con Stalin la intervención del Ejército Rojo en Yugoslavia y discutir una serie de problemas políticos relacionados con su país. En sus negociaciones con Stalin, Tito le hizo comprender que Yugoslavia estaba dispuesta a permitir la intervención del Ejército Rojo sólo bajo la condición de que, una vez cumplidos los objetivos militares, evacuaría en seguida el país. Otra de las promesas que

Tito arrancó a Stalin fue la de que las tropas rusas sólo lucharían en una zona limitada de Yugoslavia, y no en todo el territorio. Asimismo, Tito exigió que los rusos reconociesen la soberanía e independencia de su propio aparato administrativo–militar. Stalin, que por diversos motivos no estaba interesado aún en dejar estallar el conflicto que estaba ya surgiendo entre él y el ambicioso caudillo yugoeslavo, tuvo que aceptar las condiciones impuestas por Tito. El 7 de diciembre de 1944, las tropas del mariscal Malinovski cruzaron el Danubio. Un día después, Tito iniciaba una ofensiva general con el objeto de llegar a Belgrado antes que los rusos. Cumpliendo los acuerdos establecidos entre Tito y Stalin, las divisiones rusas operaron sólo limitadamente, manteniéndose lejos de la Yugoslavia occidental, lo que retrasó el aplastamiento de las tropas alemanas. Terminada la guerra, las tropas soviéticas abandonaron Yugoslavia.

## **V. ALBANIA Y GRECIA**

Lo que Tito realizó en Yugoslavia –transformar sin ayuda rusa decisiva a un partido comunista insignificante en el centro de la Resistencia– fue llevado a cabo en Albania por Enver Hodscha, uno de los tres líderes nombrados por Moscú en 1937 para dirigir el PC albanés. De la misma

manera que Tito logró aislar a su rival Mihailovic, obligándole a aceptar ayuda del colaboracionista Nedic y de los italianos, Hodscha, por su parte, siguiendo la misma técnica de hostilización, consiguió arrojar a sus rivales en brazos de los alemanes y monopolizar para el PC la aureola de la Resistencia.

La campaña de liberación se convirtió, como en Yugoslavia, en una guerra civil entre los grupos político-guerrilleros más importantes. Los contrincantes más serios de los comunistas fueron Abbas Kupa –un coronel monárquico que se había levantado ya contra la ocupación italiana– y la Unión Nacional (Balli Kombëtar), un movimiento fundado por los terratenientes del sur de Albania. Hasta el verano de 1943, los comunistas operaron por su cuenta; a partir de esa fecha crearon, por razones tácticas, el Comité Nacional de Liberación, con participación de algunos representantes no comunistas. El Comité Nacional de Liberación concentró primero sus esfuerzos en derrotar a la Balli Kombëtar; una vez alcanzado este objetivo, sometieron a Abbas Kupa, que se había mantenido neutral durante la confrontación entre el PCA y los terratenientes del sur. Una vez hubo vencido a sus rivales, Hodscha convirtió el Comité Nacional de Liberación en un gobierno provisional. (Mayo de 1944.) El líder comunista aprovechó su triunfo personal para quitar de en medio a los trotskistas y dirigentes del Partido incómodos para él y para Moscú.

Como en Yugoslavia y Albania, los comunistas griegos intentaron utilizar la guerra de liberación para poner fuera de juego a las fuerzas de la Resistencia rivales y apoderarse de los destinos políticos del país. Pero en Grecia los ingleses se opusieron enérgicamente a esta maniobra y apoyaron a los sectores no comunistas del interior y del exilio. Todavía más: cuando, los comunistas, aprovechando la superioridad numérica de sus unidades, llevaron a cabo, a principios de diciembre de 1944, su sangriento golpe de Estado en Atenas y otras zonas del país, los ingleses se opusieron con las armas a la rebelión comunista y desbarataron con ello la implantación de una dictadura roja.

A pesar de su derrota final, durante la II Guerra Mundial el PC griego logró movilizar a su favor a una buena parte de la población, pasando a convertirse, de un movimiento minoritario, en la fuerza política y militar más importante del país. Como en Yugoslavia y Albania, el éxito de los comunistas griegos se desarrolló sin la ayuda soviética. Durante el período situado entre otoño de 1939 y octubre de 1940 (fecha en la que se produjo la invasión italiana a Grecia), el PC griego, siguiendo la línea de la Comintern, adoptó una actitud antibritánica. Pero ello no impidió a los comunistas oponerse desde el primer momento con todas sus fuerzas a la agresión de las divisiones de Mussolini. (La guerra griego-italiana era un episodio al margen de las relaciones entre Moscú y Berlín). Durante la invasión alemana a Grecia, los comunistas adoptaron una actitud entre pasiva y

neutral, como en el resto de los países europeos. La resistencia contra el ocupante empezó a partir de la guerra entre Alemania y la Unión Soviética.

El 27 de septiembre de 1941, los partidos griegos democráticos y de izquierda fundaron el EAM, un Frente de Liberación Nacional de fachada frentepopulista pero dominado en realidad por los comunistas. “La tónica del movimiento de la Resistencia –escribe un historiador griego– fue sentada en todos los aspectos por el PC, que disponía de una gran experiencia internacional y dominaba todas las exigencias militares de una guerra de guerrillas. De este modo, el PC logró dirigir y dominar el EAM, aunque fue siempre minoritario dentro de esa organización”<sup>886</sup>. El 10 de abril de 1942, el EAM creó el departamento militar ELAS con el objeto de sistematizar y coordinar las operaciones de la Resistencia. Pero con excepción de algunas acciones aisladas, más que luchar contra los alemanes, los comunistas se dedicaron a reforzar su influencia y a combatir a las fuerzas de la Resistencia rivales. Ello fue especialmente fácil porque en Grecia el movimiento de la Resistencia estaba muy disperso y se componía de un gran número de grupos poco importantes, salvo el de los guerrilleros de EDES al mando del general Zervas, un republicano de izquierdas que más tarde se pasó por razones tácticas al campo monárquico.

---

886 Basil P. Mathiopolus, *Die Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in Griechenland (1821–1961)*, pág. 139, Hannover, 1961.

Espoleado por sus éxitos proselitistas, el EAM constituyó, el 26 de marzo de 1944, un gobierno provisional propio bajo las siglas de PEEA, lo que significaba un desafío abierto al gobierno del exilio reconocido por los ingleses. La PEEA (Comisión Política para la Liberación Nacional), estaba presidida nominalmente por el profesor socialista Suolos, pero en realidad era un instrumento comunista dirigido contra los ingleses y los grupos demócratas. A este acontecimiento siguieron una serie de conflictos y pugnas entre los comunistas y otros grupos políticos opuestos a ellos, cuya descripción rebasaría los límites de este trabajo. Basta consignar que, a principios de diciembre de 1944, los comunistas intentaron conquistar el poder en guerra abierta contra los sectores políticos rivales y contra los propios ingleses. Las fuerzas comunistas, derrotadas, se vieron obligadas a firmar un armisticio el 11 de enero de 1945. Un reducto dirigido por Ares resistió todavía algunas semanas, hasta que cayó muerto. El primero de abril, todos los centros urbanos importantes del país estaban en manos inglesas. De acuerdo con el testimonio del Dr Basil P. Mathipolus (socialdemócrata), durante la sublevación de diciembre de 1944, en Atenas sólo, los comunistas fusilaron a 20.000 personas no vinculadas con las fuerzas reaccionarias del país. 6.000 rehenes detenidos por los comunistas fueron brutalmente torturados.

## VI. LOS DEMÁS PAÍSES EUROPEOS

En los otros países europeos ocupados por los alemanes (a la fuerza o con el beneplácito de gobiernos favorables al Eje), los comunistas intentaron también aprovechar los años de guerra y clandestinidad para mejorar sus posiciones y debilitar sobre todo a sus rivales de izquierda. Sin excepción alguna puede afirmarse que los comunistas salieron enormemente reforzados de la II Guerra Mundial.

Mientras en los países liberados por las tropas aliadas los éxitos comunistas no condujeron, en último término, a una ruptura de las instituciones políticas tradicionales (democracia, monarquía), en los países liberados por el Ejército Rojo, el comunismo conquistó posiciones clave que le habían de permitir, más tarde o más temprano, la instauración de repúblicas populares dependientes de Moscú. Como diría Stalin: “Esta guerra no se parece a las del pasado; quien ocupa un territorio impone en él su propio sistema social. Cada uno impone su sistema social tan lejos como puede avanzar su ejército”<sup>887</sup>. Ya hemos visto como a pesar del extraordinario auge alcanzado por los comunistas durante la II Guerra Mundial en Francia, Italia y Grecia, estas naciones no quedaron integradas en su órbita. La conspiración comunista fracasó también en Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega, Finlandia, Austria y la Alemania occidental. En Finlandia y Austria, por la presencia o proximidad física del

---

887 Milovan Djilas, *Conversations avec Staline*, obra cit., pág. 127.



Ejército Rojo, los rusos hubieran podido intentar imponer a la fuerza un régimen soviético, pero la resistencia de la población finlandesa y austríaca, la debilidad de los partidos comunistas de ambos países (especialmente en Austria) y el interés de Stalin en no provocar un choque prematuro con los aliados, eximieron a estos países de correr la misma suerte que esperaba a las naciones del Este.

El rápido avance del Ejército Rojo posibilitó que dos países como Polonia y Checoslovaquia, que cultural y políticamente estaban más vinculados al mundo occidental que a Rusia, quedasen también integrados en la esfera de influencia soviética. Al estallar la II Guerra Mundial, en Polonia no existía ningún partido comunista. Cansado de las luchas intestinas y de la ineficacia del PCP, Stalin lo había disuelto sencillamente en 1938. En 1942, el dictador del Kremlin puso fin a este vacío y resucitó un nuevo partido comunista bajo el nombre de Partido Obrero Polaco. A diferencia de lo que ocurrió en otros países, los comunistas polacos no participaron apenas en el movimiento de resistencia contra las tropas de ocupación alemanas. Los grupos de la Resistencia estaban dominados en Polonia por los partidos tradicionales y obedecían al gobierno del exilio, que se había constituido el 1 de octubre de 1939 bajo la jefatura del general Sikorski, muerto en julio de 1943 a consecuencia de un accidente de aviación. A pesar del odio que Sikorski sentía hacia la Unión Soviética, el gobierno presidido por él entabló relaciones diplomáticas con Moscú el 30 de julio de 1941. Poco más tarde

Sikorski se trasladó a la capital soviética, donde firmó un tratado de ayuda mutua con Stalin, el hombre que en otoño de 1939 había colaborado con Hitler para apoderarse de su patria. Pero Sikorski no podía, como hombre de Estado, permitirse el lujo de entregarse a sentimientos personales, pues en Rusia se hallaban miles de prisioneros y deportados polacos. Durante su estancia en la Unión Soviética, Sikorski logró que Stalin consintiera la formación de un Ejército polaco de Liberación con los polacos residentes en Rusia, ejército que fue puesto bajo el mando del general Anders. Cuando las divisiones del general Anders hicieron su aparición en el frente de guerra, se constató con estupor que en ellas faltaban la mayoría de oficiales hechos prisioneros por los rusos en 1939. El enigma se aclaró cuando las tropas alemanas descubrieron a principios de 1943 en el bosque de Katyn (Smolensk) una fosa con los cadáveres de unos 5.000 oficiales polacos liquidados por la NKVD. La Unión Soviética se negó a permitir una investigación de la Cruz Roja Internacional y rompió las relaciones diplomáticas con el gobierno polaco en el exilio.

Cuando las tropas rusas, en el verano de 1944, entraron en Polonia, desarmaron a las unidades de la Resistencia que hallaron a su paso, liquidando a muchos de sus líderes políticos y jefes militares. En julio de ese año, los rusos fundaron un Comité Nacional de Liberación –el llamado Comité de Lublin–, compuesto de los comunistas y criptocomunistas agrupados en torno a, la “Unión de Patriotas Polacos”, una

organización fundada en diciembre de 1942 por la comunista Wanda Wassilewska. Los intentos de los aliados de asegurar a los grupos no comunistas un puesto en el Comité de Lublin fracasaron, y ello por la sencilla razón de que el territorio polaco se había convertido en un feudo del Ejército Rojo y de la NKVD. El 2 de agosto de 1944, la Unión Soviética entabló relaciones diplomáticas con el Comité de Lublin, al que reconoció como representante legítimo de la nación polaca. Un día antes, el resto de las fuerzas de la Resistencia no comunistas, al mando del general Borkomorovski, se habían levantado en Varsovia contra las tropas de ocupación alemanas, con la esperanza de que el Ejército Rojo, que se hallaba a poca distancia, acudiese en su ayuda. Las unidades rusas, desde la orilla del Vístula, presenciaron sin mover un dedo como los alemanes destruían al movimiento de la Resistencia polaco. Abandonados a su suerte y después de una lucha cruenta que duró 62 días, los héroes de la Resistencia tuvieron que capitular ante la superioridad de las fuerzas nazis. Jesús Hernández comenta al respecto: “Stalin dejó conscientemente a la soldadesca de Hitler la tarea de librarle del estorbo de los patriotas polacos. Stalin, una vez más, no quería soltar la presa polaca: Aquel ejército clandestino le dificultaba sus planes. Sincronizar su ofensiva con la sublevación interior hubiera supuesto compartir la gloria de la liberación de Polonia con los mejores hijos del pueblo polaco. Stalin quería ser el “liberador” absoluto. Aquellos patriotas que obedecían a su Gobierno exilado en Londres,

querían proclamar la legitimidad y el derecho del pueblo polaco a darse un gobierno propio y hubieran llamado a Varsovia a sus gobernantes refugiados en Londres. Los cálculos de Stalin eran muy distintos”<sup>888</sup>.

A diferencia de Polonia, donde la población odiaba profundamente a los rusos y a los comunistas, en Checoslovaquia, el PC había sido siempre uno de los más importantes de Europa, aunque su tendencia era muy conservadora. Para apoderarse de los destinos de Checoslovaquia, los rusos emplearon una táctica menos sangrienta que en otros países. Su labor de penetración les fue además facilitada por las propias fuerzas democráticas del país. En contra del consejo de los aliados, el jefe del gobierno checoslovaco en el exilio, Benes, se dirigió a Moscú en la primera quincena de diciembre de 1943, con el objeto de regular las futuras relaciones entre Checoslovaquia y la Unión Soviética. El día 12 de ese mes fue firmado un pacto de ayuda mutua, una de cuyas cláusulas autorizaba la intervención de ambos países firmantes en los asuntos internos del otro. En los días siguientes, Benes se entrevistó con Gottwald y demás líderes del PC checoslovaco y concertó un compromiso con ellos sobre la estructura fundamental que habría de tener el futuro Estado checoslovaco. De paso por Argelia, en enero de 1944, Benes confió al general De Gaulle: “Mire usted el mapa. Los rusos están llegando a los Cárpatos. Pero los

---

888 Jesús Hernández, obra cit., pág. 344.

aliados no se apresuran a desembarcar en Francia. Será pues el Ejército Rojo que liberará a mi país de los alemanes. Para que yo pueda establecer mi Administración, es preciso que me ponga de acuerdo con Stalin. Acabo de hacerlo en condiciones que no hipotecan la independencia de Checoslovaquia. Puesto que, de acuerdo con lo que él y yo hemos convenido, el mando ruso no se mezclará para nada en nuestros asuntos políticos”<sup>889</sup>. Pero Benes se equivocaba: en marzo de 1945 fue llamado de nuevo a Moscú, donde Stalin le dio a conocer sus planes concretos sobre la composición del futuro gobiernos checoslovaco.

En la lista entregada a Benes para la distribución de los cargos más importantes en la esfera del gobierno, el ejército y la administración en general, abundaban los nombres de dirigentes comunistas, criptocomunistas y compañeros de viaje de toda laya. A la presión externa del Kremlin y a la falta de energía de Benes se sumó la nefasta actitud del general Patton, que, concentrado con sus tropas en Plisen desoyó las desesperadas demandas de auxilio de la resistencia checoslovaca y cedió a los rusos la iniciativa de liberar Praga. Cuando las tropas rusas entraron en la capital checoslovaca destituyeron al Comité de la Resistencia. Aprovechándose de la presencia del Ejército Rojo y de la inhibición aliada, los comunistas se adueñaron de los resortes clave del poder y sentaron las bases para su futura dictadura.

---

889 De Gaulle, *Mémoires de guerre* (L'Unité), págs. 249–250.

Especialmente fácil fue la integración de Rumania, Bulgaria y Hungría, aunque la población de esos países no deseaba, en su inmensa mayoría, un régimen dominado por los comunistas. En Bulgaria, el PC, inmediatamente después de producirse la agresión bélica de Alemania a Rusia, empezó a organizar la resistencia contra las tropas alemanas de ocupación y la monarquía colaboracionista de Boris, primero en el plano del sabotaje, más tarde a través de la lucha armada. A mediados de 1942 y por iniciativa comunista fue creado el “Frente de la Patria”, con participación de todas las fuerzas antifascistas del país. Entre finales de 1943 y principios de 1944, los contingentes guerrilleros de la Resistencia contaban con más de 100.000 hombres. A medida que la suerte de la guerra se decantaba a favor de los rusos, crecía la hostilidad de la población búlgara contra los alemanes y la Regencia. Previendo la derrota del Eje, el gobierno de Bagrianov, primero, y el de Muraviev–Guitchev, después, ofrecieron a los aliados la capitulación incondicional del país, con el objeto de impedir la entrada del Ejército Rojo en Bulgaria. Pero esta maniobra fracasó por la inhibición de Londres y Washington, que no querían enemistarse con Moscú. El 7 de septiembre de 1944, el Ejército Rojo penetró en territorio búlgaro; dos días más tarde se produjo la sublevación contra el régimen monárquico–fascista y la implantación de un gobierno de coalición popular. “Pero hay que subrayar una vez más –escribiría Dimitrov– que el mayor mérito de la insurrección victoriosa del 9 de septiembre y de la liberación de nuestra Patria del

yugo fascista alemán corresponde al heroico Ejército soviético y a su genial jefe, el generalísimo Stalin”<sup>890</sup>. Aunque el gobierno popular creado el 9 de septiembre no era nominalmente de mayoría comunista, el PCB no tardó, con ayuda del Ejército Rojo y de la NKVD, en convertir la “democracia” popular en un feudo de Moscú.

Rumania era el aliado más importante y sólido de Alemania en el Este europeo, tanto en el plano económico como político–militar. Desde el 6 de septiembre de 1940, el país estaba gobernado por el mariscal Antonescu, que, apoyado en su Guardia de Hierro, había implantado una dictadura fascista al estilo de Alemania e Italia. Aparte de la creación de varios “comités” fantasmas, de algunos actos aislados de sabotaje y de la distribución de octavillas, la labor comunista durante la ocupación nazi fue nula, en especial en lo que se refiere a la guerra de guerrillas. Incluso los historiadores oficiales tendrán que reconocer que “en Rumania, esta forma (de lucha) no pudo adquirir la amplitud que tuvo en otros países... debido a que esta acción fue boicoteada, como muchas otras, por los traidores camuflados en la dirección del Partido”<sup>891</sup>. Pero no fue la “traición” de ciertos dirigentes del PCR la causa de la débil resistencia contra los alemanes, sino el profundo anticomu-

---

890 Dimitrov, *Oeuvres Choisies*, obra cit., pág. 242.

891 N. Goldberger, Gh. Zaharia y otros autores, *La Roumanie pendant la deuxième guerre mondiale*, pág. 85, Bucarest, 1964.

nismo de la mayoría del pueblo rumano, que no podía olvidar los robos territoriales de que había sido víctima por parte de Stalin. Baste consignar que antes de la entrada del Ejército Rojo en el país, el PCR contaba con apenas mil afiliados. La resistencia básica contra los alemanes, a partir de 1944, corrió a cargo de las Fuerzas Armadas fieles al rey Miguel y a los sectores políticos opuestos al mariscal Antonescu. Fueron también las Fuerzas Armadas rumanas las que organizaron y llevaron a cabo la insurrección contra las tropas nazis de ocupación, en la última decena de agosto de 1944. Cuando las unidades del Ejército Rojo entraron el día 30 de ese mes en Bucarest, la capital se hallaba ya en manos de los patriotas rumanos desde el día 26, pues los alemanes, sorprendidos e inferiores en número, no ofrecieron resistencia seria a la rebelión. Los rusos reconocieron un gobierno independiente presidido por el general Radescu. A pesar de que este último había sido nombrado por iniciativa de Moscú, el nuevo líder rumano adoptó una actitud firme frente a los desmanes y atropellos del Ejército Rojo, protestando contra los asesinatos, robos y violaciones y contra el establecimiento de soviets locales. Presionado por Moscú, el rey destituyó a Radescu el 6 de marzo de 1945, designando como sustituto suyo a Petru Groza, un terrateniente corrupto que, a la inversa de Radescu, no se opuso a la paulatina bolchevización de su país. “En otoño de 1944 –escribe el historiador Andreas Hillgruber– no terminó solamente la historia de las relaciones rumano–alemanas, sino también la historia de Rumania como un Estado



soberano”<sup>892</sup>.

Hungría corrió una suerte parecida a la de Bulgaria y Rumania. El movimiento comunista del interior estaba dirigido por un maestro de escuela de origen alemán llamado Reich (Rajk) y carecía de todo significado. El verdadero jefe del comunismo húngaro era Matías Rakosi y el grupo de estalinistas residentes en Moscú. Rakosi, que había pasado dieciséis años en la cárcel, fue puesto en libertad en 1940 por el gobierno de su país a cambio de varios espías húngaros caídos en manos de la NKVD. Hasta la entrada del Ejército Rojo en Hungría, la actividad del PCH contra el ocupante alemán fue prácticamente nula. Imre Kovács, miembro de la Resistencia y fundador del Partido Obrero Nacional, escribe en sus Memorias’. “En el verano de 1944, el Partido Comunista húngaro era una entidad bastante escasa y existía más bien en la imaginación de las masas asustadas que en la realidad”<sup>893</sup>. Tras la entrada de las tropas soviéticas al mando del mariscal Malinovski, los rusos establecieron un convenio con el grupo de Horthy (que tras su colaboración inicial con los alemanes se había rebelado contra ellos en otoño de 1944) y formaron un gobierno de coalición antifascista. Aunque los comunistas poseían sólo tres ministerios –entre ellos el del Interior– ejercieron, de hecho, valiéndose del terror y de toda clase de

---

892 Andreas Hillgruber, *Hitler, Kbnig Karól und Marschall Antonescu*, pág. 235, Wiesbaden, 1965.

893 Imre Kovács, *Im Schatten der Sowjets*, pág. 27, Zurich, 1948.

manipulaciones, una dictadura sobre los demás partidos y sobre la nación, como ocurrió en los demás países “liberados” por el Ejército Rojo.

## **VII. LA DISOLUCIÓN DE LA COMINTERN**

El 22 de mayo de 1943, la prensa soviética publicó una nota del Comité Ejecutivo de la IC, en la que se proponía “disolver la Internacional Comunista como centro dirigente del movimiento proletario internacional y eximir a las secciones de la Internacional Comunista de las obligaciones derivadas de la Constitución y decisiones tomadas en sus congresos”<sup>894</sup>. En el documento se añadía que el CE de la Comintern, al no hallarse en condiciones de convocar un congreso mundial, sometía a la aprobación individual de las respectivas secciones nacionales la disolución de la Internacional Comunista. El comunicado estaba firmado, entre otros, por Dimitrov, Manuilsky, Ercoli (Togliatti), Kuusinen, Marthy, Gottwald, Thorez, Florin, Dolores Ibárruri, Rakosi y toda la camarilla estalinista de alto rango que se hallaba por

---

894 William Z. Foster, *History of the Three Internationals*, obra citada, pág. 436.

esas fechas en Moscú. Jesús Hernández, entonces representante del PCE en la IC, escribiría: “Me enteré de la disolución por la prensa de Moscú. El procedimiento no pudo ser más humillante. Pero a Stalin le tenían sin cuidado las opiniones o los sentimientos de sus servidores. Los “mujiks” del movimiento internacional habíamos demostrado una obediencia tan incondicional al señor del Kremlin, que el humillado hubiérase considerado él de ocurrírsele pensar que merecíamos ser consultados”<sup>895</sup>.

El 8 de junio de 1943, tras su última reunión, el presidium del CE de la Comintern dio a conocer la lista de los partidos que se habían pronunciado a favor de una disolución de la III Internacional. Se trataba, por orden alfabético, de los siguientes: Alemania, Argentina, Australia, Austria, Bélgica, Bulgaria, Canadá, Cataluña, Chile, China, Colombia, Cuba, Checoslovaquia, España, Finlandia, Francia, Hungría, Inglaterra, Irlanda, Italia, México, Polonia, Rumania, Yugoslavia y la Juventud Comunista Internacional. En un comunicado publicado por el presidium al término de sus deliberaciones, se dio a conocer que ninguna de las diversas secciones de la Comintern había presentado objeción alguna a la propuesta de disolución, y que, por lo tanto, ésta podía considerarse como aprobada por unanimidad. El presidium acordó nombrar una comisión compuesta de Dimitrov, Manuilsky, Togliatti y Pieck con el fin de liquidar

---

895 Jesús Hernández, obra cit., pág. 345.

definitivamente las actividades de la Comintern y hacerse cargo de sus documentos y archivos.

Como motivo oficial para la disolución se adujo, entre otras cosas, que, a), la situación tanto interna como externa de los partidos adheridos a la Comintern era cada vez más complicada, y que los problemas de la clase obrera de cada país no podían ser ya resueltos satisfactoriamente a través de un centro comunista internacional; b), que la forma de organización elegida por la III Internacional para regular sus actividades era anticuada y se había convertido incluso en un obstáculo para el futuro desarrollo de los respectivos movimientos comunistas nacionales. “La Ejecutiva llegó a la conclusión de que la guerra mundial desencadenada por Hitler agudizó las diferencias existentes en los diversos países y creó una profunda división entre las naciones convertidas en instrumentos de la tiranía hitleriana y los pueblos amantes de la libertad agrupados en torno a la poderosa alianza anti-hitleriana”<sup>896</sup>.

De acuerdo con Stalin, “la disolución de la Internacional Comunista es correcta y adecuada al momento, ya que facilita la organización del ataque común de todas las naciones amantes de la libertad, contra el enemigo común: el fascismo hitleriano”<sup>897</sup>.

---

896 Sowjetkommunismus. Dokumente, obra cit., I, pág. 350.

897 Ibid., II, pág. 599.

En realidad, la disolución de la Comintern había sido decidida tres o cuatro años antes y aplazada sólo por razones tácticas. Milovan Djilas nos ha dejado el testimonio de una conversación mantenida sobre el particular en 1944 con Dimitrov. “Me contó –escribe Djilas– cómo había surgido el proyecto de disolver la Comintern. Ello ocurrió a raíz de la anexión de los estados bálticos por la URSS. Se había puesto ya de manifiesto que Rusia era la fuerza motriz de la expansión comunista y que, por ello, todas las demás fuerzas debían agruparse necesariamente en torno a la URSS. Se había aplazado la disolución para más tarde a causa de la situación internacional, evitando así dar la impresión de haber actuado bajo la presión ejercida por Alemania, con la cual las relaciones no eran en esta época malas”<sup>898</sup>.

Las razones que movieron finalmente a Stalin a disolver la Comintern han sido atinadamente expuestas por Castro Delgado: “La Comintern era un obstáculo para el desarrollo de las relaciones entre la URSS y los otros países. La primera era acusada desde hacía mucho tiempo de perseguir una doble política, una oficial y otra inoficial, a través de la Comintern. Era preciso vencer este obstáculo para salir en buenas condiciones de la situación creada por la agresión alemana. Por otra parte, no cabe ninguna duda de que la existencia de la Comintern hacía difíciles las relaciones de los partidos comunistas con los demás partidos en el interior de

---

898 Djilas, *Conversations avec Staline*, obra cit., I, pág. 43.

cada país, pues se les reprochaba su subordinación a la URSS a través de la Internacional Comunista, lo que dificultaba su propaganda en un momento en que los sentimientos nacionales estaban particularmente exacerbados debido a la guerra. La disolución de la Comintern eliminaba todos esos obstáculos”<sup>899</sup>.

Stalin, en efecto, se apresuró a declarar que la disolución de la Comintern demostraba que la Unión Soviética no pretendía intervenir en los asuntos internos de otras naciones ni aspiraba a bolchevizarlas. La disolución de la IC y las declaraciones de Stalin perseguían el objeto de anular la propaganda de Goebbels, quien, con el propósito de sembrar la discordia entre Rusia y sus aliados de guerra, venía propagando, con creciente insistencia, que Moscú no pretendía otra cosa que utilizar a la Comintern para extender su dominio a las democracias capitalistas. La disolución de la Comintern, dijo Stalin, es justa porque “desenmascara la patraña de los subordinados de Hitler, de acuerdo con la cual, Moscú tiene por lo visto la intención de inmiscuirse en la vida de otros estados y bolchevizarlos. Esta patraña ha quedado ahora eliminada”<sup>900</sup>. Pero el objetivo primario que empujó a Stalin a proceder a una liquidación de la Comintern fue el de lograr a través de esta concesión que sus aliados abriesen un segundo frente en la Europa

---

899 Castro Delgado, *J'ai perdu la foi a Moscou*, obra cit., pág. 226.

900 *Sowjetkommunismus. Dokumente*, obra cit., II, pág. 599.

occidental, que él venía solicitando desde hacía tiempo. Temiendo que la propaganda nazi y el anticomunismo de Churchill pudieran conducir a una demora o incluso cancelación de un desembarco aliado, Stalin no vaciló en ordenar la disolución de la Comintern.

A la hora de su muerte, la III Internacional era ya lo mismo que Rosa Luxemburg había dicho sobre la II Internacional veinticinco años antes: un cadáver putrefacto. Pero la desaparición de la Comintern no significó que ésta cancelase de facto sus funciones. Su disolución fue sólo una maniobra diplomática destinada a tranquilizar a los hombres de Estado y a la opinión pública de Rusia contra los países del Eje. Pero más allá de su cese formal, la Comintern continuó, bajo supuestos organizativos distintos, fiscalizando y dirigiendo la labor de los partidos comunistas de todo el mundo.